



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

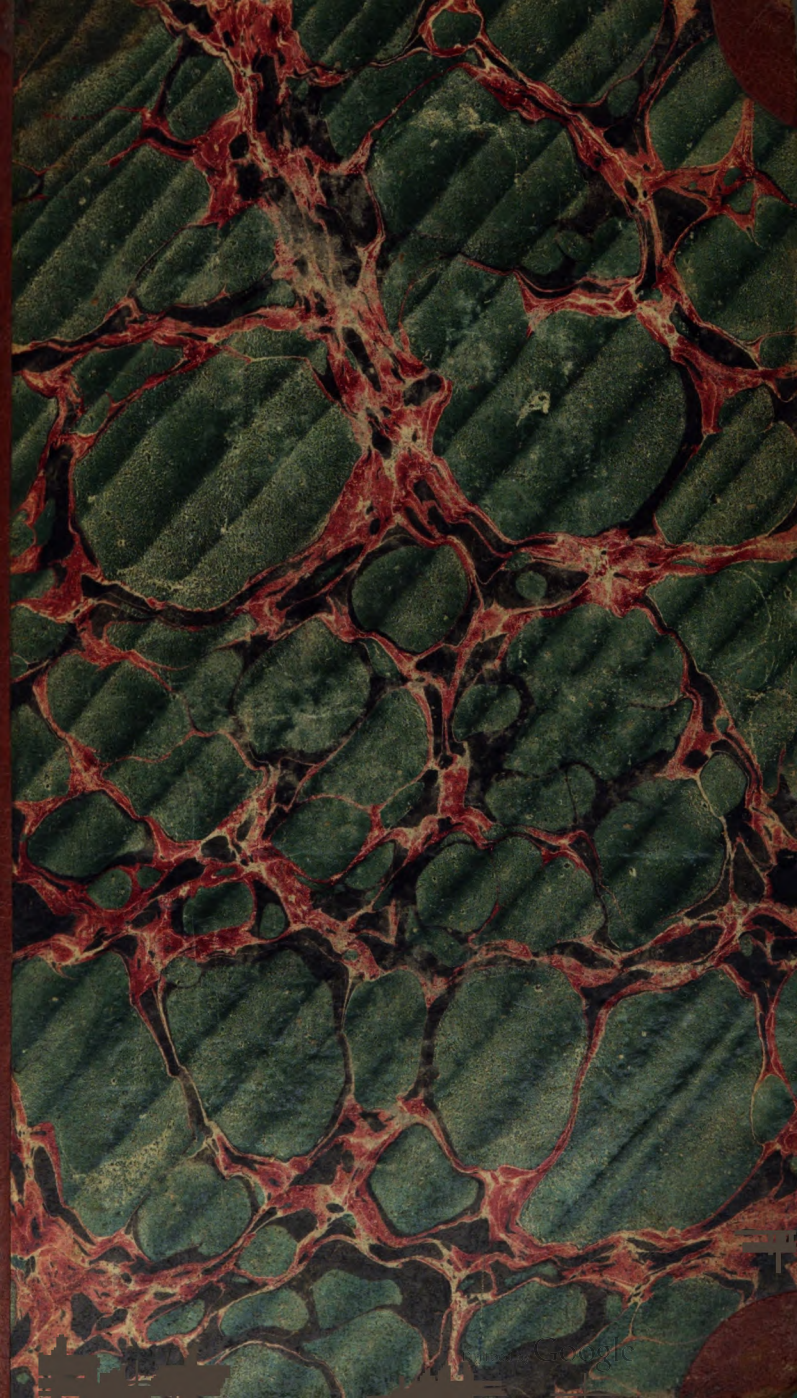
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





DEL PAPA:

POR

EL SR. CONDE J. DE MAISTRE.

ΕΙΣ ΚΟΙΠΑΝΟΣ ΕΣΤΩ.

Homero, Iliada, II, v. 204.

TOMO II.

MADRID: 1842.

Imprenta de D. José FELIX PALACIOS.



..... Que todos los aquivos
Aquí no habemos de mandar. No es bueno
El gobierno de muchos: uno solo
El caudillo supremo y soberano
De todos sea: aquel á quien el hijo
Del anciano Saturno ha dado cetro
Y regia autoridad para que mande.

Iliada, v. 331 y siguientes de la traducción española de Gomez Hermosilla.

DEL PAPA.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO VIII.

SOBRE LA NATURALEZA DE LA POTESTAD EJERCIDA POR LOS PAPAS.

Todo cuanto puede decirse contra la autoridad temporal de los papas y contra el uso que de ella han hecho, se compendia en estas dos líneas violentas que han salido de la pluma de un magistrado frances:

«El delirio de la omnipotencia temporal de los papas inundó á Europa de sangre y de fanatismo (1).»

Mas con su permiso diré que no es cierto que los papas hayan aspirado jamás á *la omnipotencia temporal*: no es cierto que fuese un *delirio* la potestad por que han anhelado; y tampoco es cierto que esta pretension haya

(1) Cartas relativas á la historia, t. II, carta XXXVIII, página 222, *ibid.* XLI.

inundado á Europa de sangre y de fanatismo por espacio de cerca de cuatro siglos.

Primeramente si se rebaja de *la pretension* atribuida á los papas la posesion material del territorio y la soberanía sobre el mismo; lo que queda no puede llamarse con verdad *omnipotencia temporal*. Pues este es precisamente el caso en que nos encontramos, porque nunca han aspirado los soberanos pontífices á aumentar sus dominios temporales en perjuicio de los príncipes legítimos, ni á entorpecer el ejercicio de la soberanía de estos mismos, ni mucho menos á apoderarse de ella. Nunca han pretendido mas que *el derecho de juzgar á los príncipes que les estaban sometidos en el orden espiritual, cuando estos eran culpables de ciertos crímenes.*

Esto es muy diferente, y no solo no puede llamarse *omnipotencia temporal* este derecho, si existe, sino que se debería llamar con mayor exactitud *omnipotencia espiritual*, supuesto que los papas no se han atribuido jamás ningun derecho sino en virtud de la potestad espiritual, y la cuestion se reduce absolutamente á la legitimidad y á la extension de esta potestad.

Si el ejercicio de dicho poder reconocido legítimo produce consecuencias temporales; los papas no pueden ser responsables, porque las consecuencias de un principio verdadero no pueden ser injusticias.

Los escritores, sobre todo los franceses, que han puesto en duda el derecho del soberano pontífice para excomulgar á los soberanos, y que han hablado en general del *escándalo de las excomuniones*, han cargado con una grande responsabilidad. Los hombres pruden-

tes nada desean mas que dejar ciertas cuestiones en una obscuridad provechosa; pero si son combatidos los principios, la prudencia misma se ve precisada á responder; lo que es un gran mal, aunque la imprudencia le haya hecho necesario. Quanto mas se adelanta en el conocimiento de las cosas, mas se descubre que no es útil discutir, por escrito sobre todo, lo que es imposible definir por las leyes, porque solo puede decidirse el principio, y toda la dificultad consiste en la aplicacion, que se resiste á una decision escrita.

Fenelon dijo lacónicamente en una obra que no estaba destinada para publicarse: «La iglesia puede excomulgar al príncipe, y el príncipe puede quitar la vida al pastor. Cada uno debe usar de este derecho solamente en un extremo; pero es un verdadero derecho (1).»

Esta es la verdad indisputable; pero ¿qué es el último apuro? No puede definirse. Hay pues que convenir en el principio, y callar en cuanto á las reglas de la aplicacion.

Justamente se han quejado algunos del exagerado propósito de libertar al estado eclesiástico de toda jurisdiccion temporal; pero con igual justicia puede uno quejarse de la exageracion contraria, que intenta emancipar á la potestad temporal de toda jurisdiccion espiritual.

En general se perjudica á la autoridad suprema procurando libertarla de esta especie de trabas, que no

(1) Historia de Fenelon, tomo III, documentos justificativos del lib. VII, memoria núm. VIII, pág. 479.

tanto se han puesto por la accion deliberada de los hombres, cuanto por la fuerza insensible de los usos y de las opiniones, porque los pueblos privados de sus antiguas garantías se inclinan á buscar otras en apariencia mas fuertes; pero siempre infinitamente peligrosas, toda vez que se fundan enteramente en teorías y racionios *à priori* que no han cesado de engañar á los hombres.

No hay cosa menos exacta, como se ve, que la expresion de *omnipotencia temporal*, usada para denotar la potestad que se atribuian los papas sobre los soberanos; al contrario era el ejercicio de un poder pura y eminentemente espiritual, en virtud del cual se creian con derecho á excomulgar á los príncipes culpables de ciertos crímenes sin ninguna usurpacion material, sin ninguna suspension de la soberanía y sin ninguna derogacion del dogma de su origen divino.

No queda pues ya duda acerca de esta proposicion: que el poder que se atribuian los papas, no puede llamarse sin un abuso insigne de palabras *omnipotencia temporal*. Tambien sobre este punto puede oirse á Voltaire. Admirase mucho de *esa extraña potestad que todo lo podía en pais extranjero y tan poco en el suyo propio, que daba reinos, y que en Roma se veia coartada, suspensa é insultada, estando reducida á poner en juego todos los resortes de la política para conservar ó recobrar una aldea*. Con razon nos hace observar que *esos papas que quisieron ser demasiado poderosos y dar reinos, fueron todos perseguidos en el suyo (1)*.

(1) Voltaire, Ensayo etc. tomo II, cap. LXV.

¿Qué es pues esa *omnipotencia temporal* que no tiene ninguna fuerza temporal; que no pide á los otros nada temporal ó territorial; que anatematiza todo atentado contra la potestad temporal, y cuyo poder temporal es tan flaco, que los ciudadanos de Roma se han burlado muchas veces de él?

Creo que la verdad se halla únicamente en la proposicion contraria; á saber, que la *potestad de que se trata es puramente espiritual*. Decidir despues cuáles son los límites precisos de esta potestad, es otra cuestion que no debe profundizarse aquí. Probemos solo (á lo que yo me he comprometido) que no es un delirio el aspirar á este poder, cualquiera que sea.

CAPÍTULO IX.

JUSTIFICACION DE ESTE PODER.

Los escritores *de la última edad* suelen tener un modo muy expedito de juzgar las instituciones. Suponen un orden de cosas puramente ideal, bueno segun ellos; y de allí parten como de un dato para juzgar las realidades.

En este género puede proporcionar Voltaire un ejemplo sobradamente cómico. Está sacado de la *Henriada*, y no sé que se haya reparado en él:

«Es un uso antiguo y sagrado entre nosotros. Cuando la muerte descarga sus desapiadados golpes sobre el trono, y se seca en sus últimos conductos el manantial de la sangre de los reyes, tan caros á la patria; en el mismo instante recobra el pueblo sus primitivos derechos, y puede elegir un soberano y mudar sus leyes. Los estados congregados, intérpretes de la Francia, nombran un soberano y limitan su poder. Asi los de-

«decretos augustos de nuestros abuelos pusieron á los Capetos en lugar de Carlo Magno (1).»

¡Charlatan! ¿dónde ha visto todas estas lindezas? ¿En qué libro ha leído los *derechos del pueblo*, ó de qué hechos los ha derivado? Cualquiera diría que las dinastías varían en Francia dentro de un periodo determinado como los juegos olímpicos. Dos variaciones en 1300 años: ¡cierto que es *un uso* muy constante! Y lo curioso es que en una y otra época «no se había secado en sus últimos conductos el manantial de esa sangre tan cara á la patria;» al contrario circulaba libremente cuando fue excluida por un grande hombre que sin duda había crecido y formádose cerca del trono para ocuparle (2).

(1) C'est un usage antique et sacré parmi nous.

Quand la mort sur le trône étend ses rudes coups,
Et que du sang des rois, si chers à la patrie,
Dans ses derniers canaux la source s'est tarie,
Le peuple au même instant rentre en ses premiers droits:
Il peut choisir un maître, il peut changer ses lois.
Les états assemblés, organes de la France,
Nomment un souverain, limitent sa puissance.
Ainsi de nos aïeux les augustes décrets
Au rang de Charlemagne ont placé les Capets.

(Henr., c. VII.)

(2) Conviene oír el raciocinio de Voltaire como historiador acerca del mismo acontecimiento. «Sabido es, dice, como Hugo Capeto arrebató la corona al tío del último rey. Si los votos hubiesen sido libres, Carlos hubiera sido rey de Francia. No le privó del derecho de sus antepasados un parlamento de la nación, como han dicho tantos historiadores: privóle de él lo que hace y deshace reyes, la fuerza ayudada de la sagacidad (Volt. Ensayo etc., tom. II, cap. XXXIX).» Aquí, como se ve, no hay decretos augustos: y nótese que al márgen había escrito lo siguiente: *Hugo Capeto se apodera del reino á viva fuerza.*

Discúrrese acerca de los papas del mismo modo que acabamos de oír raciocinar á Voltaire. Tácita ó expresamente se sienta como un hecho que la autoridad del sacerdocio no puede unirse de ninguna manera á la del imperio: que en el sistema de la iglesia católica no puede ser excomulgado un soberano: que el tiempo no altera en nada las constituciones políticas: que todo debia pasar en otro tiempo como en nuestros días etc.; y con estas máximas tomadas por axiomas se decide que los antiguos papas habian perdido el juicio.

No obstante la simple luz de la razon nos enseña una conducta del todo diferente; y ¿no lo ha dicho el mismo Voltaire? «¡Hay en la historia tantos ejemplos de »la union del sacerdocio y del imperio en otras religio- »nes! (1)» Creo no haya necesidad de probar que esta union es infinitamente mas natural bajo el imperio de una religion verdadera, que bajo el de todas las demas que son falsas, pues que son *otras*.

Ademas es menester partir de este principio general é incontestable; á saber, que todo gobierno es bueno cuando se halla debidamente establecido, y subsiste sin contestacion desde largo tiempo. Solo las leyes generales son eternas; todo lo demas se muda, y un tiempo nunca se parece á otro. Sin duda que el hombre siempre será gobernado; mas no siempre de la misma manera. Otras costumbres, otros conocimientos, otras creencias traerán necesariamente consigo otras leyes. Los nombres de las cosas engañan sobre este punto co-

(1) Volt., *Ensayo etc.*, tom. I, cap. XIII.

mo sobre otros muchos, porque estan destinados ya á significar las semejanzas de cosas contemporáneas, sin expresar sus diferencias, y ya á representar cosas que el tiempo ha mudado, mientras que sus nombres han quedado los mismos. Por ejemplo la voz *monarquía* puede representar dos gobiernos, ó contemporáneos, ó de diversos tiempos y mas ó menos diferentes bajo la misma denominacion; de modo que no podrá afirmarse del uno todo lo que se afirme justamente del otro.

«Es pues una idea vana y un trabajo muy des-
»apacible querer referirlo todo á los usos antiguos, y
»fijar la rueda que el tiempo hace girar con un mo-
»vimiento irresistible. ¿A qué época se debería recur-
»rir? ¿á qué siglo habria que remountarse? ¿á qué leyes
»se debería llegar? ¿á qué usos habria que atenerse?
»Un ciudadano de Roma tendria tanto derecho para pe-
»dir al Papa cónsules, tribunos, senado, comicios y el
»restablecimiento entero de la república romana, como
»un ciudadano de Atenas para reclamar del sultan el
»antiguo Areopago y las asambleas del pueblo que se
»llamaban *iglesias* (1).»

Voltaire tiene ahora mucha razon; mas cuando se trate de juzgar á los papas se le verá olvidar sus propias máximas, y hablarnos de S. Gregorio VII como se hablaria del actual pontífice si emprendiese las mismas cosas. Sin embargo en el mundo se han presentado todas las

(1) (Volk., *ibid.*, t. III, c. LXXXVI.) Es decir, que las asambleas del pueblo se llamaban *asambleas*. Todas las obras filosóficas é históricas de Voltaire estan llenas de estos rasgos de erudicion que deslumbran.

formas de gobierno posibles, y todas son legítimas luego que se hallan establecidas debidamente; sin que sea permitido razonar jamás sobre hipótesis separadas de los hechos.

Ahora bien, si hay un hecho incontestable comprobado por todos los monumentos de la historia, es que los papas en la edad media, y aun bien entrados los últimos siglos, han ejercido un gran poder sobre los soberanos temporales: que los han juzgado y excomulgado en algunas ocasiones solemnes, y aun á veces han absuelto á los súbditos de estos príncipes del juramento de fidelidad que les habian prestado.

Cuando se habla de *despotismo y de gobierno absoluto*, rara vez se sabe lo que se dice. No hay gobierno alguno que lo pueda todo; porque en virtud de una ley divina hay siempre al lado de cualquiera soberanía cierta fuerza que le sirve de freno. Será una ley, será una costumbre, será la conciencia, será una tiara ó será un puñal; mas siempre hay algo.

Habiéndose dejado decir un dia Luis XIV delante de algunos cortesanos *que él no conocia mejor gobierno que el del Sofi*; uno de ellos (el mariscal d' Estrées, si no me engaño) tuvo el noble valor de responderle: *Señor, en mis dias he visto ahorcar á tres.* ¡Desgraciados los príncipes si lo pudiesen todo! Por fortuna suya y por la nuestra la omnipotencia real es imposible.

La autoridad de los papas fue el poder escogido y constituido en la edad media para equilibrar la soberanía temporal, y hacerla soportable á los hombres. Y esta no es mas que una de esas leyes generales que no

se quieren observar, y que no obstante son incontestablemente evidentes.

Todas las naciones del mundo han concedido al sacerdocio mas ó menos influencia en los negocios políticos, y está demostrado hasta la evidencia «que de todas» las naciones civilizadas ninguna ha atribuido menos »poder y privilegios á sus sacerdotes que los judios y los »cristianos (1).»

Las naciones bárbaras no se han dogmatizado ni civilizado jamás sino por la religion, y siempre la religion ha pensado principalmente en la soberanía.

«El interés del género humano pide que haya un »freno que contenga á los soberanos, y ponga á cubierto la vida de los pueblos; y este freno de la religion »pudiera haberse puesto por un convenio universal en »manos de los papas. Aquellos primeros pontífices, no »mezclándose en las contiendas temporales sino para apaciguarlas, enseñando á los reyes y á los pueblos sus deberes, reprendiendo sus crímenes, reservando las excomuniones para los grandes atentados, hubieran sido »mirados siempre como imágenes de Dios en la tierra. »Pero los hombres estan reducidos á no tener otra defensa que las leyes y las costumbres de su pais; leyes »frecuentemente despreciadas, y costumbres muchas »veces corrompidas (2).»

No creo que jamás se haya discurrido mejor en fa-

(1) *Hist. de la Acad. de inscrip. y bellas letras*, en 12.º, tomo XV, pág. CXLIII. — *Trat. hist. y dogmát. de la religion*, por el abate Bergier, tom. VI, pág. CXX.

(2) *Volt., Ena. etc.*, tom. II, cap. LX.

vor de los papas. En la edad media los pueblos no tenían *en su propia casa* sino leyes nulas ó despreciadas, y *costumbres corrompidas*. Era pues preciso buscar *fuera* este freno indispensable y no se encontró ni pudo encontrarse sino en la autoridad de los papas. Asi sucedió lo que debia suceder.

Mas ¿qué quiere decir este grande hablador cuando expresa de un modo condicional que *este freno tan necesario á los pueblos hubiera podido ponerse en manos de los papas por un convenio universal*? Lo estuvo con efecto, no por un convenio expreso de los pueblos que es imposible, sino por un convenio tácito y universal, reconocido tanto por los príncipes, como por sus súbditos, y que ha producido ventajas incalculables.

Si los papas han hecho alguna vez mas ó menos de lo que Voltaire desea en el pasaje citado es porque en lo humano nada hay perfecto, y porque no existe poder alguno que no haya abusado jamás de sus fuerzas. Mas si, como lo exigen la justicia y la recta razon, se prescinde de estas irregularidades inevitables, se encontrará en efecto « que los papas han reprimido á los soberanos, protegido á los pueblos, terminado contiendas temporales con una prudente intervencion, advertido á los reyes y á los pueblos sus deberes, y castigado con anatemas los grandes atentados que no habian podido evitar.»

Puede juzgarse ahora de la increíble ridiculez de Voltaire, que en el mismo volumen, y á sola la distancia de cuatro capítulos, dice gravemente: «Que las contiendas (entre el imperio y el sacerdocio) son una con-

»secuencia necesaria de la forma mas absurda de gobierno á que los hombres se han sometido jamás: este absurdo consiste en depender de un *extranjero* (1).»

Pues ¡cómo, Voltaire! Acabais de refutaros de antemano, y de sostener precisamente lo contrario. Habeis dicho «que esta potestad *extranjera* era altamente reclamada por el interes del género humano; porque los pueblos, privados de un protector *extranjero*, no hallaban otro apoyo en *su propia casa* que unas costumbres frecuentemente corrompidas y unas leyes muchas veces despreciadas.» Así el mismo poder que en el capítulo LX es *el mas apetecible y precioso de cuantos pueden imaginarse*, en el LXV se convierte en *el mas absurdo que jamás se ha visto*.

Tal es Voltaire, el mas despreciable de todos los escritores cuando se le considera bajo el punto de vista moral, y por esta misma razon el mejor testigo en favor de la verdad, cuando le rinde homenaje por distraccion.

No hay cosa mas razonable ni plausible que la idea de una influencia moderada de los sumos pontífices en los actos de los príncipes. El emperador de Alemania, *aun sin estados*, pudo gozar de una jurisdiccion legítima sobre todos los príncipes que formaban la confederacion germánica; pues ¿por qué no podria el Papa gozar del mismo modo de cierta jurisdiccion sobre todos los príncipes de la cristiandad? En esto nada hay contrario á la naturaleza de las cosas. Si esta potestad

(1) Voltaire, Ensayo etc., tomo II, c. LXV.

T. 5.

no se halla establecida; no digo que se establezca (lo protesto solemnemente); pero si está establecida, será tan legítima como cualquier otra, supuesto que ningún poder tiene otro fundamento. La teoría pues y los hechos estan acordes y favorecen al Papa.

Diga enhorabuena Voltaire que el Papa es un *extranjero*: esa es una de sus acostumbradas *insustancias*. El Papa, en su cualidad de príncipe temporal, es sin duda, como todos los demás, *extranjero* fuera de sus estados; mas como sumo pontífice en ninguna parte es *extranjero* en la iglesia católica, del mismo modo que el rey de Francia no lo es en Burdeos ni en Leon.

«Hubo momentos muy honrosos para la corte de Roma (tambien lo dice Voltaire); y si los Papas hubiesen siempre usado así de su autoridad, hubieran sido los legisladores de la Europa (1).»

Pues es un hecho atestiguado por la historia entera de aquellos tiempos remotos que los Papas han usado justa y prudentemente de su autoridad con bastante frecuencia para ser los legisladores de la Europa; y no se necesita mas.

Los abusos nada significan, porque «á pesar de todas las turbaciones y de todos los escándalos siempre hubo en los ritos de la iglesia romana mas decoro y mas gravedad que en otras partes. Se conocia que esta iglesia *cuando era libre* (2) y estaba bien gobernada, po-

(1) Voltaire, Ensayo etc., tom. II, cap. LX.

(2) Esta es una palabrota. A ciertos príncipes que se quejaban de algunos Papas hubiera podido decirseles: *Si no son tan buenos como deberian ser, es porque vosotros los habeis hecho.*

»dia dar lecciones á las otras (1); y en la opinion de los
»pueblos un obispo de Roma era una cosa mas santa
»que cualquier otro obispo (2).»

Mas ¿de dónde provenia esa opinion universal que hacia del Papa un ser mas que humano, y ante cuyo poder puramente espiritual todo se rendia? Es necesario estar absolutamente ciego para no ver que la creacion de semejante poder era por necesidad ó imposible ó divino.

No terminaré este capítulo sin hacer una observacion, sobre la cual me parece que no se ha insistido bastante, y es que los mayores actos de autoridad que se pueden citar de los Papas relativos al poder temporal, recaian siempre sobre alguna soberanía electiva, es decir, una soberanía á medias, á la cual habia sin duda derecho de pedir razon de su conducta, y aun se la podia deponer si llegaba á prevaricar hasta cierto punto. Voltaire nota muy bien que *la eleccion supone necesariamente* un contrato entre el rey y la nacion (3); de modo que el rey electivo puede siempre ser considerado como parte, y juzgado: fáltale siempre aquel carácter sagrado que es obra del tiempo; porque el hombre realmente no respeta nada de lo que él mismo ha hecho, y se juzga á sí mismo despreciando sus obras, hasta que Dios las haya sancionado con el tiempo. Siendo pues mal comprendida en general la soberanía, y no estando bien

(1) Voltaire, Ensayo etc., cap. LXV.

(2) Voltaire, ibid. tom. III, cap. CXXI.

(3) Voltaire, ibid. tom. III, cap. CXXI.

asegurada en la edad media, la electiva en particular casi no tenía mas consistencia que la que le daban las cualidades personales del soberano; y así no es de admirar que haya sido tan frecuentemente combatida, trasladada ó destruida. Los embajadores de S. Luis decían francamente al emperador Federico II en 1239: «Nosotros » creemos que el rey de Francia, nuestro amo, que no » debe el cetro de los franceses mas que á su nacimiento, es muy superior á cualquier emperador, á quien » solo una eleccion libre ha colocado en el trono (1).»

Esta profesion de fé era muy razonable. Cuando vemos pues á los emperadores en pugna con los Papas y con los electores, no debemos admirarnos: estos usaban de su derecho expulsando simplemente á los emperadores *porque no estaban contentos con ellos*. ¿No vemos todavía á principios del siglo XV al emperador Wenceslao, legalmente depuesto como *negligente, inútil, disipador é indigno* (2)? Y aun prescindiendo de la cualidad electiva, que da, como acabamos de observar, mas accion sobre la soberanía, entonces no se habia puesto todavía en cuestion si el soberano puede ó no ser juzgado por alguna causa. En el mismo siglo fueron depuestos solemnemente, ademas del emperador Wenceslao,

(1) *Credimus dominum nostrum regem Gallie, quem linea regii sanguinis provexit ad sceptrum Francorum regenda, excellentiorem esse aliquo imperatore quem sola electio provehit voluntaria* (Maimbourg, ad. ann. 1239).

(2) Estos epítetos aun eran suaves para el verdugo de S. Juan Nepomuceno; mas si el Papa hubiera tenido entonces el poder de aterrar á Wenceslao, este hubiera muerto en su trono, y habria muerto menos culpable.

dos reyes de Inglaterra Eduardo II y Ricardo II, y el Papa Juan XXIII, todos cuatro juzgados y destituidos con las formalidades jurídicas; y la regente de Hungría fue condenada á muerte (1).

Ningun poder soberano puede libertarse de cierta resistencia. Esta fuerza represiva podrá mudar de nombre, de atribuciones y de situacion; pero existirá siempre; y si hace que se derrame sangre, será un inconveniente semejante al de las inundaciones y de los incendios, que de ningun modo prueban que deba suprimirse el agua ni el fuego.

Se ha observado que la pugna de las dos potestades, que tan malamente se ha llamado la *guerra del sacerdocio y del imperio*, no ha salido jamás de los límites de Italia y de Alemania, á lo menos en cuanto á sus grandes efectos, quiero decir, la destruccion y la variacion de las soberanías. Sin duda en otro tiempo muchos príncipes fueron excomulgados: mas ¿cuáles eran los resultados de estos grandes juicios? El soberano se rendia á la razon ó afectaba rendirse: se abstenia por de pronto de una guerra criminal: despedia á su manceba en la forma á lo menos; y alguna vez la mujer legítima recobraba sus derechos. Mediaban potencias amigas ó personajes importantes, y el Papa por su parte, si habia obrado con demasiada severidad ó precipitacion, oía benignamente las representaciones de la prudencia. ¿Qué reyes de España, de Francia, de Inglaterra, de Suecia,

(1) Esta observacion es de Voltaire. *Ensayo sobre las costumbres*, tom. II, esp. LXVI y LXXXV.

de Dinamarca han sido depuestos *eficazmente* por los Papas? Todo se reduce á amenazas y á tratados; y sería muy fácil citar casos en que los sumos pontífices fueron engañados por su condescendencia. La verdadera lucha existió siempre en Italia y en Alemania; ¿y por qué? Porque las circunstancias políticas lo hacian todo, y la religion no tenia ninguna parte. Todas las disensiones, todos los males procedian de una soberanía mal constituida y de la ignorancia de todos los principios. El príncipe que es electivo, goza siempre la corona como un usufructuario, y no piensa mas que en sí mismo, porque el estado no le pertenece sino en cuanto á los goces presentes. Casi siempre carece del verdadero espíritu de rey, y el carácter sagrado, que solo está *pintado*, mas no *grabado* sobre su frente, no puede resistir al menor rozamiento.

Federico II habia hecho que sus jurisconsultos, presididos por Bartulo, decidieran que él habia sucedido en todos los derechos de los emperadores romanos, y que en esta cualidad era dueño de todo el mundo conocido. Esto de ningun modo convenia á Italia; y el Papa, aunque no se le considerase mas que como primer elector, tenia sin duda algun derecho para oponerse á tan singular jurisprudencia. Por lo demas no se trata de averiguar si los Papas han sido hombres, y si no se han engañado jamás, sino de saber si guardada la debida proporcion, han ostentado en el trono que han ocupado, mas prudencia, mas ciencia y mas virtud que los otros príncipes; y sobre este punto, ni aun la duda debe permitirse.

CAPÍTULO X.

EJERCICIO DE LA SUPREMACÍA PONTIFICIA SOBRE LAS SOBERANÍAS TEMPORALES.

Habiendo borrado la barbarie y las guerras interminables todos los principios, reducido la soberanía en Europa á tal estado de fluctuacion cual jamás se ha visto, y creado por todas partes desiertos; era muy ventajoso que una autoridad superior tuviese cierta influencia sobre esta soberanía; y como los papas eran superiores en ciencia y en prudencia, y por otra parte mandaban á todos los sabios de aquel tiempo; la fuerza de las cosas los invistió por sí misma y sin contradiccion de aquella superioridad sin la cual no podia pasarse entonces la Europa. El principio absolutamente verdadero de que la *soberanía viene de Dios*, daba nueva fuerza á estas ideas antiguas, y al fin se formó una opinion casi universal, que atribuia á los papas cierta competencia en las cuestiones de soberanía. Esta idea era muy sabia, y valia mas que todos nuestros sofismas.

Los papas no se entrometian en incomodar á los príncipes prudentes en el ejercicio de sus funciones, y mucho menos en turbar el orden de las sucesiones soberanas, mientras las cosas iban segun las reglas ordinarias y conocidas; y solo cuando habia un grande abuso; un gran crimen ó una gran duda, interponia el sumo pontífice su autoridad. Ahora bien, nosotros que miramos con cierto aire de compasion á nuestros antepasados, ¿cómo salimos del paso en casos semejantes? Con la rebellion, con las guerras civiles y con todos los males que resultan de ellas. A la verdad que no tenemos en esto de qué alabarnos. Si el Papa hubiera decidido el proceso entre Enrique IV y los de la Liga, hubiera adjudicado el reino de Francia á este gran príncipe, *con la obligacion de profesar la religion del estado*; es decir, que hubiera juzgado como ha juzgado la Providencia; mas los preliminares hubieran sido algo diferentes.

Y si la Francia actual, humillándose á una autoridad divina, hubiera recibido su excelente rey de manos del sumo pontífice; ¿se cree que no estaria en este momento algo mas contenta de sí misma y de los demas?

La sensatez de los siglos que llamamos *bárbaros*, sabia en esto mas de lo que se cree comunmente. No es de extrañar que unos pueblos nuevos, que por decirlo asi obedecen al solo instinto, hayan adoptado ideas tan sencillas y tan plausibles; pero es muy importante observar cómo estas ideas que en otro tiempo se llevaron tras sí á unos pueblos bárbaros, han podido reunir en es-

tos últimos siglos la conformidad de tres hombres como Belarmino, Hobbes y Leibnitz (1).

«Importa poco aquí que el Papa haya tenido este »primado por *derecho divino* ó por *derecho humano*, con »tal que sea constante que durante muchos siglos ejer- »ció en el Occidente, con consentimiento y aplauso uni- »versal, un poder seguramente muy extenso. Aun en- »tre los protestantes hay muchos hombres célebres que »han creído que podía dejarse este derecho al Papa, y »que sería útil á la iglesia si se cercenaban algunos »abusos (2).»

Así pues la teoría sola sería indestructible ; mas ¿qué podrá responderse á los hechos, que son el todo en las cuestiones de política y de gobierno? Nadie dudaba, ni aun los mismos soberanos dudaban, de este poder de los Papas; y Leibnitz observa con mucha verdad y con la delicadeza que acostumbra, que cuando el emperador Federico decia al Papa Alejandro III: *no á vos, sino á Pedro*, confesaba el poder de los Papas sobre los reyes, y solo disputaba el abuso (3).

Esta observacion puede generalizarse. Los príncipes anatematizados por los Papas no disputaban sino sobre la jus-

(1) «*Los argumentos de Belarmino, el cual de la suposicion »de que los Papas tienen jurisdiccion sobre lo espiritual, infiere »que tienen una jurisdiccion, á lo menos indirecta, sobre lo »temporal, no han parecido despreciables al mismo Hobbes. Efectivamente es cierto etc.*» (Leibnitz, *Oper.* tom. I, part. 3, página 401 en 4.º. — *Pensamientos de Leibnitz*, en 8.º, tom. 2, página 406).

(2) Leibnitz, *ibid.* pág. 401.

(3) Leibnitz, *Oper.* tom. IV, part. III, pág. 401.

ticia de los anatemas; de modo que estaban prontos á servirse de ellos contra sus enemigos; lo que no podian hacer sin confesar manifestamente la legitimidad de la potestad.

Voltaire , despues de haber referido á su modo la excomunion de Roberto de Francia , observa « que el »emperador Oton III asistió personalmente al concilio donde se pronunció la excomunion (1).» Luego el emperador confesaba la autoridad del Papa ; y es cosa muy singular que los críticos modernos no quieran conocer la contradiccion manifesta en que incurren cuando notan todos de comun acuerdo «que lo mas deplorable que habia en estos grandes juicios, era la ceguedad »de los príncipes que no negaban la legitimidad de aquellos, y aun los invocaban muchas veces.»

Mas si los príncipes estaban de acuerdo en esto, todo el mundo lo estaba tambien , y solo deberá tratarse de los abusos que se encuentran en todas partes.

Felipe Augusto , á quien el Papa acababa de transferir en herencia perpetua el reino de Inglaterra..... no publicó entonces *que no pertenesca al Papa dar las coronas...* «El mismo habia sido excomulgado algunos »años antes... porque habia querido repudiar á su mujer. »Entonces habia declarado que las censuras de Roma »eran insolentes y abusivas.... Pero pensó de muy diferente modo cuando fue el ejecutor de una bula , que »le daba la posesion de Inglaterra (2).» Es decir que

(1) Voltaire, *Ens. etc.* tom. II, cap. XXXIX.

(2) Voltaire, *ibid.* tom. II, cap. L.

la autoridad de los Papas era contradicha por aquel á quien corregia; luego no ha habido nunca autoridad mas legitima, pues que jamás la ha habido menos disputada.

Habiendo depuesto la dieta de Forcheim al emperador Enrique IV el año 1077, y nombrado en su lugar á Rodulfo, duque de Suabia; el Papa congregó un concilio en Roma para juzgar las pretensiones de los dos rivales, los cuales juraron por medio de sus embajadores que estarian á la decision de sus legados (1), y fue confirmada la eleccion de Rodulfo. Entonces apareció en la diadema de este emperador aquel verso célebre:

Petra (es decir Jesucristo) dedit Petro, Petrus diadema Rodulpho.

La piedra entregó la corona á Pedro, y Pedro la entregó á Rodulfo.

Enrique V, despues de su coronacion como rey de Italia, hizo en 1110 un tratado con el Papa, por el cual el emperador renunciaba á sus pretensiones sobre las investiduras, «con la condicion de que el Papa por » su parte le cederia los ducados, condados y marquesados, las tierras y los derechos de justicia, de moneda, » y otros que los obispos de Alemania estaban poseyendo.»

En 1209, habiendo invadido Oton de Sajonia el

(1) Maimbourg, año 1077.

territorio de la santa sede contra todas las leyes mas sagradas y aun contra sus mas solemnes empeños, fue excomulgado. El rey de Francia y toda la Alemania se declararon contra él, y por último fue depuesto en 1211 por los electores, que nombraron en su lugar á Federico II. Depuesto este mismo Federico II el año 1228, S. Luis representó al Papa «que si el emperador » habia merecido realmente ser depuesto, no deberia » haberlo sido sino en un concilio general;» es decir en el fondo, por el Papa mejor informado (1).

En 1245 Federico II fue excomulgado y depuesto en el concilio general de Leon. En 1335 el emperador Luis de Baviera, que habia sido excomulgado por el Papa, envió embajadores á Roma para solicitar su absolucion; y en 1338 volvieron allí para el mismo objeto acompañados de los embajadores del rey de Francia:

En 1346 el Papa excomulgó nuevamente á Luis de Baviera, y *de concierto con el rey de Francia* hizo nombrar á Cárlos de Moravia &c. (2).

Voltaire ha escrito un largo capítulo para probar

(1) En la representacion de este gran príncipe se descubria el gérmen del espíritu de oposicion que se manifestó en Francia antes que en otras partes. Felipe el Hermoso apeló tambien del decreto de Bonifacio VIII al concilio universal; mas en estas mismas apelaciones confesaban los príncipes que *la iglesia universal*, como dice Leibnitz, *habia recibido alguna autoridad sobre sus personas, de la cual se abusaba entonces respecto de ellos.*

(2) Estos hechos son muy conocidos y pueden verificarse en los años correspondientes en la excelente obra de Maimbourg: *Hist. de la decadencia del imperio*; en los *Anales* de Muratori, y generalmente en todas las historias relativas á la misma época.

que los Papas han dado todos los reinos de Europa con el consentimiento de los reyes y de los pueblos; y cita á un rey de Dinamarca que en 1329 decia al Papa: « Santísimo padre, el reino de Dinamarca, como vos » sabeis, no depende mas que de la iglesia romana, á » la qual paga tributo; pero no del imperio (1).»

Continúa luego estos mismos pormenores en el capítulo siguiente, y despues escribe al márgen con una profundidad que asombra: *Grande prueba de que los Papas daban los reinos*. Por esta vez convenimos enteramente con él. *Los Papas daban todos los reinos; luego daban todos los reinos*. Este es uno de los mejores raciocinios de Voltaire (2). Tambien cita en otra parte al poderoso Carlos V, que pedia al Papa una dispensa para agregar el título de *rey de Nápoles* al de emperador (3).

El origen divino de la soberanía y la legitimidad individual, conferida y declarada por el vicario de Jesucristo, eran ideas tan arraigadas en todos los entendimientos, que Livon, Rey de la Armenia Menor, envió á prestar pleito homenaje al emperador y al Papa en 1242, y fue coronado en Maguncia por el arzobispo de aquella ciudad (4).

Al principio del mismo siglo Joannicio, rey de los búlgaros, se sometio á la iglesia romana, y envió em-

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumb.* etc., tom. III, cap. LXIII.

(2) Voltaire, *ibid.* tomo III, cap. LXIV.

(3) Voltaire, *ibid.* tom. III, cap. CXXIII.

(4) Maimibourg, *Hist. de la decadencia* etc, año 1242.

bajadores á Inocencio III para prestarle obediencia filial, y pedirle la corona real, *como sus predecesores la habian recibido otras veces de la santa sede* (1).

En 1275 Demetrio, arrojado del trono de Rusia, apeló de este acto al Papa, como al juez de todos los cristianos (2). Y para terminar con alguna cosa acaso mas notable, recordaremos que aun en el siglo XVI Enrique VII, rey de Inglaterra, príncipe medianamente enterado de sus derechos, pedia sin embargo la confirmacion de su título al Papa Inocencio VII, el cual se la concedió por una bula que cita Bacon (3).

No hay cosa mas chistosa que ver á los Papas justificados por sus mismos acusadores. Escuchemos otra vez á Voltaire: « Cualquiera príncipe, dice, que quería usurpar ó recobrar un estado, se dirigia al Papa como á su dueño..... Ningun príncipe nuevo se atrevía á llamarse soberano, ni podia ser reconocido de los demas sin el permiso del Papa; y el fundamento de toda la historia de la edad media es siempre que los Papas se creian señores feudales de todos los estados, » sin exceptuar ninguno (4).»

Nos basta con esto: la legitimidad del poder está demostrada. El autor de las *Cartas relativas á la historia*, acaso mas enconado contra los Papas que el mismo

(1) Maimb. *Hist. del cisma de los griegos*, tomo II, lib. IV, año 1201.

(2) Voltaire, *Anal. del imperio*, tomo I, pág. CLXXVIII.

(3) Bacon, *Historia de Enrique VII*, pág. 29 de la traduccion francesa.

(4) Voltaire, *Ensayo*, etc., tomo III, cap. LXIV.

Voltaire, cuyo odio era, por decirlo así, todo superficial, tuvo que venir á parar al mismo resultado, es decir, á justificar completamente á los Papas, creyendo que los acusaba.

« Por desgracia, dice, casi todos los soberanos por » una ceguedad inconcebible trabajaban ellos mismos » en acreditar en la opinion pública una arma, que ni » tenia ni podia tener fuerza sino por esta opinion. Cuan- » do con ella se acometía á alguno de sus rivales ó de sus » enemigos, no solamente lo aprobaban, sino que algunas » veces provocaban la excomunion; y encargándose de » ejecutar la sentencia que despojaba á un soberano de » sus estados, sometian los suyos á aquella jurisdiccion » usurpada (1).»

En otra parte cita un grande ejemplo de este derecho público, y queriéndole refutar acaba de justificarle: « Parecia que estaba reservado, dice, á este funesto » tratado (la liga de Cambray) el encerrar todos los vi- » cios. El derecho de excomulgar en materia temporal, » fue reconocido allí por dos soberanos, y se estipuló » que Julio fulminaria un entredicho contra Venecia, » si dentro de cuarenta dias no devolvía sus usurpacio- » nes (2).»

« Hé aquí, diria Montesquieu, la *esponja* que debe » pasarse á todas las objeciones hechas contra las exco- » munionen antiguas.»

(1) *Cartas relativas á la historia*, tomo II, carta XLIII, pág. CUXIII en 8.

(2) *Cartas relativas á la historia*, tomo III, carta LXIII, pág. CCXXXIII.

¡Cuánto ciega la preocupacion aun á los hombres mas perspicaces! Acaso es esta la primera vez que se arguye de la universalidad de un uso contra su legitimidad. Y ¿qué cosa hay segura entre los hombres, si la costumbre, sobre todo no contradicha, no es la madre de la legitimidad? El mayor de todos los sofismas es el de aplicar un sistema moderno á los tiempos pasados, y juzgar por esta regla las cosas y los hombres de aquellas épocas mas ó menos lejanas. Con este principio se destruiria el universo; porque no hay institucion alguna establecida que no pueda destruirse por el mismo medio, juzgándola por una teoría abstracta. Desde el punto en que se ve á los príncipes y los pueblos de acuerdo sobre la autoridad de los Papas, caen por tierra todos los razonamientos modernos, mucho mas cuando la teoría mas cierta viene en apoyo de los usos antiguos.

Echando pues una ojeada filosófica hácia el poder ejercido en otros tiempos por los Papas, puede preguntarse por qué razon se desplegó tan tarde en el mundo. Dos respuestas hay á esta cuestion. En primer lugar, el poder pontificio en razon de su carácter é importancia, estaba sujeto mas que otro alguno á la ley universal del crecimiento; y si se reflexiona que debia durar tanto como la misma religion, se hallará que su madurez no se retardó. La planta es una imágen natural de los poderes lejitimos. Considérese un árbol: la duracion de su crecimiento es siempre proporcional á su fuerza y á su duracion total. Todo poder que inmediatamente se halla constituido con toda la plenitud de

sus fuerzas y de sus atributos, es por lo mismo falso, efímero y ridículo. A tanto equivaldría imaginar un hombre que naciese ya adulto.

En segundo lugar era preciso que la explosión, por decirlo así, del poder pontificio coincidiese con la juventud de las soberanías europeas que debía *cristianizar*.

Voy á resumir. Ninguna soberanía es ilimitada en todo el rigor de la palabra, ni aun puede serlo. Siempre y en todas partes ha sido limitada de alguna manera (1). La mas natural y menos peligrosa, especialmente entre las naciones nuevas y feroces, era sin duda una intervención cualquiera del poder espiritual. La hipótesis de todas las soberanías cristianas, reunidas por la fraternidad religiosa en una especie de república universal bajo la supremacía moderada del poder espiritual supremo, nada tenía de chocante, y aun podia presentarse á la razón, como superior á la institución de los Anfictyones de la Grecia. Yo no veo que en

(1) Esto debe entenderse según la explicación que he dado ya (*lib. II, cap. III, pág. 201*); es decir, que no hay soberanía que por fortuna de los hombres y por la suya propia no se halle limitada de alguna manera; pero que dentro de estos límites, puestos según Dios ha querido, es siempre y en todas partes absoluta, y debe mirarse como infalible. Y cuando hablo del ejercicio legítimo de la soberanía, no entiendo el ejercicio *justo* (lo que produciría una anfibología peligrosa), á menos que por esta última voz no se quiera decir que todo cuanto ella obra dentro de su círculo, es justo, ó tenido por tal: lo cual es verdad. De este modo un tribunal supremo, mientras no sale de sus atribuciones es siempre justo, porque realmente *en la práctica* lo mismo es ser infalible, que engañarse sin que haya apelación.

los tiempos modernos se haya inventado nada mejor, ni aun tan bueno. ¿Quién sabe lo que hubiera sucedido si la teocracia, la política y la ciencia se hubieran podido poner tranquilamente en equilibrio perfecto, como sucede siempre á los elementos cuando se los abandona á sí mismos, y se deja obrar al tiempo? En este orden de cosas no hubieran sido posibles las calamidades mas espantosas, las guerras de religion, la revolucion francesa &c.: el poder pontificio aun tal como ha podido desplegarse, y á pesar de la terrible mezcla de errores, de vicios y de pasiones que han asolado la humanidad en épocas deplorables, no ha dejado de hacer á esta los mas señalados servicios.

Los innumerables escritores que no han hallado estas verdades en la historia, sabian sin duda escribir (demasiado lo han probado); pero ciertamente no han sabido leer.

CAPÍTULO XI.

APLICACION HIPOTÉTICA DE LOS PRINCIPIOS PRECEDENTES.

*Humildísimas y respetuosísimas representaciones de los
estados generales del reino de ***, congregados en ***
á N. SS. P. el Papa Pio VII.*

« Santísimo padre: En medio de la mas amarga afliccion y de la mas cruel angustia que pueden experimentar unos súbditos fieles, y obligados á elegir entre la perdicion absoluta de una nacion y las últimas medidas de rigor contra una testa coronada, los estados generales no han discurrido mejor medio que echarse en los brazos paternales de V. Santidad, é invocar su justicia suprema para salvar, si es tiempo aun, un imperio atribulado.

« El soberano que nos gobierna, santísimo padre, únicamente reina para nuestra perdicion. No negamos sus virtudes; pero son inútiles, al paso que son tales sus desaciertos, que si V. Santidad no nos alarga la mano, no hay ya esperanza de salvacion para nosotros.

« Por una exaltacion de espíritu sin igual se ha figurado este príncipe que viviamos en el siglo XVI, y

que él era *Gustavo Adolfo*. V. Santidad puede hacer que se le pongan de manifiesto las actas de la dieta germánica; y allí verá V. Santidad que nuestro soberano, como miembro de la confederacion, ha remitido al directorio varias notas que parten evidentemente de las dos suposiciones que acabamos de indicar, y cuyas consecuencias nos agobian. Enajenado por un funesto entusiasmo militar y falto absolutamente de talento, quiere hacer la guerra: no quiere que se haga por él, y él no sabe hacerla. Compromete sus tropas, las humilla, y castiga despues en sus oficiales los reveses de que él es autor. Contra las reglas comunes de la prudencia se obstina en sostener la guerra á pesar de su nacion contra dos potencias colosales, de las que una sola bastaria para aniquilarnos diez veces. Entregado á las visiones del *iluminismo*, estudia la política en el Apocalipsis; y ha llegado á creer que se le designa en este libro como el personaje extraordinario destinado á destruir al gigante que conmueve en el dia todos los tronos de Europa: el nombre que le distingue hoy entre los reyes, es para él menos lisonjero que el que aceptó al filiarse en las sociedades secretas: con este firma los documentos públicos, y sustituye á las armas de su augusta familia el burlesco blason *de los hermanos*. Tan poco racional en lo interior de su casa como en el consejo, desecha hoy á una compañera irrepreensible; por razones que nuestros diputados tienen orden de explicar á V. Santidad de viva voz; y si con una determinacion saludable no ataja V. Santidad este plan, no dudamos que muy pronto quede justificado nuestro recurso con alguna eleccion desigual y extra-

vagante. En fin, santísimo padre, de V. Santidad nada mas depende el convencerse con las pruebas mas incontestables que habiéndose enajenado irrevocablemente la nacion de la dinastía que nos gobierna; debe desaparecer por el bien público, que es primero que todo, esta familia proscrita por la opinion universal.

«Sin embargo no quiera Dios, santísimo padre, que nosotros apelemos á nuestro propio juicio, é intentemos determinarnos por nosotros mismos en esta ocasion importante. Sabemos que los reyes no tienen jueces temporales, sobre todo entre sus súbditos, y que la magestad real no depende mas que de Dios. A V. Santidad pues, santísimo padre, como representante de su hijo en la tierra, dirigimos nuestras súplicas, para que se digne V. Santidad de absolvernos del juramento de fidelidad que nos ligaba á la familia real que nos gobierna, y transferir á otra unos derechos, de que no podria ya gozar el poseedor actual sino para desgracia suya y desgracia nuestra.»

¿Cuáles serian las resultas de este gran recurso? Ante todas cosas el Papa prometeria tomar la cosa en profunda consideracion, y pesar los agravios de la nacion en la balanza de la justicia mas escrupulosa: lo que bastaria al pronto para calmar los ánimos, porque el hombre es así; la denegacion de justicia es lo que le irrita, y la imposibilidad de obtenerla lo que le desespera. Cuando está seguro de que le ha de oír un tribunal legítimo, se tranquiliza.

El Papa enviaria despues á aquel pais un sugeto de su mas íntima confianza y á propósito para tratar negocios

tan grandes. Este enviado mediaría entre la nación y su soberano, y mostraría á los unos la falsedad ó la exageración visible de sus quejas, el mérito incontestable del soberano y los medios de evitar un ruidoso escándalo político, y al otro los peligros de la inflexibilidad, la necesidad de respetar ciertas preocupaciones y sobre todo la inutilidad de apelar al derecho y á la justicia cuando se desencadena una vez la fuerza ciega: en fin no omitiría diligencia para evitar el último extremo.

Sin embargo echemos la cosa á lo peor, y supongamos que el soberano pontífice creyese debía absolver á los súbditos del juramento de fidelidad: á lo menos impediría todas las medidas violentas. Sacrificando al rey salvaría la magestad: no olvidaría ninguno de los lenitivos personales que las circunstancias permitiesen, y sobre todo (y quizá esto merece llamar la atención, aunque sea ligeramente) clamaría fuertemente contra el proyecto de destituir á una dinastía entera ni aun *por los crímenes*, pero mucho menos por las faltas de un solo príncipe. Enseñaría á los pueblos *que la familia es la que reina: que el caso ocurrido era enteramente semejante al de una sucesión ordinaria abierta por muerte ó enfermedad; y acabaría por anatematizar á cualquiera que fuese tan atrevido que pusiera en duda los derechos de la casa reinante.*

Esto es lo que el Papa hubiera hecho, suponiendo reunidas las luces de nuestro siglo al derecho público del siglo XII. ¿Se cree que no sería posible obrar peor? ¡Qué ciegos somos por lo general! Y si es lícito decirlo, ¡cómo engañan las apariencias á los príncipes en particu-

lar ! Les hablan vagamente *de los excesos* de Gregorio VII y de la superioridad de nuestros tiempos modernos ; pero ¿cómo el siglo de las rebeliones ha de tener derecho de *moñarse* del siglo de las dispensas ? El Papa no absuelve ya del juramento de fidelidad ; pero se absuelven los pueblos mismos , se rebelan , deponen á los príncipes , los matan á puñaladas , los conducen al patíbulo , y aun hacen otra cosa peor. Sí , hacen otra cosa peor , no me retracto : les dicen : *Vosotros no nos convenís ya : idos*. Proclaman en alta voz la soberanía original de los pueblos y el derecho que tienen de tomarse por sí la justicia. Una fiebre constitucional (creo que puede uno expresarse así) se ha apoderado de todas las cabezas , y no se sabe todavía lo que producirá. Privados los entendimientos de todo centro común , y discordando del modo mas alarmante , solo concuerdan en un punto , el de limitar las soberanías. ¿Qué es pues lo que han ganado los soberanos con esas luces tan ponderadas y dirigidas todas contra ellos ? Yo prefiero al Papa.

Faltanos ver si es verdad que la pretension de poder que vamos examinando, *ha inundado á la Europa de sangre y de fanatismo*.

CAPÍTULO XII.

SOBRE LAS SUPUESTAS GUERRAS PRODUCIDAS POR LA PUGNA DE LAS DOS POTESTADES.

El principio de esta pugna entre las dos potestades debe fijarse en el año 1076. Entonces el emperador Henrique IV, citado en Roma por causa de simonía, envió sus embajadores, que el Papa no quiso recibir. Irritado el emperador mandó juntar un concilio en Worms, donde hizo deponer al Papa. Este, que era el célebre Gregorio VII, depuso por su parte al emperador, y declaró libres á sus súbditos del juramento de fidelidad (1): sometióse Henrique; pero á pesar de esta sumision Gregorio que se habia limitado á la absolu-

(1) *Risoluzione che quantumque non praticata da alcuno de' suoi predecessori, pure fu creduta giusta è necessaria in questa congiuntura* (Muratori, *Annal. de Italia* tom. IV, en 4.º, página 246). Añádase á esto lo que dice en la página precedente: *Fin qui avea il pontefice Gregorio usate tutte le maniere più efficaci ma insieme dolci per impedir la rottura.* (*Ibid.* pág. 245.)

ción lisa y llana, mandó luego á los príncipes de Alemania que eligiesen otro emperador, si no estaban contentos con Henrique. Estos llamaron al imperio á Rodolfo de Suabia, y se encendió la guerra entre los dos competidores. En seguida ordenó el Papa á los electores que celebraran una nueva asamblea, para terminar estas diferencias, y excomulgó á todos cuantos pusiesen el menor obstáculo á aquella.

Los partidarios de Henrique depusieron nuevamente al Papa en el concilio de Brescia, año 1080 (1); mas habiendo sido derrotado y muerto Rodolfo en el mismo año, se acabaron las hostilidades.

Si se pregunta quién habia establecido los electores, responderá Voltaire al instante: «Que los electores se »habian instituido por sí mismos, y que de este modo »se establecen todos los órdenes, quedando lo demas á »cargo de las leyes y del tiempo (2); » y luego añadirá con la misma razon que los príncipes que tenian el derecho de elegir el emperador, parece que tuvieron tambien el de deponerle (3).

Nadie duda de la verdad de esta proposición. Mas no deben confundirse los electores modernos, que son puramente titulares sin autoridad, y que solo por fórmula

(1) Frecuentemente oye uno preguntar si los Papas tenian derecho para deponer á los emperadores; pero nadie se toma la molestia de resolver esta cuestion: *¿Tenian derecho para deponer á los Papas?*

(2) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, tomo IV, capítulo CXCIV.

(3) *Ibid.*, tom. III, cap. XLVI.

nombran á un príncipe hereditario de hecho, con los electores primitivos, *verdaderos electores* en toda la fuerza de la palabra, que tenían incontestablemente el derecho de pedir á su hechura cuenta de su conducta política. Además ¿cómo puede imaginarse un príncipe alemán electivo, que mande en Italia sin ser elegido por la Italia? Para mí sería una cosa monstruosa. Y si la fuerza de las circunstancias había concentrado naturalmente todo este derecho en la cabeza del Papa, por sus dos cualidades de primer príncipe italiano y de jefe de la iglesia católica, ¿qué cosa mas conveniente podía darse? Por lo demás el Papa, en todo lo que acaba de verse, no alteraba el derecho público del imperio. Mandaba á los electores que deliberasen y eligiesen: ordenaba que tomasen las medidas convenientes para terminar las diferencias; y esto es todo lo que debía hacer. Cuesta muy poco pronunciar las palabras *hacer y deshacer emperadores*; pero nada es mas inexacto, porque un príncipe excomulgado tenía en su mano el reconciliarse: si se obstinaba, él mismo era el que se *deshacía*; y si por ventura había juzgado el Papa injustamente, solo resultaba que *en aquel caso* había ejercido injustamente una autoridad justa; á cuya desgracia están expuestas por necesidad todas las autoridades humanas. En el caso en que los electores no pudiesen convenirse, y cometieran la insigne locura de nombrar dos emperadores; ellos mismos serían los que dieran lugar á la guerra; y declarada esta, ¿qué podrían hacer ya los Papas? La neutralidad era imposible, porque la consagración se tenía por indispensable, y la pedían ó los dos competidores, ó el

nuevamente electo: de modo que los Papas debian declararse por el partido donde creian ver la justicia; y en la época de que se trata, muchos príncipes y obispos (que eran tambien príncipes), tanto de Alemania como de Italia, se declararon contra Henrique *por liberarse al fin de un rey nacido únicamente para la infelicidad de sus súbditos* (1).

En el año 1078 envió el Papa legados á Alemania para examinar en el mismo pais de parte de quién estaba el legítimo derecho, y dos años despues envió nuevamente otros para poner fin á la guerra si era posible; mas no hubo medio de calmar la tempestad, y tres batallas sangrientas señalaron aquel año tan desventurado para la Alemania.

Seria abusar extraordinariamente de las voces llamar esto *una guerra entre el sacerdocio y el imperio*; era un cisma en el imperio, ó una guerra entre dos prínci-

(1) *Passarono à liberar se stessi da un principe nato solamente per rendere infelici i suoi sudditi.* (Murat. *ibid.*, p. 248.) Toda la historia nos dice lo que era Henrique como príncipe: su hijo y su mujer nos enseñan lo que era en lo interior de su palacio. Considérese á la desgraciada Praxedes sacada de la prisión por el cuidado de la prudente Matilde, y llevada por la desesperacion á confesar en medio de un concilio horrores abominables. La Providencia nunca permite al genio del mal desencadenar á uno de esos animales feroces sin oponerle el invencible genio de algun hombre grande, y este fue Gregorio VII. Los escritores de nuestro siglo son de otra opinion, y no cesan de hablarnos del *fogoso*, del *implacable* Gregorio: al contrario Henrique goza de todo su favor, y siempre es el *desgraciado*, el *infortunado* Henrique. Solo guardan su compasion para el crimen.

pes rivales, á uno de los cuales favorecia el pontífice supremo con su aprobación, y á veces con su concurrencia forzada. La guerra se reputa siempre que se hace entre dos partes principales, que aspiran exclusivamente á un mismo objeto. Todo lo demas que arrastra tras sí el torbellino de la guerra, no es responsable de nada. ¿Quién ha pensado jamás en achacar á la Holanda ni á Portugal la guerra de sucesion ?

Bien conocidas son las contiendas de Federico con el Papa Adriano IV. Despues de la muerte de este excelente pontífice (1) sucedida en 1159, el emperador hizo nombrar un anti-papa, y le sostuvo con todas sus fuerzas y con una obstinacion que desgarró miserablemente el seno de la iglesia. Este emperador se tomó además la libertad de juntar un concilio, y llamar al Papa sin cumplimiento á Pavía, para hacer de él lo que tuviese por conveniente; y en su carta le llamaba simplemente *Rolando*, que era su apellido. El Papa, como era regular, se guardó muy bien de acceder á una invitacion tan arriesgada como indecorosa. Vista su excusa, algunos obispos seducidos, pagados ó amedrentados por el emperador, se atrevieron á reconocer á Octaviano (ó Víctor) como Papa legítimo, y á deponer á Alejandro III despues de haberle excomulgado: entonces fue cuando el Papa, reducido al último apuro, excomulgó al emperador, y declaró á sus súbditos libres del juramento de

(1) *Lasciò dopo di se gran lode di pietà, di prudenza e di zelo, molte opere de la sua pia e principessa liberalità.* (Muratori, *Ann. d' Ital.*, tom. IV, pág. 538, año 1159.)

fidelidad (1). Este cisma duró diez y siete años, hasta la absolucion de Federico, que le fue concedida en la famosa entrevista de Venecia en 1177.

Es bien sabido lo mucho que en este largo intervalo tuvo el Papa que sufrir, tanto de la violencia de Federico como de las maquinaciones del anti-papa; pues el emperador llevó su furor hasta el extremo de querer ahorcar á los embajadores del Papa en Crema, donde se le presentaron; y no se sabe lo que hubiera sucedido á no haber mediado los dos príncipes Güelfo y Henrique de Leon. Entretanto la Italia ardía, las facciones la devoraban, y cada ciudad era un foco de oposicion contra la ambicion insaciable de los emperadores. Sin duda todos estos esfuerzos no fueron bastante puros para merecer un éxito feliz; mas ¿quién no se indignará contra la insufrible ignorancia que se atreve á llamarlos *rebeliones*? ¿Quién no compadecería la suerte de Milan? Lo único que importa hacer observar aquí es que los Papas no fueron la causa de estas guerras desastrosas, sino que al contrario casi siempre fueron vícti-

(1) Esta es la verdad. Mas si se quiere saber lo que ha habido valor de escribir en Francia, ábranse las *Tablas cronológicas* del abate Lenglet-Dufresnoy, y allí se verá en el año 1159 lo siguiente: *No habiendo podido el Papa (Adriano IV) mover á los milaneses á rebelarse contra su emperador, excomulgó á este príncipe.* — Y el emperador fue excomulgado en el año siguiente 1160 en la misa de Jueves Santo por el sucesor de Adriano IV, que habia fallecido en 1.º de setiembre de 1159. Ya se ha visto por qué fue excomulgado Federico; pero hé aquí lo que se cuenta y por desgracia lo que se cree.

mas de ellas, y especialmente en esta ocasion. Ni aun facultades tenian para hacer la guerra, aunque hubieran querido, porque ademas de que sus fuerzas eran sumamente inferiores, sus estados estaban ocupados casi siempre, y nunca eran ellos dueños de permanecer tranquilos ni aun en la misma Roma, donde el espíritu republicano se habia exaltado tanto como en cualquier otra parte, sin tener las mismas excusas. Alejandro III, de quien aquí se trata, no habiendo hallado seguridad en ninguna parte de Italia, se vió al fin obligado á retirarse á Francia, *asilo ordinario de los Papas perseguidos* (1). Este Papa habia resistido al emperador, y obrado en justicia segun su conciencia; pero no habia encendido la guerra, ni la habia hecho, ni la podia hacer; antes por el contrario era víctima de ella. Véase pues otra época que debe rebajarse enteramente de esa *lucha sangrienta del sacerdocio y del imperio* (2).

(1) *Presse la risoluzione di passare nel regno di Francia, usato rifugio de' Papi perseguitati* (Murat. *ibid.* tom. VI, página 549, año 1661). Es de notar que en el eclipse que acaba de padecer la gloria francesa, los opresores de la nacion la habian hecho precisamente mudar de papel, pues que ellos mismos fueron á buscar al pontífice para exterminarle. Bien puede uno creer que el castigo á que se ve condenada la Francia en este momento, es la pena del crimen que se cometió en su nombre. Jamás volverá á ocupar su lugar, si no vuelve á tomar sus *funciones*. (Esta nota se escribió en agosto de 1817)

(2) En el compendio cronológico citado poco há se lee al año 1167: *El emperador Federico derrota mas de doce mil romanos y se apodera de Roma: el Papa Alejandro se ve obligado á huir*. ¿Quién no creeria que el Papa hacia la guerra al emperador? Pues la hacian los romanos contra la voluntad del Papa que

En el año 1198 se movió un nuevo cisma en el imperio. Divididos los electores, eligieron unos á Felipe de Suabia, y otros á Oton de Sajonia, lo cual produjo una guerra de diez años. En este tiempo Inocencio III, que se habia declarado en favor de Oton, se aprovechó de las circunstancias para hacerse restituir la Romaña, el ducado de Spoletto y el patrimonio de la condesa Matilde, que los emperadores habian dado injustamente en feudo á algunos príncipes pequeños. En todo esto, como se ve, no hay sombra de espiritualidad ni de poder eclesiástico. El Papa obraba como buen príncipe y segun las reglas de la política comun. Obligado absolutamente á decidirse, ¿debía proteger la descendencia de Barbaroja contra las pretensiones no menos legítimas de un príncipe que pertenecía á una familia benemérita de la santa sede, y que por ella habia sufrido mucho? ¿debía dejarse despojar tranquilamente *por no causar estrépito*? A la verdad que es singular la apatía á que se condena á estos desgraciados pontífices.

En 1210 Oton IV, despreciando todas las leyes de la prudencia, y contra la fé de sus mismos juramentos, usurpó los estados del Papa y los del rey de Sicilia, aliado y vasallo de la santa sede. El Papa Inocencio III le excomulgó y privó del imperio: fue elegido Federico, y sucedió lo que sucede siempre: dividirse los príncipes

no podia impedirlo. *Ancor che si oponesse á tal risoluzione il prudentissimo Papa Alessandro III* (Murat. *ad Ann.* tom. IV, página 375). Hace tres siglos que no parece sino que la historia entera es una gran conjuración contra la verdad.

y los pueblos. Oton continuó contra Federico emperador la misma guerra principiada contra el mismo, como rey de Sicilia. Nada varió: antes combatian y siguieron combatiendo; mas la culpa era toda de Oton, cuya injusticia é ingratitud de ningun modo pueden excusarse. Asi lo reconoció él mismo cuando hallándose á punto de morir en 1218 pidió y obtuvo la absolucion con sentimientos de devocion y de pesar.

Federico II, su sucesor, se habia obligado por juramento, y *bajo pena de excomunion*, á llevar las armas á Palestina (1); pero en vez de cumplir sus juramentos no pensó mas que en aumentar su tesoro, aun á expensas de la iglesia, para oprimir la Lombardia. Al fin fue excomulgado en 1227 y 1228, y habiendo pasado á la tierra santa, el Papa en tanto se hizo dueño de una parte de la Pulla (2); mas luego volvió el emperador y recobró cuanto se le habia quitado. Gregorio IX que con mucha razon colocaba las cruzadas en primer lugar entre los negocios políticos y religiosos, y que se hallaba en extremo descontento del emperador, á causa de la tregua que habia hecho con el Soldan, excomulgó de nuevo á este príncipe, el cual, aunque se reconcilió en 1230, no dejó de continuar la guerra; antes bien la hizo con una crueldad inaudita (3).

(1) Muratori, *ibid.* t. VII, pág. 175, año 1223.

(2) Mas fue para dar la investidura de este pais á Juan Brienne, padre político del mismo Federico, lo que merece notarse. En general el espíritu de usurpacion fue siempre muy ajeno de los papas; en lo cual no se ha fijado bastante la atencion.

(3) Se le vió por ejemplo en el sitio de Roma mandar dividir en cuatro partes la cabeza á los prisioneros de guerra, ó ha-

Sobre todo se ensañó con el clero y con las iglesias de un modo tan horrible, que el Papa le volvió á excomulgar. Creo inútil recordar aquí la acusacion de impiedad y el famoso libro de *los Tres impostores*, porque son cosas universalmente sabidas. No ignoro que se ha acusado á Gregorio IX de haberse dejado arrebatar de la ira, y haber sido demasiado precipitado en su conducta con Federico. Muratori habló de un modo, y en Roma se habló de otro; y esta discusion que exigiria mucho tiempo y trabajo, es ajena de una obra donde no se trata de saber si los papas han dejado alguna vez de tener razon. Supongamos, si se quiere, que Gregorio IX se hubiese mostrado inflexible; pero ¿qué diremos de Inocencio IV que habia sido amigo de Federico antes de ocupar la silla pontificia, y que nada omitió para restablecer la paz? No obstante no fue mas feliz que Gregorio, y concluyó por deponer solemnemente al emperador en el concilio general de Leon, año 1245 (1).

El Papa no tuvo ninguna parte en el nuevo cisma del imperio, que ocurrió en 1257, y no produjo suceso alguno relativo á la sante sede: lo mismo debe decirse de la deposicion de Alfonso de Nassau en 1298 y de su lucha con Alberto de Austria.

En 1314 los electores cometieron de nuevo la enorme falta de dividirse, y al instante se movió una

serles quemar la frente con un hierro ardiendo y en forma de cruz.

(1) Muchos escritores han observado que esta famosa excomunion fue pronunciada *en presencia*, mas no *con aprobacion* del

T. 5.

4

guerra que duró ocho años entre Luis de Baviera y Federico de Austria, en la cual tampoco tuvo parte alguna la santa sede.

En esta época los Papas habían desaparecido de la infeliz Italia, donde los emperadores tampoco se habían presentado hacia sesenta años; y las dos facciones la ensangrentaban de uno á otro extremo, *sin cuidarse mucho de los intereses de los Papas, ni de los de los emperadores* (1).

La guerra entre Luis y Federico produjo las dos sangrientas batallas de Eslingen en 1315 y de Muldorff en 1322.

El Papa Juan XXII había destituido á los vicarios del imperio el año 1317, y llamado á los dos concurrentes para discutir sus derechos; y si hubiesen obedecido, se hubiera evitado cuando menos la batalla de Muldorff. Por lo demas, si las pretensiones del Papa eran exageradas, no lo eran menos las de los emperadores. Vemos á Luis de Baviera tratar al Papa absolutamente como á un súbdito imperial en un decreto de 23 de abril de 1328, «mandándole residir en Roma, y prohibiéndole »salir de allí por mas de tres meses, ni á mas de dos »jornadas de camino, sin el permiso del clero y del »pueblo romano: si el Papa no obedecía á tres intimaciones, cesaba de serlo *ipso facto*.» Luis acabó por con-

concilio: pero esta diferencia es poco notable cuando el concilio no protestó, y si no protestó fue porque creyó que se trataba de un punto de derecho público que ni aun exigia discusion. En esto no se repara bastante.

(1) Maimbourg, *Hist. de la decadencia etc.*, año 1308.

denar á muerte á Juan XXII (1). ¡Hé aquí lo que los emperadores querian hacer de los Papas! Considérese lo que serian estos hoy, si los primeros hubieran podido hacer cuanto querian.

Conocidas son las tentativas que hizo Luis de Baviera para reconciliarse; y aun parece que el Papa se hubiera prestado á ello sin la oposicion formal de los reyes de Francia, de Nápoles, de Bohemia y de Polonia (2). Mas el emperador Luis se condujo de un modo tan insoportable, que hubo de ser excomulgado nuevamente en 1346. Su extravagante tiranía llegó en Italia al punto de proponer la venta de los estados y de las ciudades de aquel pais, á quien le ofreciese mayor precio (3).

La época célebre de 1349 puso fin á todas las contiendas. Carlos IV cedió en Alemania y en Italia: entonces se burlaron de él, porque los ánimos estaban acostumbrados á las exageraciones; no obstante él rei-

(1) Maimbourg, *hist. de la decad.* etc. año de 1308.

(2) No debe jamás perderse de vista esta grande é incontestable verdad histórica: *que todos los soberanos miraban al Papa como su superior, aun en lo temporal; pero sobre todo como señor feudal de los emperadores electivos.* En la opinion comun se juzgaba que los Papas daban el imperio cuando coronaban á un emperador. Este recibia de ellos el derecho de nombrar su sucesor; y los electores alemanes recibian el derecho de elegir un *rey de los teutones*, que por este medio estaba destinado para el imperio. El emperador electo le prestaba juramento etc. De modo que las pretensiones de los Papas no pueden parecer extrañas sino á los que rehusen absolutamente trasladarse con la consideracion á aquellos tiempos remotos.

(3) Maimbourg, *Hist. de la decad.* etc. años 1328 y 1329.

nó muy bien en Alemania, y la Europa le debe la *Bula de oro*, que fijó el derecho público del imperio. Desde entonces nada se ha variado; lo que muestra que tenía razón, y que aquel era el punto fijado por la Providencia.

La rápida ojeada que hemos dado acerca de esta famosa contienda, manifiesta lo que debe creerse de *los cuatro siglos de sangre y de fanatismo*. Mas para hacer el cuadro tan sombrío como se necesita, y sobre todo para cargar toda la odiosidad sobre los Papas, se emplean artificios al parecer inocentes, que será útil confrontar.

El principio de la gran contienda no puede fijarse mas allá del año 1076, ni su fin puede bajar de la época de la Bula de oro en el año 1359, periodo que abraza 273 años; mas como los números redondos agradan mas, es mejor decir *cuatro siglos*, ó cuando menos *cerca de cuatro siglos*. Y como en Italia y en Alemania se peleó en *esta época*, se da á entender que se peleó *durante toda esta época*. Y como se peleó en Alemania é Italia, y estos dos estados componen una parte considerable de la Europa; tambien se deja entender que se peleaba *en toda la Europa*. No hay la menor dificultad en usar esta *sinécdoque* de poca importancia.

Y como la disputa de las investiduras y las excomuniones hicieron mucho ruido durante estos cuatro siglos, y pudieron dar lugar á algunos movimientos militares; queda probado ademas que *todas* las guerras de Europa durante aquella época fueron originadas de dicha causa, y *siempre* por culpa de los Papas.

De modo que *los Papas durante cerca de cuatro siglos inundaron la Europa de sangre y de fanatismo* (1).

Tienen tanto imperio la costumbre y la preocupacion en el hombre, que algunos escritores, por otra parte muy ilustrados, al tratar de este punto de la historia, suelen padecer el achaque de decir el pro y el contra sin echarlo de ver. Maimbourg por ejemplo, á quien se ha apreciado muy poco, y que en general me parece bastante prudente é imparcial, en su *Historia de la decadencia del imperio* &c., hablando de Gregorio VII, nos dice lo siguiente: «Si le hubiese ocurrido hacer algun buen concordato con el emperador, semejante á los que se han hecho despues muy útilmente; hubiera ahorrado la sangre de tantos millones de hombres como perecieron en la disputa de las investiduras (2).»

No hay disparate que pueda compararse al que contiene este pasaje. Ciertamente es muy fácil decir en el siglo XVII cómo debiera haberse hecho un concordato en el siglo XI con aquellos príncipes sin moderacion, sin fé y sin humanidad. ¿Y qué diremos de esos *tantos millones de hombres sacrificados* en la disputa de las investiduras, que no duró mas que cincuenta años, y por la cual creo que no se vertió ni una gota de sangre? (3)

(1) *Durante cuatro ó cinco siglos. Cartas acerca de la hist.* París 1803, tomo II, carta XXVIII, pág. 220, nota.

Durante cerca de cuatro siglos. Ib. Carta XLI, pág. 406. Yo me atengo á la mitad de cuatro siglos.

(2) Maimbourg, año 1085.

(3) La disputa principió con Henrique sobre la simonía, porque el emperador queria poner á subasta los beneficios eclesiásticos, y hacer de la iglesia un feudo dependiente de su corona, y Grego-

Mas si por un instante llega á adormecerse la preocupacion nacional del mismo autor, se le escapará la verdad de la pluma, y nos dirá sin rodeos en la misma obra: « No se crea que las dos facciones se hicieron la »guerra *por la religion...* El odio y la ambicion eran los »que animaban á unos contra otros para destruirse »mútuamente (1). »

Los que no hayan leído mas que los libros favorables á los emperadores, no podrán desechar la preocupacion de que las guerras de esta época *fueron causadas por las excomuniones*, y que sin estas no se hubiera peleado. Es el mayor error. Lo he dicho mas arriba y lo repito de nuevo: *se peleaba antes y se peleó despues*. No puede haber paz donde quiera que la soberanía no está asegurada, y entonces no lo estaba: en ninguna parte duraba bastante para hacerse respetable. El mismo imperio, como que era electivo, no inspiraba aquella especie de respeto que corresponde á los tronos hereditarios. Las mudanzas, las usurpaciones, *los deseos extremados, los vastos proyectos* debian ser las ideas de moda, y con efecto estas ideas ocupaban todos los cerebros. La política vil y abominable de Maquiavelo está inficionada de ese espíritu de salteamiento: y esta es la política de bandidos, que aun en el siglo XV dominaba á muchos hombres grandes, y que casi se reduce á un solo problema: *¿cómo podrá un asesino pre-*

rio VII queria todo lo contrario. En cuanto á las investiduras, se ve de un lado la violencia, y del otro una resistencia pastoral, mas ó menos desgraciada. Nunca se vertió sangre por esto.

(1) Maimbourg, *Hist. de la decad.*, año 1317.

venir á otro? Entonces no había en Alemania ni en Italia un solo soberano que se creyese propietario seguro de sus estados, y que no codiciase los de su vecino. Para colmo de desgracia la soberanía dividida se daba á pedazos á los príncipes que se hallaban en estado de comprarla. No había una fortaleza donde no estuviese encastillado un bandolero ó el hijo de un bandolero. El odio estaba concentrado en todos los corazones, y el triste habito de los grandes crímenes había convertido á la Italia entera en un teatro de horrores. Dos grandes facciones, que los Papas ciertamente no habían creado, tenían divididos sobre todo aquellos hermosos países. «Los güelfos, que no querían reconocer el imperio, estaban siempre de parte de los Papas contra los emperadores (1);» y así los Papas eran necesariamente güelfos, y los güelfos necesariamente enemigos de los anti-papas, que los emperadores no cesaban de oponer á los Papas legítimos. Sucedia pues por necesidad que este partido se consideraba como el de la ortodoxia ó del papismo (si me es permitido emplear en su simple acepción una voz corrompida por los sectarios). El mismo Muratori, aunque muy *imperial*, suele distinguir en sus *Anales de Italia* (acaso sin reparar en ello) á los güelfos y á los gibelinos con los nombres de *católicos* y *cismáticos* (2); pero, lo repito otra vez, los Papas no habían creado la facción de los güelfos. Todo

(1) Maimbourg, año 1317.

(2) *La legge cattolica. — La parte católica. La fazione de scismatici etc. etc.* (Muratori *Ann. de Italia*, tom. VI, página 267, 269, 317, etc.)

hombre de buena fé, que esté versado en la historia de aquellos tiempos desgraciados, sabe que en tal estado de cosas era imposible la tranquilidad. No hay cosa mas injusta, ni al mismo tiempo mas fuera de razon, que atribuir á los Papas las turbaciones políticas absolutamente inevitables; por el contrario atenuaron muchas veces sus efectos con el ascendiente de su autoridad.

Seria muy difícil, por no decir imposible, señalar en la historia de aquellos tiempos desgraciados una sola guerra producida directa y exclusivamente por una excomunion. Este mal se agregaba las mas veces á otro, cuando en medio de una guerra encendida ya por la política se creian los Papas obligados por alguna razon á usar de severidad.

La época de Enrique IV y la de Federico II son las dos en que acaso pudiera decirse con algun fundamento que la excomunion habia producido la guerra; y sin embargo ¡cuántas circunstancias atenuantes hay, sacadas ó de la inevitable fuerza de las mismas, ó de las provocaciones mas insufribles, ó de la indispensable necesidad de defender la iglesia, ó en fin de las precauciones que se tomaban para disminuir el mal! (1) Si se

(1) Se ve por ejemplo que Gregorio VII no se determinó á proceder contra Henrique IV hasta que el peligro y los males de la iglesia le parecieron intolerables; y ademas se ve que en vez de declararle destituido del trono, se contentó con someterle al juicio de los electores alemanes, *para que nombrasen otro emperador si lo juzgaban á propósito*: en lo que ciertamente mostraba moderacion, atendiendo á las ideas de aquel siglo. Pero si los electores llegaban á dividirse y á producir una guerra, no era esto por cierto lo que queria el Papa. Se dirá *que quien quiere la causa*

rebajan de este periodo que examinamos, los tiempos en que los Papas y los emperadores vivieron en buena inteligencia; los en que sus disputas fueron simples disputas, ó en que se halló el imperio sin jefes en los interregnos, que ni fueron cortos, ni raros durante dicha época; los en que las excomuniones no trajeron ninguna consecuencia política; los en que la potestad espiritual no tenia ninguna parte en las guerras por traer el cisma del imperio su origen de la division de los electores, sin ninguna intervencion de aquella potestad; y en fin los tiempos en que los Papas, no pudiendo menos de resistir, no eran responsables de nada, porque ningun poder debe responder de las consecuencias culpables de un acto legítimo; se verá á qué vienen á reducirse esos *cuatro siglos de sangre y de fanatismo*, que se cargan con imperturbable seguridad á los sumos pontífices.

quiere el efecto. De ningun modo, si el primer motor no tiene eleccion, y el efecto depende de un agente libre que obra mal, pudiendo obrar bien. Pero en fin consiento en que esto no se considere sino como medio de atenuacion; pues gusto tan poco de los razonamientos como de las pretensiones exageradas.

poterosamente en Francia, es decir, en Europa, por los parlamentos y por los jansenistas; dos partidos que apenas se diferenciaban sino en el nombre; y á fuerza de embates, de sofismas y de calumnias todos los conjurados habían llegado á crear una fatal preocupacion que desconceptuaba al Papa en la opinion, á lo menos en la de una multitud de hombres ciegos ó preocupados, que habían arrastrado en pos de sí á otros muchos hombres de carácter apreciable. No puede leerse sin un verdadero espanto el siguiente pasaje *de las cartas relativas á la historia*:

«Luis el bonadadoso, destronado por sus hijos, es juzgado, condenado, absuelto por un concilio de obispos. »*De aquí ese poder impolítico* que los obispos se arrojan sobre los soberanos; *de aquí* esas excomuniones sacrílegas ó sediciosas; *de aquí esos crímenes de lesa majestad* fulminados en S. Pedro de Roma, donde el sucesor de S. Pedro absolvía á los pueblos del juramento de fidelidad; donde el sucesor de aquel que dijo *que su reino no era de este mundo*, distribuía los cetros y las coronas; donde los ministros de un Dios de paz provocaban *al asesinato* á naciones enteras (1).»

Para hallar aun en las obras de los protestantes un pasaje tan furibundo, acaso seria menester subir hasta Martin Lutero. Yo quiero suponer que esto se haya escrito con toda la buena fé posible; pero si la preocupacion habla lo mismo que la mala fé, ¿qué importa al lector imprudente ó distraído que traga el veneno? La

(1) *Cart. acerca de la hist.*, tom. II, lib. XXXV, p. 330.

voz de *lesa majestad* es del todo impropia cuando se aplica á una potencia soberana que pugna con otra. ¿Acaso el Papa es inferior á otro soberano? Como príncipe temporal es igual á todos ellos en dignidad; mas si se le añade á este título el de *jefe superior del cristianismo* (1), ya no tiene igual, y el interés de la Europa, no digo nada de mas, exige que todo el mundo se persuada de ello. Supongamos que un Papa haya excomulgado *sin razon* á algun soberano: será poco mas ó menos tan culpable como lo fue Luis XIV, cuando contra todas las leyes de la justicia, del decoro y de la religion hizo insultar á Inocencio XII en medio de Roma (2). La conducta de este gran príncipe podrá calificarse con todos los epítetos que se quieran; mas no con el de *lesa majestad*, que solamente hubiera podido convenir al marqués de Lavardin, si hubiera procedido sin orden (3).

(1) Este es el título notable que dió al Papa el ilustre Burke en no sé qué obra ó discurso parlamentario que no tengo á la mano. Sin duda queria decir *que el Papa es el jefe de todos los cristianos, aun de los que reniegan de él*: gran verdad confesada por un gran personaje.

(2) *Bonus et pacificus pontifex.* (Bossuet, *Gallia Orthodoxa*, t. VI.)

(3) Entró en Roma á la cabeza de ochocientos hombres, mas bien como conquistador que como embajador, que en nombre de su soberano iba á reclamar al pie de la letra *el derecho de proteger el crimen*; y tuvo la delicadeza con su corte de comulgar públicamente en su capilla, después de haber sido excomulgado por el Papa. De este marqués de Lavardin hizo madama de Sevigné el singular elogio que puede verse en su carta de 6 de octubre de 1675.

Las excomuniones sacrílegas no son menos divertidas; y despues de todo lo dicho me parece que no exigen discusion alguna. Solo citaré á este terrible enemigo de los Papas una autoridad que yo aprecio infinito, y que espero no podrá recusar del todo.

«En el tiempo de las cruzadas era grande el poder »de los Papas. Sus anatemas y sus entredichos eran »respetados y temidos. *El príncipe que por inclinacion »se hubiera hallado dispuesto á turbar los estados de »cualquier soberano ocupado en una cruzada, sabia que »se exponia á una excomunion , que podia hacerle perder los suyos.* Esta idea era muy comun, y estaba generalmente adoptada (1).»

Segun se ve , se podria componer (y yo lo tomaria á mi cargo con gusto) un libro muy discreto, intitulado: *De la utilidad de los sacrilegios.* Mas ¿por qué hemos de limitar esta utilidad al tiempo de las cruzadas? Un poder que reprime, jamás debe ser juzgado sin tomar en consideracion todo el mal que evita; y este es el triunfo de la autoridad papal en los tiempos de que hablamos. ¡Cuántos crímenes ha impedido! ¡Y cuánto le debe el mundo! Por una sola lucha mas ó menos feliz que se presenta en la historia, ¡cuántos pensamientos funestos, cuántos deseos terribles ha ahogado en los corazones de los príncipes! ¡Cuántos soberanos se habrán dicho á sí mismos en el secreto de su conciencia: *No, no conviene exponerse!* La autoridad de los Papas fue durante algunos siglos la verdade-

(1) *Cartas acerca de la hist.*, lib. XLVII, pág. 494.

ra fuerza constituyente en Europa, y *formó la monarquía europea*; maravilla de un orden sobrenatural, que se mira con indiferencia, como sucede con el sol porque se ve todos los días.

Nada diré de la lógica que saca argumentos de aquellas famosas palabras: *mi reino no es de este mundo*, para afirmar que el Papa no ha podido jamás ejercer sin crimen ninguna jurisdicción sobre los soberanos. Ese es un lugar comun de que en otra parte tendré acaso ocasion de hablar; mas lo que no puede leerse sin un profundo sentimiento de tristeza, es la acusacion intentada contra los Papas de *haber provocado á las naciones al asesinato*. A lo menos debiera haberse dicho *á la guerra*, porque nada es mas esencial que dar á cada cosa el nombre que le conviene. Ya sabia yo que el soldado *mata*; mas ignoraba que fuese *asesinando*. Se habla mucho de la guerra sin advertir que es necesaria, y que nosotros hacemos que lo sea. Pero sin meternos en esta cuestion, basta repetir que los Papas, como príncipes temporales, tienen tanto derecho como los otros príncipes para hacer la guerra, y que si la han hecho mas rara vez, con mas justicia y mas humanamente que los demas (lo que es incontestable), no puede exigirse de ellos otra cosa. Lejos de haber *provocado la guerra*, al contrario la han impedido con todas sus fuerzas: se han presentado siempre como mediadores cuando las circunstancias lo permitian; y mas de una vez han excomulgado ó amenazado excomulgar á los príncipes para evitarlas. En cuanto á las *excomuniones*, no es fácil probar, como ya hemos visto, que realmente hayan

producido guerras: por otra parte el derecho era incontestable, y los abusos puramente humanos nunca deben tomarse en consideracion. Si los hombres se han servido alguna vez de las excomuniones como de un motivo para hacer la guerra; aun entonces habrán combatido contra la intencion de los Papas, que jamás han querido ni han podido querer hacerla. Sin el poder temporal de los Papas el mundo político no podía subsistir; y cuanta mas accion tenga este poder, habrá menos guerras, pues es el único cuyo visible interes no pide sino la paz.

En cuanto á las guerras justas, y hasta santas y necesarias, tales como las cruzadas, si los Papas las han *provocado* y sostenido con todo su poder, han hecho bien, y les debemos por ello inmortales acciones de gracias. Pero yo no escribo acerca de las cruzadas.

Si los soberanos pontífices hubieran obrado siempre como mediadores; ¿se cree que hubiesen tenido á lo menos la gran dicha de obtener la aprobacion de nuestro siglo? De ningun modo. El Papa le desagrada de todos modos y por todos respetos; y podemos oir otra vez al mismo juez (1) quejarse de que los enviados del Pa-

(1) «Durante mucho tiempo el centro político de la Europa se había fijado por precision en Roma. Allí se habia trasladado por circunstancias y consideraciones mas religiosas que políticas; y debió principiar á alejarse de allí, á medida que se supo separar la política de la religion (¡gran obra maestra por cierto!), y á evitar los males que su mezcla habia producido frecuentemente.» (*Cartas acerca de la historia*, tom. IV, lib. XCVI, pág. 470.) Yo me atrevería á creer al contrario que el título de *mediador*

pa eran llamados á ajustar aquellos grandes tratados, en que se decidia la suerte de las naciones, y felicitarse de que este abuso no se repetiría ya en lo sucesivo.

nato (entre los príncipes cristianos), concedido al sumo pontífice, sería el mas natural, el mas magnífico y el mas sagrado de todos los títulos. Nada se me figura mas grande que ver á sus enviados en medio de todos esos grandes congresos, pidiendo la paz sin haber hecho la guerra, no teniendo que pronunciar las palabras de *adquisicion*, ni de *destitucion* con respecto al padre comun, y hablando solamente en favor de la justicia, de la humanidad y de la religion. *Fiat! Fiat!*

T. 5.

5

CAPÍTULO XIV.

DE LA BULA INTER CÆTERA , DE ALEJANDRO VI.

Un siglo antes del que vió el famoso tratado de Westfalia , un Papa , triste escepcion en medio de esa larga serie de virtudes que han honrado la santa sede , publicó la célebre bula que dividia entre los españoles y portugueses todos los países que el genio aventurero de los descubrimientos habia dado ó podia dar á las dos naciones en las Indias y en la América. El dedo del pontífice describia una línea sobre el globo, y las dos naciones consentian en tomarla como un límite sagrado que deberia respetar la ambicion de una y otra.

Sin duda era un espectáculo magnífico el de dos naciones que consentian en someter sus disensiones actuales , y aun las futuras , al juicio desinteresado del padre comun de todos los fieles , y en sustituir para siempre el árbitro mas imponente á unas guerras interminables.

Gran dicha era para la humanidad que el poder pontificio tuviese aún bastante fuerza para obtener un consentimiento tan importante; y este noble arbitramento era tan digno de un verdadero sucesor de S. Pedro, que la bula *Inter cætera* debería pertenecer á otro pontífice.

Aquí por lo menos parecia justo que nuestro siglo le aplaudiera; más nada de eso. Marmontel en su obra intitulada *Los Incas* ha decidido en términos expresos que *de todos los crímenes de Borja ésta bula fue el más grande* (1). Este juicio inconcebible no debe sorprendernos siendo de un discípulo de Voltaire; pero vamos á ver que un senador francés no se ha mostrado mas razonable, ni mas indulgente. Referiré el pasaje de este último, que es muy notable, sobre todo bajo el punto de vista astronómico.

« Roma, dice, que hacia algunos siglos habia pretendido dar cetros y reinos en su continente, no quiso ya poner otros límites á su autoridad que los del mundo: hasta el Ecuador fue sometido al quimérico poder de sus concesiones (2).

Siendo un meridiano (3) la línea pacífica descrita sobre el globo por el romano pontífice, y debiendo esta especie de círculos, como todo el mundo sabe, correr invariablemente de un polo al otro sin detenerse en parte ninguna; si llegan en su cursó á tocar al Ecuador,

(1) Véase los *Incas*, tomo I, p. 12.

(2) *Cartas acerca de la hist.* tom. III, carta LVII, pág. 15.

(3) *Fabricando et construyendo lineam à polo arctico ad polum antarcticum.* (Bul. *Inter cætera* de Alexand. VI, 1493.)

lo que puede suceder con facilidad, ciertamente le **cor-**tarán en ángulos rectos; pero sin el menor inconveniente ni para la iglesia, ni para el estado. Por lo demás no se debe creer que Alejandro VI se detuviese en el Ecuador, ó le tomase por *el límite del mundo* : este Papa que aunque malo tenía mucho talento y había leído su *Sacro Bosco*, no era capaz de equivocarse. Confieso también que no comprendo por qué razón se le pudiera acusar con justicia de haber atentado *contra el Ecuador*, por haberse constituido árbitro entre los príncipes, cuyas posesiones cortaba ó debía cortar aquel círculo máximo.

CAPÍTULO XV.

DE LA BULA IN COENA DOMINI.

Quizá no haya persona en Europa que no haya oído hablar de la bula *In Cœna Domini*; pero ¿cuántos se han tomado el trabajo de leerla? Lo ignoro. Lo que me parece cierto es que un hombre muy sabio ha podido hablar de ella sin la menor mesura á pesar de no haberla leído.

Esta bula entra en el número de tantos monumentos vergonzosos, cuyas palabras no se atreve á citar siquiera (1).

Cualquiera creeria que se trataba de *Juana d'Arc* ó de *Luisa Sigea*. Como en nuestro siglo no se leen ya las obras en folio, á menos que traten de historia, y esten adornadas de hermosas estampas ilumina-

(1) Cartas acerca de la historia, tomo II, carta XXXV, p. 225. Nota.

das; creo no será inútil presentar aquí al comun de los lectores lo sustancial de esta famosa bula. Cuando los niños se espantan de algun objeto lejano, aumentado y desfigurado por su imaginacion, para desmentir á una niñera crédula que les dice es *ugomia*, *una alma en pena*, *una fantasma*; se los coge de la mano, y cantando se los lleva á donde está el objeto mismo.

Analisis de la Bula In Cœna Domini.

El Papa excomulga.....

Artículo 1.º A todos los herejes (1).

Art. 2.º A todos los apelantes al concilio futuro (2).

Art. 3.º A todos los piratas que corren los mares sin patentes de corso.

(1) Creo que sobre este artículo no habrá dificultad.

(2) Cualquiera que sea el partido que se abraze sobre la cuestion de las apelaciones al concilio futuro, no se puede vituperar á un Papa, y mas á un Papa del siglo XIV, que reprime severamente estas apelaciones como absolutamente subversivas de todo gobierno eclesiástico. Ya en su tiempo decia S. Agustin á ciertos apelantes: *¿Y quiénes sois vosotros para agitar el universo?* No dudo que entre los partidarios mas decididos de esta clase de apelaciones muchos convendrán de buena fé que son la cosa mas anti-católica, mas indecorosa y mas inadmisibile bajo todos respetos que puede imaginarse, á lo menos por parte de los particulares.

Podria discurrirse tal suposicion que presentase apariencias plausibles; pero ¿qué se dirá de un miserable sectario, á quien el Papa con aplauso de la iglesia ha condenado solemnemente, y se le antoja desde su buhardilla apelar al concilio futuro? La

Art. 4.º A todo el que se atreviese á robar alguna cosa de un navío que hubiese naufragado (1).

Art. 5.º A todos los que establecieren en sus estados nuevos impuestos, ó aumentasen los antiguos fuera de los casos señalados por el derecho, ó sin el permiso expreso de la santa sede (2).

Art. 6.º A los falsificadores de las letras apostólicas.

Art. 7.º A los que suministraren armas y otras municiones de guerra á los turcos, mahometanos y herejes.

Art. 8.º A los que detengan las provisiones de boca ú otras cualesquiera que se llevaren á Roma para el uso de S. Santidad.

Art. 9.º A los que maten, mutilen, despojen ó apriionen á las personas que se dirigen cerca de la santa sede, ó vuelven de allí.

Art. 10. A los que causaren iguales vejaciones á los que por devocion fuesen peregrinando á Roma.

Art. 11. Tambien á los que se hiciesen culpables

soberanía es como la naturaleza : *nada hace en vano*. ¿A qué un concilio ecuménico cuando basta la argolla?

(1) ¿Puede darse un uso mas noble y mas tierno de la supremacía religiosa?

(2) Tomando en cada estado los impuestos ordinarios, como una *institucion legal*, el Papa decide aquí que no se podrán aumentar ni establecer otros nuevos fuera de los casos previstos por la ley de la nación, ó en los casos imprevistos y absolutamente extraordinarios en virtud de una dispensa de la santa sede. — Es preciso, lo digo con gran confusion mia, que á fuerza de haber leído estas *infamias*, *no me salgan jamás los colores á la cara*, porque las copio sin el menor movimiento de rubor, y aun me parece que siento placer en ello.

de las mismas violencias con los cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos y legados de la santa sede (1).

Art. 12. A los que hieran, despojen ó maltraten á alguno en razon de las causas que siguen en Roma (2).

Art. 13. A los que bajo pretexto de una apelacion frívola trasladan las causas de los tribunales eclesiásticos á los seculares.

Art. 14. A los que llevan las causas beneficios y de diezmos á los tribunales legos.

Art. 15. A los que arrastran á los eclesiásticos ante estos tribunales.

Art. 16. A los que despojan á los prelados de su jurisdiccion legítima.

Art. 17. A los que secuestran las jurisdicciones ó rentas que legítimamente pertenecen al Papa.

(1) Los cuatro artículos precedentes pintan el siglo que los hizo necesarios. ¿Quién en nuestros dias trataria de detener las provisiones destinadas al Papa, ó de esperar al paso para despojar, mutilar ó matar á los viajeros que van á Roma, á los peregrinos, á los cardenales, ó en fin á los legados de la santa sede, &c.? Pero, lo repetimos, los actos de los soberanos no deben jamás juzgarse sin tener en consideracion los tiempos y lugares á que se refieren; y aun cuando los papas se hubieran excedido en estas diferentes disposiciones, deberia decirse: *se han excedido*, y era bastante. Pero nunca podria haber lugar á exclamaciones oratorias, y menos á *ruborizarse*.

(2) De una parte se *hiere*, se *despoja*, se *maltrata* á los que van á entablar sus causas en Roma, y de la otra se excomulga á los que hieren, despojan ó maltratan. ¿De parte de quién está la injusticia? ¿quién es el que debe ser censurado? Si no se cerrasen voluntariamente los ojos, todos verian que cuando hay agravios mútuos, es el colmo de la injusticia no verlos sino de un lado que no hay medio de evitar estos choques; y que la fermentacion que altera el vino, es una operacion indispensable para la clarificacion.

Art. 18. A los que imponen nuevos tributos á la iglesia sin permiso de la santa sede.

Art. 19. A los que proceden criminalmente contra los clérigos en las causas capitales sin permiso de la santa sede.

Art. 20. A los que usurpan los paises y estados de la soberanía del Papa.

Lo demas es de poca importancia.

Hé aqui pues la famosa bula *In Cerna Domini*. Cada uno puede juzgar ahora de ella; y no dudo que todo lector justo é imparcial que la haya oido tratar de *monumento vergonzoso*, cuyas expresiones no hay valor de citar, creará sin vacilar que el autor de este juicio no ha leído siquiera la bula; y es la suposicion mas favorable que se puede hacer respecto de un hombre de tanto mérito. Algunas disposiciones de la bula pertenecen á una prudencia superior, y todas juntas hubieran servido para establecer el órden en Europa en el siglo XIV. Los dos últimos Papas Clemente XIV y Pio VI han cesado de publicarla cada año, que era la práctica antigua: pues que lo han hecho, bien hecho está. Sin duda han creído que se debia conceder algo á las ideas del siglo; pero no veo que la Europa haya ganado nada en ello. De cualquiera manera merece observarse que nuestros atrevidos novadores han hecho correr torrentes de sangre para obtener, aunque sin éxito, algunos de los artículos consagrados por la bula mas de tres siglos há, y que hubiera sido una locura esperar de la concesion de los soberanos.

CAPÍTULO XVI.

DIGRESION ACERCA DE LA JURISDICCION ECLESIASTICA.

Los últimos artículos de la bula *In Cæna Domini* versan casi en un todo, como se acaba de ver, sobre la jurisdiccion eclesiástica. Mil veces se ha acusado á esta potestad de haber usurpado las atribuciones de la otra, abocando á *sí todas las causas* por medio de sofismas apoyados en el juramento puesto en los contratos &c. Pudiera rechazarse perfectamente esta acusacion, observando que en todos los países y en todos los gobiernos imaginables la direccion de los negocios pertenece naturalmente á la ciencia: que toda ciencia nació en los templos y salió de los templos: que habiendo llegado á ser en la antigua lengua europea la voz *clerecia* sinónimo de *ciencia*, era no solamente justo, sino hasta natural, que el clérigo juzgase al seglar ó lego, es decir, que la ciencia juzgase á la ignorancia, hasta que la propagacion de las luces restableciese el equilibrio: que la

influencia del clero en los negocios civiles y políticos fue entonces una gran felicidad para el género humano, notada por todos los escritores instruidos y sinceros: que los que no hacen justicia al derecho canónico, jamás le han leído: que este código ha dado forma á nuestros juicios, y corregido ó abolido un sinnúmero de sutilezas del derecho romano, que ya no nos convenian, si en algun tiempo fueron buenas: que el derecho canónico se conservó en Alemania, á pesar de todos los esfuerzos de Lutero, por los doctores protestantes, quienes le enseñaron, alabaron y aun comentaron, y que en el siglo XIII fue aprobado solemnemente por un decreto de la Dieta del imperio, reinando Federico II; honor que jamás mereció el derecho romano (1) &c.

Mas yo no quiero prevalerme de todas estas ventajas, y solo insisto en la injusticia que se obstina en no ver mas que las demasías de una potestad, cerrando enteramente los ojos sobre las de la otra. Siempre se nos está hablando de las *usurpaciones* de la jurisdiccion eclesiástica: por mi parte no adopto esta palabra sin explicacion. En efecto, *gozar*, *tomar* y aun *apoderarse*, no son siempre sinónimos de *usurpar*; mas aun cuando hubiera habido realmente *usurpacion*, ¿hay otra mas evidente ni mas injusta que la de la jurisdiccion temporal sobre su hermana, á quien tan falsamente llama *su enemiga*? Recuérdese por ejemplo la *honrosa* estratagemma que usaban los tribunales franceses para despojar á la iglesia de su mas incontestable jurisdiccion. Conviene

(1) Zalweim, *Princip. jur. eccles. tom. II, pág. 283 et seq.*

conozcan esta superchería aun aquellos para quienes las leyes son mas desconocidas.

«Toda cuestion en que se trata de diezmos ó de beneficios, es de la jurisdiccion eclesiástica.

»Sin duda, *decian los parlamentos*, el principio es »incontestable *en cuanto al juicio pétitorio*; es decir, si »se trata por ejemplo de decidir á quién pertenece »realmente un beneficio que se litiga; mas si se trata »del posesorio, es decir, de saber cuál de los dos litigantes posee actualmente y debe mantenerse en la posesion mientras se investiga el derecho; debemos juzgar nosotros, supuesto que únicamente se trata de »un hecho de supremo gobierno destinado á evitar »las disputas y las vias de hecho (1).

»Está entendido, diria la razon natural. Decidid »pronto sobre la posesion, á fin de que luego pueda »decidirse el fondo de la cuestion, que es la propiedad. »Pero los magistrados responderian: *No entendéis una palabra*: no hay duda sobre la jurisdiccion de la iglesia en cuanto al juicio petitorio; pero hemos decidido »que este no puede entablarse antes que el posesorio; y

(1) *Ne partes ad arma veniant*. Máxima de la jurisprudencia de aquellos tiempos, en que los hombres se degollaban esperando la decision de los jueces. Lo notable es que el derecho canónico puso en auge esta teoría del juicio posesorio, para evitar los crímenes y las vias de hecho, como puede verse entre otros en el famoso canon *Reintegrandæ*, tan conocido en los tribunales. Despues se ha vuelto contra la iglesia el arma que ella misma habia presentado á los tribunales.

Non hos quesitum minus in usum.

»una vez ventilado este, ya no es permitido examinar
»el otro (1).»

Así ha perdido la iglesia una rama inmensa de su jurisdicción. Y yo pregunto á todo hombre, mujer ó niño sensato: ¿se ha imaginado jamás una trampa mas vergonzosa ni una usurpacion mas repugnante? La iglesia galicana oprimida por los parlamentos, ¿conservaba un solo movimiento libre? Se jactaba de sus derechos, de sus privilegios y de sus libertades; y los magistrados con sus *casos reales*, sus *posesorios*, y sus *recursos de fuerza*, no le habian dejado mas que el derecho de consagrar el santo crisma y bendecir el agua.

No me cansaré de repetirlo: no me gusta ni sostengo ninguna exageracion. No intento resucitar los usos ni el derecho público del siglo XII; pero tampoco cesaré de repetir que confundiendo los tiempos se confunden las ideas; que los magistrados franceses se hicieron eminentemente culpables, manteniendo un verdadero estado de guerra entre la santa sede y la Francia, la cual transmitia á la Europa estas máximas perversas; y que no hay cosa mas falsa que el punto de vista bajo el cual representaban al clero antiguo en general, y sobre todo á los sumos pontífices, que fueron incontestablemente los maestros de los reyes, los conservadores de la ciencia y los instituidores de la Europa.

(1) *El decreto (real) dice expresamente: «Que el juicio petitorio se seguirá ante el juez eclesiástico. (Fleury, Disc. sobre las libertades de la iglesia galic. . opúsc. pág. 90.)»* Así es como los parlamentos, para extender su jurisdicción, violaban el decreto real. De esto hay otros ejemplos.

LIBRO III.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION Y LA FELICIDAD DE LOS PUEBLOS.



CAPÍTULO I.

MISIONES.



Para conocer los servicios que los sumos pontífices han hecho al mundo, seria necesario copiar todo el libro inglés del doctor Ryan, intitulado *Beneficios del Cristianismo*; porque estos beneficios son los de los Papas, pues el cristianismo no obra exteriormente, sino por medio de ellos. Todas las iglesias separadas del Papa se dirigen interiormente como saben; mas nada pueden hacer para la propagacion de la luz evangélica: por ellas nada adelantará la obra del cristianismo, porque siendo justamente estériles desde su divorcio, no pueden recobrar su fecundidad primitiva mientras no se reunan al esposo. ¿A quién pertenece la obra de las misiones? Al Papa y á sus ministros. Véase esa famosa

Sociedad Bíblica de Inglaterra, émulas débiles y acaso peligrosas de nuestras misiones. Cada año nos cuenta los miles de ejemplares de la Biblia que ha esparcido por el mundo; pero siempre se olvida de decirnos cuántos nuevos cristianos ha producido (1). Si el dinero que esta sociedad expende en biblias, se diese al Papa para emplearlo en las misiones; hubiera producido ya mas cristianos que páginas tienen las biblias.

Las iglesias disidentes, y sobre todo la primera de ellas, han hecho varios ensayos en este género; mas todos estos fingidos obreros evangélicos, separados de la cabeza de la iglesia, se asemejan á aquellos animales á quienes se enseña á andar en dos pies y á remedar algunos movimientos humanos: hasta cierto punto pueden aprender y aun escitar la admiracion por las dificultades vencidas, mas no obstante se percibe fácilmente que todo es forzado, y que no estan deseando otra cosa que volver á andar en cuatro pies.

Aun cuando semejantes hombres no tuviesen entre sí mas que sus divisiones; bastaria para denotar su impotencia. *Anglicanos, luteranos, moravos, metodistas,*

(1) Los males que puede causar esta sociedad, no han sido desconocidos á la iglesia anglicana, que muchas veces ha mostrado sus temores. Si se va á indagar qué especie de bienes está destinada á producir en las miras de la Providencia, se halla desde luego que esta empresa puede ser una preparacion evangélica, de un género del todo nuevo y divino: Además podria contribuir poderosamente á restituírnos la iglesia anglicana, que ciertamente no podrá esquivar los golpes que se le dan sino por el principio universal.

baptistas, puritanos, cuáqueros &c.: con este pueblo tienen que habérselas los infieles. Escrito está: *¿cómo entenderán si no se les habla?* Y con la misma verdad pudiera decirse: *¿cómo les creerán si ellos no se entienden á sí mismos?*

Un misionero inglés ha conocido bien el anatema, y se ha explicado con una franqueza, delicadeza y probidad religiosa sobre este punto, que le muestran digno de la mision que le faltaba.

«El misionero, dice, debe estar muy distante de
»una mezquina *hipocresía* (1), y poseer un espíritu ver-
»daderamente católico (2). No debe enseñar el calvinis-
»mo, ni el arminianismo, sino el cristianismo. Su ob-
»jeto no es el de propagar la gerarquía anglicana, ni
»los principios de los protestantes disidentes, sino el
»servir á la *iglesia universal* (3). Yo quisiera que el
»misionero se persuadiese bien de que el fruto de su
»ministerio no se funda en los puntos de separacion, si-

(1) Esta palabra *hipocresía*, que segun su acepcion natural en la lengua inglesa da la idea del *zelo ciego*, de la *preocupacion* y de la *supersticion*, se aplica hoy en la pluma *liberal* de los escritores ingleses á todo hombre que se toma la libertad de creer de diferente modo que ellos; y hemos tenido el placer de oir á los revisores de Edimburgo acusar á Bossuet de *hipócrita* (Edimb. Rev. oct. 1803 núm. 5, pag. 215). ¡Bossuet hipócrita! Pues no sabia nada el mundo.

(2) ¡El buen hombre! Dice lo que puede, y sus palabras son notables.

(3) Aquí repite en inglés lo que antes habia dicho en griego: *católico, universal*, ¿qué importa? Se ve que necesita la *unidad*, la cual no puede hallarse fuera de la *universalidad*.

«no en los que reunen el consentimiento de todos los
»hombres religiosos (1).»

Hé aquí cómo hemos venido á parar á la eterna y vana distincion de los dogmas fundamentales y no fundamentales, ya mil veces refutada: asi seria inútil volver á tratar de ella. No hay un dogma que no haya sido negado por algun disidente. ¿Con qué derecho pues se preferiria el uno al otro? Cualquiera que niegue un dogma, pierde el derecho de enseñar otro. Además ¿cómo podrá creerse que el poder evangélico no es divino, y que por consiguiente puede hallarse fuera de la iglesia? La divinidad de este poder es tan visible como el sol: «Parece, dice Bossuet, que los apóstoles y sus primeros discípulos habian trabajado por debajo de tierra para establecer tantas iglesias en tan poco tiempo, sin que se sepa cómo (2).»

La emperatriz Catalina II en una carta sumamente curiosa que leí en S. Petersburgo (3), dice que habia observado muchas veces con asombro la influencia de las misiones en la civilizacion y en la organizacion política de los pueblos. «A medida, dice, que la religion va ganando terreno, se ven aparecer pueblos enteros como por encanto &c.» La iglesia antigua era la

(1) Véanse *Letters of missions addressed to the protestant ministers, of the British churches, by Melvil Horne, late chaplain of Sierra Leone in Africa.* Bristol 1794.

(2) *Hist. de las Variantes*, lib. VII, núm. 16.

(3) Esta carta era dirigida á un francés llamado Mr. de Meilhau, que pertenecia, si no me engaño, al antiguo parlamento de Paris.

que obraba estos milagros, porque entonces era legítima; y en la mano de la soberanía estaba el comparar esta fuerza y esta fecundidad con la nulidad absoluta de la misma iglesia separada de su raíz principal.

El docto caballero Jones ha observado la impotencia de la palabra evangélica en la India (se entiende la India inglesa), y desconfía absolutamente de vencer las preocupaciones nacionales. El mejor expediente que ha discurrido es traducir en persa y en sanscrito los textos mas decisivos de los profetas, y ensayar el efecto que producen entre los naturales del país (1). Siempre se obstina en el error protestante en principiar por la ciencia, cuando es preciso comenzar por la predicación imperativa, acompañada de la música, de la pintura, de los ritos solemnes y de todas las demostraciones de la fé sin discusión: mas ¿cómo se hará comprender esto al orgullo?

Claudio Buchanan, doctor en teología anglicana, publicó hace pocos años una obra sobre el estado del

(1) «Si hay algun medio humano para convertir á estos hombres (*los indios*), seria acaso el traducir en sanscrito ó en persa »pasajes escogidos de los antiguos profetas, agregarles un prólogo donde se demostrase el total cumplimiento de aquellas predicciones, y repartir esta obra á los naturales que han recibido »una educacion distinguida. Si este medio y el tiempo no produjesen ningun efecto saludable; no quedaria mas arbitrio que llamar la fuerza de las preocupaciones y la debilidad de la razon sola »(*un-assisted reason*).» (*W. Jones's Works, on the gods of Greece, Italy and India*, en 4.º, tom. I, pág. 279, 280.) Nada mas cierto ni mas notable que lo que dice aquí Guillermo Jones sobre la razon *no asistida*; mas para é y para otros muchos es una verdad estéril.

«cristianismo en la India; obra en la cual se ve el mas asombroso fanatismo unido á muchas observaciones interesantes (1). En cada página se confiesa la nulidad del proselitismo protestante, como igualmente la indiferencia del gobierno inglés respecto de la institucion religiosa de aquellas regiones.

«Veinte regimientos ingleses, dice, no tienen en »Asia ni un solo capellan, y los soldados viven y mueren sin acto ninguno de religion (2). Los gobernadores »de Bengala y de Madrás no conceden la menor proteccion á los cristianos del pais, y prefieren regularmente para los empleos á los indios y á los mahometanos (3). En Saffera todo el pais está sometido al poder (espiritual) de los católicos, que han tomado »tranquilamente posesion de él, vista la indiferencia de »los ingleses; y el gobierno de Inglaterra, prefiriendo »justamente (4) la supersticion católica al culto de Bud-dha, sostiene la religion católica en Ceylan (5). Un sacerdote católico decia á este gobierno: *¿Cómo quereis que vuestra nacion trate de convertir al cristianismo á sus súbditos paganos, cuando rehusa la instruccion cristiana á sus propios súbditos cristianos?* (6) Por esto

(1) Véase *Christian Rescarches in Asia by the R. Claudius Buchanan D. D.*, en 8.º Londres 1812, nona edicion.

(2) *Ibid* pág. 80.

(3) *Ibid*. pág. 89 y 90.

(4) Ya se ve cuán bueno es. Conviene en que el catolicismo vale mas que la religion de Buddha.

(5) *Ibid*. pág. 92.

(6) El gobierno no tiene zelo, porque no tiene fé. Su con-

»no se sorprendió Claudio Buchanan al saber que cada
»año se volvian á la idolatría un gran número de pro-
»testantes (1). Acaso jamás se ha visto la *religion de Je-*
»*sucristo* en ninguna época del cristianismo tan humi-
»llada como lo ha sido en la isla de Ceylan, por la ne-
»gligencia oficial que hemos hecho experimentar á la
»iglesia protestante (2). Es tal la indiferencia inglesa en
»esta parte, que si quisiera Dios quitar las Indias á los
»ingleses, apenas quedarian en aquellas regiones algu-
»nas huellas de haber sido gobernadas por una nacion
»que habia recibido la luz del Evangelio (3). En todos
»los distritos militares se observa una extincion casi to-
»tal del cristianismo. Cuerpos numerosos de hombres en-
»vejecen lejos de su patria entre los placeres y en la in-
»dependencia, sin ver el menor signo de la religion de
»su pais. Hay inglés que en veinte años no ha visto ce-
»lebrar el oficio divino (4); y es cosa bien extraña que
»en cambio de la pimienta que nos da el infeliz indio,
»la Inglaterra no le quiera dar ni aun el Nuevo Testa-
»mento (5). Cuando el autor reflexiona sobre *el poder*
»*inmenso* de la iglesia romana en la India y sobre la

ciencia es la que le quita las fuerzas, y esto es lo que el obcecado ministro no ve, ó por mejor decir, no quiere ver.

(1) *Ibid.* pág. 95.

(2) Esta es otra delicadeza del gobierno inglés que tiene bastante prudencia para no intentar plantar la *religion de Cristo* en un pais donde reina la *de Jesucristo*; pero ¿qué entiendo de esto un eclesiástico oficial?

(3) *Ibid.* pág. 283 not.

(4) *Ibid.* pág. 285, 287.

(5) *Ibid.* pág. 102.

»incapacidad del clero anglicano para contrarestar esta
»influencia , es de parecer que la iglesia protestante de-
»beria buscar por su aliada á la siriaca , que habita en
»los mismos paises , y que tiene todo lo que se necesita
»para unirse con una iglesia *pura*, pues *profesa la doctri-*
»*na de la Biblia*, y desecha la supremacia del Papa (1).»

Acabamos de oir de la boca menos sospechosa las confesiones mas explícitas sobre la nulidad de las iglesias separadas: no solamente las anula todas , una despues de otra , el espíritu que las divide , sino que tambien nos detiene á nosotros y retarda nuestros progresos. Sobre este punto ha hecho Voltaire una observacion importante: «El mayor obstáculo , dice , para los
»progresos de nuestra religion en la India es la dife-
»rencia de opiniones que dividen á nuestros misioneros.
»El católico combate allí al anglicano , este al luterano ,
»y estotro al calvinista : asi hallándose todos en pugna ,
»y queriendo cada cual anunciar la verdad , y acusar á
»los otros de mentira , asombran á un pueblo sencillo y
»pacífico que ve llegar allí desde las extremidades occi-
»dentales de la tierra á unos hombres fogosos para des-
»pedazarse mutuamente en las riberas del Ganges (2).»

El mal no es, ni con mucho , tan grande como di-

(1) Pág. 285, 287. ¿ No diria cualquiera al leer esto que la iglesia católica *profesa las doctrinas del Corán*? No se engañe el clero inglés: estas vergonzosas extravagancias estan muy lejos de encontrar entre la gente sensata de su pais la misma indulgencia y la misma compasion que hallan entre nosotros.

(2) Voltaire , *Ensayo sobre las costumbres &c.* , tomo I , capítulo IV.

ce Voltaire, que toma su deseo por la realidad; supuesto que nuestra superioridad sobre las sectas es manifiesta y confesada solemnemente, como se acaba de ver, por nuestros mas encarnizados enemigos. Sin embargo la division de los cristianos es un gran mal, que por lo menos retarda la grande obra, si no la impide enteramente. ¡Desgraciadas las sectas que han *rasgado la túnica inconsútil*! Sin ellas todo el mundo seria ya cristiano.

Otra razon que anula este falso ministerio evangélico, es la conducta moral de sus operarios. Ellos nunca pasan mas allá de *la probidad*, débil y miserable instrumento para un esfuerzo que exige *la santidad*. El misionero que no ha renunciado por un voto sagrado á la mas viva de las inclinaciones humanas, siempre se quedará muy inferior á sus funciones, y acabará por hacerse ridículo ó culpable. Bien sabido es el resultado de las misiones inglesas en Otaiti: convertidos aquellos apóstoles en libertinos, no han tenido dificultad en confesarlo, y el escándalo ha resonado en toda Europa (1).

Enmedio de naciones bárbaras, lejos de todo superior, y sin el apoyo que podria encontrar en la opinion pública, solo con su corazon y sus pasiones,

(1) He oido decir que de algun tiempo á esta parte se han mejorado las cosas en Otaiti; mas sin discutir los hechos que solo presentan vanas apariencias, no diré mas que una palabra: «*¿Qué nos importan esas conquistas equivocadas del protestantismo en alguna isla imperceptible del mar del Sud, mientras que destruye el cristianismo en Europa?*»

¿qué hará el misionero humano? Lo que hicieron sus colegas en Otaiti. El mejor de esta clase, despues de recibir su mision de la autoridad civil, no sirve sino para ir á habitar una casa cómoda con su mujer y sus hijos, y para predicar filosóficamente á unos súbditos bajo el cañon de su soberano; pero en cuanto á las verdaderas tareas apostólicas jamás se atreverá á tocarlas con la punta del dedo.

Ademas, es menester distinguir entre los infieles civilizados y los bárbaros. A estos se les puede decir cuanto se quiera; mas por fortuna el error no se atreve á hablarles. Respecto de los otros es muy diferente, porque saben ya bastante para entendernos. Cuando lord Macartney iba á partir para su célebre embajada, el rey de Inglaterra pidió al Papa alumnos de la Propaganda instruidos en la lengua china; lo que S. Santidad concedió desde luego. El cardenal Borgia, que era presidente entonces de la congregacion de la Propaganda, rogó por su parte á lord Macartney que tuviese por bien de aprovechar la ocasion para recomendar en Pekin las misiones católicas. El embajador se lo prometió con mucho gusto, y cumplió su promesa como hombre de honor; pero quedó en extremo admirado cuando el *collao* ó primer ministro le respondió: *«que el emperador extrañaba mucho que los ingleses protegiesen en lo interior del Asia una religion que sus padres habian abandonado en Europa.»* Esta anécdota que he sabido originalmente, prueba que aquellos hombres estan mas instruidos de lo que pensamos, aun en las cosas que pudiéramos creer les son mas desconoci-

das. Que vaya un predicador inglés á la China á decir á su auditorio «que el cristianismo es la mejor cosa del mundo; pero que esta religion divina se corrompió desgraciadamente en la lozania de su juventud por dos grandes apostasías, la de Mahoma en Oriente y la del Papa en Occidente: que habiendo principiado una y otra juntas, y debiendo durar 1260 años (1), una y otra deben acabar juntas y estar ya cercanas á su fin: que el mahometismo y el catolicismo son dos corrupciones paralelas y exactamente del mismo género; y que no hay en el universo un hombre que se llame cristiano que pueda dudar de la verdad de esta profecía (2).» Seguramente que el mandarin que oyese es-

(1) En efecto como *las naciones deben hollar la ciudad santa durante cuarenta y dos meses* (Apoc. XI, 2.), es claro que por *las naciones* se debe entender los *mahometanos*. Ademas 42 meses de á 30 dias cada uno hacen 1260 dias: esto es evidente. Mas cada dia significa un año: luego 1260 dias valen 1260 años; y si á estos se añaden los 622, que es la fecha de la Egira, tenemos 1882: resulta pues que el mahometismo no puede durar mas que hasta el año 1882. Es así que la corrupcion papal debe acabar con la corrupcion mahometana; luego &c. Este es el razonamiento del señor Buchanan que he citado mas arriba.

(2) Cuando se piensa que tan inconcebibles locuras manchan aun en el siglo XIX las obras de una multitud de teólogos ingleses, como los doctores Daubeney, Faber, Cuninghan, Buchanan, Hartley, Fere, &c.; no puede uno contemplar sin un religioso terror el abismo de extravío donde el castigo mas justo precipita la mas criminal de todas las rebeliones. El moderno Atila, menos civilizado que el primero, derriba de su tróno al sumo pontífice, le hace prisionero, y se apodera de sus estados. Al momento se inflama la cabeza de estos escritores, y creen que se acabó el pontificado, y que Dios no tiene ya medios para salvarle. Ved-

tas graciosas aserciones, tendria al predicador por loco y se burlaria de él. En todos los paises infieles pero civilizados, los hombres capaces de abrazar las verdades del cristianismo, luego que nos oyesen, no tardarian en preferirnos á todos los sectarios. Voltaire tenia sus motivos para mirarnos como una secta que disputaba con las otras; pero los hombres juiciosos y libres de preocupaciones echarán de ver desde luego que de un lado está la iglesia una é invariable, y del otro la herejía con sus mil cabezas. Mucho tiempo antes de saber su nombre ya la conocen y desconfian de ella.

Nuestra infinita superioridad es tan conocida, que llegó á poner en zozobra á la compañía de las Indias; y la vista de algunos clérigos franceses, llevados á aquellos paises por el torbellino revolucionario, la sobresaltó, temiendo que estos al ganar cristianos, los hiciesen tambien franceses (Ningun inglés instruido podrá contradecirme). La compañía de las Indias dice sin duda como nosotros: *venga á nos el tu reino*; pero añade siempre el correctivo; *y que el nuestro subsista*.

Y si nuestra superioridad en este punto está reconocida en Inglaterra, no es menos notoria la nulidad del clero inglés respecto del mismo: «No creemos, decian pocos años há unos periodistas estimables de aquel

los componiendo folletos sobre el cumplimiento de las profecías; pero mientras los estan imprimiendo, el poder y el voto de la Europa restituyen al Papa á su trono, y tranquilo en la ciudad eterna ruega á Dios por los autores de esos libros insensatos.

» pais, que la sociedad de las misiones sea obra de
 » Dios..... porque difícilmente se nos persuadirá que
 » Dios sea el autor de la confusion, y que los dogmas del
 » cristianismo deban ser sucesivamente anunciados á los
 » paganos por hombres que *no solo van sin ser envia-*
 » *dos* (1), sino que difieren de opiniones entre sí de un
 » modo tan extraordinario, como los calvinistas y los
 » arminianos, los episcopales y los presbiterianos, los pe-
 » do-baptistas y los anti-pedo-baptistas &c.»

Los redactores indican despues el débil sistema de
 los *dogmas esenciales*, y luego añaden: «Entre misione-
 » ros tan heterogéneos las disputas son inevitables, y
 » sus tareas, en lugar de ilustrar á los gentiles, no sir-
 » ven mas que para avivar sus preocupaciones contra la fé,
 » si alguna vez llega á *anunciarseles de un modo más*
 » *regular* (2). En una palabra la *sociedad de las misio-*

(1) *Not only running unsent*; expresion muy notable. Siendo la palabra *misionero* sinónima precisamente de *enviado*, todo misionero que obra fuera de la unidad, tiene que decir por fuerza: «yo soy un *enviado no enviado*.» Aun cuando la sociedad de las misiones fuese aprobada por la iglesia anglicana, subsistiria siempre la misma dificultad, porque no siendo esta iglesia *enviada*, no tiene derecho de *enviar*. *UNSENT* es el carácter general, infamante é indeleble de toda iglesia separada de la unidad.

(2) ¿Qué quieren decir los diaristas con esta expresion *de un modo más regular*? ¿Puede haber alguna cosa regular fuera de la regla? Bien puede estar un hombre mas ó menos cerca de una barca; pero mas ó menos dentro no hay medio. La iglesia de Inglaterra lleva todavía alguna desventaja á las otras iglesias separadas; pues como está evidentemente *sola*, es evidentemente *nula*. (Véase *Monthly political and litterary Censor or anti-jacobin*. March. 1803, vol. XIV, núm. 9, pág. 280 y 281). Acaso estas palabras

»nes no puede hacer ningun bien , y puede hacer mucho »mal. No obstante creemos que es un deber de la iglesia predicar el Evangelio á los infieles (1).»

Estas confesiones son muy terminantes, y no necesitan de comentarios. Seria inútil que tratáramos de las iglesias orientales y de todas las que dependen de ellas ó hacen causa comun con ellas : penetradas de su impotencia , han acabado por convertir su apatía en una especie de deber; en lo cual se juzgan á sí propias. Y aun se creerian ridículas si se dejasen dominar de la idea de adelantar las conquistas del Evangelio , y con ellas la civilizacion de los pueblos.

La iglesia pues es la única que tiene el honor , la facultad y el derecho de las misiones; y sin sumo pontífice no hay iglesia. ¿ No es el pontífice el que ha civilizado la Europa , y creado ese espíritu general , ese genio fraterno que nos distinguen ? Apenas se afirma la santa sede , cuando *la solicitud universal* arrebató á los sumos pontífices. Ya en el siglo V enviaron á S. Severino á la Nórlica, y otros operarios apostólicos recorrieron las Españas, como se ve en la famosa carta de Inocencio I á Decencio. En el mismo siglo S. Paladio y S. Patricio aparecen en Irlanda y en el norte de Escocia. En

de un modo mas regular ocultan algun misterio, como muchas veces lo he observado en las obras de los escritores ingleses.

(1) *Ibid.* Estas son palabrotas. *La iglesia sola tiene el derecho y de consiguiente el deber de predicar el Evangelio á los infieles.* Si los redactores hubieran rayado por bajo la palabra *iglesia*; sin duda hubieran predicado una verdad muy profunda á los *infieles*.

el siglo VI S. Gregorio el Grande envia á S. Agustin á Inglaterra. En el VII S. Kilian predica en Franconia, y S. Amando á los flamencos, á los carintios, á los esclavones y á todos los bárbaros que habitaban las márgenes del Danubio. Eluff de Werden se transporta á Sajonia en el siglo VIII, S. Willebrodo y S. Swidberto á la Frisia, y S. Bonifacio ilustra á la Alemania con sus tareas y conquistas. Pero parece que el siglo IX se distingue de todos los demas, como si la divina providencia hubiera querido con grandes conquistas consolar á la iglesia de las calamidades que tan de cerca la amenazaban. Durante este siglo S. Sifredo fue enviado á los suecos; Ancario de Hamburgo predica tambien á los mismos, á los vándalos y á los esclavones; Remberto de Brema, los hermanos Cirilo y Metodio á los búlgaros, á los chabares ó turcos del Danubio, á los moravos, á los bohemios y á la inmensa familia de los esclavones. Todos estos varones apostólicos juntos podian decir con mucha razon :

Hic tandem stetimus nobis ubi defuit orbis.

Mas cuando el universo se ensanchó por las memorables empresas de los navegantes modernos, ¿no siguieron los misioneros del pontífice en pos de aquellos esforzados aventureros? ¿no fueron á buscar el martirio, como la avaricia buscaba el oro y los diamantes? Sus manos caritativas ¿no estaban constantemente extendidas para curar los males nacidos de nuestros vicios, y para hacer menos odiosos á los bandoleros europeos en

aquellos pueblos lejanos? ¿Qué no hizo S. Francisco Javier? (1) Los jesuitas solos ¿no han curado una de las mayores llagas de la humanidad? (2) Se ha dicho ya cuanto hay que decir acerca de las misiones del Paraguay, de la China y de las Indias, y sería superfluo tocar otra vez materias tan conocidas. Basta solo advertir que todo el honor que de ellas resulta, debe atribuirse á la santa sede.

«Hé aquí, decia el gran Leibnitz con un noble sentimiento de envidia muy digno de él, hé aquí la China abierta á los jesuitas, y el Papa envia allá muchísimos misioneros. *Nuestra poca union no nos permite emprender estas grandes conversiones* (3). Bajo el reinado del rey Guillermo se habia formado una especie de sociedad en Inglaterra, que tenia por objeto la pro-

(1) *A Paulo III Indiæ destinatus, multos passim toto Oriente christianos ad meliorem frugem revocavit, et innumeros prope modum populos ignorantiae tenebris involutos ad Christi fidem adduxit. Nam præter Indos, Brachmanes, et Malabaras, ipse primus Paravis, Malais, Jais, Aenis, Mindanais, Molucensibus, et Japonibus, multis editis miraculis, et exantlatis laboribus, Evangelii lucem intulit. Perlustratâ tandem Japoniâ, ad Sinas profecturus in insulâ Sancianâ obiit.* (Véase su oficio en el breviario de Paris, 2 de diciembre). Los viajes de este santo se cuentan circunstanciadamente al fin de su vida escrito por el padre Bohours, y merecen grande atencion. Ordenadas en una línea las distancias que anduvo, hubieran dado tres veces la vuelta al mundo. El santo murió á los cuarenta y seis años de su edad, y solo empleó diez para la ejecucion de sus prodigiosas tareas, puntualmente el tiempo que empleó César para sojuzgar y devastar las Galias.

(2) Montesquieu.

(3) Carta de Leibnitz citada en el *Diario hist., polit. y liter. del abate de Feller*, agost. de 1774, pág. 209.

»pagacion del Evangelio; mas hasta ahora no ha hecho
»grandes progresos (1).»

No los hará jamás ni podrá hacerlos bajo cualquier nombre que proceda, hallándose fuera de la unidad, y no solamente no logrará ningun triunfo, sino que *hará mucho mal*, como nos lo confesaba poco há una boca protestante.

«Los reyes, decia Bacon, no pueden verdaderamente disculparse de no procurar con sus armas y sus riquezas la propagacion de la religion cristiana (2).» Sin duda que no pueden, tanto menos (hablo solo de los soberanos católicos), cuanto que fascinados por las preocupaciones modernas sobre sus verdaderos intereses, no saben que todo príncipe que emplee sus fuerzas en la propagacion del cristianismo legítimo, será infaliblemente recompensado con grandes triunfos, con un largo reinado, con una inmensa reputacion, ó con todas estas ventajas reunidas. Sobre este punto no hay ni habrá nunca, ni puede haber escepcion. Constantino, Teodosio, Alfredo, Carlo Magno, S. Luis, S. Fernando, Manuel de Portugal, Luis XIV &c., todos los grandes protectores ó propagadores del cristianismo legítimo estan señalados en la historia con los caracteres que acabo de indicar. El príncipe que emprenda esta obra divina, y la adelante lo posible, segun sus fuerzas, sin duda podrá pagar su tributo de imperfecciones y de des-

(1) *Leibnitz, Epist. ad Kortholtam*, en sus obras en 4.º, pág. 322. — *Pensamientos de Leibnitz* en 8.º, tomo I, pág. 275.

(2) Bacon, diálogo *de Bello sacro*. Cristianismo de Bacon, tom. II, p. 274.

dichas á la miserable humanidad; mas no obstante llevará siempre sobre su frente una cierta señal que reverenciarán todos los siglos.

*Illum aget pennà metuente solvi
Fama superstes.*

Por el contrario todo príncipe que nacido en la luz la desprecie ó se esfuerce para apagarla, y sobre todo que se atreva á extender su mano sobre el sumo pontífice, ó á afligirle sin miramiento, cuente con un castigo temporal y visible. Reinado corto, desastres humillantes, muerte violenta ó vergonzosa, mala reputacion en vida, y memoria infame despues de su muerte; esta es la suerte que en mas ó en menos le espera. Desde Juliano á Felipe el Hermoso los ejemplos antiguos se hallan escritos en todas partes; y en cuanto á los ejemplos recientes, el hombre prudente, antes de exponerlos en su verdadero punto de vista, hará bien de esperar á que con el transcurso del tiempo lleguen á ser patrimonio de la historia.

CAPÍTULO II.

LIBERTAD CIVIL DE LOS HOMBRES.

Hemos visto que el sumo pontífice es el jefe natural, el promovedor mas poderoso, el gran *Demiurgos* de la civilizacion universal: sus fuerzas sobre este punto no tienen límite sino en la ceguedad ó mala voluntad de los príncipes. No menos beneméritos de la humanidad son por la abolicion de la esclavitud que han combatido sin intermision, y que acabarán de abolir infaliblemente sin violencia, sin conmociones y sin peligro, donde quiera que se les deje obrar.

Fue una singular ridiculez del último siglo el juzgar de todo por reglas abstractas, sin consideracion á la experiencia; lo cual es tanto mas chocante, cuanto que en el mismo siglo no cesó de gritarse contra todos los filósofos, que han comenzado por los principios abstractos, en vez de buscarlos en la experiencia.

¡Qué sobresaliente aparece Rousseau cuando prin-

cipla su *Contrato social* por esta máxima retumbante:
*El hombre ha nacido libre, y en todas partes se halla:
entre cadenas!*

¿Qué quiere decir? Probablemente no hablará del hecho, pues en la misma frase afirma que *en todas partes se halla entre cadenas*. Luego se trata del derecho: pero había que probarlo *contra el hecho*.

Lo contrario de esta loca asercion (*el hombre ha nacido libre*) es la verdad. En todos tiempos y en todos lugares, hasta la fundacion del cristianismo, y aun hasta que esta religion hubo penetrado suficientemente en los corazones, la esclavitud se consideró siempre como una parte necesaria del gobierno y del estado político de las naciones, así en las repúblicas como en las monarquías, sin que jamás haya ocurrido á ningun filósofo condenar la esclavitud, ni á ningun legislador combatirla por medio de leyes fundamentales ó de circunstancias.

Aristóteles, uno de los mas profundos filósofos de la antigüedad, llegó hasta á decir, como todo el mundo sabe, *que habia hombres que nacian esclavos*; y no hay cosa mas cierta. Bien sé que en nuestro siglo ha sido motejado aquel filósofo por su asercion; pero hubiera valido mas comprenderle, que criticarle. Su proposicion está fundada en la historia entera, que es la política experimental, y en la naturaleza misma del hombre que ha producido la historia. El que haya estudiado bastante esta triste naturaleza, sabe que *el hombre en general*, si se le abandona á sí mismo, *es demasiado malo para ser libre*.

Examine cada cual al hombre en su propio corazon, y conocerá que en donde quiera que la libertad civil pertenezca á todos, no habrá medio, *sin algunos auxilios extraordinarios*, de gobernar á los hombres como cuerpo de nacion.

De ahí viene que la esclavitud ha sido constantemente el estado natural de una gran parte del género humano hasta la aparicion del cristianismo; y como la recta razon universal experimentaba la necesidad de aquel órden de cosas, jamás fue combatido ni por las leyes, ni por el raciocinio.

Un gran poeta latino puso en boca de César una máxima terrible:

EL LINAGE HUMANO EXISTE PARA UNOS POCOS (1).

No hay duda que esta máxima, en el sentido que le da el poeta, se presenta bajo un aspecto maquiavélico que indigna; pero bajo otro punto de vista es muy exacta. En todas partes el menor número ha gobernado siempre al mayor; porque sin una aristocracia mas ó menos fuerte la monarquía no lo será bastante.

En la antigüedad el número de hombres libres era muy inferior al de los esclavos. Atenas contaba cuarenta mil de estos y veinte mil ciudadanos (2). En Roma, que tenía hácia el fin de la república cerca de un millon y doscientos mil habitantes, apenas habia dos mil pro-

(1) *Humanum paucis vivit genus*. Lucan. Phars.

(2) Larcher sobre Herodoto, lib. I, not. 258.

pietarios (1); lo cual por sí solo manifiesta el inmenso número que habia de esclavos. Un solo individuo tenia á veces algunos miles de ellos en su servicio (2). En cierta ocasion fueron condenados á muerte cuatrocientos de una sola casa, en virtud de la ley atroz que mandaba que cuando un ciudadano romano fuera muerto en su morada, todos los esclavos que habitaran bajo el mismo techo sufriesen la pena capital (3); y cuando se trató de dar á los esclavos un traje particular que los distinguiese, se opuso el senado, *temeroso de que ellos llegasen á contarse* (4).

Otras naciones nos suministrarían poco mas ó menos los mismos ejemplos; pero hay que abreviar. Además sería inútil probar con extension lo que nadie ignora: *«que hasta la época del cristianismo el universo siempre estuvo cubierto de esclavos, y que jamás los sabios condenaron este uso.»* Esta proposición es incontrastable.

Mas al fin apareció la ley divina sobre la tierra, é inmediatamente penetró en el corazon del hombre, y le mudó de una manera que debe excitar la eterna admiracion de todo verdadero observador. La religion principió sobre todo á trabajar sin descanso para abolir la

(1) *Vix esse duo millia hominum qui rem habeant.* (Cic. de Officiis II, 21).

(2) *Juven. Sat. III, 140.*

(3) *Tacit. Ann. XIV. 43.* Son sumamente curiosos los discursos pronunciados en el senado sobre este punto.

(4) *Adam's roman Antiquities*, en 8.^o London, pág. 35 et seq.

esclavitud; cosa que ninguna otra religion, ningun legislador, ni ningun filósofo se habian atrevido á emprender, ni aun á soñar. El cristianismo obraba con lentitud por la misma razon que obraba divinamente, porque todas las operaciones legítimas, de cualquiera género que sean, se hacen siempre de una manera imperceptible. Donde quiera que haya ruido, estrépito, impetuosidad, destruccion &c., puede estar uno seguro de que obra el crimen ó la locura.

La religion pues presentó una batalla continuada á la esclavitud, trabajando ya aquí, ya allí, de un modo ó de otro, pero sin cansarse jamás; y los soberanos conociendo, aunque incapaces todavía de atinar la razon, que el sacerdocio los aliviaba de una parte de sus penas y de sus temores, fueron cediendo insensiblemente y se prestaron á sus benéficas miras.

«En fin en el año 1167 el Papa Alejandro III declaró en nombre del concilio que todos los cristianos debian estar exentos de la esclavitud. Esta sola ley debe hacer grata su memoria á todos los pueblos; así como los italianos deben apreciar su nombre por los esfuerzos que hizo para sostener la libertad de Italia. En virtud de esta ley, mucho tiempo despues declaró Luis el Revoltoso que todos los siervos que aun quedaban en Francia debian ponerse en libertad....» Sin embargo los hombres no volvieron á entrar sino por grados y muy difícilmente *en su derecho natural* (1).

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las cost.* cap. LXXXIII. Aquí se ve á Voltaire, apegado tenazmente á los delirios de su siglo, citarnos

No hay duda que *la memoria de este pontífice debe ser grata á todos los pueblos*. Pertenecia legítimamente á su sublime cualidad la iniciativa de tal declaracion; pero obsérvese que hasta el siglo XII no tomó la palabra el Papa sobre este punto, y aun entonces declaró mas bien el derecho á la libertad, que la libertad misma. No se propasó á tomar medidas violentas, ni usó de amenazas; porque nada de lo que se hace bien, se hace de prisa.

Donde quiera que reina otra religion que la cristiana, la esclavitud es de derecho; y donde quiera que esta santa religion se debilita, la nacion llega á ser en precisa proporcion menos capaz de la libertad general.

Acabamos de ver el estado social conmovido hasta en sus fundamentos, porque en Europa habia demasiada libertad y no habia bastante religion. Todavía habrá otras conmociones, y no se establecerá sólidamente el buen orden hasta que se restablezca la esclavitud ó la religion.

El gobierno solo no puede gobernar. Esta es una máxima que parecerá mas incontestable cuanto mas se la medite. Necesita pues aquel como de un ministro indispensable, ó de la esclavitud, que disminuye el nú-

el derecho natural del hombre á la libertad. Yo desearía saber cómo hubiera probado el derecho contra los hechos, que atestiguan invenciblemente *que la esclavitud es el estado natural de una gran parte del género humano hasta la manumision sobrenatural*.



mero de las voluntades que obran en el estado, ó de la fuerza divina, que por una especie de *injerto* espiritual neutraliza la natural aspereza de estas voluntades, y las pone en aptitud de obrar juntas sin perjudicarse.

El nuevo mundo ha dado un ejemplo que completa la demostracion. ¿Qué no han hecho los misioneros católicos, es decir, los enviados del Papa, para extinguir la esclavitud, para consolar, para curar y ennoblecer la especie humana en aquellas vastas regiones? En cualquiera parte donde se deje obrar á aquel poder, producirá los mismos efectos. Pero no piensen las naciones que la desconocen, aunque sean cristianas, en abolir la esclavitud si aun subsiste en ellas, porque la consecuencia infalible de tan ciega imprudencia seria una calamidad política.

Mas no se crea que la iglesia ó el Papa (*todo es uno*) no lleve otra mira en la guerra que ha declarado á la esclavitud, que la perfeccion política del hombre: para esta potestad hay otra cosa mas elevada, la perfeccion de la moral, de la que son una simple derivacion los adelantamientos políticos. Donde quiera que reine la esclavitud, no puede haber verdadera moral, á causa del imperio desordenado del hombre sobre la mujer. Aun siendo esta dueño de sus derechos y de sus acciones, es demasiado débil contra las seducciones que por todas partes la rodean: ¿qué será cuando su propia voluntad no puede defenderla? Se desvanecerá hasta la idea de la resistencia: el vicio se convertirá en deber; y el hombre, gradualmente envilecido por la facilidad de los

placeres, no podrá tener costumbres superiores á las de Asia.

El señor Buchanan, á quien he citado poco hace, y de quien tomo con gusto una nueva cita tan exacta como importante, ha observado muy bien que «en todos los países donde no reina el cristianismo, se advierte cierta tendencia á la degradacion de las mujeres (1).» No hay verdad mas evidente, y aun puede señalarse la razon de esta degradacion, que solo es combatible por un principio sobrenatural. Donde quiera que nuestro sexo puede mandar el vicio, es imposible que haya verdadera moral, ni verdadera dignidad de costumbres. La mujer que lo puede todo sobre el corazon del hombre, le devuelve toda la perversidad que recibe de él, y las naciones se estancan en este círculo vicioso, del cual no pueden radicalmente salir por sus propias fuerzas.

Por una operacion del todo contraria, y tambien muy natural, el medio mas eficaz de perfeccionar al hombre es ennoblecer y exaltar á la mujer: en lo cual el cristianismo solo trabaja sin intermision con acierto infalible, capaz únicamente de aumento ó disminucion, segun el género y la multitud de los obstáculos que pueden contrariar su accion. Pero este poder inmenso y sagrado del cristianismo será nulo, si no se halla concentrado en una mano única que le ejerza y le haga valer. Sucede con el cristianismo diseminado por

(1) *Christian researches in Asia &c., by the R. Claudius Buchanan D. D. Londres 1812, pág. 56.*

el globo, como con una nacion que no tiene existencia, accion, poder, consideracion, ni aun nombre, sino en virtud de la soberanía que la representa y le da una personalidad moral entre los pueblos.

La mujer debe mas obligaciones que el hombre al cristianismo; pues de él recibe toda su dignidad. La mujer cristiana es verdaderamente un ente *sobrenatural*, supuesto que el cristianismo la levanta y mantiene en un estado que no le es *natural*. Mas ¡con qué servicios inmensos paga esta especie de ennoblecimiento!

Asi el género humano es *naturalmente* siervo en gran parte, y no puede salir de ese estado sino *sobrenaturalmente*. Con la servidumbre no hay moral propiamente dicha: sin el cristianismo no hay libertad general; y sin el Papa no hay verdadero cristianismo, es decir, cristianismo que obre, que sea poderoso, que convierta, que regenere, que conquiste y que perfeccione. Pertenecia pues al sumo pontífice proclamar la libertad universal: lo hizo, y su voz resonó en todo el universo. El solo hizo posible esta libertad en su cualidad de jefe único de esa religion, que es la única capaz de rendir las voluntades, y que solamente por mano de aquel podia desplegar todo su poderío. Hoy seria menester estar ciego para no ver que en Europa se debilitan todas las soberanías, y que por todas partes van perdiendo la confianza y el amor. Las sectas y el espíritu individual se multiplican de un modo espantoso. Asi es preciso purificar las voluntades ó encadenarlas: no hay medio. Los principes disidentes, en cuyos esta-

dos subsiste aun la esclavitud , la conservarán ó perecerán. Los demas se verán precisados á adoptar la servidumbre ó á volver á la unidad.

Mas ¿quién me asegura que viviré mañana? Quiero pues escribir hoy un pensamiento que me ocurre acerca de la esclavitud , aun cuando debiera separarme de mi asunto , que no lo creo.

¿Qué es el estado religioso en los países católicos? La esclavitud ennoblecida. A la institucion antigua, útil en sí misma por muchos respetos , añade este estado una multitud de ventajas particulares , al paso que le quita todos los abusos. En vez de envilecer al hombre el voto de religion le santifica. En vez de sujetarle á los vicios de otro , le liberta de ellos ; y sometién-dole á una persona por eleccion , le declara libre respecto de los demas , con quienes nada tendrá en adelante que ver.

Siempre que se puedan amortiguar las voluntades sin degradar á los sugetos , se hace un servicio inapreciable á la sociedad , descargando al gobierno del cuidado de vigilar á aquellos hombres , de emplearlos , y sobre todo de pagarlos. No ha habido nunca una idea mas feliz que la de reunir ciudadanos pacíficos que trabajan , oran , estudian , escriben , dan limosna , cultivan la tierra , y no piden nada á la autoridad. Esta verdad se percibe particularmente ahora que de todos lados agovian al gobierno una multitud de hombres , y el gobierno no sabe qué hacer con ellos.

Una juventud impetuosa , innumerable , libre por su desgracia , codiciosa de distinciones y de riquezas , se

precipita por enjambres en la carrera de los empleos. Todas las profesiones imaginables tienen cuatro ó cinco veces mas candidatos de los que necesitan. No se encontrará en Europa una oficina donde no se haya doblado ó triplicado el número de los empleados de cincuenta años á esta parte. Dícese que los negocios se han aumentado ; pero los hombres crean los negocios, y son demasiados los que se mezclan en estos. Todos se abalanzan á un tiempo al mando y á los empleos, fuerzan todas las puertas, y obligan á crear nuevos destinos. Hay demasiada libertad, demasiado movimiento, demasiadas voluntades desencadenadas en el mundo.

¿De qué sirven los religiosos? dicen muchos imbéciles. Pues ¡qué! ¿no se puede servir al estado sin tener un empleo? ¿no vale nada el beneficio de enfrenar las pasiones y neutralizar los vicios? Si Robespierre, en lugar de ser abogado, hubiese sido capuchino, tambien se hubiera dicho de él al verle pasar : *¡Dios mio! ¿de qué sirve ese hombre?*

Infinitos escritores han puesto en claro los muchos servicios que el estado religioso hacia á la sociedad; mas yo creo útil considerarlo por el lado que menos se ha observado, y que á la verdad no era el menos importante: como maestro y director de un gran número de voluntades, y como suplente inapreciable del gobierno, cuyo mayor interés es el moderar el movimiento interior del estado, y aumentar el número de los hombres que nada le piden.

En el dia, gracias al sistema de independencia uni-

versal y al inexplicable orgullo que se ha apoderado de todas las clases, todos quieren ser militares, jueces, escritores, empleados, gobernantes. Se pierden en el torbellino de los negocios, y gimen bajo el peso enorme de los escritos. La mitad del mundo se ocupa en gobernar á la otra mitad sin poder conseguirlo.

CAPÍTULO III.

INSTITUCION DEL SACERDOCIO. CELIBATO CLERICAL.

§. 1.º

Tradiciones antiguas.

No hay un dogma en la iglesia católica, ni aun un uso general perteneciente á la alta disciplina, que no tenga sus raíces en lo mas profundo de la naturaleza humana, y de consiguiente en alguna opinion universal, mas ó menos alterada en este ó en el otro pais; pero no obstante comun en su origen á todos los pueblos de todas las épocas.

La explicacion de esta proposicion daria materia suficiente para una obra interesante. Yo no me apartaré sensiblemente de mi asunto, presentando un ejemplo nada mas de esta concordia maravillosa, y elegiré la *confesion*, solo para que se me entienda mejor.

¿Qué cosa hay mas natural en el hombre que ese

movimiento de un corazon *que se inclina á otro para depositar en él un secreto?* (1) Un infeliz despedazado interiormente por el remordimiento ó por la pena necesita de un amigo, de un confidente que le escuche, le consuele, y á veces le dirija. El estómago que contiene un veneno y entra espontáneamente en convulsion para arrojarle, es la imagen natural de un corazon, donde el crimen ha derramado su ponzoña. Sufre, se agita, y se contrae hasta que encuentra el oido de la amistad ó á lo menos el de la benevolencia.

Mas cuando de la confianza pasamos á la *confesion*, y esta se hace á la autoridad, la conciencia universal reconoce en esta confesion espontánea una fuerza expiadora y un mérito de gracia. Sobre este punto es uniforme el modo de pensar, desde la madre que pregunta á su hijo acerca de un vaso quebrado ó un dulce que ha comido sin licencia, hasta el juez que sentado en su tribunal toma declaracion al ladron ó al asesino.

Muchas veces el culpado, instado por su propia conciencia, rehusa la impunidad que le prometia el silencio. No sé que instinto misterioso, mas fuerte aun que el de la conservacion, le hace buscar la pena que podria evitar; y hasta en los casos en que no puede temer ni los testigos, ni el tormento, exclama: *Sí, yo soy*. Pudieran citarse legislaciones misericordiosas, que en

(1) Expresion admirable de Bossuet (*Oracion fúnebre de Henriqueta de Inglaterra*.) La Harpe la ha alabado juntamente en su *Livro*.

semejantes casos confían á los magistrados superiores la facultad de moderar los castigos , aun sin recurrir al soberano.

No puede menos de reconocerse en la simple confesion de nuestras faltas (prescindiendo de toda idea sobrenatural) alguna cosa, que sirve infinito para introducir en el hombre la rectitud de corazon y la sencillez de conducta (1). Ademas, á la manera que todo crimen es por su naturaleza una razon para cometer otro; toda confesion voluntaria es tambien por su naturaleza una razon para corregirse; libra igualmente al culpado de la desesperacion y del endurecimiento, porque el crimen no puede permanecer en el corazon del hombre, sin conducirle á uno ú otro de estos dos abismos.

«¿Sabeis, decia Séneca, por qué ocultamos nuestros vicios? Porque estamos encenagados en ellos. Luego que *los confesemos*, nos curaremos (2).»

Creemos estar oyendo á Salomon que dice al culpado: «El que oculta sus pecados perecerá; pero el que *los confiesa* y se aparta de ellos, obtendrá misericordia (3).»

Todos los legisladores del mundo han cotocido estas verdades, y las han convertido en beneficio de la hu-

(1) Bertier, *sobre los salmos*, tomo I, salmo XXXI.

(2) *Quare sua vitia nemo confitetur? Quia in illis etiamnum est: vitia sua confiteri sanitatis indicium est.* Sen. *Epist. mor.* l.III.—No creo que en nuestros libros piadosos se hallen mejores consejos para la eleccion de un director, que los que pueden leerse en la epistola precedente del mismo Séneca.

(3) *Prov. XXVIII*, 13.

manidad. Moisés se halla á la cabeza de todos, y establece en sus leyes una *confesion* expresa y aun pública (1).

El antiguo legislador de las Indias dijo: «Cuanto mas verdadera y voluntariamente se *confiesa* el hombre que ha cometido un pecado, tanto mas se libra de él, como una serpiente suelta su piel vieja (2).»

Como estas ideas han existido en todos tiempos y lugares, se halla establecida la *confesion* en todos los pueblos que habian conocido los misterios de *Eleusis*: se encontró en el Perú, entre los Brahmas, entre los turcos, en el Tibet y en el Japon (3).

En este punto como en todos los demas ¿qué ha hecho el cristianismo? Ha revelado el hombre al hombre, se ha apoderado de sus inclinaciones, de sus creencias eternas y universales, ha descubierto sus fundamentos antiguos, les ha quitado toda mancha y toda mezcla extraña, los ha honrado con el sello divino; y sobre estas bases *naturales* ha establecido su teoría *sobrenatural* de la penitencia y de la *confesion* sacramental.

(1) *Levit.* V, 5, 15 y 18; VI, 6: *Núm.* V. 6 y 7.

(2) A continuacion añade: «Pero si el pecador quiere obtener una plena remision de su pecado, *evite sobre todo* la recaida.» (*Leyes de Menu*, hijo de Brahma, en las obras del caballero Guillermo Jones, en 4.º, tom. III, cap. XI, núm. 64 y 233.)

(3) *Carli*, *Lettere Americane*, tom. I, cart. XIX.—Extracto de los viajes de Effremoff en el *Diario del Norte*. S. Petersb., mayo de 1807, número 18, pág. 335.—Feller, *Catecismo filosófico*, tomo III, núm. 501 &c.

Lo que digo de la penitencia podia decirlo de todos los demas dogmas del cristianismo católico; pero un ejemplo basta, y espero que con esta especie de introduccion se dejará conducir naturalmente el lector á lo que va á seguir.

Ha sido opinion comun entre los hombres de todos tiempos, de todos paises y de todas religiones: «*que en la CONTINENCIA hay algo de celestial que ensalza al hombre y le hace agradable á la divinidad; y por consecuencia necesaria que toda funcion sacerdotal, todo acto religioso, toda ceremonia santa se aviene poco ó no se aviene nada con el matrimonio.*»

No hay legislacion en el mundo que sobre este punto no haya sujetado á los sacerdotes de alguna manera, y que aun respecto de los demas hombres no haya acompañado las oraciones, los sacrificios, las ceremonias solemnes con alguna abstinencia de este género mas ó menos severa.

El sacerdote hebreo no podia casarse con mujer repudiada, y el sumo sacerdote ni con una viuda (1). El Talmud añade que tampoco podia tener dos mujeres, aunque la poligamia estaba permitida al resto de la nacion (2); y todos debian estar *puros* para entrar en el santuario.

Del mismo modo los sacerdotes egipcios no tenian mas que una mujer (3); y el *hierofanta* entre los grie-

(1) *Levit XXI, 7, 9, 13.*

(2) *Talm. in Massechta Jona.*

(3) *Phil. apud P. Cunæum de Rep. Heb. Elzevir, XVI, p. 190.*

gos estaba obligado á guardar el celibato y la mas rigurosa continencia (1).

Orígenes nos enseña de qué medio se valía el hierofanta para poder guardar su voto (2); con lo que confesaba expresamente la antigüedad así la importancia de la continencia en las funciones sacerdotales, como la impotencia de la naturaleza humana abandonada á sus propias fuerzas.

Los sacerdotes, en Etiopia lo mismo que en Egipto, estaban en reclusion y guardaban el celibato (3); y Virgilio hace brillar en los campos Elíseos

A los sacerdotes que fueron castos durante su vida (4).

Las sacerdotisas de Ceres en Atenas, donde las le-

(1) *Potter's greek antiquities*, tom. I, pág. 183 y 356.—*Cartas acerca de la hist.* &c. tomó II, pág. 571.

(2) *Contra Celsum*, cap. VII, núm. 48. Vid. *Diosc.*, lib. IV, cap. LXXIX. *Plin. Hist. nat.*, lib XXXV, cap. XIII.

(3) *Briant's Mythology explained*, en 4.º, tom. I, pág. 281; tom. III, pág. 240, segun Diodoro de Sicilia. — *Porphir. de abst.*, lib. IV, pág. 364.

(4) *Quique sacerdotes casti dum vita manebat*. Virgil. *Eneid.* 661. — Heyne que creyó ver en este verso la condenacion formal de un dogma de Gottinga, le añadió una nota graciosa. «*Esto se entiende, dice, de los sacerdotes que llenaron sus deberes castamente, purè, ac piè* (es decir, *escrupulosamente*) *durante su vida.*» Entendido así Virgilio no es reprehensible. *Ita nihil est quod reprehendas* (Londres, 1793, en 8.º, tom. II, pág. 741). Así pues si se dice que un zapatero por ejemplo es casto, significará, segun Heyne, que hace bien los zapatos. Sea esto dicho sin faltar al respeto que se merece la memoria de este hombre ilustre.

yes les daban la mayor importancia, eran elegidas por el pueblo, y mantenidas á expensas del público, se consagraban por toda su vida al culto de la diosa, y estaban obligadas á vivir en la mas austera continencia (1).

Así se pensaba en todo el mundo conocido. Transcurren los siglos, y encontramos las mismas ideas en el Perú (2).

¡Qué premios y qué honores han concedido todos los pueblos del universo á la virginidad! Aunque el matrimonio sea el estado natural del hombre en general, y hasta un estado santo segun una opinion tambien general; sin embargo se descubre en todas partes cierto respeto hácia una persona vírgen, y se la mira como un ente superior; y cualquiera diria que se degrada cuando pierde esta cualidad, aunque sea legítimamente. Las mujeres desposadas en Grecia debian hacer un sacrificio á Diana para expiar esta especie de profanacion (3). La ley habia establecido en Atenas unos misterios particulares relativos á esta ceremonia religiosa (4), que las mujeres observaban con mucho rigor, y temian la cólera de la diosa si dejaban de conformarse con ellos (5).

(1) *Cartas acerca de la hist.*, tom. II, pág. 577.

(2) *I sacerdoti nella settimana del loro servizio si astenevano dalle mogli* (Carli, *Lett. Americ.*, tomo I, lib. XIX).

(3) *Επι αφρωσιωσει τῆς παρθενιας*. Véase el Escoliastes de Teócrito sobre el verso 66 del Idilio 11.

(4) *Τὰ δὲ μυστήρια ταυτὰ Ἀθηναίων πολιτεύονται*. *ibidem*.

(5) Cualquiera que conozca las costumbres antiguas, no preguntará sin admiracion qué sentimiento interior era el que esta-

Se hallan vírgenes consagradas á Dios en todas partes y en todas las épocas del género humano. ¿Hay cosa en el mundo mas célebre que las vestales? *Con el culto de Vesta brilló el imperio romano, y cayó con él* (1).

En el templo de Minerva de Atenas se habia conservado el fuego sagrado lo mismo que en Roma por medio de las vírgenes. Estas mismas vestales se han encontrado en otras naciones, especialmente en las Indias (2) y en el Perú, donde es muy digno de notarse que la violacion de su voto se castigaba con el mismo suplicio que en Roma (3): la virginidad era considerada allí como un carácter sagrado, igualmente agradable al emperador que á la divinidad (4).

En la India la ley de Menu declara que todas las ceremonias prescriptas para los matrimonios no concier-

blecia estos misterios, y habia tenido fuerza para persuadir su importancia. Es preciso que tenga alguna raiz; pero ¿dónde está humanamente?

(1) Con estas memorables palabras termina la *Memoria sobre las Vestales*, que se lee entre las de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras de París, tom. V, en 12.º por el abate Naudal.

(2) Véase el *Herodoto* de Larcher, tom. VI, pág. 133.—Carli, *Lett. Amer.* tom. I, lett. V, et tom. I, lett. XXVI, pág. 458.—Not. Procop. lib. II, de *Bello persic.*

(3) Carli, *ibid.* tom. I, let. VIII.—El traductor de Carli asegura que el castigo de las vestales en Roma era fingido, y que ninguna de ellas se quedaba en el subterráneo (tom. I, lett. IX, pág. 114, not.); mas no cita ninguna autoridad.

(4) Carli, *ibid.* tom. I, lib. IX.

nen mas que á las vírgenes, pues las que no lo son estan excluidas de toda ceremonia legal (1).

El voluptuoso legislador de Asia dice tambien: «Los discípulos de Jesus guardaron la virginidad sin que se les hubiese prescrito, á causa del deseo que tenían de agradar á Dios (2). La hija de Josafat conservó su virginidad: Dios le inspiró su espíritu, y ella creyó las palabras de su Señor y las escrituras: era del número de las que obedecen (3).»

¿De dónde viene pues esta opinion universal? ¿dónde habia aprendido Numa que para santificar y hacer venerables sus vestales era preciso prescribirles la virginidad? (4)

¿Por qué razon Tácito, anticipando el estilo de nuestros teólogos, nos habla de aquella respetable Occia, que habia presidido durante cincuenta y siete años el colegio de las vestales con una eminente santidad? (5) ¿y de dónde venia aquella persuasion general entre los romanos, de que si una vestal usaba del permiso que le daba la ley para casarse despues de treinta años de ejercicio, esta especie de casamientos nunca eran felices? (6)

(1) *Leyes de Menu*, cap. VIII, núm. 226: *Obras del caballero Jones*, tom. III.

(2) El Koran, cap. LVII.

(3) Idem cap. LVI.

(4) «*Virginitate aliisque cæremoniis venerabiles ac sanctas fecit.*» (Tit. Liv. I, XXIX.)

(5) «*Occia, quæ septem et quinquaginta per annos summa sanctimoniâ vestalibus sacris præederat.*» (Tacit. *Ann.* II, 86.)

(6) «*Etei antiquitus observatum infestas ferè et parùm læta-*

Si de Roma nos trasladamos con el pensamiento á la China, encontramos religiosas sujetas tambien á la virginidad: sus casas estan adornadas con varias inscripciones que reciben del mismo emperador, el cual no concede esta prerogativa sino á las que han permanecido vírgenes por espacio de cuarenta años (1).

A la manera de estos religiosos y religiosas de la China, los hay tambien entre los mejicanos (2). ¡Qué conformidad entre naciones tan diferentes en costumbres, en carácter, en lengua, en religion y en clima!

Despues de la virginidad el estado de viudez es el que ha merecido mayor respeto entre los hombres; y es muy notable que entre los muchos elogios prodigados á este estado por toda clase de escritores, no se encuentra que se haya tratado nunca del interés de los hijos, que no obstante es muy evidente.

Conocida es la opinion general de los hebreos sobre la importancia del matrimonio, y la ignominia aneja á la esterilidad: ya se sabe que en sus ideas la primera bendicion era la de la *perpetuacion* de las familias. ¿Por qué pues los grandes elogios dados por ejemplo á Judith *por haber unido la castidad al valor, y por haber pasado ciento y cinco años en la casa de Manasés su esposo sin haberle dado sucesores?* Todo el pueblo á quien sal-

«biles eas nuptias fuisse.» (Just. Lip *Syntagma de Vest.* cap. 6.) Es conveniente observar aquí que Justo Lipsio lo refiere sin poner duda alguna.

(1) Mr. de Guignes, *Viaje á Pekin*, en 8.º tom. II, pág. 279.

(2) Idem, tom. II. pág. 367 y 368.—Mr. de Humboldt, *Vista de las Cordilleras &c.* en 8.º París, 1816, tom. I, pág. 237 y 328.

vó le canta á coro: «Tu eres la alegría y la honra de
»nuestro pueblo, porque has obrado con un valor va-
»ronil, y tu corazon se ha afirmado, porque has ama-
»do la castidad; y despues de haber perdido á tu mari-
»do, no has querido desposarte con otro (1).»

¡Pues qué! la mujer que se vuelve á casar, ¿peca
contra la castidad? Sin duda que no; pero si prefiere la
viudez, será alabada en todos tiempos y en todos los
puntos del globo, á pesar de todas las preocupaciones
contrarias.

En la India la ley excluye de la sucesion de sus co-
laterales al hijo nacido del matrimonio de una viuda.
Entre los hotentotes la mujer que se casa en segundas
nupcias, tiene que cortarse un dedo.

Entre los romanos se tributaba el mismo honor á
la viudez, y se miraban con igual desprecio las segundas
nupcias, aun despues que desaparecieron casi del todo
las antiguas costumbres: así vemos que la viuda de un
emperador á quien otro pretendia por esposa, decla-
ra que *sería una cosa sin ejemplo é inexcusable que
una mujer de su nombre y de su clase contrajese segundo
matrimonio* (2).

(1) *Judith*, XV, 10, 11.—XVI 26.

(2) Trátase aquí de Valeria, viuda de Maximiano, á quien
Maximino quiso tomar por esposa: mas ella respondió: «Nefas
»esse illius nominis ac loci fæminam sine more, sine exemplo, ma-
»ritum alterum experiri.» (Lact. de morte persec., cap. 39.) Se-
ría inútil decir que *esto era una excusa*; porque la excusa se bus-
caba en las costumbres y en la opinion; y precisamente se trata
de la *opinion y de las costumbres*.

La China piensa lo mismo que Roma. Allí se venera la honrosa viudez hasta el punto de hallarse una multitud de arcos de triunfo levantados para perpetuar la memoria de las mujeres que permanecieron viudas (1).

El estimable viajero que nos ha informado de este uso, se extiende despues en reflexiones filosóficas sobre lo que á él le parece una gran contradicción del entendimiento humano. «¿Cómo es (son palabras suyas) que los chinos que miran como una desgracia morir sin descendencia, honran al mismo tiempo el celibato de las mujeres? ¿cómo se concilian ideas tan incompatibles? Pero tales son los hombres &c. (2).»

Y en seguida se nos viene con la cantinela del siglo XVIII. ¡Ah! ¡Cuán difícil es evitar esta especie de seducción! De ningun modo se trata aquí de las contradicciones humanas, porque no las hay absolutamente. Las naciones que favorecen la poblacion y honran la continencia, están muy de acuerdo consigo mismas y con la recta razon.

Pero prescindiendo del problema de la poblacion, que ya ha dejado de serlo, vuelvo al dogma eterno del género humano; á saber, «*que nada es mas agradable á la divinidad que la continencia; y que no solamente toda funcion sacerdotal, como acabamos de ver, sino todo sacrificio, toda plegaria, todo acto religioso exigia preparaciones mas ó menos conformes á esta virtud.*»

(1) Mr. de Guignes, *Viaje á Peking* etc. tom. II, p. 183.

(2) *Ibidem.*

Tal era la opinion universal del antiguo mundo. Cuando los navegantes del siglo XV duplicaron el universo, si puede decirse así, hallamos las mismas opiniones en el nuevo hemisferio. ¿No es natural una idea común á naciones tan diferentes y que no tuvieron jamás ningun punto de contacto? ¿No pertenece necesariamente á la esencia espiritual que nos constituye lo que somos? ¿En dónde la hubieran tomado todos los hombres si no fuera innata? (1)

Esta teoría parecerá tanto mas divina en su principio, cuanto contrasta mas admirablemente con la moral práctica de la antigüedad corrompida hasta el exceso, y que arrastraba al hombre á toda especie de desórdenes, sin haber podido borrar jamás de su espíritu unas leyes escritas *con caractéres divinos* (2).

Un sabio geógrafo inglés ha dicho acerca de las costumbres orientales: «*En los países orientales se hace muy poco caso de la castidad* (3).» Pues estas costumbres orientales son precisamente las costumbres antiguas, y serán eternamente las de todo pueblo no cristiano. Los que las han estudiado en los autores clásicos y en ciertos monumentos del arte que nos quedan, conocerán que no hay exageracion en este aserto de Feller: «Que medio siglo de paganismo presenta infinitos mas excesos enormes que se hallarian en todas las monarquías

(1) *O revelada.* (N. del E.)

(2) Γράμματα Θεού. Orig. *adver. Cels.*, lib. I, cap. V.

(3) Pinkerson, tom. V de la trad. franc., página 5.—El autor describe en este texto la grande linea de demarcacion que existe entre el Koran y el Evangelio

»cristianas, desde que el cristianismo reina sobre la
»tierra (1).»

Y sin embargo en medio de esta profunda y universal corrupcion se ve como queda una verdad no menos universal y del todo inexplicable con semejante sistema de costumbres.

En Roma y en tiempo de los emperadores, grandes personajes como Polion y Agripa se disputan el honor de presentar una vestal al estado; y la hija de Polion es preferida, únicamente porque su madre no habia tenido mas que un solo esposo, en vez de que Agripa habia **MENOSCABADO su casa con un divorcio** (2).

¿Se ha oído jamás una cosa mas extraordinaria? ¿Dónde y cómo habian encontrado los romanos de aquel siglo la idea de la integridad del matrimonio y la de la alianza natural de la castidad y del altar? ¿De dónde habian sacado que una vírgen, hija de un hombre divorciado, aunque nacida de legítimo matrimonio, y personalmente irrepreensible, estaba no obstante corrompida para el altar? Es preciso que estas ideas dependan de un principio natural en el hombre, tan antiguo como el hombre mismo, y por decirlo así, que sea parte del hombre.

(1) Cat. filos. tom. III, cap. VI, §. I.

(2) *Præolata est Pollionis filia non ob aliud quàm quod mater ejus in eodem conjugio manebat. Nam Agrippa dissidio dum imminuerat. Tacit Ann. II, 86.*

§. 2.º

Dignidad del sacerdocio.

Así pues el universo entero no ha cesado de atestiguar estas dos grandes verdades: «1.ª el mérito eminente de la castidad: 2.ª la alianza natural de la continencia con todas las funciones religiosas; pero sobre todo con las funciones sacerdotales.»

Luego el cristianismo, al imponer á los sacerdotes la ley del celibato, no ha hecho mas que apropiarse una idea natural, la ha despojado de todo error, le ha dado una sancion divina, y la ha convertido en ley de elevada disciplina. Pero la naturaleza humana era demasiado fuerte contra esta ley divina, y no podia ser vencida sino por la omnipotencia inflexible de los sumos pontífices. Sobre todo en los siglos bárbaros se necesitaba nada menos que el brazo de S. Gregorio VII para salvar al sacerdocio. Sin este hombre extraordinario todo estaba humanamente perdido. Quéjense algunos del inmenso poder que ejerció en su tiempo: tanto valdria quejarse de Dios que le dió aquella fortaleza, sin la cual no hubiera podido obrar. El poderoso demiurgos consiguió cuanto era posible de una materia rebelde; y sus sucesores continuaron su grande obra con tal perse-

verancia , que al fin asentaron el sacerdocio sobre bases inamovibles.

Estoy muy lejos de exagerar nada , ni de querer presentar la ley del celibato como un dogma propiamente dicho; pero sí digo que esta ley pertenece á la mas elevada disciplina , que es de una importancia sin igual , y que nunca podremos tributar debidamente las gracias al sumo pontífice á quien debemos su conservacion.

El sacerdote que tiene mujer é hijos , no es de su rebaño , ó por lo menos no lo es bastante , pues le falta siempre una facultad esencial , la de hacer limosna , á veces hasta sin pensar mucho en sus propias fuerzas. Al acordarse el sacerdote casado de sus hijos no se atreve á entregarse á los impulsos de su corazon. Su bolsillo se cierra á la vista del pobre , que no puede esperar otra cosa que frias exhortaciones. Ademas ciertas ridiculeces heririan mortalmente la dignidad del sacerdote.

La mujer de un magistrado superior que olvidase sus deberes de un modo visible , perjudicaria mas á la opinion de su marido , que la de otro hombre cualquiera. ¿ Y por qué ? Porque los altos magistrados están revestidos de una especie de dignidad santa y venerable , que los asemeja á la del sacerdocio. ¿ Pues qué sucederá con el sacerdocio ?

Los vicios de la mujer no solo redundan en gran perjuicio del carácter del sacerdote casado , sino que este por su parte no evita el peligro comun á todos los demas hombres casados , el de vivir criminalmente. La multitud de sofistas que han tratado esta grande cuestion del celibato del clero , parten siempre de este gran

sofisma: que el matrimonio es un estado de pureza, cuando solo es puro para los que son puros. ¿Cuántos son los matrimonios irrepreensibles en la presencia de Dios? Poquísimos. El hombre íntegro á los ojos del mundo puede ser infame en el altar. Si la debilidad ó la perversidad humana establece una tolerancia de convenio respecto de ciertos abusos; esta tolerancia que tambien es otro abuso, no se ha hecho nunca para el eclesiástico, porque la conciencia universal no cesa de compararle al modelo sacerdotal que contempla en sí misma; de manera que nada perdona á la copia por poco que se aparte del modelo.

Hay cosas tan altas y tan sublimes en el cristianismo; hay relaciones tan santas y tan delicadas entre el sacerdote y sus ovejas, que no pueden pertenecer sino á hombres enteramente superiores á los demas. La confesion sola exige el celibato. Las mujeres, con quienes debe tenerse particular consideracion sobre este punto, no concederán jamás una entera confianza al clérigo casado; pero no es fácil escribir sobre esta materia.

Las iglesias que tan desgraciadamente se han separado de la unidad, no han carecido de conciencia, sino de fuerza, cuando han permitido el matrimonio de los sacerdotes: ellas mismas se declaran culpables en el hecho de exceptuar á los obispos, y de negarse á consagrar á los sacerdotes antes de ser casados. Asi convienen en la regla de que *ningun sacerdote puede casarse*; pero admiten que por tolerancia y falta de sugetos un lego casado puede ordenarse. Asi por un sofisma que no repugna ya á la costumbre, en lugar de ordenar á

un candidato, aunque *casado*, le casan para *ordenarle*; de manera que violando la regla antigua, la confiesan expresamente.

Para conocer las consecuencias de esta fatal disciplina, es preciso haberlas examinado de cerca. La abyeccion del sacerdocio en los paises donde aquella rige, solo puede comprenderla el que la ha presenciado. De Tott en sus memorias no ha dicho nada de mas sobre este punto. ¿Quién pudiera creer que en un pais donde se sostiene tan gravemente la excelencia del matrimonio de los clérigos, fuese una injuria formal el epíteto de *hijo de clérigo*? Algunos pormenores acerca de este artículo picarian sin duda la curiosidad, y aun pudieran ser útiles bajo cierto aspecto; pero es doloroso servir de diversion á los maliciosos, y afligir á un orden desgraciado, que cuenta, aunque todo esté contra él, hombres muy estimables, en cuanto puede juzgarse de ellos á la distancia en que la inexorable opinion los tiene de toda sociedad distinguida.

Buscando siempre, en cuanto me es posible, mis armas en el campo enemigo, no pasaré en silencio el testimonio notable del mismo prelado ruso que he citado mas arriba, para que se vea lo que pensaba de la disciplina de su iglesia tocante al celibato. Como su libro, ya recomendable por el nombre de su autor, salió de las prensas del *santo sínodo*: su testimonio tiene todo el peso que pudiera esperarse.

Despues de haber refutado en el primer capítulo de sus Prolegómenos una impugnacion indecente de Mosheim contra el celibato eclesiástico, continúa el ar-

zobispo de Twer en estos términos: «Creo pues que el
»matrimonio nunca ha sido permitido á los doctores de
»la iglesia (los sacerdotes), excepto en el caso de nece-
»sidad y muy grande; cuando por ejemplo los suge-
»tos que se presentan para llenar las funciones sagra-
»das, no tienen la fortaleza necesaria para abstenerse del
»matrimonio que desean, *y no se encuentran otros mejo-
»res y mas dignos*: de modo que la iglesia, despues que
»estos *incontinentes* se han casado, les confiere el órden
»sagrado, *por accidente* mas bien que por eleccion (1).»

¿A quién no hará mella la decision de un hombre
cuya situacion era tan á propósito para ver las cosas
de cerca, y que era ademas tan enemigo del sistema
católico? Por mas sensible que me fuese insistir sobre
las consecuencias del sistema contrario, no puedo me-
nos de inculcar la absoluta nulidad de este sacerdocio,
considerado en sus relaciones con la conciencia del hom-
bre. Aquel maravilloso ascendiente que detuvo á Teo-
dosio á la puerta del templo, á Atila en el camino de

(1) «Quo quidem cognito non erit difficile intellectu, an et
»quomodo doctoribus ecclesiæ permissa sint conjugia. Scilicet,
»mea quidem sententiâ, *non permissa unquam*, præterquam si
»necessitas obvenerit, eaque magna: uti sicuti ii (sic), qui ad hoc
»munus præstò sunt, ab usu matrimonii temperare sibi nequeant,
»atque hoc expetant, meliores verò dignioresque desint: ideoque
»ecclesia tales *intemperantes*, postquam uxores duxerint, casu
»potius, non delectu, sacro ordine adsciscat.» (*Met. Arch. Twer,*
liber historicus &c., prol. cap. I, pág. 5). Es muy de notar que es-
te prelado habla siempre en presente, y que manifestamente tiene
en consideracion los usos de su iglesia, tal como la veía en su tiem-
po. Este oráculo griego parecerá sin duda: Πολλὸν ἀνταξίως ἄλλων.

Roma , y á Luis XIV ante la sagrada mesa ; ese poder , mas maravilloso aun , que puede enternecer un corazon empedernido y volverle á la vida ; que va á los palacios á arrancar el oro al opulento insensible ó distraido , para derramarle en el seno de la indigencia ; que todo lo arrostra y todo lo supera cuando se trata de consolar á una alma , ó de ilustrar ó salvar á otra ; que se insinúa tan dulcemente en las conciencias para penetrar secretos funestos , y arrancar de ellas la raiz de los vicios ; órgano y custodio infatigable de los enlaces santos , enemigo no menos activo de toda licencia , dulce sin debilidad , terrible con amor , suplemento inapreciable de la razon , de la probidad , del honor , de todas las fuerzas humanas en el instante que estas se declaran impotentes , fuente preciosa é inagotable de reconciliacion , de reparaciones , de restituciones , de arrepentimientos eficaces , de todo lo que Dios ama mas despues de la inocencia ; fijo al lado de la cuna del hombre que bendice , y fijo tambien al lado de su lecho de muerte , para decirle en medio de las exhortaciones mas patéticas y de las despedidas mas tiernas..... *Parte.....* ; este poder sobrenatural no se encuentra fuera de la unidad.

He estudiado mucho tiempo el cristianismo fuera de este recinto divino : allí el sacerdocio es impotente , y tiembla delante de aquellos á quienes deberia hacer temblar. A quien llega á decirle : *he hurtado* , no se atreve , no sabe decirle : *restituye*. El hombre mas abominable no le es deudor de promesa alguna : el sacerdote se emplea como una máquina. Cualquiera diria que sus

palabras son una especie de operacion mecánica, que borra los pecados como el jabon quita las manchas materiales. Es menester haberlo visto para poder formar de ello una idea cabal. El estado moral del hombre que invoca el ministerio del sacerdote, es tan indiferente en aquellos paises, y se toma tan poco en consideracion, que es muy comun preguntarse en la conversacion: *¿Ha cumplido V. el precepto pascual?* Esta es una pregunta indiferente, á la cual se responde si ó no, como si se tratase de un paseo ó de una visita, que depende en un todo de la voluntad de quien la hace.

Las mujeres en sus relaciones con el sacerdocio son un objeto muy digno de ejercitar la vista de un observador.

El anatema es inevitable. Todo sacerdote casado decaerá siempre de su carácter. La superioridad incontestable del clero católico pende únicamente de la ley del celibato.

Los doctos autores de la Biblioteca británica se han tomado la libertad de estampar una asercion asombrosa sobre este punto, que merece citarse y examinarse: «Si »los ministros del culto católico, dicen, hubiesen tenido mas generalmente el espíritu de su estado en el »verdadero sentido de la palabra; no hubieran sido tan »fructíferos los embates contra la religion.... Felizmente »para la causa de la religion, de las costumbres y de la »prosperidad de una poblacion numerosa, el clero inglés, asi el anglicano, como el presbiteriano, *es respetable* de muy diferente manera, y no proporciona á

»los enemigos del culto ni las mismas razones, ni los mismos pretextos (1).»

Seria menester registrar mil volúmenes para hallar una asercion tan temeraria, que es otra prueba del terrible imperio que ejercen las preocupaciones sobre los mejores entendimientos y sobre los hombres mas estimables. En primer lugar no sé sobre qué estriba la comparacion: para que tuviese una base cierta, era menester que pudiera ponerse en parangon un sacerdocio con otro; mas en las iglesias protestantes ya no hay sacerdocio, porque el *sacerdote* ha desaparecido con el *sacrificio*; y es cosa muy digna de notarse que donde quiera que se establece la reforma, la lengua, intérprete infalible de la conciencia, abole al punto la palabra *sacerdote*, en términos que ya en tiempo de Bacon esta voz se tomaba por una especie de injuria (2). Asi pues cuando se habla del *clero de Inglaterra ó de Escocia &c.*, se comete una inexactitud; porque no hay *clero* donde no hay clérigos, como no hay estado militar sin militares; de modo que es lo mismo que si se hubiesen comparado, por ejemplo, los curas de Francia ó de Italia con los abogados ó los médicos de Inglaterra ó de Escocia.

Pero dando á esta voz *clero* toda la latitud posible,

(1) *Bibliotec. Britan.*, marzo 1798, núm. 53, pág. 282.

(2) «Juzgo, dice, que no deberia seguirse usando de la voz *sacerdote*, particularmente en los casos en que se dan por ofensas las personas. (Bacon, obras, tom. IV, pág. 472, *Cristianismo de Bacon*, tom. II, pág. 472.)» Se ha seguido el consejo de Bacon, y en la lengua y en la conversacion inglesa no se encuentra la voz *priest* sino en la palabra *priestcraft*.

y entendiendo por ella todo cuerpo de ministros de un culto cristiano, la inmensa superioridad del clero católico, en mérito y en consideracion, es tan clara y evidente como la luz del sol.

Puede observarse tambien que estas dos especies de superioridad se confunden, porque tocante á un cuerpo como el clero católico, es inseparable una gran consideracion de un gran mérito, y es una cosa muy notable que le acompañe esta consideracion aun entre las naciones separadas: la razon es que la conciencia la concede, y la conciencia es un juez incorruptible.

La crítica misma que se dirige á los sacerdotes católicos, prueba su superioridad. Voltaire lo dijo muy bien: « La vida seglar ha sido siempre mas viciosa que la de los clérigos; pero los desórdenes de estos han sido siempre mas reparables por su contraste con la regla (1). » No se les perdona nada, porque se espera todo de ellos.

La misma regla se aplica desde el sumo pontífice hasta el sacristan. Todo miembro del clero católico es comparado continuamente con su carácter ideal, y por consiguiente juzgado sin misericordia. Sus faltas leves son crímenes, mientras que del otro lado los crímenes no son mas que faltas leves, precisamente como entre los seglares. ¿Qué es un ministro del culto que se lla-

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres &c.* en 8.º, t. III, c. CXII.

Valia pues tanto como el *padre del pueblo* que tuvo tanto que hacer con él.

ma *reformado*? Es un hombre vestido de negro que sube todos los domingos al púlpito para hablar de cosas honestas. En este oficio todo hombre honrado puede quedar bien, y no excluye ninguna debilidad del *hombre honrado*. Yo he examinado muy de cerca esta clase de hombres, y sobre todo he consultado la opinion formada acerca de estos ministros evangélicos; y esta opinion acorde con la nuestra no les concede ninguna superioridad de carácter.

Lo que pueden no es nada: son verdaderos hombres, son lo que somos nosotros, y viven como nosotros.

No se les exige mas que probidad. Pero ¿de qué sirve esta virtud humana para el tremendo ministerio que requiere la *probidad divinizada*, es decir, la *santidad*? Yo podria autorizar mis reflexiones con ejemplos famosos y anécdotas curiosísimas; pero respecto de este punto quiero tambien pasar como sobre ascuas. Bastame un gran hecho, porque es público y no admite réplica: la decadencia universal del ministerio evangélico protestante en la opinion pública. El mal es antiguo y sube á los primeros tiempos de la reforma. El célebre Lesdiguières que residió largo tiempo en las fronteras del ducado de Saboya, estimaba mucho y veia con frecuencia á S. Francisco de Sales, obispo entonces de Ginebra. Ofendidos los ministros protestantes de esta connexion, resolvieron dirigir una amonestacion formal al noble guerrero, todavia jefe á la sazón de su partido. Si se quiere saber lo que aconteció, y lo que se dijo en aquella ocasion, puede leerse toda la historia en

uno de nuestros libros ascéticos que corre bastante (1). Por mi parte no trato de copiar.

Se cita á Inglaterra ; pero cabalmente allí es donde mas se conoce la degradacion del ministerio evangélico. Los bienes del clero casi se han convertido en patrimonio de los hijos segundos de casas grandes, los cuales se divierten en el mundo como hombres mundanos , dejando en lo demas á *cantores asalariados el cuidado de alabar á Dios.*

El banco de los obispos en la cámara de los pares es una especie de añadidura, que se podria quitar sin que quedara el menor hueco: los prelados apenas se atreven á tomar la palabra ni aun en los asuntos de religion. El clero de segundo orden está excluido de la representacion nacional; y para tenerlos siempre separados de ella, se echa mano de una sutileza histórica que con un soplo de los legisladores hubiera desaparecido ya há mucho tiempo, si la opinion no los rechazara como es notorio. No solamente ha decaido el orden en la estimacion pública, sino que él mismo desconfia de sí. Se ha visto muchas veces al eclesiástico inglés avergonzado de su estado borrar en los escritos públicos la letra fatal (2) que precede á su nombre y atestigua su carácter : tambien se le ha visto á menudo disfrazado con vestido de paisano ó de militar entretener á las tertulias extranjeras con su burlesca espada.

(1) Espíritu de S. Francisco de Sales, sacado de los escritos del Ilustrísimo Le-Camus, obispo de Belley : en 8.º parte III, cap. XXXIII.

(2) R. inicial de *reverendo*.

En la época en que se agitó en Inglaterra con tanto estrépito y solemnidad la cuestion de la *emancipacion* de los católicos (en 1805), se habló de los eclesiásticos en el parlamento con tanta acritud, con tanta dureza y con una desconfianza tan manifiesta, que los extranjeros quedaron mas sorprendidos sin comparacion que los oyentes (1).

Es menester decir tambien que en el carácter mismo de esta milicia *evangélica* hay algo que aleja la confianza y atrae el descrédito. No hay autoridad, ni regla, ni por consiguiente creencia comun en sus iglesias: ellos mismos confiesan con sumo candor que «el eclesiástico protestante no está obligado á suscribir cualquiera confesion de fé sino por el sosiego y tranquilidad pública, *sin otro objeto* que el de mantener la union EXTERIOR entre los miembros de una misma comunión; pero que por lo demas ninguna de estas confesiones puede mirarse como una regla de fé propiamente dicha. Los protestantes no conocen otra que la santa escritura (2).

Ahora bien, cuando uno de estos predicadores toma la palabra, ¿qué medios tiene para probar que cree lo

(1) Sin embargo un miembro de la cámara de los comunes hizo observar que era algo extraña aquella especie de violenta animosidad general contra el orden eclesiástico. Si no me equivoco, fue el señor Stephens; pero como no tomé apuntes por escrito, solo puedo afirmar que la observacion se hizo.

(2) *Consideraciones acerca de los estudios necesarios á los que aspiran al santo ministerio*, por Cl. Ces. Chavanne. ministro del santo Evangelio y profesor de teología en la academia de Lausana, Yverdon, 1771, en 8.º, página 105 y 106.

que dice ? ¿ y qué medios tiene tampoco para saber si los oyentes se están ó no burlando de él ? A mí se me figura óir á cada uno de estos que le dice con una sonrisa escéptica: « A la verdad creo que él cree que yo le creo (1). »

Warburton, uno de los fanáticos mas obstinados que han existido, fundó al tiempo de morir una cátedra, en que se probase que el Papa era el *Ante cristo* (2); y para oprobio de nuestra naturaleza desgraciada esta cátedra no ha quedado aun vacante. En los papeles públicos ingleses de este año (1817) puede leerse el anuncio de un discurso pronunciado en cumplimiento de la fundación. Yo no creo absolutamente en la buena fé de Warburton; mas aun cuando esta fuese posible en un hombre solo, ¿ se imagina nadie que haya una serie de hombres extravagantes, todos los cuales hayan perdido la cabeza, y deliren de buena fé en el mismo sentido ? La recta razon se resiste enteramente

(1) « I' credo ch' ei credette ch' io credesse. »

(Dante, *Infern.* IX, XII.)

(2) Este nombre de *Warburton* me hace acordar que entre sus obras se halla una edicion de Shakespear con un prólogo y un comentario. Nadie á mi ver encontrará en esto cosa reprehensible por lo que hace á un hombre erudito; pero figurese cualquiera un *Cristoval de Beaumont*, por ejemplo, editor y comentador de Corneille ó de Moliere: no seria bien visto jamás. ¿ Y por qué ? Porque es un hombre de distinto orden que Warburton. Uno y otro llevaban mitra; pero el uno era pontífice, y el otro no era mas que un caballero. El primero podia ser ridiculizado ó motejado. por lo mismo que al otro no le perjudica.

Sabido es que cuando salió á luz el *Telémaco*, Bossuet no juzgó la obra bastante seria para un clérigo. Me guardaré de decir qué tenia razon: solo digo que Bossuet lo dijo.

ó hacer esta suposición; de modo que sin duda ninguna muchos y acaso todos han hablado por dinero contra su conciencia. Figurémonos ahora á un *Pitt*, un *Fox*, un *Burke*, un *Grey*, un *Granville* ú otros personajes de igual talento asistiendo á uno de estos sermones: no solamente perderá el predicador su concepto para con ellos, sino que el descrédito refluirá sobre el orden entero de tales predicadores.

Aquí trato de un caso particular; pero hay otras muchas causas generales que ofenden el carácter del clérigo disidente, y le deprimen en la opinion pública. Es imposible que unos hombres de quienes constantemente se desconfía, gocen de grande consideracion. Jamás se los mirará, aun en su mismo partido, sino como abogados pagados para sostener cierta causa. No se les disputará el talento, ni la ciencia, ni la exactitud en llenar sus funciones; pero en cuanto á la buena fé es muy diferente.

«La doctrina de una iglesia *reformada*, dice Gibbon, nada tiene de comun con las luces y la creencia de los que forman parte de ella; y el clero moderno suscribe á las formas ortodoxas y á los símbolos establecidos, con un suspiro ó con una sonrisa..... Las predicciones de los católicos se han cumplido. Los armignanos, los arrianos, los socinianos, cuyo número no se debe calcular por sus congregaciones respectivas, han roto y rechazado el enlace de los misterios.»

Gibbon espresa aquí la opinion universal de los protestantes ilustrados acerca de su clero; de lo que me he cerciorado por mil y mil experiencias. Así no

hay medio para el clero reformado : si predica el dogma, se cree que miente ; y si no se atreve á predicarle, se cree que no es nada.

Hallándose enteramente borrado el carácter sagrado de la frente de sus ministros, los soberanos no han visto en ellos mas que unos oficiales civiles, que debian caminar con el resto del rebaño bajo del cayado comun. No podrán menos de leerse con interés las tiernas quejas exhaladas por un miembro mismo de este orden desgraciado sobre el modo con que la autoridad temporal se sirve de su ministerio. Despues de haber declamado como un hombre vulgar contra la gerarquía católica, se sobrepone de improviso á todas las preocupaciones, y pronuncia estas solemnes palabras:

« El protestantismo no ha envilecido menos la dignidad sacerdotal (1). Por no aparentar que aspiraban á la gerarquía católica, los *clérigos* protestantes se han despojado á toda prisa de toda apariencia religiosa, y se han sometido humildemente á los pies de la autoridad temporal.... Mas de que la vocacion de los *clérigos* protestantes no fuese la de gobernar el estado, no debiera haberse inferido que tocaba al estado gobernar á la iglesia (2).... Las recompensas que el estado concede

(1) Así este carácter está *envilecido* por ambos lados. Sería necesario no obstante decidirse ; porque si el sacerdocio está *envilecido* por la gerarquía y por la supresion de la gerarquía, es claro que Dios no ha sabido formar un sacerdocio; lo cual me parece ofensivo.

(2) En ninguna parte *gobierna* el estado á la iglesia; pero siempre y en todas partes gobernará justamente á los que habiénd-

» á los eclesiásticos, los ha secularizado enteramente.
» Con los vestidos sacerdotales se han despojado de su
» carácter espiritual..... El estado ha hecho su oficio, y
» todo el mal debe imputarse al clero protestante. Este
» se ha hecho frívolo..... A poco sus ministros se han
» reducido á cumplir el deber de ciudadanos..... El es-
» tado no los considera ya sino como oficiales de poli-
» cía..... apenas los estima, y no los cuenta mas que en
» la última clase de sus dependientes..... Luego que la
» religion se convierte en sierva del estado, es lícito
» mirarla en este abatimiento como obra de los hom-
» bres, y aun si se quiere, como una impostura (1).
» Solo en nuestros dias se ha podido ver que la indus-
» tria, la higiene, la política, la economía rural y la
» policía eran materias para tratadas en el púlpito.....
» El clero debe creer que cumple su destino y todos
» sus deberes leyendo en el púlpito ordenanzas de la
» policía. Debe publicar en sus sermones recetas contra
» las epizootias, demostrar la necesidad de la vacuna, y
» predicar sobre el modo de prolongar la vida humana.

dose salidode *la iglesia*, se atreven no obstante á llamarse *la iglesia*
Es preciso escoger entre la gerarquía católica y la supremacía ci-
vil: no hay medio. Y ¿quién se atreverá á censurar á unos sobe-
ranos que establecen la unidad civil donde no encuentran otra?
Vuelva pues á entrar en la unidad legítima ese clero separado, que
no se queja sino de sí mismo: y desde luego subirá como por
encanto á aquel alto grado de dignidad, de donde él mismo co-
noce que ha caído. ¡Con qué buena voluntad, con qué alegría le
elevariamos nosotros con nuestras propias manos! Nuestro res-
peto los espera.

(1) Precisamente es lo que decía yo hace poco, y es un asunto
inagotable de muy útiles reflexiones.

» ¿Cómo se manejará despues para desprender á sus oyentes de las cosas temporales y perecederas, quando él mismo se esfuerza, y con la autorizacion del gobierno, á aficionar á los hombres á las galeras de esta vida? (1)

Hé aquí mucho mas de lo que yo me hubiera atrevido á decir por mis propias observaciones; porque aunque sea recriminando, me repugna mucho escribir una sola línea injuriosa; pero creo es un deber manifestar la opinion en toda su claridad. Venero sinceramente á los ministros del *santo Evangelio*, que llevan por cierto un título muy precioso. Sé tambien que *un sacerdote* no es nada, si no es *ministro del santo Evangelio*; pero éste tampoco será nada si no es *sacerdote*. Escuche pues sin irritarse la verdad que se le dice, no solamente sin acrimonia, sino hasta con amor. «*Todo cuerpo destinado á enseñar decae necesariamente aun en la opinion misma de su partido, desde el momento en que no puede confiarse en su buena fé;*» y el desprecio, la desconfianza y el desvio aumentan en razon directa. Si el eclesiástico protestante es mas considerado y menos extraño en la sociedad que el clero de las iglesias puramente cismáticas; es porque es menos *clérigo*, siendo

(1) *Sobre el verdadero carácter del sacerdote evangélico:* por el señor *Marheineke*, profesor á Heidelberg, impreso en el museo patriótico de los alemanes, Hamburgo. = No he podido leer mas que una traduccion francesa de esta obra en enero de 1812; pero un hombre á quien tengo por de toda confianza, me la dió por muy fiel.

siempre la degradacion proporcionada á la intensidad del carácter sacerdotal.

No se trata pues de alabarse vanamente á sí mismos, ni de preferirse aun mas vanamente á otros: es menester oír la verdad, y rendirle homenaje. ¿No escribía Rousseau á una señora francesa: « Amo naturalmente al clero de V. tanto como aborrezco al nuestro? Tengo muchos amigos en el clero de Francia &c. (1). » Mas amable todavíase muestra en sus cartas de la montaña donde nos dice confidencialmente: « Que los ministros no saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen: que ni aun se sabe lo que afectan creer, y que el interés solo es el que decide de su fé (2). »

El célebre helenista Federico Augusto Wolff observa con *rara prudencia* en sus prolegómenos sobre Homero: « que una vez consagrado un libro por el uso público, la veneracion nos impide que veamos en él cosas absurdas ó ridículas: que todo lo que no parece tolerable á la *razon particular*, se modera ó embellece por medio de interpretaciones convenientes: y que cuanto mas delicadeza y ciencia se emplea en estas explicaciones, mas se juzga que se sirve á la religion: que siempre se ha hecho así con los libros que pasan por sagrados; y que si el fin de esta determinacion es hacer un libro útil al comun del pueblo, no puede verse ninguna cosa reprehensible *en esta medida* (3). »

(1) *Cartas de J. J. Rousseau en 8.º, tomo II, pág. 201.*

(2) *Id. Carta 2.ª de la montaña.*

(3) *Frid. Aug. Wolffii, Prolegomena in Homerum.*— Halis Saxonum 1795, tom. 1, núm. 36, pág. 163.

Este pasaje es un buen comentario del anterior de Rousseau, y descubre completamente el secreto de la enseñanza protestante. Pudiera formarse un libro de esta especie de textos; y por una consecuencia inevitable se formaría otro de los testimonios de indiferencia ó de desprecio que han dado al órden eclesiástico los diversos soberanos protestantes.

Uno de ellos decide: «Que ha juzgado conveniente »mandar componer una nueva liturgia mas conforme »á la enseñanza pura de la religion, á la edificacion »pública y al espíritu del siglo actual; y que algunos »motivos le han determinado á no permitir que los eclesiásticos se mezclen en manera alguna en la redaccion »de estas fórmulas litúrgicas (1).»

Otro prohíbe á todos los ministros y predicadores de sus estados usar la fórmula: *Dios os bendiga* &c. «en atencion, dice el príncipe, á que los eclesiásticos necesitan de la bendicion divina; y que es arrogancia en un mortal querer hablar en nombre de la Providencia (2).»

¡Qué *sacerdocio*! ¡y qué opinion! Yo la he estudiado cuidadosamente en los libros, en las conversaciones, en los actos de la soberanía; y siempre la he hallado

(1) *Diario de Paris*, 21 de diciembre de 1808, núm. 556, pág. 2573.—Hay que confesar que es un singular espectáculo el ver que se declara al estado eclesiástico incapaz de mezclarse en los negocios eclesiásticos.

(2) *Diario del Imperio* del 17 de octubre de 1809, pág. 4 (con la fecha de Francfort á 11 de octubre). Por la misma razon en un padre de familia sería mucha *arrogancia* dar la bendicion á su hijo. ¡Qué fuerza de raciocinio! Pero todo esto no es mas que una capciosidad contra el clero á quien no se aborrece.

invariablemente enemiga del orden eclesiástico. Puedo añadir también (y Dios sabe que digo la verdad) que contemplando mil veces á estos ministros ilegítimos sin duda y justamente condenado: pero sin embargo no tanto rebeldes, como hijos de rebeldes y víctimas de las preocupaciones tiránicas,

Que quizá Dios solo puede borrar en nuestros corazones,

sentía yo en el mío un tierno interés, una tristeza fraternal, una compasión delicada y reverente, en fin no sé qué sentimiento indefinible, que no encontraba, ni con mucho, en sus propios hermanos.

Si los escritores que he citado al principio de este artículo, se hubiesen contentado con afirmar «*que el clero católico habría evitado probablemente grandes desgracias, si se hubiera penetrado mas de los deberes de su estado;*» dudo que hubieran hallado quien les contradijese, ni aun entre el mismo clero; porque ningún sacerdote católico llega al nivel de sus sublimes funciones, y siempre creerá que le falta alguna cosa. Pero pasando por la condenación de ciertas relajaciones, fruto inevitable de una larga paz, no es menos cierto que el clero católico no tiene igual, ni por su buena conducta, ni por la consideración que de ella resulta. Esta consideración es tan patente, que solo pueden ponerla en duda los que adolecen de una ceguera voluntaria.

Sin duda es una fortuna que la experiencia mas

magnífica haya venido en nuestros días á apoyar una teoría incontestable en sí misma , y que despues de haber demostrado lo que debe ser , pueda yo demostrar igualmente lo que es. ¿ Qué espectáculo no ha dado al mundo el clero francés dispersado en las naciones extranjeras ? A la vista de sus virtudes ¿ en qué vienen á parar las declamaciones enemigas ? El clérigo francés , libre de toda autoridad , rodeado de seducciones , gran parte de él en toda la fuerza de la edad y de las pasiones , arrojado á naciones para quienes era desconocida su austera disciplina , y que hubieran aplaudido lo que nosotros hubiesemos llamado crímenes , ha permanecido no obstante invariablemente fiel á sus votos. ¿ Qué fuerza pues le ha sostenido , y cómo se ha mostrado constantemente superior á las debilidades de la humanidad ? El se ha ganado sobre todo la estimacion de Inglaterra , justísima apreciadora del talento y de la suma virtud , como hubiera sido acusadora inexorable de las menores debilidades. El hombre que se presenta para entrar en una casa inglesa á título de médico , de cirujano , ó de maestro &c. , no pasa de los umbrales si es célibe ; porque una prudencia suspicaz y recelosa desconfia de todo aquel cuyos deseos no tienen un objeto fijo y legal. Cualquiera diría que no se confia mucho en la resistencia , cuando se teme tanto el ataque. Solo el sacerdote ha podido evadirse de esta sospechosa delicadeza , y ha entrado en las casas inglesas en virtud de ese mismo título que lo hubiera impedido á otros hombres.

Una opinion rencorosa de tres siglos de antigüedad

no ha podido menos de creer en la santidad del celibato religioso. La desconfianza se tranquilizó á la vista del carácter sacerdotal, *tan grande, tan asombroso, tan completamente inimitable* (1) como el de la verdad de donde emana; y el mismo inglés acaso que habria hablado ó escrito frecuentemente segun sus preocupaciones contra el celibato eclesiástico, veia sin recelo á su mujer ó su hija dando leccion con un sacerdote católico: ¡tan infalible es la conciencia! ¡y tan poco es lo que se inquieta por lo que dice la boca, ni por lo que el entendimiento discurre.

Hasta las mujeres consagradas á ese mismo celibato han participado de la misma gloria. ¡Cuánto no habia declamado el filosofismo contra los *votos forzados y las victimas del claustro*! (2) Y no obstante *cuando una asamblea de locos que hacian lo que podian para ser unos pícaros* (3), tuvo el sacrílego placer de declarar ilegítimos los votos, y de abrir los claustros,

(1) Expresiones muy sabidas de Rousseau á propósito de los caracteres de verdad que brillan en el Evangelio.

(2) Sabido es que estas imprudentes declamaciones se hallan reunidas, y por decirlo así, *condensadas* en la *Melania* de La Harpe. En vano el autor, después de su conversion á la verdad, hizo las mas vivas instancias para que esta pieza se borrara del repertorio: Se le negó con obstinacion, y esta falta de delicadeza perjudica á la nacion francesa mas de lo que se piensa. *Esto no vale nada*, se dirá: *pues es mucho*. Este ejemplo se agrega á la nueva edicion de Voltaire, á la estereotipia de Juana de Arc, anunciada constantemente en todos los catálogos con el discurso sobre la Historia universal y las oraciones fúnebres de Bossuet, &c.

(3) Asi se expresaba Burke en una carta al D. D. B., *hablando de la asamblea nacional*.

hubo que pagar á una mujer deshonesta del pueblo para que compareciese en la barra de la asamblea á representar el papel de la *religiosa libertada*. Las vestales francesas ostentaron la intrépidez de los sacerdotes en las prisiones y en los cadalsos, y aquellas á quienes la tempestad revolucionaria arrojó á los países extranjeros, y hasta á la América, lejos de ceder á las seducciones mas peligrosas, hicieron admirar por todas partes el amor á su estado, el respeto á sus votos y el libre ejercicio de todas las virtudes.

¡ Y pereció esta santa y noble iglesia galicana ! Pereció , y no podríamos consolarnos de su pérdida , si el Señor no nos hubiese reservado alguna semilla (1).

La alta nobleza del clero católico se debe enteramente al celibato; y como esta severa institucion es únicamente obra de los Papas , animados y conducidos en su interior por un espíritu acerca del cual no puede la conciencia equivocarse , toda esta gloria refluye en ellos , y todos los jueces imparciales y competentes deben considerarlos como los verdaderos fundadores del sacerdocio.

§. 3.º

Consideraciones políticas.

Redoblando siempre el error su fuerza en razon de la importancia de las verdades que combate , ha agotado sus esfuerzos contra el celibato religioso; y despues de haberle impugnado por el lado de las costumbres,

(1) *Nisi Dominus... reliquisset nobis semen.* (Isaias I. 9.)

no ha dejado de citarle ante el tribunal de la política, como contrario á la poblacion.

Ya se habia respondido á sus sofismas de una manera victoriosa. Bacon, á pesar de las preocupaciones de la época y de su secta, nos habia hecho pensar en algunas ventajas señaladas del celibato (1). Ya los economistas habian sostenido y probado muy bien que el legislador nunca debe ocuparse directamente en lo relativo á la poblacion, sino solamente en las subsistencias. Ya varios escritores pertenecientes al clero habian rechazado los dardos lanzados contra su orden por lo respectivo á la poblacion; pero es una singularidad curiosa que esa fuerza oculta *que se recrea en el universo*, se haya servido de una pluma protestante para presentarnos la demostracion rigurosa de esta verdad, tanto y tan inoportunamente disputada.

Hablo del *señor Malthus*, cuya obra profunda *sobre el principio de la poblacion* es uno de esos libros raros, despues de cuya publicacion es excusado ya tratar del mismo asunto. Creo que nadie habia probado clara y completamente esta grande ley temporal de la Providencia: «*que no solo no han nacido todos los hombres para casarse, sino que en todo estado bien ordenado es preciso que haya una ley, un principio, una fuerza cualquiera, que se oponga á la multiplicacion de los matrimonios.*» El señor Malthus observa que siendo inferior el aumento de los medios de subsistir al de la po-

(1) *Sermones fideles, etc.*

blacion, aun en la suposicion mas favorable, en la enorme proporcion respectiva de las dos progresiones, una aritmética y otra geométrica, se sigue que el estado, en virtud de esta desproporcion, se mantiene en un peligro continuo si la poblacion queda abandonada á sí misma; lo cual hace necesaria la fuerza represiva de que acabo de hablar.

Mas el número de los matrimonios no puede liarse en un estado sino de tres maneras: por el vicio, por la violencia, ó por la moral. No pudiendo ocurrir siquiera á la mente de un legislador los dos primeros medios, queda solo el tercero, es decir, *que es preciso que haya en el estado un principio moral, que propenda constantemente á limitar el número de los matrimonios.*» Hé aqui el difícil problema que la iglesia (es decir, el sumo pontífice) ha resuelto, por medio de la ley del celibato eclesiástico, con toda la perfeccion que cabe en las cosas humanas; pues que *la restriccion católica* no solamente es *moral*, sino *divina*, y la iglesia la apoya en motivos tan sublimes, en medios tan eficaces y con amenazas tan terribles, que no es posible al entendimiento humano imaginar cosa alguna igual ó parecida.

Salud y honor eterno á Gregorio VII y á sus sucesores, que han mantenido la integridad del sacerdocio contra todos los sofismas de la naturaleza, del ejemplo y de la herejía.

CAPÍTULO IV.

INSTITUCION DE LA MONARQUÍA EUROPEA.

El hombre no sabe admirar lo que está viendo todos los dias. Por esta razon, en vez de celebrar nuestra monarquía que es un milagro, la llamamos *despotismo*, y hablamos de ella como de una cosa ordinaria; que ha existido siempre, y que no merece ninguna atencion particular.

Los antiguos oponian el reinado de las leyes al de los reyes, como hubieran opuesto la república al despotismo. *Algunas naciones*, dice Tácito, *cansadas de sus reyes, prefirieron las leyes* (1). Nosotros tenemos la felicidad de no comprender esta oposicion, que sin embargo, es muy real, y lo será siempre fuera del cristianismo.

Nunca dudaron las naciones antiguas, como tam-

(1)' «Quidam regum potæsi leges maluerunt.»— (Tacit.)

co lo dudan hoy las infieles, que el derecho de vida y de muerte pertenecía directamente á los soberanos. Es inútil probar esta verdad, que está escrita con letras de sangre en todas las páginas de la historia. Las primeras luces del cristianismo no desengañaron todavía á los hombres sobre este punto, pues que segun la doctrina del mismo S. Agustin, el soldado que no mata cuando el príncipe legítimo se lo manda, no es menos culpable que el que mata sin su orden (1); por donde se ve que aquel grande ingenio no formaba aun idea de un nuevo derecho público, que quitaria á los reyes el poder de juzgar.

Mas el cristianismo diseminado, por decirlo asi, sobre la tierra, no podia hacer otra cosa que preparar los corazones, y sus grandes efectos políticos no podian obrarse hasta que adquiriendo la autoridad pontificia sus justas dimensiones, el poder de esta religion se concentrase en la mano de un solo hombre: condicion indispensable para el ejercicio de dicho poder. Era preciso ademas que desapareciese el imperio romano, pues podrido ya hasta en sus últimas fibras, no era digno de recibir el injerto divino. Mas se acercaba el robusto salvaje del Norte, y mientras que hollaba la antigua dominacion, los Papas debian apoderarse de él, y sin cesar jamás de acariciarle ó de combatirle, hacer al fin con él lo que jamás se habia visto en el universo.

(1) S. August. *De civit. Dei*, I. 29.—En otra parte dice también: “*Reum regem facit iniquitas imperandi, innocentem autem militem ostendit ordo serviendi.*” (*Idem contra Faustum.*)

Desde el instante en que empezaron á fundarse las nuevas soberanías, no cesó la iglesia de decir á los pueblos por boca de los Papas estas palabras de Dios en la Escritura: *Por mí reinan los reyes; y á los reyes: No juzgueis, para que no seáis juzgados*; á fin de establecer á un mismo tiempo el origen *divino* de la soberanía y el derecho *divino* de los pueblos.

«La iglesia, dice muy bien Pascal, prohíbe á sus »hijos, aun con mas rigor que las leyes civiles, tomarse »la justicia por sí mismos; y segun el espíritu de la mis- »ma, tampoco los reyes cristianos se hacen justicia á sí »mismos, aun en los crímenes de lesa majestad del »primer grado, sino que envian los criminales á los »jueces, para que los castiguen segun las leyes y con »todas las formas de la justicia (1).»

Y no es porque la iglesia haya mandado jamás nada sobre este punto, ni aun sé si hubiera podido mandarlo; porque hay cosas que es preciso dejar en cierta obscuridad respetable, sin intentar aclararlas demasiado por leyes expresas. Los reyes sin duda han decretado directamente y con demasiada frecuencia algunos castigos; pero siempre el espíritu de la iglesia se adelantaba en secreto, atrayendo hácia sí las opiniones, y censurando estos actos de la soberanía como asesinatos solemnes, mas viles y no menos criminales que los que se ejecutan en los caminos.

Mas ¿cómo hubiese podido la iglesia someter á la

(1) En las Cartas provinciales.

monarquía , si esta no hubiere sido preparada , suavizada , y estoy por decir dulzurada por los Papas? ¿ qué podia hacer un prelado ó una iglesia particular contra su monarca? Nada. Para obrar este grande prodigio se necesitaba un poder no humano , físico ni material (porque en este caso hubiera podido abusar temporalmente) , sino un poder espiritual y moral que reinase en la opinion ; y este fue el poder de los Papas. Ningun entendimiento sensato y recto se negará á reconocer la accion de la Providencia en esta opinion universal que penetró en la Europa, y mostró á todos sus habitantes al sumo pontífice como la fuente de la soberanía europea; porque obrando en todas partes la misma autoridad, borraba las diferencias nacionales en cuanto era posible; y porque nada identifica tanto á los hombres como la unidad religiosa. La Providencia habia confiado á los Papas la educacion de la soberanía europea. Mas ¿cómo se puede *educar* sin castigar? De ahí vienen tanta pugna , tantos combates , algunas veces demasiado humanos , y tantas resistencias feroces ; pero no por eso dejaba de existir , de obrar , y de reconocerse el principio divino , sobre todo por aquel maravilloso carácter que ya hemos indicado, y que nunca debe perderse de vista ; á saber: « que toda accion de los Papas contra los soberanos redundaba en provecho de la misma soberanía.» No obrando jamás sino como delegados divinos , aun cuando luchaban con los monarcas , no cesaban de advertir al súbdito que nada podia hacer contra sus señores. Como bienhechores inmortales del género humano combatian á un mismo tiempo en favor del

carácter divino de la soberanía y en favor de la libertad legítima de los hombres. El pueblo enteramente ageno de toda especie de resistencia no podia ensoberbecerse ni emanciparse; y los soberanos que solo cedían á un poder divino, conservaban toda su dignidad. Federico á los pies del pontífice podia ser un objeto de terror, y acaso de compasion; mas no de desprecio, como tampoco lo fue David prosternado delante del ángel que le llevaba las plagas del Señor.

Los Papas han educado la juventud de la monarquía europea, y la han *formado* al pie de la letra, como Fnelon *formó* al duque de Borgoña. Tratábase por una y otra parte de extirpar de un gran carácter un elemento feroz que todo lo hubiera corrompido. Todo lo que sujeta al hombre le fortifica. No puede obedecer sin perfeccionarse; y por solo el hecho de vencerse á sí mismo, se hace mejor. Un hombre podrá triunfar de una pasión mas violenta á los treinta años, si á los cinco ó seis se le ha enseñado á privarse voluntariamente de un juguete ó de una golosina. Lo mismo ha sucedido á la monarquía que á una persona bien educada. El esfuerzo continuo de la iglesia dirigido por el sumo pontífice ha hecho con aquella lo que nunca se habia visto, y lo que no se verá jamás donde quiera que esta autoridad sea desconocida. Insensiblemente, sin amenazas, sin leyes, sin combates, sin violencia y sin resistencia se proclamó la gran carta europea, no en un vil papel, ni por la voz de los pregoneros públicos, sino en todos los corazones europeos, entonces todos católicos.

«*Los reyes abdicar el poder de juzgar por si mismos,*
»*y los pueblos en compensacion declaran á los reyes INFA-*
»*LIBLES É INVIOABLES.*»

Tal es la ley fundamental de la monarquía europea, y esta es la obra de los Papas; maravilla inaudita, contraria á la naturaleza del hombre *natural*, y contraria á todos los hechos históricos, cuya posibilidad no habia soñado nadie en los tiempos antiguos, y cuyo carácter divino mas notable es el de haber llegado á ser vulgar.

Los pueblos cristianos que no han sentido absolutamente, ó no han sentido bastante la mano del sumo pontífice, no tendrán jamás esta monarquía. En vano se agitarán dominados por una mano arbitraria: en vano se precipitarán á seguir las huellas de las naciones ennoblecidas, ignorando que antes de hacer leyes para un pueblo, es menester hacer un pueblo para las leyes. Todos sus esfuerzos serán no solamente vanos, sino funestos. Como otros Ixiones irritarán á Dios, y no abrazarán mas que una sombra. Para ser admitidos al banquete europeo, para hacerse dignos del cetro admirable, que jamás ha satisfecho sino á las naciones ya preparadas, para llegar en fin á ese objeto que la impotente filosofía ha indicado tan ridículamente, todos los caminos son errados, excepto el que nos ha conducido á nosotros.

En cuanto á las naciones que han permanecido bastante tiempo bajo la mano del sumo pontífice para poder recibir la impresion santa, pero que la han abandonado desgraciadamente; tambien servirán de prue-

ba de la gran verdad que voy exponiendo; pero esta prueba será de un género contrario. En las primeras el pueblo nunca obtendrá sus derechos, y en las segundas el soberano perderá los suyos; y de ahí nacerá el arrepentimiento.

Los reyes favorecieron hace tres siglos la grande rebelion para robar á la iglesia (1). Luego se los verá atraer á los pueblos á la unidad para afirmar sus tronos conmovidos por las nuevas doctrinas.

La union del imperio y del sacerdocio en diferentes grados y con diferentes formas ha sido siempre demasiado general en el mundo para que deje de ser divina. Entre estas dos cosas hay una afinidad natural: es preciso que se unan ó se sostengan. Si la una de ellas se aparta, la otra se resiente.

. *Alterius sic*
Altera poscit opem res, et conjurat amicè.

Toda nacion europea que se emancipe de la influencia de la santa sede, propenderá invenciblemente hácia la esclavitud ó hácia la rebelion. El justo equilibrio que

(1) Hume, que como nada creia, de nada se le daba cuidado, confiesa sin rodeos que el verdadero fundamento de la reforma fue el deseo de robar la plata y todos los ornamentos de los altares. «A pretence for making spoil of the plate, vestures and rich ornaments belonging to the altars» (Humes, hist. of Eng. Elisabeth, cap. XL, ann. 1568.)

distingue á la monarquía europea, no puede menos de ser el efecto de la causa superior que va indicada.

Este equilibrio milagroso es tal, que da al príncipe todo el poder que no supone la tiranía propiamente dicha, y al pueblo toda la libertad que no excluye la obediencia indispensable. El poder es inmenso sin ser desordenado, y la obediencia es completa sin llegar á ser vil. Es el único gobierno que conviene á los hombres de todos los tiempos y de todos los países : los demas solo son excepciones. Donde quiera que el soberano, sin imponer directamente ninguna pena, no puede ser abatido en ningun caso, ni responde á nadie, hay bastante poder y bastante libertad : todo lo demas es de poca importancia (1).

Se habla mucho del despotismo turco; sin embargo este despotismo se reduce á la facultad de castigar *directamente*, es decir, de *asesinar*; única de que la opinion universal priva al rey cristiano, porque es muy importante que nuestros príncipes se persuadan de una verdad que apenas echan de ver, y que sin embargo es incontestable : que son incomparablemente mas poderosos que los príncipes asiáticos. El sultan puede ser depuesto legalmente, y condenado á muerte por un decre-

(1) El derecho por ejemplo de votar los impuestos, al cual se da tanto valor, no significa nada. Las naciones mas agobiadas de contribuciones son las que las votan por sí. Lo mismo sucede con el derecho colegislativo. Las leyes serán por lo menos tan buenas donde no haya mas que un legislador único.

to de los mallas y de los ulhemas reunidos (1). No podría ceder una provincia ni una sola ciudad sin exponer su cabeza: no puede excusarse de ir á la mezquita todos los viernes, y ha habido sultanes que estando enfermos hicieron un esfuerzo para montar á caballo, y cayeron muertos en el camino de aquella: no puede conservar un hijo varon que nazca en su casa, si no es de la línea directa de la sucesion: no puede anular la sentencia de un cadí, ni tocar á ningun establecimiento religioso ni á los bienes ofrecidos á una mezquita &c.

Si se ofreciese á cualquiera de nuestros príncipes el derecho *sublime* de mandar ahorcar, con la carga de poder ser él juzgado, depuesto ó condenado á muerte, dudo mucho que aceptase este partido. Pues lo que se le ofrecia, es lo que llamamos *la omnipotencia de los sultanes*.

Cuando oimos hablar de las catástrofes sangrientas que han costado la vida á tantos príncipes de esos, juzgando de los sucesos segun nuestras propias ideas, vemos conjuraciones, asesinatos y revoluciones, y nada es mas falso. En la dinastía entera de los otomanos solo uno ha perecido ilegalmente en una insurreccion; y este crimen es considerado en Constantinopla como nosotros consideramos el asesinato de Carlos I. ó de Luis XVI. La compañía ó la *horta* de genízaros, culpable de él, quedó suprimida; pero su nombre se conservó y fue condenado á eterna ignominia. En cada revista se la nombra en su lugar correspondiente, y luego que se

(2) Estos dos cuerpos son con corta diferencia lo que serian entre nosotros el clero y la magistratura.

pronuncia su nombre, un oficial público responde en alta voz : *Ya no existe , está maldita &c.*

En general los suplicios que terminan allí tantos reinados , son aprobados por la ley ; y hemos visto un ejemplo memorable en la muerte del amable Selim , última víctima de este terrible derecho público. Cansado del mando quiso cederle á su tío , y este le dijo : « Mira bien lo que haces: las facciones te fatigan; pero cuando pases á la clase de particular, otra faccion podrá muy bien llamarte de nuevo al trono , es decir , á la muerte. » Selim persistió en su determinacion , y la profecía se cumplió. No tardó en intentar una faccion poderosa restituirle al trono , y fué ahorcado por un *fetfa* del Divan. En tales casos el decreto dirigido al soberano se parece mucho al que el senado romano dirigia á los cónsules en los momentos peligrosos: *Videant consules &c.*

En cualquiera parte donde el soberano ejerza el derecho de castigar *directamente* , es necesario que él pueda ser juzgado , depuesto y condenado á muerte ; y si no hay un derecho fijo sobre este punto , es preciso que el asesinato de un soberano no asuste , ni indigne á las imaginaciones ; y hasta es preciso que los autores de estos terribles suplicios no queden infamados en la opinion pública , y que haya hijos expresamente formados que consientan en llevar los mismos nombres de sus padres. Esto es lo que ha sucedido en efecto , porque todo lo que es necesario , existe.

La opinion es lo que debe ser : quiere que en ciertos casos se pueda sin deshonor quitar la vida al príncipe que está investido del derecho de muerte.

Por una razon enteramente contraria, tanto la opinion como la ley debe aniquilar á cualquier hombre que se atreva á poner la mano sobre un monarca declarado inviolable. El mismo nombre de *regicida* desaparece abrumado con el peso de la infamia: en otras partes la dignidad de la víctima parece que ennoblece algunas veces el asesinato.

CAPÍTULO V.

VIDA COMUN DE LOS PRÍNCIPES. ALIANZA SECRETA DE LA RELIGION Y DE LA SOBERANÍA.

Cuando uno lee la historia , está tentado por creer que la muerte violenta es natural á los príncipes, y que para ellos la muerte natural es solo una excepcion.

De los treinta emperadores que reinaron en dos siglos y medio desde Augusto hasta Valeriano, solamente seis murieron de muerte natural ; y en Francia en un espacio de ciento y cincuenta años, desde Clodoveo hasta Dagoberto , mas de cuarenta reyes ó príncipes de la sangre real perecieron de muerte violenta (1).

¿Y no es cosa verdaderamente deplorable que en estos últimos tiempos se haya podido decir todavía: «Si

(1) Garnier, *Hist. de Carlo Magno*, tom. I, en 12.º, *introduc.* cap. II, pág. 219. Pasaje traído por Mr. Bernardi en su obra *Del origen y progresos de la legislacion francesa*. (Diario de los Debates, 2 de agosto de 1846.)

»en un espacio de dos siglos se cuentan en Francia diez
»monarcas ó delfines, tres de ellos son asesinados, tres
»mueren de muerte secretamente preparada, y el úl-
»timo perece en el cadalso (1).»

El historiador que acabo de citar, mira como cosa cierta que la vida comun de los príncipes es mas corta que la comun de los hombres, á causa de las muchas muertes violentas que ponen fin á los dias de aquellos: «ó ya dependa, añade, la brevedad general de la vida de los reyes de los cuidados y de los disgustos del trono, ó de la funesta facilidad que tienen los reyes y los príncipes de satisfacer todas sus pasiones (2).»

Esta observacion es verdadera á primera vista; no obstante examinando las cosas muy de cerca he venido á parar á un resultado enteramente diferente.

La vida comun de los hombres es poco mas ó menos de veinte y siete años (3). Por otro lado, si se hubieran de creer los cálculos de Newton, los reinados comunes de los reyes serian de diez y ocho á veinte años; y yo

(1) En el Diario de Paris de julio de 1793, núm. 185, se puede leer la horrorosa diatriba de donde se ha sacado esta cita. El autor sin embargo parece que murió con su juicio cabal. *Sit tibi terra levis.*

(2) Garnier, *ibid.* pág. 227 y 228.

(3) D'Alembert, *Miscelánea de literatura y de filosofía*, Amsterdam 1767, cálculo de las probabilid., pág. 285.—Este mismo D'Alembert observa no obstante que quedaban algunas dudas sobre estas valuaciones, y que las tablas de mortalidad debían hacerse con mas cuidado y precision. (*Opúsc. matem.* París 1768 en 4.º, tom. V. Sobre las tablas de mortalidad, pag. 231.) Desde aquella época creo que se han hecho con mucha exactitud.

creo que no habria dificultad en cuanto á este cálculo, si no se hiciese excepcion alguna de siglos ni de naciones, es decir, de religiones; pero debe hacerse esta distincion segun observa el caballero Guillermo Jones: «Examinando, dice, las dinastías asiáticas desde la decadencia del califato, no he sacado mas que de diez á doce años por reinado comun (1).»

Otro miembro distinguido de la academia de Calcuta supone que segun las tablas de mortalidad la vida comun es de treinta y dos á treinta y tres años; «y que en una larga sucesion de príncipes no puede darse mas duracion á cada reinado, uno con otro, que la mitad de esta suma, ó sea de diez y siete años (2).»

Este último cálculo puede ser verdadero, si entran en él los reinados asiáticos; pero respecto de la Europa sería ciertamente falso, porque los reinados de los príncipes europeos comunes exceden hace mucho tiempo del término de veinte años, y en varios estados católicos llegan hasta veinte y cinco.

Tomemos el término medio de 30 entre los 27 y 33 fijados para la duracion de la vida comun, y el número 20, evidentemente demasiado bajo, como cualquiera puede convencerse por sí mismo, para el reinado comun en Europa. Pregunto: ¿cómo es posible que la vida sea solamente de 30 años, y los reinados de 22

(1) *Sir William Jones's Works*, en 4.º, tom. V, pág. 554. (Prefacion de su *Descripcion del Asia*.)

(2) Mr. Bentley, *Investigaciones asiát. Suplemento á las obras citad.* tom. II, en 4.º, pág. 4035.

¿ 25, si los príncipes (entendiéndolos los príncipes cristianos) no tuviesen mas larga vida que la que se calcula comunmente respecto de los demas hombres? Esta consideracion probaria lo que siempre me ha parecido demasiado probable, y es que las familias verdaderamente reales son naturales, y se diferencian de las otras como un árbol se diferencia de un arbusto.

Nada sucede, nada existe sin una razon suficiente: una familia no puede reinar sino porque tiene mas vida, mas *espíritu real*, en una palabra mas de aquello que hace á una familia mas capaz para reinar. Se cree que una familia es real porque reina; al contrario reina porque es real.

En nuestros juicios acerca de los soberanos estamos expuestos á cometer una falta imperdonable, fijando nuestra vista en algunos puntos tristes de sus caracteres ó de sus vidas. Decimos con arrogancia: «¡ Hé aquí lo que son los reyes!» y debieramos decir: «¿Qué sería yo si una fuerza revolucionaria hubiera elevado solamente á mi tercero ó cuarto abuelo al trono? Un furioso, un imbécil, del que deberian deshacerse á toda costa.»

Los reyes, á manera de *Estilitas* desgraciados, estan condenados por la Providencia á pasar su vida sobre una columna sin poder bajar nunca de allí. Así no pueden ver tan bien como nosotros lo que pasa por abajo; pero en cambio ven mas lejos, y tienen cierto tacto interior, cierto instinto que frecuentemente los dirige mejor que el raciocinio de los que los rodean. Estoy tan persuadido de esta verdad, que en todas las cosas

dudosas tendria yo siempre una dificultad y hasta un escrúpulo de conciencia, si he de hablar claro, en contradecir con demasiada energía la voluntad de un soberano, aun del modo que es permitido. Despues de haberles dicho la verdad como se debe, no hay mas que dejarlos obrar y ayudarlos.

Diariamente estamos comparando á un príncipe con un particular: ¡qué sofisma! Hay inconvenientes que penden de la posicion de los soberanos, y que de consiguiente deben tenerse por nulos. La comparacion pues debe hacerse entre una familia *reinante* y una familia particular que *reinase*, y que estuviera en consecuencia sujeta á los mismos inconvenientes. En esta suposicion no queda la menor duda sobre la superioridad de la primera, ó por mejor decir, sobre la incapacidad de la segunda; porque la familia no real nunca reinará (1).

(1) La soberanía legítima puede ser imitada durante algun tiempo: tambien es capaz de mas ó de menos; y los que han meditado mucho sobre este grande objeto, no tendrán dificultad en reconocer en este género los caractéres del *mas*, ó del *menos*, ó de *la nada*. Si nada se sabe del origen de una soberanía; si ha principiado, digámoslo así, por sí misma, sin violencia por un lado, y sin aceptacion ni deliberacion por el otro; si ademas el rey es europeo y católico; es, como dice Homero, *muy Rey* (*Βασιλευτατος*). Quanto mas se aleje de este modelo, será menos rey. En particular se debe contar muy poco con las dinastías nacidas en medio de las tempestades, elevadas por la política ó por la fuerza, y que se muestran rodeadas, flanqueadas, defendidas y consagradas por bellas leyes fundamentales, escritas en precioso papel avitclado, y que han previsto todos los casos. Estas dinastías no pueden durar. Otras muchas cosas habria que decir, si se quisiera ó se pudiera decir todo.

Así pues no debe extrañarse que se encuentre en una familia real mas vida comun que en cualquier otra; mas esto me conduce á exponer uno de los mayores oráculos , pronunciado en la santa Escritura.

« LOS CRÍMENES DE LOS HOMBRES MULTIPLICAN
«LOS PRÍNCIPES.

«LA SABIDURÍA Y LA CIENCIA DE LOS SÚBDITOS
»ALARGAN LOS REINADOS (1).»

No hay cosa mas cierta , ni mas profunda , ni tampoco mas terrible; y por desgracia no hay cosa en que menos se repare. La liga de la religion y de la soberanía nunca debe perderse de vista. Me acuerdo haber leído en otro tiempo un sermón inglés que tenia por título: *Los pecados del gobierno son los pecados del pueblo* (2). Suscribo á él sin haberle leído: este título solo vale mas que muchos libros.

Comparando las dinastías de los soberanos de Europa y de Asia , observa el caballero Jones «que la naturaleza de los desgraciados gobiernos asiáticos explica »la diferencia que los distingue de los nuestros, respecto de la duracion de las dinastías (3).»

Sin duda es así; pero hay que añadir que la reli-

(1) *Propter peccata terræ multi principes ejus; et propter hominis sapientiam et horum scientiam quæ dicuntur, vita ducens longior erit.* Prov. 28, 2.

(2) *Sins of government; sins of the nations. A discourse intended for the late fast.* (London, Chronicle 1793, n.º 5747.) Me parece que solo un entendimiento sabio y luminoso pudo discurrir este título y este asunto.

(3) *Sir William Jones's Works*, tom. 5, pág. 554. (En el prólogo de la *Descripcion del Asia*.)

gion es la que diferencia los gobiernos. El mahometismo no concede mas que diez ó doce años á los soberanos; *porque los crímenes de los hombres multiplican los príncipes*, y en todo pais de infieles es de absoluta necesidad que haya infinitos crímenes mas é infinitas virtudes menos que entre nosotros, por grande que sea la relacion de nuestras costumbres; porque á pesar de ella continuamente se nos predica la verdad, y tenemos *la inteligencia de las cosas que se nos dicen*.

Podrán pues llegar los reinados hasta veinte y cinco años en los paises cristianos. En Francia el reinado comun, calculado durante 300 años, es de veinte y cinco. En Dinamarca, en Portugal, en el Piamonte los reinados son igualmente de veinte y cinco años: en España de veinte y dos. Se ve que hay alguna diferencia en la duracion de los diferentes gobiernos cristianos; pero *todos* ellos son mas largos que *todos* los reinados no cristianos, antiguos y modernos.

Una consideracion importante sobre la duracion de los reinados pudiera tal vez sacarse tambien de las soberanías protestantes, comparadas con ellas mismas antes de la reforma, y con las otras que no han variado de creencia.

Los reinados de Inglaterra, que eran de mas de veinte y tres años antes de la reforma, no son ya mas que de diez y siete desde aquella época. Los de Suecia han bajado de veinte y dos años al mismo número de diez y siete. Pudiera pues suceder que la ley incontestable respecto de las naciones infieles, ó primitivamente libre de la influencia de la santa sede, se manifestase

tambien en las naciones que dejaron de ser católicas despues de haberlo sido mucho tiempo. Sin embargo, como puede haber compensaciones desconocidas, y Dinamarca por ejemplo, en virtud de alguna razon oculta, aunque ciertamente honrosa para aquella nacion, parece que no ha sufrido la ley de la disminucion de sus reinados; conviene esperar todavía antes de generalizarla. Por lo demas siendo manifiesta esta ley, no se trata sino de examinar su extension; porque nunca estará de mas profundizar todo lo posible *la influencia de la religion en la duracion de los reinados y de las dinastías,*

CAPITULO VI

OBSERVACIONES PARTICULARES ACERCA DE LA RUSIA.

Bello fenómeno es el que ofrece la Rusia. Situada entre la Europa y el Asia, participa de la una y de la otra. El elemento asiático que posee y que salta á los ojos, no debe humillarla; antes bien podria verse en él un título de superioridad: pero respecto de la religion, tiene grandísimas desventajas, y tales, que no sé si á los ojos de un verdadero juez se hallará mas cerca de la verdad que las naciones protestantes.

El deplorable cisma de los griegos y la invasion de los tártaros impidieron que los rusos participasen del gran movimiento de la civilizacion europea y legítima, que procedia de Roma. Cirilo y Metodio, apóstoles de los esclavones, habian recibido sus poderes de la santa sede, y aun habian ido á Roma para dar cuenta de su mision (1). Mas apenas puesta la cadena, fué rota por

(1) Cirilo y Metodio tradujeron la liturgia en esclavon, é

las manos de aquel Focio, de funesta y odiosa memoria, á quien la humanidad en general no tiene menos cargos que hacer que la religion, y eso que tan culpable fue él para con esta.

Así la Rusia no recibió la influencia general, ni pudo penetrarla el espíritu *universal*, pues apenas tuvo tiempo para experimentar la mano de los sumos pontífices. De ahí procede que su religion es toda exterior, y no penetra en los corazones. Es necesario tener cuidado de no confundir *el poder de la religion sobre el hombre con la adhesion del hombre á la religion*; dos cosas que nada tienen de comun. Uno estará robando toda su vida, sin concebir siquiera la idea de la restitution, ó vivirá en la union mas culpable, rezando con regularidad sus devociones, y podrá defender una imagen con peligro de su vida, y morir antes que comer carne en un dia prohibido. Yo llamo *poder de la religion á aquel que muda y exalta al hombre* (1),

hicieron celebrar la misa en la lengua que hablaban los pueblos que habian convertido. Los Papas se resistieron grandemente á esto y pusieron muchas restricciones, que por desgracia no produjeron efecto alguno en los rusos. Tenemos una carta del Papa Juan VIII (que es la 194) dirigida al duque de Moravia *Sfentopulk*, en el año 859, en la cual dice á este príncipe: «Nos aprobamos las letras esclavonas inventadas por el filósofo Constantino» (es el mismo Cirilo), y mandamos que se canten las alabanzas de «Dios en lengua esclavona.» (Véanse las Vidas de los santos, traduc. del inglés. Vida de san Cirilo y san Metodio, 14 de febrero, en 8.º tom. II.) Este libro precioso es un excelente compendio en miniatura de los bolandistas.

(1) *Lex Domini immaculata convertens animas.* (Ps. 18, v. 8). Es una expresion notable. Un rabino de Mantua decia á un sacer-

haciéndole capaz de un grado mayor de virtud, de civilizacion y de ciencia. Estas tres cosas son inseparables, y la accion interior del poder legítimo siempre se manifiesta al exterior por medio de la prolongacion de los reinados.

Pocos escritores viajeros han hablado con amor de los rusos. Casi todos han aprovechado las debilidades para entretener la malicia de sus lectores; y aun algunos, como el doctor Clarke, han hablado de ellos con una severidad que asusta: Gibbon no ha tenido dificultad en llamarlos los *sectarios mas ignorantes y mas supersticiosos de la comunión griega* (1).

No obstante aquel pueblo es eminentemente animoso, benéfico, ingenioso, hospitalario, emprendedor, imita con acierto, habla con elegancia, y posee una lengua magnífica, sin mezcla de jerga alguna, aun en las ínfimas clases.

Las manchas que desfiguran este carácter, dependen ó de su antiguo gobierno, ó de su civilizacion que

dotecatólico, amigo mio, en una conversacion familiar: *Especiso confesar que en la religion de V. hay realmente UNA FUERZA QUE CONVIERTE*. Voltaire por el contrario decia:

Dios visitó el mundo y no le convirtió.

(*Desastre de Lisboa.*)

Un ingenio condenado á desvariar en pago del crimen de infidelidad á su mision ha sido siempre un espectáculo muy divertido para mí. No le tengo compasion. ¿Por qué hacia traicion á su soberano? ¿por qué violaba sus *instrucciones*? ¿era acaso *enviado* para mentir?

(1) *Hist. de la decad.* &c. tom. XIII, cap. LXVII, pág. 10.

es falsa; y no solamente es falsa porque es humana, sino porque para colmo de su desdicha ha coincidido con la época de la mayor corrupcion del entendimiento humano; y porque las circunstancias han puesto en contacto, y amalgamado, por decirlo así, la nacion rusa con la que ha sido á un tiempo el mas terrible instrumento y la víctima mas deplorable de aquella corrupcion.

Toda civilizacion principia por los sacerdotes, por las ceremonias, y aun por los milagros, no importa que sean verdaderos ó falsos. No ha habido, ni habrá jamás, ni puede haber excepcion de esta regla. Los rusos habian principiado como todos los demas; pero la obra interrumpida desgraciadamente por las causas ya indicadas se continuó á principios del siglo XVIII bajo los mas tristes auspicios.

Las semillas enfriadas de la civilizacion rusa comenzaron á calentarse en la cenagosa época de la regencia (de Francia); y las primeras lecciones que oyó aquel gran pueblo en la nueva lengua que se hizo la suya, fueron blasfemias.

Bien sé que hoy puede notarse un movimiento contrario, capaz de consolar hasta cierto punto á un observador amigo: mas ¿cómo se borraré el anatema primitivo?

¡Qué lástima que la mas poderosa de las familias esclavonas se haya evadido por su ignorancia del gran cetro constituyente, para arrojarse en los brazos de los miserables griegos del bajo imperio, sofistas detestables, prodigios de orgullo y de nulidad, cuya historia

no puede leer mas que un hombre acostumbrado á vencer todo género de repugnancia, y que han presentado por espacio de diez siglos el horrible espectáculo de una monarquía cristiana envilecida hasta tener reinados de once años.

No se necesita haber vivido mucho tiempo en Rusia para conocer lo que falta á sus habitantes. Es una cosa profunda, que se siente profundamente, y que el mismo ruso puede contemplar en el reinado comun de sus soberanos, que no escede de trece años, cuando el reinado cristiano toca al duplo de este número, y llegará á él ó pasará donde haya prudencia. En vano la dinastía extranjera, colocada en el trono de Rusia, podria creerse con derecho á concebir esperanzas mas elevadas: en vano contrastarian en aquel trono las mas dulces virtudes con la aspereza antigua: los reinados no se abrevian *por las faltas de los soberanos*, lo que seria visiblemente injusto, *sino por las del pueblo*. En vano los soberanos harán los mas nobles esfuerzos, ayudados de los de un pueblo generoso que no cuenta jamás con sus señores: todos estos prodigios del mas legítimo orgullo nacional serán nulos, si no funestos. Los siglos pasados ya no estan en manos de la Rusia. El cetro creador, el cetro divino no ha descansado bastante sobre su cabeza; y aquel gran pueblo en su profunda ceguedad se gloria de ello. Sin embargo la ley que le abate, viene de muy alto para que sea posible desviarla de otro modo que tributándole homenaje. Para elevarse al nivel de la civilización y de la ciencia europea, no hay mas que un camino para ese pueblo, aquel de donde se apartó.

El ruso ha oído muchas veces la voz de la calumnia, y muchísimas mas la de la ingratitud. Sin duda tuvo derecho de indignarse contra unos escritores sin delicadeza, que le pagaban con insultos la mas generosa hospitalidad; pero no rehuse su confianza á quien abraza sentimientos directamente opuestos. El respeto, la afición, el reconocimiento no desean seguramente engañarle.

CAPÍTULO VII.

OTRAS CONSIDERACIONES PARTICULARES SOBRE EL IMPERIO DE ORIENTE.

El Papa está revestido de cinco caracteres muy diferentes; porque es obispo de Roma, metropolitano de las iglesias suburbicarias, primado de Italia, patriarcha de Occidente y en fin sumo pontífice. Jamás ha ejercido en los otros patriarcados mas poderes que los que resultan de este último carácter; de manera que á menos de ocurrir un asunto de grande importancia, algun abuso muy notable ó alguna apelacion en causas mayores, los sumos pontífices se mezclaban poco en la administracion eclesiástica de las iglesias orientales; lo que fué una desgracia no solo para ellas, sino tambien para los estados donde se hallaban establecidas. Puede decirse que la iglesia griega ha llevado desde su origen una semilla de division en su seno, que no germinó completamente hasta al cabo de doce siglos;

pero que existió siempre bajo formas menos decisivas, y por consiguiente tolerables (1).

Esta division religiosa se arraigaba tambien en la oposicion política creada por el emperador Constantino; y fortificadas mutuamente, no cesaron de rechazar la union, que hubiera sido tan necesaria contra los formidables enemigos que avanzaban del Oriente y del Norte. Escuchemos otra vez sobre este punto al respectable autor de las *Cartas acerca de la historia*. « Es seguro, dice, que si los dos emperadores de Oriente y de Occidente hubiesen reunido sus esfuerzos, hubieran arrojado infaliblemente á los arenales del Africa á esos pueblos (los sarracenos), que debian temer se establecieran en medio de ellos; pero habia una emulacion entre los dos imperios, que nada pudo destruir, y que se manifestó mucho mas en tiempo de las cruzadas. El cisma de los griegos les inspiraba una antipatia religiosa contra Roma, y se sostuvo siempre aquella aun contra el propio interés de los mismos (2). »

Este trozo es admirablemente verdadero. Si los Papas hubiesen tenido la misma autoridad sobre el imperio de Oriente que sobre el de Occidente, no solo hu-

(1) San Basilio mismo habla en alguna parte del orgullo occidental, que llama ΟΦΡΥΝ ΔΙΤΙΚΗΝ. Si no me engaño es en la obra que escribió sobre el partido que puede sacarse de las lecturas profanas para el bien de la religion. Nada, ni aun la santidad, podia extinguir del todo el estado natural de guerra que dividia los dos estados y las dos iglesias; situacion que se derivaba de la política, y que subia hasta la época de Constantino.

(2) *Cartas acerca de la hist.*, tom. II, carta 45.

hieran arrojado á los sarracenos, sino tambien á los turcos; y no hubieran sobrevenido los males que nos han hecho estos pueblos. Los Mohamedes, los Solimanés, los Amurates &c. serian nombres desconocidos entre nosotros. Franceses, que os dejais engañar con vanos sofismas, reinaríais en Constantinopla y en la *ciudad santa*. Las leyes de Jerusalem, que no son ya mas que un monumento histórico, se citarían y se observarían en el lugar donde fueron escritas; y se hablaría francés en Palestina. Las ciencias, las artes, la civilización ilustrarían aquellos famosos países del Asia, que fueron en otro tiempo el jardín del universo, y hoy están despo-
blados, entregados á la ignorancia, al despotismo, á la peste y á todo género de embrutecimiento.

Si el ciego orgullo de aquellos países no se hubiera resistido constantemente á los sumos pontífices; si estos hubiesen podido dominar á los viles emperadores de Byzancio, ó á lo menos mantenerlos en respeto: hubieran salvado al Asia, como han salvado la Europa, que todo se lo debe, aunque parece que lo olvida.

La Europa, largo tiempo despedazada por los bárbaros del Norte, se veía amenazada de las mayores calamidades. Los formidables sarracenos caían sobre ella, y sus mas hermosas provincias eran acometidas ya, ó estaban conquistadas ó invadidas. Dueños de la Siria, del Egipto, de la Tingitania y de la Numidia, habían agregado á sus conquistas de Asia y de Africa una parte considerable de la Grecia, la España, la Cerdeña, la Córcega, la Pulla, la Calabria y una porción de la Sicilia. Habían puesto sitio á Roma é incendiado sus arrabales:

en fin se habian arrojado sobre la Francia, y en el siglo VIII ya estaba perdida la Europa, es decir, el cristianismo, las ciencias y la civilizacion, á no ser por el genio de Cárlos Martel y de Carlo Magno que detuvieron el torrente. El nuevo enemigo no se parecia á los otros: los nobles hijos del Norte podian acostumbrarse á nuestros usos, aprender nuestras lenguas, y unirse en fin á nosotros con los tres vínculos de las leyes, de los matrimonios y de la religion; pero el discípulo de Mahoma no tiene ningun punto de contacto con nosotros: es extranjero, y no puede asociarse ni mezclarse con nosotros. Ved á los turcos. Espectadores desdeñosos y altaneros de nuestra civilizacion, de nuestras artes y ciencias, y enemigos mortales de nuestro culto, son hoy lo que eran en 1454; un campamento de tártaros asentado en tierra europea. La guerra entre nosotros es natural, y la paz forzada. En cuanto el cristiano y el musulman llegan á tocarse, uno de los dos debe ser esclavo ó perecer.

Entre estos enemigos no hay tratados.

Por fortuna la tiara nos ha libertado de la media luna: aquella no ha cesado de resistir á esta, de combatirla, de buscarle enemigos, de reunirlos, de animarlos, de pagarlos y dirigirlos. Si somos libres, sabios y cristianos, á la tiara se lo debemos.

Entre los medios que los Papas emplearon para rechazar al mahometismo, conviene distinguir el de dar las tierras usurpadas por los sarracenos al primero que pudiese arrojarlos de ellas. ¿Y qué cosa mejor podia hacerse cuando sus dueños no parecian? ¿habia otro

medio mejor de legitimar el nacimiento de una soberanía? ¿Se cree que esta institucion no valia mas que *la voluntad del pueblo*, es decir, de un puñado de facciosos dominados por uno solo? Pero cuando se trata de *tierras dadas* por los Papas, nuestros disputadores modernos nunca dejan de transportar todo el derecho público de la Europa moderna en medio de los desiertos, de la anarquía, de las invasiones y de las soberanías fluctuantes de la edad media; lo que necesariamente ha de producir extraños paralogismos.

Léase la historia con ojos imparciales, y se verá que los Papas hicieron cuanto pudieron en aquellos tiempos calamitosos; y sobre todo que fueron sobrehumanos sus esfuerzos en la guerra contra los mahometanos.

« Ya en el siglo IX, cuando el formidable ejército »de los sarracenos parecia que iba á destruir la Italia »y convertir la capital de la cristiandad en una aldea »mahometana, el Papa Leon IV, tomando en aquel peligroso »ligro una autoridad que parecia abandonaban los generales del emperador Lotario, se mostró en la defensa de Roma digno de mandar en ella como soberano. »El la fortificó, armó las milicias, visitó por sí mismo »todos los puestos.... Era romano; y el valor de los primeros tiempos de la república revivia en él en una edad »de cobardía y de corrupcion; así como se encuentra »alguna vez un precioso monumento de la antigua Roma entre las ruinas de la nueva (1).»

Pero al cabo toda resistencia hubiera sido vana, y

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, &c., tom. II, cap. XXVIII.

el ascendiente del islamismo hubiera triunfado infaliblemente si no nos hubiesen salvado de nuevo los Papas y las cruzadas, de que fueron autores, promovedores y directores, ¡ah! en cuanto lo permitieron la ignorancia y las pasiones de los hombres. Los Papas con la perspicacia de Anibal descubrieron que para rechazar ó destruir irremisiblemente una potencia formidable y extravasada, no basta defenderse en sus propios hogares, sino que es menester ir á cometerla en los suyos. Los cruzados arrojados por aquellos en el Asia infundieron en los soldanes otras ideas que la de invadir ó insultar siquiera á la Europa.

Los que dicen que las cruzadas no fueron para los Papas mas que guerras de devocion, no han leído probablemente el discurso de Urbano II en el concilio de Clermont. Los Papas no apartaron nunca la vista del mahometismo, hasta que se adormeció con aquel sueño letárgico que nos ha tranquilizado para siempre. Pero es muy notable que la mano de un Papa le dió el último golpe, el golpe decisivo. El dia 7 de octubre de 1571 se trabó en fin aquel combate memorable, «la mas furiosa batalla naval de que hay memoria. Esta jornada gloriosa para los cristianos fue la época de la decadencia de los turcos. Les costó mas que hombres y bajas, cuya pérdida puede repararse, porque perdieron aquella preponderancia de opinion que es la principal fuerza de los pueblos conquistadores; poder que se adquiere una vez y que no se recobra nunca (1).»

(1) Mr. de Bonald, *Legisl. primitiva*, tom. III, pág. 288. *Disc. polít. sobre el estado de la Europa*, §. VIII.

«.....Aquel día que fue para la cristiandad tan dichoso,
»porque en él se desengañó el mundo y todas las na-
»ciones del error en que estaban, creyendo que los tur-
»cos eran invencibles por la mar; en aquel día, digo,
»donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebranta-
»da &c. (1).»

Mas esta batalla de Lepanto, honor eterno de la Europa, época de la decadencia de la media luna, y que solo el enemigo mortal de la dignidad humana ha podido intentar desacreditarla (2), ¿á quién la debió la cristiandad? A la santa sede. El vencedor de Lepanto no fue tanto don Juan de Austria como aquel Pio V de quien dijo Bacon: «Yo me admiro de que la iglesia romana no haya canonizado ya á este grande hombre (3).» Coligado con el rey de España y la república de Venecia, embistió á los otomanos, y fue el autor y el alma de aquella empresa gloriosa, á la cual cooperó con sus consejos, con su influencia, con sus tesoros y

(1) Este último pasaje es del célebre Cervantes, que se halló en la batalla de Lepanto, y aun tuvo el honor de ser herido en ella. (*D. Quijote, parte I, cap. XXXIX*, Madrid, 1798, t. III, pág. 86.) En el prólogo de la segunda parte vuelve á hablar otra vez Cervantes de esta famosa batalla, y dice que fue *la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*. (Ibid. tom. IV al principio.) — El que quiera asistir á esta batalla, puede leer su descripcion en la obra de Gratiani *de Bello Cyprío*. Roma, 1664. en 4.º

(2) «¿Cuál fue el fruto de la batalla de Lepanto?... Parecía que los turcos la habian ganado.» (Volt. *Ensayo sobre las costumbres etc.*, tom. V, c. CLXI.) ¡Cuán ridículo es!

(3) En el diálogo *de Bello Sacro*.

con sus mismas armas, que se mostraron en Lepanto de una manera enteramente digna de un sumo pontífice.

Resúmen y conclusion de este libro.

La conciencia ilustrada y la buena fé no pueden ya dudar que el cristianismo es el que ha formado la monarquía europea, maravilla muy poco admirada. Mas sin el Papa no hay verdadero cristianismo: sin el Papa la institucion divina pierde su poder, su carácter divino y su fuerza *convertiente*: sin el Papa no es mas que un sistema, una creencia humana, incapaz de penetrar en los corazones y de modificarlos, para hacer al hombre capaz de un grado mas alto de ciencia, de moral y de civilizacion. Toda soberanía cuya frente no haya tocado el dedo eficaz del sumo pontífice, se quedará siempre inferior á las otras, tanto en la duracion de los reinados, como en el carácter de su dignidad y en las formas de su gobierno. Toda nacion, aunque sea cristiana, que no haya sentido bastante la accion constituyente, quedará del mismo modo siempre inferior á las otras en igualdad de circunstancias; y toda nacion separada despues de haber recibido la impresion del sello universal, conocerá al fin que le falta alguna cosa, y tarde ó temprano la razon ó la desgracia la hará volver en sí. Para cada pueblo hay un enlace misterioso, pero visible, entre la duracion de los reinados y la perfeccion

:

del principio religioso. No hay pues rey *por el pueblo*; supuesto que los príncipes cristianos tienen mas vida comun que los demas hombres, á pesar de los accidentes particulares anejos á su estado; y este fenómeno se hará aun mas patente, á medida que protejan mas el culto vivificante; porque puede haber mas ó menos soberanía, precisamente como puede haber mas ó menos nobleza (1). Los defectos de los Papas infinitamente

(1) No siendo la nobleza mas que una *prolongacion de la soberanía*, MAGNUM JOVIS INCREMENTUM, repite en diminutivo todos los caracteres de su madre, y sobre todo no es mas ni menos humana que ella. Porque es un error creer que, hablando con propiedad, puedan los soberanos ennoblecer: solo pueden sancionar los ennoblecimientos naturales. La verdadera nobleza es custodia natural de la religion y parienta del sacerdocio, á quien no cesa de proteger. Appio Claudio decia en el senado romano: «La religion pertenece á los patricios, *auspicia sunt patrum*;» y Bourdaloue catorce siglos despues decia en la cátedra cristiana: «La sanidad para ser eminente no encuentra fundamento que le sea mas propio que la grandeza.» (Serm. de la *Concep.*, pág. 11) Es la misma idea pintada por una y otra parte con los colores de su siglo. ¡Desgraciado el pueblo donde los nobles abandonen los dogmas nacionales! La Francia, que ha dado todos los grandes ejemplos en bien y en mal, acaba de probarlo al mundo, porque esa bacante que llaman *revolucion francesa*, y que no ha hecho aun mas que mudar de traje, es una hija nacida del comercio ímpro de la nobleza francesa con el *filosofismo* en el siglo XVIII. Los discípulos del Coran dicen: «que una de las señales del fin del mundo será la elevacion de las personas de baja condicion á las dignidades eminentes.» (Pocock citado por Sale, *Observ. hist. y crit. sobre el mahom. secc. IV*) Es una exageracion oriental, que una mujer de mucho talento ha reducido á la medida europea. (*Lady Mary Wortley Montague's Works*, tom. IV, pá-

exagerados ó mal representados, y que generalmente se han convertido en provecho de los hombres, no son por otra parte mas que la liga humana, inseparable de toda *míxtura* temporal; y despues de examinado todo y pesado bien en la balanza de la mas severa é imparcial filosofía, queda demostrado «que los Papas fueron »los fundadores, los tutores, los salvadores y los verdaderos genios constituyentes de la Europa.»

Por lo demas, como todo gobierno imaginable tiene sus defectos, no niego que el régimen sacerdotal tenga los suyos en el órden político; pero propongo á

ginas 223 y 224.) Lo que parece cierto es, que tanto para la nobleza como para la soberanía hay una relacion oculta entre la religion y la duracion de las familias. El autor anónimo de una novela inglesa titulada *el Forester*, de que solo he podido leer algunos extractos, ha hecho observaciones singulares sobre la decadencia de las familias y las variaciones de la propiedad en Inglaterra: yo las recuerdo, sin tener el derecho de juzgarlas. Es preciso, dice, que haya algun mal radical y capaz de alarmar en un sistema, que en un siglo ha destruido la sucesion hereditaria y los nombres conocidos, mas quizá que todas las devastaciones producidas por las guerras civiles de York y de Lancastre y del reinado de Carlos I en los tres siglos precedentes juntos etc. (*Anti-jacobin Review and magazine* nov. 1803, núm. LVIII, pág. 249.)»

Si las antiguas familias inglesas habian perecido realmente en el espacio de cerca de un siglo en un número tan considerable que alarmase (lo que no me atrevo á afirmar por un testimonio solo); sería efecto acelerado, y de consiguiente mas visible, de un juicio, cuya ejecucion no obstante habria principiado inmediatamente despues de la falta. ¿Por qué la nobleza no habia de ser *menos conservada* despues de haber renunciado la religion conservadora? ¿Por qué habia de ser mejor tratada que sus soberanos, cuyos reinados se abreviaron igualmente?

la sensatez europea dos reflexiones sobre este punto, que siempre me han parecido del mayor peso.

La primera es que este gobierno no debe ser juzgado en sí mismo, sino en su relacion con el mundo católico. Si es necesario, como evidentemente lo es, para mantener el conjunto y la unidad, y para hacer circular, si es permitido hablar así, la misma sangre en las últimas venas de un cuerpo inmenso; todas las imperfecciones que resulten de esta especie de teocracia romana en el orden político, deben considerarse como la humedad, por ejemplo, que produce una máquina de vapor en el barco que la contiene.

La segunda reflexion es que el gobierno de los Papas es una monarquía semejante á todas las demas, si se la considera simplemente como *el gobierno de uno solo*. ¿Y cuántos males no resultan de la monarquía mejor constituida? Todos los libros de moral rebosan de sarcasmos contra la corte y los cortesanos. No se acaba de hablar de la doblez, de la perfidia, de la corrupcion de la corte; y Voltaire seguramente no pensaba en los Papas, cuando exclamaba con tanto decoro:

«¡O sabiduría del cielo! Yo te creo profundísima; » pero ¿á qué sandios tiranos has entregado el mundo? (1).»

No obstante, luego que se han apurado todos los géneros de crítica, y se han puesto, como es justo, en el

(1) Por el contrario hablando de Roma moderna dice:

«Los ciudadanos sabiamente gobernados en paz no son ya conquistadores; pero son mas dichosos.»

otro lado de la balanza todas las ventajas de la monarquía, ¿cuál es el último resultado? *Que es el mejor, el mas durable de los gobiernos y el mas natural al hombre.* Juzguemos pues del mismo modo á la corte romana. Es una monarquía, la única forma de gobierno posible para regir la iglesia católica; y cualquiera que sea la superioridad de esta monarquía sobre las otras (1), es imposible que las pasiones humanas no se agiten al rededor de un foco cualquiera de poder, y no dejen algunas pruebas de su accion: eso no quita que el gobierno del Papa sea la mas dulce, la mas pacífica, y la mas moral de todas las monarquías; así como los males mucho mayores producidos por la monarquía secular, no quitan que sea el mejor de los gobiernos.

Al terminar esta discusion, declaro que protesto igualmente contra toda especie de exageracion. Conténgase á la potestad pontificia dentro de sus justos límites; pero no se arranquen estos ni remuevan al antojo de la pasion ó de la ignorancia; y sobre todo, no se venga alarmando la opinion con vanos terrores. Lejos de temerse en este momento los excesos de la potestad espiritual,

(1) El gobierno del Papa es el único en el mundo que no ha tenido jamás modelo, como tampoco tendrá jamás copia. Es una monarquía electiva, cuyo poseedor, siempre anciano y siempre célibe, es elegido por un corto número de electores, elegidos por sus predecesores, todos célibes como él, y escogidos sin ningun miramiento necesario á sus familias, á sus riquezas, ni aun á su patria. — Si se examina con atencion esta forma de gobierno, se hallará que excluye los inconvenientes de la monarquía electiva, sin perder las ventajas de la monarquía hereditaria.

es temible lo contrario, es decir, que los Papas carezcan de la fuerza necesaria para llevar la carga inmensa que se les ha impuesto, y que á tanto ceder pierdan al fin la potencia así como el hábito de resistir. Concédaseles de buena fé lo que les es debido: por su parte sabe muy bien el sumo pontífice lo que debe á la autoridad temporal, la cual jamás tendrá un defensor mas intrépido ni mas poderoso que él. Pero es preciso tambien que él sepa defender sus derechos; y si algun príncipe por un rasgo de prudencia igual á la de aquel hijo de familia que amenazaba á su padre ahorcarse para deshonrarle, se atreviese á amenazar al suyo con un cisma para arrancarle un acto de debilidad, el sucesor de S. Pedro podria muy bien responderle lo que está escrito hace mucho tiempo: «¿Quereis abandonarme? »Pues partid, seguid la pasion que os arrebatara, no es- »pereis que para deteneros á mi lado me baje hasta »suplicaros. Partid: para darme el honor que se me »debe, otros hombres me quedarán: sobre todo me »*quedará Dios* (1).» El príncipe lo pensaria bien.

(1) Φεύγε μαλ; εἴ τοι θυμὸς ἐπέσσυται οὐδέ σ' ἔργοι
 Δίσσομαι εἰνεκ' ἐμέτο μένειν' παρ' ἔμοιγε καὶ ἄλλοι,
 Οἳ κέ με τιμήσουσιν ΜΑΛΙΣΤΑ ΔΕ ΜΗΤΙΕΤΑ ΖΕΥΣ
 Homer. *Iliad.* I, 173, 175.

LIBRO IV.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LAS IGLESIAS LLAMADAS CISMÁ- TICAS.



CAPÍTULO I.

**TODA IGLESIA CISMÁTICA ES PROTES-
TANTE. AFINIDAD DE LOS DOS SISTEMAS.
TESTIMONIO DE LA IGLESIA RUSA.**



*T*oda iglesia que no es católica es protestante : esta es una verdad fundamental en todas las cuestiones de religion. En vano se ha querido hacer una distincion entre las iglesias cismáticas y heréticas. Sé muy bien lo que se quiere decir ; pero en el fondo toda la diferencia consiste en las voces , y todo cristiano que desecha la comunion del santo padre , es protestante ó lo será muy pronto.

¿Qué es un protestante? Un hombre que *protesta*. Ahora bien ¿qué importa que proteste contra uno ó mas dogmas , contra este ó contra el otro? Será mas ó menos *protestante* ; pero siempre *protesta*.

¿A qué observador no ha chocado el extremado favor que goza el protestantismo entre el clero ruso, aunque si ateniéndose á los dogmas escritos, debia ser tan odiado en las márgenes del Neva como en las del Tíber? La razon es que todas las sociedades separadas se unen para aborrecer la unidad que las aniquila. Asi cada una de ellas ha escrito en sus banderas: *Todo enemigo de Roma es amigo mio.*

Habiendo mandado Pedro I. á principios del siglo último imprimir un catecismo para sus súbditos, que contenia todos los dogmas que él aprobaba; fue traducido en inglés (1) en el año 1725 con un prólogo que merece citarse.

«Este catecismo, dice el traductor, *respira el genio del grande hombre por cuyas órdenes fue compuesto* (2). Este príncipe ha vencido á dos enemigos mas terribles que los suecos y los tártaros, quiero decir, »la supersticion y la ignorancia favorecidas todavía por »el hábito mas obstinado y mas insaciable..... Me lisonjeo de que esta traduccion facilitará mas la reunion »de los obispos ingleses y rusos; con la cual se hallarán en mejor aptitud para *destruir los designios atroces y sanguinarios del clero romano* (3). Los rusos y los re-

(1) *The russiam catechism composd' and publish' ed by the order of the Czar; to which is annexed a short account of the church-government and ceremonies of the moscovites. London Meadows. 1725. in 8.º by Jenkin Thom. Philippe, p. 4 y 66.*

(2) El traductor habla aquí de un catecismo, como podria hablar de un ukase que el emperador hubiese publicado sobre el derecho ó la policia. Esta opinion, que es justa, debe notarse.

(3) Podria alguno admirarse de que en 1725 se imprimiese en

»formados están acordes EN VARIOS artículos de fé,
»tanto como difieren de la iglesia romana (1). Los pri-
»meros niegan el Purgatorio (2), y nuestro compatrio-
»ta *Covel*, doctor de Cambridge, ha probado doctamen-
»te en sus memorias sobre la iglesia griega, cuánto di-
»fiere la *transustanciacion latina de la cena griega* (3).»

¡Qué ternura y qué confianza! La fraternidad es evidente. Aquí es donde se da á conocer la fuerza del odio de un modo verdaderamente espantoso. La iglesia rusa profesa como la nuestra la presencia real, la necesidad de la confesion y de la absolucion sacerdotal, el mismo número de sacramentos, la realidad del sacrificio eucarístico, la invocacion de los santos, el culto de las imágenes &c.; al contrario el protestantismo hace profesion de desechar y aun de aborrecer éstos dogmas y estos usos: no obstante si los encuentra en una igle-

Inglaterra tamaña extravagancia, sin embargo yo me obligaría á mostrar otros pasajes aun mas estupendos en las obras de los primeros doctores ingleses de nuestros dias.

(1) Sobre este punto el traductor no tiene razon y la tiene. No la tiene, si se ha de atener uno á las profesiones de fé escritas, que son las mismas poco mas ó menos para las iglesias latina y rusa, y difieren igualmente de las confesiones protestantes; pero si venimos á la práctica y á la creencia interior, el traductor tiene razon. Cada dia se va apartando mas de Roma la fé llamada *griega* y aproximándose á Wittenberg.

(2) No lo sé; y creo en mi conciencia que el clero ruso lo ignora como yo.

(3) Aquí se oye afirmar á unos teólogos ingleses que ya al principio del último siglo la fe de la iglesia romana y la de la iglesia rusa en el artículo de la Eucaristía no eran las mismas. Sin razon pues se quejaria nadie de las preocupaciones católicas sobre este punto.

sia separada de Roma, ya no le ofenden. Ese culto de las imágenes sobre todo, declarado solemnemente *idolátrico*, pierde todo su veneno, aunque fuese exagerado hasta el punto de reducirse á él casi toda la religion. El ruso está separado de la santa sede, y esto basta al protestante, que no ve en aquel sino un hermano, otro protestante: todos los dogmas son nulos excepto el del odio á Roma. Este es el lazo único, pero universal de todas las iglesias separadas.

Un arzobispo de Twer que murió hace dos ó tres años, publicó en 1805 una obra histórica, en latin, sobre los cuatro primeros siglos del cristianismo; y en este libro que he citado ya hablando del celibato, afirma sin rodeos que *una gran parte del clero ruso es calvinista* (1). Este texto no es equívoco.

El clero no estudia en todo el curso de su educacion eclesiástica mas que libros protestantes: una costumbre odiosa le aparta de los libros católicos, á pesar de la suma afinidad de los dogmas. *Bingham* en espe-

(1) O si se quiere expresar palabra por palabra: «Que una gran parte del clero ruso ama y celebra con exceso el sistema calvinista.» *Hæc sanè est disciplina illa (Calvini) quem plurimi de nostris (sic) tantoperè laudant deamantque. (Methodii arch'ep. Twer liber historicus de rebus in primitiva eccless. christ. etc., in 4.º, Mosquæ. 1805, typis sanctissimæ Synodi. Cap. VI, sect. I, §. 79, pág. 178.)* Cualquier hombre que haya podido ver las cosas de cerca, no dudará que por estas palabras *plurimi de nostris* debe entenderse todo clérigo de aquella iglesia que sabe el latin ó el francés, á menos que en el fondo de su corazon no se incline á un lado del todo opuesto: lo que no es inaudito entre las personas instruidas de este orden,

cial es su oráculo, y ha llegado la cosa á tal punto, que el prelado que acabo de citar, apela con la mayor formalidad á *Bingham* para probar *que la iglesia rusa no enseña mas que la fé pura de los apóstoles* (1).

Un obispo ruso que para probar la perfecta ortodoxia de su iglesia apela al testimonio de un doctor protestante, es un espectáculo muy extraordinario y muy poco conocido en el resto de Europa.

El mismo, despues de haber desaprobado *pro forma* esta inclinacion al calvinismo, no deja de llamar á *Calvino un hombre grande* (2); expresion extraña en la boca de un obispo, hablando de un heresiarca, y que en todo su libro no se le escapa jamás respecto de un doctor católico.

En otra parte nos dice: «Que durante quince siglos »la doctrina de Calvino fue casi desconocida en la iglesia (3).» Esta modificacion parecerá tambien curiosa; pero en el resto de la obra se contiene mucho menos: combate abiertamente la doctrina de los sacramentos, y se muestra en un todo calvinista.

Habiendo salido esta obra como ya he observado,

(1) *Methodius*, *ibid. sect. I*, pág. 256, not. 2.

(2) *Magnum virum*, *ibid. pág.* 168.

(3) *Doctrinam Calvini per MD annos in ecclesiâ Christi penitus inauditam*. *Ibid.* El arzobispo de Twer publicó esta obra en latin con la seguridad de no ser criticado, ni por sus hermanos que jamás revelarían un secreto de familia, ni por las personas del vulgo que no lo entenderían, y que además se curarían tanto de las opiniones del prelado como de su persona. No puede nadie formar una idea exacta de la indiferencia rusa sobre esta especie de hombres y de cosas, á no haberlo visto.

de la imprenta misma del sínodo y con su expresa aprobacion; no hay duda de que representa la doctrina general del clero, salvo las excepciones que venero.

Yo pudiera citar otros testimonios no menos decisivos; pero necesito reducirme. No solamente afirmo que la iglesia de que se trata es protestante, sino además que lo es necesariamente, y que si no lo fuera Dios no sería Dios. Una vez roto el vínculo de la unidad, ya no hay tribunal comun, ni de consiguiente regla de fé invariable. Todo se reduce al juicio particular y á la supremacía civil, que constituyen la esencia del protestantismo.

Por otra parte, no inspirando la enseñanza ningun recelo en Rusia, y conteniendo el mismo imperio cerca de tres millones de súbditos protestantes, los novadores de todas clases han sabido aprovecharse de esta ventaja para insinuar libremente sus opiniones en todos los órdenes del estado, y todos estan de acuerdo sin saberlo siquiera, porque todos *protestan* contra la santa sede, y esto basta para la fraternidad comun.

CAPÍTULO II.

SOBRE LA SUPUESTA INVARIABILIDAD DEL DOGMA EN LAS IGLESIAS SEPARADAS EN EL SIGLO XII.

Algunos católicos, lamentándose de nuestra funesta separacion de las iglesias *focianas*, les dispensan no obstante el honor de creer que á excepcion del corto número de puntos disputados han conservado el depósito de la fé en toda su integridad. Ellas mismas se jactan de esto, y hablan con énfasis de su invariable *ortodoxia*.

Esta opinion merece examinarse, porque ilustrándola descubriremos grandes verdades.

Todas las iglesias separadas de la santa sede al principio del siglo XII pueden compararse á ciertos cadáveres helados, cuyas formas ha conservado el frio. Este frio es la ignorancia, que para ellas debia durar mas que para nosotros; porque Dios ha tenido á bien, por razones que merecen profundizarse, concentrar hasta nueva orden toda la ciencia humana en nuestras regiones occidentales.

Mas luego que el viento de la ciencia , que es cálido, llegue á soplar en aquellas iglesias, sucederá lo que debe suceder segun las leyes de la naturaleza : las formas antiguas se disolverán, y no quedará mas que polvo.

No he habitado jamás en Grecia, ni en ningun pais del Asia ; pero he habitado mucho tiempo este mundo, y tengo la dicha de conocer algunas de sus leyes. Un matemático seria muy infeliz si tuviese que calcular uno tras otro todos los términos de una larga serie : para ese caso y otros muchos hay fórmulas que facilitan la operacion. No necesito pues saber (aunque no confieso que no lo sé) lo que se hace y lo que se cree aqui ó allá. Sé, y eso me basta, que si la fé antigua reina todavía en tal ó cual pais separado, la ciencia no ha llegado aun á él ; y que si ha penetrado esta, ha desaparecido la fé ; lo cual no se entiende, como se deja conocer, de una mudanza súbita, sino gradual, segun otra ley de la naturaleza que no admite saltos, como se dice en las escuelas.

Hé aquí pues la ley, tan segura y tan invariable como su autor:

**NINGUNA RELIGION , EXCEPTO UNA, PUEDE RESISTIR
LA PRUEBA DE LA CIENCIA.**

Este oráculo es mas seguro que el de Calcas.

La ciencia es una especie de ácido que disuelve todos los metales menos el oro.

¿Dónde están las profesiones de fe del siglo XVI? En los libros. No hemos cesado de decir á los protestantes: «No podeis deteneros en las laderas de un precipicio rápido, y rodareis hasta el fondo.» Las predicciones católicas están hoy justificadas completamente. Los que no han dado aun mas que tres ó cuatro pasos en esta pendiente, no nos vengan ponderando su supuesta inmovilidad: pronto verán lo que es el movimiento acelerado.

Lo juro por la eterna verdad, y ninguna conciencia europea podrá contradecirme: *La ciencia y la fe no harán jamás alianza fuera de la unidad.*

Sabido es lo que dijo un día el bueno de Fontaine al devolver el *Nuevo Testamento* á un amigo que le habia exhortado á que le leyera: *He leído su Nuevo Testamento de V.; es un libro bastante bueno.* Si bien se considera, á esta confesion se reduce toda la fe protestante, á bien á no sé qué sentimiento vago y confuso, que se expresaría muy bien en estas pocas palabras: *Quizá podria haber algo de divino en el cristianismo.*

Mas cuando se llegue á una profesion de fe circunstanciada, nadie estará de acuerdo. Las antiguas fórmulas eclesiásticas descansan en los libros: se firman hoy porque se firmaron ayer; pero ¿qué significa todo esto para la conciencia?

Lo que importa mucho observar es que las iglesias *focianas* están mas distantes de la verdad que las demas iglesias protestantes, porque estas han recorrido el círculo del error, y las otras no hacen sino empezar á correrle, y de consiguiente deben pasar por el calvinismo

y tal vez por el socinianismo antes de volver á la unidad. Así todo amigo de esta debe desear que el antiguo edificio acabe de hundirse cuanto antes en aquellos pueblos separados por los tiros de la ciencia protestante, á fin de que quede el campo libre á la verdad.

Hay sin embargo una gran probabilidad en favor de las iglesias llamadas *cismáticas*, que puede acelerar sobremedera su reunion; y es que la de los protestantes está ya muy adelantada, y puede anticiparse mas de lo que se piensa por un deseo puro y ardiente, libre de todo espíritu de orgullo y de disputa.

No es creible hasta qué punto se apoyan las iglesias llamadas simplemente *cismáticas* en la rebelion y en la ciencia de los protestantes. ¡ Ah! ¡ si algun día la misma fé hablase solamente francés é inglés! En un abrir y cerrar de ojos la obstinacion contra esta fé llegaria á ser en toda Europa una verdadera ridiculez, y ¿ por qué no lo he de decir? *una cosa propia de gente baja*. Ya he dicho por qué no se deberia atribuir un gran mérito á la conservacion de la fé en las iglesias *socianas*, aun cuando fuese real; y es porque no han sufrido la prueba de la ciencia: *el gran ácido* no las ha tocado. Además ¿ qué significa esta palabra *fé*, y qué tiene de comun con las formas exteriores y las confesiones escritas? ¿ se trata entre nosotros de saber lo que está escrito?

CAPITULO III.

OTRAS CONSIDERACIONES SACADAS DE LA SITUACION DE ESTAS IGLESIAS. OBSERVACION PARTICULAR SOBRE LAS SECTAS DE IN- GLATERRA Y DE RUSIA.

Hé aquí otra ley de la naturaleza: *nada se altera sino por mixtion, y jamás hay mixtion sin afinidad*. Las iglesias focianas se conservan en medio del mahometismo, como se conserva un insecto dentro del ambar. ¿Cómo habian de alterarse si no las ha tocado nada de lo que puede unirse con ellas? Entre el mahometismo y el cristianismo no puede haber mezcla. Pero si se expusiesen estas iglesias á la accion del protestantismo ó del catolicismo con un *fuego de ciencia* suficiente, desaparecerian casi instantáneamente.

Mas como las naciones pueden comunicarse en el dia por medio de las lenguas aun á distancia; no tardaremos en ser testigos del gran experimento, muy adelantado ya en Rusia. Nuestras lenguas alcanzarán á esas naciones que nos ponderan su fé encuadrada en perga-

mino, y en un abrir y cerrar de ojos las veremos beber á grandes tragos todos los errores de la Europa, Pero entouces estaremos nosotros hartos de ellos; lo que hará probablemente que su delirio sea mas corto.

Cuando se consideran las pruebas que ha sufrido la iglesia romana por los embates de la herejía y por la mezcla de las naciones bárbaras que se ha obrado en su seno; se queda uno absorto al ver que en medio de tan espantosas revoluciones todos sus títulos han quedado intactos, y saben hasta el tiempo de los apóstoles. Si han variado ciertas cosas en las formas exteriores, es prueba de que vive; porque en el universo todo lo que viviese muda segun las circunstancias en todo lo que no toca á su esencia. Dios, que se ha reservado esta, ha entregado las formas al tiempo para que disponga de ellas segun ciertas reglas. Esta variacion de que hablo, es hasta la señal indispensable de la vida, por que la inmovilidad absoluta es propia solamente de la muerte.

Sométase uno de esos pueblos separados á una revolucion semejante á la que ha asolado á la Francia por espacio de veinte y cinco años: supóngase que un poder tiránico se encarniza contra la iglesia, que despoja, degüella, y dispersa á los sacerdotes, y sobre todo que tolera, favorece todos los cultos, excepto el culto nacional; y desaparecerá este como el humo.

La Francia, despues de la horrible revolucion que ha sufrido, ha permanecido católica; es decir, que todo lo que no ha permanecido católico, no es nada. Tal es la fuerza de la verdad sometida á una prueba terrible. El

hombre sin duda puede haberse viciado; pero la doctrina de ningún modo, porque por su naturaleza es inalterable.

Lo contrario sucede á todas las religiones falsas. En cuanto la ignorancia cesa de mantener sus formas, y estas son combatidas por las doctrinas filosóficas, entran en un estado de verdadera disolución, y caminan hacia su aniquilamiento total por un movimiento sensiblemente acelerado. Y como la putrefacción de los grandes cuerpos organizados produce innumerables sectas de reptiles cenagosos; del mismo modo las religiones nacionales que se corrompen, producen una multitud de insectos religiosos, que arrastran sobre el mismo suelo los restos de una vida dividida, imperfecta y asquerosa.

Así se observa en todas partes; y de este modo pueden la Inglaterra, y sobre todo la Rusia, explicarse á sí mismas el número y la inagotable fecundidad de las sectas que pululan en su vasto seno: nacen de la putrefacción de un gran cuerpo: este es el orden de la naturaleza.

La iglesia rusa en particular encierra dentro de sí mas enemigos que ninguna otra, y el protestantismo la penetra por todas partes. El rascólnismo (1), que se

(1) Pudiera escribirse una memoria interesante sobre estos rascólnicos: limitado al estrecho espacio de una nota, solo diré lo que es absolutamente indispensable para darme á entender. La palabra *rascólnico* en lengua rusa significa al pie de la letra *cismático*: la separación designada por esta voz genérica trae su origen de una antigua traducción de la Biblia á que los rascólnicos están

puede llamar *el iluminismo* de la gente rústica, se aumenta cada día; sus partidarios se cuentan ya por millones, y las leyes no se atreverían á comprometerse con él. *El iluminismo*, que es el *rascolnismo* de la

muy inapegados, y que contiene varios textos alterados, según ellos, en la versión de que hace uso la iglesia rusa. Fundados en esto se llaman ellos mismos (¿y quién podría impedirse lo?) *hombres de la fe antigua ó creyentes viejos* (*staroverzi*). Donde quiera que el pueblo posea por desgracia suya la escritura santa en lengua vulgar, y se arroje á leerla é interpretarla, no debe extrañarse ninguna aberración del entendimiento particular. Sería muy prolijo contar por menor las muchas supersticiones que han ido uniéndose á las quejas primitivas de estos hombres descarriados. La secta original no tardó en dividirse y subdividirse como sucede siempre, hasta el punto de haber actualmente en Rusia acaso cuarenta sectas de *rascólnicos*, todas ellas extravagantes, y algunas abominables. Además los *rascólnicos* en masa *protestan* contra la iglesia rusa, como esta protesta contra la iglesia romana. De una y otra parte se dan los mismos motivos, se usan los mismos raciocinios, y se alegan los mismos derechos; de manera que cualquiera queja de la autoridad dominante sería ridícula. El *rascolnismo* no sobresalta ni ofende á la nación en cuerpo, como tampoco ninguna otra religión falsa. Las clases elevadas no hablan de él sino para reírse. El sacerdocio no emprende nada contra los disidentes, porque siente su impotencia, y además debe faltarle por esencia el espíritu de proselitismo. El *rascolnismo* no sale de la clase del pueblo; pero el pueblo es algo, *aunque no contase mas que treinta millones*. Algunos hombres que se suponen enterados, hacen subir ya el número de estos sectarios á la sétima parte de aquella cantidad poco mas ó menos; lo que yo no afirmo. El gobierno, único que sabe á qué ha de atenerse, nada dice, y hace bien. Por lo demás usa con los *rascólnicos* de una prudencia, de una moderación y una bondad sin igual; y aun cuando de ello resultasen consecuencias funestas, lo que Dios no quiera, podría siempre consolarse considerando que la severidad no hubiera producido mejores resultados.

gente culta, se agarra á las carnes delicadas que la mano grosera del rascónnico no puede tocar. Otras fuerzas aun mas peligrosas obran tambien por su parte, y todas se multiplican á expensas de la masa que devoran. Hay ciertamente grandes diferencias entre las sectas inglesas y rusas; pero el principio es el mismo. La religion nacional es la que suelta la vida, y los *insectos* se apoderan de ella.

¿Por qué no vemos formarse estas sectas, por ejemplo, en Francia, en Italia &c.? Porque aqui la religion vive toda entera, y no cede nada. Podrá verse al lado de ella la incredulidad absoluta, como se puede ver un cadáver al lado de un hombre vivo; pero nunca producirá nada de impuro fuera de sí misma, supuesto que la vida pertenece enteramente á la religion. Al contrario podrá propagarse y multiplicarse en otros hombres, en quienes será tambien *la misma*, sin debilitacion ni disminucion, así como la luz de una antorcha se comunica á otras mil.

CAPÍTULO IV.

SOBRE EL NOMBRE DE FOCIANAS APLICADO A LAS IGLESIAS CISMÁTICAS.

Algunos lectores observarán acaso con cierta sorpresa que me he valido constantemente del epíteto de *focianas* para designar las iglesias separadas de la unidad cristiana por el cisma de *Focio*. Si en esto vieran el mas leve deseo de ofensa, ó la menor señal de desprecio, se engañarian mucho acerca de mis intenciones. No trato mas que de dar á las cosas un nombre verdadero; punto sin duda de la mayor importancia. He dicho ya, y nada hay mas evidente, que toda iglesia separada de Roma es protestante. En efecto, que *proteste* hoy, ó que haya *protestado* ayer; que *proteste* sobre un dogma, sobre dos ó sobre diez; siempre es cierto que *protesta* contra la unidad y contra la autoridad universal. Focio habia nacido en esta unidad, y tanto reconocia la autoridad del Papa, que le pidió con les mayores instancias

el título de *patriarca ecuménico* (absurdo no siendo único). No llegó a romper con el sumo pontífice, sino por no haber podido alcanzar aquel gran título que ambicionaba; porque es muy esencial observar que no se trató jamás de dogmas entre nosotros al principio de la grande y funesta separación. Luego que se verificó, para darle una base plausible, se pasó á las disputas de dogmas. La adición de *Filioque* al símbolo no había producido ninguna discordia entre nosotros y los griegos. Las iglesias latinas que eran muchas en Constantinopla, cantaban el símbolo sin ocasionar el menor escándalo. ¿Qué mas se quiere? Dos concilios ecuménicos se celebraron en Constantinopla despues de la adición del *Filioque*, y los orientales no se quejaron en ninguno. (1).

(1) Ya que se trata de la palabra *Filioque*, quizá se lea con atención la observación siguiente: Es bien conocido el papel que representó el platonismo en los primeros siglos de la cristiandad. Pues la escuela de Platon sostenia que la segunda persona de su famosa trinidad procedia de la primera, y la tercera de la segunda. En obsequio de la brevedad omito las autoridades, que son incontestables. Arrio, que habia tenido trato muy frecuente con los platónicos, aunque en el fondo fuese menos ortodoxo que ellos sobre la divinidad, se acomodaba muy bien con esta idea, porque su interés estaba en concederle todo al Hijo, excepto la *consustancialidad*. Así los arrianos debian sostener voluntariamente con los platónicos (aunque partiendo de principios diferentes), que el Espíritu Santo procedia del Hijo. Macdonib, cuya herejía era una consecuencia necesaria de la de Arrio, vino despues y por su sistema se veia impulsado á la misma creencia: Abusando del célebre pasaje: *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil*, concluyó que el Espíritu Santo era una producción del Hijo, que lo habia hecho todo. Siendo esta opinion común á



Estos hechos no deben repetirse para los teólogos que no pueden ignorarlos, sino para las personas indotas que tienen poca ó ninguna noticia de ellos, aun en los países donde sería tan importante que los supiesen.

Focio pues *protestó* como lo hicieron luego las iglesias del siglo XVI; de manera que entre todas las iglesias disidentes no hay otra diferencia que la que resulta del número de dogmas controvertidos. En cuanto al principio es el mismo: una insurreccion contra la iglesia madre, á quien acusan de error ó de usurpacion. Ahora bien, siendo el principio uno mismo, las consecuencias no pueden diferenciarse sino en las fechas. Es preciso que todos los dogmas desaparezcan uno tras otro, y que todas esas iglesias vengan á ser al fin socinianas, principiando siempre la apostasia y consumándose desde luego en el clero; lo que recomiendo mucho á la atencion de los observadores.

En cuanto á la invariabilidad de los dogmas escritos, los arrianos de todas clases, á los macedonianos y á todos los afincados al platonismo, es decir, reuniendo estas diferentes clases á una porcion formidabile de los hombres instruidos de aquel tiempo, el primer concilio de Constantinopla debia condenarla solemnemente, y así lo hizo declarando la procesion *ex Patre*. En cuanto á la procesion *ex Filio* nada dijo, porque no se trataba de ella, porque nadie la negaba, y porque *era demasiado crecida*, si puede uno expresarse así. Este es el punto de vista bajo el cual ha de mirarse, á lo que me parece, la decision del concilio; lo cual no excluye ningun otro argumento empleado en esta cuestion, decidida ademas antes de toda discusion teológica por los argumentos sacados de la mas sólida ontología.

tos, de las fórmulas nacionales, de las vestiduras, de las mitras y báculos, de las genuflexiones, inclinaciones, signos de cruz &c., no añadiré á lo dicho mas que una palabra. Si César y Ciceron hubieran podido vivir hasta nuestros tiempos; vestirían como nosotros: sus estatuas llevarán eternamente la pretexta latíclavia.

Siendo pues *protestante* toda iglesia separada de la unidad, es justo comprenderlas todas bajo la misma denominacion: ademas como las iglesias protestantes se distinguen entre sí por el nombre de sus fundadores, por el de las naciones que recibieron la supuesta reforma, en mas ó en menos, ó por algun síntoma particular de la enfermedad general, de modo que decimos; *es calvinista, es luterano, es anglicano, es metodista, es baptista* &c.; conviene distinguir con una denominacion particular á las iglesias que protestaron en el siglo XI; y ciertamente no se encontrará nombre mas exacto que el que se saca del autor mismo del cisma. Es muy justo que este funesto personaje dé su nombre á las iglesias que extravió. Así son *socianas*, como la de Ginebra es *calvinista*, y la de Wittemberg *luterana*. Sé muy bien que estas denominaciones particulares les desagradan (1), porque la conciencia les dice que

(1) «En cuanto al término de *calvinistas*, sé que hay muchos que se ofenden cuando se les da este nombre.» (*Perpetuidad de la fé*, XI, 2). «Tollando llama *luteranos* á los *evangélicos*, aun- que muchos de ellos rechazan esta denominacion.» (*Leibnitz en sus obras*, tom. V, pág. 142). «En Alemania se llama con prefe-

toda religion que lleva el nombre de una persona ó de un pueblo, es necesariamente falsa; pero cada iglesia separada se da entre los suyos los nombres mas bellos posibles: ese es privilegio del orgullo nacional ó particular; ¿quién podria disputarsele?

..... *Orbis me sibilat; at mihi plaudo
ipsa domi...*

Mas todas estas delicadezas de un orgullo ofendido son ajenas de nosotros que no debemos respetarlas: al contrario, es un deber de todos los escritores católicos no dar nunca otro nombre que el de focianas á las iglesias separadas por 'Focio'; no por un espíritu de odio y de resentimiento (Dios nos libre de semejante bajezal), sino por un espíritu de justicia, de amor y de benevolencia universal; á fin de que esas iglesias, recordando continuamente su origen, lean siempre en su nombre su nulidad.

Este deber les está prescrito imperiosamente sobre todo á los escritores franceses,

Quos penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi;

estándoles visiblemente confiada la eminente prerogativa de dar nombre á las cosas en Europa como á representantes del pueblo, como lo ha sido en otros siglos. (El mismo, *Nuevo ensayo, acerca del entendimiento humano*, pag. 461.) Léase muy oportunamente.

representantes de la nacion de quien son intérpretes. Guárdense pues de dar á las iglesias *focianas* los nombres de *iglesia griega ú oriental*: no hay cosa mas falsa que estas denominaciones. Antes de la separacion eran exactas, porque entonces solo significaban las diferencias de muchas iglesias reunidas en la unidad de una misma potestad suprema; pero desde que estas denominaciones han expresado una existencia independiente, no son tolerables ni deben ya usarse.

CAPÍTULO V.

IMPOSIBILIDAD DE DAR Á LAS IGLESIAS SEPARADAS UN NOMBRE COMUN QUE EXPRESE LA UNIDAD. PRINCIPIOS DE TODA LA DISCUSION, Y PREDICCIÓN DEL AUTOR.

Esto me conduce á aclarar una verdad en que no se fija bastante la atencion, aunque lo merece mucho; y es que habiendo perdido todas estas iglesias la unidad, es imposible reunir las á todas bajo un nombre comun y *positivo*. ¿Se las llamará *iglesia oriental*? Nada hay ciertamente menos *oriental* que la Rusia, que forma no obstante una parte *bastante considerable* de la totalidad. Yo diria mas: que si fuese preciso absolutamente poner en contradiccion los nombres y las cosas, preferiria llamar *iglesia rusa* á todo el conjunto de iglesias separadas. Verdad es que este nombre excluiria á la Grecia y el Levante; mas la pujanza y la dignidad del imperio disimularian á lo menos el vicio del lenguaje, que en el fondo subsistirá siempre. ¿Se dirá por ejemplo *iglesia griega* en vez de *iglesia oriental*? Este nombre

será todavía mas falso; porque la Grecia, si no me engaño, está en Grecia.

Mientras que en el mundo no se veía mas que Roma y Constantinopla, la division de la iglesia seguía naturalmente á la del imperio, y se decia *la iglesia occidental y la iglesia oriental*, del mismo modo que *el emperador de Occidente y el emperador de Oriente*; y aun entónces (conviene notarlo) esta denominacion hubiérase sido falsa y engañosa, si la misma fé no hubiese reunido las dos iglesias bajo la supremacía de un jefe común, pues que en esta suposicion no hubieran tenido un nombre comun; y se trata precisamente de este nombre, que debe ser católico y universal para representar la unidad total.

Esa es la razon por qué las iglesias separadas de Roma no tienen ya nombre comun, ni pueden designarse sino con uno negativo que declare, no lo que son, sino lo que no son; y bajo este último respeto solo la palabra *protestante* convendrá á todas, y las comprenderá á todas, porque abraza exactísimamente en su generalidad á todas las iglesias que han *protestado* contra la unidad.

Si se desciende á pormenores, el título de *fociana* será tan exacto como el de *luterana, calvinista &c.*; porque todos estos nombres designan muy bien las diferentes especies de protestantismos reunidos bajo el género universal; pero nunca se encontrará un nombre positivo y general para ella.

Es sabido que estas iglesias se dan á sí mismas el nombre de *ortodoxas*, y por la Rusia se leerá en fran-

cés este epíteto ambicioso en el occidente, porque hasta ahora se ha hablado poco entre nosotros de esas iglesias ortodoxas, habiéndose dirigido toda nuestra polémica religiosa solo contra los protestantes. Mas como la Rusia se hace cada día mas europea, y la lengua universal se halla absolutamente naturalizada en aquel vasto imperio; es imposible que alguna pluma rusa, determinada por una de aquellas circunstancias que no pueden preverse, no dirija alguna embestida francesa contra la iglesia romana; lo cual es de desear, porque ningun ruso puede escribir contra esta iglesia, sin probar que es protestante.

Entonces por la primera vez oiremos hablar en nuestras lenguas de la iglesia ortodoxa, y todos preguntarán: ¿qué es la iglesia ortodoxa? Y cualquiera, cristiano del Occidente, al decir: sin duda es la mia, se tomará la libertad de ridiculizar el error que se hace á sí mismo este cumplimiento y le toma por un nombre.

Siendo libre cada uno de darse el nombre que le conviene, la misma Luis en persona seria dueño de escribir sobre la puerta de su casa: *Palacio de Artemisa*. La gran dificultad consiste en obligar á los demas á darnos tal ó cual nombre; lo cual no es tan fácil como engalarnos con él por nuestra propia autoridad; y sin embargo no hay mas nombre verdadero que el reconocido.

Aquí se presenta una observacion importante. Asi como es imposible darse á sí mismo un nombre falso; lo es igualmente darle á los demas. El partido protestante no ha hecho los mayores esfuerzos para darnos á

nosotros el nombre de *papistas*? Sin embargo jamás ha podido conseguirlo; así como las iglesias focianas no han cesado de darse el nombre de *ortodoxas*, sin que un solo cristiano libre del cisma haya consentido nunca en llamarlas así. Este nombre de *ortodoxa* ha continuado siendo lo que será siempre, un cumplimiento ridículo en extremo, pues que solo le pronuncian los que se le aplican á sí mismos; y el nombre de *papista* es también lo que siempre fue, á saber, un verdadero insulto, y un insulto bajo que aun entre los protestantes nunca sale de boca de una persona distinguida.

Mas para concluir tocante á la palabra *ortodoxa*, ¿qué iglesia no se cree tal? ¿Y qué iglesia concede este título á las demas que no estan en comunión con ella? Una ciudad grande y magnífica de Europa presenta una experiencia interesante que propongo á todos los observadores. Un espacio bastante reducido contiene iglesias de todas las comuniones cristianas: allí se ve una iglesia católica, una rusa, una armenia, una calvinista, una luterana: un poco mas allá se ve una iglesia anglicana: creo que solo falta una iglesia griega. Pregúntese al primer hombre que se encuentre en la calle: *Enséñeme V. la iglesia ortodoxa*. Cada cristiano mostrará la suya; lo que es una gran prueba de una *ortodoxia* comun. Pero si se le dice: *Enséñeme V. la iglesia católica*; todos responderán: *Ahí la tiene V., y señalarán la misma*.

¡ Grande y profundo objeto de meditacion ! *Solo ella tiene un nombre* en que todo el mundo conviene; porque debiendo expresar este nombre la unidad, que no

se encuentra sino en la iglesia católica, esta unidad no puede ser desconocida donde se halla, ni supuesta donde no se halla. Amigos y enemigos todos están de acuerdo en este punto. Nadie disputa sobre el nombre que es tan evidente como la cosa. Desde el principio del cristianismo la *iglesia* ha tenido el nombre que tiene hoy, y jamás le ha variado; porque ninguna esencia puede desaparecer ni alterarse siquiera sin perder su nombre. Si el protestantismo lleva siempre el mismo, aunque su fé haya variado considerablemente; es porque siendo su nombre puramente negativo; y no significando sino una renuncia del catolicismo, cuanto menos crea y mas *proteste*, mas será el mismo. Haciéndose pues su nombre cada día mas verdadero, debe subsistir hasta que aquel perezca, como perezca la úlcera con el último átomo de carne viva que devora.

El nombre de *católica* al contrario expresa una esencia, una realidad que debe tener un nombre; y como fuera de su círculo divino no puede haber unidad religiosa, podrán encontrarse *iglesias* fuera de este círculo; pero de ningún modo *la iglesia*.

Jamás, jamás las iglesias separadas podrán darse un nombre comun que explique la unidad, no habiendo ningún poder, segun creo, que dé nombre á la nada. Se darán pues nombres nacionales ó nombres á su antojo, que nunca dejarán de expresar precisamente la cualidad que falta á estas iglesias: se llamarán *reformada*, *evangélica*, *apostólica* (1), *anglicana*, *escocesa*, *orto-*

(1) La iglesia anglicana cuya sensatez y cuyo orgullo repugnan

doxa &c.; nombres evidentemente todos falsos, y ademas acusadores, porque son respectivamente nuevos, particulares y aun ridiculos para cuantos no pertenecan al partido que se los atribuye; lo que excluye toda idea de unidad, y por consiguiente de verdad.

Regla general: todas las sectas tienen dos nombres: uno que se dan ellas, y otro que se les da. Así las iglesias focianas, que se llaman á sí mismas *ortodoxas*, son llamadas por los demas *cismáticas*, *griegas* ú *orientales*, voces sin duda alguna sinónimas. Los primeros reformadores se intitularon no menos valerosamente *evangélicos*, y los segundos *reformados*; pero todos los que no son ellos, los llaman *luteranos* y *calvinistas*. Los anglicanos, como hemos visto, intentan llamarse *apostólicos*; pero toda la Europa y aun una parte de Inglaterra se reirá de ellos. El rascólnico ruso se da el nombre de *creyente viejo*; mas siempre será *rascólnico* para todo el que no lo sea. Solo el católico es llamado como él se llama, y tiene un solo nombre para todos los hombres.

El que no dé ningun valor á estas observaciones,

igualmente verse juntos, ha dado de algun tiempo acá en sostener que no es *protestante*. Algunos individuos del clero han defendido abiertamente esta tesis; y como en tal suposicion se encontraban sin nombre, han dicho que eran *apostólicos*. Algo tarde es, como se deja conocer para darse un nombre, y la Europa se ha hecho demasiado impertinente para creer este ennoblecimiento. Por lo demas el parlamento deja decir á los *apostólicos*, y no cesa de *protestar* que es *protestante*.

habrá meditado poco el primer capítulo de la ontología, el de los *nombres*.

Es cosa muy notable que estando obligado todo cristiano á confesar en el símbolo *que cree en la iglesia católica*; sin embargo ninguna iglesia disidente se ha atrevido jamás á adornarse con este título, y llamarse *católica*, aunque nada era mas fácil que decir: *nosotros somos los católicos*; y además la verdad está unida evidentemente á esta cualidad de *católica*. Pero aquí como en otras muchas ocasiones todos los cálculos de la ambición y de la política cedían á la invencible conciencia. Ningun novador se atrevió jamás á usurpar el nombre de *la iglesia*, ya porque ninguno de ellos haya reflexionado que él mismo se condenaba mudando de nombre, ya porque todos hayan conocido aunque de un modo obscuro, la absoluta imposibilidad de semejante usurpación. La iglesia católica, semejante al libro único, de que es la única depositaria y la sola intérprete legítima, se halla revestida de un carácter *tan grande, tan notable y tan perfectamente inimitable* (1), que nadie pensará jamás en disputarle su nombre contra la conciencia del universo.

Así cuando un miembro de una de las iglesias disidentes tome la pluma contra *la iglesia*, debe detenerse en el mismo título de su obra, y decirle: «¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Por quién hablas?—Por la iglesia, dirá.—Pero ¿qué igle-

(1) Son bien conocidas estas expresiones de Rousseau hablando del Evangelio.

»sia? ¿La de Constantinopla, la de Smirna, la de Buc-
»karest, de Corfú &c.? Ninguna de ellas puede ser
»oida contra la iglesia; como ni tampoco el represen-
»tante de una provincia particular contra una asamblea
»nacional, presidida por el soberano. Así eres condena-
»do justamente antes de ser oído: no tienes razon sin
»necesidad de mas exámen, porque estás solo. Acaso dirá
»él: yo hablo por todas las iglesias que habeis nombra-
»do, y por todas las demas que siguen la misma fé. —
»En este caso enseña tus poderes; y si son especiales,
»subsiste la misma dificultad: representarás muchas
»iglesias; pero no la iglesia. Hablarás por algunas pro-
»vincias; mas el estado no puede oírte. Si pretendes
»obrar sobre todas en virtud de un poder de unidad,
»nombra esta unidad, haznos conocer el punto céntrico
»que la constituye, y dí su nombre, que debe ser tal,
»que el oído del género humano le reconozca sin vacilar.
»Si no puedes nombrar ese punto céntrico, ni aun os que-
»da el refugio de llamaros república cristiana; porque
»no hay república que no tenga un consejo comun, un
»senado, unos jefes cualesquiera que representen y go-
»biernen la asociacion (1). Nada de todo esto se halla entre

(1) Esto es de la mayor importancia. Mil veces se ha oído preguntar en ciertos países *por qué la iglesia no podría ser presbiteriana ó colegiada*. Concedo que pueda ser, aunque está demostrado lo contrario. Es preciso al menos mostrárnosla tal, antes de preguntar si es legítima bajo esta forma. Toda república posee la unidad soberana, como cualquier otra forma de gobierno. Sean pues las iglesias focianas lo que quieran con tal que sean alguna cosa. Indíquennos una gerarquía general, un sí-
nodo, un consejo, un senado, como quieran del cual declaren

»vosotros; y, por consiguiente no poseéis especie alguna de unidad, de gerarquía, ni de asociacion comun. Ninguno de vosotros tiene derecho de tomar la palabra en nombre de todos. Creeis que componeis un edificio, y no sois mas que piedras.»

Se ve que estamos muy distantes de ventilar juntos ninguna cuestion de dogma ó de disciplina. Ante todas cosas tienen que legitimarse nuestros antiguos adversarios, y decirnos lo que son. Mientras que no prueben que ellos son *la iglesia*, no tienen razon aun antes de haber hablado; y para probar que son *la iglesia*, es preciso que nos muestren un centro de unidad visible á los ojos de todos, y que lleve un nombre positivo y juntamente exclusivo, admitido por todos los partidos.

Yo resisto al movimiento que me arrastraria á la polémica: los principios me bastan: hédos aquí.

1.º El sumo pontífice es la base necesaria, única y exclusiva del cristianismo. A él pertenecen las promesas, y con él desaparece la unidad, es decir, la iglesia.

2.º Toda iglesia que no es católica, es *protestante*. Siendo el principio el mismo en todas partes, es decir, una *insurreccion contra la unidad soberana*; todas las iglesias disidentes no pueden diferenciarse sino por el número de los dogmas desechados.

3.º Siendo la supremacía del Papa el dogma capital, sin el cual no puede subsistir el cristianismo, to-

que dependen *todas*. Entonces trataremos la cuestion de si *la iglesia universal puede ser una republica ó un colegio*. Hasta esa época todas ellas son nulas en el sentido universal.

das las iglesias que desechan este dogma (cuya importancia se ocultan á sí mismas), estan de acuerdo, aun sin saberlo: todo lo demas es accesorio; y de ahí viene su afinidad, aunque ignoren la causa.

4.º El primer síntoma de la nulidad que hiere á esas iglesias, es el de perder improvisa y simultáneamente el poder y la voluntad de convertir á los hombres y de adelantar la obra divina. Ya no hacen conquistas, y hasta afectan despreciarlas. Son estériles, y nada hay mas justo, pues que han rechazado al *esposo* (1).

5.º Ninguna de ellas puede conservar en su integridad el símbolo que poseia en el momento de la separacion. La *fé* no les pertenece. El hábito, el orgullo, la obstinacion pueden ponerse en su lugar, y engañar á ojos inexpertos: el despotismo de una potestad heterogénea que preserva á esas iglesias de todo contacto extranjero, la ignorancia y la barbarie que son sus consecuencias, pueden mantenerlas todavía por algun tiempo en un estado de firmeza, que presente á lo menos algunas formas de vida; pero al cabo nuestras lenguas y nuestras ciencias las penetrarán, y las veremos recorrer con un movimiento acelerado todos los grados de disolucion, que ya nos ha puesto á la vista el protestantismo calvinista y luterano (2).

6.º En todas estas iglesias las grandes variaciones

(1) Hasta las hemos oido jactarse de esta esterilidad.

(2) Digo todo esto sin intentar afirmar que la obra no esté ya principiada, y aun muy adelantada. Yo quiero ignorarlo: poco me importa. Bástanme saber que la cosa no puede ir de otra manera.

que anuncio, principiaron por el clero; y la primera que dará este grande é interesante espectáculo, es la iglesia rusa, porque es la que está mas expuesta al viento europeo (1).

No escribo para disputar: respeto todo lo que es respetable, y sobre todo á los soberanos y á las naciones. No aborrezco mas que el odio; pero digo lo que es, lo que será y lo que debe ser; y si los sucesos contrarían mis asertos, invoco de todo corazon el desprecio y la risa de la posteridad sobre mi memoria.

(1) Entre las iglesias *grecianas* ninguna debe interesarnos tanto como la iglesia rusa, que se ha hecho enteramente europea, desde que la supremacía exclusiva de su augusto jefe la ha separado feliçisimamente para siempre de los arrabales de Constantinopla.

CAPÍTULO VI.

RACIOCINIOS FALSOS DE LAS IGLESIAS SEPARADAS Y REFLEXIONES SOBRE LAS PREOCUPACIONES RELIGIOSAS Y NACIONALES.

Las iglesias separadas conocen muy bien que les falta la unidad, y que no tienen gobierno, consejo, ni vínculo comun. Una objecion sobre todo se presenta en primera línea; que hace impresion en todos los ánimos. Si se originasen dificultades en la iglesia, si fuese combatido algun dogma; ¿qué tribunal decidiria la cuestion, no habiendo jefe comun para dichas iglesias, ni siendo posible congregar un concilio ecuménico, supuesto que no puede ser convocado, que yo sepa, ni por el sultan, ni por ningun obispo particular? En los paises sometidos al cisma se ha tomado el partido mas extraordinario que puede imaginarse; y es negar *«que pueda haber en la iglesia mas de siete concilios, y sostener que todo fue decidido por los concilios generales que precedieron á la*

»separacion, y que no se deben convocar otros nuevos (1).»

Si se les objetan las máximas mas evidentes de todo gobierno imaginable; si se les pregunta qué idea se forman de una sociedad humana, de una agregacion cualquiera, sin jefe, sin poder legislativo comun y sin asamblea nacional; empiezan á divagar para venir á decir despues de algunos rodeos (lo he oido mil veces): *que ya no necesitan mas concilios, y que todo está decidido.*

Tambien citan muy formalmente los concilios que decidieron *que todo estaba decidido*; y porque estas asambleas habian prohibido sábiamente que se removiesen las cuestiones ya terminadas, infieren de ahí que no se pueden tratar ni decidir otras, aun cuando el cristianismo se viese combatido por nuevas herejías.

De donde se sigue que la iglesia hizo mal en congregarse para condenar á *Macedonio*, porque ya se habia juntado antes para condenar á *Arrio*; y que tambien hizo mal en reunirse en Trento para condenar á *Lutero* y *Calvino*, *porque los primeros concilios lo habian decidido ya todo.*

Esto podria tener trazas de una relacion fantástica para algunos lectores; pero nada hay mas rigurosamente verdadero. En todas las discusiones en que se in-

(1) No hay para qué decir que el concilio VIII es nulo, porque condenó á *Focio*: si antes de aquella época hubiese habido diez concilios en la iglesia, estaria demostrado que la iglesia no podia pasar sin diez concilios. En general la iglesia es infalible para los novadores hasta que los condena.

teresa el orgullo, y sobre todo el orgullo nacional, si se ve uno estrechado con raciocinios invencibles, tragará los mas inconcebibles absurdos mas bien que retroceder.

Se nos dirá con mucha seriedad: «que el concilio »de Trento es nulo y nada prueba, porque no asistieron »á él los obispos griegos (1).»

¡Bello razonamiento por cierto! De aquí se sigue que siendo por la misma razon nulo todo concilio *griego* para nosotros, porque no seríamos llamados á él, y no reconociéndose ademas en los paises á quienes se da este nombre, las decisiones de un jefe comun; la iglesia no tiene ya gobierno, ni asambleas generales (ni aun son posibles), ni medios de tratar en cuerpo sus propios intereses; en una palabra no tiene ya unidad moral.

Una vez adoptado el principio por el orgullo, no le asustan las mas monstruosas consecuencias; y como acabo de decir, nada le detiene.

Esta voz *orgullo* me recuerda dos verdades de muy diferente naturaleza, una triste y otra consoladora.

El doctor Willis, uno de los mas hábiles médicos de Europa, para curar la enfermedad mas humillante de nuestra especie, ha dicho (lo repito segun lo he oido decir á un hombre respetable) «que habia hallado

(1) ¿Y por qué los griegos? Deberia decirse: *todos los obispos socianos*; de otro modo no se sabe de quién se habla. Por lo demas conviene notar de paso que si aquellos obispos no asistieron al concilio de Trento, fue culpa suya.

»dos géneros de locura, que se habian resistido constantemente á los esfuerzos de su arte; á saber, *la locura de orgullo y la de religion.*»

¡ Ah ! Precisamente ofrecen el mismo fenómeno las preocupaciones, que tambien son una especie de locura. Las que van unidas á la religion son terribles, y cualquier observador que las haya estudiado, se habrá asustado justamente de ellas. Un teólogo inglés ha sentado como una verdad general *que ningún hombre habia sido separado jamás de su religion con argumentos* (1). Esta regla fatal tiene ciertamente sus excepciones; pero son solo en favor de la sencillez, del juicio, de la pureza y sobre todo de la oracion. Dios nada hace en favor del orgullo, ni aun de la ciencia, que tambien es orgullo, cuando camina sola. Mas si la locura del orgullo viene junta con la de la religion; si el error teológico se injerta en un orgullo furioso, antiguo, nacional, inmenso, y siempre humillado; entonces reuniéndose los dos anatemas marcados por el médico inglés, no hay poder humano que alcance á restituir la razon al enfermo: ¿qué es lo que digo? semejante mudanza seria el mayor de los milagros; porque el que se llama *conversion*, los excede á todos cuando se trata de naciones. Dios le obró solemnemente hace diez y ocho siglos, y despues le ha obrado aun algunas veces en favor de las

(1) *Never a man was reasoned out of his religion.* Conserve mucho tiempo há en la memoria este texto, igualmente notable por su valor intrínseco y por un idiotismo muy feliz de la lengua inglesa. Creo que es de Sherlock.

naciones que nunca habian conocido la verdad; pero hasta ahora no ha hecho nada en favor de las que la habian abjurado. ¿Quién sabe lo que tiene decretado? *Crear es un juego : convertir es el esfuerzo de su poder, porque el mal se le resiste mas que la nada* (1).

(1) *Deus, qui dignitatem humanæ substantiæ mirabiliter condidisti, et mirabilius reformasti.* (Liturgia de la misa) — *Deus, qui mirabiliter creasti hominem, et mirabilius redemisti* (Liturgia del Sábado Santo, antes de la misa.)

CAPÍTULO VII.

DE LA GRECIA Y DE SU CARÁCTER. ARTES, CIENCIAS Y PODER MILITAR.

Creo que puede decirse de la Grecia en general lo que dijo de Atenas en particular uno de los mas graves historiadores de la antigüedad: *que sus hazañas son á la verdad grandes; pero sin embargo inferiores á lo que la fama nos cuenta de ellas* (1).

Otro historiador, y si no me equivoco el primero de todos, dijo hablando de las Termópilas: *Lugar célebre mas por la muerte que por la resistencia de los Lacedemonios* (2). Esta expresion sumamente delicada se refiere á la observacion general que acabo de hacer.

(1) *Atheniensium res gestæ, sicut ego existimo, satis amplæ magnificæque fuere; verùm aliquanto minores quàm famâ feruntur.* (Salust. Cat. VIII.)

(2) *Lacedæmoniorum moito magis memorabilis quàm pugna.* (Liv. XXXVII.)

La reputacion militar de los griegos propiamente dichos fue adquirida sobre todo á expensas de los pueblos del Asia, á quienes deprimieron los primeros en los escritos que nos han dejado, hasta tal punto que se han deprimido á sí mismos. Al leer los pormenores de aquellas grandes victorias, que ejercitaron tanto el pincel de los historiadores griegos, recuerda uno involuntariamente la famosa exclamacion de César en el campo de batalla, donde acababa de perecer el hijo de Mitridates: *¡O feliz Pompeyo! ¡qué enemigos has tenido que combatir!* Luego que la Grecia se encontró con el genio de Roma, se postró de rodillas para no levantarse mas.

Ademas los griegos celebraban á los griegos. Ninguna nacion contemporánea tuvo ocasion, ni medios, ni voluntad de contradecirles; pero cuando los romanos tomaron la pluma, no dejaron de ridiculizar *lo que los griegos embusteros se atrevieron á ingerir en la historia* (1).

Entre las familias griegas solos los macedonios pudieron distinguirse por una corta resistencia al ascendiente de Roma. Aquel era un pueblo aparte, un pueblo monárquico que tenia su dialecto peculiar (que ninguna musa ha hablado), que no participaba de la elegancia, de las artes, ni del ingenio poético de los griegos propiamente dichos, y que acabó por sojuzgarlos, porque estaba formado de un modo muy diferente. Sin embargo aquel pueblo cedió como los demas.

(1) *Et quidquid Græcia mendax*
Audet in historid. (Juven.)

En general nunca fue ventajoso á los griegos medir sus fuerzas militares con las de las naciones occidentales. En un momento en que el imperio griego tuvo cierto esplendor, y á lo menos poseías un grande hombre, costó caro al emperador Justiniano el haberse tomado la libertad de intitularse *franco*. Los franceses, mandados por Teodeberto, fueron á Italia á pedirle cuenta de aquella vaná licencia; y si la muerte no le hubiese librado afortunadamente de Teodeberto, es Probable que el verdadero *franco* hubiera vuelto á prancia con el sobrenombre legítimo de *bizantino*.

Hay que añadir que la gloria militar de los griegos no fue mas que un relámpago. *Ifcrates*, *Cabrias* y *Timoteo* cierran la lista de sus grandes capitanes, que abrió *Milciades* (1). Desde la batalla de Maratou á la de Leucadia no se cuentan mas que ciento y catorce años. ¿Qué es una nacion semejante, comparada con los romanos, que no cesaron de vencer durante mil años, y que poseyeron el mundo conocido? ¿Y qué es, aun comparada con las naciones modernas, que han ganado las batallas de Soissons y de Fontenoi, de Creci y de Waterloo &c., y que estan todavía en posesion de sus nombres y de sus territorios primitivos, sin haber cesado jamás de crecer en fuerzas, en luces y en reputacion?

Las letras y las artes fueron el triunfo de la Gre-

(1) *Neque post illorum obitum quisquam dux in illa urbe fuit dignus memoriâ* (Corn. Nep. in *Timoth.* IV.). El resto de la Grecia no presenta diferencias.

cia. En uno y otro género descubrió lo bello, fijó sus caracteres, y nos ha transmitido unos modelos que apenas nos han dejado otro mérito que el de imitarlos: así hay que seguirlos só pena de errar.

En la filosofía desplegaron los griegos bastante talento; sin embargo no son los mismos hombres, ni es permitido alabarlos sin tasa. Su verdadero mérito en este género consiste en haber sido, si puede uno expresarse así, los *corredores* de la ciencia entre el Asia y la Europa: no digo que este mérito no sea grande; pero no tiene nada de comun con el talento de invencion que faltó enteramente á los griegos. Sin disputa fueron el último pueblo instruido; y como dijo muy bien Clemente Alejandrino, *la filosofía no llegó á los griegos hasta que dió la vuelta al mundo* (1). Nunca supieron mas que lo que aprendian de sus mayores; pero con su estilo, su gracia y el arte de darse importancia han *llenado nuestros oídos*, valiéndome de un latinismo muy oportuno.

El doctor Long ha observado *que la astronomía nada debe á los académicos ni á los peripatéticos* (2); y es que estas dos sectas eran exclusivamente griegas, ó mas bien *áticas*; de modo que no se habian acercado á las fuentes orientales, donde se sabia sin disputar de nada en vez de disputar de todo sin saber nada, como sucedia en Grecia.

La filosofía antigua es directamente opuesta á la de los griegos, que en el fondo no era mas que una dispu-

(1) Clement. Alex., *Strom.* 1.

(2) Maurice' the history of Indostan in 4.^o, tomo I, p. 169.

T. 5.

ta eterna. La Grecia era la patria del silogismo y del desvarío: allí se pasaba el tiempo en producir razonamientos falsos, al paso que se enseñaba el modo de raciocinar.

El mismo padre griego que acabo de citar, dice tambien con mucha verdad y sabiduría: «El carácter de los primeros filósofos no era el de altercar ó dudar como estos filósofos griegos, que no cesan de argumentar y de disputar por una vanidad vana y esteril, y no tratan mas que de bagatelas inútiles (1).» Precisamente es lo que dijo mucho tiempo antes un filósofo indio: «Nosotros no nos parecemos en nada á los filósofos griegos, que componian discursos grandes sobre cosas pequeñas: nuestra costumbre es anunciar las cosas grandes en pocas palabras, para que todo el mundo se acuerde de ellas (2).»

En esto se distingue en efecto el pais de los dogmas del de los argumentos. Taciano en su famoso discurso á los griegos les decia ya con cierto movimiento de impaciencia: *Acabad pues de darnos imitaciones por invenciones* (3).

Lanzi en Italia y Gibbon al otro lado de los Alpes han repetido la misma observacion sobre el ingenio griego, cuya elegancia y esterilidad han reconocido al mismo tiempo (4).

(1) Clement. Alex., *Strom.* VIII.

(2) Calamus Gimnosoph. apud. Athæn., Edit. Theven., fol. 2.

(3) Παύταθε τας μιμήσεις εὐρίπτεϊς αποκλῦντες. Tat. *Orat. ad Græc.* edit. Paris 1615, en 12, vers. init.

(4) «I Greci sempre più felici in perfezionare arti che in in-

Si hay alguna cosa que al parecer pertenece propiamente á la Grecia es la música; sin embargo aun en este género todo le venia de Oriente. Estrabon observa que la *cítara* se habia llamado la *asiática*, y que todos los instrumentos de música tenian en Grecia nombres extranjeros, tales como la *nabla*, la *sambuca*, el *barbiton*, la *magada* (1).

Hasta el terreno fangoso de Alejandría se mostró mas favorable á la ciencia que las tierras clásicas de Tempe y de la Cerámica. Con razon se ha observado que despues de la fundacion de aquella grande ciudad egipcia no hay ningun astrónomo griego que no haya nacido ó por lo menos adquirido allí sus conocimientos y su reputacion: tales son Timocaris, Dionisio el astrónomo, Eratóstenes, el famoso Hipparco, Possidonio, Sosigenes, en fin Tolomeo, que es el último y el mayor de todos (2).

Lo mismo sucede respecto de los matemáticos. Euclides, Pappo y Diofantes eran de Alejandría, y Arquimedes, que parece haberlos superado á todos, fue italiano.

ventarle. (Saggio di letteratura etrusca &c., tom. II, pag. 189) — «El ingenio de los griegos, aunque novelesco, ha embellecido mas que inventado.» (Gibbon, *Memorias*, tom. II, pag. 207 traduc. franc.)

(1) Huet, *Demost. Evang. prop. IV, cap IV*, núm. II. En el día aun se llama *ch'hi-tar* (kita) una especie de viola de seis cuerdas que se usa mucho en todo el Indostan. (*Investig. asiat.*, tom. VII, en 4.º, pág. 471) En esta voz se encuentra la *cítara* de los griegos y de los latinos y nuestra *guitarra*.

(2) Observacion del abate Terrasson (*Sethos. Lib. II.*)

Léase á Platon, y en cada página podrá hacerse una distincion muy notable. Siempre que se muestra griego, fastidia, y á veces impacienta. Solo es grande, sublime y penetrante cuando es teólogo; es decir, cuando enuncia dogmas positivos y eternos, libres de toda argucia, y que llevan tan claramente el sello oriental, que para desconocerle es preciso no haber vislumbrado jamás el Asia. Platon habia leído y viajado mucho; y en sus escritos hay mil pruebas de que habia acudido siempre á las fuentes verdaderas de las verdaderas tradiciones. En él habia un sofista y un teólogo, ó si se quiere un griego y un caldeo. Para entender á este filósofo es menester no olvidar nunca esta idea al leerle.

Séneca en su epístola 113 nos ha dado una muestra singular de la filosofía griega; pero nadie en mi concepto la habia caracterizado con tanta verdad y originalidad como el filósofo querido del siglo XVIII. «Antes de los griegos, dice, hubo hombres muchas mas sabios que ellos; pero florecieron en silencio, y han quedado desconocidos porque no fueron ensalzados nunca con la flauta y la trompa de los griegos.... (1) Los hombres de esta nacion reunen invariablemente la precipitacion del juicio al furor de doctrinar; dos defectos que son enemigos mortales de la ciencia y de la sabiduría. El sacerdote egipcio tuvo mucha razon para decirles: *Vosotros los griegos no sois mas que unos niños*. Con efecto ellos ignoraban igual-

(1) «Sed tamen majores cum silentio floruerunt antequàm in Græcorum tubas ac fistulas adhuc incidissent.» (Bacon. *Nov. Org.* IV, c. XXII.)

»mente la antigüedad de la ciencia y la ciencia de la
»antigüedad; y su filosofía lleva los dos caracteres esen-
»ciales de la infancia: *charla mucho y no produce na-*
»da (1).» Difícilmente se podría decir mejor.

Si se exceptúa á Lacedemonia, que fue un punto preciosísimo en un punto del globo, se encontrará á los griegos en la política tales como eran en la filosofía, es decir, nunca de acuerdo con los demás ni consigo mismos. Atenas, que era por decirlo así el corazón de la Grecia, y que ejercía sobre ella una verdadera magistratura, ofrece un espectáculo único en este género. No se entiende á aquellos atenienses inconstantes como niños y feroces como hombres; especie de carneros rabiosos siempre conducidos por la naturaleza, y siempre naturalmente devoradores de sus pastores. Es bien sabido que todo gobierno supone abusos; y que sobre todo en las democracias, y aun mas en las democracias antiguas, siempre se debe esperar algun exceso de la demencia popular; pero que una república no haya podido perdonar á uno solo de sus grandes hombres; que estos se hayan visto reducidos á fuerza de injusticias, de persecuciones y de asesinatos jurídicos á *no creerse seguros sino á medida que se alejaban de sus murallas* (2); que ella haya podido encarcelar, multar, acusar, despojar, desterrar, quitar la vida ó condenar á muerte á *Milciades, Temístocles, Aristides, Cimon, Ti-*

(1) « Nam verbosa videtur sapientia eorum et operum sterilia. Idem. Impetus philosophici. Opp. en 8.º tom. XI., página 272 — Nov. Org. I, LXXI.

(2) Cor. Nep. in Chabr. III.

moleo, Focion y Sócrates; jamás se ha visto sino en Atenas.

• En vano exclama Voltaire que *los atenienses eran un pueblo muy amable*: Bacon no dejaria de añadir: *como un niño*. ¿Y qué cosa habria mas terrible que un niño robusto, aunque fuese muy amable?

Se ha hablado ya tanto de los oradores de Atenas, que es casi una ridiculez hablar mas de ellos. La tribuna de Atenas hubiera sido el oprobio de la especie humana, si Focion y sus iguales, subiendo á ella algunas veces antes de beber la cicuta ó de partir para el destierro, no hubieran equilibrado un poco tanta locuacidad, extravagancia y crueldad.

CAPÍTULO VIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO. CARÁCTER MORAL DE LOS GRIEGOS. ODIOS CONTRA LOS OCCIDENTALES.

Si se pasa en seguida á examinar las cualidades morales; los griegos aparecen bajo un aspecto aun menos favorable. Es una cosa muy notable que Roma que no rehusaba rendir homenaje á su superioridad en las artes y en las ciencias, no cesó sin embargo de despreciarlos. Ella inventó la voz *græculus*, que se encuentra en todos sus escritores, y de que nunca pudieron los griegos tomar venganza, porque no habia medio de reducir el nombre romano á la forma de un diminutivo. A cualquiera que se hubiera atrevido le hubieran preguntado: ¿*Qué quier es decir?* Los romanos buscaban en Grecia médicos, arquitectos, pintores, músicos &c.; les pagaban, y se burlaban de ellos. Los galos, los germanos y los españoles tambien fueron *súbditos* suyos como los griegos; pero nunca fueron despreciados. Roma se servia de su espada y la respetaba. No tengo no-

ticia de que los romanos se burlasen de estas naciones vigorosas.

Cuando el Tasso dice: *La fede greca a chi non è palese?* expresa por desgracia una opinion antigua y moderna. Los hombres de todos tiempos han estado constantemente persuadidos que los griegos dejaban mucho que desear en punto á buena fé y á la religion práctica, que es la fuente de ella. Es curioso oir sobre la materia á Ciceron, testigo elegante de la opinion romana (1).

«Habeis oido, decia á los jueces de un cliente suyo, »á algunos testigos contra él; pero ¿qué testigos? Primeramente son griegos, y esta es una objecion admitida por la opinion general. No lo digo por querer »ofender mas que otro el honor de esta nacion; porque »si algun romano ha sido jamás su amigo y partidario, »creo que soy yo, y aun lo era mucho mas, cuando »tenia mas tiempo.... (2) Mas en fin hé aqui lo que debo decir de los griegos en general. Yo no les disputo »las letras, ni las artes, ni la elegancia del lenguaje, »ni la delicadeza de su ingenio, ni la elocuencia; y si »tienen aun otras pretensiones, no me opongo á ellas; »pero respecto á la buena fé y á la religion del juramento esa nacion nunca ha entendido una palabra: jamás »ha conocido la fuerza, la autoridad, ni el peso de las »cosas santas. ¿De dónde viene aquel dicho tan conoci-

(1) *Orat. pro Flacco*, §. IV et seq.

(2) «Et } magis etiam tum, cùm plus erat otii.» (ibid. IV); es decir: «cuando yo tenia tiempo para amar á los griegos.» ¡Ex-
presion singular!

»do: *Jura en mi causa, y yo juraré en la tuya?* ¿Se atribuye esta frase á los galos ni á los españoles? No: solo es propia de los griegos, y tan propia suya, que aun los que ignoran el griego, la saben repetir en aquella lengua (1). Contemplad bien á un testigo de esa nacion: solamente al ver su postura juzgareis de su religion y de la conciencia que autorizó su testimonio..... no piensa sino en el modo con que se explicará; pero nunca en la verdad de lo que dice..... Acabais de oir á un romano ofendido gravemente por el acusado. El podia vengarse; mas la religion le detiene: no ha dicho una palabra ofensiva; y aun lo que debia decir, ¡con qué reserva lo ha dicho! Temblaba y mudaba de color al hablar..... Ved á nuestros romanos, cuando declaran en juicio, ¡cómo se detienen! ¡cómo pesan todas sus palabras! ¡cómo temen conceder algo á la passion, ó decir mas ó menos de lo que es rigurosamente necesario! ¿Comparareis estos hombres con aquellos para quienes el juramento no es mas que un juguete? Recuso en general todos los testigos presentados en esta causa: los recuso porque son griegos, y así pertenecen á la mas inconstante de las naciones &c.»

Ciceron no obstante concede algunos elogios merecidos á dos famosas ciudades Atenas y Lacedemonia. «Pero, dice, todos los que no estan enteramente privados de conocimientos en este género, saben que los verdaderos griegos se reducen á tres familias; á saber,

(1) Δάνεισόν μοι μαρτυρίαν. Oliv. ad locum pro Flacco IV (ex Lambino).

»la ateniense, que es una rama de la jónica, la eolia y
»la dórica; y toda esta verdadera Grecia no es mas que
»un punto en Europa (1).»

Pero en cuanto á los griegos orientales, mucho mas
numerosos que los otros, Ciceron es severo sin correctivo
alguno. «Yo no quiero, les dice, citar á los extranjeros
»para formar concepto de vosotros: me atengo á vuestro
»propio juicio... El Asia menor, si no me engaño, se com-
»pone de la Frigia, de la Misia, de la Caria, de la Lidia.
»¿Quién ha inventado el antiguo proverbio: *del frigio*
»*no se logra nada mas que latigazos?* ¿Somos nosotros, ó
»vosotros? ¿Qué diré de la Caria en general? ¿No sois
»vosotros tambien los que habeis dicho: *deseais correr*
»*algun peligro?* Pues id á Caria. ¿Hay cosa mas trivial
»en la lengua griega que esta frase usada para vilipen-
»diar con exceso á un hombre: *es el último de los mi-*
»*sios?* En cuanto á la Caria os pregunto si hay una so-
»la comedia griega en que el bufon no sea un cario (2).
»¿Qué injusticia pues os hacemos, limitándonos á
»sostener que acerca de vosotros debe uno referirse á
»vosotros mismos (3)?»

(1) « Quis ignorat, qui modò unquam mediocriter res istas
scire curavit, quin tria Græcorum genera sint verè, quorum uni
sunt Athenienses, quæ gens Jonum habebatur: Æoles alteri: Do-
res tertii nominabantur? Atque hæc cuncta Græcia, quæ famâ,
quæ gloriâ, quæ doctrinâ, quæ pluribus artibus, quæ etiam
imperio et bellica laude floruit, parvum quemdam locum, ut
scitis, Europæ tenet, semperque tenuit. (Cic. *ibid.* pro Flac-
co XXVII.

(2) Pasaje notable, donde se ve lo que era la comedia,
y cómo era juzgada en la opinion romana.

(3) Cicer. *pro Flacco*, 29.

No trato de comentar este largo pasaje de una manera poco favorable á los griegos. Si se quiere tachar de exageracion , convengo en ello. Si se quiere que este retrato nada tenga de comun con los griegos de hoy; tambien convengo , y aun lo desco de todo corazon. Pero no será menos cierto que si se esceptúa acaso una corta época , la Grecia en general nunca tuvo reputacion moral en los tiempos antiguos ; y que las naciones occidentales la aventajaron siempre sin medida así en el carácter como en las armas.

CAPITULO IX.

SOBRE UN RASGO PARTICULAR DEL CARÁCTER GRIEGO. ESPÍRITU DE DIVISION.

Un carácter particular de la Grecia, que la distingue á mi juicio de todas las naciones del mundo, es su incapacidad para formar una grande asociacion política o moral. Los griegos no tuvieron jamás el honor de ser *un pueblo*. La historia no nos manifiesta entre ellos mas que algunas poblaciones soberanas que se degüellan unas á otras, y que nunca pudieron amalgamarse. Brillaron bajo esta forma, porque les era natural, y porque las naciones nunca se hacen célebres sino bajo la forma de gobierno que les es propia. La diferencia de los dialectos anunciaba la de los caracteres, igualmente que la oposicion entre las soberanías; y este mismo espíritu de division se introdujo en la filosofía, que se dividió en *sectas*, como se habia dividido la soberanía en repúblicas reducidas, independientes y enemigas. Como la voz *secta* se representa en griego por la de *here-*

jía, los griegos trasladaron esta palabra á la religion, y dijeron *la herejía de los arrianos*, como en otro tiempo habian dicho *la herejía de los estóicos*. De este modo corrompieron una palabra inocente por su naturaleza, y fueron *herejes*, es decir, *sectarios* en la religion, como lo habian sido en la política y en la filosofía. Seria superfluo recordar aquí hasta qué punto molestaron á la iglesia en los primeros siglos. Poseidos del demonio del orgullo y del de la disputa, no dejan respirar á la recta razon: cada dia inventan nuevas sutilezas; y mezclan en todos nuestros dogmas no sé qué metafísica temeraria, que sofoca la simplicidad evangélica. Queriendo ser á un mismo tiempo filósofos y cristianos, no son ni lo uno ni lo otro, y juntan con el Evangelio el espiritualismo de los platónicos y los sueños del Oriente. Armados de una dialéctica insensata, quieren dividir lo que es indivisible, y penetrar lo impenetrable; y no saben suponer el sentido divinamente vago de ciertas expresiones, que una docta humildad toma como son en sí, y que hasta evita circunscribir por no suscitar la idea de lo *interior* y de lo *exterior*. En vez de creer, disputan: en vez de orar, arguyen: los caminos reales se llenan de obispos que corren al concilio: apenas les bastan las postas del imperio: y la Grecia entera es una especie de Peloponeso teológico, donde unos átomos combaten por otros átomos. La historia eclesiástica llega á ser, gracias á estos inconcebibles sofistas, un libro peligroso. A la vista de tanta locura, de tanta ridiculez y de tanto furor la fé vacila, y el lector exclama lleno de disgusto y de indignacion: *Penè moti sunt pedes mei*.

Para colmo de desventura Constantino transfiere el imperio á Bizancio, donde encuentra la lengua griega, admirable sin duda y acaso la mas bella que los hombres han hablado; pero por desgracia en extremo favorable á los sofistas; arma penetrante, que la prudencia sola debiera haber manejado, y que por una deplorable fatalidad se encontró casi siempre en manos de los insensatos,

Bizancio haria creer en el sistema de los climas ó en algunas exhalaciones particulares á ciertas tierras, que influyen de un modo invariable en el carácter de los habitantes. Al sentarse la soberanía romana en aquel trono, sobrecogida de improviso por no sé qué influencia mágica, perdió la razon para no recobrarla jamás. Recórrase la historia universal, y no se encontrará una dinastía mas miserable. Aquellos príncipes insoportables, débiles ó furiosos, ó uno y otro al mismo tiempo, convirtieron sobre todo su demencia hácia la teología, y su despotismo se apoderó de ella para trastornarla. Los resultados son sabidos. Puede decirse que la lengua francesa ha querido juzgar á aquel imperio llamándole *bajo*. *Feneció* como habia existido, disputando. Mohammed estaba rompiendo las puertas de la capital, y los sofistas argumentaban SOBRE LA GLORIA DEL MONTE TABOR.

Sin embargo como la lengua griega era la lengua del imperio, se acostumbró á decir *la iglesia griega*; del mismo modo que se decia tambien el *imperio griego*; aunque la iglesia de Constantinopla fuese tan *griega*, como seria inglés un italiano naturalizado en Boston; pero la fuerza

de las palabras no ha cesado de ejercer grandísimo imperio en el mundo. ¿No se está diciendo aun *la iglesia griega de Rusia*, á pesar de la lengua y de la supremacía civil? La costumbre hace decirlo todo.

CAPITULO X.

ACLARACION DE UN PARALOGISMO FOCIANO. SUPUESTA VENTAJA DE LAS IGLESIAS, SACA- DA DE LA ANTERIORIDAD CRONOLÓGICA.

El espíritu de division y de oposicion que las circunstancias han connaturalizado en Grecia hace tantos siglos, ha echado allí tan profundas raíces, que los pueblos de aquel hermoso pais han llegado á perder hasta la misma idea de la unidad. La ven donde no existe, y no la ven donde existe. A veces hasta se les turba la vista, y no saben ya de lo que hablan. De este modo han introducido en Rusia uno de sus mayores paralogismos, que hace hoy un efecto maravilloso en las tertulias de aquel vasto pais. Es bastante comun decir allí que *la iglesia griega es mas antigua que la romana*; y aun se añade en estilo metafísico; que *la primera fue la cuna del cristianismo*. Pero ¿qué quieren decir con esto? Bien sé que el Salvador de los hombres nació en Betleem; y si se quiere que su cuna fuese la del cristianismo, no hay cosa tan rigurosamente verdadera. Tambien se

dirá con razón que *la cuna del cristianismo* fue *Jerusalén y el cenáculo*, de donde salió en el día de Pentecostés aquel fuego que *alumbró, calienta y purifica* (1). En este sentido la iglesia de Jerusalén es incontestablemente la primera; y Santiago, en su cualidad de obispo, es anterior á S. Pedro todo aquel tiempo necesario para andar el camino que hay de Jerusalén á Antioquía ó á Roma. Pero de ningún modo se trata de esto. ¿Cuándo se querrá comprender que entre nosotros no se trata de *las iglesias*, sino de la *iglesia*? Dos iglesias católicas no pueden compararse, porque no puede haber dos; y la una excluye lógicamente á la otra. Si se compara una *iglesia á la iglesia*, no se sabe lo que se dice. Afirmar que la iglesia de Jerusalén, por ejemplo, ó la de Antioquía, es anterior á la fundación de la iglesia católica, es una perogrullada, como suele decirse: es una verdad simple que nada significa, ni prueba nada. A tanto equivaldría decir que un hombre que se halla en Jerusalén, no puede estar en Roma sin ir allá. Figuremonos un soberano que va á tomar posesión de un país recién conquistado por sus armas. En la primera plaza fronteriza establece un gobernador y le da grandes privilegios, va estableciendo otros en el camino, y en fin llega á la ciudad que ha elegido por su capital, fija en ella su residencia, su trono, sus oficiales &c. Si en la sucesión de los tiempos la primera ciudad se jacta de haber sido la primera que saludó al nuevo soberano con el nombre de rey; si se compara con las

(1) División del sermón de Bernaldo sobre Pentecostés.
p. 5.

demas ciudades del reino, y hace notar su anterioridad, aun respecto de la capital; nada mas justo; como nadie quita á Antioquía que recuerde que el nombre de *cris-
tiano* nació dentro de sus muros; pero si ESTE *gobier-
no* aspirara á ser anterior al *gobierno* ó al *estado*, se le diria: «*Teneis razon, si entendeis probar que el deber de
»obediencia nació en vuestros muros, y que sois los pri-
»meros súbditos; mas si teneis pretensiones de indepen-
»dencia ó de superioridad, estais delirando; porque nun-
»ca puede tratarse de anterioridad contra el estado, su-
»puesto que no hay mas que un estado.*»

La cuestion teológica es absolutamente la misma. ¿Qué importa que tal ó cual iglesia se haya constituido antes que la de Roma? Vuelvo á decir que se trata de esto. *Todas las iglesias* son nada sin *la iglesia*, es decir, sin la iglesia universal ó católica, que á este respeto no tiene que revindicar privilegio particular alguno; pues que es imposible imaginar ninguna asociacion humana sin un *gobierno* ó *centro de unidad*, del cual recibe su existencia moral.

Así los Estados-Unidos de América no formarian *un estado* sin el *congreso* que los *une*. Hágase desaparecer esta asamblea con su presidente, y al instante desaparecerá la *unidad*, y no habrá mas que trece *estados independientes*, á pesar de ser la lengua y las leyes comunes.

Añadase, aunque no es necesario para el fondo de la cuestion, que esa anterioridad, de que tantas veces he oído hablar, seria menos ridícula si se tratase de un espacio de tiempo considerable, por ejemplo de dos si-

glos ó siquiera de uno. Mas ¿qué cosa hay en el cristianismo anterior á S. Pedro, que fundó la iglesia de Roma, y á S. Pablo, que dirigió á esta iglesia una de sus admirables epístolas? Todas las iglesias apostólicas son de fecha igual: lo que las distingue es la duracion: porque todas estas iglesias, exceptuando una sola, han desaparecido, y ninguna se halla en estado de subir sin interrupcion y por una serie de obispos conocidamente legítimos y ortodoxos hasta el apóstol fundador. Esta gloria solo pertenece á la iglesia romana.

Es preciso añadir tambien que esta cuestion de anterioridad, tan futil y sofística en sí misma, está fuera de su lugar en boca de la iglesia de Constantinopla, la mas moderna de las iglesias patriarcales, que no debe su título sino á la obstinacion de los emperadores griegos y á la condescendencia de la primera silla, obligada frecuentísimamente á escoger entre dos males: que ha sido el juguete eterno de la absurda tiranía de sus príncipes, contaminada con las mas terribles herejías, y azote permanente de la iglesia, á la que no ha cesado de atormentar para dividirla despues, y acaso sin remedio.

Mas no puede haber cuestion de anterioridad. He hecho ver que esta carece de sentido, y que los que la mueven, no se entienden ellos mismos. Las iglesias focianas no quieren conocer que en el momento mismo de su separacion se hicieron *protestantes*, es decir, separadas é *independientes*. Así para defenderse se ven obligadas á emplear *el principio protestante*, es decir, que estan unidas por la fé, aunque la identidad de legisla-

ción no pueda constituir la unidad de ningún gobierno, la cual no puede existir donde no se encuentre la gerarquía de autoridad.

Así por ejemplo todas las provincias de Francia son partes de la Francia, porque están reunidas todas bajo una autoridad común; mas si algunas rechazasen esta supremacía común, se harían estados separados é independientes, y ningún hombre cuerdo toleraría la aserción de que *continuaban formando parte del reino de Francia, porque conservaban la misma lengua y la misma legislación.*

Pues las iglesias focianas tienen precisa é idénticamente la misma pretensión: quieren ser porción del *reino católico* después de haber abdicado la potestad común. Si se les intima que digan la potestad ó el tribunal común que constituye la unidad, responden que *no los hay*; y si se las estrecha mas preguntando «*cómo es posible que una potencia cualquiera no tenga un tribunal común para todas sus provincias; responden que este tribunal es inútil, porque ya lo decidió todo en sus seis primeras sesiones; y que así no debe volver á reunirse.*» A estos prodigiosos desvarios añadirán otros mas, si lógicamente se continua instándolos. Tal es el orgullo y sobre todo el orgullo nacional. Jamás se ha visto que tenga vergüenza, ni aun miedo de sí mismo.

Todas estas iglesias separadas se condenan cada día cuando dicen: *Creo en la iglesia una y universal*; porque es preciso absolutamente que á esta profesión de derecho substituyan otra de hecho que diga: *Creo en LAS iglesias UNA y UNIVERSAL*, que es el solecismo mas

repugnante que jamás ha herido los oídos humanos.

Y conviene notar que este solecismo no se nos puede devolver de rechazo. En vano se nos diría: «Si estando separados de nosotros aspirais á la unidad, ¿por qué nosotros estando separados de vosotros no hemos »de aspirar á lo mismo?» No hay término de comparacion, porque *la unidad* está entre nosotros; y este es un hecho acerca del cual nadie disputa. Toda la cuestion versa sobre la legitimidad, el poder y la extension de esta unidad. Por el contrario entre los *focianos* como entre todos los demas *protestantes* no hay unidad; de modo que no puede haber cuestion sobre si nosotros debemos sujetarnos á un tribunal que no existe. Asi el argumento recae solamente sobre aquellas iglesias, y no puede retorcerse.

La supremacía del sumo pontífice es tan clara, tan incontestable y tan universalmente reconocida, que en el tiempo de la gran ruptura ninguno de los que se rebelaron contra su potestad se atrevió á usurparla, ni aun el autor del cisma. Negaron sí que el obispo de Roma fuese el jefe de la iglesia; pero ninguno de ellos fue bastante atrevido para decir: *Yo lo soy*; de modo que cada iglesia quedó sola y *acéfala*, ó lo que viene á ser lo mismo, fuera de la unidad y del catolicismo.

Focio habia osado llamarse *patriarca ecuménico*; título que solo podia mostrarse en la loca Bizancio. ¿Ha visto jamás la iglesia que los obispos de un solo patriarcado se congreguen y se llamen *concilio ecuménico*? Este delirio sin embargo no se hubiera diferenciado del otro. Para no quebrantar las reglas de la lógica tan-

to como á los cánones, Focio no tenia mas que atribuirse la misma jurisdiccion sobre todos sus cómplices que se atrevia á disputar al pontífice legítimo; pero la conciencia de los hombres era mas fuerte que su ambicion. Se contentó con la rebelion, y no osó ó no pudo nunca llegar hasta la usurpacion.

CAPÍTULO XI.

¿QUÉ HAY QUE ESPERAR DE LOS GRIEGOS? CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

Algunas relaciones nos han hecho conocer vagamente que se ha excitado una fermentacion preciosa en la Grecia moderna: se habla de nuevo espíritu, de un ardiente entusiasmo por la gloria nacional, de esfuerzos muy notables para perfeccionar la lengua vulgar, á la que se quisiera restituir su brillo originario. El zelo extranjero coligado con el zelo patriótico está á punto de ofrecer al mundo una academia ateniense &c.

Fundado uno en estas relaciones podria creer la regeneracion próxima de una nacion en otro tiempo tan célebre, aunque la institucion y la regeneracion de las naciones por medio de academias, y aun en general por medio de las ciencias, sean incontestablemente lo mas contrario que se puede imaginar á todas las leyes divinas. No obstante acepto enajenado el agüero, y deseo con todo mi corazon el éxito feliz de

tan nobles esfuerzos; pero me veo precisado á confesarlo, muchas consideraciones me inquietan aun, y me hacen dudar á pesar mio. He hablado muchas veces con personas que habian vivido largo tiempo en Grecia, y estudiado con particular cuidado á sus habitantes; y á todas las he hallado conformes en la opinion de que nunca será posible establecer una soberanía griega. Hay en el carácter griego una cosa inexplicable que se opone á toda asociacion grande y á toda organizacion independiente; y esto es lo primero que ve un extranjero si tiene ojos para ver. Deseo de todo corazon que me hayan engañado; pero militan demasiadas razones en favor de esta opinion. Primeramente se funda en el carácter eterno de esa nacion, *que nació dividida*, si es permitido expresarse así. Ciceron á quien solo separaban tres ó cuatro siglos de los dias felices de la Grecia, no le concedia con todo mas que talento é imaginacion: ¿qué podemos pues esperar de ella hoy que han pasado veinte sobre ese pueblo desventurado, sin dejarle vislumbrar siquiera el dia de la libertad? La horrible esclavitud que le oprime hace cuatro siglos, ¿no ha extinguido en el alma de los griegos hasta la idea de la independenciam y de la soberanía? ¿quién no conoce la accion deplorable del despotismo sobre el carácter de una nacion sojuzgada? ¡y qué despotismo! Acaso ningun pueblo ha sufrido otro semejante. No hay en Grecia ningun punto de contacto, ni ninguna mezcla posible entre el amo y el esclavo. Los turcos son en el dia lo que eran á mediados del siglo XV, unos tártaros acampados en Europa. No hay nada que pueda unirlos

al pueblo subyugado, ni á este con aquellos. Allí dos leyes enemigas se contemplan furiosas, y podrian estarse tocando eternamente, sin poder amarse jamás. Entre ellas no es posible celebrar tratados, ni convenios, ni transacciones. Nada puede conceder la una á la otra; y ni aun aquel sentimiento que todo lo une, puede nada sobre ellas. De una y otra parte los dos sexos no se atreven á mirarse, ó se miran temblando, como seres de una naturaleza enemiga que el Criador ha separado para siempre. Entre ellos median el sacrilegio y el último suplicio. Parece que Mohamed II entró ayer en la Grecia, y que el derecho de conquista ejerce allí todavía su primitivo rigor. El griego, colocado entre la cimitarra y el baston del bajá, apenas se atreve á respirar: nada tiene seguro, ni aun la mujer con quien se acaba de casar. Oculta su tesoro, oculta á sus hijos, oculta hasta la fachada de su casa, si puede revelar el secreto de su riqueza. Se endurece á los insultos y á los tormentos. Sabe el número de palos que puede sufrir sin descubrir el dinero que ha escondido. ¿Cuál ha debido ser el resultado de este tratamiento respecto del carácter de un pueblo oprimido, cuyos hijos apenas pronuncian el nombre de su madre antes que el de opresion? Algunos verdaderos observadores protestan que si el cetro de hierro que le domina viniese á desaparecer de repente, seria la mayor calamidad para la Grecia, la cual se veria al punto acometida de un acceso de convulsion universal, sin que fuese posible encontrar un remedio para ella, ni prever su fin. ¿Dónde se hallaria para aquel pueblo, suponiéndole libertado, el

punto de reunion y el centro de unidad política, que no concebiría mejor que concibe hace ocho siglos el de la unidad religiosa? ¿Qué provincia querría ceder á otra? ¿qué familia las dominaría? Además nada hace presagiar esta manumision. En otro tiempo nuestra debilidad salvó el cetro de los Sultanes, y hoy nuestra fuerza le protege. Poderosos celos se estan observando y se contrapesan; y si todas las apariencias no nos engañan, sostendrán todavia por mucho tiempo el trono otomano, aunque está minado por todas partes:

Y aun cuando este trono cayera, no alcanzaria otra cosa la Grecia que mudar de dueño. Puede tal vez que ganase; pero siempre sería dominada. El Egipto es sin contradiccion bajo todos aspeetos el pais mas á propósito del mundo para no depender de nadie; sin embargo Ezequiel le declaró mas de dos mil años há *que jamás obedecería á un cetro egipcio* (1); y desde Cambises hasta los mamelucos no ha dejado de cumplirse la profecía. *Misraim* sin duda está expiando todavia á nuestra vista los crímenes que en otro tiempo salieron de los templos de Menfis y de Tentiris, cuyos profundos y misteriosos subterráneos derramaron el error sobre todo el género humano. Por aquel largo crimen está condenado el Egipto al último suplicio de las naciones; y el ángel de la soberanía ha abandonado aquellas famosas regiones, acaso para no volver mas. ¿Quién sabe si la Grecia está sujeta á sufrir el mismo anatema? Ningun profeta la ha maldecido á lo menos en nues-

(1) Ezequiel, XXIX, 13, XXX, 13.

tros libros; pero tentado está uno por creer que la identidad de la pena supone la de los delitos. ¿No fué la Grecia *la encantadora de las naciones*? ¿no se encargó de transmitir á la Europa las supersticiones del Egipto y del Oriente? ¿No somos aun paganos por ella? ¿Hay una fábula, una locura, un vicio que no tenga su nombre, su emblema ó máscara griega? Y para decirlo de una vez, ¿no es la Grecia la primera que tuvo en otro tiempo el horrible honor de negar á Dios, y de prestar una voz temeraria al ateismo, que no habia osado aun tomar la palabra delante de los hombres? (1)

Eliano nota con razon que todas las naciones, llamadas *bárbaras* por los griegos, reconocieron una divinidad suprema, y que entre ellas jamás hubo ateos (2). Quisiera engañarme; pero creo que ningun mortal, por perspicaz que sea su vista, puede vislumbrar el fin de la esclavitud de la Grecia; y si llegase á cesar, ¿quién sabe lo que sucederia? En nuestros tiempos modernos ha fundado mas de una vez sus esperanzas y sus proyectos políticos en la afinidad de los cultos; pero destinada á engañarse siempre, ha podido conocer á su costa que no está unida á nadie. ¿Cuántos siglos necesitará aun para comprender que no hay hermanos, cuando no se tiene una madre común?

(1) *PRIMUM Graius homo mortales tollere contra Est oculos ausus*, &c. (Lucr., lib. I, 67, et 68).

(2) *Ælian., Hist. Var. lib. II, cap. XXXI.* = Thomassin., *Modo de estudiar y de enseñar la historia*, tom. I, lib. II, cap. V. pág 381. París 1693, en 8.º

Un error muy fatal de la Grecia, y que por desgracia no hay trazas de que acabe tan pronto, es el de apoyarse en antiguos recuerdos para atribuirse no sé qué existencia imaginaria, que la engaña sin cesar; y hasta le acontece hablar de *rivalidad* respecto de nosotros. En otro tiempo esa rivalidad tenia algun fundamento y alguna significacion; pero ¿qué significa hoy cuando de un lado se encuentra todo, y nada del otro? ¿Querria la Grecia disputarnos la gloria de las armas, ó la de las ciencias? Se llama á sí misma el *oriente*, cuando respecto del verdadero oriente no es mas que un punto del occidente, y para nosotros apenas es visible. Sé que escribió la *Ilíada*, que edificó el *Pecile*, que esculpió el *Apolo de Belvedere*, y que ganó la batalla de *Platea*; pero todo eso es muy antiguo; y hablando francamente, un sueño de veinte y cinco siglos se parece mucho á la muerte. ¡Ojalá que los mas tristes agüeros no sean mas que apariencias engañosas! Deseamos ardientemente que esta nacion ingeniosa recobre su independencia, y se muestre digna de ella. Deseamos que el sol aparezca al fin para ella, y que las antiguas tinieblas se disipen. No toca á un particular dar consejos á una nacion; pero siempre son permitidos los simples deseos. ¡Ojalá que la Grecia propiamente dicha, la verdadera Grecia, tan bien descrita por Ciceron (1), se separe para siempre de la fatal Bizancio, que en otro tiempo fue colonia griega, y cuya supremacía imaginaria estriba enteramente sobre títulos que ya no existen. Se

(1) Véase el pasaje de la oracion en defensa de Flaco citado mas arriba.

nos habla de Focion, de Pericles, de Epaminondas, de Sócrates, de Platon, de Agesilao &c. &c.: pues bien, tratemos directamente con sus descendientes, sin darsenos cuidado de los municipios. Por nuestra parte no hay odio ni rencor: no hemos olvidado como los griegos la paz de Leon y la de Florencia. Abracémonos de nuevo para nunca separarnos. Entre nosotros no existe mas que un muro mágico levantado por el orgullo, y que no se sostendrá un instante á vista de la buena fé y del deseo de reunirse. Si el anatema dura siempre, procuraremos á lo menos que no pueda recaer sobre nosotros ningun cargo.

Me consta que un prelado de la iglesia griega se ha quejado amargamente de que las proposiciones hechas por una parte habian sido recibidas con una altivez que desanimó. Parece muy poco verosimil semejante desvío de las máximas conocidas de dulzura y de inteligencia, por ligero que se le suponga; pero sea como quiera debemos desear con todas nuestras fuerzas que terminen mas felizmente otras nuevas negociaciones, y que el amor abra con agrado sus inmensos brazos para estrechar en ellos así á las naciones como á los individuos.

CONCLUSION.

I. Despues de la horrible tempestad que acaba de sufrir la iglesia, denle sus hijos á lo menos el espectáculo consolador de la concordia: tiempo es ya que cesen

de aflagirla con sus discusiones insensatas. A nosotros, hijos dichosos de la unidad, nos toca primeramente profesar en alta voz unos principios, cuya importancia nos ha hecho conocer la mas terrible experiencia. De todos los puntos del globo (en ninguno por fortuna deja de haber cristianos legítimos) levántese una sola voz: compuesta de todas nuestras voces reunidas, que repita con un religioso enagenamiento el grito de aquel hombre grande, á quien he impugnado con tanta repugnancia como respeto sobre algunos puntos importantes.

» ¡O santa iglesia romana, madre de las iglesias y de todos los fieles: iglesia escogida por Dios para unir á sus hijos en la misma fé y en la misma caridad! Siempre estaremos unidos á tu unidad en lo íntimo de nuestras entrañas (1).» Hemos desconocido demasiado nuestra felicidad: extraviados por las impías doctrinas que en el último siglo han resonado en la Europa, extraviados mas por exageraciones insoportables y por un espíritu de independendencia, encendido en el mismo seno de la iglesia, casi hemos roto unos lazos cuyo precio inestimable no podríamos desconocer hoy, sin hacernos absolutamente inexcusables. Algunas soberanías católicas (permítasenos decirlo sin salir de los límites del profundo respeto que les es debido), ha parecido alguna vez que apostataban, porque apostasía es desconocer los fundamentos del cristianismo, y hasta conmoverlos declarando abiertamente la guerra al jefe de esta religion, y abrumándole de disgustos, de amarguras y de vergonzos-

(1) Bossuet, sermón sobre la unidad.

sas pesadumbres, á que no se hubieran propasado quizá las potencias protestantes. Entre estos príncipes hay algunos que un día serán inscritos en el catálogo de los grandes perseguidores: es verdad que no han derramado sangre; pero la posteridad preguntará si los Dioclecianos, los Galerios y los Decios hicieron mas daño al cristianismo.

Tiempo es ya de abjurar unos sistemas tan culpables: tiempo es ya de volver al padre comun, de echarnos francamente en sus brazos, y de hacer caer en fin esa muralla de bronce, que la impiedad, el error, la preocupacion y la malevolencia habian levantado entre él y nosotros.

II. Pero en este momento solemne en que todo anuncia que la Europa está próxima á una revolucion memorable, cuyo preludio terrible é indispensable ha sido la que ya hemos visto, debemos ante todas cosas dirigir á los protestantes nuestras fraternales exhortaciones y nuestras fervientes súplicas. ¿Qué esperan aun y qué buscan? Ellos han recorrido el círculo entero del error. A fuerza de combatir y de roer, por decirlo así, la fé, han destruido entre ellos el cristianismo; y gracias á los esfuerzos de su terrible ciencia, que no ha cesado de *protestar*, la mitad de la Europa se encuentra al cabo sin religion. La era de las pasiones ha pasado: podemos hablarnos sin aborrecernos, y aun sin acalorarnos: aprovechémonos de esta época favorable, y conozcan los príncipes en especial que el poder se les va de las manos: que la monarquía europea no ha podido constituirse, ni puede conservarse sino por la re-

ligion una y única, y que si esta aliada les falta, es preciso que caigan.

III. Todo lo que se ha dicho para aterrar á las potencias protestantes sobre la influencia de una potencia extranjera, es una fantasma, un espantajo levantado en el siglo XVI y que no significa ya nada en el nuestro. Sobre todo los ingleses reflexionen profundamente sobre este punto (porque el gran movimiento debe partir de ellos); si no se apresuran á agarrar la palma inmortal que se les ofrece, otro pueblo se la arrebatará. Los ingleses en sus preocupaciones contra nosotros no se engañan sino en cuanto al tiempo: su desvarío no es mas que un anacronismo. Ellos leen en algun libro católico *que no se debe obedecer á un príncipe hereje*, y al punto se asustan y gritan: *papismo*; mas todo este fuego se apagaria al instante, si se dignasen de leer la fecha del libro, que infaliblemente subirá á la deplorable época de las guerras de religion y de las mudanzas de soberanías. ¿No han declarado los mismos ingleses en pleno parlamento «que si un rey de Inglaterra abrazase la religion católica, EN EL MISMO HECHO quedaria privado de la corona? (1)» Luego ellos creen que el crimen de querer mudar la religion del pais ó de excitar siquiera esta sospecha legítima justifica la rebellion de los súbditos, ó mas bien los autoriza á destruir al príncipe sin hacerse rebeldes. Ahora bien yo desearia saber por qué y cómo Isabel ó Henrique VIII tenian mas derechos sobre sus súbditos católicos, que

(1) *Parliamentary debates*, London 1805, vol. IV, pág. 677.

el actual rey Jorge tiene en el día sobre sus súbditos protestantes, y por qué los católicos de aquel tiempo, fortalecidos con sus privilegios naturales y con una posesion de diez y seis siglos, no estaban autorizados á mirar á *sus tiranos* como destituidos *en el hecho mismo* de todo derecho á la corona. Por mi parte no diré que una nacion en igual caso *tiene derecho* de resistir á sus soberanos, y de juzgarlos y deponerlos, porque me costaria infinito pronunciar esta decision en cualquiera suposicion imaginable; pero sin duda se me concederá que si alguna cosa puede justificar la resistencia, es un atentado contra la religion nacional. Por mucho tiempo el título de *jacobita* anunció un enemigo declarado de la casa reinante. Esta se defendia, y levantaba el hacha contra todo partidario de la familia desposeida: ese es el orden político. Pero ¿cuál es el momento preciso en que principió el *jacobita* á ser realmente culpable? Esta es una cuestion terrible que debe dejarse al juicio de Dios.

Ahora que le ha explicado el tiempo, se presenta el católico al soberano de Inglaterra, y le dice: «Ya »veis nuestros principios: nuestra fidelidad no conoce límites, ni excepciones, ni condiciones. Dios nos ha »enseñado que la soberanía es obra suya: nos ha mandado que resistamos hasta con peligro de la vida á »cualquiera violencia que quisiera trastornarla; y si esta »violencia triunfa, en ninguna parte nos ha revelado en »qué época puede legitimarla el triunfo. Apresurarse »demasiado puede ser un crimen; pero nunca lo fue »morir por sus antiguos señores. Mientras hubo Es-

»guardos en el mundo, combatíamos por ellos, y
»bajo el hacha de vuestros verdugos nuestro último
»suspiro fue en favor de aquellos príncipes desven-
»turados. Ya no existen: Dios ha hablado: vosotros
»sois soberanos legítimos: no sabemos desde cuando;
»pero lo sois. Aceptad pues esta misma fidelidad reli-
»giosa, tenaz, incontrastable, que en otro tiempo jura-
»mos á la dinastía desdichada que precedió á la vuestra.
»Si la rebelion viene algun dia á bramar, al rededor de
»vosotros, no hay temor ni seducción que pueda sepa-
»rarnos de vuestra causa. Aunque hubiéseis cometido las
»injusticias mas inexcusables contra nosotros; os defen-
»deríamos hasta el último suspiro. Se nos encontrará en
»torno de vuestras banderas, en todos los campos de
»batalla, donde se pelee por vosotros; y si para atesti-
»guar nuestra fidelidad es preciso subir al cadalso, ya
»nos habeis acostumbrado á ello, y le regaremos con
»nuestra sangre, sin acordarnos de la de nuestros pa-
»dres, que derramasteis por este mismo crimen, de
»fidelidad.»

IV. Todo demuestra al parecer que los ingleses es-
tan destinados á dar el impulso al gran movimiento re-
ligioso que se prepara, y que formará una época sagra-
da en los fastos del género humano. Para llegar los pri-
meros á la luz entre todos los que la abjuraron, tienen
dos inapreciables ventajas que apenas conocen; y es que
por una contradiccion felicísima su sistema religioso
es á un mismo tiempo el mas evidentemente falso y el
mas evidentemente cercano á la verdad.

Para saber que la religion anglicana es falsa, no hay

necesidad de hacer investigaciones, ni de argumentar. Basta mirarla y se la juzga por intuición: es tan falsa como luminoso el sol. *La gerarquía anglicana se halla aislada en el cristianismo: luego es nula.* A esta simple observación no hay réplica razonable que oponer. Su episcopado es desechado igualmente por la iglesia católica y por la protestante: con que si no es católico ni protestante, ¿qué será? Nada. Es una *institución civil y local*, diametralmente opuesta á la universalidad, que es el signo exclusivo de la verdad. O esa religión es falsa, ó Dios se encarnó solo para los ingleses: no hay medio.== Muchas veces sus teólogos apelan á la fundación de aquella, sin echar de ver que esta sola palabra anula su religión, pues supone la novedad y la acción humana; dos grandes anatemas igualmente visibles, decisivos é indelebles. Otros teólogos de esta escuela, y aun algunos prelados, queriendo eludir estos anatemas, de que están convencidos, involuntariamente han tomado el extraño partido de sostener *que no eran protestantes*; á lo que hay que preguntarles: *pues ¿que sois?* y responden: *apostólicos*. Pero esto nos haría sin duda reír, si pudiera uno reírse de cosas tan serias y de personas tan estimables.

V. Además la iglesia anglicana es la única asociación del mundo, que se ha declarado nula y ridícula en el acto misma que la constituye. En ella proclamó solemnemente XXXIX artículos; ni mas ni menos, absolutamente necesarios para la salvación, y que es preciso jurar para pertenecer á dicha iglesia. Pero en uno de ellos (el XXV) declara solemnemente que Dios, al

constituir su iglesia, no dejó la *infalibilidad* en la tierra: que todas las iglesias, principiando por la de Roma, han errado, y han errado groseramente *aun sobre el dogma y aun sobre la moral*; de modo que ninguna de ellas tiene derecho de prescribir la creencia; y que la santa escritura es la única regla del cristiano. Así la iglesia anglicana declara á sus hijos que tiene derecho de mandarles; pero que ellos tienen derecho á no obedecerla. En el mismo instante; con la misma pluma, la misma tinta y en el mismo papel declara el dogma, y declara que no tiene derecho de declararle. Espero que en el interminable catálogo de las locuras humanas ocupe siempre esta uno de los primeros lugares.

VI. Despues de esta solemne declaracion de la iglesia anglicana, que se anula por sí misma, faltaba un testimonio de la autoridad civil, que rectificase este juicio; y yo encuentro este testimonio en los debates parlamentarios del año 1805 con motivo de la emancipacion de los católicos. En una de aquellas sesiones ruidosas, que no deben servir sino para preparar los ánimos para una época mas lejana y feliz, el procurador general del rey de la Gran-Bretaña dejó escapar una frase, que no se ha notado, á mi parecer: pero que no deja de ser una de las cosas mas curiosas, que quizá se han dicho en Europa de un siglo á esta parte. «*Acordaos*, decia á la cámara de los comunes «*aquel representante del ministerio público, acordaos «que para la Inglaterra es absolutamente lo mismo revocar «las leyes que se han dado contra los católicos, que tener «al instante un parlamento católico y una religion*

«católica en lugar de la INSTITUCION actual (1).»

Esta ingenuidad inapreciable se comenta por sí misma : es como si hubiera dicho el procurador general en estos propios términos: *«Nuestra religion como sabeis «no es mas que una institucion puramente civil, que «no estriba sino en la ley del pais y en el interés de cada «individuo. ¿ Por qué somos anglicanos? Ciertamente no «es la persuaston la que nos determina á ello, sino el temor de perder bienes, honores y privilegios. No teniendo «pues la palabra fé ningun sentido en nuestra lengua, y «siendo católica la conciencia inglesa, nosotros le obedeceremos desde el momento en que no deba costarnos nada. «En un abrir y cerrar de ojos seremos todos católicos (2).»*

VII. Mas si el sistema anglicano es el mas evidentemente falso en todo lo que contiene de falso; en compensacion ¿por cuántos lados no se nos recomienda como el mas cercano de la verdad? Los ingleses, contenidos por la mano de tres soberanos terribles, que gusta-

(1) *I think tat no alternative can exist between keeping the establishment we have and putting á Roman catholic establishment in its place. Parliamentary debates etc. vol. IV, London 1805, p. 943. (Discurso del procurador general.)*

(2) Sin embargo me atrevo á creer que el sabio magistrado abultaba la desgracia futura. *Todo el mundo, decia, será católico. Y luego que todo el mundo estuviese acorde, ¿qué mal resultaria?*

Tres dias antes (*sesion de 10 de mayo, ibid. pág. 761*) decia un par hablando de la misma cuestion: *«Jacobo II. no pedía para los católicos sino la igualdad de privilegios ; pero esta igualdad hubiera atraído la caída del protestantismo.»* ¿Y por qué? Siempre la misma confesion. *El error, si no se sostiene por medio de proscripciones, no resistirá jamás á la verdad.*

ban poco de las exageraciones, y contenidos tambien (es un deber observarlo) por una sensatez superior pudieron resistir en el siglo XVI hasta un grado notable al torrente, que arrastraba á las otras naciones, y conservar algunos elementos católicos. De ahí proviene la fisonomía ambigua que distingue á la iglesia anglicana, y que tantos escritores han hecho observar. «Sin duda no es la esposa legítima; pero es la dama de un rey; y aunque hija «manifiesta de Calvino, no tiene el semblante descarado «de sus hermanas. Alzando la cabeza con un aire majestuoso, pronuncia claramente los nombres de *padres*, «de *concilios*, de *jefes de la iglesia*: su mano lleva «el báculo con soltura, habla formalmente de su nobleza, y bajo la máscara de una mitra aislada y rebelde «ha sabido conservar no sé qué resto de gracia antigua, despojo venerable de una dignidad que ya no «existe (1).»

- (1) *As the mistress of a monarch's Bed,
Her front erect with majesty she bore,
The crosier Wielded and the mitre wore:
Shew'd affectation of an ancient line
And Phasers, councils, churches and churches's head.
Were on her rev'rend Phylacteries read.*

(Dryden's original poems in 12.^o tomo I. *The hind and the Panther. Part. 1*). — En el *Almacen Europeo*, tomo XVIII, agosto de 1790, pág. 115, se lee un trozo notable del doctor Bussey sobre el mismo asunto. Algunos disidentes modernos son menos corteses y más resueltos. «La iglesia de Roma, dicen, es una prostituta, la de Escocia una concubina, y la de Inglaterra una mujer de mediana virtud entre la una y la otra.» *They (the dissenters) so called the church of Rome a stumpet. The kirk of Scotland*

¡Nobles ingleses! vosotros fuisteis en otro tiempo los primeros enemigos de la unidad; á vosotros os cabe hoy la honra de restablecerla en Europa: si el error levanta la cabeza es porque nuestras lenguas son enemigas: si llegan á unirse sobre el primero de los objetos, nada les resistirá. No se trata mas que de aprovechar la feliz ocasion que la política os presenta en este momento. Basta un solo acto de justicia, y el tiempo hará lo demás.

VIII. Despues de tres siglos de irritacion y de disputas ¿qué nos echais todavía en cara? ¿de qué os quejais? ¿Direis aun que hemos invocado, que hemos inventado dogmas, y convertido en símbolos nuestras opiniones humanas ¿Mas si no quereis creer á nuestros doctores, que protestan y prueban que no enseñan mas que la fé de los apóstoles, creed á lo menos á vuestros ateos que os dirán *«que los poderes ejercidos por la iglesia romana son en gran parte anteriores á casi todas las instituciones políticas de Europa (1).»*

Creed á vuestros deistas, y ellos os dirán *«que un hombre instruido no puede resistir al peso de la evidencia histórica, que establece que en todo el periodo de los cuatro primeros siglos de la iglesia los puntos principales*

a kept-mistress, and the church of England an equivocal lady of easy virtue bettween the one and the other.

(Diario del parlamento de Inglaterra, cámara de los comunes, 2 de marzo de 1790. Discur. del célebre Burke.)

(1) *Many of the powers indeed assumed by the church of Rome were very ancient and were prior to almost every political government established in Europe. (Hume's Hist. of England, Henric. VII, cap. 29, ann. 1521.)* = Hume, segun se vé, procura modifi-

«de las doctrinas papistas estaban admitidos en la teología y en la práctica (1).»

Creed á vuestros apóstatas, y ellos os dirán que desde luego habian cedido á este argumento, que les pareció invencible: *«que es preciso que haya en alguna parte un juez infalible, y que la iglesia de Roma es la única sociedad cristiana que aspira y puede aspirar á este carácter (2).»*

Creed en fin á vuestros propios doctores, á vuestros propios obispos anglicanos, y ellos os dirán en los momentos felices de conciencia ó de distraccion *que las semillas del papismo fueron sembradas desde el tiempo de los apóstoles (3).*

Procurad entrar dentro de vosotros mismos, dominaros y dominar vuestras preocupaciones lo bastante para que podais contemplar en la calma de vuestra conciencia cuán extraño es el sistema de que teneis la desgracia de ser los principales defensores. ¿Son preci-

car ligeramente su proposicion; pero no es mas que una pura sofistería que arma su misma conciencia.

(1) Gibbon, *Memorias*, tom. I, cap. 1. de la traduccion francesa,

(2) Esta decision es de Chillingworth, y Gibbon al referirla añade que aquel *no habia tomado este argumento de nadie* (Gibbon, *ibid.* cap. 6); en cuya suposicion es preciso creer que ni Chillingworth ni Gibbon habian leído mucho á nuestros doctores.

(3) *The seeds of Popery were sown even in the apostles times* (Bishop Newton's *dissertations on the prophecies*. London, in 8.º, tom. III, cap. X, pág. 148). ¡Qué hombre tan honrado! Si hubiera hecho otro corto esfuerzo de franqueza, nos hubiera dicho, no indirectamente como lo hace, sino en palabras terminantes: *que las semillas del papismo fueron sembradas por el mismo Jesucristo.*

sus acaso tantos argumentos contra el protestantismo? ¡Ah! no, basta delinear exactamente su retrato, y mostrársele sin cólera.

IX. «En virtud de un anatema terrible, inexplicable sin duda, pero mas incontestable aun que inexplicable, el género humano habia perdido todos sus derechos. Sumergido en mortales tinieblas, todo lo ignoraba, pues que ignoraba á Dios; é ignorándole, no podia dirigirle sus súplicas; de modo que estaba espiritualmente muerto, sin poder pedir la vida. Llegado por una degradacion rápida al último grado de embrutecimiento, ultrajaba á la naturaleza con sus costumbres, con sus leyes y con sus mismas religiones. Consagraba todos los vicios, se revolcaba en el cieno, y su embrutecimiento era tal, que la historia sencilla de aquellos tiempos forma un cuadro peligroso que no todos los hombres deben contemplar. No obstante, Dios *despues de haber disimulado durante cuarenta siglos*, se acordó de su criatura, y en el momento señalado y anunciado en todos los tiempos *no desdeñó el seno de una virgen*; se revistió de nuestra desgraciada naturaleza, y apareció sobre la tierra. Nosotros le vimos y le tocamos: él nos habló, vivió, enseñó, sufrió y murió por nosotros. Salido del sepulcro, segun su promesa, volvió á aparecer entre nosotros, para asegurar solemnemente á su iglesia una asistencia tan durable como el mundo. Pero ¡ah! este esfuerzo del amor omnipotente no produjo ni con mucho todo el fruto que anunciaba. Por falta de ciencia ó de fuerza, ó por distraccion, acaso Dios

»erró el golpe, y no pudo cumplir su palabra. Menos
»sabio que un químico que intentase encerrar el éter
»en un lienzo ó en un papel, confió á unos hombres
»la verdad que habia traído á la tierra; así aquella se
»evaporó, como pudiera haberse previsto bien, por
»todos los poros humanos. A poco aquella religion san-
»ta, revelada al hombre por el hombre Dios, no fue
»más que una infame idolatría, que duraria aun, si
»despues de diez y seis siglos dos miserables no hubie-
»sen restituido al cristianismo su pureza original.»

Este es el protestantismo. ¿Y qué se dirá de él y de vosotros que lo defendeis, cuando ya no exista? Contribuid mas bien á hacerle desaparecer. Para restablecer una religion y una moral en Europa, para dar á la verdad las fuerzas que exigen las conquistas que medita, para afirmar sobre todo el trono de los soberanos, y calmar suavemente esa fermentacion general que nos amenaza con las mayores calamidades, es un prelude indispensable borrar del diccionario europeo esta voz fatal: PROTESTANTISMO.

X. Es imposible que unas consideraciones de tanto interés no penetren al fin en los gabinetes protestantes, y no queden allí como en depósito para descender luego como una agua saludable que riegue los valles. Todo está convidando á los protestantes á volver á nosotros. Su ciencia, que no es ahora mas que un espantoso corrosivo, perderá su fuerza deletérea uniéndose con nuestra sumision, la cual no rehusará ilustrarse con su ciencia. Esta gran mudanza debe comenzar por los príncipes, sin que tenga ninguna parte en ella el

ministerio llamado *evangélico*, al cual excluyen de tan grande obra algunas señales manifiestas. Adherirse al error es siempre un gran mal; pero enseñarle por oficio y contra el grito de su propia conciencia es el exceso de la infelicidad, y su verdadera consecuencia es una ceguedad absoluta. Acaba de presentársenos un grande ejemplo de esta clase en la capital del protestantismo, donde el cuerpo de los pastores ha renunciado públicamente al cristianismo, declarándose arriano, mientras que la sensatez de los legos le echa en cara su apostasía.

XI. En medio de la fermentacion general de los ánimos los franceses, y entre ellos el orden sacerdotal particularmente, deben examinarse con cuidado, y no dejar escapar esta gran ocasion de emplearse eficazmente, y en la primera línea, en la reconstruccion del edificio santo. Sin duda han menester vencer grandes preocupaciones; mas para lograrlo tienen tambien grandes medios, y lo que es muy ventajoso, algunos poderosos enemigos menos. Los parlamentos ya no existen: reunidos en cuerpo hubieran opuesto una resistencia acaso insuperable, y entonces era llegada la hora de la iglesia galicana. En el día el espíritu parlamentario no puede explicarse, ni obrar sino por esfuerzos individuales, que no pueden producir gran efecto. Asi se puede esperar que nada impedirá al sacerdocio el unirse sinceramente con la santa sede, de la que las circunstancias le habian alejado mas de lo que tal vez creia. No hay otro medio de restablecer la religion sobre sus antiguas bases. Los enemigos de ella

que lo saben , procuran por su lado establecer la opinion contraria; á saber , *que el Papa es el que se opone á la reunion de los cristianos*. No há mucho que declaró un obispo griego *que no veia ya otro muro de separacion entre las dos iglesias que la supremacia del Papa* (1); y esta asercion muy simple de parte de su autor la he oido yo citar en un pais católico para probar tambien la necesidad de restringir mas el supremo poder espiritual. Pontífices y levitas franceses, libraos del lazo que se os tiende. Para abolir el protestantismo en todas sus formas, os proponen haceros protestantes. Al contrario restableciendo la supremacia pontificia reconstituireis la iglesia galicana sobre sus verdaderas bases , y restaurareis su antiguo lustre. Volved á ocupar vuestro lugar ; la iglesia universal os necesita para celebrar dignamente la época famosa (que la posteridad no contemplará jamás sin una profunda admiracion), en que el sumo pontífice ha sido repuesto en su trono á resultas de acontecimientos, cuyas causas salen visiblemente del estrecho círculo de los medios humanos.

XII. Ninguna institucion humana ha durado diez y ocho siglos; y este prodigio que seria asombroso en todas partes, lo es mas particularmente en el seno de la movible Europa. El reposo parece que es el suplicio del europeo, y este carácter contrasta extraordinariamente con la inmovilidad oriental. Es menester que el

(1) Este prelado es Elías Meniate, obispo de Zarissa. Su libro intitulado *La piedra de escándalo* ha sido traducido en aleman por Jacobo Kemper. *Viena, en 8.º, 1787, pág. 93.*

européo obre, que emprenda, que innove, y que mude, todo lo que está á sus alcances. La política sobre todo no ha cesado de ejercitar el genio innovador de *los hijos atrevidos de Jafet*. En la inquieta desconfianza que los tiene siempre alerta contra la soberanía, hay sin duda mucho orgullo; pero tambien hay una conciencia justa de su dignidad: solo Dios conoce las cantidades respectivas de estos dos elementos. Basta observar aquí el carácter, que es un hecho incontestable, y preguntarse qué fuerza oculta ha podido mantener el trono pontificio enmedio de tantas ruinas y contra todas las reglas de la probabilidad. Apenas se establece en el mundo el cristianismo, cuando algunos implacables tiranos le declaran una guerra feroz, y bañan la nueva religion en la sangre de sus hijos. Los herejes por su parte impugnan sucesivamente todos sus dogmas; y á su frente se distingue Arrio, que asusta al mundo y *le hace dudar si es cristiano*. Julianio con su poder, su astucia, su ciencia y sus cómplices los filósofos da al cristianismo golpes mortales, si esta institucion hubiera sido humana. No tardó el Norte en arrojar sus pueblos bárbaros sobre el imperio romano, que vinieron á vengar á los mártires, y cualquiera creeria que venian tambien á sofocar la religion, por la cual murieron aquellas víctimas; pero sucedió todo lo contrario. Ellos mismos fueron amansados por este culto divino que dirigió su civilizacion, y que mezclándose en todas sus instituciones, dió á luz la gran familia europea y su monarquía, de que el universo no tenia ninguna idea. Por de pronto las tinieblas de la ignorancia

siguen á la invasion de los bárbaros; pero la antorcha de la fé brilla de un modo mas visible en este fondo obscuro, y la ciencia misma concentrada en la Iglesia no cesa de producir hombres eminentes para su siglo. La noble sencillez de aquellos tiempos ilustrados por tan altos caracteres valia mucho mas que la ciencia á medias de sus sucesores inmediatos. En tiempo de estos nació ese funesto cisma que obligó á la iglesia á estar buscando su jefe visible durante cuarenta años. Este azote de los contemporáneos es un tesoro para nosotros en la historia, y sirve para probar que el trono de S. Pedro es indestructible. ¿Qué institucion humana resistiria á esta prueba, que no obstante era nada, comparada con la que iba á sufrir la Iglesia?

XIII. *Aparece Lutero, y Calvino le sigue.* En un acceso de frenesí, de que no habia visto ningun ejemplo el género humano, y cuya consecuencia inmediata fue una carnicería de treinta años, aquellos dos hombres salidos de la nada, con el orgullo de los sectarios, la acrimonia plebeya y el fanatismo de las tabernas (1), publicaron *la reforma de la iglesia*; y efectivamente *la reformaron*; pero sin saber lo que decian, ni lo que hacian. Cuando unos hombres sin mision se

(1) EN LAS TABERNAS se contaban á porfia anécdotas chistosas sobre la avaricia de los clérigos, y se ridiculizaban las llaves y el poder de los Papas &c. (Carta de Lutero al Papa, fecha el dia de la Trinidad, año 1518, citada por Mr. Roscoe. *Hist. de Leon X*, en 8.º tom. III, apéndice, núm. 149, pág. 152). Bien se puede uno creer á Lutero en cuanto á las primeras cátedras de la reforma.

atreven á emprender la reforma de la iglesia, *deforman* su partido, y *no reforman* realmente sino la verdadera iglesia, que se ve obligada á defenderse y á velar sobre sí misma. Así sucedió precisamente, porque no hay otra verdadera *reforma*, que el largo capítulo de *Reformatione* que se lee en el concilio de Trento, mientras que la supuesta reforma ha quedado fuera de la iglesia, sin regla, sin autoridad, y muy pronto sin fé; como la vemos en el día. Mas ¿por qué terribles convulsiones no ha pasado para llegar á esta nulidad de que somos testigos? ¿quién puede recordar sin estremecerse el fanatismo en el siglo XVI y las espantosas escenas que dió al mundo? Sobre todo ¡qué furor contra la santa sede! Nosotros nos ruborizamos todavía por la naturaleza humana, al leer en los escritos de aquel tiempo las sacrílegas injurias vomitadas por los groseros novadores contra la gerarquía romana. Ningun enemigo de la fé se ha equivocado jamás: todos dan en vago porque pelean contra Dios; pero todos saben dónde han de descargar los golpes. Lo que hay sumamente notable, es que á medida que transcurren los siglos, los ataques contra el edificio católico se hacen *siempre* mas fuertes; de modo que diciendo *siempre*: *de aquí no pasa*; se engaña uno *siempre*. Despues de las tragedias horribles del siglo XVI cualquiera hubiera dicho que la tiara habia sufrido la prueba mas grande: sin embargo esta solo habia servido de preparacion para otra. Los siglos XVI y XVII podrian llamarse *las premisas* del XVIII, el cual no fue en efecto sino *la conclusion* de los dos precedentes. El espíritu humano no

hubiera podido llegar de un golpe al grado de audacia de que hemos sido testigos. Era preciso para declarar la guerra al cielo poner aun el monte *Ossa* sobre el *Pelion*. El filosofismo no podia levantarse sino sobre la grande base de la reforma.

XIV. Dirigiéndose contra el cristianismo mismo cualquier embate contra el catolicismo, los llamados *filósofos* de nuestro siglo no hicieron mas que coger las armas que los protestantes les habian preparado, y las volvieron contra la iglesia, burlándose de su aliado, que no merecía ser embestido, ó que acaso esperaba el ataque. Recórranse todos los libros impíos escritos en el siglo XVIII, y se verá que todos son dirigidos contra Roma, como si no hubiese verdaderos cristianos fuera de su recinto; lo que es muy cierto, si se quiere hablar en rigor. No me cansaré de repetirlo; no hay cosa tan infalible como el instinto de la impiedad. Véase qué es lo que esta aborrece, lo que la encoleriza, y lo que embiste siempre, en todas partes y con furor: la verdad. En la sesion infernal de la convencion nacional (que hará mas impresion en la posteridad que en nuestros ligeros contemporáneos), en la que se *celebró*, si es permitido expresarse así, la abnegacion del culto, Robespierre despues de su *inmortal* discurso, ¿ hizo que le llevasen los libros, las vestiduras y los vasos del culto protestante para profanarlos? ¿ Llamó á la barra, ó procuró seducir ó amedrentar á algun ministro de aquel culto, para arrancarle un juramento de apostasia? ¿ Se valió á lo menos para aquella horrible escena de los perversos de dicho órden, como se habia valido de los

del órden católico? Ni siquiera pensó en ello. Por ese lado nada le incomodaba, nada le irritaba, nada le inspiraba recelo; porque los enemigos de Roma no pueden aborrecerse unos á otros, cualesquiera que sean sus diferencias bajo otros respetos. Por este principio se explica la afinidad, de otro modo inexplicable, de las iglesias protestantes con las iglesias socianas, nestorianas &c., cuya separación data de antiguo. En donde quiera que se encuentran, se abrazan y se complimentan con una ternura que á primera vista sorprende, toda vez que sus dogmas capitales son directamente contrarios; pero no se tarda en adivinar el secreto. Todos los enemigos de Roma son amigos; y como no puede haber *fé* propiamente dicha fuera de la iglesia católica, pasado el acceso de fiebre que acompaña al nacimiento de todas las sectas, cesan de desavenirse por unos dogmas, á los cuales no se adhieren sino exteriormente, y que cada cual ve desaparecer uno tras de otro del símbolo nacional, á medida que place al juez caprichoso, llamado *razón particular*, citarlos á su tribunal para declararlos nulos.

XV. Un fanático inglés mandó escribir á principios del último siglo en el frontispicio de un templete que adornaba sus jardines, aquellos versos de Corneille:

Doy gracias á los dioses de no ser ya romano, para conservar todavía algo de humano.

Nosotros hemos oído también á un loco del último siglo exclamar en un libro enteramente digno de él: «¡O Roma! ¡cómo te aborrezco (1)!» El hablaba por todos los

(1) Mercier, en la obra titulada: *El año 2240*, que bajo el título
T. 3.

enemigos del cristianismo; pero especialmente por todos los de su siglo, porque jamás fue tan universal ni tan marcado el odio contra Roma como en este siglo, en que los grandes conjurados tuvieron la maña de acercarse hasta el oído de la soberanía ortodoxa, y derramar en él la ponzoña que esta ha pagado tan caro. La persecucion del siglo XVIII sobrepuja infinito á todas las otras porque ha añadido mucho á ellas, y no se parece á las persecuciones antiguas, sino en los torrentes de sangre que ha hecho correr al terminarse. Pero ¡cuánto mas peligrosa fue en sus principios! El arca santa sufrió en nuestros dias dos acometidas ignoradas hasta entonces: experimentó á un mismo tiempo los golpes de la ciencia y los de la sátira. La cronología, la historia natural, la astronomia, la fisica, *se amotinaron*, por decirlo así, contra la religion. Una coalicion vergonzosa reunió contra ellos todo el talento, todos los conocimientos, todas las fuerzas del entendimiento humano. La impiedad subió sobre el teatro, y presentó en él á los pontífices, á los sacerdotes, á las vírgenes santas con sus trajes distintivos, y les hizo hablar como ella pensaba. Las mujeres, que todo lo pueden así en mal como en bien, le prestaron su influencia; y mientras que el talento y las pasiones se reunian para hacer el mayor esfuerzo imaginable en su favor, una potencia

punto de vista merece leerse, porque contiene todo lo que aquellos miserables deseaban, y todo lo que debia suceder en efecto. *Sólomente* se engañaban en tomar una fase pasajera del mal por un estado durable, que debia librarlos para siempre de su mayor enemiga.

de nuevo orden se armaba contra la fé antigua; y era la sátira. Un hombre único, á quien el inferno habia dado sus poderes, se presentó en esta nueva arena, y colmó los deseos de la impiedad. Nunca habia sido manejada el arma de la sátira de un modo tan temible, ni se habia empleado nunca contra la verdad con tanta impudencia y tan buen éxito. Hasta su tiempo la blasfemia circunscrita por la repugnancia no mataba mas que al blasfemo; pero en la boca del hombre mas culpable llegó á ser contagiosa, porque se hizo graciosa. Aun hoy el hombre cuerdo que recorre los escritos de aquel bufon sacrilego, llora á veces por haber reído. Concediéndole el cielo una vida de un siglo, á fin de que la iglesia saliese victoriosa de las tres pruebas á que no resistirá jamás ninguna institucion falsa; el silogismo, el teatro y el epigrama.

XVI. Los golpes desesperados que se han dirigido en los últimos años del siglo anterior contra el sacerdocio católico y contra el jefe supremo de la religión, habian reanimado las esperanzas de los enemigos de la *cátedra eterna*. Sabido es que fue enfermedad del protestantismo tan antigua como él, la manía de predecir la caída del poder pontificio. Los errores, las equivocaciones mas enormes, la ridiculez mas solemne, nada ha podido corregirle: siempre ha vuelto á sus pronósticos; pero nunca han sido mas atrevidos sus profetas en vaticinar la caída de la santa sede, que cuando se han figurado que habia acaecido.

Los doctores ingleses se han distinguido en esta especie de delirio por medio de libros muy útiles,

precisamente porque son la ignominia del entendimiento humano, y porque deben por necesidad hacer volver en sí á todos aquellos á quienes un ministerio culpable no ha condenado á una ceguera final. A la vista del sumo pontífice expulsado, desterrado, aprisionado, ultrajado, privado de sus estados por una potencia preponderante y casi sobrenatural, ante la cual *la tierra enmudecía*, no era difícil á estos *profetas* predecir que ya habían acabado la supremacía espiritual y la soberanía temporal del Papa. Sumergidos en las mas profundas tinieblas, y condenados justamente á dos castigos, á ver en las santas escrituras lo que no hay, y á no ver lo que contienen mas claro, intentaron probarlos con las mismas escrituras que aquella supremacía, á la cual se predijo literal y divinamente que durará tanto como el mundo, estaba á punto de desaparecer para siempre. Ellos encontraban la hora y el minuto en el Apocalipsis; porque este libro es fatal para los doctores protestantes, y sin exceptuar ni aun al gran Newton, no hablan de él sin perder el juicio. Nosotros no tenemos otras armas que el raciocinio contra los sofismas mas groseros; pero Dios, cuando su sabiduría lo exige, los refuta con milagros. Mientras que los falsos profetas hablaban con mas seguridad, y una turba ebria de error como ellos les prestaba oídos, un prodigio visible de la omnipotencia, manifestado por la inexplicable concordia de los poderes mas discordes, volvía al pontífice al Vaticano; y su mano, que solo se extiende para bendecir, atraía ya la misericordia y las luces celestiales sobre los autores de aquellos libros insensatos.

XVII. ¿Qué esperan pues nuestros hermanos tan desgraciadamente separados, para marchar al Capitolio dándonos la mano? ¿y qué entienden por *milagra*, si no quieren reconocer el mas grande, el mas patente, el mas incontestable de todos en la conservacion, y en nuestros dias especialmente en la resurreccion, permítaseme esta palabra, del trono pontificio, obrada contra todas las leyes de la probabilidad humana? Durante algunos siglos se pudo creer en el mundo que la unidad política favorecia á la unidad religiosa; pero hace mucho tiempo que se verifica la suposicion contraria. De las ruinas del imperio romano se formaron una multitud de imperios, todos de costumbres, lenguas y preocupaciones diferentes. Nuevas tierras descubiertas multiplicaron sin medida el número de pueblos independientes unos de otros; y ¿qué mano sino la divina podría mantenerlos á todos bajo el mismo cetro espiritual? Pues sin embargo así ha sucedido y así ha pasado á nuestra vista. El edificio católico compuesto de piezas políticamente separadas, y aun enemigas, combatido ademas por todo lo mas poderoso, mas profundo y mas formidable que el poder humano, ayudado del tiempo, puede inventar, en el instante mismo en que parecia hundirse para siempre, se ha afirmado por el contrario sobre sus bases mas sólidas que nunca; y el sumo pontífice de los cristianos, libertado de la persecucion mas desapiadada, consolado por nuevos amigos, por ilustres convertidos, por las mas dulces esperanzas, levanta su cabeza augusta en medio de la Europa atónita. Sus virtudes eran sin duda dignas de este triunfo; pero

en este momento no contemplamos mas que la silla. Mil veces nos han echado en cara sus enemigos las flaquezas y aun los vicios de los que la han ocupado: no advertian que toda soberanía debe ser considerada como un solo individuo que hubiese poseído todas las cualidades buenas y malas que han pertenecido á la dinastía entera; y que la sucesión de los Papas, mirada bajo el respeto del mérito general, aventaja á todas las otras sin dificultad y sin comparacion. Tampoco echaban de ver que insistiendo con mas complacencia sobre ciertos defectos, argüían poderosamente en favor de la indefectibilidad de la iglesia; porque si Dios, por ejemplo, hubiese querido confiar el gobierno de ella á una inteligencia de un orden superior, deberíamos admirarnos mucho menos de semejante orden de cosas, que del que estamos presenciando. Con efecto ningún hombre instruido duda que hay en el universo otras inteligencias diferentes del hombre y muy superiores á él; así la existencia de un jefe de la iglesia superior al hombre nada nos enseñaría sobre este punto. Si además hubiese hecho Dios á esta inteligencia visible á seres de nuestra naturaleza, uniéndola á un cuerpo; esta maravilla no sería superior en nada á la que presenta la union de nuestra alma y de nuestro cuerpo, que es el hecho mas vulgar de todos; y que no por eso deja de ser un enigma incomprensible para siempre. Con que es claro que en la hipótesis de esta inteligencia superior la conservación de la iglesia nada tendría de extraordinario. El milagro pues que vemos, excede infinitamente al que se supuestó. Dios nos ha prometido fundar una iglesia

eterna é indefectible sobre una serie de hombres semejantes á nosotros. Lo ha hecho, pues que lo ha dicho; y este prodigio que cada día se hace mas asombroso, es ya incontestable para nosotros, que vivimos diez y ocho siglos despues de la promesa. El carácter moral de los Papas nunca ha tenido influencia alguna sobre la fé. Liberio y Honorio, uno y otro eminentes en piedad, necesitaron no obstante alguna apología sobre el dogma; y el bulario de Alejandro VI es irrepreensible. ¿Qué esperamos pues, repito, para reconocer este prodigio, y reunirnos todos al centro de unidad, fuera del cual no hay cristianismo? La experiencia ha convencido á los pueblos separados: ya nada les falta para reconocer la verdad; pero nosotros somos mucho mas culpables que ellos, cuando habiendo nacido y educados en esta santa unidad, nos atrevemos no obstante á ofenderla y contristarla con sistemas deplorables, hijos vanos del orgullo, que dejaria de serlo si supiese cabedecer.

XVIII. *¡O santa iglesia romana!* exclamaba en otro tiempo el grande obispo de Meaux delante de unos hombres que le oyeron sin escucharle; *¡O santa iglesia de Roma! Si yo me olvidare de tí, que me olvide de mí mismo. Péguese mi lengua, y quede inmóvil en mi boca.*

¡O santa iglesia romana! exclamaba igualmente Fernel en aquella memorable pastoral, en que se recomendaba al respeto de todos los siglos, suscribiendo humildemente la condenacion de su libro: *¡O santa iglesia de Roma! Si yo me olvidare de tí, que me olvi-*

de de mí mismo. Péguese mi lengua, y quede inmóvil en mi boca.

Las mismas expresiones tomadas de la santa escritura ocurrían á aquellos dos prelados eminentes para expresar su fé y su sumision á la grande iglesia. A nosotros, hijos dichosos de esta iglesia, madre de todas las demas, corresponde hoy repetir las palabras de tan célebres hombres, y profesar en alta voz una creencia, que debemos estimar mas porque hemos sufrido las mayores calamidades.

¿Quién podría dejar de admirar hoy el soberbio espectáculo que la Providencia da á los hombres, y todo lo que promete todavía á los ojos de un verdadero observador?

¡O santa iglesia romana! Mientras yo conserve la palabra, la emplearé en celebrarte. ¡Yo te saludo, madre inmortal de la ciencia y de la santidad! *Salve, magna parens!* Tú eres la que difundiste la luz hasta las extremidades de la tierra, por donde quiera que las ciegas soberanías no contuvieron tu influencia, y aun muchas veces á despecho de ellas. Tú eres la que hiciste cesar los sacrificios humanos, las costumbres bárbaras ó infames, las preocupaciones funestas, la noche de la ignorancia; y en donde quiera que no han podido penetrar tus enviados, falta algo á la civilizacion.—A tí te pertenecen los grandes hombres; *Magna virum.* Tus doctrinas purifican la ciencia de aquel veneno de orgullo y de independecia, que la hace siempre peligrosa y á veces funesta. Los pontífices serán pronto proclamados universalmente los agentes supremos de la civilizacion,

los creadores de la monarquía y de la unidad europeas, los conservadores de la ciencia y de las artes, los fundadores y protectores natos de la libertad civil, los destructores de la esclavitud, los enemigos del despotismo, los infatigables apoyos de la soberanía y los bienhechores del género humano.

Si alguna vez probaron que eran hombres: *si quid illis humanitus acciderit*; estos momentos fueron muy cortos. *Un navío que va surcando las aguas, no deja menos huellas en pos de sí*, y en ningún trono del universo se sentó jamás tanta prudencia, tanta ciencia ni tanta virtud. En medio de todos los trastornos imaginables Dios ha velado constantemente sobre tí, *ó ciudad eterna*. Todo cuanto podía anonadarte, se ha reunido contra tí, y aun subsistes; y así como en otro tiempo fuiste el centro del error, hace diez y ocho siglos que eres el centro de la verdad. El poder romano te había hecho la ciudadela del paganismo, el cual parecía invencible en la capital del mundo conocido. Todos los errores del universo confluían hácia tí, y el primero de tus emperadores, reuniéndolos en un solo punto resplandeciente, los consagró todos en *el Panteon*. El templo de *todos los dioses* se elevó dentro de tus muros, y es el único de todos aquellos grandes monumentos que subsiste en toda su integridad. Todo el poder de los emperadores cristianos, todo el zelo, todo el entusiasmo y aun si se quiere, todo el resentimiento de los cristianos se desencadenó contra los templos; y habiendo dado Teodosio la señal, desaparecieron todos aquellos magníficos edificios. En vano parecía que las bellezas

mas sublimes de la arquitectura pedían indulgencia para aquellas admirables construcciones: en vano su solidez fatigaba los brazos de sus destructores: para destruir los templos de Apamea y de Alejandría hubo que recurrir á todos los medios que la guerra empleaba en los sitios de las plazas; mas nada pudo resistir á la prescripción general: sólo el *Panteon* se preservó. Al referir éstos hechos un gran enemigo de la fe declara *que ignora por qué concurso de felices circunstancias se conservó el Panteon hasta el momento en que un sumo pontífice, en los primeros años del siglo VII, le consagró á todos los santos* (1). ¡Ahl sin duda *él lo ignoraba*; pero nosotros ¿cómo podríamos ignorarlo? La capital del paganismo estaba destinada para serlo del cristianismo; y el templo que concentraba en aquella capital *todas las fuerzas de la idolatría*, debía reunir *todas las luces de la fe*. *Todos los santos en lugar de todos los dioses!* Qué objeto inagotable de profundas meditaciones filosóficas y religiosas! En el *Panteon* fue rectificado el paganismo y restituido al sistema primitivo, del cual no era mas que una visible corrucción. El nombre de Dios sin duda es exclusivo é incommunicable; pero no obstante *hay muchos dioses en el cielo y en la tierra* (2). Hay inteligencias, naturalezas mejores, hombres divinizados. Los dioses del cristianismo son *los santos*. Al rededor de Dios se jun-

(1) Gibbon, *Hist. de la decadencia del*, tom. VII, cap. 28, nota 34, en 8.º pag. 368.

(2) S. Pablo, 1.º á los corintios, VIII, 5, 6. — II, á los galatas, III, 4.

tan todos los dioses para servirle en el lugar y orden que les estan señalados.

¡O espectáculo maravilloso, digno de quien nos le ha preparado, y hecho solamente para los que saben contemplarle!

Pedro con sus llaves expresivas explica las del viejo *Jano* (1). El es el primero en todas partes, y todos los santos entran despues de él. *El Dios de la iniquidad* (2), *Pluto*, cede su lugar al mayor de los talimaturos, al humilde *Francisco*, cuyo inaudito ascendiente creó la pobreza voluntaria, para equilibrar los crímenes de la riqueza. El milagroso *Javier* expulsa al fabuloso conquistador de la India. Para hacer que le siguieran millones de hombres no llamó en su auxilio la embriaguez, ni la licencia, ni se rodeó de bacantes impuras: no mostró mas que una cruz, ni predicó mas que la virtud, la penitencia, la mortificación de los sentidos. *Juan de Dios*, *Juan de Mata*, *Vicente de Paul* (¡bendiganlos todas las lenguas y todas las edades!) reciben el incienso que humeaba en honor del homicida *Marte* y de la vengadora *Juno*. La VIRGEN INMACULADA, la mas excelente de todas las criaturas en el orden de la gracia y de la santidad (3), discernida entre todos los santos como el sol entre entre todos los astros (4); la primera en toda la humanidad

(1) *Præsidio: fopibus; celestia Janitor aule,*

(2) *Et clare inattendens, hæc, ait arma gero.*

(Ovid. *Fæst.* I, 125, 439 y 254.)

(3) *Mamma iniquitatis.* (Lucæ, XVI, 9.)

(4) *Gratia plena; Dominus tecum.* (Lucæ I, 28.)

(5) *San Francisco de Sales. (Tratado del amor de Dios, III, 8.)*

que pronunció el nombre de SALVACION (1); la que cono-
ció en este mundo la felicidad de los ángeles y los trans-
portes del cielo en el camino del sepulcro (2); cuyas en-
trañas fueron benditas por el Eterno que le inspiró su
espíritu y le dió un Hijo que es el milagro del universo;
(3) aquella á quien fue dado engendrar á su Criador
(4); que no ve sino á Dios que le sea superior (5), y á
quien todos los siglos proclamarán bienaventurada (6);
la divina MARIA sube al altar de VENUS PANDEMICA.
Yo veo á CRISTO entrar en el Panteon seguido de sus
evangelistas, de sus apóstoles, de sus mártires, de sus
confesores, como entra un rey triunfador, seguido de
los grandes de su imperio, en la capital de su enemigo
vencido y destruido. A su vista todos aquellos dioses
hombres desaparecen ante el hombre Dios. El santifica
el Panteon con su presencia, y le inunda de su mages-
tad. Está hecho: todas las virtudes han reemplazado á

(1) S. Francisco de Sales, *Cartas*, lib. VIII, epíst. XVIII. *Et exultavit spiritus meus in deo salutari meo.*

(2) *Die wonne der Engel erlebt, die Entzückung der Him- mel auf dein wege zum grabe* (Klopstocks *der Messias*, XII.)

(3) Alcorán, cap. 21. *De los Profetas.*

(4) Tu sei soldo che l'umana natura,
Nobilitaste sí, che l' tuo fattore
Non si sdegnò di farsi tua fattura.

(Dante *Paradiso*, XXIII, 4, sig.)

Du hast.

Einen ewigen sohn (ihn schuf kein Sopherer) geboren.)

(Klopstocks, *ib.* XI, 36.)

(5) *Cunctis cœlitibus celsior una,*

Solo facta minor Virgè Tonanti.

(Himno de la iglesia de Paris en el día de la Asunción.)

(6) *Eccœ enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

(Lucæ, I, 48.)

todos los vicios: el error con sus cien cabezas ha huido de la indivisible verdad. Dios reina en el Panteon, como reina en el cielo, en medio de todos los santos.

Quince siglos habian pasado sobre la ciudad, cuando el genio cristiano, vencedor hasta el fin del paganismo, se atrevió á levantar el *Panteon* en el aire (1) para que sirviese de corona á su famoso templo, centro de la unidad católica, obra maestra del arte humano y la mas magnífica mansion terrena de *aquel*; que se ha dignado de habitar con nosotros *lleno de amor y de verdad* (2).

NOTAS

(1) Alusion al famoso dicho de Miguel Angel: *Yo le pondré en el aire.*

(2) *Et habitavit in nobis, plenum gratia et veritatis, (Joann. 1, 14.)*

TABLA

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

CONTINUACION DEL LIBRO II.

CAPÍTULO. VIII. = <i>De la naturaleza del poder ejercido por los Papas.</i>	pág. 5.
CAP. IX. = <i>Justificacion de este poder.</i>	10
CAP. X. = <i>Ejercicio de la supremacia pontificia sobre los soberanos temporales.</i>	23
CAP. XI. = <i>Aplicacion hipotética de los principios precedentes.</i>	35
CAP. XII. = <i>Sobre las supuestas guerras producidas por la pugna de las dos potestades.</i>	40
CAP. XIII. = <i>Continuacion del mismo asunto. = Reflexiones sobre dichas guerras.</i>	58
CAP. XIV. = <i>De la bula de Alejandro VI, Inter cætera.</i> , ...	66
CAP. XV. = <i>De la bula In cœna Domini.</i>	69
CAP. XVI. = <i>Digresion sobre la jurisdiccion eclesiástica.</i>	74

LIBRO III.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION Y LA FELICIDAD DE LOS PUEBLOS.

CAP. I. = <i>Misiones.</i>	78
--------------------------------------	----

CAP. II. = <i>Libertad civil de los hombres.</i>	96
CAP. III. = <i>Institucion del sacerdocio.</i> = <i>Celi-</i> <i>bato de los clérigos.</i>	108
§. I. <i>Tradiciones antiguas.</i>	ib.
§. II. <i>Dignidad del sacerdocio.</i>	123
§. III. <i>Consideraciones políticas.</i>	144
CAP. IV. = <i>Institucion de la monarquia en</i> <i>ropea.</i>	147
CAP. V. = <i>Vida comun de los principes.</i> = <i>Alianza secreta de la religion y de la sa-</i> <i>berania.</i>	158
CAP. VI. = <i>Observaciones particulares sobre</i> <i>la Rusia.</i>	166
CAP. VII. = <i>Otras consideraciones particulares</i> <i>sobre el imperio de Oriente.</i>	172
<i>Resumen y conclusion de este libro.</i>	179

LIBRO IV.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LAS IGLESIAS LLAMA-	
DAS CISMÁTICAS	
CAP. I. = <i>Toda iglesia cismática es protestante.</i> = <i>Afinidad de los dos sistemas.</i> = <i>Testimonio de la iglesia rusa.</i>	185
CAP. II. = <i>Sobre la supuesta invariabilidad del</i> <i>dogma en las iglesias separadas en el</i> <i>siglo XII.</i>	191
CAP. III. = <i>Otras consideraciones sacadas de</i> <i>la situacion de estas iglesias.</i> = <i>Observacion</i>	

<i>particular sobre las sectas de Inglaterra y de Rusia.</i>	195
CAP. IV. = Sobre el nombre de socianías aplicado á las iglesias cismáticas.	200
CAP. V. = Imposibilidad de dar á las iglesias separadas un nombre comun que exprese la unidad. = Principio de toda la discusion y prediccion del autor.	206
CAP. VI. = Razonamientos falsos de las iglesias separadas, y reflexiones sobre las preocupaciones religiosas y nacionales. . .	217
CAP. VII. = De la Grecia y de su caracter. Artes, ciencias y poder militar.	222
CAP. VIII. = Continuacion del mismo asunto. = Carácter moral de los griegos. = Odio á los occidentales.	231
CAP. IX. = Sobre un rasgo particular del carácter griego. = Espíritu de division. . . .	236
CAP. X. = Aclaracion de un paralogismo foetiano. = Supuesta ventaja de las iglesias, sacada de la anterioridad cronológica. . .	240
CAP. XI. = Qué hay que esperar de los griegos. = Conclusion de este libro.	247
Conclusion.	253

DE LA IGLESIA GALICANA
EN SUS RELACIONES
CON EL SUMO PONTIFICE,
PARA SERVIR DE CONTINUACION Á LA OBRA
INTITULADA
DEL PAPA:
POR
EL SR. CONDE J. DE MAISTRE.



MADRID : 1842.
Imprenta de D. José FELIX PALACIOS.

PRÓLOGO.

La obra que sigue, formaba primitivamente el libro V de otra titulada: *Del Papa*. El autor ha creído que debía separar esta última parte de los cuatro libros precedentes para formar otro opúsculo. Por lo demás no ignora cuán arriesgado es publicar un libro que infaliblemente ha de chocar con grandes preocupaciones; pero confiesa que se le da muy poco cuidado de eso. Que piensen y que digan lo que quieran: seguro él de sus propias intenciones, solo fija sus miradas en el porvenir. Muy ciego y muy ridículo sería el que se lisonjeara de evitar las contradicciones, cuando combate de frente preocupaciones de cuerpo ó de nación.

El autor dijo al clero de Francia: *Se os necesita para lo que se prepara*. Nadie le ha dirigido unas expresiones mas lisonjeras; á él le toca meditarlas.

Pero como es ley general que el hombre no consiga ningún resultado grande sin afanes y sacrificios; y como esta ley se ostenta con magnífica severidad sobre todo en el círculo religioso; el sacerdocio francés no debe lisonjearse de que formará á la cabeza de la obra que va adelantándose

sin que le cueste nada. El sacrificio de ciertas preocupaciones favoritas, mamadas con la leche, y hechas ya otra naturaleza, es difícil sin duda, y hasta doloroso; sin embargo no hay que titubear: una gran recompensa requiere un gran valor.

Aun cuando aconteciese al autor tratar sin consideracion en el curso de su obra á las autoridades que se respetan en otra parte como oráculos; está persuadido de que se le perdonaría su franqueza, porque una lógica inocente no ofende á nadie.

Ademas no hay una cosa que unos oídos justos reconozcan mejor que la voz amiga, y todo induce á creer que en esta ocasion no se equivocará nadie; si sucediera al contrario, no habria mas que diferir la justicia que debe hacerse al autor; y en esta firme persuasion apenas se creeria obligado á diferir su reconocimiento.

Algunas razones relativas á su situacion actual le mueven á hacer observar que esta obra, asi como aquella de que se ha separado, se escribió en 1827 á 500 leguas de París y de Turin. Sin embargo puede que se encuentren algunas citas añadidas despues; pero que comienzan tambien á anticuarse. ¡Ojalá envejezca asimismo á su modo el asunto de este libro, y no recuerde dentro de poco mas que una de esas miserias humanas que pertenecen únicamente á la historia antigua!

Agosto de 1820.

DE LA IGLESIA GALICANA

EN SUS RELACIONES

CON EL SUMO PONTIFICE.

LIBRO I.

DONDE SE TRATA DEL ESPÍRITU DE
OPOSICION, ALIMENTADO EN FRAN-
CIA CONTRA LA SANTA SEDE, Y DE
SUS CAUSAS.

CAPÍTULO I.

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

¿P or qué se dice la *iglesia galicana*, como se dice la *iglesia anglicana*? ¿y por qué no se dice igualmente la *iglesia española*, la *iglesia italiana*, la *iglesia polaca* &c., &c.?

Tentado está uno á veces por creer que en esta iglesia habia algo de particular que le daba no sé qué relieve fuera de la gran superficie católica; y que este algo debía llamarse como todo lo que existe.

Así lo entendia Gibbon cuando hablando de la iglesia galicana decia: *situada entre los ultramontanos y los protestantes recibe los golpes de los dos partidos* (1).

Estoy muy lejos de tomar esta frase al pie de la letra: he hecho muchas veces una profesion de fé contraria; y aun en esta obra no tardará en leerse: « que si » hay alguna cosa generalmente averiguada es que la iglesia galicana ha caminado siempre con la santa sede, » exceptuando algunas oposiciones accidentales y pasajeras (2). »

Mas aunque la observacion de Gibbon no deba tomarse á la letra, tampoco ha de despreciarse enteramente. Por el contrario importa mucho observar cómo un hombre profundamente instruido, y ademas indiferente á todas las religiones, miraba á la iglesia galicana, que en razon de su carácter particular le parecia no pertenecer del todo á la iglesia romana.

Si consideramos con atencion esta preciosa porcion de la iglesia universal; acaso encontraremos que le ha sucedido lo que sucede á todos los hombres, aun á los mas sabios, ya estén divididos, ya reunidos: que olvidan lo que mas les importa no olvidar jamás, á saber, *lo que son*.

(1) *Hist. de la decad.* en 8.º tom. IX, pág. 310, nota II.

(2) Lib. II, cap. IV.

La Iglesia Galicana deslumbrada honrosamente con la brillantez de un mérito relevante, ha podido aparentar á veces , por contemplarse demasiado á sí misma, que se olvidaba ó no se acordaba lo bastante ; *que no era mas que una provincia del imperio católico*. De ahí provienen esas expresiones tan conocidas en Francia: *Nosotros creemos ó no creemos , en Francia sostenemos &c.*: como si el resto de la iglesia estuviese obligado á *atenerse* á lo que *se atienen* en Francia. Esta voz *nosotros* no tiene sentido en la sociedad católica, á menos que no se refiera á *todos*. Esa es la gloria del católico: ese nuestro carácter distintivo, y manifiestamente es el de la verdad.

La oposicion francesa ha hecho grandes males al cristianismo; pero esta oposicion entera no puede ni con mucho imputarse á la iglesia galicana, á quien no se podia echar en cara mas que su adhesion á la *declaracion de 1682*. Importa pues hacer una diseccion anatómica , por decirlo asi, de este desgraciado espíritu , á fin de que se atribuya á cada uno la parte que le pertenece.

CAPÍTULO II.

DEL CALVINISMO Y DE LOS PARLAMENTOS.

Las grandes revoluciones, las grandes convulsiones morales, religiosas ó políticas dejan siempre alguna rastra. El calvinismo nació en Francia: su patria bastante vigorosa para vomitar el veneno quedó no obstante notablemente resentida. Vióse entonces lo que se verá siempre en todas las revoluciones: acaban; pero el espíritu que las produjo les sobrevive. Así aconteció en Francia sobre todo con motivo de las dificultades que se suscitaron contra la admision lisa y llana del concilio de Trento. En vano todos los arzobispos y obispos en cuerpo *«reconocen y declaran en la asamblea de 1615»* que estan obligados por deber y por conciencia á recibir como han recibido dicho concilio (1).» En vano este ilustre cuerpo dice al rey: «Señor, el clero de Fran-

(1) Véanse las *Memorias del clero* para el año de 1615.

»cia, mirando que va en ello el honor de Dios y el
»de esta monarquía cristianísima, que tantos años há,
»con asombro de las demas naciones católicas, lleva sobre
»su frente esta señal de desunion, suplica á V. M. que
»abrazando esta gloria de su corona se digne de mandar
»que se acepte el concilio general y ecuménico de Trento &c.» En vano el gran cardenal de Richelieu, tomando la palabra en nombre de los estados generales del mismo año de 1615, decía al rey: «Toda especie de consideraciones convidan á V. M. á recibir y hacer publicar este santo concilio....: la bondad de la cosa; ofreciendo á V. M. demostrar que nada hay en este concilio que no sea muy bueno; la autoridad de su causa.... el fruto que producen sus determinaciones en todos los países donde se han observado.... (1).»

Nada pudo vencer la oposición calvinista que inflamaba aun á muchos ánimos, y se vió suceder lo que se ha repetido despues tantas veces en Francia que en las cuestiones eclesiásticas los prelados se ven precisados á ceder á la potestad secular, que llama á este grandísimo absurdo *las libertades de la iglesia*.

Opúsose especialmente á la admisión del concilio *el estado llano*, es decir, el mayor número, y así debía ser, porque en el protestantismo hay un carácter democrático, propio para seducir por todos lados al pueblo.

Discurrió pues el partido de la oposición *recibir el concilio en cuanto al dogma* (esto era preciso); *mas no en*

(1) Discurso citado en el *Anti-Febronius vindicatus*, de Zaccharia, tom. V, *epist.* II, pág. 93.

cuanto á la disciplina ; tanto peor para la iglesia galicana , que desde entonces lleva en la frente esta MARCA DE DESUNION.

Mas ¿quienes fueron los verdaderos autores de esta singularidad chocante , tan auténticamente reprobada por el clero de Francia? «Fueron unos jurisconsultos »profanos ó libertinos, que vociferando hasta lo sumo »*las libertades* , les dieron los golpes mas recios , llevando los derechos del rey hasta el exceso; que propenden »á las máximas de los herejes modernos , y exagerando »los derechos del rey y de los jueces seculares , sus oficiales, sugirieron uno de los motivos que impidieron la »recepcion del concilio de Trento (1).»

El espíritu del siglo XVI fue alimentado principalmente y propagado en Francia por los parlamentos , y sobre todo por el de Paris , el cual, de la capital donde residia , y de los hombres que algunas veces tomaban asiento en él, sacaba cierta primacía de que usó y abusó mucho.

El parlamento, protestante, en el siglo XVI, del partido de la fronda y jansenista en el XVII, filósofo en fin y republicano en los últimos años de su vida , ha aparecido muchísimas veces en contradiccion con las verdaderas máximas fundamentales del estado.

No obstante encerraba grandes virtudes, grandes conocimientos y mucha mas integridad de lo que se figuraban varios extranjeros, engañados por las pasquinadas francesas.

(1) Fleury, sobre las *libertades de la iglesia galicana* , en sus *Opúsculos* , pág. 81.

También podía creerse que como todo gobierno requiere una oposicion , los parlamentos eran buenos bajo este punto de vista , es decir, como cuerpo de oposicion. No trato de examinar aquí si esta oposicion era legítima, ni si los males que produjo, dejan reparar en los servicios que la autoridad parlamentaria pudo hacer al estado por su accion política: solamente observaré que la oposicion por su naturaleza nada produce: no se ha hecho para crear, sino para impedir: se la debe temer, pero no creer: ningun movimiento legítimo principia por ella; al contrario está destinada á entorpecerle en algunas circunstancias mas ó menos raras, para que no se enciendan con la frtacion ciertas piezas.

Para concretarme al objeto que trato , debo hacer observar que el carácter distintivo y mas invariable del parlamento de Paris se saca de su oposicion constante á la santa sede. Los tribunales superiores de Francia jamás han variado sobre este punto. Ya en el siglo XVII se contaban entre los principales miembros algunos verdaderos protestantes, como los presidentes *de Thou*, *de Ferriere* &c. Léase la correspondencia de este último con *Sarpi* en las obras de este bendito religioso , y se verán las profundas raices que habia echado ya el protestantismo en el parlamento de Paris. Los que no han podido examinar por sí mismos este hecho importante, pueden atenerse al testimonio expreso de un noble par de Francia, que en una obra moderna de la que me he aprovechado muchísimo, confiesa: «Que ciertos tribunales »supremos de Francia no habian sabido precaverse de »la influencia del nuevo sistema (*el protestantismo*);

»que muchos magistrados se habian dejado arrastrar de
»él, y no parecian dispuestos á decretar las penas esta-
»blecidas contra aquellos cuya creencia habian adoptado
»ellos mismos (1).»

Este mismo espíritu se habia perpetuado hasta nuestros dias en el parlamento por medio del jansenismo, que no es otra cosa en sustancia que una fase del calvinismo. Los varones mas venerables de la magistratura estaban inficionados de él; y no sé si el filosofismo de los jóvenes era mas peligroso para el estado.

Siendo el concilio de Trento por tantos y tan justos títulos el mas famoso de los concilios generales y el grande oráculo *anti-protestante*; debia desagradar á la magistratura francesa, precisamente en razon de su autoridad. Puede tambien leerse sobre este punto lo que dice el mismo magistrado que acabo de citar; pues no hay testimonio mas respetable, ni que deba inspirar mas confianza, cuando manifiesta los sentimientos de su orden.

«El concilio de Trento, dice, trabajaba seriamente
»en una reforma mas necesaria que nunca. La historia
»nos enseña (2) qué hombre y qué medios se emplearon

(1) *Espiritu de la hist.* tom. III, carta LXVIII.

(2) ¿Qué historia? Sin duda será la del bueno de Sarpi. ¡Extraña autoridad! Obsérvese que la turba de escritores franceses enemigos de la santa sede por diferentes motivos, no cita jamás la historia de Palavicini, á menos que sea para despreciarla. *Es un fanático, dicen, un vil adulador de Roma, un jesuita*: de modo que acerca del concilio solo debe creerse á dos apóstatas, *Sarpi y le Courayer*: hombres, como todo el mundo sabe, perfectamente *desinteresados*.

»para oponerse á ello. Si este concilio hubiese sido práctico y se hubiera prolongado menos; hubiera podido, »haciendo el sacrificio de los bienes ya confiscados, conseguir la reunion de los ánimos sobre la materia del »dogma. Pero la condenacion de los protestantes fue »completa (1).»

Al leer este trozo se creeria que el concilio de Trento na ha obrado ninguna reforma en la iglesia. No obstante el capítulo de *Reformatione* no es pequeño, y el concilio entero fue sin duda ninguna *el mas grande y mas feliz esfuerzo que se haya hecho jamás en el mundo para la reforma de una gran sociedad*. Los hechos hablan, y asi no hay lugar á disputas. Desde la celebracion de este concilio la iglesia ha mudado enteramente de aspecto. Si los padres no emprendieron mas, son tan dignos de alabanza por lo que dejaron de hacer, como por lo que hicieron; »porque alguna vez es menester agradecer á los hombres de estado el no haber hecho todo el »bien que hubieran podido ejecutar, y haber sido bastante grandes para hacer en favor de las circunstancias del »tiempo y de la tenacidad de las costumbres el sacrificio »que debía serles mas costoso, el de sus vastos y benéficos planes (2).»

Pero en fin la lengua misma en la pluma de un es-

(1) En efecto el concilio hizo mal en no ceder sobre algunos puntos. Por lo demas *los bienes confiscados* son traídos ahí con un talento singular; aunque acaso demasiado visible. (*Espiritu de la hist.* tom. II, cart. LXVIII, y tom. III, cart. LXX.)

(2) *Espiritu de la hist.*

critor por otro lado tan respetable ha sido violada por la preocupacion, hasta el extremo de haber llamado á los primeros protestantes, con grande admiracion de los verdaderos franceses, *un pueblo neófito* (1). Debe observarse que esta frase y otras muchas de esta naturaleza son de un hombre muy distinguido bajo todos respetos, lleno de sanas intenciones, y que habla como la razon misma siempre que las preocupaciones de corporacion no le impiden usar de la suya. ¿Qué deberá pues ser la multitud de sus colegas, de quienes él mismo habla como de hombres exaltados? Por una simple regla de proporcion deber á n mirarse como otros tantos frenéticos.

Podria formarse una coleccion bastante chistosa de los juicios que ha formado la opinion de todas las clases contra los parlamentos de Francia:

En una parte Voltaire apellida **ELEGANTEMENTE** á los magistrados *pedantes absurdos, insolentes y sanguinarios, plebeyos tutores de los reyes* (2).

En otra parte un honorable miembro de la Junta de

(1) «Esta religion nueva y perseguida (*¡pobres corderos!*) encontré en estos dos títulos grandes recursos. La persecucion obra con mucha fuerza sobre la imaginacion de un *pueblo neófito*» (Ibid. tom. III, cart. LXX.)

(2) *Suplemento á las cartas de Voltaire*, tom. II, pág 208, carta á Marmontel del 6 de enero de 1772. Asi pues los Nicolai, los Lavignon, los Pottier, los Molé, los Seguier, &c, son plebeyos á los ojos del gentil-hombre ordinario. Esto es graciosísimo. Mas el gobierno que no pensó jamás en castigar á este gran señor, hizo bien mal, y sintió las resultas.

salvacion pública nos dice que, «el parlamento haria mucho mejor si se acordase, é hiciese olvidar, si es posible, á los otros, que él fue quien encendió la tea de la discordia, pidiendo la convocacion de los estados generales.» Y en seguida recuerda el decreto que excluyó á Carlos VII, que el conde de Boulainvillers llamaba *el oprobio eterno del parlamento de Paris*; y por último concluye dando el nombre de *quidam* á los antiguos magistrados de aquel cuerpo (1).

Oiremos tambien á un grande hombre, cuyo nombre recuerda todos los géneros del saber y del mérito, quejarse de «que los procedimientos de los parlamentos de Francia son muy extraños y muy precipitados: que cuando se trata de los derechos del rey, obran como abogados y no como jueces, sin salvar siquiera las apariencias, ni tener consideracion á la menor sombra de justicia (2).»

Pero nada es comparable al retrato de los parlamentos

(1) Memorias de *Carnot* (que ciertamente no es un *quidam*) á S. M. C. Luis XVIII. (Bruselas, 1814, pág. 82, npt. II.)

(2) *Pensamientos de Leibnitz sobre la religion y sobre la moral*, en 8.º, tom. II, pág. 484. A estas palabras de Leibnitz, cuando se trata de los derechos del rey, debe añadirse, contra el Papa y contra la iglesia; porque tratando de estos mismos derechos considerados en sí mismos y en lo interior del estado, los parlamentos no procuraban mas que restringirlos, sobre todo respecto á los mismos parlamentos. En el magistrado francés se encontraba un republicano y un cortesano segun las circunstancias; y este Jano de nueva especie mostraba una cara al rey y otra á la iglesia.

hecho por uno de los mayores oradores cristianos, y presentado á los franceses en *la cátedra de la verdad*. Indicaremos solamente algunas de sus pinceladas.

«¿Qué magistrado es hoy el que quiere interrumpir sus diversiones, aun cuando se trate, no digo del reposo, sino aun del honor y acaso de la vida de un miserable? La magistratura frecuentemente no es mas que un título de ociosidad, que se compra solo por honor, y se ejerce por conveniencia. Pedir justicia á los magistrados cuando ellos tienen resuelto el divertirse, es no tener mundo é injuriarles. Sus pasatiempos son como la parte sagrada de su vida, á la cual nadie se atreve á tocar; y prefieren fatigar la paciencia de un desdichado, y exponer una buena causa, antes que quitarse algunos momentos de sueño, ó suspender una partida de juego, ó una conversacion inútil, *por no decir mas (1).*»

¿Cómo un mismo cuerpo ha podido desagradar á hombres tan diferentes? No me parece inexplicable. Si el parlamento no hubiera encerrado grandes virtudes y una grande accion legítima; no hubiese merecido el odio de Voltaire, y de otros muchos; pero si no hubiera encerrado grandes vicios, no hubiese indignado á Flechier, ni á Leibnitz, ni á otros muchos. El gérmen calvinista, nutrido en aquel gran cuerpo, se hizo mucho mas peligroso cuando su esencia mudó de nombre y se llamó *jansenismo*. Entonces las conciencias estaban á sus anchas de resultas de una herejía que decia: *Yo no*

(1) Flechier, *Panegirico de S. Luis*, primera parte.

existo. El veneno penetró hasta en aquellos grandes magistrados que las naciones extranjeras podían envidiar á la Francia. Entonces como todos los errores, aun los que son contrarios entre sí, están siempre de acuerdo contra la verdad, la nueva filosofía en los parlamentos se unió al jansenismo contra Roma. Entonces llegó á ser el parlamento en su totalidad un cuerpo verdaderamente anti-católico, en términos que sin el *instinto* real de la casa de Borbon y sin la influencia aristocrática del clero (que ya no habia otra), la Francia hubiera parado infaliblemente en un cisma absoluto.

Los magistrados, animados por la debilidad de una soberanía agonizante, no guardaron ya miramiento alguno. Humillaron á los obispos, ocuparon sus temporalidades, combatieron como abusivo un instituto religioso, que era frances hacia ya dos siglos, y de propia autoridad le declararon *anti-frances*, *anti-social* y aun *impío*, sin contenerlos ni un concilio ecuménico que le habia declarado *piadoso*, ni el sumo pontífice que repetía la misma decision, ni en fin la misma iglesia galicana, que en una actitud firme delante de ellos conjuraba á la autoridad real para que evitase esta funesta violacion de todos los principios.

Para destruir un órden célebre, se apoyaron en un libro acusador, que ellos mismos habian hecho escribir, y cuyos autores hubieran sido condenados sin dificultad á presidio en cualquiera país donde los jueces no hubiesen sido cómplices (1). Hicieron quemar circu-

(1) No queriendo envolver una cuestion con otra, declaro

lares de obispos, y aun si no me han engañado, bulas de papas por mano del verdugo. Convirtiendo una CARTA PROVINCIAL en dogma de la iglesia y en ley del estado, se les vió decidir *que no habia una herejía en la iglesia, que anatematizaba esta herejía*. Concluyeron por violar los tabernáculos, y sacar de ellos la Eucaristía para enviarla entre cuatro bayonetas á casa de un enfermo obstinado, que no pudiendo *recibirla*, tenia la culpable audacia de mandar que se la *administraran*.

Si se considera el número de magistrados esparcidos por el territorio de la Francia, el de los tribunales inferiores que miraban como un deber y tenian á gloria seguir los pasos de aquellos, la numerosa clientela de los parlamentos, y todos los que por conexiones de familia, de amistad ó por el simple ascendiente eran arrebatados en el mismo torbellino; fácilmente se concebirá que era bastante para formar en el seno de la iglesia galicana el partido mas formidable contra la santa sede.

Mas como el jansenismo no era una enfermedad peculiar de los parlamentos; es necesario examinarle en sí mismo para conocer su influencia general con relacion al objeto de que trató.

que no miro mas que á la violacion de las formas legales y á los abusos de autoridad.

CAPÍTULO III.

DEL Jansenismo. = RETRATO DE ESTA SECTA.

Desde su fundación no ha visto jamás la iglesia una herejía tan extraordinaria como el *jansenismo*. Todas al nacer se han separado de la comunión universal, y aun se vanagloriaban de no pertenecer ya á una iglesia, cuyas doctrinas rechazaban como erróneas en algunos puntos. El jansenismo se ha manejado de otro modo: niega haberse separado; y si se quiere, escribirá algunos libros sobre la unidad, demostrando su necesidad indispensable. Sostiene sin sonrojarse, ni temblar, que es miembro de la misma iglesia que le anatematiza. Hasta ahora, para saber si un hombre pertenece á una sociedad cualquiera, se preguntaba á esta misma, es decir, á sus jefes; porque ningún cuerpo moral habla sino por medio de ellos; y cuando ella decia: *No me pertenece*, ó *no me pertenece ya*, era asunto concluido. Solo el jansenista intenta eludir esta ley eterna: *Illi robur*

et æs triplex circa frontem: tiene la increíble presunción de ser miembro de la iglesia católica, á pesar de la iglesia católica: prueba á esta que no conoce á sus hijos, que ignora sus propios dogmas, que no comprende sus propios decretos; en fin que no sabe leer: se burla de sus decisiones, apela de ellas y las conculca, al mismo tiempo que demuestra á los demas herejes que la iglesia es infalible, y que no pueden tener ninguna excusa.

Un antiguo magistrado frances, amigo del abad Fleury, pintó de un modo sencillo este carácter del jansenismo al principio del último siglo: sus palabras merecen citarse.

«El jansenismo, dice, es la herejía mas sutil que ha apodido urdir el diablo. Los jansenistas vieron que los protestantes, separándose de la iglesia, se habian condenado á sí mismos, y que se les habia echado en cara esta separacion; así tomaron por máxima fundamental de su conducta no separarse jamás exteriormente de la iglesia, y protestar siempre su sumision á las decisiones de la misma; pero con el cargo de inventar todos los dias nuevas sutilezas para explicarlas; de modo que parecen sometidos sin mudar de sentimientos (1).»

Este retrato es completamente verdadero; pero si

(1) *Nuevos opúsculos de Fleury*, París, Nion, 1807, páginas 227 y 228. Estos opúsculos son un verdadero presente que ha hecho el presbítero Emery á los amigos de la religion y de las sanas doctrinas. En ellos se ve hasta qué punto habia mudado Fleury sus antiguas ideas. Se puede hacer una obra acerca de estos opúsculos.

alguno quiere divertirse, é instruirse al mismo tiempo, oiga á madama de Sevigné, admirable discípula de *Port-Royal*, que creyendo hablar al oído á su hija, descubre al mundo el secreto de la familia.

«El Espíritu Santo sopla donde le place; y él mismo prepara los corazones donde quiere habitar: él ruega en nosotros con *gemidos inefables*. San Agustín es quien me ha dicho todo esto. Páreceme muy *jansenista*, y tambien S. Pablo. Los jesuitas fingen una fantasma, que llaman *Jansenio*, á la cual dicen mil injurias y hacen que no ven hasta donde sube esto..... Meten un ruido extraordinario, y despiertan á los discípulos ocultos de estos dos grandes santos (1).»

«Sobre lo que dice S. Agustín, nada tengo que responderle sino que yo le escucho y le entiendo cuando me dice y me repite quinientas veces en el mismo libro: *que todo depende, como dice el apóstol, no del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que hace mi-*

(1) *Cartas de madama de Sevigne*, en 8.º, tomo II, carta 75.—Aquí se ven mejor que en ningún libro de *Port-Royal* los dos puntos capitales de la doctrina *jansenista*:—1.º *No hay jansenismo*, es una quimera, una fantasma creada por los jesuitas. El Papa que condenó esta supuesta herejía, estaba soñando cuando escribía su bula. Parecíase á un cazador que hiciese fuego á una sombra, creyendo apuntar á un tigre. Si la iglesia universal aplaudió esta bula, fue solamente un acto de simple política hacia la santa sede, que no trae ninguna consecuencia.—2.º Lo que se llama *jansenismo* no es en el fondo mas que *paulinismo* y *agustinianismo*, porque S. Pablo y S. Agustín hablaron precisamente como el obispo de Iprés. Si la iglesia afirma lo contrario, ¡ah! es porque como vieja chochea.

«sericordia con quien le place: que Dios no da la gracia á los hombres en consideracion de mérito alguno, sino segun su beneplácito, á fin de que el hombre no se glorie, pues que nada tiene que no haya recibido.» Cuando leo todo este libro (de S. Agustin), y me encuentro de pronto: «¿Cómo juzgaria Dios á los hombres, si no tuviesen libre albedrío?» A la verdad no entiendo este pasaje (1), y me inclino á creer que es un misterio (*Ibid.* carta DXXIX).

«Nosotros creemos siempre que depende de nosotros hacer esto ó aquello; no haciendo lo que no se hace, se cree no obstante que pudiera haberse hecho (2). Las personas que hacen tan bellas restricciones y contradicciones en sus libros, hablan mucho mejor y mas dignamente de la Providencia, cuando la política no los violenta ni los comprime. En las conversaciones familiares son muy amables (3)..... Te ruego que leas..... los *Ensayos de moral sobre la sumision á*

(1) Lo creo; pero obsérvese que la cuestion para los amigos de madama de Sevigné no era saber si hay ó no libre albedrío; porque sobre este punto habian tomado su resolucion, sino solamente saber cómo no teniendo los hombres libre albedrío, sin embargo Dios los condenaria justamente. Sobre esto recae lo que la amable apelante dice: *A la verdad yo no entiendo este pasaje; ni yo tampoco en verdad.*

(2) Véase la Carta 418.—Aquí se descubre enteramente el misterio. Todo se reduce á la tontería del hombre que se cree libre: no hay mas, *Creo que pudiera haber hecho lo que no ha hecho.* Es una niñoría, y hasta un error que insulta á la Providencia, limitando su poder.

(3) Con efecto son muy amables, cuando sostienen el dogma de la predestinacion absoluta, y nos conducen directamente á la desesperacion.

«*la voluntad de Dios. Verás como el autor nos la repre-*
«*senta soberana; haciéndolo todo, disponiéndolo todo,*
«*arreglándolo todo. Yo á esto me atengo, esto es lo que*
«*creo; y si á vuelta de hoja quieren decir lo contrario*
«*por por hacer á dos palos, los miraré en este parti-*
«*cular como á los contemporizadores políticos. Nunca*
«*me harán variar, y seguiré su ejemplo, porque ellos no*
«*mudan de parecer por mas que muden de language (1).»*

«¿Con que lees á S. Pablo y á S. Agustin? Esos
«son los buenos operarios para establecer la soberana
«voluntad de Dios. Ellos no economizan el decir que
«Dios dispone de sus criaturas como el alfarero del
«barro, y elige á unas para desechar á otras (2). No se
«consueña en hacer cumplidos para salvar su justicia:
«porque NO HAY MAS JUSTICIA QUE SU VOLUNTAD (3).
«Esá es la misma justicia, es la regla; y en suma, ¿qué
«debe Dios á los hombres? Nada absolutamente. Así
«pues les hace justicia cuando los abandona á causa del
«pecado original, que es el fundamento de todo; y ha-

(1) Esta confesion me parece bastante clara, y he aquí el verdadero carácter de la rebelion. Por el contrario el "Hijo de la iglesia nada tiene que decir en las conversaciones ni aun en las de confianza y reservadas, que no diga del mismo modo en sus libros y en la cátedra.

(2) Es decir, que Dios salva ó condena eternamente á quien quiere, sin más motivo que su voluntad.

(3) No creais ni los libros impresos con licencia, ni las declaraciones hipócritas, ni las profesiones de fé mentirosas ó ambiguas: creed á madama de Sevigné, con quien *podia cualquiera ser amable* muy fácilmente. No hay otra justicia en Dios que su voluntad. Este fiel retrato en miniatura del sistema merece ponerse en un cuadro.

»ce misericordia al pequeño número de los que salva
 »por su Hijo. ¿No es Dios quien muda nuestros co-
 »razones? ¿No es Dios quien nos hace querer? ¿No es
 »Dios quien nos libra del imperio del demonio? ¿No es
 »Dios quien nos da la mira y el deseo de ser suyos?
 »Esto es lo que se corona: Dios corona sus dones. Si
 »esto es lo que se llama *libre albedrio*; convengo en
 »ello. Jesucristo mismo ha dicho: «*Yo conozco mis ove-*
 »*jas: yo mismo las apacentaré y no perderé ninguna.....*
 »*Yo os escogí á vosotros; y no vosotros á mí.*» Por es-
 »te estilo hallo otros mil pasajes, y los entiendo todos;
 »y cuando leo lo contrario, digo: es que quisieron ha-
 »blar vulgarmente, como cuando se dice *que Dios se*
 »*arrepintió, que Dios está airado* &c.: hablan á los
 »hombres. Aténgome á esta primera y grande verdad,
 »que es toda divina (1).»

(1) y Tomo VI, carta CCCXXXV y DXXIX. Después de to-
 dos estos bellos discursos es muy gracioso leer la postdata con-
 fidencial del marqués de Sevigné, que decia á su hermana: «Aun
 falta algo para convertirnos (acérca de la predestinación y la
 perseverancia); y es que nos parecen muy buenas y muy percep-
 tibles las razones de los semi-pelagianos, y las de S. Pablo y San
 Agustín, muy sutiles y dignas del abate Tetu (personaje original
 citado varias veces en las *Cartas* de madama de Sevigné).» «Es-
 taríamos muy contentos con la religion si estos dos santos no hu-
 biesen escrito: tenemos siempre este pequeño inconveniente (to-
 mo IV, carta CCCXCIV).» Yo me guardaré bien de tomar al pie
 de la letra esta chanza, y mucho menos de *servirme* de ella. No
 hago mas que notar el efecto necesario que hacen estas terribles
 doctrinas entre las gentes profanas dotadas de un buen corazon
 y un juicio recto: las precipitan en el extremo opuesto. Es preci-
 so observar la exclamacion de la ingeniosa teóloga: «Si llamais

La elegante pluma de madama de Sevigné confirma completamente lo que nos acaba de decir un antiguo y venerable magistrado, porque creyendo ella hacer su panegírico, pinta al natural (lo que nunca podremos agradecer bastante) la atrocidad de los dogmas jansenistas, la hipocresía de la secta y la sutileza de sus intrigas. Esta secta, la mas peligrosa *que jamás ha urdido el diablo*, como decia el buen senador, y tambien Fleury que lo aprueba, es igualmente la mas vil á causa del carácter de falsedad que la distingue. Los

libre albedrio el puro mecanismo de un autómató, convengo en ello.» «Por lo demás no puedo negarme al gusto de parodiar este pasaje. Yo leo en las santas escrituras: *Dios ama todo lo que existe*. No puede aborrecer nada de cuanto ha criado, ni permitir que ningun hombre sea tentado de un modo superior á sus fuerzas. Quiere que todos nos salvemos: es el Salvador de todos, pero mas particularmente de los creyentes. — Tú lo perdonas todo, porque todo es tuyo, ó AMIGO DE LAS ALMAS! &c. Por este estilo encuentro otros mil pasajes, y los entiendo todos; mas cuando leo lo contrario, digo: eso es porque hablan á hombres, á los cuales muchas veces conviene hablarles de tal ó cual manera. Ademas estos textos deben necesariamente modificarse y explicarse por los otros. Esto es como cuando dicen que *hay pecados irremisibles; que Dios endurece los corazones; que induce á la tentacion; que ha creado el mal; que se debe aborrecer al padre &c.* Yo me atengo á esta primera y grande verdad que es toda divina.» — La redargucion es la misma: ¿mas qué encanto indefinible es este, que en la duda hace inclinar al hombre hácia la hipótesis mas escandalosa, mas absurda y mas desesperada? ¡Ah! el mas poderoso de todos, el mas peligroso para los mejores talentos, las delicias del corazon humano, es el encanto de la rebelion.

otros sectarios son á lo menos enemigos conocidos, que atacan abiertamente la ciudad que nosotros defendemos; estos por el contrario son una parte de la guarnicion; pero rebelada y traidora, que vistiendo el mismo uniforme, y celebrando el nombre del soberano, nos clava el puñal por las espaldas mientras defendemos la brecha. Asi pues cuando Pascal venga á decirnos: «Los »luteranos y los calvinistas nos llaman *papistas*, y di- »cen que el papa es el Ante-cristo; pero nosotros deci- »mos que estas proposiciones son heréticas, y por eso »no somos herejes (1):» nosotros le responderemos: *«Por eso lo sois de un modo mas peligroso.»*

(1) Carta de Pascal al padre Annato, despues de la XVII de las *Provinciales*.

CAPÍTULO IV.

ANALOGÍA DE HOBBS Y DE JANSENIO.

Yo no sé si alguno habrá observado que el dogma capital del jansenismo pertenece enteramente á Hobbes. Es sabido que este filósofo sostenia que todo es necesario, y de consiguiente que no hay *libertad* propiamente dicha, ó libertad de eleccion. «Llamamos, dice, agentes libres á los que obran con deliberacion; pero la deliberacion no excluye la necesidad, *porque* la eleccion era necesaria lo mismo que la deliberacion (1).»

Se le oponia el argumento tan conocido *de que si se quita la libertad*, ya no habria crimen, ni por consiguiente castigo legítimo; pero á esto replicaba Hobbes: «Niego la consecuencia. La naturaleza del crí-

(1) *Tripes in tarce discourses*, by Th. Hobbes, en 8.º Londres 1684. — *De la libertad y necesidad*; pág. 294. Esta obra lleva la data de Ruan, 22 de agosto de 1652.

»men consiste en que procede de nuestra voluntad, y
»viola la ley. El juez que castiga no debe buscar otra
»causa mas alta que la voluntad del culpable. Cuando
»yo digo pues que una accion es necesaria, no quiero
»decir que sea hecha á pesar de nuestra voluntad, sino
»porque el acto de la voluntad, ó la volicion que lo ha
»producido, era voluntaria (1). Asi que puede ser vo-
»luntaria, y por consiguiente crimen, aunque sea
»necesaria. Dios en virtud de su omnipotencia tie-
»ne derecho de castigar, AUN CUANDO NO HAYA CRÍ-
»MEN (2).»

Esta es precisamente la doctrina de los jansenistas. Sostienen que el hombre, para ser culpable, no necesita de la libertad que se opone á la *necesidad*, sino solamente de la que se opone á la *coaccion*; de manera que todo hombre que obra *voluntariamente* es *libre*, y por consiguiente *culpable* si obra mal, aun cuando obra *necesariamente*. (Esta es la proposicion de Jansenio.)

Nosotros creemos siempre que depende de nosotros hacer esto ó aquello. No haciendo lo que no se hace, se

(1) ¿Qué significa *un acto voluntario de la voluntad*? Esta *tantología* completa procede de que no se ha querido comprender ó confesar que la libertad no es ni puede ser mas que la *voluntad no impedida*.

(2) El ánimo se indigna desde luego contra esta infamia; pero ¿por qué? Es el jansenismo puro, *la doctrina de los discípulos ocultos* de S. Pablo y S. Agustin, la profesion de fé de *Port-Royal*, asilo de las *virtudes* y del *talento*. Esto es idénticamente lo que acaba de decirnos madama de Sevigné, aunque en términos algo diferentes: *en Dios no hay otra justicia sino su voluntad*.

creo sin embargo que hubiera podido hacerse ; pero en el hecho no puede haber libertad que excluya la necesidad ; porque si hay un agente es preciso que obre , y si obra , nada falta de lo que es necesario para producir la accion : de consiguiente la causa de la accion es suficiente , si es suficiente es necesaria (lo que no la quita ser voluntaria). Si esto es lo que se llama libre albedrio , se acabó la disputa. El sistema contrario destruye los decretos y la presciencia de Dios ; y esto es un grande inconveniente (1). En efecto supone , ó que Dios podria no prever un suceso y no decretarle , ó preverle sin que suceda , ó decretar lo que no sucederá (2).

Es un extraño fenómeno ver enseñados en la iglesia católica los principios de Hobbes ; mas no hay la menor duda , segun se ve , sobre la rigurosa identidad de ambas doctrinas. Hobbes y Jansenie eran contemporáneos : no sé si se leyeron uno á otro , y si el uno es obra del otro. En este caso seria preciso decir del último :

(1) ¡Excelente escrúpulo ! Hobbes teme faltar al respeto á la presciencia divina , suponiendo que todo no es necesario. Asi Locke , segun hemos visto mas arriba , temió limitar la omnipotencia divina si le negaba el poder de hacer pensar á la materia. ¡Qué delicadas son las conciencias de los filósofos !

(2) El trozo que va de bastardilla es compuesto de frases de Hobbes (*Tripas* , *ibid.* pág. 316 y 317), y de madama de Sevigné (*tom. II, cart. DXXV*), cuando decia en secreto á su hija cómo pensaban sus amigos , y cómo hablaban cuando no mentaban. Al ver hasta qué punto concuerdan estos pensamientos salidos de dos plumas diferentes , y cómo se funden juntos en el crisol de *Port-Royal* , no puede uno menos de exclamar :

¡Quam benè conveniunt , et in uná sede morantur !

Pulchrá prole parens, y del primero *Pulchro patre satus*.

Un eclesiástico inglés nos ha dado una soberbia definición del calvinismo. «*Es, dice, un sistema de religion que ofrece á nuestra creencia hombres esclavos de la necesidad, una doctrina ininteligible, una fé absurda y un Dios desapiadado*» (1).

El mismo retrato puede servir para el jansenismo; porque son dos hermanos tan parecidos, que ningun hombre que quiera mirarlos, puede equivocarse (2).

¿Cómo pues semejante secta ha podido hacer tantos partidarios, y aun partidarios fanáticos? ¿Cómo ha podido meter tanto ruido en el mundo, y fatigar no menos al estado que á la iglesia? Muchas causas reunidas han producido este fenómeno; pero la principal es la que ya

(1) *Calvinism has been admirably defined by Jortin a religious system consisting of human creatures without liberty, doctrines without sense faith without reason, and a god without mercy.* (Antijacobin, July, 1803, in 8.º, p. 23.)

El redactor mismo llama al calvinismo *that wild and blasphemous system of theology* (Setiembre 1804, p. 75, p. 1). Los ingleses pueden decir lo que quieran, y ciertamente no trato de contradecirles sobre este punto; pero á la verdad esto es lo que se llama *apalear á su padre*.

(2) *Los disputadores de los calvinistas y sus primos los jansenistas*, dijo Voltaire, y si no los llamó *hermanos* en lugar de *primos*, es porque no le venia bien para el verso. Gibbon dijo tambien: «A los molinistas los mata la autoridad de S. Pablo, y los jansenistas se han deshonrado por su semejanza con Calvino.» (*Hist. de la decad.*, t. VIII, cap. XXXIII.) No examino aqui la exactitud de la antítesis: solo me atengo al punto de la semejanza.

he apuntado. El corazón humano es naturalmente rebelde. Levántese el estandarte contra la autoridad, y nunca faltarán reclutas. *Non serviam* (1). Ese es el crimen eterno de nuestra desgraciada naturaleza. *El sistema de Jansenio*, decía Voltaire (2), *no es filosófico, ni consolador; pero el placer secreto de pertenecer á un partido &c.* No hay que dudarlo, todo el misterio está ahí. *El placer del orgullo* es desafiar á la autoridad: *su felicidad* apoderarse de ella: *sus delicias* humillarla. El jansenismo presentaba estas tres tentaciones á sus secuaces; y sobre todo el segundo goce llegó á su colmo cuando aquel vino á ser una potencia, concentrándose en los muros de Port-Royal.

(1) *Jeremias*, II, 20.

(2) *Siglo de Luis XIV*, tom. III, cap. XXXVII.

CAPÍTULO V.

PORT-ROYAL.

Dudo que la historia presente en este género cosa mas extraordinaria que el establecimiento y la influencia de *Port-Royal*. Unos cuantos sectarios melancólicos, irritados por las pesquisas de la autoridad , discurrieron encerrarse en una soledad para entregarse á su mal humor , y trabajar á sus anchuras. Semejantes á las planchitas de imán artificial, cuya fuerza resulta de su conjunto, estos hombres unidos y estrechados por un fanatismo comun, producen una fuerza total capaz de levantar las montañas. El orgullo, el resentimiento , el odio religioso, todas las pasiones acres y rencorosas se desatan al mismo tiempo: el espíritu de partido concentrado se transforma en rabia incurable. Ministros, magistrados , sabios, mujeres de alta clase, religiosas

fanáticas, todos los enemigos de la santa sede, todos los de la unidad, todos los de una órden célebre, su antagonista natural, todos los parientes, los amigos, los clientes de los primeros personajes de la asociacion se coligan en el foco comun de la rebelion. Gritan, se insinuan, calumnian, intrigan, tienen imprentas, correspondencias, factores, una *caja pública invisible*. En breve podrá *Port-Royal* desolar á la iglesia galicana, desafiar al sumo pontífice, impacientar á Luis XIV, influir en sus consejos, cerrar las imprentas á sus adversarios, y en fin imponer á la supremacía.

Este fenómeno es grande sin duda; mas no obstante hay otro que le excede infinito, y es la mentida reputacion de virtudes y talento *construída por la secta*, como se *construye* un navío ó una casa, y liberalmente concedida á *Port-Royal* con tan buen resultado, que aun en nuestros dias no se ha borrado todavía, aunque la iglesia no reconozca virtud alguna separada de la sumision, y *Port-Royal* haya estado constante é irremisiblemente reñido con toda especie de talento superior. Bien apurado se ha visto en la época presente un celoso partidario de *Port-Royal* al querer hacer la enumeracion de los grandes hombres pertenecientes á aquella casa, *cuyos nombres (dice) imponen respeto, y recuerdan en parte los títulos que tiene la nacion francesa á la gloria literaria*. Este catálogo es curioso: hé-le aqui.

Pascal, Arnaldo, Nicole, Hamond, Sacy, Pontis, Lancelot, Tillemont, Pont-Chateau, Agran, Berulle, Despreaux, Bourbon-Conti, La-Bruyere, el cardenal

Camus, Félibien, Juan Racine, Rastignac, Regis, &c. (1).

Pascal va siempre al frente de estas listas, y con efecto es el único escritor de ingenio, no diré que *haya producido* la famosísima casa de *Port-Royal*, sino que la *habitó* algunos momentos. En seguida se ve aparecer *longo, sed proximi intervallo*, á Arnaldo, Nicole y Tillemont, sabio y laborioso analista (2): *los demas no merecen el honor de ser nombrados*, y aun la mayor parte de ellos estan ya profundamente olvidados. Para elogiar á Bourdaloue se ha dicho: *Es un Nicole elocuente*: de modo que Nicole, el mas elegante escritor de *Port-Royal* (exceptuando á Pascal), era igual á *Bourdaloue menos la elocuencia*. Hé aquí á lo que se reduce en este punto la gloria literaria de estos hombres tan celebrados por su partido: *fueron elocuentes como un hombre que no fuese elocuente*: lo que en nada menoscaba el mérito filosófico y moral de Nicole, que es digno de suma estimacion. Arnaldo, el soberano pontífice de la asociacion, fue un escritor mas que mediano: los que no quieran arrostrar el tedio de juzgar de él por sí mismos, pueden creer sobre su palabra al autor del discurso *sobre la vida y las obras de Pascal* (3). « *El estilo de Arnaldo, dice, des-*

(1) *Las Ruinas de Port-Royal de los campos*, por Mr. Gregoire. Paris, 1809, en 8.º, cap. VI.

(2) *Es el mulo de los Alpes*, dice Gibbon: *asienta el pie con seguridad y nunca tropieza*. Enhorabuena; pero el caballo de casta hace otra figura en el mundo.

(3) *Al frente de los Pensamientos de Pascal*, edicion de Paris, por Renouard, 2 vol. en 8.º, 1803.

»suidado y dogmático, perjudicaba algunas veces á la
»solidez de sus escritos..... Su apología estaba escrita en
»un estilo pesado, monótono y nada propio para intere-
»sar al público (1).» En general este es el estilo de
Port-Royal: no hay cosa mas fria, mas vulgar, ni mas
séca que todo lo que salió de allí. Dos cosas le faltan
eminentemente, la elocuencia y la unción: estos dones
maravillosos son y deben ser agenos de las sectas. Leed
sus libros ascéticos, y todos los hallareis muertos y he-
lados: jamás se encuentra en ellos la virtud convirtien-
te: ¿cómo la fuerza que nos atrae hácia un astro, po-
dria hallarse fuera de este astro? Es una contradicción
en los términos.

Yo te vomitaré, dice la Escritura hablando de la ti-
bieza, y lo mismo diria yo hablando de la medianía. No
sé cómo es que lo malo repugna menos que lo mediano
continuado. Abrid un libro de *Port-Royal*, y en leyen-
do la primera página direis al instante: *No es ni bastan-
te bueno, ni bastante malo para que venga de otra parte*;
es tan imposible encontrar en él un absurdo ó un sole-
cismo, como una observacion profunda ó un movimiento
de elocuencia: aquello es la tersura, la dureza ó la frialdad
del hielo. ¿Es pues tan difícil hacer un libro de *Port-
Royal*? Tómese un asunto en cualquier orden de cono-

(1) *Ibid. Pens.* 81. El autor no deja de decir en la pág. 65:
*En la escuela de Port-Royal es donde bebió Racine los princi-
pios de aquel estilo armonioso que le caracteriza. Comprendo
muy bien cómo se enseña la gramática; mas descaria saber cómo
se enseña el estilo, sobre todo en principios.*

cimientos que el orgullo pueda lisonjearse de comprender : tradúzcanse los antiguos ó cópiense en caso necesario, sin citarlos : hagáseles hablar francés á todos , y descúbrase á la multitud aun lo que ellos habian querido ocultarle. Sobre todo no hay que dejar de decir jamás *se* en lugar de *yo* : anúnciese en el prólogo «que no »*SE* proponia uno publicar primeramente aquel libro; »pero que habiendo juzgado ciertas personas de distincion que la obra podria tener una fuerza maravillosa »para reducir los espíritus obstinados; y asi se habia »en fin determinado, &c.» Dibújese en un carton, en la portada del libro una matrona cubierta con un velo , y apoyada sobre una áncora (esto es, la ceguera y la obstinacion). Bautícese con un nombre supuesto (1); en fin añádase el lema magnífico: *Ardet amans spe nixa fides*; y tendreis un libro de *Port-Royal*.

(1) Este es un rasgo muy notable y de los mas característicos de *Port-Royal*. En vez de usar de un modesto anónimo que hubiera encubierto demasiado el individuo, estos escritores habian adoptado un método que les daba toda la facilidad que querian, aparentando así un cierto pudor literario de que no gustaban sino en lo exterior, y era el método *seudónimo*. Publicaban casi todos sus libros bajo de nombres supuestos, y todos, lo que es digno de observarse, mas sonoros y magestuosos que los que tenian de sus familias; lo que honra infinito el discernimiento de estos humildes solitarios. De esta fundicion salieron los *D'Etouville*, *Montalto*, *Beuil*, *de Royaumont*, *Rebeck*, *de Fresne* &c., Arnaldo, á quien ciertos estritores franceses llaman todavia con la seriedad mas cómica *el grande Arnaldo*, se manejaba mejor; pues aprovechándose del ascendiente que le daban ciertas circunstancias en su reducida iglesia, se apropiaba el trabajo de sus

Cuando se dice que Port-Royal ha *producido* grandes talentos; se dice lo que no se sabe. Port-Royal no era un instituto, sino solo una especie de sociedad teológica, un punto de reunion, en fin cuatro paredes y nada mas. Si algunos sabios franceses hubiesen determinado reunirse en tal ó cual café para tratar y disertar allí mas cómodamente; ¿se diria acaso que aquel café habia *producido* grandes talentos? Por el contrario cuando se dice que la orden de los benedictinos ó de los jesuitas &c., ha *producido* grandes talentos, grandes virtudes; se habla con mas exactitud, porque allí se ve un instituto, un fundador, una orden en fin y un espíritu vital que los *produce*; pero los talentos de Pascal, de Nicole, de Arnaldo &c. ni los formó Port-Royal, ni le pertenecen de ningun modo. Ellos llevaron sus talentos y sus conocimientos á aquella soledad, y no fueron allí mas que lo que eran antes de entrar en aquel recinto. Allí se unen; mas no se penetran; no forman unidad moral: veo las *abejas*; pero no veo la *colmena*. Si se quiere considerar á Port-Royal como un cuerpo propiamente dicho; su elogio será muy corto. Hijo de Bayo, hermano de *Calvino*, cómplice de *Hobbes* y padre de los *convulsionarios*, no vivió mas que un instante, el cual empleó enteramente en fatigar, insultar, herir y ofender á la iglesia y al estado. Si las grandes lumbreras de Port-Royal en el siglo XVII, es decir, Pascal, Arnaldo y Nicole (porque siempre es menester ve-

subalternos, y consentia modestamente en recoger los elogios, que se daban á sus obras.

nir á parar en este triunvirato), hubiesen podido ver en un porvenir muy cercano al *Gacetero eclesiástico*, los altos del cementerio de S. Medardo y las horribles escenas de los *securistas*; se hubieran muerto de vergüenza y de arrepentimiento; porque al fin eran hombres de buena crianza, y aunque extraviados por el espíritu de partido, ciertamente estaban muy lejos, como todos los novadores del universo, de prever las consecuencias que tendria el primer paso dado por ellos contra la autoridad.

Así pues no basta para juzgar á Port-Royal citar el carácter moral de alguno de sus miembros, ni algunos libros mas ó menos útiles que salieron de aquella escuela: es menester tambien poner en la balanza los males que ha producido, y en verdad que estos males son incalculables. Port-Royal se aprovechó del tiempo y de las facultades de un gran número de escritores que podrian haber sido útiles segun sus fuerzas á la religion y á la filosofia, y que las consumieron enteramente en disputas ridículas ó funestas. Dividió la iglesia y creó un foco de discordia, de desconfianza y de oposicion hácia la santa sede: irritó los ánimos y los acostumbró á la resistencia: fomentó los zelos y la antipatía entre las dos potestades, y las puso en un estado de guerra habitual que no ha cesado de producir las pugnas mas escandalosas. En fin hizo mil veces mas peligroso el error, anatematizándolo, que lo era antes, pues al mismo tiempo le introducía bajo de otros nombres diferentes. Escribió contra el calvinismo y le continuó, no tanto por su teología feroz, cuanto por haber plantado en el estado un

gérmen democrático, enemigo natural de toda gerarquía.

Para contrapesar tantos males hubieran sido necesarios grandes hombres y excelentes libros; pero Port-Royal no tiene el menor derecho á esta honrosa compensacion. Acabamos de ver á un escritor que conociendo bien cuán pobre era esta escuela en nombres distinguidos, tomó el partido, para aumentar la lista, de añadir los de algunos célebres escritores que habian estudiado en aquel retiro. Asi Racine, Despreaux y la Bruyere se encuentran inscritos al lado de Lancelot, Pont-Chateau, Argran &c., entre los escritores de Port-Royal, sin ninguna distincion, como dejamos dicho. El artificio es sin duda ingenioso; y lo que debe parecer aun mas singular es que La-Harpe se vale del mismo sofisma, y en su *Curso de literatura*, despues de hacer un magnífico elogio de Port-Royal, nos dice: *En fin de esta escuela salieron Pascal y Racine.*

Cualquiera que dijese que el gran Condé aprendió en la escuela de los jesuitas á ganar la batalla de *Senef*, seria tan filósofo como La-Harpe en esta ocasion. El ingenio no *sale* de ninguna escuela: no se adquiere en parte alguna, y se manifiesta en todas. Como no conoce maestro, solo debe ser agradecido á la Providencia.

Los que nos presentan como *producciones* de Port-Royal á estos grandes hombres, no advierten que le hacen un perjuicio muy notable á los ojos de los inteligentes, pues ciertamente no se buscan grandes nombres, sino porque se carece de ellos. ¿Qué amigo de los jesuitas ha discurrido nunca decir para ensalzar á la compañía: *En fin de esta escuela han salido Descartes,*

Bossuet y el príncipe de Condé (1). Los que son afectos á los jesuitas se guardan bien de alabarlos tan neciamente: tienen otras cosas que decir.

Voltaire ha dicho: «Tenemos ciento y cuatro volúmenes de *Arnaldo* (debía decir ciento y cuarenta); casi ninguno de ellos puede colocarse hoy entre los buenos libros que honraron el siglo de Luis XIV (2): no nos ha quedado (añade) mas que su geometría, su gramática razonada y su lógica.»

Mas esta geometría está enteramente olvidada. Su lógica es un libro como otros mil, que en nada es superior á otras obras del mismo género, y que es inferior á muchas. ¿Quién pudiendo leer á Gasendo, á Wolfio, y á S. Gravesande, irá á perder el tiempo con *la lógica de Port-Royal*? Hasta el mecanismo de los silogismos está explicado muy medianamente en ella, y esta

(1) Condé estimaba mucho á los jesuitas; les confió la educación de su hijo; y en su muerte les legó su corazón. Sobre todo honraba con una amistad muy particular al ilustre Bourdaloue, que vivia con bastante inquietud, á causa de las irresoluciones de este príncipe sobre el artículo importantísimo de la fé. Un día en que este grande orador predicaba delante de él, llevado repentinamente de un movimiento interior, rogó en público por su augusto amigo, pidiendo á Dios que se dignase de poner fin á la perplejidad de aquel gran corazón, y poseerle para siempre. Bourdaloue habló bien, pues que no disgustó; y muchos años despues pronunciando la oración fúnebre de este mismo príncipe y en el mismo púlpito, dió gracias á Dios públicamente por haberse dignado de oír sus ruegos. Creo que esta anécdota tan interesante es poco conocida (Véase la oración fúnebre del gran Condé por el padre Bourdaloue; segunda parte, hácia el fin.

(2) Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, tom. III, cap. XXXVII.

parte entera no vale cinco ó seis páginas del célebre Eulero, que en sus *Cartas á una princesa de Alemania* expone todo este mecanismo del modo mas ingenioso por medio de tres círculos diferentemente combinados.

Queda la *gramática general*, un volumen pequeño en dozavo, del cual se puede decir *es un buen libro*. En seguida hablaré de él. Hé aquí todo lo que nos queda de un hombre que escribió ciento y cuarenta tomos, muchos de ellos en cuarto y otros en folio. Es menester confesar que empleó bien su larga vida.

En el mismo capítulo dispensa Voltaire á los solitarios de Port-Royal la honra de creer ó de decir: «*que por el espíritu varonil, vigoroso y animado que formaba el carácter de sus libros y de sus conversaciones.... no contribuyeron poco á propagar en Francia el buen gusto y la verdadera elocuencia.*»

Declaro por mi honor que jamás he hablado á aquellos señores, y así no puedo juzgar de lo que valia su *conversacion*; pero he hojeado mucho sus libros, principiando por el pobre *Royaumont*, que tanto me fatigó en mi infancia, y cuya dedicatoria es uno de los monumentos mas esquisitos de tontería que existen en ninguna lengua; y declaro con la misma sinceridad que no solamente me sería imposible citar una página de Port-Royal, exceptuando á Pascal (¿habrá que repetirlo siempre?), escrita con un *estilo varonil, vigoroso y animado*, sino que el *estilo varonil, vigoroso y animado* es lo que me ha parecido que faltaba constante y eminentemente á los escritores de Port-Royal. Asi, aunque en materia de gusto no haya autoridad mas imponente

que la de Voltaire, habiéndome enseñado Port-Royal que el Papa y aun la iglesia pueden engañarse en cuanto á los hechos; yo no quiero creer mas que á mis ojos; porque á pesar de no poder elevarme hasta el estilo *varonil, vigoroso y animado*, sé lo que es, y nunca me he equivocado.

Con mas gusto convendré con el mismo Voltaire en que *por DESGRACIA los solitarios de Port-Royal fueron mas zelosos para propagar sus opiniones, que el buen gusto y la verdadera elocuencia* (1). En esto no hay la menor duda.

No solamente los talentos fueron muy medianos en Port-Royal, sino que fue muy reducido el círculo de estos, así en las ciencias propiamente dichas, como en aquel género de conocimientos que tenían mas particular relacion con su estado. Entre ellos no se encuentran mas que gramáticos, biógrafos, traductores, disputadores eternos &c.; por lo demas ni un hebraizante, ni un helenista, ni un latino, ni un anticuario, ni un lexicógrafo, ni un crítico, ni un editor célebre; y mucho menos un matemático, un astrónomo, un físico, un poeta, ni un orador; en fin no han podido (exceptuando siempre á Pascal) legar á la posteridad ni una sola obra. Privados de aquella nobleza, de aquella ternura y de aquella sublimidad que debe resplandecer en las producciones del ingenio, lo mejor que les sucede en sus momentos mas felices, es tener razon.

(1) Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, tom. III, cap. XXXVII.

CAPÍTULO VI,

CAUSA DE LA REPUTACION USURPADA DE QUE HA GOZADO PORT-ROYAL.

Varias causas han concurrido á la falsa reputacion literaria de Port-Royal. Primeramente hay que considerar que en Francia, como en todas las demas naciones del mundo, los versos han precedido á la prosa. Parece que los primeros prosistas hacen mas efecto en el espíritu público, que los primeros poetas. Vemos que Herodoto obtuvo honores, que Homero no gozó jamás. Los escritores de Port-Royal principiaron á escribir en una época en que la prosa francesa no habia desplegado su verdadera energía. En 1667 decia aun Boileau en su Retractacion jocosa: *Mejor escribe Pelletier, que Ablancourt ni Patru* (1), tomando, como se ve, estos dos literatos, enteramente olvidados en nuestros dias, por dos modelos de elocuencia. Habiendo pues escrito los de

(1) Boileau, *Sátira IX*, escrita en 1667, y publicada en 1668.

Port-Royal en la infancia de la prosa, adquirieron desde luego una grande reputacion; porque es muy fácil ser los primeros en mérito á los que son los primeros en tiempo. Hoy ya nadie los lee como tampoco á Ablancourt ni á Patru, y hasta es imposible leerlos. Sin embargo metieron mucho ruido, y han sobrevivido á sus libros, porque pertenecian á una secta, y secta poderosa, que siempre estaba vigilando sobre sus peligrosos intereses. Cualquier escrito de Port-Royal se anunciaba de antemano como un prodigio, como un metéoro literario; y le distribuian los hermanos, comunmente con reserva, y era ponderado, exaltado, y levantado sobre las nubes (1) en todas las reuniones de su partido, desde el palacio de la duquesa de Longueville, hasta el desvan de un mozo de cordel. No es fácil comprender hasta qué pun-

(1) Oigamos otra vez á Madama de Sevigné: «*He prestado á nuestras pobres monjas de santa Maria (pobrecitas) un libro que las ha embelesado; LA FRECUENTE (el libro de la frecuente comunión de Arnaldo); pero con la mayor reserva del mundo (Mad. de Sevigné, carta 73, tomo 6, en 12.º). ¿Me atreveré á preguntar á V., señora marquesa, á qué ese gran secreto? ¿Se esconde, nadie para prestar la Imitación de Jesucristo el Combate espiritual ó la Introduccion á la vida devota? Este era Port-Royal, siempre reñido con la autoridad, siempre en acecho, siempre intrigando, repartiendo libros, maniovrando en la oscuridad y temiendo á los corchetes de la policia tanto como los inquisidores de Roma: el misterio era su elemento. Testigo aquel buen libro dado á luz por una de las mas famosas mujeres del partido: El Rosario secreto del Santísimo Sacramento, por la madre Inés Arnaldo (1663 en 12.º) ¡Secretos, Dios santo! Pues ¿qué es lo que quiere decir, madre mia? ¿Cuál es el secreto, el santísimo sacramento ó el Ave María?*»

to puede influir una secta ardiente é infatigable, que obra siempre en el mismo sentido, en la reputacion de los libros y de los hombres. Aun en nuestros dias esta influencia no se ha extinguido del todo.

Otra causa de esta reputacion usurpada fue el placer de contrariar, de ofender y de humillar á una Orden famosa, y aun de resistirse á la corte de Roma, que no cesaba de condenar los dogmas de los jansenistas. Este último atractivo alistó sobre todo á los parlamentos en dicho partido; como enemigos orgullosos de la santa sede debian amar todo lo que disgustaba á esta.

Mas nada aumentó tanto la fuerza de Port-Royal sobre la opinion pública, como el uso exclusivo que hicieron de la lengua francesa en todos sus escritos. Sin duda sabian el griego y el latin, aunque sin ser heleenistas ni latinos; lo que es muy diferente. Ningun monumento de verdadera latinidad salió de su escuela, y ni aun supieron componer en buen latin el epitafio de Pascal (1). Ademas de la razon de incapacidad, que es incontestable, otra de puro instinto guiaba á los solitarios de Port-Royal. La iglesia católica establecida para

(1) No obstante se lee allí una linea latina: *Mortuusque etiamnum latere, qui vivus semper latere voluerat*; pero esta linea se robó al célebre médico *Guy-Patin*, que quiso le enterrasen en campo raso *ne mortuus cuiquam noceret, qui vivus omnibus profuerat*. El ingenio, la gracia, el contraste luminoso de las ideas han desaparecido; no obstante el plagio es manifesto. Hé aqui á los escritores de Port-Royal: desde los tomos en folio dogmáticos hasta el epitafio todo lo roban y todo se lo apropian.

creer y amar no disputa sino con repugnancia (1): si se ve precisada á entrar en la lid, quisiera á lo menos que no se mezclase el pueblo en la contienda. Así habla voluntariamente en latin y solo se dirige á los hombres de ciencia. Por el contrario todas las sectas necesitan de la multitud y sobre todo de las mujeres. Los janse-nistas pues escribieron en francés, y en esto se conformaron tambien con *sus primos*. El mismo espíritu de democracia religiosa los movió á inundarnos de sus traducciones de la santa escritura y de los oficios divinos. Todo lo tradujeron, hasta el misal, para contradecir á Roma, que por razones evidentes nunca ha gustado de estas traducciones. Este ejemplo se siguió en todas partes, y fue una gran calamidad para la religion. Se habla con frecuencia *de las tareas literarias de Port-Royal*, ¡Singulares tareas que no han cesado de disgustar á la iglesia católica!

Despues de haber dado este golpe á la religion, á la que no han hecho mas que mal (2), dieron otro no menos sensible á las ciencias clásicas por su fatal sistema de enseñar las lenguas antiguas en lengua moderna.

(1) Voltaire ha dicho: *En la iglesia latina se disputaba poco en los primeros siglos* (Siglo de Luis XIV: t. III, cap. XXXVI). La iglesia no ha disputado jamás si no la han precisado á hacerlo: por temperamento aborrece las disputas.

(2) No quiero decir, como cualquiera conoce, que ningun libro de Port-Royal haya hecho ningun bien á la religion: no trato de eso. Lo que digo es que la *existencia entera de Port-Royal, considerada en el conjunto de su accion y de sus resultados, no ha hecho mas que mal á la religion; Y SOBRE ESTO NO HAY LA MENOR DUDA.*

Bien sé que la primera ojeada les favorece; pero á la segunda no tarda uno en convencerse de que la apariencia es engañosa. La enseñanza de Port-Royal es la verdadera época de la decadencia de las bellas letras. Desde entonces ha ido decayendo en Francia el estudio de las lenguas sabias. Admiro de todas veras los esfuerzos que en la actualidad se hacen; pero estos esfuerzos son precisamente la mejor prueba de lo que acabo de afirmar. Los franceses son todavía tan inferiores á sus vecinos los ingleses y alemanes en este género, que antes de igualarlos tendrán todo el tiempo necesario para reflexionar sobre la funesta influencia de Port-Royal (1).

(1) La Francia ha poseído sin duda grandes humanistas en el siglo XVIII, y nadie piensa hablar contra la latinidad de Rollin Hersan, Le-Beau &c., mas estos hombres célebres se habían educado en el sistema antiguo conservado por la universidad. El de Port-Royal ha producido hoy todo su efecto. Podría yo citar monumentos singulares; pero no quiero tener mas razon de la que necesito.

CAPÍTULO VII.

PERPETUIDAD DE LA FÉ. LÓGICA Y GRAMÁTICA DE PORT-ROYAL.

El uso fatal que hicieron de la lengua francesa los solitarios de Port-Royal, les procuró no obstante una grande ventaja, la de parecer originales, cuando no eran mas que traductores ó copiantes. En todos los géneros posibles de literatura y de ciencias el que se manifiesta primero con cierta brillantez, consigue la fama, y la conserva aun despues que otros le han aventajado. Si el célebre Cervantes escribiese hoy su novela, acaso no se hablaria de él, y seguramente se hablaria mucho menos. Citaré sobre el asunto de que trato, uno de los libros que mas honran á Port-Royal, la *Perpetuidad de la Fé*. Léase á Belarmino: léase á los hermanos Wallembourg: léase sobre todo la obra del canónigo regular Garet (1), escrita pre-

(1) *Joh. Garetii, de Veritate corporis Christi in Eucaristia:*

cisamente sobre la misma materia; y se verá que de la multitud de textos citados por Arnaldo y Nicole no hay acaso uno solo que sea suyo; pero eran de moda, y escribían en francés: Arnaldo tenía parientes y amigos de mucho influjo, y pertenecía á una secta poderosa. El Papa, para asegurar una paz aparente, se creía obligado á admitir la dedicatoria de la obra: en fin la Nacion (y este es el gran punto de la suerte de los libros) añadía su influencia al mérito intrínseco de la obra. No era menester mas para que se hablase de la *Perpetuidad de la Fé*, como si nunca se hubiese escrito sobre la Eucaristía en la iglesia católica.

Las mismas reflexiones son aplicables á los mejores libros de Port-Royal, por ejemplo á su *Lógica*, que cualquier francés igualará, y aun sobrepujará *stans pede in uno*, con solo que tenga razon natural, sepa la lengua latina y la suya propia, y se sienta con ánimo para encerrarse en una biblioteca entre los escolásticos antiguos, que exprimirá *segun arte* para extraer una *potion* francesa (1).

La *Gramática general*, que ha logrado tanta celebridad en Francia, daría tambien márgen á observa-

Antwerp. 1569 en 8.º ¿Qué señora francesa habrá dicho jamás: Amiga mia, has leído á Garet? Pero cuántas lo habrán dicho de la Perpetuidad de la Fé, cuando salió á luz!

(1) El pasaje mas útil de la *Lógica de Port-Royal* es sin contradiccion el siguiente: *Hay motivo para dudar si la lógica es tan útil como se imagina (III. part. del raciocinio): lo que significa para quienes escriben una lógica: que esta es enteramente inútil.* Tambien opinaba así Hobbes, al this dry Discourses: (*Tripes*, n. 11. p. 29).

ciones curiosas. En ella se encuentra á cada capítulo la solemne simplicidad de *las lenguas inventadas*, Condillac en persona no es mas ridículo; pero no se trata aquí de estas grandes cuestiones: así no indicaré, y eso rápidamente, mas que uno ó dos puntos muy propios para dar á conocer el entendimiento y el talento de los de Port-Royal.

No hay cosa mas sabida que la definicion del *verbo* que trae esta gramática: «Es, dice Arnaldo, *una palabra que significa la afirmacion* (1).» Algunos metafísicos franceses del último siglo se extasiaban admirando la exactitud de esta definicion, sin presumir siquiera que admiraban á Aristóteles, á quien pertenece enteramente, y de quien está literalmente tomada; pero conviene ver cómo se manejó Arnaldo para apropiarse las ideas del filósofo griego.

Aristóteles dijo en su estilo único y en una lengua única: «El verbo es una palabra que sobresignifica el tiempo, y siempre expresa lo que se afirma de una cosa (2).»

Pues ¿qué hace Arnaldo? (3) Transcribe la segunda parte de esta definicion; y como ha observado que el verbo, ademas de su significacion esencial, expresa tambien tres accidentes, *la persona, el número y el tiempo*; critica seriamente á Aristóteles por haberse fi-

(1) Cap. XIII, *Del Verbo*.

(2) Ρήμα δὲ ἐστὶ τὸ πρὸς ῥημαίνον χρόνον.... καὶ ἐστὶν ἀειτῶν κατ' ἑτέρου λεγομένων σημείον. Arist. *De interpret.*, c. III.

(3) O tal vez Lancelot; lo que no importa nada. Esta ad-vertirlo.

jado en esta tercera significacion. Sin embargo se guarda de citar las palabras de este filósofo, ni aun el lugar de sus obras de donde está tomado el pasaje: pintale solamente de paso como un hombre que no vió, por decirlo así, mas que *una tercera parte de la verdad*. Escribe dos ó tres páginas, y libre entonces de ese despreciable Aristóteles, cuyo nombre cree que ha hecho olvidar completamente, copia la definicion entera, y se la atribuye sin ceremonia (1).

Tales son los escritores de Port-Royal, *plagiarios de profesion, sumamente hábiles para borrar la marca del propietario en los efectos robados*. El cargo que tan ingeniosamente hacia Ciceron á los estoicos, conviene á la escuela de Port-Royal con una precision rigurosa.

El famoso libro de la *Gramatica general* está ademas sujeto al anatema pronunciado contra las producciones de Port-Royal; á saber, «que todo, ó «casi todo lo que han hecho, es malo, aun lo que han hecho de bueno.» Y este no es un juego de palabras. La *Gramática general*, por ejemplo, aunque contiene muy buenas cosas, es no obstante el primer li-

(1) Creo que nadie se figurará que Aristóteles pudiese ignorar que el verbo expresa la persona y el número. Así pues cuando dice *que el verbo es lo que sobresignifica el tiempo*, esto expresa *que aquella palabra añade la idea del tiempo á las demas que encierra el verbo*; ó en otros términos, *que estando destinado por esencia á afirmar, como todo el mundo sabe, sobreafirma ademas el tiempo*. Por otra parte cuando al instante añade Aristóteles: *el verbo es siempre el signo de la afirmacion*; ¿por qué aprovecharse de este pasaje, y sutilmente robársele al propietario

bro que ha inclinado el entendimiento de los franceses hacia la metafísica del lenguaje, la cual ha destruido el estilo sublime. Siendo esta especie de analisis á la elocuencia lo que la anatomia al cuerpo disecado, una y otra suponen la muerte del *objeto analizado*, y para colmo de exactitud en la comparacion una y otra se divierten comunmente en matar por el placer de disecar.

CAPITULO VIII.

PASAJE DE LA-HARPE, Y DIGRESION SOBRE EL MÉRITO COMPARADO DE LOS JESUITAS.

Mucho me admira La-Harpe cuando en no sé qué lugar de su *Liceo* decide «*que los solitarios de Port-Royal fueron muy superiores á los jesuitas en la composicion de libros elementales.*» No trató de investigar si los jesuitas fueron creados para componer gramáticas, la mejor de las cuales no puede producir otro efecto que enseñar á aprender; pero aun cuando esta pequeña superioridad mereciese la pena de disputarse, parece que La-Harpe no tenia noticia de la *Gramática latina de Álvarez*, del *Diccionario de Pomey*, del de *Joubert*, del de *Lebrun*, del *Diccionario poético de Vaniere*, de la *Prosodia de Riccioli* (que no tuvo á menos descender hasta esta materia), de las *Flores de la latinidad*, del *Indicador universal*, del *Panteon mitológico* del mismo *Pomey*, del *Diccionario pequeño de Sanadon* para la inteligencia de *Horacio*, del *Catecismo de Canisio*, de la *Odisea*

abreviada de Giraudeau nuevamente reproducida (1), y de otras mil obras de este género. Los jesuitas se habian ejercitado en todo género de enseñanza elemental, en términos que en las escuelas marítimas de Inglaterra se ha usado hasta estos últimos tiempos un libro compuesto antiguamente por dichos religiosos, y que se conocia por el *libro del Jesuita* (2).

Tambien es justo recordar las ediciones de los poetas latinos hechas por los jesuitas, con una traduccion en prosa latina, elegante por su sencillez, y con notas que le sirven de complemento. Esta es sin contradiccion la idea mas feliz que puede haber ocurrido á un hombre de gusto, para adelantar el conocimiento de las lenguas antiguas. El que para entender un texto se ve obligado á recurrir al diccionario, o á la traduccion en lengua

(1) *Manual de la lengua griega*, París 1802, en 8.º El opusculo de Giraudeau por su parte habia reproducido la idea de *Lubin* (*Clavis linguæ græcæ*), donde las raíces estan engastadas, por decirlo así, en un discurso seguido, propio para conservarse en la memoria. *El Jardin de las raíces griegas* es lo menos filosófico que nadie se puede figurar. Dicen que *Villoison* las sabia de memoria. Todo es bueno para los hombres superiores; pero los libros elementales hechos para ellos, de nada sirven. Por lo demas, si se quiere que los versos técnicos de Port-Royal tengan el mérito de aquellos guijarritos que Demóstenes se metia en la boca cuando declamaba á la orilla del mar, de buena gana convengo en ello. Es preciso ser siempre justo.

(2) Un almirante inglés me aseguró, no hace diez años, que habia recibido sus primeras instrucciones en el *libro del Jesuita*. Si los sucesos se computan por resultados, no hay mejor libro en el mundo; y en caso contrario, siendo todos estos libros iguales, no vale la pena de combatir por la superioridad en este género.

vulgar, debe necesariamente confesar que desconoce la lengua de aquel texto, pues que no la entiende sino en la suya; y de esta reflexion habitual resulta una especie de desaliento; pero el que adivina el griego y el latin con el auxilio de las mismas lenguas griega y latina, lejos de verse humillado, se anima por el contrario, continuamente estimulado con los triunfos de entender la interpretacion y por ella el texto. Es preciso haber experimentado esta especie de emulacion de sí mismo, para concebirla perfectamente. Bien sé que no es nueva la idea de estos traductores, y que los gramáticos antiguos la habian empleado para explicar á los griegos sus propios autores, mucho menos inteligibles entonces para la multitud de los lectores, de lo que comunmente se cree (1). Mas sin examinar si los edito-

(1) Algunos se inclinan á creer que en los tiempos antiguos sucedia lo mismo que en los nuestros, y que todo lo que no era absolutamente *pueblo* ó lo que es lo mismo *plebe*, leia á Homero y á Sófocles, como hoy se lee á *Corneille* y á *Racine*: sin embargo nada hay mas falso. Píndaro declara expresamente que no quiere que le entiendan sino los sabios (*Olimp. II astr. vers. 149 y 599*). Un precioso epígrama de la Antología, de cuyo lugar no me acuerdo, hace hablar á Tucídides en el mismo sentido: *Ὀφίλιος, εἰ σοφὸς εἶ, λαβὲ μ' ἐς χερὰς*, etc. Era preciso pues traducir á Tucídides en griego para los griegos poco mas ó menos como en los tiempos modernos *Pamelio* ha traducido á Tertuliano en latin en la edicion que ha dado de este enérgico Apologista. Aun hay mas: en el diálogo de Ciceron sobre el *Orador*, Antonio, á quien Ciceron acaba de alabar por su grande *inteligencia en las letras griegas*, declara no obstante que él no entiende sino á los que han escrito para que los entendiesen, y que no comprende una palabra de los filósofos ni de los poetas (*Orat. c. LIX*). Esto apenas parece explicable. No

res jesuitas debian esta feliz idea á otros, por lo menos no puede negarseles el mérito de haber reproducido un método muy filosófico, y de haber sacado de él mucho provecho, sobre todo en el *Virgilio* del padre de la Rue, que el mismo Heyne en persona (*at quem virum!*) no ha podido hacer olvidar.

¡ Y cuánto no se debe tambien á estos doctos religiosos por las *ediciones corregidas* que trabajaron con tanto cuidado y tanto gusto! Los siglos de los clásicos eran tan corrompidos, que los primeros ensayos del mismo Virgilio, el mas prudente de aquellos autores, sobresaltan al padre de familia que los pone en manos de su hijo. La química laboriosa y benéfica, que desinfectó estas bebidas antes de aplicarlas á los labios de la inocencia, vale algo mas sin duda que un *método de Port-Royal*.

El *Método latino* de esta escuela no iguala ni con mucho al de Alvarez, y el *Método griego* no es en el fondo mas que el de Nicolás Clenard, desembarazado de su fárrago; pero privado al mismo tiempo de varios trozos utilísimos, como por ejemplo, sus *Meditaciones griegas*, que segun las trazas produjeron en el último siglo las *Meditaciones chinescas* de Fourmont. En este género como en todos los demas los hombres de Port-

era pues Westein muy paradójico, cuando afirmaba (Dissert. de acc. græc. pág. 59) «que los antiguos autores griegos, y sobre todo Homero, eran tan poco inteligibles para los griegos que les sucedieron, como para un flamenco el alemán ó el inglés.» Y Burgess pensaba igualmente que «en los mejores tiempos de la lengua griega la de Homero era muerta para los griegos (*Obsoleverat*). (V. Ric. Dawes Miscell., edit. Burghesii: Oxon 1785, en 8.º pág. 416, et Will. in proleg. VI. not.)

Royal fueron meros traductores, que parecieron originales porque tradujeron sus plagios.

Por lo demas todos los *Métodos* de Port-Royal se hicieron contra el método. Los principiantes no los leen aun, y los hombres adelantados no los leen ya. La primera cosa que se olvida en el estudio de una lengua, es la gramática. Atestiguo con cualquier hombre instruido, que no sea un profesor; y si se quiere saber lo que valen estos libros, basta recordar que uno de los grandes helenistas que posee hoy la Alemania, acaba de asegurarnos que *aun estan por echar los fundamentos de una verdadera gramática griega* (1).

Los jesuitas, sin descuidar los libros elementales que escribieron en gran número, hicieron cosas mejores que gramáticas y diccionarios: compusieron tambien libros clásicos, dignos de ocupar á los gramáticos. ¿Qué obras de latinidad moderna pueden compararse con las de Vaniere, de Rapin, de Commire, de Sanadon, de Desbillons &c.? El mismo Lucrecio, si se esceptuan los trozos de inspiracion, no puede rivalizar ni en la elegancia, ni en el vencimiento de las dificultades con el *Arco Iris* de Nocetti, ni con los *Eclipses* de Boscovich.

(1) *Multipere falluntur, parùmque quo in statu sit græcæ linguæ cognitio intelligunt, qui vel fundamenta esse jacta græcæ grammaticæ credunt.* (Gothl. Hermann de El'ipsi et Pleonasmo in græcâ linguâ. In Museo Berol., vol. I, fasc. 1, 1808, in 8.º pág. 234 et 235). ¡Pues estamos adelantados! Por fortuna las cosas irán como han ido, y *siempre aprenderemos á aprender* en las gramáticas; nosotros aprenderemos siempre conversando con los autores clásicos, y entenderemos á Homero y á Platon, no mejor que nuestros antepasados, sino tan bien como nuestros sucesores.

La mano de un jesuita destinó en otro tiempo un dístico para el frontispicio del Louvre (1): otro jesuita escribió uno para la estatua de Luis XIV, erigida en el jardín del rey en medio de las plantas (2); y una multitud de aficionados conservan ambos en la memoria. Si en el curso de su fatigosa existencia ha producido todo Port-Royal cuatro líneas latinas de esta energía consiento en no leer jamás sino obras de esta escuela.

Pero la comparacion no debe salir de los libros elementales, porque si se extiende á las obras de un orden superior, llega á ser ridícula. Toda la erudicion, toda la teología, toda la moral, toda la elocuencia de Port-Royal, se oscurece á la vista del *Plinio de Hardouin*, de los *Dogmas teológicos de Petavio* y de los *Sermones de Bourdaloue*.

(1) *Non orbis gentem, non urbem gens habet ulla,
Urbsve domum, Dominum non domus ulla parem.*

(2) *Vitales inter succos, herbasque salubres
¡Quàm benè stat populi vita salusque sui!*

Ignoro si subsisten estas bellas inscripciones, y hasta ignoro si se emplearon para su objeto; mas son harto preciosas para despreciadas.

CAPÍTULO IX.

PASCAL CONSIDERADO BAJO LOS TRES RES- PETOS DE LA CIENCIA, DEL MÉRITO LITE- RARIO Y DE LA RELIGION.

Port-Royal tuvo sin duda escritores apreciables, pero en muy corto número; y los pocos de este pequeño número no se elevaron nunca mucho mas allá de la excelente medianía dentro de un círculo estrechísimo.

Solo Pascal forma una excepcion; pero nunca se ha dicho que Píndaro, aun dando la mano á Epaminondas, pudiese borrar en la antigüedad la expresion proverbial; *el aire espeso de Beocia*. Pascal pasó cuatro ó cinco años de su vida dentro de los muros de *Port-Royal*, cuya gloria llegó á ser sin deberle nada; mas aunque no quiera en manera alguna rebajar su mérito real, que es grandísimo, es preciso confesar tambien que ha sido alabado en demasía, como siempre sucede á todo hombre cuya reputacion pertenece á una faccion. Asi no puedo inclinarme á creer «que en ningun tiempo, ni en ningun pueblo haya existido un ingenio mas grande

»que Pascal (1); » exageracion visible que perjudica al mismo sobre quien recae , en vez de ensalzarle en la opinion. No siendo yo capaz de juzgarle como geómetra, me atengo sobre este punto á la autoridad de un hombre infinitamente superior á Pascal por la asombrosa diversidad y profundidad de sus conocimientos.

«Pascal, dice este sabio, descubrió algunas verdades »profundas y extraordinarias *para aquel tiempo* sobre la »*cicloide.....* las propuso á manera de problemas; pero »el Sr. Wallis en Inglaterra, el padre Lallouere en »Francia y aun otros hallaron el medio de resolver-los (2).»

(1) *Discurso sobre la vida y las obras de Pascal*, pág. 139, al frente de los *Pensam. Paris. Renouard*, 1803, en 8.º, tomo I. Habiendo dado los matemáticos un paso inmenso con la invencion del cálculo diferencial, la asercion de que Pascal es superior á todos los geómetras de esta nueva era, desde Newton y Leibnitz hasta La-Place, me parece por lo menos un error grave. Refiérome á los verdaderos jueces.

(2) Este grande hombre añade, con aquel conocimiento de sí mismo que nadie caracterizará de orgullo: «Me atrevo á decir que mis meditaciones son el fruto de una aplicacion mucho mayor y mas larga que la que Pascal habia empleado en las materias elevadas de la teología: ademas que él no habia estudiado la historia, ni la jurisprudencia con tanto cuidado como yo, y no obstante una y otra se requieren para probar ciertas verdades de la religion cristiana.» (La jurisprudencia se aplicaba en su entender á la cuestion examinada en toda su latitud: *Del imperio del soberano pontifice*.) «Si Dios me concede todavía por algun tiempo vida y salud, espero que me concederá tambien tiempo y libertad para cumplir mis votos, hechos ya mas de treinta años há.» (*Espiritu de Leibnitz*, en 8.º, tom. I, pág. 224.)

Este testimonio de Leibnitz prueba primeramente que debe uno guardarse de creer lo que se dice en el *Discurso de la vida y obras de Pascal* (pág. 97 y sig.) contra el libro del P. Lallouere, de quien habla su autor con sumo desprecio. «*Este jesuita, dice, tenia fama en las matemáticas, SOBRE TODO ENTRE SUS HERMANOS* (pág. 98).» Pero Leibnitz no era jesuita, ni tampoco Montucla, segun creo; y sin embargo este último confiesa en su *Historia de las matemáticas* «que »el libro del P. Lallouere resolvia todos los problemas »propuestos por Pascal, y contenia una geometría profunda y sabia (1).»

(1) Montucla, *Hist. de las Matem.* en 4.º 1798 y 99, tom. II, pág. 77. Es verdad que añade: «Pero habiéndose publicado el libro del P. Lallouere en 1660, ¿quién nos asegura que no se valió entonces de la obra de Pascal publicada desde el principio del «año 1659?» (Ibid. pág. 68). ¿Quién nos lo asegura? El raciocinio y los hechos. El libro del jesuita se publicó en 1660; lo cual significa en el *discurso de aquel año* (acaso en marzo ó abril.): el de Pascal se publicó *al principio del 59* (en enero ó febrero). Pues ¿qué espacio de tiempo se deja al jesuita para componer é imprimir un tomo en 4.º sobre las matemáticas entonces sublimes, y para hacer grabar las láminas bastante complicadas, que se refieren á la teoría de la cicloide?

Los hechos dan mas fuerza á este raciocinio, porque si el jesuita hubiera podido aprovecharse de la obra de Pascal, ¿cómo este ó sus amigos de entonces no se lo hubieran echado en cara? ¿y cómo sus amigos de hoy no nos citarían estos textos? En fin para que nada falte á la demostracion, basta reflexionar sobre la confesion expresa y decisiva de que el libro del P. Lallouere contenia una profunda y sabia geometría. Luego esta era una geometría particular del autor, y toda suya de la manera mas exclusiva; porque si hubiese tenido punto de contacto con la de Pascal, ó solamente se hubiese aproximado á ella, cien mil voces hubieran gritado ¡plagiario!

Yo me atengo á estas autoridades , y no creo que el descubrimiento de una verdad, difícil ciertamente *para aquel tiempo*, pero accesible á muchos entendimientos de *aquel tiempo*, pueda colocar al inventor en la clase sublime que se le quiere atribuir en este orden de conocimientos.

Por otra parte Pascal se condujo de un modo muy equívoco en todo este asunto de la *cicloide*...; y la historia que publicó de esta curva célebre , no es tanto una historia como un libelo. Montucla , autor del todo imparcial , conviene expresamente en «que Pascal no se »mostró ni exacto ni imparcial ; y que por muy grande »hombre que fuese, pagó no obstante su tributo á la »debilidad humana,» dejándose arrastrar de las pasiones de otro , y olvidando la verdad por escribir en el sentido de sus amigos (1).

Las contestaciones que se movieron acerca de la cicloide, habian extraviado el talento de este grande hombre hasta tal punto, que en la misma historia se atrevió á llamar sin rodeos plagiarlo á Torricelli por simples é infundadas sospechas (2). Todo es verdadero y todo es falso al antojo del espíritu de partido: él prueba lo que quiere, y niega del mismo modo lo que le está bien: se

(1) Montucla, *Hist. de las Matem.*, pdg. 55, 59 y 60.

(2) *Pascal en su Historia de la cicloide trata sin rodeos de plagiarlo á Torricelli. He leído con mucha atencion las piezas del proceso y confieso que la acusacion de Pascal me parece un poco aventurada.* (Discurso sobre la vida y las obras, &c. pag. 93.) No hay para que decir que estas palabras de *un poco aventurada*, dichas en este lugar y por tal pluma, significan enteramente *imperdonable*.

mofa de todo, y no advierte que los demas se mofan de él. Se nos han repetido formalmente en el siglo XIX los cuentos de Madama Perrier sobre la prodigiosa infancia de su hermano; y con la misma serenidad se nos dice «que antes de cumplir diez y seis años habia compuesto ya una obrita sobre las *Secciones cónicas*, que «se miró entonces como un prodigio de sagacidad (1),» cuando tenemos á la vista el testimonio auténtico de Descartes, que descubrió el plagio á la primera ojeada y le denunció sin pasion y sin rodeos en una correspondencia puramente científica (2).

La misma parcialidad y la misma falta de buena fé se observan acerca del famoso experimento de Puy-de-Dome. Se nos asegura que «la explicacion del mayor fenómeno de la naturaleza se debe principalmente á los «experimentos y á las reflexiones de Pascal (1).» Yo creo, sin temor de ser demasiado dogmático, que «la explicacion de un fenómeno se debe principalmente á aquel «que le ha explicado;» y como no hay la menor duda sobre la anterioridad de Torricelli (2), resulta cierta-

(1) *Discurso sobre la vida y las obras &c.*, página 22.

(2) He recibido el *Ensayo tocante á las secciones cónicas* del hijo de Mr. Pascal (Estevan) y antes de haber leído la mitad, he juzgado que lo habia tomado casi todo de Mr. Desargues; en lo que me he confirmado luego por haberlo confesado él mismo. «*Carta de Descartes al P. Mersenne en la coleccion de sus cartas*, en 12.º 1725, tom. II, carta XXVIII, página 179. Aun cuando la historia tuviese derecho de contradecir semejantes testimonios, no le tendria para pasarlos en silencio.

(3) *Discurso sobre la vida y obras &c.*, pág. 30.

(4) Torricelli murió en 1617, y su descubrimiento relativo al

mente que Pascal no tiene ningun derecho á ella. El experimento del barómetro no era mas que un corolario feliz de la verdad descubierta en Italia ; porque si el aire por su cualidad de fluido pesado es el que tiene suspendido el mercurio en el tubo, seguiase que la columna de aire no podia disminuir de altura, y por consiguiente de peso, sin que el mercurio bajase proporcionalmente.

Pero Pascal no habia discurrido ni aun este experimento, pues Descartes que preguntaba dos años despues los pormenores de él á un amigo suyo , le decia : « Yo »tenia derecho á esperarlos antes de Pascal que de »V., porque hace dos años que le aconsejé que hiciese »este experimento, asegurándole que aunque yo no le »habia hecho , no dudaba del buen resultado (1).»

A esto se nos dice: «Pascal desprecio la reclamacion »de Descartes, ó nada respondió á ella; *porque* en un »compendio histórico publicado en 1651 habló por su »parte del mismo modo (2).»

En primer lugar es como si se dijese: *Pascal no se dignó de responder*, PORQUE respondió; mas veamos al fin lo que respondió.

«Es cierto, y lo digo resueltamente, que este experimento es invencion mia, y POR TANTO puedo decir

barómetro está probado en su carta al abate (despues cardinal) Miguel Angel Ricci, escrita en 1644, y por la respuesta del mismo abate. (*Storia della letter. ital. di Tiraboschi*, tom. 8, lib. II, num. 22.

(1) *Carta de Descartes á Mr. de Carcavi*, tom. 6, pág. 179.

(2) *Disc. sobre la vida y las obras &c.*, pág. 39.

»que el nuevo conocimiento que nos ha descubierto, es enteramente mio (1).»

Acerca de esto hace el docto biógrafo la observacion siguiente: *Contra un hombre como Pascal no se debe uno contentar con decir friamente dos años despues del experimento: yo he dado la idea de él; sino no que es preciso probarlo (2).* Pero podemos volver contra él el mismo argumento.

Contra un hombre como Descartes, que no pertenecia á ninguna secta, ni es conocido por calumnia alguna, por ningun rasgo de mala fé, ni por ninguna falsificacion, *no se debe uno contentar con decir friamente* al cabo de un año de la muerte del grande hombre, y despues de haber guardado silencio mientras podia defenderse: «Digo á V. resueltamente *que este experimento es invencion mia:*» es preciso probarlo (3).

No trato de negar el distinguido mérito de Pascal en orden á las ciencias, ni disputo á nadie lo que le

(1) *Compendio histórico* dirigido por Pascal á un señor de Ribeyra, ibid, pág. 39. — Observemos de paso que la frase de Pascal y *por tanto* es muy falsa; porque aun suponiendo que él fuese el autor del experimento se seguiria que habia apoyado el nuevo conocimiento con un experimento muy bello, muy ingenioso y muy decisivo; pero de ningun modo que el conocimiento fuese *enteramente* suyo; lo que es manifestamente falso, hasta el punto de impacientar á una persona de conciencia.

(2) *Disc. sobre la vida y obra* &c., p. 39.

(3) En este mismo discurso tantas veces citado se encuentra un buen ejemplo de que el espíritu de partido en nada quiere convenir. En la pág. 11 se lee «que si una carta de Descartes que lleva la fecha de) año 1631 (tom. 1 de las cart., pag. 439), se

pertenece: solo digo que este mérito se ha exagerado mucho, y que la conducta de Pascal en el asunto de la Cicloide y en el del experimento de Puy-de-Dome no fue recta de ningun modo, ni puede disculparse.

Digo ademas que el mérito literario de Pascal no ha sido menos exagerado. Ningun hombre de gusto podrá negar que las *cartas provinciales* sean un hermoso libello, y que hace época en nuestra lengua, pues que fue la primera obra verdaderamente francesa que se escribió en prosa; pero tampoco dejo de creer que una gran parte de la reputacion de que goza, se debe al espíritu de faccion interesado en hacer valer la obra, y aun mas tal vez á la cualidad de las personas contra quienes los tiros se dirigian. Es una observacion incontestable, que honra mucho á los jesuitas, que en su carácter de *genizaros de la iglesia católica* han sido siempre el objeto del odio de todos los enemigos de la misma iglesia. Los incrédulos de todos colores, los protestantes de todas clases y sobre todo los jansenistas no han tenido mayor complacencia que cuando humillaban á esta famosa compañía: así debian ensalzar hasta las nubes un libro destinado á hacerle tanto mal. Si las *Cartas provinciales*, con el mismo mérito literario, se hubiesen escrito contra los capuchinos; mucho tiempo há que nadie hablaria ya de ellas. Un literato francés de primer orden (pero que no tengo facultad de nombrar), me confesó un dia en una «*escribió en efecto en aquel tiempo, se ve que habia entonces relativamente al peso del aire las mismas ideas con corta diferencia que Torricelli publicó despues.*» Es cosa verdaderamente extraña, pues la fecha de una carta, ¿no subsiste mientras no se pruebe que es falsa?

conversacion privada *que no habia podido soportar la lectura de las cartilas* (1). La monotonía del plan es un gran defecto de la obra: siempre es un jesuita tonto que dice bestialidades, y que ha leído todo lo que en su órden se ha escrito. Madama de Grignan, aun en medio de la efervescencia de la época, decia ya bostezando: *Siempre es lo mismo*, y su docta madre la regañaba (2).

La extrema aridez de las materias y la imperceptible pequeñez de los escritores que se impugnan en estas cartas, acaban de hacer penosa la lectura de este libro. Por lo demas, si alguno quiere entretenerse con él, *no disputo de gustos con nadie*: solo digo que la obra debió á las circunstancias una gran parte de su reputacion; y no creo que ningun hombre imparcial me contradiga sobre este punto.

En cuanto al fondo de las cosas, consideradas puramente de un modo filosófico, me parece que podemos referirnos al juicio de Voltaire, el cual ha dicho sin circunloquios: *Es cierto que todo el libro estriba en un fundamento falso, como es manifesto* (3).

Mas Pascal debe ser considerado con especialidad bajo el punto de vista religioso. Hizo su profesion de fé en las *cartas provinciales*, y merece recordarse: «Os

(1) Yo no merezco ni con mucho el título de literato; pero encuentro en estas líneas mi propia historia: he intentado y aun he hecho esfuerzos para leer un tomo de *las provinciales*, y confieso, para mi vergüenza, que se me ha caído de las manos el libro. (*Nota del editor francés*).

(2) *Cartas de Madama de Sevigné*. (Carta DCCLIII de 21 de diciembre de 1689.)

(3) Voltaire, *siglo de Luis XIV*, tom. III, cap. XXXVII.

«declaro pues, dice, que no tengo, gracias á Dios, en
«la tierra vínculo alguno sino con la iglesia católica,
«apostólica, romana, en la cual quiero vivir y morir,
«y en la comunión con el Papa, su jefe soberano, fuera
«de la cual estoy persuadido que no hay salvacion.
«(Carta XVII).»

Hemos visto mas arriba el magnífico testimo-
nio que ha dado al sumo pontifice. Este es Pascal cató-
lico y en el pleno uso de su razon. Escuchemos ahora
á Pascal sectario.

«Temí haber escrito mal viéndome condenado; mas
«el ejemplo de *tantos escritos piadosos* me hace creer lo
«contrario (1). Ya no es lícito escribir bien: tal es la
«corrupcion é ignorancia de la Inquisicion. Mas vale
«obedecer á Dios, que á los hombres. Ni temo ni espe-
«ro nada. Port-Royal teme, y es muy mala política.....
«*Cuando ellos dejen de temer, se harán mas temibles.*
«El silencio es la mayor persecucion: los santos no ca-
«llaron jamás. Es verdad que se necesita vocacion;
«mas los decretos del consejo no son los que han de en-
«señar á uno si es llamado, sino la necesidad de hablar.
«*Si mis cartas son condenadas en Roma; lo que yo con-*
«*deno en ellas, está condenado en el cielo.* La Inquisi-
«cion (el tribunal del Papa para examinar y condenar

(1) Pascal debería haber nombrado uno de estos *escritos piadosos condenados en tan gran número* por la autoridad legítima. ¡Son chistosos los sectarios! Llamán *escritos piadosos* á los de su partido, y luego se quejan de las condenaciones de los *escritos piadosos*.

«los libros) y la compañía (los jesuitas) son los dos azotes de la verdad (1).»

Calvino no hubiera hablado mejor ni de otra manera, y es muy notable que Voltaire no tuvo dificultad en decir sobre este pasaje de los *Pensamientos* de Pascal: *que si algo puede justificar á Luis XIV de haber perseguido á los jansenistas, es seguramente este párrafo* (2).

Voltaire no dice nada de mas. ¿Qué gobierno, á no estar enteramente ciego, podría tolerar á un hombre que se atreve á decir: «No hay autoridad. A mí me «toca juzgar si tengo vocacion. Los que me condenan no «tiene razon, pues que no piensan como yo. ¿Qué es la «iglesia galicana? ¿qué es el Papa? ¿qué es la iglesia universal? ¿qué el Parlamento? ¿qué el consejo del «rey? ¿y qué es el rey mismo en comparacion de mi?»

Y todo esto dicho por un hombre que no ha cesado de hablar contra la *razon individual*; que nos advierte que el juicio particular es odioso, porque es injusto y se hace centro de todo: «que la piedad cristiana anonada el «individuo, y que la simple civilidad humana le oculta «y le suprime (3).»

(1) *Pensamientos de Pascal*, tom. II., art. 17, núm 82, pág. 248.

(2) *Nota de Voltaire, Siglo de Luis XIV*, pág. 354. Aquí se ve el verbo *perseguir* empleado en un sentido peculiar de nuestro siglo. Segun el estilo antiguo, la *verdad* era perseguida, hoy lo es el error ó el crimen. Los decretos de los reyes de Francia contra los calvinistas ó sus primos son *persecuciones* como los decretos de los emperadores gentiles contra los cristianos. Dentro de poco, si Dios quiere, se nos dirá que los tribunales *persiguen* á los asesinos.

(3) *Pensamientos de Pascal*, tom. I, núm. 172, tom. II, pág. 221, núm 81.

Mas todos los sectarios se parecen. ¿No dijo Lutero al santo padre: «Me pongo enteramente en vuestras manos: cortad, quemad, haced de mí cuanto quisieris (1)? ¿No añadió: Tambien yo quiero que el romano pontífice sea el primero de todos (2)? ¿No dijo Blondel: Los protestantes no pretenden disputar á la anti-gua Roma ni la dignidad de la silla apostólica, ni la primacía..... que ejerce de cierto modo sobre la iglesia universal (3)? Honthelm (Febronio) ¿no decidió: que es preciso buscar y mantener á toda costa la comunión con el Papa (4) &c. &c.?

Pero cuando se entre en explicaciones, y se trate de su propia causa, entonces dirán «que el decreto del Papa que los ha condenado, es nulo, porque se ha dado sin causa, sin las formas canónicas y sin mas fundamento que la supuesta autoridad del pontífice (5): que la sumisión á sus juicios solamente es debida cuando las pasiones humanas no se mezclan en ellos, y cuando de ningun modo ofenden á la verdad (6): que cuando el Papa habla, es preciso examinar si ha hablado el vicario de Jesucristo ó la curia de este mismo pontífice, la cual suele hablar de tiempo en tiempo de un modo

(1) Epist. ad Leonem X.

(2) Epist. ad Emserum.

(3) Blondel, de Primatu in ecclesiâ, p. 24.

(4) Febron., tom. I, pág. 170,

(5) *Decretum illud est ex omni parte invalidum et nullum quia conditum est sine causa*, &c. (Quesnel, in epist. Abbatis ad quendam Curie Rom. Prælatum.)

(6) *Quoedo non apparet admixta passio, quando veritati nul-latemus præjudicat.* (Id. ib. pág. 3.)

«enteramente profano (1): que lo que es condenado en
«Roma puede ser aprobado en el cielo (2): que frecuen-
«temente la señal de la bondad de un libro es el haber
«sido censurado en Roma (3): que la iglesia romana es
«a la verdad el sagrado lecho nupcial de Jesucristo, la
«madre de las iglesias y la señora del mundo, y que así
«nunca era permitido resistirle; pero que respecto de la
curia romana era para todo soberano, y aun para cual-
quiera que pudiese, una obra más meritoria el resis-
tirle que la de combatir contra los mismos enemigos del
nombre cristiano (4): que las herejías se han perpetua-
do por las injustas pretensiones de la corte de Roma (5):
que el Papa Inocencio X, al condenar las cinco propo-
siciones, había querido apoderarse de una nueva espe-
cie de infalibilidad, que rayaba en la herejía protestante
del espíritu particular (6): que fue una grande impru-
dencia hacer que decidiese esta causa un juez como
naquel Papa, que no entendía siquiera los términos del

(1) *Quæ subinde valde profana loquitur.* (Febron., tom. II, pág. 333.)

(2) Pascal, ubi supra pág. 34.

(3) Carta de un anónimo jansenista á un eclesiástico, citada por el P. Daniel, conv. V. pág. 160.

(4) *Purissimum thalamum Christi, matrem ecclesiarum, mundi dominam, &c. Curia Romanæ longè majore pietate resistent reges et principes, et quicumque possunt quàm ipsis turcis.* (Luth. opp., tom I, epist LXXXIV, pág. 124.)

(5) Designio de los jesuitas, pág. 21 y 22 en la *Historia de las cinco proposiciones*. Lieja, Moumal, en 8.º, 1699, lib. IV, pág. 265; libro escrito con mucha exactitud é imparcialidad. Este designio de los jesuitas es un libro de Port-Royal.

(6) Designio de los jesuitas, ibid. pág. 35.

»proceso (1): que los prelados que componian la asamblea del clero de Francia, habian fallado tambien en la cuestion de Jansenio sin exámen, sin deliberacion, y sin conocimiento de causa (2): que la opinion de que se debe creer á la iglesia sobre un hecho dogmático, es un error, contrario al sentir de todos los teólogos, y que no puede sosténese SIN VERGUENZA Y SIN INFAMIA (3).»

Tal es el estilo, y tal la sumision de estos católicos severos, *que quieren vivir y morir en la comunión del Papa, FUERA DE LA CUAL NO HAY SALVACION*. Los he confrontado con sus hermanos, y he hallado el mismo lenguaje y el mismo modo de sentir. Solo hay una diferencia rara y notable entre los jansenistas y los demas disidentes, y es que estos han tomado el partido de negar la autoridad que los condenaba, y hasta el origen divino del episcopado: los jansenistas se conducen de otro modo: admiten la autoridad, la declaran divina, y hasta escribirán en su favor, y llamarán herejes á los que no la reconozcan; pero con la condicion de que no se tome la libertad de condenarlos á ellos; porque en este caso se reservan el derecho de tratarla como se acaba de ver. Serán unos rebeldes insolentes; pero no cesarán de sostener que dicha autoridad *no ha tenido ja-*

(1) *Memoria de Saint-Amour*. (Agente jansenista enviado á Roma para el asunto de las cinco proposiciones, pág. 554.)

(2) *Reflexion sobre la deliber.* Otro libro del mismo partido citado en la misma Historia, ibid. pág. 265.

(3) Nicole, *Cartas sobre la herejía imaginaria*, Carta VI, pág. 10, y Carta VII, pág. 7, 8 y 10.

más, aun en sus mejores tiempos, unos vindicadores mas zelosos, ni unos hijos mas sumisos: se postrarán á sus pies burlándose de sus anatemas; y protestarán que tiene palabras de vida eterna diciéndole que delira.

Cuando aparecieron las *Cartas provinciales*, Roma las condenó, y Luis XIV por su parte nombró para examinarlas trece comisarios entre arzobispos, obispos, doctores ó profesores de teología, los cuales dieron el dictámen siguiente:

«Nosotros los abajo firmados &c., despues de haber examinado con atencion el libro intitulado: *Cartas Provinciales* (con las *notas de Vendrock-Nicole*), «certificamos: que en él se sostienen y defienden las herejías de Jansenio.... Certificamos ademas que la maledicencia y la insolencia son tan naturales á estos «dos autores, que exceptuando á los jansenistas, á nadie perdonan, ni al Papa, ni á los obispos, ni al rey, «ni á sus principales ministros, ni á la facultad teológica de Paris; ni á las órdenes religiosas; y que así «este libro es digno de las penas que las leyes imponen «á los libelos infamatorios y heréticos. Dado en París á «4 de septiembre de 1660.==Firmado==Enrique de Rennes, Harduino de Rhodéz, Francisco de Amiens, Carlos de Soissons &c.»

En vista de este dictámen de los comisarios, el libro fue condenado al fuego por decreto del consejo de estado (1). Esta decision es muy poco conocida, ó se ha-

(1) Pueden leerse en la *Historia de las cinco proposiciones* pág. 175. Ya se sabe que Voltaire dijo, hablando de las *Cartas provinciales* en su catálogo de los escritores del siglo XVII:

ce poco caso de ella, aunque es de una justicia evidente.

Supongamos que Pascal, habiendo concebido algun escrúpulo de conciencia sobre su libro, hubiese pedido su parecer á cualquiera director que no fuese de su secta; y que hubiese principiado diciendo en general: «Yo he creído que debía ridiculizar y difamar á una sociedad peligrosa.»—Esta primera proposicion hubiera producido infaliblemente el diálogo siguiente:

Director. ¿Y qué sociedad es esa? ¿es acaso alguna sociedad secreta ó alguna reunion sospechosa, cuya existencia no está autorizada por las leyes?

Pascal. Al contrario, padre, es una sociedad célebre de clérigos extendida en toda Europa y particularmente en Francia.

Director. Pero esta sociedad ¿es sospechosa á la iglesia ó al estado?

Pascal. No, padre; antes la santa sede la aprecia infinito, y la ha aprobado muchas veces. La iglesia se sirve de ella hace mas de dos siglos en todas sus grandes empresas: la misma sociedad dirige la educacion de casi toda la juventud europea y muchísimas conciencias: goza sobre todo de la confianza del rey nuestro señor; lo que es una gran desgracia, porque esta confianza universal la pone en estado de hacer infinitos males, que yo he querido prevenir. En una palabra se trata de los jesuitas.

Es menester confesar que toda la obra se funda en falso. Cuando Voltáire y los obispos de Francia estan de acuerdo, parece que puede uno seguir su dictámen con toda seguridad de conciencia.

Director. ¡ Ah! V. me asombra; pero ¿cómo ha argumentado V. contra estos religiosos?

Pascal. He citado una porción de proposiciones condenables sacadas de libros compuestos por estos religiosos en tiempos antiguos y en países extranjeros; libros enteramente ignorados, y por tanto peligrosísimos si yo no hubiese dado á conocer su veneno. No es decir que yo haya leído esos libros, porque nunca me he metido á adquirir ese género de conocimientos; pero me han facilitado estos textos algunos amigos incapaces de engañarme. He demostrado que la orden tenia mancomunidad en todos estos errores; y de ahí he concluido que los jesuitas eran herejes y envenenadores públicos.

Director. Pero, hermano mio, V. no ha reflexionado: «ahora veo de lo que se trata, y á qué partido pertenece. V. es un hombre abominable delante de Dios. Tome V. cuanto antes la pluma para expiar su crimen por medio de una reparacion conveniente. ¿Quién le ha dado derecho á V., simple particular, para difamar á una orden religiosa, aprobada, estimada, empleada por la iglesia universal, por todos los soberanos de Europa, y señaladamente por el de V? ¿Cómo habia de tener V. contra una corporacion este derecho que no tiene contra un hombre solo? Esto no tanto es burlarse de los jesuitas, como de las leyes y del Evangelio. Es V. culpable y ridículo en grado eminente; porque dígame en conciencia: ¿hay en el mundo cosa mas graciosa que oír tratar de herejes á unos hombres enteramente sometidos á la iglesia, que creen todo lo que ella cree, que condenan todo lo que ella

«condena, y que se condenarian á sí mismos sin vacilar, «si tuviesen la desgracia de desagradarle; mientras que «V. se halla en un estado público de rebelion, y herido «con los anatemas del Papa, ratificados, si es preciso, por «la iglesia universal?»

Este es el punto de vista bajo el cual deben considerarse estas famosas *Cartas*. Aquí no se trata de declamaciones filosóficas: Pascal debe ser juzgado por la inflexible ley que él mismo invocó, y si esta le declara culpable, nada puede excusarle.

La costumbre y la consideracion de las personas ejercen tal despotismo en Francia, que el ilustre historiador de Fenelon, aunque capaz de conocer y decir la verdad, teniendo que censurar un sofisma intolerable de Pascal, no se atreve á impugnarle abiertamente, y solo se queja de *esos profanos*, que metiéndose á juzgar en materias teológicas sin tener derecho para ello, se figuran formalmente que en la cuestion del jansenismo solo se trataba de saber si las *cinco proposiciones* estaban ó no incluidas palabra por palabra en el libro de Jansenio; y sobre esto exclaman con gravedad *que basta tener ojos para decidir semejante cuestion* (1).

Mas este error grosero achacado á una multitud de hombres ignorantes y desaplicados (y en efecto muy digno de ellos) es precisamente el error de Pascal, que en las *Provinciales* exclama gravemente: *basta tener ojos para decidir semejante cuestion*; y en este argumento funda su famoso chiste respecto del Papa Zacarías (2).

(1) *Hist. de Fenelon*, tom. II, pág. 616.

(2) Chiste falso por dos conceptos: porque el Papa Zacarías no

En general muchísimos hombres tienen en Francia la costumbre de hacer una especie de apoteosis de ciertos personajes célebres, y despues ya no dan oídos á razones acerca de aquellas divinidades de su hechura. Pascal es un buen ejemplo de ello. Pero ¿qué hombre de bien, sensato y que no sea francés, puede sufrirle cuando en la carta XVIII se atreve á decir á los jesuitas: Por este medio se destruyó la impiedad de Lutero, y por este medio se destruyó tambien la impiedad de la escuela de Molina?

La conciencia de un musulman, por poco que conociese nuestra religion y nuestras máximas, se indignaría de esta comparacion. ¡Cómo! Un religioso que murió en el seno de la iglesia, que se hubiera prosternado para condenarse á sí mismo, á la primera insinuacion de la autoridad; un hombre de talento, autor de un sistema filosófico á la par que consolador sobre el dogma terrible que tanto ha fatigado el entendimiento humano; sistema que nunca ha sido condenado, ni lo será jamás, porque todo sistema enseñado públicamente en la iglesia católica durante tres siglos, sin haber sido condenado, no puede suponerse condenable (1); sistema en suma

dijo jamás lo que Pascal y otros muchos antes que él le hacen decir; y porque aun cuando lo hubiese dicho, la cuestion de Jansenio sería muy diferente.

(1) Sabido es que el espíritu de partido, que de nada se ruboriza, ha llegado hasta forjar una bula que anatematiza este sistema. Observemos que estos rebeldes que arrostran los decretos de la santa sede, los creen sin embargo de tanto peso en sus conciencias, que se los verá descender hasta el papel de falsarios, para proporcionarse esta ventaja contra sus enemigos. Así desafiando á la autori-

que presenta el esfuerzo mas feliz que haya hecho la filosofía cristiana para conciliar, segun las fuerzas de nuestra débil inteligencia , *res olim dissociabiles, libertatem et PRINCIPATUM*..... ¿y con quién se pone en parangon al autor de este sistema? con Lutero, el mas atrevido y mas funesto heresiarca que ha desolado á la iglesia; el primero sobre todo que ha unido en el Occidente la herejía con la política, y que verdaderamente *ha separado* las soberanías. Es imposible contener la indignacion, ni contemplar con serenidad este insolente paralelo.

¿Y qué diremos de Pascal, que escandaliza hasta á los jansenistas, al exagerar su sistema? En un principio habia sostenido que las cinco proposiciones estaban bien condenadas; pero que no se encontraban en el libro de Jansenio (*Cartas provinciales* 17 y 18); y luego decidió por el contrario, que los papas habian errado aun acerca del *derecho*, y que la doctrina del obispo de Iprés era la misma que la de san Pablo, de san Agustin y de san Próspero (1). *En fin* (dice su nuevo historiador) *los jesuitas se vieron obligados á convenir en que Pascal*

dad, la confiesan. Se le figura á uno que ve á Focio pidiendo al Papa el título de *patriarca ecuménico*, y rebelándose despues contra él porque se le habia negado; de modo que la conciencia podia gracia, y el orgullo se vengaba de la repulsa.

(1) Un escritor del mismo partido le trató con bastante llaneza sobre este asunto. *Casi no puede uno contar con su testimonio, dice, porque era poco instruido..... y porque sobre fundamentos falsos é inciertos formaba sistemas que solo subsistian en su imaginacion.* (Carta de un eclesiástico á un amigo suyo.) Racine atestigua en su *Historia de Port-Royal* (2 part., pág. 253, edici. cit.) *que Pascal habia escrito para combatir el parecer de Arnaldo; lo cual conviene perfectamente con lo que se acaba de leer.*

habia muerto en los principios del jansenismo mas riguroso (1); elogio notable que seguramente no han de contradecir los jesuitas.

La inflexible obstinacion en el error y el desprecio invencible y sistemático de la autoridad forman el carácter eterno de la secta. Le acabamos de leer estampado en la frente de Pascal: Arnaldo le manifestó tambien visiblemente. Estando ya para morir en Bruselas de mas de ochenta años quiere espirar en los brazos de Quesnel, le llama, y muere despues de haber protestado en su testamento que persiste en sus sentimientos (2).

(1) *Discurso sobre la vida y los escritos &c.*, pág. 130. — *Habemus confitentem reum.*

(2) *Historia de las cinco proposiciones*, lib. 1, pág. 18.

CAPITULO X.

RELIGIOSAS DE PORT-ROYAL.

Pero ¿qué cosa se ha visto en este género, igual al delirio de las religiosas de Port-Royal? Bossuet se baja á estas *vírgenes necias*, y les dirige una carta, que es un libro, para convencerlas de la necesidad de obedecer. La Sorbona ha hablado, la iglesia galicana y el sumo pontífice han hablado, y la iglesia universal ha hablado tambien á su modo, y acaso en mas alta voz, guardando el silencio. Todas estas autoridades son nulas en el tribunal de aquellas religiosas rebeldes; y la superiora tiene la impertinencia de escribir una carta á Luis XIV, en que le ruega *«tenga á bien considerar si podia en conciencia suprimir, sin un juicio canónico, un monasterio legítimamente establecido para dar siervas á Jesucristo en la sucesion de todos los siglos (1).»*

(1) Racine, *ibid.* pág. 212. ¿Quién no se reiría de la suce-

Así á unas religiosas se les antoja tener un dictámen contrario á la decision solemne de las dos potestades, y protestar *que no pueden obedecer en conciencia*; ¿y es extraña que Luis XIV dispersase muy cuerda y moderadamente en diferentes monasterios á las mas locas (diez y ocho solamente de ochenta), para evitar el contacto tan fatal en los momentos de efervescencia? Mas podia haber hecho sin duda; pero ¿qué menos podia hacer?

Racine que nos ha referido estos *grandes* sucesos, no tiene precio por su lenguaje patético. « *Las entrañas de la madre Inés, dice, se conmovieron cuando «vió salir á aquellas pobres niñas (las pensionistas) que iban llevándose unas tras de otras, y que como inocentes corderillas ponian el grito en el cielo al despedirse de ella, y pedirle su bendicion (1).* »

Al leer esta cita suelta, tentado está uno por creer que se trata de alguna escena atroz de la historia anti-gua, ó de una ciudad tomada por asalto en los siglos bárbaros (2), ó de algún procónsul del siglo IV que arrancaba algunas vírgenes cristianas de los brazos de

sign de todos los siglos? Pero no basta reirse: es menester ver en este pasaje el orgullo de la secta, tan desmedido bajo la toca de la madre Inés, como bajo el lúgubre bonete de Arnaldo ó de Quesnel. Observemos de paso, que si el general de los jesuitas se hubiera atrevido en 1762 á escribir al rey Luis XV una carta en estilo semejante, aunque algo mas motivada por el fondo de las cosas, se hubiera gritado por todas partes que era una locura y acaso un delito de *lesa magestad*.

(1) Racine, *ibid.* pág. 215.

(2) *Tum pavidæ tectis matres ingentibus errant,
Amplexæque tenent postes, atque oscula figunt.*

(Virgil. *Æneid.* II, v. 490 y 491.)

sus madres para enviarlas al cadalso , á la cárcel ó á otro lugar : pero no ; es Luis XIV , que con el parecer de sus dos consejos de estado y de conciencia saca algunas pupilas del monasterio de Port-Royal (1), donde infaliblemente hubieran acabado de extraviarse , para enviarlas..... á casa de sus padres.

.....*Quis talia fando,
temperet à lachrymis.....?*

Hé aquí lo que se llamaba y se llama todavía *persecucion*. Sin embargo es preciso confesar que la de Diocleciano era algo mas cruel.

Para las *madres* de Troya la cosa era algo mas seria ; sin embargo el estilo es el mismo con corta diferencia.

(1) Racine solo nombra dos de estas , que son las señoritas de Luynes y de Bagnols.

CAPITULO XI.

DE LA VIRTUD FUERA DE LA IGLESIA.

Vengan ahora á ponderarnos la piedad, las costumbres, la vida austera de las gentes de este partido. Todo ese rigorismo no puede ser en general mas que una máscara del orgullo, que toma todos los disfraces, hasta el de la humildad. Todas las sectas para engañar á las demas, y sobre todo á sí mismas, tienen necesidad del rigorismo; pero la verdadera *moral relajada* en la iglesia católica es la desobediencia. El que no sabe humillarse á la autoridad, deje de pertenecer á la iglesia. El saber hasta qué punto puede merecer en tal estado el hombre que yerra sobre el dogma, es un secreto de la Providencia, que yo no tengo derecho de sondear. ¿Quiere aceptar de un modo que ignoro las penitencias de un fakir? Me alegro y le doy gracias. En cuanto á las virtudes cristianas, fuera de la unidad pueden tener mas mérito, y pueden tambien tener menos en razon

del desprecio de las luces. Sobre todo esto no sé nada, ni ¿qué me importa? Descanso en aquel que no puede ser injusto. La salvacion de los demas no es negocio mio: uno terrible tengo sobre mí, que es mi propia salvacion. No disputaré pues á Pascal sus virtudes, como tampoco le he disputado su talento. Creo que tambien hay virtudes entre los protestantes, y no por eso me parece que estoy obligado á tenerlos por católicos. Nuestra misericordiosa iglesia ¿no ha fulminado anatema contra los que dicen que todas las acciones de los infieles son pecados, ó que no les da Dios los auxilios de la gracia? Arguyendo conforme á los principios de estos hombres descarriados, tendríamos derecho de sostener que todas sus virtudes son nulas é inútiles; pero valgan ellas todo lo que puedan valer, y Dios me libre de poner límites á su bondad. Unicamente digo que estas virtudes son ajenas de la Iglesia, y sobre este punto no hay ninguna duda.

Lo mismo sucede con los libros que con las virtudes; porque los libros son *virtudes*. Dícese que *Pascal*, *Arnaldo* y *Nicole* han escrito excelentes libros en favor de la religion: sea así; pero tambien *Abadia*, *Dutton*, *Sherlock*, *Leland*, *Jacquelot* y otros mil han escrito ventajosamente sobre ella. El mismo Bossuet ¿no exclamó: *Dios bendiga al sabio Bull* (1)? ¿No le dió

(1) «Dios bendiga al sabio Bull, y en recompensa del zelo que ha manifestado en defender la divinidad de Jesucristo «ojalá se vea libre de las preocupaciones que le impiden abrir los ojos á las luces de la iglesia católica!» (*Hist. de las variantes*, lib. XV, cap. CIII.)

solemnemente las gracias en nombre del clero de Francia por el libro que este doctor anglicano compuso sobre la fé *Ante-nicena*? Sin embargo se me figura que Bos-suet no tenia á Bull por ortodoxo. Si yo hubiese sido contemporáneo de Pascal; tambien hubiera dicho con todo mi corazon : *Dios bendiga al sabio Pascal , y en recompensa* &c. : aun ahora admiro con mucha sinceridad sus *Pensamientos* , sin creer por eso que no hubiera sido mejor omitir los que los primeros editores habian omitido , y sin creer tampoco que la religion cristiana esté , por decirlo así , *pendiente* de aquel libro. La iglesia nada debe á Pascal por sus obras , sin las cuales se *pasaria* facilísimamente. Ninguna potencia necesita de rebeldes , los cuales , cuanto mayor es su número , mas peligrosos son. El hombre desterrado y privado de los derechos de ciudadano por un decreto sin apelacion , estará menos infamado , menos degradado , porque tenga la destreza de ocultarse en el estado , de mudar todos los dias de vestido , de nombre y de habitacion , de eludir con la ayuda de sus parientes , de sus amigos y de sus partidarios todas las pesquisas de la policia , y por fin de escribir libros en el seno del mismo estado para demostrar á su modo que no está desterrado : que sus jueces son unos ignorantes y unos prevaricadores : que el mismo soberano se ha equivocado ; y que no entiende sus propias leyes ? Al contrario es mas culpable , y si es permitido explicarse así , está mas desterrado y mas ausente que si se hallase fuera del pais.

CAPÍTULO XII.

CONCLUSION.

En una coleccion muy apreciable se lee : « *que los jesuitas habian arrastrado consigo á los jansenistas al sepulcro* (1); » y este es un error grande y pasmoso, semejante al de Voltaire que decia en su *Siglo de Luis XIV* (tom. III, cap. 37): « *No teniendo ya esta secta mas que convulsionarios, ha caido en el envilecimiento... Lo que llega á ser ridiculo, no puede ser ya peligroso.* » Lindas frases de un poeta, que nunca engañarán á un estadista. No hay planta mas vivaz que esta secta, y sin duda ha dado tantas y tan buenas pruebas de vida durante la revolucion, que no se la puede reputar muerta. Tambien vive en una multitud de libros modernos que yo podria citar. No habiendo sido destruida

(1) *Espectador frances del siglo XIX*, en 8.º, tom. I, número 46, pág. 311.

en el siglo XVII, como debió haberlo sido, ha podido crecer y arraigarse libremente. Fenelon, que la conocia bien, estando para morir advirtió á Luis XIV que tuviese cuidado con el jansenismo. El odio de este gran príncipe contra la secta se ha ridiculizado muchas veces en nuestro siglo, y le han llamado *pequeñez* algunos hombres *muy pequeños* que no comprendian á Luis XIV. Sé lo que se puede reprender á este gran monarca; pero seguramente ningun juez equitativo le negará una sensatez regia y un tacto soberano que acaso no se han igualado jamás. Por este conocimiento exquisito de la soberanía juzgaba él á una secta enemiga, como su madre, de toda gerarquía, de toda subordinación, y que en todos los movimientos políticos se pondrá siempre al lado de la rebelión. Además habia visto los papeles secretos de Quesnel (1), que le habian descubierto muchas cosas. En algunos folletos de aquel tiempo se supuso que preferia un ateo á un jansenista, y sobre este tema abundaron las chanzonetas. Dícese que habiéndole pedido un personaje de la corte una embajada para un hermano suyo, Luis XIV le respondió: «¿Sabe V., caballero, que hay vehementes sospechas de jansenismo contra su hermano?» Y como el cortesano replicase: «Señor, es una calumnia: puedo asegurar á V. M. que mi hermano es ateo;» dijo entonces el Rey con un

(1) Cuando fue detenido en Bruselas por orden del rey de España, se halló entre sus papeles todo lo que caracteriza á un partido formado (Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, tom. III, cap. XXXVII). Otro proyécto mas culpable, si no hubiese sido insensato &c., (*ibid.*)

semblante muy tranquilo: «¡Ah! eso es otra cosa.»

Riense muchos de esto; pero Luis XIV tenia razon: en efecto el ateo debia ser *condenado*, y el jansenista *desgraciado*. Un rey no juzga como un confesor. En esta circunstancia podia justamente, consultarse ante todas cosas la razon de estado. Respecto de los errores religiosos, que solo interesaban á la conciencia, y no hacian culpable al hombre sino delante de Dios, Luis XIV podia decir muy bien: *Deorum injuriæ diis curæ*. A lo menos no me acuerdo que la historia le haya acusado de querer anticipar en esta parte los decretos de la justicia divina. Mas en cuanto á los errores activos (1) que hacian frente á su autoridad, no les perdonaba. ¿Y quién podria vituperársele? Por lo demas se ha metido mucho ruido con la famosa *persecucion* ejercida contra los jansenistas en los últimos años de aquel reinado, y que en substancia se redujo á algunas prisiones pasajeras y algunas órdenes reservadas que probablemente serian agradables á unos hombres que no teniendo nada que perder en el estado, cifraban toda su fama ó existencia en la atencion que ponia en ellos el gobierno, enviándolos á disparatar á otra parte.

(1) Habiéndose unido en nuestro siglo el ateismo á un principio eminentemente activo, el espíritu revolucionario, esta terrible union, le ha prestado una actividad que solamente debia á una circunstancia accidental, y acaso única. En general el ateo es pacífico: como ha perdido la vida moral, se pudre en silencio, y apenas combate á la autoridad. Para honra del género humano el ateismo, acaso hasta nuestros dias, nunca ha llegado á formar una secta.

Se ha puesto el grito en el cielo respecto de haber pasado el arado por el terreno de Port-Royal: yo no veo en ello nada de atroz: todo castigo que no exige la presencia del paciente, es tolerable. Además tenía interiormente dudas bastante vehementes sobre una solemnidad que me parecía muy poco francesa, cuando en un folleto jansenista, recién publicado, he leído *que Luis XIV había mandado pasar en algun modo el arado por el terreno de Port-Royal* (1). Esto atenuaría notablemente la *espantosa severidad* del rey de Francia, porque no es del todo lo mismo, por ejemplo, cortar *en algun modo* la cabeza, que cortarla realmente; pero me pongo en lo peor, y supongo que pasara el arado del modo ordinario. Luis XIV, haciendo que produjera trigo un terreno que no producía sino malos libros, habría ejercido siempre el oficio de prudente labrador y de buen padre de familia.

Es una observación también muy importante que el famoso usurpador, que ha hecho tantos males al mundo en nuestros días, guiado solo por ese instinto que mueve á los hombres extraordinarios, no podía tolerar el jansenismo; y que entre los nombres insultantes que distribuía con bastante liberalidad á los que le rodeaban, el título de *jansenista* ocupaba en su concepto el primer lugar (2). Ni el rey, ni el usur-

(1) *Del restablecimiento de los jesuitas en Francia. París, 1816.*

(2) *Es un ideólogo, un constituyente, un jansenista. Este último epíteto es el maximum de las injurias. (Mr. de Pradt, Hist. de la embajada de Vars. París, 1815, en 8.º pág. 4.)*

pador se equivocaban sobre este punto: uno y otro, aunque tan diferentes, se guiaban por el mismo principio, descubrian á su enemigo, y lo denunciaban por una antipatía espontánea á todas las autoridades del universo. Aunque en la revolucion francesa parece que la secta jansenista no hizo mas que el segundo papel como el criado del verdugo; en principio acaso es mas culpable que los innobles operarios que acabaron la obra; porque el jansenismo fue el que dió los primeros golpes á la piedra angular del edificio con sus criminales innovaciones (1); y en casos de esta especie en que el error debe tener tan fatales consecuencias, el que arguye es mas culpable que el que asesina. No gusto de citar nombres, sobre todo cuando los extravios mas deplorables se encuentran reunidos á cualidades de precio; pero léanse los discursos pronunciados en la sesion de la *convencion nacional*, en que se discutió la cuestion de *si el rey podia ser juzgado*; sesion que fue para el rey mártir la escalera de su ca-

Estas tres injurias son muy notables en la boca de Bonaparte. Reflexionando en esto, exclama uno involuntariamente:

A veces me da miedo la cordura del demonio.

(1) «¿Quién ignora que esta *constitucion civil del clero*, »que arrojando en medio de nosotros la tea de la discordia, pre- »paró vuestra destruccion total (la del clero), *fue obra del »jansenismo?*» (*Carta de Thom. de Soer, editor de las obras complet. de Voltaire, á los vicarios generales del cabildo metropolitano de Paris, en 8.º, 1817, pág. 9.*) Aceptamos esta confesion, aunque no era necesaria. La obra maestra del delirio y de la indecencia puede, como se ve, servir de algo.

dalso: allí se verá de qué modo opinó el jansenismo. De allí á pocos dias (el 13 de febrero de 1793, como á las once de la mañana) le oí en el púlpito de una catedral extranjera explicar á sus oyentes, que llamaba *ciudadanos*, las bases de la nueva organizacion eclesiástica, diciendo: «Os sobresaltais al ver que se confían «las elecciones al pueblo; pero pensad que no hace «mucho que pertenecian al rey, *el cual en suma no «era mas que un empleado de la nacion, del que felizmente nos hemos deshecho.*» Nada puede mover, ni convertir á esta secta; pero aquí sobre todo es donde se la debe comparar con sus nobles adversarios. Estos sin duda tenian muchas quejas de un gobierno que en su triste decrepitud los habia tratado con tanta ingratitud é inhumanidad; sin embargo nada pudo hacer vacilar su fé ni su zelo, y los restos deplorables de esta órden célebre, reanimando en el momento mas terrible sus fuerzas casi agotadas, pudieron ofrecer aun veinte y dos víctimas en los asesinatos *del Càrmen*.

Este contraste no necesita de comentarios. Acuérdense los soberanos de las últimas palabras de Fene-
lon, y velen atentamente sobre el jansenismo. Mientras que la segur real no haya tocado á la raiz de esta planta venenosa, no dejará de extenderse en el seno de una tierra que le gusta, para arrojar despues mas lejos sus vástagos peligrosos. El protegerla y aun el tolerarla seria una falta enorme. *Esta faccion perjudicial no ha omitido ningun medio desde su nacimiento para disminuir la autoridad de todas las potestades eclesiásticas y seculares que no le eran favora-*

bles (1). Todo francés amigo de los jansenistas, ó es jansenista, ó es tonto. Aun cuando yo pudiera perdonar á esta secta sus dogmas atroces, su carácter odioso, su filiacion y su paternidad, igualmente deshonrosas, sus inclinaciones, sus intrigas, sus proyectos y su obstinacion insolente; nunca les perdonaria su último crimen, que es el de haber hecho conocer el remordimiento al celestial corazon del *rey mártir*. Maldita sea por siempre la faccion indigna, que aprovechándose sin pudor, sin delicadeza ni respeto de las desgracias de la soberanía esclava y profanada, cogió brutalmente una mano sagrada y la forzó á firmar lo que aborrecia. Si esta mano próxima á encerrarse en la tumba ha creido que debia dejar un testimonio solemne de *profundo arrepentimiento*; caiga esta confesion sublime, consignada en el inmortal *testamento*, como un peso formidable, como un anatema eterno sobre ese partido culpable, que la hizo necesaria á los ojos de la inocencia augusta, inexorable solo para sí enmedio de los respetos del universo.

(1) *Pedimento fiscal del abogado general Talon* del 23 de enero de 1688, inserto en los *Opúsculos de Fleury*, pág. 18.— Talon decia en 1688: *de treinta años acá*.

DE LA IGLESIA GALICANA

EN SUS RELACIONES

CON LA SANTA SEDE.



LIBRO II.

SISTEMA GALICANO.—DECLARACION DE 1682.



CAPITULO I.

REFLEXIONES PRELIMINARES SOBRE EL CARACTER DE LUIS XIV.



*D*ios solo es grande, hermanos míos, decía Massillon al comenzar la oración fúnebre de Luis XIV, y con mucha razón principiaba por esta máxima para alabar á un príncipe que parecia haberla olvidado algunas veces. Seguramente poseia estas cualidades eminentes, y sin razón se habia formado en el último siglo una especie de conjuración para rebajarle; mas

sin faltar á la justicia que se le debe ; no obstante la verdad exige que al leer su historia se observen francamente y sin acrimonia aquellas épocas de vértigo de un ánimo enajenado, en que todo debia doblegarse á su imperiosa voluntad.

Si se piensa en los triunfos brillantes de una parte grandísima de su reinado, en aquella constelacion de talentos que brillaban á su rededor, y no reunian su influencia sino para darle valor, en la costumbre del mando mas absoluto, en el entusiasmo de la obediencia que adivinaba sus órdenes en vez de esperarlas, en la adulacion que formaba á su rededor una especie de atmósfera, como el aire que respiraba, y que acabó por convertirse en un culto, en una verdadera adoracion; no se extrañará mas que una cosa: que en medio de todas las seducciones imaginables pudiese conservar este príncipe aquel juicio recto que le distinguia, y que de tiempo en tiempo pudiera echar de ver que era hombre.

Tributemos gracias y glorifiquemos á la monarquía cristiana: en ella la voluntad siempre ó casi siempre es recta; por su juicio pertenece á la humanidad, y debe desconfiar de la razon. Ella aborrece la injusticia; pero unas veces se engaña, y otras la engañan sobre lo justo y lo injusto; y cuando por desgracia se hallan mezcladas las prerogativas reales, aunque sea en apariencia, con alguna cuestion de derecho público ó privado, es infinitamente peligroso que lo justo á los ojos del soberano sea todo lo que favorece á dichas prerogativas.

Si algun monarca se ha visto alguna vez expuesto á esta especie de seducción; fue sin duda Luis XIV. Se le ha llamado *el mas católico de los reyes*, y nada hay mas cierto, si solo se consideran las intenciones del príncipe. Pero si en alguna circunstancia se creia el papa obligado á contradecir la voluntad real aun en las cosas mas pequeñas; al instante se interponian las regalías entre el príncipe y la verdad, y esta corria el mayor riesgo. Bajo la máscara alegórica de la gloria se cantaba en el teatro en su presencia:

Todo debe ceder en el universo al héroe augusto
á quien amo (1).

Como la ley no admitia excepcion, lo mismo comprendia al papa que al príncipe de Orange. Es muy cierto que ningun rey de Francia fue tan sinceramente adicto á la fé de sus padres; pero no lo es menos que ningun rey de Francia desde Felipe el Hermoso ha dado mas pesadumbres á la santa sede que Luis XIV. ¿Puede imaginarse cosa mas dura, ni menos generosa que la conducta de este gran príncipe en la cuestion de las inmunidades? No habia mas que una voz en Europa sobre el fatal derecho de asilo que se concedia en Roma á las casas de los embajadores. Es preciso confesar que era un título muy singular para los soberanos católicos el de *protectores de los asesinos*. El papa habia logrado que todos los demas príncipes con-

(1) Prólogo de *Armida*.

sintiesen en la abolicion de tan extraño privilegio: solo Luis XIV se hizo sordo al grito de la razon y de la justicia. Cuando se trataba de ceder, era preciso para obligarle dar una batalla como la de Hochstedt, y el papa no podia presentarla. Sabido es con cuánta altivez se trató este negocio, y qué refinamiento de crueldad humillante se empleó en todas las satisfacciones que se exigieron del papa. Voltaire conviene en que «el duque de Crequi habia irritado á los romanos por su altanería: que sus lacayos habian llegado hasta acometer á la guardia del papa con espada en mano; y en fin que el parlamento de Provenza habia hecho citar al papa, y ocupar el condado de Aviñon (1).»

Sería imposible imaginar un abuso mas repugnante del poder, ni una violacion mas escandalosa de los derechos mas sagrados de la soberanía. ¿Y qué diremos sobre todo de un tribunal civil, que por adular á su príncipe cita ante sí á un soberano extranjero, jefe de la iglesia católica, y le secuestra una provincia suya? No creo que en los vastos anales de la servidumbre y del desvarío se encuentre cosa mas monstruosa. Pero asi se portaban muy á menudo los parlamentos de Francia; apenas resistian á la tentacion de adular las pasiones del soberano, á trueque de aumentar las prerogativas parlamentarias.

En todo lo que acabo de decir no trato de sostener que el papa tuviese siempre razon. Acaso se con-

(1) *Siglo de Luis XIV*, tom. I, cap. VII.

dujo con demasiado resentimiento é inflexibilidad. No me creo obligado á insistir sobre algunos defectos para los cuales no han faltado narradores y amplificadores. Además nunca ha sucedido en el mundo que en la pugna de dos autoridades grandes y soberanas dejen de haber exajeraciones recíprocas. Mas la potestad que sólo incurre en los deslizes propios de la humanidad, debe pasar por inocente, porque no puede separarse de su propia naturaleza; y toda la censura recae justamente sobre la que abusa de sus fuerzas hasta el punto de hollar todas las leyes de la justicia, de la moderacion y de la delicadeza:

CAPÍTULO II.

CUESTION DEL PATRONATO REAL. HISTORIA EXPLICACION DE ESTE DERECHO.

Nunca se mostró de un modo mas memorable la inflexible altivez de un príncipe, que no podia sufrir ninguna especie de contradiccion, que en la cuestion célebre del *patronato real*.

Es sabido que se daba este nombre á ciertos derechos útiles ú honoríficos, que gozaban los reyes de Francia sobre *algunas* iglesias de su reino en *sede vacante*: percibian sus rentas, presentaban á los beneficios, y aun los conferian directamente &c.

No hay cosa sin duda mas justa que el que la iglesia haya querido recompensar en la antigüedad por medio de estas ú otras concesiones la liberalidad de los reyes que se honraban con el título de *fundadores*; pero tambien es menester confesar que siendo el *patronato* una excepcion odiosa de las mas santas leyes del derecho comun, daba necesariamente lugar á muchos

abusos. Así el concilio de Leon, celebrado á fines del siglo XIII, y presidido por el papa Gregorio X, concilió la justicia con el reconocimiento, autorizando el *patronato* real; pero prohibiendo extenderle (1).

No obstante el ministerio y los magistrados franceses, sin otro motivo imaginable que el de mortificar al jefe de la iglesia, y aumentar la prerogativa real á expensas de la justicia, sugirieron la declaracion del mes de febrero de 1673, que extendia el *patronato* á todos los obispados del reino.

Una de las razones que daban para generalizar este derecho, era que *la corona de Francia era redonda* (2): de este modo raciocinaban aquellos grandes jurisconsultos.

Todo el mundo sabe cuáles fueron las consecuencias de este atentado. Los extranjeros se escandalizaron, y Leibnitz sobre todo se explicó de un modo nada equívoco acerca de los parlamentos, «los cuales, «dijo, se conducian, no como jueces, sino como abogados, sin salvar siquiera las apariencias, ni respetar «la menor sombra de justicia cuando se trataba de los «derechos del rey (3).»

Fleury en su edad madura y de reflexion habla absolutamente lo mismo que Leibnitz: «El parlamento «de París, dice, que se manifiesta tan zeloso de nuestras libertades, ha extendido el derecho del *patrona-*

(1) En 1274, *Can. XII.*

(2) *Opúsculos de Fleury*, pág. 137 y 140.

(3) *Vide supra*, artículo de los *Parlamentos*.

»to hasta lo infinito , apoyándose en unas máximas que
»tan fácil es negar como afirmar (1). Sus decretos so-
»bre el patronato no podían defenderse.»

«El rey , dice el excelente historiador de Bossuet,
»ejercía el derecho de patronato con una plenitud de au-
»toridad, que difícilmente se conciliaba con la exactitud
»de las máximas eclesiásticas: un poco antes había dicho
»que la cuestión de patronato había arrastrado al gobier-
»no á tomar medidas , cuya regularidad ó necesidad hu-
»biera sido tal vez difícil de justificar (2): » lo que sig-
nifica en francés menos elegante *que la extension*
dada al derecho de patronato no era mas que un latro-
cinio legal.»

Pero Luis XIV lo quería así , y ante su voluntad
todo debía ceder , hasta la iglesia; porque no había dig-
nidad alguna , ni razón alguna que le pudiese imponer.

«Habiendo llegado al colmo de la gloria, indispuso
»contra sí, despojó ó humilló á casi todos los prínci-
»pes (3).» Superior en su entender á todas las leyes,
á todos los usos , á todas las autoridades , decía : «Yo
nunca me he dirigido por el ejemplo de nadie. A mí me
toca servir de ejemplo á los demás (4). » Y su ministro
decía al representante de una potencia extranjera : *Le*
mandaré encerrar á V. en la Bastilla (5).

A vista de este delirio del orgullo omnipotente que

(1) *Opúsculos de Fleury* , pág. 83, 137 y 140.

(2) *Hist. de Bossuet* , lib. VI, núm. 8 , página 130 y 133.

(3) *Siglo de Luis XIV* , por Voltaire, tom II , cap. XIV.

(4) *Id.* , *ib. ib.*

(5) *Id.* , tom. II, cap. XXI.

decia sin rodeos: *Jura nego mihi nata*; los obispos franceses ya no hicieron ninguna resistencia: solamente dos de ellos, Pavillon d'Alet y Caulet de Pamiers, que DESGRACIADAMENTE eran los dos hombres mas virtuosos del reino, rehusaron con obstinacion someterse (1).

El famoso Arnaldo no se engañaba cuando pintaba la cuestion del patronato como un asunto capital para la religion, en el que era preciso negarlo todo sin distincion alguna (2). Por esta vez el jansenista veia con mucha claridad las cosas: el patronato propendia directamente á reproducir la investidura por el *báculo y el anillo*, de que tanto he hablado en otra parte (3), á convertir los *beneficios* en *feudos* ó en empleos, y á hacer evaporar el espíritu de la institucion benefical, para no dejar mas que el *caput mortuum*, es decir, el poder civil y el dinero. Esta era una idea enteramente protestante, y de consiguiente muy análoga al espíritu de oposicion religiosa, que no ha cesado de manifestarse mas ó menos entre los franceses, sobre todo en el seno de la magistratura.

Asi no puede uno menos de hacer los mayores elogios de los dos varones mas virtuosos del reino, que clamaron con todas sus fuerzas contra una novedad tan nociva en sí misma y de tan mal ejemplo. El papa (Inocencio XI) por su parte opuso tambien la mas vigorosa resistencia al inexcusable atentado de un principe ex-

(1) *Siglo de Luis XIV*, *ibid*. Si Voltaire quiso decir: Desgraciadamente para Luis XIV, tuvo mucha razon.

(2) *Hist. de Bossuet*, tom. II, cap. VI, núm. 9, pág. 145.

(3) *Del papa*, lib. II, cap. VII, art. II.

traviado, y no cesó de animar á los obispos franceses, ni de echarles en cara su debilidad. Era un pontífice virtuoso, *el único papa de aquel siglo que no sabía acomodarse al tiempo* (1).

Entonces sucedió lo que sucederá siempre en semejantes ocasiones. Cuando un cierto número de personas, y sobre todo de personas distinguidas, que forman una clase ó corporacion en el estado, han suscrito por debilidad á la injusticia ó al error de la autoridad; para sofocar el sentimiento penoso que los oprime, se ponen de pronto de parte de la misma autoridad que los ha humillado, prueban que tiene razon, y defienden sus actos, en lugar de sincerarse de haber adherido á ellos.

Esto es lo que hicieron los obispos franceses. Escribieron al papa para persuadirle á que cediese á los caprichos *del mas católico de los reyes*; y le rogaron *que no emplease sino la bondad en una ocasion en que no podia hacerse uso del valor* (2).

Arnaldo declaró que esta carta era miserable, y en verdad tuvo mucha razon. Si el Sr. de Bausset se admira *de que se haya podido calificar asi una obra de Bossuet* (3), es porque á los mejores talentos sucede á veces que no echan de ver que la solidez ó el mérito intrínseco de toda obra de raciocinio depende de la na-

(1) *Siglo de Luis XIV*, tom. II, cap. XXXIII. Este papa llamaba á los pobres *sus sobrinos*.

(2) *Hist. de Bossuet*, lib. VI, núm. 9, pág. 145.

(3) A este prelado es á quien la asamblea habia encargado la redaccion en esta ocasion. (*Hist. de Bossuet*, *ibid.*)

turalaza de las proposiciones que se sostienen en ella, y no del ingenio de quien raciocina. Siendo la carta de los obispos *miserable* por esencia, Bossuet no podia poner de su parte mas que su estilo y su lenguaje, que era otro mal mas.

En esta carta, segun he observado poco há, se ve al honor que procura ponerse en buen lugar mediante ciertas precauciones, mas bien oratorias que lógicas y cristianas. Podria preguntarse: *¿por qué no se podia emplear el valor en esta ocasion?* Y aun se inclinaria uno á añadir que cuando se trata de los deberes del estado, no hay ocasion alguna en que no sea permitido, y aun debido, emplear el valor, ó si se quiere *cierto valor*.

Inocencio XI en su respuesta á los obispos, de la cual se ha hablado muy superficialmente en Francia, les hace sobre todo un cargo, al cual no sé encontrar una réplica sólida: « ¿Quién de vosotros, les dice, ha hablado al rey en favor de una causa tan interesante, tan justa y tan santa(1)? (Véase la continuacion en la obra citada.)

A la verdad no veo qué podrian responder estos prelados al cargo perentorio del sumo pontífice. No necesito examinar si era preciso que hubiese mártires por el patronato: felizmente no se estaba en ese caso; pero que el cuerpo episcopal creyese que debia abstenerse hasta de la mas humilde representacion, esto dejaria perplejo aun al mas ganoso de excusarlo.

El arreglo final fue « que el rey no conferiria los

(1) *Hist. de Bossuet*, lib. IV, núm. 12, pág. 161.

»beneficios por derecho de patronato, sino que presentaría solamente los sujetos, los cuales no podrían ser »desechados (1).

Esto no es otra cosa que la supremacía inglesa en toda su perfección. Entendido el patronato y ejercido de este modo, *el rey*, como lo observa muy bien Fleury, • tenía mas derecho que el obispo, y tanto como el papa (2).»

Como á los ojos de Luis XIV era un crimen imperdonable el resistirle, y la primera de todas las virtudes, y estoy por decir, casi la única; era el adoptar todas sus ideas, y aun exagerarlas; se hizo moda vituperar, contradecir y mortificar á Inocencio XI, cuya valerosa resistencia habia disgustado tanto al príncipe.

Mas nada es comparable con lo que se atrevió á hacer en esta ocasion el parlamento de Tolosa. La adulacion habia tomado todas las formas, excepto una, para lisonjear á Luis XIV, y el parlamento de Tolosa la en-

(1) Este juego de palabras, que ciertamente lo es (porque no era otra cosa si se consideran los resultados), hace conocer lo que era el patronato, que daba al rey el derecho de conferir los beneficios, es decir, un derecho puramente espiritual. No obstante los obispos callaron, y aun tomaron partido contra el papa. Aquí se ve lo que está comprobado por toda la historia eclesiástica y es, que las iglesias particulares carecerán siempre de fuerza ante la autoridad temporal; y hasta *debe* suceder así si no me equivoco, exceptuando el caso del martirio. Es pues absolutamente necesario que los intereses de la religion se pongan en manos de una potencia que sea extranjera para todos los demás, y cuya autoridad, toda santa é independiente, pueda siempre, á lo menos en teoría, decir la verdad, y sostenerla en toda ocasion.

(1) *Opúsc.*, pág. 84.

contró. El P. Cerles , canónigo regular de la catedral de Pamiers y vicario general en *sede vacante* , habia formado oposicion á algunos actos de este parlamento relativos al *patronato*. Destituido por su metropolitano el arzobispo de Tolosa , que queria adular al rey , apeló al papa , que le confirmó en su cargo. Parece tambien que el P. Cerles escribió con bastante energía contra el patronato y contra las pretensiones de la autoridad temporal. El parlamento *por orden del rey* le condenó á muerte , y le hizo ajusticiar en estatua en Tolosa y en Pamiers , llevándola á rastra hasta el lugar del suplicio en una estera. *Este eclesiástico era hombre de mérito y muy sabio , como se ve por sus diversos edictos é instrucciones pastorales* (1).

¿ Qué diremos de un tribunal supremo que condena á muerte *por orden del rey* , y que por faltas propias de las circunstancias , y dignas en cualquiera suposicion de un decreto de confinamiento , se propasa á entregar al verdugo y á enviar al cadalso la estatua de un eclesiástico respetable , que tenia fama , honor y una familia como otro cualquiera? Ninguna expresion puede calificar dignamente esta vergonzosa iniquidad.

(1) *Siglo de Luis XIV* , tom. III , cap. XXXV. *Nota de los editores de Bossuet* , *Lieja* , 1768 , en 8.º , tom. XIX , pág. 48.

CAPÍTULO III.

CONTINUACION DEL ASUNTO DEL PATRONATO. = ASAMBLEA Y DECLARACION DE 1682.

= ESPIRITU Y COMPOSICION DE ESTA ASAMBLEA.

Al fin para vengar en el papa, segun la regla, las injurias que se le habian hecho, los grandes fautores de las máximas anti-pontificias, ministros y magistrados, discurrieron convocar una asamblea del clero, donde se pusiesen límites fijos á la autoridad del papa, despues de una madura discusion de sus derechos.

Acaso no se cometió nunca una imprudencia mas fatal, ni jamás cegó tanto la pasion á hombres por otra parte muy ilustrados. En todos los gobiernos hay ciertas cosas que deben quedar en una saludable obscuridad, que son bastante claras para un juicio recto; pero que dejan de serlo en cuanto la ciencia trata de aclararlas y circunscribirlas con precision por medio del racionio, y sobre todo de la escritura.

Nadie disputaba á la sazón sobre la infalibilidad del papa: por lo menos era una cuestion abandonada á las

escuelas; y ha podido verse por todo lo dicho en la obra anteriormente citada que esta doctrina se habia comprendido muy mal. Puede tambien notarse que no tenia absolutamente ninguna conexion con la del patronato, que solo interesaba á la alta disciplina. Asi la convocacion de la asamblea no tenia mas objeto que el de mortificar al papa.

El primer motor de esta funesta resolucion fue Colbert. El determinó á Luis XIV, y él fue el verdadero autor de las *cuatro proposiciones*, pues los cortesanos con muceta que las escribieron, no fueron en realidad mas que sus secretarios (1).

Manifestóse un movimiento extraordinario de oposicion entre los obispos diputados á la asamblea, escogidos todos, como se deja conocer, por la misma mano del ministro (2).

Por las notas de Fleury sabemos que los prelados que habian influido mas en la convocacion de la asamblea y en la determinacion que alli se tomó de tratar sobre la autoridad de la santa sede, *tenian el designio de mortificar al papa y satisfacer sus propios resentimientos* (3).

Bossuet veia tambien que algunos obispos se abandonaban inconsideradamente á ciertas opiniones, que podian llevarlos mucho mas allá del término en que

(1) Confesion expresa de Bossuet á su secretario íntimo el abate Ledieu. (*Hist. de Bossuet, lib. VI, núm. 12, pág. 161.*)

(2) *Exam. del sistema. galic.* Mons, 1803, en 8.º, pág. 40.

(3) *Correcciones y adiciones para los nuevos opúsculos de Fleury*, pág. 16.

ellos mismos se habían propuesto detenerse; y no disimulaba que entre aquella multitud de obispos *había algunos que por resentimientos personales estaban irritados contra la corte de Roma* (1).

Así exponía sus temores secretos al célebre abad Rancé: « Bien sabe V., le decia, lo que son las asambleas, y qué espíritu domina ordinariamente en ellas. Yo veo ciertas disposiciones que me hacen esperar *algo de esta*; pero no me atrevo á fiar de mis esperanzas; y á la verdad no dejan de estar mezcladas con muchos temores (2). »

En un tribunal civil, y por cualquier interés pecuniario, unos jueces semejantes hubieran sido recusados; pero en la asamblea de 1682, sin embargo de tratarse de cosas bastante serias, no se hizo alto en eso.

En fin se congregaron los diputados, y el rey les mandó *que tratasen la cuestión de la autoridad del papa* (3). Contra esta decision no habia nada que decir; y es muy notable que así en esta circunstancia como en la del patronato no se vió la menor oposicion, ni la idea de una representacion respetuosa.

(1) Hist. de Bossuet, lib. VI, núm. 6, pág. 124. — Es preciso pues, segun Fleury y segun el mismo Bossuet, poner alguna restriccion á la solemne protesta hecha por este último en la carta que escribió al papa en nombre del clero. « Ponemos por testigo al escudriñador de los corazones que no nos mueve el resentimiento de ninguna injuria personal &c. » (Ibid. núm. 11, página 153.)

(2) Fontainebleau, setiembre 1682, en la Hist. de Bossuet, lib. VI, núm. 3, tom. II, pág. 94.

(3) Fleury, *ibid.*, pág. 139. No habia motivo alguno para hablar de ello, sino la voluntad del rey que lo mandaba.

Todos los obispos permanecieron puramente pasivos, y el mismo Bossuet, que con muchísima razón no quería que se tratase de la autoridad del papa, ni siquiera pensó contradecir á los ministros de ningún modo, visible á lo menos á los ojos de la posteridad.

Si el rey hubiera querido, no tenía mas que decir una palabra: era dueño de la asamblea. Así lo dijo Voltaire (1): ¿deberá creérsele? Es cierto que por entonces se temió un cisma: también lo es que en un escrito contemporáneo, publicado con el falso título de *Testamento político de Colbert*, se llegó á decir que *con una asamblea como aquella el rey hubiera podido sustituir el Corán al Evangelio*. Sin embargo en vez de tomar estas exageraciones al pie de la letra, prefiero atenerme á la declaración del arzobispo de Reims, cuya franqueza inimitable me ha chocado singularmente. En su informe á la asamblea de 1682, sirviéndose de las mismas palabras de Ibo de Chartres, le decía: «Hombres mas animosos hablarían acaso con mas valor: otros mas hombres de bien podrían decir mejores cosas; pero nosotros que somos medianos en todo, exponemos nuestro sentir, no para que sirva de regla en semejante ocurrencia, sino por ceder al tiempo, y para evitar mayores males que á la iglesia amenazan, si no se pueden evitar de otra manera (2).»

(1) *Siglo de Luis XIV*, tom. III, cap. XXXIV.

(2) El padre d'Avrigny, después de haber referido este precioso pasaje, añade con una sencillez que encanta: «La aplicación de estas palabras no podía ser mas adecuada» (*Memorias*, tom. I. III, pág. 188.)

CAPÍTULO IV.

REFLEXIONES SOBRE LA DECLARACION DE 1682.

A no considerar esta declaracion mas que de un modo puramente material, dudo que sea posible encontrar en toda la historia eclesiástica un documento mas reprehensible. Lo que visiblemente le falta mas, como á todas las demas obras apasionadas, es la lógica. Los *padres* de este singular concilio principian con un preámbulo que revela su perplejidad; porque era preciso decir la razon por qué se habian juntado, y la cosa no era muy fácil. Dicen pues que se han congregado para reprimir á algunos hombres igualmente temerarios en sentidos opuestos; «de los cuales unos quisieran destruir la doctrina antigua y las libertades de la iglesia galicana, que ha recibido de sus predecesores, y estan apoyadas en los santos cánones y en la tradicion de los santos padres, y que ha defendido en todos tiempos con un zelo infatigable; mientras que otros, abusando

»de estos mismos dogmas, osaban destruir la supremacía de la santa sede (1).»

No puede uno menos de observar que estos prelados complacientes principian con la asercion mas extraña que puede discurrirse. *Defienden*, según dicen, *la antigua tradicion de la iglesia galicana*. Sin duda se figuraban que el mundo ya no sabia leer, porque si hay algo generalmente sabido, es que la iglesia galicana, exceptuando algunas oposiciones accidentales y pasajeras, siempre ha caminado con la santa sede. En 1580 se vió á los obispos franceses pedir la ejecucion de la bula *In cœná Domini*; y el parlamento, para contenerlos, llegó hasta ocuparles las temporalidades. Estos mismos obispos no omitieron despues ningun medio para que se recibiera lisa y llanamente el concilio de Trento. En cuanto á la infalibilidad del papa, hemos oido al clero de Francia profesarla del modo mas solemne en su asamblea de 1626. El Sr. de Barral, despues de haber hecho vanos esfuerzos para salir de esta dificultad, cree oportuno añadir: «Aun cuando fuese posible dar á algunas frases de estos obispos un sentido favorable á la infalibilidad del papa.... &c.» Y en otra parte: «Mas aun cuando fuese cierto que en el espacio de quince siglos se hubiese escapado al clero de Francia una sola frase

(1) *Cleri gallicani de ecclesiasticâ potestate Declaratio. Ecclesiæ gallicanæ decreta et libertates á majoribus nostris tanto studio propugnatas, earumque fundamenta sacris canonibus et patrum traditione nixa multi diruere moliantur; nec desunt qui, earum obtentu, primatum B. Petri minuere non vereantur.*

»en contradiccion consigo mismo... &c. (1).» Con el permiso del autor diré que las declaraciones solemnes y las actas públicas no se llaman *frases*, y que estas frases *nunca se escapan*. Cuando se escriben, se reputa que uno piensa en ellas y sabe lo que se hace: además ¿cuál de estas dos declaraciones es la que se *escapó* al clero francés, la de 1682, ó la de 1626? Todo lo que á primera vista podia concederse, es que se destruyen mutuamente, y que es inútil tratar del modo de pensar de un cuerpo que se contradice á sí mismo. Pero á la segunda ojeada queda absuelto el ilustre clero, y no hay dificultad en decidir que los diputados de 1682 no eran en ninguna manera el clero de Francia; y que además habiendo dominado la pasión, el temor y la adulacion en las actas de 1682, desaparecen á vista de la madurez, la prudencia y la serenidad teológica que se observan en las actas de 1626.

En cuanto á los *quince siglos*, los tomaremos en consideracion cuando se nos hayan citado las declaraciones públicas, por las cuales el clero francés en cuerpo, y sin influencia extraña, desechó la soberanía del papa *durante esos quince siglos*.

Entretanto se compondria un volúmen con las autoridades de toda clase, con los edictos de obispos, decretos, decisiones y libros enteros que establecen en Francia el sistema contrario. Orsi, Zaccaria y otros autores italianos han recogido estos monumentos. Hemos oido

(1) *Defensa de las libertades de la iglesia galicana* por el Sr. de Barral, arzobispo que fue de Tours, en 4.º, París, 1818, segunda parte, núm. 6, páginas 325 y 332.

confesar á Tournely «que no hay nada que oponer á la multitud de autoridades que establecen la supremacía del papa; pero que le detiene la declaración de 1682.» Los ejemplos de este género no son raros, y la conversacion sola enseñaba diariamente cuán poco apégado estaba en general el clero de Francia á sus supuestas máximas, que en realidad no eran mas que las máximas del parlamento (1).

Bossuet citó en mil lugares *la doctrina de los doctores antiguos* como un oráculo. Mas ¿qué doctrina era esta? Siempre la del parlamento. Por un decreto de 29 de marzo de 1663 citó este ante sí al síndico y siete *doctores antiguos* de la Sorbona, y les mandó presentar una declaración de las opiniones de la facultad teológica acerca de la potestad del papa. Los diputados comparecieron al dia siguiente con una declaración concebida en los términos que todo el mundo sabe: *Que no es el parecer de la facultad &c.* (2).

(1) Sábese que uno de los mas doctos prelados franceses (Marca) compuso en los últimos años de su vida un tratado en favor de la supremacía pontificia, que su amigo Balucio se tomó la libertad de suprimir. Con esta ocasion el Sr. de Barral le queja de la *versatilidad* de este obispo (*part. II., núm. 19, pág. 327*); pero *versatilidad* y *mudanza* no son sinónimos. De otro modo *conversion* sería sinónimo de *locura*.

(2) *Exposicion de la doctrina de la iglesia galicana con respecto á las pretensiones de la corte de Roma, por Dumarsais &c.* con un discurso preliminar por el Sr. Clavier, consejero en el *Chatelet*, de la academia de las inscripciones. París, 1817, en 8.º Disc. prelim. pág. 36. — ¡Por cierto que Dumarsais es un excelente teólogo para tratar de la autoridad del papa! Tanto valdria citar á Voltaire sobre la *presencia real* ó la *gracia eficaz*.

El *temblor* de la Sorbona se ve hasta en la forma negativa de la declaracion. Tiene la traza de un acusado que niega: no se atreve á decir: *Yo creo esto*, sino solamente: *Yo no creo lo contrario*. Veremos al parlamento repetir la misma escena en 1682. Hoy que se ha introducido en todos los ánimos cierto espíritu de independencia, si el parlamento (suponiendo que ninguna institucion hubiera variado), citase á la Sorbona para amonestarla ó reconvenirla; el síndico de la facultad de teología no dejaria de responder: «Se suplica al tribunal que trate asuntos de jurisprudencia, y que nos deje la teología.» Pero entonces la autoridad lo podia todo, y aun los mismos jesuitas estaban obligados á jurar los *cuatro artículos*: era preciso hacerlo, porque todo el mundo juraba, y se juraba hoy, porque se habia jurado ayer. En este punto cuento mucho con la bondad divina.

Merece acotarse sobre el particular un pasaje del padre d'Avrigny, que me parece curioso y poco conocido. Despues de haber referido la resistencia que opuso la universidad de Douai á la declaracion de 1682, y las representaciones que dirigió al rey sobre este asunto, el estimable historiador prosigue de este modo:

« Para decir algo mas fuerte que todo esto, la mayor parte de los obispos que ocupaban alguna silla del reino en 1651, 1653, 1656 y 1661, se expresaron de un modo que hizo que los que sostenian la infalibilidad, los miraran como otros tantos partidarios de ella.

Por lo demas solo se trata del hecho que nos atestigua el sabio magistrado, editor de Dumarsais.

»En efecto unas veces aseguran que la fé de Pedro no
»ha faltado jamás: otras que la antigua iglesia sabia
»claramente, tanto por la promesa de Jesucristo hecha
»á Pedro, cuanto por lo que ya habia pasado, que las
»decisiones del sumo pontífice, publicadas para servir
»de regla de fé á consulta de los obispos, ya expliquen
»estos, ya no expliquen su sentir en la relacion, como
»les place hacer, se fundan en una autoridad que es
»igualmente divina y suprema en toda la iglesia; de
»manera que todos los cristianos estan obligados por de-
»ber á prestarles una sumision hasta de entendimiento.
»Hé aquí pues una nube de testimonios en favor de
»la infalibilidad del vicario de Jesucristo y de su supe-
»rioridad á los concilios ecuménicos (1).»

Es cierto que d'Avrigny era jesuita, y no amaba mucho al canciller Le-Tellier; pero es un historiador muy verídico, muy exacto, y en esta ocasion no cita mas que hechos.

Como no hay cosa mas fácil que acumular testimonios de escritores franceses en favor del sistema de la supremacía pontificia; los partidarios del sistema contrario sostienen que todos ellos se aplican á la *sede*, y no á la *persona* de los pontífices; pero esta distincion sutil inventada por opositores modernos, reducidos al último apuro, fue siempre desconocida de la antigüedad, que no tenia tanto ingenio. Asi la antigua tradicion de la iglesia galicana, alegada en el preámbulo de la declaracion, es una pura quimera.

(1) *Mem. cronol.*, año 1682.

Y como por otra parte en la época de 1682 no habia nada de nuevo en la iglesia, ningun peligro, ningun combate nuevo contra la fé; se sigue que si los diputados hubiesen dicho la verdad, hubieran manifestado (lo que no admite la menor objecion) «que se habian congregado para obedecer á los ministros del rey, y para mortificar al papa, que queria mantener los cánones contra las innovaciones de los parlamentos.»

Despues del preámbulo vienen los artículos. El 1.^o recuerda todos aquellos miserables lugares comunes: *Mi reino no es de este mundo. — Dad al César lo que es del César. — Toda alma esté sujeta á las potestades superiores* (1). *— Todo poder viene de Dios* (2); &c. &c.

Como Jesucristo decia en alta voz que era rey, el magistrado romano que le tomaba declaracion, le preguntó: *¿Eres tú rey?* y de un modo mas circunscripto: *¿Eres tú rey de los judios?* Esta era la acusacion entablada contra él por sus enemigos, que querian perderle, pintándole como un sedicioso que disputaba la soberania de César. Para desvanecer esta calumnia el Salvador se dignó de responder (3): «Tú lo has dicho: yo soy rey, »y ademas rey de los judios; mas no soy un rey como »pensais, de quien el pueblo pueda decir en su ignorancia: *El que se llama rey, no es amigo del César.* Si yo »fuese rey de esa manera; tendria ejércitos que me de-

(1) Y ante todas cosas á la del sumo pontífice, que es una de las mas elevadas.

(2) Señaladamente el de su vicario.

(3) *San Luc.* 23, 5: *San Juan* 18, 37: *San Mat.* 27, 11: *San Marcos* 15, 4: *San Luc.* 23, 3: *San Juan* 19, 12: *id.* 18, 36.

»fenderian de mis enemigos; pero mi reino no es AHORA
»de este mundo (1). Yo no soy rey, ni he nacido sino
»para traer la verdad entre los hombres: cualquiera
»que la recibe, es súbdito de este reino.» Y habiéndole
preguntado: *¿Qué es la verdad?* Jesus nada respondió, ó á lo menos no ha tenido por bien de hacernos
saber lo que respondió (2).

Ciertamente es preciso ser grandes lógicos para hallar connexion entre esta exposicion y las consecuencias que se han sacado de ella contra la potestad de los papas. Otros disputadores mas temerarios y no menos chistosos han visto en el texto citado la prueba de *que el poder temporal de los sumos pontífices estaba proscripto por el Evangelio*. Yo probaria con el mismo texto, si alguno lo desea, que ningun cura de aldea puede poseer legítimamente un huerto, porque todos los huertos del mun-

(1) No sé por qué ciertos traductores (por ejemplo los de Mons) se han tomado la licencia de suprimir la palabra *ahora*, que se lee en el texto original, como tambien en la Vulgata. No ignoro que la partícula griega *Νῦν* puede á veces no tener mas que un valor puramente argumentativo, que la hace entonces casi sinónima de *mas* ó de *pues*; no obstante aquí puede muy bien tomarse literalmente, y no es lícito suprimirla. ¿Cómo se sabe que el Salvador no quiso significar por este misterioso monosílabo ciertas cosas que los hombres no debían conocer aun? Hay mas: ¿qué queria decir nuestro divino maestro, cuando á un tiempo declaraba *que era Rey de los judios, y que su reino no era de este mundo?* La primera señal de respeto que deberíamos tributar á estos venerables enigmas, es la de no deducir de ellos consecuencias que nuestra ignorancia podria hacer peligrosas.

(2) Sin duda se me perdonará un ligero comentario destinado solamente á hacer percibir mejor los textos, que por otra parte pueden verificarse en el acto.

do *son de este mundo*. Mas esto es detenerse ya demasiado en paralogismos escolásticos, que no merecen una discusion seria. El gran problema se reduce á las tres cuestiones siguientes:

1.^a Siendo evidentemente la iglesia católica una monarquía ó nada; ¿puede haber apelacion de los juicios emanados del soberano, con pretexto de que ha juzgado mal? Y en este caso ¿á qué tribunal debe llevarse la apelacion?

2.^a ¿Qué es un concilio sin papa? Y si hubiese dos concilios simultáneos, ¿cuál seria el bueno?

3.^a Teniendo incontestablemente la potestad espiritual el derecho de *condenar á muerte*, y de quitar de enmedio de sus súbditos á todo hombre que merezca este riguroso castigo, del mismo modo que la potestad temporal tiene el derecho de *excomulgar* sobre el cadalso al que se ha hecho indigno de la *comunion civil*; si la primera de estas dos potestades llega á pronunciar su último fallo sobre la persona de un soberano, ¿puede tener este decreto consecuencias temporales?

Esta simple y lacónica exposicion de las diferentes partes del problema basta para poner en claro la inexcusable imprudencia de los hombres, que se atrevieron no solamente á *tratar*, sino á *decidir* semejantes cuestiones sin motivo ni mision. Por lo demas bastantes protestas he hecho de mis sentimientos y de mi aversion á toda novedad peligrosa.

El artículo 2.^o es aun, si cabe, mas reprehensible: recuerda la doctrina de los doctores galicanos sobre el concilio de Constanza. Pero despues de lo que he dicho

sobre los concilios en general; y sobre el de Constanza en particular, no concibo que pueda quedar duda alguna sobre esta cuestion. Si puede haber un concilio ecuménico sin papa, ya no hay iglesia; y si la presencia ó conformidad del papa es una condicion esencial del concilio ecuménico, ¿á qué se reduce la cuestion de la superioridad del concilio sobre el papa?

Ademas de la inconveniencia de citar la autoridad de una iglesia particular contra la iglesia católica (1), este mismo *artículo* 2.º contiene otra asepcion intolerable, á saber: «que las sesiones IV y V del concilio de Constanza fueron aprobadas por la santa sede apostólica, y »confirmadas por la práctica de toda la iglesia y de los »romanos pontífices (sin distincion ni explicacion).» Me abstengo de toda reflexion, persuadido de lo mucho que se debe á ciertas personas, aun cuando las ciegue enteramente una pasion accidental.

El artículo 3.º declara *que la autoridad del papa debe moderarse por los cánones*: teoría pueril que ya he discutido bastantemente, y sería inútil volver á ella.

El artículo 4.º es á un tiempo, mismo el mas vituperable y el peor redactado. *En todas las cuestiones de fé*, dicen los diputados, *el papa goza de autoridad principal* (2) ¿Qué quieren decir estas palabras? Los *padres*

(1) *Nec probari ab ecclesiâ gallicand, &c.* ¿Y qué importa á la iglesia católica? Es asombroso que tantos excelentes talentos no hayan reparado en la indecible ridiculez de esta existencia separada en un sistema que trae toda su fuerza de la unidad.

(2) *In fidei quæstionibus præcipuas summi pontificis esse partes &c.*

continúan: *Sus decretos se dirigen á todas las iglesias en general y en particular* (1). Y esto, ¿qué quiere decir? Es imposible dar un sentido determinado á estas expresiones; mas no hay que extrañarlo: aquí se vé el anatema eterno que cae sobre toda obra ó sobre todo escrito que proceda de cualquier asamblea (no inspirada). Cada uno quiere poner su expresion, y como todas estas expresiones quieren pasar juntas, se enredan y tropiezan. Ninguno quiere ceder (¿y por qué habian de ceder?) Al cabo entre todos los orgullos deliberantes se forma un convenio tácito, que consiste, sin que ellos mismos lo adviertan, en no emplear mas expresiones que las que no choquen á nadie; es decir, las que tengan un sentido vago ó no tengan sentido alguno. Asi hombres de primer orden, y el mismo Bossuet que lleve la pluma, podrán muy bien producir una declaracion tan sabia como la de los *derechos del hombre*, y esto es lo que sucedió (2).

Para poner el colmo á la confusion y al paralogismo, declaran los diputados en este último artículo: »que los decretos de la santa sede no son irreformables »sino cuando se agrega á ellos el consentimiento de la »iglesia (3).» Mas ¿de qué consentimiento hablan? ¿del

(1) *Ejus decreta ad omnes et singulas ecclesias pertinere.* (Ibid.)

(2) «Hubo muchas disputas, dice Fleury, con motivo de la redaccion de los artículos, y la discusion duró mucho tiempo.» (*Historia de Bossuet, tom. II, lib. VI, núm. 13, págs. 168 y 169.*) Un oído fino está oyendo aun el estrépito de esta deliberacion.

(3) *Nec tamen irreformabile esse judicium, nisi ecclesie consensus accesserit.* (Ibid.)

expreso ó del tácito? Esta sola pregunta destruye el artículo, que nada dice, creyendo decir mucho. Si quieren hablar de un consentimiento *expreso*, será preciso congregar un concilio ecuménico; mas entretanto ¿cómo se deberá obrar ó creer? ¿A quién pertenecerá convocar el concilio? Y si el papa se opone á ello, y ni aun los príncipes quieren; *quid juris*, como dicen los juriscultos? Si se ha querido hablar de un consentimiento *tácito*, se aumentan las dificultades. ¿Cómo es posible asegurarse de este consentimiento? ¿Cómo se puede *saber* que las iglesias *saben*? ¿Y cómo *saber* que *aprueban*? ¿Quién debe escribir, y á quién? ¿La pluralidad tiene lugar en este caso? ¿Y cómo se prueba *la pluralidad de los silencios*? Si hubiese iglesias que se opusiesen, ¿cuántas bastarían para anular el consentimiento? ¿Cómo se prueba *que no hay oposicion*? ¿Cómo se distinguirá el silencio de aprobacion del silencio de ignorancia ó de indiferencia? Teniendo tantos derechos en la iglesia católica los obispos de Quebec, de Baltimore, de Méjico, del Cuzco, del Monte Líbanò, de Goa, de Luzon, de Canton, de Pekin, &c. , como los de París ó de Nápoles, ¿quién se encargará en los momentos de division de poner en relacion á estos prelados y de averiguar sus pareceres (1)?

(1) Si se quiere saber lo que significa esta vana condicion del consentimiento *tácito*, basta considerar lo que sucedió respecto de la bula *unigenitus*. Si alguna vez ha sido claro, decisivo é incontestable el consentimiento de la iglesia, fue sobre el asunto de este célebre decreto emanado de la santa sede apostólica, aceptado por las iglesias extranjeras y por todos los obispos de Francia, reconocido y venerado en tres concilios (Roma Embrum y

Esta malhadada declaración, considerada en su conjunto, choca sobre toda expresión con las reglas mas vulgares del raciocinio. Los estados provinciales de Bretaña ó de Languedoc, que determinasen sobre el poder constitucional del rey de Francia, disonarian menos á la razon que un puñado de obispos franceses resolviendo hasta sin poderes (1) sobre los límites de la

Aviñon)..... preconizado por mas de veinte asambleas del clero, suscrito por todas las universidades del mundo católico, y que solo contradice hoy algunos eclesiásticos de segundo orden y algunos legos y mujeres (Puede verse este testimonio del arzobispo de Paris, y todos los demas, reunidos en la docta obra del abate Zacarias. (*Antifebronius vindicatus*, en 8.^o tom. II, dissert. 5, cap. VI, pág. 417.) Sin embargo si se oye á los jansenistas, dirán que la bula *unigenitus* es no solamente un documento nulo, sino erróneo; y que es permitido impugnarla con toda especie de autoridades. No hablo de los fanáticos, de los convulsionarios, ni de los teólogos de buhardilla; pero puede oírse á un sabio magistrado que la llama: «Esta constitucion demasiado célebre» (cartas relativas á la hist., tom. IV, pág. 492). Volvamos á la gran máxima: «Si el sumo pontífice necesita el consentimiento de la iglesia para gobernar la iglesia, ya no hay iglesia.»

(1) Esta especie de asambleas, compuestas en su plenitud de dos obispos y dos diputados de segundo orden por cada metrópoli, nada tenian de común con los concilios provinciales. La asamblea de 1682 para el objeto en cuestion, representaba tanto á la iglesia de Francia como á la de Méjico. Cuando se trataba de un punto de doctrina, todas las iglesias de Francia debieran haber tenido previamente noticia del asunto que iba á deliberarse y dar sus instrucciones en consecuencia. La recta razon no puede soportar la idea de un corto número de obispos que van á establecer un dogma en nombre de todos los demas que no saben una palabra (á lo menos segun las formas legales). Y lo domoso es que Luis XIV, siempre sabio en el arte del decoro, declaró que los diputados se habian congregado con su permiso. (Edicto del

autoridad del papa contra el parecer de la iglesia universal.

Ciegos corruptores del poder hacian un singular servicio al género humano, dando lecciones de autoridad arbitraria á Luis XIV, y declarándole que los mayores excesos del poder temporal nada tienen que temer de otra autoridad, y que el soberano es tan rey en la iglesia como en el estado. Lo extraño es, que al mismo tiempo que consagraban del modo mas solemne estas máximas, que verdaderas ó falsas no debieran jamás proclamarse, asentaban todas las bases de la demagogia moderna; y declaraban expresamente que en cualquiera sociedad, una seccion puede juntarse, deliberar contra el todo, y darle leyes. Al decidir que el concilio es superior al papa, declaraban tambien no menos expresamente, aunque en otros términos, que una asamblea nacional cualquiera es superior al soberano, y aun que puede haber muchas asambleas nacionales que dividan legalmente el estado; porque si la legitimidad de la asamblea no depende de un jefe que la preside, ninguna fuerza puede impedir que se divida, y ninguna seccion se halla en estado de probar su legitimidad con exclusion de las otras.

Por esto cuando al principio del último siglo los obispos franceses, acalorados aun con los vapores de la declaracion, se propasaron á escribir una carta encíclica que consagraba las mismas máximas, y que produ-

mes de marzo de 1682); pero ellos con menos tacto ó con mas franqueza declararon que se habian reunido por *orden del rey* (*mandato regis*). *Acta de la asamblea.*

jo luego una retractacion ó explicacion de su parte, el papa Clemente XI entonces reinante dirigió un breve á Luis XIV (en 31 de agosto de 1706), en el cual advertia al rey con la mayor cordura que vendria á parar en socavar la autoridad temporal, igualmente que la eclesiástica, y que «le hablaba no tanto por el interés de la santa sede, cuanto por el del rey mismo (1);» lo que es muy cierto.

Habiendo ya hecho la anatomía, por decirlo así, de la declaracion; conviene considerarla en su conjunto, y presentarla bajo un punto de vista, que la pone desgraciadamente y sin la menor dificultad en la categoría de lo mas extraordinario que se ha visto. ¿Cuál es el objeto general de la declaracion? Poner límites al poder del sumo pontífice, y afirmar «que este poder debe moderarse por los cánones (2).»

Y ¿qué habia hecho el papa para merecer esta violenta insurreccion de la iglesia galicana, que acarrea tan grandes peligros? «Quería hacer observar los cánones, á pesar de los obispos que no se atrevian á defenderlos.» ¿Y qué cánones eran éstos? Los mismos cánones de la iglesia galicana, sus leyes, sus máximas, sus costumbres mas antiguas, que ellos dejaban violar á su vista de una manera que llegó á disgustar á los protestantes prudentes é instruidos.

El papa se pone en el lugar de estos pastores pusi-

(1) *Neque enim nostram... quin et ipsius regni tui causam agimus* (Observ. sobre el sistema galicano: Mons, 1805, en 8.º pág. 205.)

(2) *Nuestros doctores quieren que esté poder seu arreglado por los cánones.* Bossuet, *sermon sobre la unidad et passim.*

lánimes, los exhorta, los anima, y por defender los cánones arrostra aquella potestad ante la cual permanecen ellos mudos. Y los obispos vencidos sin haber entrado en combate se pasan al lado de aquella potestad descarriada que los manda. Fortalecidos con esta fuerza, se atreven á juzgarse superiores al papa, y le advierten filialmente que «no emplee mas que la bondad en una «ocasion en que no era lícito emplear el valor (1).» Y como el primer defecto de una debilidad es el de irritarnos contra el que ha querido disuadirnos de ella; los obispos franceses de que voy hablando, se irritan en efecto contra el papa, hasta el punto de adoptar las pasiones del ministerio y de la magistratura, y entrar en el proyecto de poner límites dogmáticos y solemnes á la autoridad del sumo pontífice.

Y dicen que buscan estos límites en los cánones, y para castigar al papa que los llama á la defensa de estos cánones, declaran en el mismo instante que el pontífice se sacrifica por los cánones, que no tiene derecho de contradecirlos, y que solo puede violarlos el rey de Francia asistido de sus obispos, y á pesar del papa que podria obstinarse en sostenerlos!.....

(1) Vide supra, cap. II.

CAPITULO V.

EFFECTOS Y CONSECUENCIAS DE LA DECLARACION.

Apenas se tuvo noticia de esta declaracion, quando se puso en conmocion el mundo católico. Flandes, España, Italia clamaron contra esta inconcebible aberracion: la iglesia de Hungría en una asamblea nacional la declaró *absurda y detestable* (*decreto de 4 de octubre de 1682*). La universidad de Douai creyó que debia representar directamente al rey contra ella. La misma Sorbona rehusó registrarla; pero el parlamento mandó llevar los registros de aquella sociedad, y transcribir los cuatro articulos (1).

(1) *Observaciones sobre el sistema galicano &c. Mons, 1803, en 8.º, pág. 35.* — Hé aquí una de las cosas que los franceses (yo no sé por qué especie de encantamiento) no quieren considerar con calma. ¿Puede imaginarse cosa mas extraña que un tribunal laical enseñando el catecismo á la Sorbona, y manifestándole lo que debia creer y registrar? Por lo demas la Sorbo-

El papa Alejandro VIII por su bula *inter multiplices* (*Prid. Non. Aug.* 1690) condenó y anuló cuanto se habia hecho en aquella asamblea; mas la prudencia acostumbrada de la santa sede no permitió al papa publicar desde luego dicha bula, ni revestirla de las solemnidades ordinarias. Sin embargo algunos meses despues, estando para morir, la mandó publicar en presencia de doce cardenales: el 30 de enero de 1691 escribió á Luis XIV una carta patética rogándole que revocase aquella fatal declaracion, capaz de trastornar la iglesia, y algunas horas despues de haber escrito esta carta, que por su fecha tenia tanta fuerza, espiró (1).

Los protestantes habian comprendido la declaracion tan bien como los católicos. «Miraron, dice Voltaire, »las cuatro proposiciones como el débil esfuerzo de una »iglesia que habia nacido libre, y no rompía mas que »cuatro eslabones de sus cadenas (2).»

Conozco que esto no era bastante para Voltaire; pero los protestantes debieron quedar satisfechos, pues vieron en los *cuatro artículos* lo que efectivamente encierran, que es un cisma evidente. En Inglaterra la traduccion del decreto del parlamento de París, dado en virtud de la declaracion, y la del informe del fiscal Ta-

na se mostró en esta ocasion tan tímida como el resto del clero. ¿Quién le quitaba resistir al parlamento, y hasta burlarse de él? Pero Luis XIV lo queria, y desde luego se extinguia cualquier otra voluntad: al vituperarle por lo que hizo, es menester alabarle por lo que dejó de hacer: él fue quien se detuvo.

(1) Zaccaria, *Antifebronius vindicatus*, tom. III, *dissert.* V, cap. V, pág. 398.

(2) Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, tom. III, cap. XXXV.

lon que habia precedido á aquel, hicieron creer que la Francia estaba próxima á separarse de la santa sede; y esta opinion llegó á tomar tanto crédito, que Luis XIV se vió obligado á mandar desmentirla oficialmente en Lóndres por su embajador, que pidió y obtuvo que se recogiese dicha traduccion (1).

Voltaire explica con mas exactitud el espíritu que animaba en Francia á todos los autores y partidarios de la famosa declaracion. «Se creyó, dice, que era ya llegado el tiempo de establecer en Francia una iglesia católica, apostólica, que no fuese romana.» En efecto eso es precisamente lo que querian ciertas gentes; y debemos convenir que sus miras no se frustraron mas que en parte. «Paréceme (escribia un hombre muy versado en esta materia) que estos prelados han sembrado en el corazon de los príncipes un gérmen funesto de desconfianza contra los papas, que no podrá menos de ser fatal á la iglesia. El ejemplo de Luis XIV y de dichos prelados ha dado á todas las cortes un motivo muy especioso para ponerse alerta contra los supuestos atentados de la corte de Roma. Ademas ha acreditado entre los herejes todas las calumnias é injurias vomitadas contra el jefe de la iglesia; pues que

(1) *Estado de la santa sede y de la corte de Roma. Colonia, casa de Marteau, tom. II, pág. 15.*— Sobre las anécdotas citadas acerca de la declaracion de 1682 véase la obra del abate Zaccaria. *Antifebronius vindicatus*, tom. II, dissert. V, cap. V, pág. 339, 391 y 396, Cesena 1770, en 8.º Este escritor es muy exacto, y merece todo crédito, especialmente cuando reúne los documentos justificativos.

»los ha afirmado en las preocupaciones que tenían, viendose que los mismos católicos y sus obispos aparentaban temer los atentados de los papas respecto de la autoridad temporal de los príncipes. Y en fin esta doctrina, esparcida entre los fieles, ha disminuido infinito la obediencia, la veneracion y la confianza hacia el jefe de la iglesia, que los obispos debieran haber fortificado mas y mas (1).»

En este trozo notable supo el autor encerrar muchas verdades en pocas palabras. Dia llegará en que se convenga universalmente que las teorías revolucionarias, que han hecho todo lo que vemos, no son otra cosa, segun lo he indicado en el capítulo anterior, que una consecuencia rigurosamente lógica de aquellos cuatro artículos establecidos como *principios*.

El que preguntase por qué la corte de Roma no ha proscrito nunca de un modo solemne y decisivo la declaracion de 1682, conoceria muy poco la escrupulosa prudencia de la santa sede. Para ella cualquiera condenacion es un acto repugnante, al cual no recurre sino en último caso, y aun entonces, si se ve forzada, adopta todas las medidas y temperamentos capaces de impedir los escándalos y las resoluciones extremas que no tienen ya remedio (2).

Sin embargo la declaracion ha sufrido ya tres con-

(1) *Cartas acerca de los cuatro artículos llamados del clero de Francia*, carta II, pág. 5.

(2) Todos los cristianos disidentes deben reflexionar en la calma de su conciencia sobre este carácter indeleble de la santa sede, de la que han oido hablar tan mal. Esta misma prudencia, estas mismas advertencias y suspensiones, que se podrian llamar amo-

denaciones de la santa sede : 1.^a por la bula de Alejandro VIII de 4 de agosto de 1690 : 2.^a por el breve de Clemente XI á Luis XIV de 31 de agosto de 1706, de que acabo de hablar; y 3.^a en fin por la bula de Pio VI del año 1794, que condenó el sínodo de Pistoia.

Habiendo evitado los papas en estas condenaciones mas ó menos templadas las calificaciones odiosas, reservadas para las herejías formales; ha resultado que muchos escritores franceses, en lugar de apreciar esta moderacion, han discurrido emplearla como arma defensiva, y sostener que la decision de los papas nada probaba, porque no condenaba expresamente la declaracion.

Oidlos, y os dirán que en una bula dirigida al arzobispo de Santiago, inquisidor general de España, en 2 de julio de 1748, convino formalmente Benedicto XIV que « en el pontificado de su predecesor Clemente XII »se trató de condenar la *Defensa*; pero que al fin se decidió abstenerse de una condenacion expresa.» Este pasaje lo saben todos de memoria; mas apenas le han copiado, cuando se apodera de todos la misma distraccion, y olvidan transcribir estas otras palabras de la misma bula: «Que hubiera sido difícil encontrar una »obra tan contraria como la *Defensa* á la doctrina profesada por toda la iglesia católica (exceptuando solo la »Francia) sobre la autoridad de la santa sede; y que si

rasas, se emplearon en otro tiempo con esos hombres tristemente famosos, que los han separado de nosotros. ¿Qué medidas de dulzura no empleó el papa Leon X con Lutero, antes de fulminar anatema contra un hombre tan culpable!

el papa Clemente XII se habia abstenido de condenar-
la formalmente, habia sido por dos consideraciones:
»los respetos debidos á un hombre como Bossuet, tan
»benemérito de la religion, y el temor demasiado fun-
»dado de excitar nuevas turbaciones (1).»

Si los sumos pontífices hubieran usado de rigor sin ninguna reserva contra los *cuatro artículos*; ¿quién sabe lo que hubiera resultado en un siglo en que los mal intencionados lo podian todo, y los defensores de las máximas antiguas no podian nada? Se hubiera levantado un grito general contra el pontífice condenador: no se habría hablado en Europa mas que de su precipitacion, de su imprudencia, de su *despotismo*, y le hubieran llamado *descendiente de Clemente VII*. Pero cuando el papa mide sus palabras y sus anatemas; cuando se acuerda que *un padre, aunque condene, siempre es padre*; se dice que no ha sabido explicarse, y que sus decretos nada prueban; pues ¿qué ha de hacer?

Para terminar este capítulo citaré *una alucinacion* muy singular del Sr. de Barral con motivo de la última decision. Pio VI en su bula del año 1794 contra el sínodo de Pistoia recuerda que Inocencio XI, por sus

(1) *Difficile profecto est aliud opus reperire, quod æquè ad-
versetur doctrinæ extra Galliam ubique receptæ de summâ pon-
tificis ex cathedrâ loquentis infalibilitate &c.... Tempore felicitis
recordationis Clementis XII; nostri immediati prædecessoris,
actum est de opere proscribendo; et tandem conclusum fuit, ut
à proscriptione abstineretur, nedum ob memoriam auctoris ex
tot aliis capitibus de religione benemeriti, sed ob justum nova-
rum dissertationum timorem.* Puede verse esta bula en las obras
de Bossuet en 4.º, tom. XIX, pref., pág. 29.

letras en forma de breve de 11 de abril de 1682, y Alejandro VIII, por su bula de 4 de agosto de 1690, *habian condenado y declarado nulas las actas de la asamblea de 1682*. Sobre esto el Sr. de Barral, en vez de explicar las palabras segun el precepto latino *singula singulis referendo*, se figura que en la bula de 1794 Pio VI entiende y expresa que el breve de 1682 y la bula de 1690 se dirigen contra la *declaracion de 1682*. Mas no ve que Pio VI no dice *la declaracion*, sino en general *las actas* de la asamblea, entendiendo que el primer decreto condenaba solamente todo lo que se habia hecho respecto del patronato, y que el segundo solo recaia sobre los cuatro artículos. El crítico francés se entretiene en probar que un correo de París no puede haber caminado con bastante diligencia para que una acta del 19 de marzo haya sido condenada en Roma en 11 de abril (ciertamente tiene razon, porque la corte romana no va tan de prisa); y llama á la asercion del papa *un error de hecho*, en que el redactor del decreto (1) *ha hecho incurrir al sumo pontífice*, á quien por lo demas trata con bastante clemencia. Esta es una distraccion curiosa.

(1) « Probablemente por estas cláusulas del breve de 4 de agosto de 1690, *que nada tienen por si mismas de doctrinal*, » le llama Bossuet *una simple protesta de Alejandro VIII*, y pregunta con razon por qué el papa no falla sobre lo que formaria « el punto mas grave de la acusacion, si en Roma se hubiese mirado la doctrina de la declaracion de 1682 como errónea, ó si quiera sospechosa. » (*Defensa ibid.* núm. 28, pág. 368.)—Esta objecion contiene el pensamiento mas contrario á la buena fé y á la delicadeza que puede imaginarse.

CAPÍTULO VI.

REVOCACION DE LA DECLARACION, PRONUN- CIADA POR EL REY.

Entretanto Luis XIV habia hecho sus reflexiones, y la carta del padre santo sobre todo debió obrar en su ánimo. Seria inútil detenerse acerca de estos movimientos interiores, cuya historia no puede saberse; así paso corriendo al resultado.

Luis XIV revocó su edicto de 2 de marzo de 1682, relativo á la declaracion del clero; mas no tuvo valor para revocarle de un modo igualmente solemne. Se contentó con decretar *que no se ejecutase*. Pero ¿de qué naturaleza eran estas órdenes? ¿Cómo estaban concebidas? ¿A quién se dirigieron? Se ignora. La pasion ha sabido ocultarlas á los ojos de la posteridad; pero sabemos que existieron.

En 14 de setiembre de 1693, es decir, algo mas de diez años despues de la declaracion, y menos de dos despues de la carta del papa Alejandro VIII, escribió

Luis XIV á Inocencio XII , sucesor de este , la carta reservada , hoy tan conocida , de la cual me basta copiar la parte principal: «Tengo mucha complacencia en »manifestar á vuestra santidad que he dado las órdenes »necesarias , á fin de que los puntos contenidos en mi »edicto de 2 de marzo de 1682, *á que me habian obligado las circunstancias de entonces* , no tengan efecto.»

Luis XIV , infatuado con su poderío , no se figuraba que un acto de su voluntad pudiese ser anulado ó contradicho ; y la acreditada prudencia de la corte de Roma no le permitió publicar esta carta. Contenta la santa sede con haber obtenido lo que deseaba , no quiso ostentar su triunfo.

El papa y el rey se equivocaron igualmente : este no vió que una magistratura enconada y fanática se doblegaría solo por un instante al ascendiente del poder , para mirar despues unas órdenes que carecian de todas las formalidades legislativas , como una de aquellas voluntades soberanas que solo pertenecen al hombre y que conviene despreciar.

Hay que añadir tambien que á pesar de la plenitud de poder que habia ejercido en la asamblea , cuyas actas miraba justamente como obra propia suya ; sin embargo los decretos reprensibles de esta asamblea eran siempre decretos , y que la resolucion del príncipe , aunque le hacia justicia , no los revocaba suficientemente.

El papa por su parte no vió (suponiendo sin embargo que una sabia política no le recomendase el silencio) , que si la carta del rey quedaba sepultada en los archivos del Vaticano , se guardarian muy bien de pu-

blicarla en París, y que la influencia contraria obrarla libremente.

Así sucedió. El documento permaneció secreto durante muchos años, y no se publicó en Italia hasta el año 1732; ni en Francia se tuvo noticia de él, ó mas bien se descubrió, hasta que salió á luz el tomo XIII de las obras de D'Aguesseau en 1789 (1). Muchos franceses instruidos, yo he hecho la observacion, ignoran aun hoy la existencia de aquella carta.

Luis XIV habia concedido alguna cosa á su conciencia y á los ruegos de un papa moribundo; pero repugnaba á este príncipe soberbio dar á entender que cedía en un punto que le parecia tocar á sus prerogativas. Los magistrados, los ministros y otras autoridades se aprovecharon constantemente de esta disposicion del monarca; y al fin le inclinaron de nuevo en favor de la declaracion, engañándole como se engaña siempre á los soberanos, no proponiéndoles claramente el mal, que su rectitud rechazaria, sino cubriéndole con el velo de la razon de estado.

El año 1713 dos eclesiásticos jóvenes, el abad de Saint-Aignan y el sobrino del obispo de Chartres, recibieron una orden del rey para defender unas conclusiones, en que apareciesen otra vez los cuatro artículos como verdades incontestables: habia sugerido esta orden el canciller de Pontchartrain (2), hombre sobrema-

(1) *Correcciones y adiciones á los nuevos opúsculos de Fleury*, pág. 9.

(2) *Nuevas adiciones y correcciones á los opúsculos de Fleury*, pág. 36. *Carta de Fenelon* recitada por Mr. Emery.

nera adicto á las máximas parlamentarias. El papa se quejó altamente de este hecho, y el rey dió explicaciones en una carta que dirigió al cardenal de la Tremouille, á la sazón su ministro cerca de la santa sede. Esta carta, que se puede leer en muchas obras, se reduce en sustancia á sostener «que el compromiso contraído por el rey se limitaba á no obligar á que se enseñasen los cuatro artículos; pero que jamás habia prometido impedirlo; de modo que dejando en libertad la enseñanza, habia cumplido sus empeños para con la santa sede (1).»

Aquí se ve la destreza con que aquellos legistas habian ganado el ánimo del rey. Obtener la revocacion de su carta al papa no podía esperarse de un príncipe tan caballero y que habia empeñado su palabra: le persuadieron pues que no la quebrantaria permitiendo que se defendiesen los cuatro artículos como una opinion libre que no estaba expresamente admitida ni condenada.

Luego que el partido arrancó el permiso de sostener los cuatro artículos, quedó realmente vencedor; porque teniendo á su favor una ley no revocada y el permiso de hablar, junto con la perseverancia natural á toda corporacion, era todo cuanto necesitaban para triunfar.

Esta variacion de Luis XIV dió motivo á algunos partidarios de los cuatro artículos, hombres por otro lado muy apreciables, para sostener «que los enemigos

(1) *Hist. de Bossuet*, tom. II, lib VI, núm. 33, pág. 214.

»de estos artículos no han penetrado el verdadero sentido de la carta de este príncipe al papa Inocencio XII.» No obstante es muy fácil de comprender: 1.º que la carta de Luis XIV al papa llevaba en sí misma una promesa expresa de que no se ejecutaría el edicto relativo á la declaracion de 1682 (1): 2.º que el rey no creyó faltar á su sagrada palabra prometiendo sostener los cuatro artículos; pero sin obligar á ello á nadie contra su conciencia: 3.º y que sin embargo este subterfugio renovaba de hecho la declaracion y el edicto de 1682, violaba la palabra dada al papa, y hacia mentir á la autoridad.

Nada puede destruir estas tres verdades. El rey (ó el que tan diestramente llevaba la pluma en su nombre) las presentia ya, y procuraba prevenirlas en la carta al cardenal.

«El papa Inocencio XII, decia en ella, no me pidió que las abandonase (las máximas de la iglesia galicana)..... *Sabia que esta pretension sería inútil.* El »papa actual, que entonces era uno de sus principales »ministros, lo sabe mejor que ninguno.»

¡ Singular profesion de fé del rey *cristianísimo* (es menester observarlo ante todas cosas), que asegura al pontífice que se burlaria de sus decretos si llegaran á contradecir las opiniones del rey de Francia en materia de religion! Pero lo que debe observarse despues, es que

(1) Con efecto D'Aguesseau declara expresamente que el rey no hizo ya observar el edicto de marzo de 1682. (*En sus obras tom. XIII, pág. 424.*)

todo el razonamiento empleado en esta carta es un puro sofisma forjado por el mas hábil artista en este género cuando se pone á hacerlo , quiero decir , *por el espíritu del foro*.

El papa Inocencio XII no habia entendido, ni podido entender jamás, que el rey, revocando su declaracion, dejaria á cada cual la libertad de enseñar lo que quisiese. Si por una ley solemne hubiese revocado la precedente, permitiendo no obstante que cada uno sostuviese el pro ó el contra respecto de opiniones reducidas á la categoría de simples problemas escolásticos; entonces acaso hubiera obrado en regla; pero la hipótesis era muy diferente.

Cuando un papa moribundo suplicaba á Luis XIV que revocase su fatal declaracion; ¿entendia que le prometiese el rey que no la haria ejecutar, aunque permitiese á sus súbditos que sostuviesen su doctrina? Ni aun el mismo Luis XIV lo entendia asi. La distincion sofística entre permitir y obligar no podia entrar en la cabeza de un soberano: fue invencion posterior de un subalterno de mala fé.

Es bien evidente que esta vana distincion dejaba subsistente la declaracion con todos sus resultados, pues siendo dueño cada cual de sostener la doctrina de los cuatro artículos, la numerosa oposicion que habia en Francia, no dejaria de resucitarlos al poco tiempo.

Ademas el intérprete mas infalible de las teorías se encuentra en los hechos. ¿Qué sucedió con la teoría expuesta en la carta al cardenal de la Tremouille? Que en un abrir y cerrar de ojos se convirtieron los cuatro

artículos en leyes fundamentales del estado y en dogmas de la iglesia.

«El Papa Inocencio XII (decía el rey en la misma carta) no me pidió que abandonase las máximas de la iglesia galicana.»

¡Miserable subterfugio, enteramente indigno del carácter real! El Papa pedía la *revocación* de la *declaración*; lo que incluía todo lo demás. Fácil era al rey decir: *el papa no me pidió mas*: pero ¿acaso se podía pedir lo que se quería á Luis XIV? El papa se creía demasiado feliz si halagando á aquel león indómito, podía poner á cubierto el dogma, y precaver grandes calamidades.

¡Raro destino de los sumos pontífices! Se los amedrenta amenazándoles con las mas funestas divisiones; y cuando se los ha impelido hácia los límites inciertos de la prudencia, se les dice *que no han pedido mas*: como si hubiesen sido dueños de pedir lo que querían. Decir: *el papa no se atrevió*, es una expresión bastante comun en ciertos escritos franceses, aun de autores muy buenos.

Los jansenistas, y entre otros el abate Racine, han afirmado que despues de la reconciliación *no se habia cesado de defender los cuatro artículos*; y no tengo por inútil observar que Luis XIV en su carta al cardenal se fundaba ya en el mismo hecho, que admito sin dificultad como una nueva prueba de lo que decía poco há: *que se renovaba la declaración, y que se hacia mentir á la autoridad*.

El papa, decían tambien, habia pasado en silencio muchas conclusiones semejantes á la del Sr. de Saint-

Aignan. Lo creo así: por las reglas de la prudencia no debía reparar en algunas conclusiones sostenidas de tarde en tarde en lo interior de los colegios; pero cuando los cuatro artículos volvieron á aparecer en las cátedras de la capital y por orden del canciller, es decir, del rey, el papa se quejó, y con razon.

Para apoyar un gran sofisma con otro, los mismos autores anti-romanos á quienes me referia no há mucho, no han dejado de sostener que siendo la doctrina de los cuatro artículos la misma que la de la antigua Sorbona, siempre era lícito defenderla; lo que no es cierto de todo punto.

En primer lugar, lo que se llamaba la *doctrina de la Sorbona* sobre esta materia no era en el fondo mas que la doctrina del parlamento, el cual con su despotismo ordinario habia arrebatado los registros de la Sorbona, y mandado escribir en ellos cuanto habia querido, como ya hemos visto. En segundo lugar una escuela, por célebre que sea, no es mas que una escuela, y todo cuanto se dice en el recinto de sus paredes, no tiene mas que una autoridad de segundo orden. Ademas el papa sabia muy bien á qué atenerse acerca de esta *doctrina de la Sorbona*: no ignoraba que un gran número de doctores, miembros y discípulos de esta escuela célebre, pensaban de muy diversa manera, y lo habian demostrado en sus escritos: y en fin sabia que el primer grado de la facultad de teología de Paris exigia de todos los candidatos el juramento de no decir ni escribir nada contrario á los decretos de los papas, y que la asamblea de 1682 pidió en vano al rey que se añadiese

al fin del juramento: *decretos y constituciones de los papas*, ACEPTADAS POR LA IGLESIA (1).

No puede uno menos de convenir en que el monarca cometió sinrazones; pero también es incontestable que sus yerros fueron los de sus ministros y magistrados, que le irritaron y le engañaron indignamente: y hasta en sus errores merece alabanzas, porque se ve que padecía en su interior. Temía ser seducido, y sabía contrariar el impulso del parlamento. Así cuando le propusieron enviar á la asamblea comisarios seculares, lo rehusó (2): y cuando en 1688 le propuso el parlamento la *convocacion de un concilio nacional*, y hasta *una asamblea de notables* para obligar al papa, lo rehusó también (3). Otras varias pruebas hay de los prudentes movimientos que sentía en su corazón, y nunca los he hallado en la historia sin tributarles homenaje, porque la necesidad en que me veo de echar una ojeada crítica sobre algunos de sus hechos y sobre su carácter, no menoscaba el respeto que tan legítimamente se debe á su memoria.

(1) *Historia de Bossuet*, tom. II, libro VI, núm. 14, pá. 183. — Que nos vengán luego hablando de *la doctrina invariable del clero de Francia*! Yo lo creeré de grado, con tal que sea en un sentido opuesto al en que se invoca. Por lo demás aquí tenemos un nuevo ejemplo de la supremacía ejercida por Luis XIV: á él es á quien los arrogantes diputados de 1682 piden humildemente que se sirva dar fuerza de ley á su declaración dogmática: (*Ibid.* página 183.) A él también piden la reforma del juramento de los que se graduaban en teología, y no se saben los motivos que determinaron al gobierno á desechar este artículo. (*Ibid.*)

(2) *Hist. de Bossuet*, tom. III, lib. X, núm. 20, pag. 339.

(3) *Hist. de Bossuet*, tom. II, lib. VI, núm. 18, pag. 200.

Equivocóse pues en esta ocasion del modo mas fatal : se equivocó fiándose de consejeros , cuyas miras y principios estaba en su mano conocer : se equivocó creyendo que en una monarquía cristiana se deroga una ley sancionada , con solo decir : *Ya no la quiero* ; en fin se equivocó admitiendo en una cuestion de honor , de conciencia , de probidad y de delicadeza una sutileza de colegio que restauró todo lo que él habia proscrito.

Sin embargo el modo con que dió fin á la asamblea de 1682, atestigua la gran prudencia de este príncipe. Volveré á tratar de este punto , luego que por una anticipacion indispensable haya recordado la condenacion de la declaracion pronunciada de dos maneras por los obispos deliberantes.

CAPITULO VII.

LA DECLARACION DE 1682 CONDENADA DE DOS MANERAS POR SUS MISMOS AUTORES.

No solamente el rey habia condenado la declaracion con toda la formalidad que permittian sus preocupaciones y las circunstancias, sino que los mismos obispos la proscribieron de dos maneras, una tácita y otra expresa; pero en términos que la primera no es menos patente, ni incontestable que la segunda.

Se sabe que el papa justamente irritado de los procederes de Francia no queria dar las bulas á los obispos nombrados por el rey, que como diputados de segundo orden habian asistido á la asamblea de 1682. Había vacantes muchas iglesias, y se hallaba entonces Francia en un apuro casi semejante al que se acaba de experimentar recientemente, y que la Providencia ha terminado de un modo tan satisfactorio.

El parlamento no dejó de proponer los medios estrepitosos, una asamblea de notables, la convocacion de

un concilio nacional &c.; pero el rey los desechó, según acabo de decir, porque así fue su voluntad.

No obstante permitió al fiscal de su consejo que apelase al concilio futuro de la constitucion del papa, que habia casado y dado por nulo todo cuanto se habia hecho en la cuestion del patronato; y envió esta acta de apelacion al clero congregado en 30 de setiembre de 1688.

Pero el clero habia meditado tambien, y á la primera ojeada sondeó el abismo que se abria. Fue prudente, y se limitó á dar *las mas humildes gracias* á S. M. por el honor que dispensaba á la asamblea, comunicándole aquellas actas.

Podria tambien hallarse debilidad y aun servil bajeza en esta respuesta de los obispos, que daban gracias al rey por el *honor* que les dispensaba comunicándoles una acta exclusivamente relativa á la religion, y que propendia nada menos que á hacer desaparecer la iglesia visible (1). Pero aquel tiempo no era el de la intrepidez religiosa, ni el de la fidelidad sacerdotal. Alabemos á los obispos, porque con todas las formas exteriores de respeto supieron no obstante amortiguar un golpe decisivo que se daba á la religion. A falta de muralla para amortiguar las balas, buena es una saca de lana.

Parece que por entonces, poco mas ó menos, pri-

(1) El rey en efecto era demasiado bueno; porque sin dispensar tal *honor* á sus obispos era dueño, despues de haber formalizado la apelación, sin consultar al órden eclesiástico, de presentarla por medio del fiscal de su consejo en un concilio universal que él mismo hubiese convocado.

ciaron las negociaciones formales con Roma. El papa pidió una retractacion y excusas terminantes de parte de todos los obispos nombrados, que habian asistido como diputados de segundo orden á la asamblea de 1682. Estos obispos consintieron en ello, y el rey lo aprobó todo. Existen ciertamente pruebas directas, que han perecido, se han ocultado, ó que yo ignoro; pero en defecto de estas pruebas la verdad resulta por fortuna de los hechos solos con una evidencia que no admite contradiccion razonable.

No solamente exigió el papa una retractacion explícita, sino que parece que la fórmula de la retractacion se redactó en Roma. Sin duda hubo acerca de este punto infinitas conferencias, adiciones, supresiones, variaciones y explicaciones, como sucede siempre en semejantes casos; pero las expresiones en que definitivamente se convino, no presentan el menor giro francés aun al oído mas latino, mientras que en las otras tres fórmulas que nos ha conservado Fleury (y que no obstante expresan absolutamente lo mismo), se echa de ver el galicismo de un modo bastante perceptible. Por lo demas importa poco saber en dónde y por quién se concertó la última redaccion: basta recordar que cada uno de los obispos firmantes escribió y dirigió al papa la carta de retractacion como Su Santidad lo habia exigido.

Decian los obispos en aquella carta: «Postrados á
»los pies de V. Santidad venimos á manifestarle el amar-
»go dolor de que estamos penetrados en el fondo de
»nuestros corazones, mayor aun de lo que nos es posi-
»ble explicar, por lo ocurrido en la asamblea susodicha,

:

»y que en tan gran manera ha disgustado á V. Santidad, como tambien á sus predecesores. En consecuencia si algunos puntos han podido mirarse como decretados en esta asamblea acerca de la potestad eclesiástica y de la autoridad pontificia, nosotros los tenemos por no decretados, y declaramos que deben considerarse como tales (1).»

Los hombres mas acostumbrados á la prodigiosa intrepidez del espíritu de partido apenas creerán que en este caso se haya atrevido alguien no digo á dudar, sino hasta á negar, que esta carta de los obispos contiene una retractacion de la declaracion de 1682. Sin embargo ha habido quien ha osado sostenerlo; y si solo se hallasen estas dificultades en los escritos de algunos hombres oscuros y sin talento, podriamos contentarnos con sonreirnos; pero ¡con qué profundo sentimiento oigo en boca del gran Bossuet lo que se va á leer!

«¿Puede decirse que el papa haya exigido de nuestros prelados que retractasen su doctrina, como si fuese errónea, cismática ó falsa? No, supuesto que nuestros obispos le escriben simplemente en estos términos: *»Nosotros no hemos tenido designio alguno de hacer una decision* (2). Hé aquí todo lo que condenan, todo lo

(1) «Ad pedes Sanctitatis vestre provolati, profitemur ac declaramus nos vehementer, et supra id quod dici potest, ex corde dolere de rebus gestis in comitiis predictis, quæ S. V. et ejusdem prædecessoribus summopere displicuerunt: ac proinde quidquid iis comitiis circa ecclesiasticam potestatem, pontificiam auctoritatem decretum censeri potuit, pro non decreto habemus, et habendum esse declaramus.»

(2) La carta de los obispos, como se ve, está aquí muy abreviada.

»que el papa les manda detestar: la carta de los obispos no es mas que una carta de excusa (1)....; y esta carta no es nada, pues que no toca al fondo de la doctrina, ni tiene efecto alguno, emanando solo de algunos particulares contra una deliberacion tomada en una asamblea general del clero, y enviada por todas las iglesias (2).»

Mas una vez que la doctrina de los cuatro artículos no era á los ojos del papa ni *errónea*, ni *cismática*, ni *falsa*; seria *verdadera*, *católica* y *ortodoxa* (opongo un pleonismo á otro pleonismo). Luego el papa se habia sobresaltado por nada: todos estaban de acuerdo, y toda la cuestion se reducía á una disputa de palabras faltas de sentido. No es cierto que los citados obispos hayan escrito la carta que se acaba de leer: escribieron *simplemente*: «*Nosotros no hemos querido decidir nada.*» Ademas escribieron sin autorizacion, sin saberlo Luis XIV, y contra la decision de todo el clero (que nada habia decidido). Luego esta carta *de algunos particulares* era un ataque contra la iglesia galicana en cuerpo; y si esta iglesia les dejó obrar sin decir la menor palabra de condenacion, ni aun de simple advertencia, es una distraccion que nada prueba.

(1) D'Aguesseau es aun mas correcto; pues llama á la carta, de los obispos *una carta de urbanidad*. (*Obras de D'Aguesseau, tomo XIII, pág. 418.*) A la verdad cualquiera diria que el orgullo el empeño, el fanatismo de cuerpo, el espíritu cortesano y el resentimiento habian trastornado las cabezas de aquellos grandes hombres.

(2) *Hist. de Bossuet, lib. VI, nota 23, tomo II, pág. 219.*

¿Quién no temblará viendo lo que puede suceder á los grandes hombres? Pregúntese la recta razon en el silencio de las pasiones y de las preocupaciones, si estando en guerra desde mucho tiempo antes el papa y el rey por las causas ya explicadas, y habiendo en fin las altas partes contendientes á términos de negociacion, y exigido el papa las condiciones que se han visto, podia el rey consentir en ellas, someterse los obispos, y la iglesia galicana guardar silencio, sin abdicar su doctrina.

¡Cómo! los obispos se postran delante del papa y piden perdon de todo lo que se habia hecho en 1682, confesando *humildemente que se arrepienten con toda la amargura de su corazon, y mas de lo que pueden expresar, de aquellos actos que disgustaron sobremanera al sumo pontífice reinante y á sus predecesores*: á este precio reciben sus bulas: el rey que habia prometido no llevar á efecto la declaracion, el rey mas absoluto de todos los principes está de acuerdo con el papa (pues que sin esta conformidad la carta de los obispos era radicalmente imposible): estos en su virtud entran en el ejercicio de sus funciones: ni una voz se levanta en la iglesia galicana contra este grande acomodamiento; ¿y no se querrá ver en todas estas circunstancias reunidas una retractacion formal? Entonces no se sabe ya lo que es evidencia, y mucho menos lo que es buena fé.

Se indigna uno solo al pensar que tan extraños subterfugios procedan de unos hombres que ponen el consentimiento, á lo menos tácito, de la iglesia universal, como una condicion indispensable para la irrevocabili-

dad de los decretos pontificios. ¿Qué consentimiento de la iglesia universal podrá nunca ser tan claro, tan manifiesto y tan palpable, por decirlo así, como el de la iglesia galicana en el caso presente? ¡Ah! ¡Qué perfectamente nos revelan esas dificultades el espíritu de los que las alegan! Concededles que la iglesia galicana con su silencio no aprobó la retractacion de los obispos; y vereis cómo arguyen cuando les querais oponer el consentimiento de la iglesia universal. En una palabra esta regla no tiene excepcion: toda oposicion á las decisiones doctrinales del papa vendrá siempre á parár en rechazar ó desconocer las de la iglesia. Terminaré con una reflexion que tal vez se repute de alguna fuerza. Cuando un hombre distinguido ha tenido la desgracia de cometer una de aquellas impetuosidades que ocasionan inevitables disculpas; al instante el ofensor, valiéndose de todos los influjos que tiene á mano, procura lograr, si es permitido decirlo así, una rebaja de las dolorosas fórmulas dictadas por la autoridad, y la misma corte-santa exige que el ofendido no se haga demasiado exigente.

Si se juzgase pues de la naturaleza de la ofensa por el género de excusas tomadas al pie de la letra; se hallaria uno á infinita distancia de la verdad. Pero en estas ocasiones todos saben que las palabras no son mas que unas cifras que á nadie engañan. Así cuando absolutamente ha habido que decir: *Siento en el alma lo que ha pasado: ruego á V. que perdone &c.*; todo esto significa en sustancia: *tal dia, á tal hora y en tal lugar hice una tontería ó una impertinencia.*

El orgullo de las corporaciones ó de las autoridades supremas, mas intratable aun que el de los particulares, se estremece cuando se ve obligado á volver atrás, y á confesar que ha errado; mas cuando este orgullo no reconoce superior, y pende de él mismo imponerse la reparacion, ¿quién podrá engañarse tocante á la escrupulosidad de conciencia que entra en este juicio?

Represéntese cualquiera por un lado á Luis XIV, sus ministros, sus magistrados, sus obispos, grandes señores, y del otro al papa y la razon; penétrese bien del estado de las cosas, y situacion de los hombres en aquella época; y conocerá que en vez de valuar ridículamente cada palabra de la famosa carta, segun su valor intrínseco y gramatical, como si debiese juzgarse dicho documento por el diccionario de la academia, es ~~mo~~ester al contrario sustituir valores reales á todas aquellas palabras disminuidas por el orgullo, y se encontrarán algunas tan fuertes, que no quiero expresarlas.

Creo que no quedará la menor duda sobre la revocacion, ó por mejor decir, sobre la condenacion formal de la declaracion, que resulta de la carta de los obispos. Pero aun cuando se prescindiese de esta acta decisiva, la declaracion se encontraria ya proscrita en su nacimiento por esos mismos obispos de un modo tácito á la verdad; pero á lo menos tan decisivo.

Sabido es que todas las actas del clero de Francia se anotaban en la inmensa y preciosa coleccion de sus *Memorias*; y no obstante, sin preceder juicio alguno,

que no hubiera podido convenir á las circunstancias, y sin ningun acuerdo expreso que la historia al menos nos haya conservado, esta declaracion tan célebre y tan importante, que habia resonado en toda la Europa, fue excluida de aquella coleccion, y jamás se anotó en ella. Sola la conciencia del clero (no la hay mas infalible en Europa) obró esta proscripcion, que podia llamarse *solemnemente tácita*. En algunos escritos modernos se ha procurado darle nombres templados; pero todos estos esfuerzos solo han probado el talento de los que se creyeron con facultades para ejercitarle asi.

Aun hay mas: el acta de la asamblea no se imprimió siquiera, ni se archivó. Pero aquí ya no se trata de conciencia, ni de delicadeza: el espectáculo es mucho mas curioso. Luis XIV es el que da á entender que no quiere permitirlo (1). Cualquiera podria creer que al clero pertenecia publicar sus actas, como la academia de las ciencias publica las suyas; pero nada de eso. Luis XIV lo hace todo: él convoca los obispos; él les manda tratar de tal ó cual cuestion de fé: él les dice, como Dios al Oceano: *Hasta aquí llegareis, y de aquí no pasareis*: él mandará ó no mandará imprimir la resolucion del clero, segun sea su beneplácito, como si se tratara de un decreto de su consejo: él hará observar la *declaracion*, si lo juzga conveniente; ó en otro caso dirá: *Mando que no se ob-*

(1) Esta acta no pasó á los archivos hasta el año 1740. Los pormenores pueden verse en la *Historia de Bossuet*, tom, II, lib. XI y XXI, pág. 190.

serve. Y todos estos obispos tan formidables para con el papa enmudecen y hasta pierden la voluntad á la primera palabra de los ministros, y no son mas que un órgano silencioso y mecánico de la autoridad temporal. El ascendiente del soberano los hace desaparecer, por decirlo así, á los ojos de la posteridad, lo mismo que á los de sus contemporáneos: por mas que uno mira no ve mas que á Luis XIV. *Delante de él todos son como si no fuesen.*

Mas lo verdaderamente extraordinario es que esta proscripcion de *la declaracion* habia sido predicha por el mismo Bossuet y en el mismo sermon sobre *la unidad*, que muchísimos escritores nos presentan formalmente como la expresion y consagracion de los cuatro artículos, cuando en realidad es un antidoto. Bossuet, que preveia lo que iba á suceder, no omite medio alguno para tener á sus colegas alerta contra sus pasiones y preocupaciones. Pondera *la unidad*, la predica con aquella elocuencia persuasiva que nace de la conviccion; pero su violencia es manifesta: se ve que teme á los mismos á quienes quiere persuadir. Acaso nunca hizo el talento un esfuerzo igual al de aquel sermon famoso. He hablado ya bastante de él; mas debo indicar aquí un rasgo profético que no se ha notado bastante: me refiero á aquel pasaje del primer punto, en donde Bossuet dice á su auditorio, á quien conocia demasiado: «¡Ojalá que nuestras resoluciones sean tales, que sean dignas de nuestros padres, y de que las adopten por nuestros descendientes, y dignas en fin de contarse entre las actas au-

»ténticas de la iglesia, y de insertarse con honor en
»estos registros inmortales, donde están comprendidos
»los decretos que miran no solamente á la vida pre-
»sente, sino tambien á la futura y á la eternidad
»entera!»

Ahora pregunto: si Bossuet no hubiera conocido y temido en su interior el espíritu que animaba á la asamblea, ¿cómo hubiera podido suponer que este espíritu iba acaso á producir alguna resolución loca ó heterodoxa, que el clero francés excluiría de sus registros? Semejantes suposiciones no se hacen, y sobre todo no se exponen á hombres de grande importancia, y que pueden ofenderse, cuando no se tienen muy fuertes razones para temer que dichas suposiciones se realicen.

Considérese además la sabia política, la invariable moderación, la prudencia casi sobrehumana de Bossuet, y se verá en esta amenaza indirecta dirigida á tales hombres, y tan bien disimulada, todo lo que su perspicacia le hacía temer.

Con efecto adivinó, y esta previsora sagacidad no es menos extraordinaria, porque no hay sido notada (1).

(1) Lo que no es menos extraordinario, ni menos digno de notarse, es que el mismo Bossuet nunca llegó á conocer su misma sagacidad, y escribió para probar que las resoluciones de la asamblea eran dignas de los padres y de los descendientes, y esto en el mismo tiempo en que se cumplían sus oráculos. Algunos grandes hombres de nuestra época han ofrecido el mismo fenómeno. (*Nota del editor francés.*)

Postdata. Habia ya muchos meses que tenia yo concluida esta obra, cuando una persona muy respetable me aseguró que en el discurso del siglo pasado, y mucho tiempo después de la asamblea de 1682, el clero francés, mudando de dictámen, se habia decidido al fin á imprimir á su costa dicha declaracion (de 1682), dándole de este modo la especie de adopcion que le faltaba. Así necesariamente debia suceder, y esto acaba de probar hasta la evidencia la falaz nulidad de la distincion entre la doctrina y los artículos. Se ve claramente que por la sola admision de esta miserable sutileza, tal como se expresa en la carta de Luis XIV al cardenal de la Tremouille, el clero de Francia quedaba irremisiblemente reducido á convertir los cuatro artículos en dogmas nacionales. Pero el juicio primitivo permanece intacto y firme, y aun recibe de la variacion posterior no sé qué lustre de oposicion, que le hace mas decisivo y patente.

En cuanto á la impresion oficial, cuando se ha dicho: *Me causa la mas profunda afliccion*, se ha dicho todo lo que permiten los sentimientos debidos á aquella venerable corporacion.

CAPITULO VIII.

QUÉ SE DEBE PENSAR DE LA AUTORIDAD DE BOSSUET, INVOCADA EN FAVOR DE LOS CUATRO ARTÍCULOS.

Una faccion numerosa y pujante que necesitaba apoyarse en la fama de Bossuet, ha presentado como obra de aquel grande hombre la deliberacion de 1682, y por desgracia lo ha conseguido en términos, que aun hoy, á pesar de las demostraciones contrarias, se obstinan muchos escritores apreciables en darnos los cuatro artículos como obra de Bossuet. Mas en honor de su reputacion debe decirse que nada es tan falso como esta suposicion. Ya se han visto mas arriba sus tristes presentimientos sobre la asamblea y sus temores confiados á la amistad.

Bossuet no opinaba porque se celebrase esta asamblea. Era inexcusable la idea de hacer problemática la autoridad del papa en los comicios de una iglesia católica, de tratar en ellos puntos de doctrina que solo la iglesia universal podia ventilar, de suscitar las cuestiones

mas peligrosas sin el menor motivo legítimo, cuando nadie se quejaba, ni habia el menor riesgo, ni la mas leve incertidumbre nueva en la iglesia, y con la mira única de contristar al sumo pontífice. Bossuet lo conocia, y nada hubiera deseado mas que parar el golpe: «él era de dictamen que no se tratase de materias »contenciosas (1): no queria que se tocase á la autoridad del papa (2): le repugnaba que se tratase de esta cuestion, y le parecia fuera de sazón (3):» decia al arzobispo de Reims, hijo de Le-Tellier, y fanatizado por su padre: «V. tendrá la gloria de haber terminado el asunto del patronato, pero estas odiosas proposiciones empañarán aquella gloria (4).»

La historia de aquel tiempo y las obras de Bossuet, ofrecen una multitud de pruebas de la aversion con que miraba este grande hombre el funesto proyecto de los ministros (5); y aun cuando estas pruebas no existiesen, solo el carácter de Bossuet nos bastaria para saber á qué debiamos atenernos sobre este punto. Un

(1) *Cartas de Bossuet al doctor Dirrois*, del 29 de diciembre de 1681. (*Obras de Bossuet*, en 4.º, tom. II, pág. 297.)

(2) *Opúsculos de Fleury*, pág. 118.

(3) *Ibid.* pág. 94.

(4) *Nuevos opúsculos de Fleury*. Paris 1807, en 12.º pág. 141. —Esta palabra decisiva contiene la absolución completa de Bossuet, en cuanto á la declaracion. Debe tambien absolverse al arzobispo y á su padre, que vieron las consecuencias y se retiraron.

(5) El ilustre historiador de Bossuet, aunque partidario decidido de la declaracion, no ha ocultado sin embargo los muchos testimonios de los verdaderos sentimientos de Bossuet so-

hombre tan prudente, tan observador, tan comedido no podia pensar en remover esta enorme piedra, y su asombrosa perspicacia debia hacerle temblar al considerar las consecuencias.

Ademas Bossuet aborrecia todas las asambleas si de antemano no estaba seguro de dominar, y las aborrecia por una razon, que no podia él mismo explicarse, porque contrariaban aquella especie de dictadura, que su talento y el favor de la corte le habian señalado en la iglesia, y que habia llegado á tal punto, que segun observa su último historiador, cuando Bossuet murió, la iglesia de Francia creyó que habia recobrado la libertad (1).

Este grande hombre nos ha descubierto por sí mismo este sentimiento de una manera preciosa para cualquier observador del corazón humano. Tratábase de si habia de juzgar á Fenelon un concilio nacional ó el papa. Los magistrados decian que llevar la causa á Roma era contradecir las máximas de 1682 (2): Bossuet al contrario preferia el juicio del papa, y sus razones merecen saberse.

bre ella, en lo cual nos ha dado una prueba patente de su franqueza y de su candor. La satisfacción que tengo en tributarle aqui toda la justicia que merece, templá hasta cierto punto la pena de hallarme á veces en oposicion con un hombre de un carácter tan grande.

(1) *Historia de Bossuet*, tom. IV, lib. XIII, nota 25, *ibid.* «La pérdida de Bossuet no fue tan vivamente sentida como se debia esperar ó creer &c.»

(2) *Hist. de Bossuet*, tom. III, lib. X, nota 44. — Objecion muy notable, y que prueba hasta la evidencia que segun

Una asamblea ó un concilio es capaz de recibir todas las impresiones, y es accesible á muchos y diversos intereses difíciles de manejar. El lo habia experimentado así por la dificultad que le habia costado atraer á la verdad á dos solos obispos..... ¿quién podria despues de eso esperar dominar tantos ánimos movidos por tantas pasiones?

Está visto: ni le ocurre siquiera que pueda engañarse. Todo su apuro consiste en saber cómo atraerá á los demas á la verdad, es decir, á su opinion, y hasta teme un concilio que le *parece difícil de manejar*. Le habia costado mil dificultades atraer á la verdad á dos solos prelados: ¿qué sucedería si tuviese que haberselas con un concilio entero, un concilio romano, por ejemplo?

Nadie creerá que semejante hombre gustase de asambleas: ademas se han visto pruebas directas de su modo de pensar respecto de la de 1682.

Cien autores han repetido á porfia que *Bossuet fue el alma de la asamblea de 1682*; pero nada hay mas falso, á lo menos en el sentido que dan á estas expresiones. Bossuet entró en aquella asamblea como moderador: de antemano ya la temia, y no pensó mejor de

el juicio de los magistrados la declaración de 1682 establecía una iglesia católica, apostólica, y no romana, porque si en su modo de ver las máximas de 1682 no hubieran separado de hecho á la iglesia galicana de la santa sede, ¿cómo hubieran podido privar al papa del derecho de juzgar el libro de Fénelon? Por lo demas nada hay mas cierto que lo que dijo Fleury: «Los esfuerzos que se han hecho en Francia para restaurar el derecho antiguo, no han producido mas que la imposibilidad de juzgar á los obispos.» (*Opusc. pág. 132.*)

ella despues, como se evidencia leyendo su vida. El no queria que en ella se tratase de la autoridad del papa: esta terrible imprudencia debia ofender excesivamente á un hombre, cuya cualidad mas eminente era el temor de comprometerse con ninguna autoridad, con ningun personaje de alguna influencia, un tanto notable. El estimable editor de los *opúsculos póstumos de Fleury* ha hecho un servicio señalado á la memoria de Bossuet, demostrando que este hombre ilustre fue el *reductor*, mas no el *promovedor* de los cuatro artículos (1): que no omitió medio alguno para calmar los ánimos; y que se hizo sumamente útil á la iglesia oponiéndose á unos hombres arrebatados, y sobre todo contribuyendo por medio de su autoridad y representaciones á que abortase una redaccion (la del obispo de Tournai) enteramente cismática, pues que admitia la defectibilidad de la santa sede. Es preciso pues agradecer á Bossuet todo lo que hizo, y lo que evitó en esta ocasion.

Solo faltaria saber cómo pudo salir de la pluma de tal redactor la redaccion de los cuatro artículos, tales como existen. Pero la respuesta es fácil: *por fortuna no está en la mano de un gran talento el mudar la naturaleza de las cosas, ni convertir en buena una mala causa, ni expresar con claridad conceptos falsos*. Los cuatro artículos seguramente nunca debieron haberse escrito: pero supuesto que se queria que se escribiesen, la pluma de Bossuet no podia variar nada: son lo que

(1) *Nuevos opúsculos de Fleury*, pág. 174 y 175.

son. El hombre mas grande de Francia no podía hacer nada mejor, ni el escritor mas vulgar nada peor. Ademas no se ha de creer que un hombre como Bossuet, una vez metido en un paso tan difícil, haya podido salir de él sin inconvenientes á pesar de su extremada habilidad.

Segun se ha visto mas arriba, en toda la iglesia católica no habia mas que una voz contra los cuatro artículos, los cuales fueron impugnados violentamente por el señor Rocaberti, arzobispo de Valencia. Este prelado creyó que debia consagrar tres volúmenes en folio á la refutacion del sistema galicano. Yo no he leído este libro, cuya mole me parece que era su mayor defecto, porque era muy fácil encontrar razones contra la declaracion. La obra contenia ademas algunos tiros dirigidos á la Francia, que ofendieron sobremanera á Luis XIV.

En fin Bossuet, ya se determinase por una orden expresa, ó por una simple insinuacion de Luis XIV, ó acaso tambien por el solo movimiento de sus ideas, porque la historia permite hacer todas estas suposiciones, emprendió la defensa de la declaracion, y esta fue para él la mayor desgracia: desde aquella fatal época ya no pudo hallar tranquilidad el venerable anciano.

No puede uno prescindir de un sentimiento de respetuosa compasion al verle emprender esta obra, interrumpirla, volverla á tomar, dejarla de nuevo, mudar el título, convertir el libro en prólogo y el prólogo en libro, suprimir trozos enteros, reponerlos, y en fin rehacer ó relocalar hasta seis veces su obra en los veinte años que transcurrieron desde 1682 hasta 1702.

Debe recogerse preciosamente la conjetura del hombre eminente que nos ha transmitido estos pormenores: «La mudanza, dice, de las circunstancias políticas determinó aquellas variaciones: Bossuet recibió probablemente orden &c. (1).»

No hay duda que á medida que Luis XIV estaba en mejores ó peores relaciones con el papa; á medida que tal ó cual ministro ó magistrado influía mas ó menos en él; á medida que era mas ó menos dueño de sí mismo, y que estaba dominado mas ó menos de pensamientos sabios y religiosos; daba órdenes para reducir ó extender las dimensiones de la fé galicana.

Cansado Bossuet de esta declaracion, que nunca habia podido sufrir en el fondo de su corazon, al fin escribió: «Que se vaya á paseo la declaracion. Yo no trato »(me complazco en repetirlo muchas veces), no trato de »defenderla aquí (2).» Seria difícil hacer completa justicia á la declaracion.

El ilustre biógrafo que acabo de citar, me parece que aumenta el peso de este juicio cuando añade: «Tambien por respeto á Luis XIV afectó Bossuet decir en »el capítulo de su disertacion: *sea de la declaracion lo que quiera* (2).»

(1) *Historia de Bossuet*, documentos justificativos del libro VI, tom. II, pág. 390.

(2) *Abeat igitur declaratio quò libuerit; non enim eam (quod sæpe profiteri juvat) tutandam híc suscipimur* (Bossuet in Gall. orthod., cap. X).

(3) *Historia de Bossuet*, ibid.—La expresion latina *abeat quò libuerit* se traduce en la *Historia de Bossuet* por estas palabras: *Sea de ella lo que quiera*. Pero yo creo que la expresion familiar que me he atrevido á usar, es una traduccion rigurosamente exacta del latin.

Tambien sin duda diria: *Siempre como sea del agrado de vuestra magestad*; pero esta vez parece que Bossuet no hizo sino lo que él deseaba, porque cualesquiera que fuesen sus sentimientos sobre lo que llamaba *la doctrina galicana*, es cierto que despreciaba en el fondo de su corazon los cuatro artículos propiamente dichos, y que despues de haberlos declarado formalmente *odiosos*, se veia autorizado sin repugnancia á no respetarlos.

Sin embargo su extrema sagacidad le mostró desde luego que no podia abandonar los artículos, y mirarlos con todo como decisiones dogmáticas: tomó pues el único partido que le quedaba: negar que la asamblea hubiese pensado en pronunciar decisiones dogmáticas.

«Cuando los obispos, dice, que formaron los cuatro artículos los llamaron *decretos* de la iglesia galicana, solamente quisieron decir que su parecer, fundado en la antigüedad, está comunmente recibido en Francia (1).» En otra parte dice de una manera mas terminante: «Nada se ha decretado tocante á la fé, ni nada que pueda de ningun modo (en el espíritu de los artículos) violentar las conciencias ó suponer la condenacion de la opinion contraria: los autores de la declaracion no *soñaron* siquiera en una decision dogmática (2).»

(1) Bossuet, *Gall. orthod.* 8, 6.—Fleury, *Correc. y adic. para los nuevos opúsculos*, pág. 55.

(2) *Nihil decretum quod spectaret ad fidem; nihil eo animo ut conscientias constringeret, aut alterius sententiæ condemnationem induceret. Id enim nec per somnium cogitabant.* (Bossuet, in *Gall. orthod.*, citado por Fleury en sus *Opúsculos*. París, 1807, en 12.º, pag. 169.)

El grande hombre que se muestra tan perplejo al tiempo de escribir estos renglones, me parece que no pensaba que explicándose así acusaba sin rodeos á los autores de la declaracion de no haber sabido lo que se hacian, ó de haber obrado con demasiada imprudencia; porque si no habian querido decidir nada sobre la fé, ¿qué es lo que habian hecho? ¿Se habian congregado para divertirse ó para divertir al público? ¿A quién se podrá hacer creer *que nada se decide que tenga relacion con la fé*, cuando se ponen límites arbitrarios á la autoridad pontificia; cuando se trata de decidir en quién reside verdaderamente la soberanía espiritual; cuando se declara *que el concilio es superior al papa* (proposicion que destruye el catolicismo, y de consiguiente el cristianismo, si se toma en el sentido cismático de los cuatro artículos), *y que las decisiones del sumo pontífice traen toda su fuerza del consentimiento de la iglesia?*

¿Y á quién se hará creer tampoco que unos hombres que proclaman estas decisiones revestidas con todas las formas dogmáticas, que las presentan como la fé antigua é invariable de la iglesia galicana (asercion la mas arrojada que jamás se ha proferido en el mundo), «que »las envian á todas las iglesias de Francia y á todos los »obispos establecidos en ellas por el Espíritu Santo, á »fin de que no haya entre todos sino una sola fé y una »sola enseñanza (1);» que unos hombres como estos, vuelvo á decir, *no han tratado de violentar las conciencias ni condenar las proposiciones contrarias?* Es preci-

(1) *Quæ accepta à patribus, ad omnes ecclesias galicanas, atque episcopos, iis Spiritu Sancto auctore præsidentes, mittent-*

so decirlo con toda franqueza: cree uno que lee una chanza.

Si se quieren conocer los verdaderos sentimientos de la asamblea de 1682; me parece que puede uno fiarse de la carta que escribió á todos los obispos de Francia pidiéndoles su aprobacion y su adhesion á los cuatro artículos: la redactó el obispo de Tournai.

«Asi como el concilio de Constantinopla, dicen los »diputados, se hizo universal y ecuménico por la aquies- »cencia de los padres del concilio de Roma; asi tam- »bien nuestra asamblea llegará á ser, por nuestra una- »nimidad, *un concilio nacional* de todo el reino, y los »*artículos de doctrina* que os enviamos, *serán cánones* »*de toda la iglesia galicana*, respetables para los fieles, »y dignos de la inmortalidad (1).»

Creo que tambien puede uno fiarse del respetable historiador de Bossuet, quien mejor que ningun otro debe conocer y explicar el espíritu y sentido de los cua-

da decrevimus, ut id ipsum dicamus omnes, simusque in eodem sensu et in eadem sententiâ. (Declaracion de 1682, últimas líneas)
¿Cree uno oír hablar á los padres de Nicea ó de Trento?

(1) *Historia de Bossuet*, tom. II, lib. VI. nota 15, pág. 188.—
¿Quién no admira la exactitud y la belleza de este razonamiento? *Asi como el concilio de Constantinopla se hizo ecuménico por la aquiescencia de los padres del concilio de Roma* (y no por la del papa, de quien no se habla absolutamente); *asimismo nuestra asamblea* (aunque detestada y condenada por el sumo pontífice) *llegará á ser un concilio nacional.* Cualquiera lector se admirará del tono victorioso y triunfante, del afectado desprecio del sumo pontífice, de la orgullosa y loca comparacion de una iglesia particular con la iglesia universal, y en fin de no sé qué aire de satisfaccion rebelde (no acierto á explicarme de otro modo), que reina en este pasaje.

tro artículos. ¿Y qué ha dicho sobre este punto? «Los cuatro artículos proclamados en la deliberacion se componen casi enteramente de palabras esparcidas en los escritos de los padres de la iglesia, en los cánones de los concilios y hasta en las cartas de los sumos pontífices. Todo respira allí aquella gravedad antigua, que anuncia en cierto modo la magestad de los cánones hechos por el espíritu de Dios, y consagrados por el respeto general del universo (1).»

¿No bastan todavía estas autoridades? Escuchemos á Luis XIV en persona. En una carta de 11 de julio de 1713, hablando de los dos papas Inocencio XII y Clemente XI, dice: «Uno y otro habian comprendido que era prudencia no combatir en Francia unas máximas que se miran como fundamentales, y que la iglesia galicana ha conservado inviolablemente, sin consentir ninguna alteracion durante el curso de tantos siglos (2).» Y en otra parte el mismo soberano añade: «Su Santidad es demasiado ilustrado para determinarse á declarar heréticas las máximas que sigue la iglesia de Francia. (3).»

(1) *Historia de Bossuet*, tom. II, lib. VI, nota 14, pág. 171.

(2) No se hablaria de otro modo del símbolo de los apóstoles; y el rey se encuentra en contradiccion manifiesta consigo mismo, pues que habia empeñado su palabra real de que permitiria sostener la afirmativa y negativa sobre estas máximas fundamentales y eternas..... de ayer.

(3) Teniendo todo soberano católico un derecho evidente de dirigir al papa esta misma frase, se sigue que todas las iglesias son infalibles, excepto la iglesia romana; y que el papa es demasiado ilustrado para dudarlos.

El mejor comentario sobre la naturaleza y el espíritu de estos cuatro artículos se encuentra además en la obligación impuesta á todo el clero de Francia de jurar el asenso y obediencia á los cuatro artículos, y de enseñar la doctrina en ellos proclamada, en términos que hasta los jesuitas franceses estaban sujetos á este juramento forzado.

Después de todo esto, si nos vienen diciendo todavía «que la asamblea de 1682 nada ha decretado, ni ha »dicho una palabra sobre la fé, ni aun soñado en condenar las máximas contrarias &c.» nada tenemos que responder: todo hombre es dueño de negar hasta la existencia del sol: es cosa suya.

Pero Bossuet decia lo que podia; pues arrastrado por circunstancias invencibles á defender proposiciones que su noble franqueza habia declarado *odiosas*; proposiciones que ponian á la iglesia, y por consiguiente al estado en peligro, por un despique de unos cortesanos vestidos de obispos; se hallaba verdaderamente *apprehensus inter angustias*. Para salir de este apuro tomó el partido de declarar *que la asamblea nada habia decretado*: de modo que ni la fé, ni la conciencia entraban para nada en este negocio.

Lord Mansfield, uno de los mayores jurisconsultos de Inglaterra, decia á los jurados que iban á juzgar á un libelista: «Cuidado, señores, que aqui no »se han juntado VV. para declarar si el acusado es ó no »culpable de libelo, porque en este caso serian VV. jueces. Lo único que les toca es declarar lisa y llanamente »si el acusado ha compuesto ó no el libro de que se tra-

*»ta. A mí me pertenece despues decidir si este libro es
»un libelo.»*

Los jurados respondian: « V. S. se burla de noso-
»tros: cuando declaramos á un hombre culpable de robo
»ó de asesinato premeditado, indudablemente califica-
»mos el crimen. En este caso no podemos, segun el
»sistema de V. S., declarar ni *culpable* ni *no culpable*;
»porque la publicacion de un libro no es un crimen, y
»solo llega á serlo por la cualidad del libro: á nosotros
»pues nos toca decidir tambien si este libro es libelo.—
»De ningun modo, replicó el célebre presidente del banco
»del rey; porque la cuestion de si un libro es libelo, es
»una cuestion de derecho, y ninguna cuestion de dere-
»cho puede ser de la competencia de los jurados. Digan
»VV. si el acusado ha compuesto el libro: solo esto
»se les pregunta, y yo no propongo otra cuestion.» Los
jurados estrechados asi por el despótico lord declara-
ron *bajo su palabra de honor que el acusado no ha-
bia compuesto aquel libro*, á presencia del mismo acusa-
do que declaraba lo contrario (1). Yo creo que si lo hu-
biesen pensado bien, hubieran declarado *que ni siquiera
habia soñado el acusado en semejante delito* (2).

Bossuet sabia *que la asamblea de 1682 habia fallado
sobre la fé y sobre la conciencia*, como los jurados in-
gleses sabian *que aquel hombre habia publicado tal libro*;
pero hay ocasiones en la vida, en que el hombre de ta-
lento, cuando ya no puede retroceder, sale del apuro

(1) Sobre este singular procedimiento inglés pueden verse las
notas del Sr. Heron á las famosas cartas de *Junius*, en 8.º tom. II.

(2) *Nec per somnium. Supra.*

como puede. Compadezcamos al hombre grande : una vez embarcado con otros que no se le parecen , es preciso vogar juntos.

Es una verdad desagradable , pero al cabo , es una verdad , que en la defensa de la declaracion , arrastrado Bossuet por la naturaleza del asunto y por el movimiento de la discusion , adoptó sin percibirlo el modo protestante. Es observacion muy fundada del cardinal Orsi : « No hay , dice , un griego cismático , ni un obispo » anglicano que no adopte con anhelo (1) las interpretaciones que Bossuet da á los pasajes de la Escritura y de los santos padres , que se emplean para sostener la supremacía del papa. Su método es proponerse los textos que citamos en favor de la prerogativa pontificia , como objeciones que debe refutar ; y por el contrario los textos que los herejes emplean contra el dogma católico , y que procuramos concordar con nuestra doctrina , Bossuet los toma y nos los da como reglas ciertas de interpretacion en el exámen de los textos de la Escritura y de la tradicion. Una vez adoptado este método , ¿ quién no ve cuánto desórden se introducirá en las materias teológicas (2) ? »

Es cierto que Bossuet da lugar á esta reconvençion ; lo que únicamente decimos en honor de la verdad. Sustitiza acerca de los textos uno tras de otro , que es el método eterno de los protestantes : « No hay una ver-

(1) *Utroque police* ; expresion elegante tomada de Horacio. (*Epist.* I. XVIII. 66.)

(2) *Qua methodo semel admissa , nam non videtur quanta perturbatio in res theologicis invehatur.* (Orsi , tom. I. cap. XXI.)

«dad religiosa, añade sabiamente el mismo cardenal, que los herejes no hayan impugnado con textos de la Escritura y de los santos padres. Los escritores galicanos, combatiendo de este modo la supremacía del papa, no han sido ni mas felices; ni mas concluyentes; porque no se debe razonar por uno ó dos textos sueltos, sino por el conjunto de todos ellos explicados conforme á las tradiciones (1). »

Este espíritu de sofistería, tan indigno de Bossuet, podrá muy bien conducirle á olvidar lo que ha dicho; lo cual no deja de tener sus inconvenientes en algunas circunstancias. Por ejemplo, si en el calor de la disputa quiere probar que la España y la Escocia reunidas á alguna parte considerable de Italia y de Alemania nada prueban con su disentiimiento contra la legitimidad de un papa reconocido por el resto del mundo católico, llama á todos estos países *una porcion muy pequeña del catolicismo*. Mas si en otra parte quiere probar que el tercer concilio de Constantinopla no podia reputarse por ecuménico, *antes que la iglesia de España hubiese adherido libremente á él; despues de un exámen suficiente*; entonces llama á la iglesia de España *sola una porcion muy grande de la iglesia católica* (2).

De otro modo habla cuando defiende la verdad; mas

(1) Yo me tomaré la libertad de añadir: y por el estado actual de la iglesia universal; lo que ningun escritor prudente se atreverá á llamar abusivo. Mas arriba he citado á Pascal hablando en el mismo sentido. — Véase á Orsi en la obra citada, tom. III, lib. III, cap. III, pág. 18, y allí se hallarán los dos textos de Bossuet al frente.

(2) Orsi, *ibid.* lib. V, cap. XXI, pág. 98.

este método protestante es el vicio del asunto. Siendo los cuatro artículos protestantes por esencia ; por poco que se aumente, en fuerza de ese movimiento disputador que arrastra á todos los hombres mas allá del punto matemático de la verdad , insensiblemente se halla uno transportado á la escuela protestante.

Lo seguro es que para cualquiera católico que no esté bastante instruido ó prevenido, *la Defensa de la declaracion es un libro malo.*

Pronto oiremos decir al magistrado mas grande del último siglo , hablando de la Defensa : *seria fatal que saliese á luz ; de modo que nos enseñó á decir hoy : Fatal es que se haya publicado.*

Hé aquí ahora otras sutilezas. « Quiere, dice , *revelarnos* el misterio de la declaracion galicana (1). Los »padres franceses (*¡los padres!...*) jamás han decretado »que el papa no es infalible (2). Pero no se le hace in- »justicia tratando sus decisiones como las de los conci- »lios generales. Estos son incontestablemente infalibles. »Sin embargo en el caso que se dudase si cierto conci- »lio es ecuménico , no habria otra regla para decidir la »cuestion que el consentimiento de la iglesia. Téngase »asimismo por cierto , si se quiere , que el padre santo,

(1) *Gallicanæ declarationis arcanum. Coroll. defens. §. 8.*

(2) *Gallicanos patres non id edixisse, ne romanus pontifex infallibilis haberetur.* La palabra *edixisse* es curiosa , y lo mas curioso aun es , que en el mismo lugar donde nos quiere descubrir el grande arcano de la deliberacion galicana , olvidando Bosquet que la asamblea nada ha decretado , deja escapar estas palabras decisivas : *Quo dogmate instituto* , á las cuales nada se podría añadir , si él mismo no hubiese dicho algunas líneas mas arriba : *Placuit illud pro certo figere.*

»hablando *ex cathedra*, es infalible; mas como se puede dudar si ha hablado *ex cathedra* con todas las condiciones requeridas para ello, no será definitivamente seguro que ha hablado de este modo, hasta que el consentimiento de la iglesia se una á su decision (1).»

« Si esta explicacion, añade Bossuet, agrada á Roma, y puede ser útil á la paz; no me opondré por cierto (2).»

Los padres de 1682 no habian soñado en este sutil acomodamiento, y yo solo me sirvo de él para manifestar el apuro de un grande hombre.

Ademas se ve con satisfaccion aquella conviccion interior que le atraia siempre á la unidad, y la comparacion notable de los decretos de un concilio ecuménico con los del papa: de lo cual se sigue, por ejemplo, que la bula de Leon X. *Exurgat Dominus*, lanzada contra Lutero, no admitia mas que una sola objecion: *El papa no ha hablado ex cathedra*, asi como el concilio de

(1) *At cum dubitari possit, num pro cathedra dixerit, adhibitis omnibus conditionibus, ultima nota, ac testera sit pontificis ex cathedra docentis cum ecclesie consensus accesserit.* (Bossuet, *ibid.* §. 8.) Este texto encierra una anfibología notable, porque puede traducirse: Mas cuando se puede dudar si el papa ha hablado *ex cathedra*, ó bien como yo he traducido: Mas como se puede dudar si el papa &c.; lo cual es muy diferente. No pudiendo achacarse á un hombre como Bossuet una oscuridad voluntaria; yo no veo aqui mas que un defecto de estilo de los que se escapan á todos los escritores; ó bien creo que el texto se ha alterado despues de la muerte del ilustre autor, como hay muchas pruebas.

(2) *Id si Romæ placeat, pacique profuturum sit; haud quidem contradixerim.* *Ibid.* §. 8.

Trento no admitía más que esta sola objecion: *No es ecuménico.*

No se trata pues ya sino de saber *qué personas y qué número de entre ellas tenían derecho de suscitar esta duda.* Se ve que cuando el problema se propone bien, la resolución está muy adelantada.

El último historiador de Bossuet nos ha hecho observar «la atencion delicada y estudiada de este grande hombre en no nombrar los cuatro artículos en su disertacion preliminar; lo cual, añade, era por respeto á Luis XIV, y por los empeños que habia contraído con la corte de Roma, sin dejar por eso de expresar la doctrina asentada en ellos, y de apoyar su verdad en las máximas y las autoridades mas incontestables...; y como esta doctrina en nada se diferencia de la que se conoce en toda la iglesia bajo el nombre de *opinion de la escuela de París*, no habiendo sido condenada esta, tampoco puede serlo la otra (1).»

Con todo el respeto que profeso á este ilustre historiador, no puedo menos de observar que Bossuet hace aquí un papel enteramente indigno de él: porque en la suposicion de que estas dos doctrinas sean idénticas, lo que se acaba de leer se reduce á esto: «Yo no desiendo (me complazco en repetirlo con frecuencia) los cuatro artículos, y aun los abandono formalmente; solo desiendo la doctrina de los doctores de París, que es idénticamente la misma que la de los cuatro artículos.»

No hay medio: ó Bossuet no creía en la identidad

(1) *Hist. de Bossuet.* Documentos justificativos del libro VI, tom. II, páginas 397 y 400.

de las dos doctrinas, ó no hay razon alguna para creer á Bossuet sobre este punto.

Esta discusion que versa acerca de ún grande hombre, es muy desagradable; pero ¿qué se ha de hacer? Culpo solamente á los cuatro artículos que la han hecho necesaria.

CAPITULO IX.

**CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO. DEFENSA
DE LOS CUATRO ARTÍCULOS, PUBLICADA BAJO
EL NOMBRE DE BOSSUET DESPUES DE
SU MUERTE.**

Si le entristecen á uno las reflexiones que nacen espontáneamente, y que yo no podia pasar en silencio; pronto se consuela uno con una consideracion terminante que dispensa de toda suposicion desagradable, y es que en un sentido muy cierto la Defensa de la declaracion no es de Bossuet, ni puede colocarse en el número de sus obras.

Importa poco que la biblioteca del rey posea la *Defensa de la declaracion* escrita de mano de Bossuet: todo lo que un hombre escribe no es aprobado por él, ni se destina á la imprenta. Todas las obras póstumas son sospechosas, y muchas veces he llegado á desear que estuviese prohibido publicarlas sin pública autorizacion. Todos los dias escribimos cosas que desaprobamos despues: pero se aficiona uno á lo que ha escrito, y difficilmente se determina á destruirlo, sobre todo si la

obra es considerable y contiene por otra parte algunas páginas útiles, de las cuales se espera sacar algun provecho. Entretanto viene la muerte, y siempre inopinada, porque nadie cree que morirá hoy. El manuscrito cae en manos de un heredero ó de un comprador que le imprime; lo que ordinariamente es una desgracia, y algunas veces un delito. Cualquiera autoridad inglesa que hubiese prohibido la publicacion del *Comentario de Newton sobre el Apocalipsis*, ¿no hubiera hecho un servicio á la memoria de este grande hombre? Sin duda hay circunstancias que permiten, y que pueden tal vez exigir la publicacion de una obra póstuma; pero en el caso presente se reunen para hacer desechar la *Defensa de la declaracion*. Esta, segun ya hemos visto, era una obra de fuerza, de obediencia, ó de uno y otro, y Bossuet por sí mismo nunca se hubiera determinado á escribirla. ¿Cómo habia de haber defendido él espontáneamente una obra concebida y ejecutada contra su voluntad? Veinte y dos años vivió despues de la declaracion, sin haber manifestado una sola vez el designio concertado de publicar su Defensa: nunca halló ocasion favorable (y esto merece muy particular atencion), siendo tan fecundo, tan rápido, tan seguro de sus ideas, tan firme en sus opiniones: no parece sino que habia perdido su brillante carácter. *Yo busco á Bossuet, y no le encuentro*. De nada se muestra seguro, ni aun acerca del título: y aqui es el lugar de observar que el título de este libro, tal como le vemos hoy al frente de la obra, es una falsedad incontestable. Habiendo suprimido Bossuet el título antiguo de *Defensa de la declaracion*, y aun de-

τ. 7.

clarado solemnemente que *no queria defenderla* ; no se ha podido, sin insultar á su memoria , á la verdad y al público , conservar este título, y desechar el de *Fran-
cia ortodoxa*, sustituido á aquel por el inmortal prelado. No se puede contemplar sin un profundo interés á este grande hombre , atado , por decirlo así , á un trabajo ingrato que no podia jamás ni abandonar, ni acabar. Despues de haber hecho , reformado , mudado , corregido , dejado , vuelto á tomar , mutilado , suplido , borrado , interlineado y anotado su obra , al fin la deshizo toda é hizo otra nueva que sustituyó á la revision de 1695 y 1696 ; producida ya con dolor. Suprime enteros los tres primeros libros , muda el título , y se impone la ley de no pronunciar ya el nombre de los cuatro artículos.

Mas bajo esta nueva forma ¿satisfará la obra á su autor? De ningun modo. Esta *malhadada* declaracion le agita y le atormenta , le abrasa por decirlo así , y es preciso que la varíe otra vez. No contento jamás con lo que ha hecho , piensa siempre en hacer otra cosa diferente; «y casi no puede dudarse que el designio de Bossuet fuese de variar su obra *toda entera* , como habia »variado los tres primeros libros (1); pero la multitud de »negocios, y las enfermedades de que se vió agobiado en »los últimos años de su vida , le impidieron ejecútar su »proyecto (2), ó á lo menos poner en limpio la obra,»

(1) *Hist. de Bossuet*. Documentos justificat. del lib. VI , tom. II, pág. 400.

(2) Asi lo confiesa el mismo abate Bossuet. *Obras de Bossuet* edicion de Lieja , 1768 , tom. XIX. prefac. de los editores, pág. 25.

porque estaba ya casi terminada, y el abate Lequeux, segundo editor de las obras de Bossuet, reuniendo los borradores escritos de mano del ilustre autor, confundidos entre una multitud de papeles, encontró la obra casi enteramente corregida según el nuevo plan (1).»

«Pero, dice el nuevo historiador de Bossuet, como estos borradores no han llegado á nuestras manos; es imposible fijar nuestra opinion sobre la naturaleza y la importancia de estas correcciones (2).»,

A la verdad es grandísima desgracia que estos manuscritos no hayan llegado hasta nosotros, aunque fuese en su estado de imperfección (3). Nos basta no obstante saber que han existido, y que Bossuet no solamente quería variar *su obra toda entera*, sino que en efecto casi habia ejecutado ya su pensamiento; lo cual en el juicio mismo de su autor priva al libro, tal cual le tenemos, de toda autoridad.

Bossuet habia vivido: el astro se puso en el año 1704. Natural es preguntar cómo este grande hombre habia podido durante tantos años dejar enmohecer, por decirlo así, en sus cartapacios una obra de esta importancia,

(1) *Hist de Bossuet*, ibid. pág. 400.

(2) *Ibid.* documentos justificativos, ibid. pág. 400.

(3) No sería acaso muy difícil adivinar, ó á lo menos sospechar la razón que nos ha privado de ellos: contenían las variaciones y acaso el arrepentimiento del gran Bossuet, y no se necesitaba mas para determinar al abate Bossuet á suprimirlos. Este veía ya con mucha pena, según observaremos muy pronto, la segunda revision de la obra, en la que el ilustre autor habia hecho notables correcciones.

sin pensar en imprimirla, ni aun en presentarla á Luis XIV, como nos lo asegura su sobrino (1).

La respuesta es muy obvia: porque ni el soberano, ni el súbdito querian que se publicase. Demos por cierta la asercion del abate Bossuet, «de que el obispo de Meaux »habia compuesto *la Defensa* por orden expresa de »Luis XIV, y siempre con el desiguió de darla al público (2);» y explíquenos cómo el príncipe mas absoluto no la mandaba publicar, ó cómo suponiendo que lo mandase, lo rehusaba el mas sumiso de los hombres. Yo creo que no puede suponerse otra cosa sino que Luis XIV persistió; pero que sus instancias fueron siempre contrariadas por la repugnancia de Bossuet. Mas en este caso la Defensa se hubiera destruido mas visiblemente, pues que un hombre como Bossuet habria proscrito en su conciencia aquel libro hasta el punto de negar su publicacion al mismo Luis XIV.

Despues de la muerte de Bossuet cayeron sus papeles en las manos de su indigno sobrino el abate Bossuet, que podria llamarse propiamente, parodiando una expresion muy sabida, *el sobrino pigneo de un gran tio* (3).

(1) *Carta del abate Bossuet al canceller D'Aguesseau*, en la *Hist. de Bossuet* en el lugar citado, pág. 407.

(2) *Memorias del abate*, documentos justificat. *ibid.* pág. 407.

(3) El Sr. de Beausset observa que «el carácter conocido del abate Bossuet le hacia incapaz de toda moderacion» (*Historia de Bossuet*, tom. IV., lib. XI, pág. 18). Estas dos palabras bastan. Recordaremos solamente un hecho, y es que este mismo sobrino, escribiendo á su tio desde Roma á donde le habia enviado con motivo del asunto de Fenelon, le decia: «El arzobispo de Cambray es una

Parecia natural que este hombre se apresurase á publicar una obra tan análoga á los principios que él mismo profesaba, y que ademas debia creer propia para engrandecer la reputacion de su tio. Sin embargo guardó silencio, y la obra no se publicó en el espacio de treinta años.

El célebre abad de Fleury, que murió en 1723, habia sacado una copia de ella con el permiso del ilustrado obispo, con quien tenia particular amistad (era de la primera redaccion con el título de *Defensa*), y legó este manuscrito al canciller D'Aguesseau; pero este gran magistrado no se cuidó de reclamar el legado (1). Para todos los grandes personajes del estado, que se hallaban entonces en situacion de conocer los secretos de la corte y los de Bossuet, parece que este libro del obispo de Meaux era una obra de nigromancia, que no se podia tocar sin temblar.

El cardenal de Fleury, primer ministro, hizo llevar de casa del abad Fleury á la biblioteca del rey aquella

bestia feroz y el mayor enemigo que ha tenido jamás la iglesia (Carta de 25 de noviembre de 1698, en la *Historia de Fenelon*, tom. II, lib. III, pág. 158).

(1) Merecen copiarse las mismas expresiones de la nota que nos ha transmitido esta anécdota, que es del doctor Tragny, uno de los oficiales de la biblioteca del rey. «El canciller, dice, »me añadió que hallándose en Fresnes cuando murió el abad de »Fleury, no creyó que debía reclamar aquel legado.» (Historia de Bossuet, tom. VI, documentos justificat., lib. VI, pág. 405.) La frase está concebida de modo que da á entender que D'Aguesseau no se habia prevalido del legado porque se hallaba en Fresnes: y en efecto si hubiese estado en París, hubiera podido hacerse con el manuscrito sin ruido y sin ceremonia; pero desde Fresnes era menester escribir y manifestarse mas. El paso que dió el ministerio de allí á poco, muestra que el canciller obró en este caso prudentísimamente.

copia, que no se atrevia á reclamar el canciller de Francia á quien pertenecia. «con la condicion y órden expresa de no dejar sacar copia alguna de ella, ni poder comunicarla á nadie para trasladarla (1).» ¿No diria cualquiera que se trataba de la salvacion del estado? El mismo sobrino nos ha transmitido la declaracion de su tio: «que solo una evidente utilidad, en una palabra «una necesidad absoluta podia obligar á S. M. á consentir en que se publicase una obra de esta naturaleza (2).» Y el canciller D^e Aguesseau temia que si este mismo sobrino llegaba á comunicar la obra, apareciese impresa en Holanda; *lo cual seria fatal* (3).

Ciertamente ni el canciller, ni el abate Bossuet (perdóneseme este maridaje) podian ver con disgusto la publicacion de una obra, en donde se trataba de limitar el poder del papa, porque los dos profesaban las mismas opiniones y solo en este punto se parecian.

Y cuando el abate Dupin en 1708 publicó una obra destinada directamente á formar nuevos teólogos *para la defensa de los cuatro artículos*, el gobierno le dejó obrar (4). Yo pienso que Luis XIV, segun las apariencias, no sabia nada: y puede tambien que no hubiera entendido la cuestion si se la hubiesen explicado;

(1) Docum. justificat., *ibid.*, tom. II, pág. 403.

(2) Docum. justific., *ibid.*, pág. 418. — ¿Y de que naturaleza? ¡Oh grande hombre! de una *naturaleza* contraria á vuestra *naturaleza*.

(3) *Nota del doctor Traguy*, al dar cuenta de una conversacion con el canciller D^e Aguesseau del 15 de diciembre de 1708, (*Ibid.* pag. 407).

(4) Puede notarse aquí que el primer teólogo que emprende públicamente la defensa de los cuatro artículos, es el abate Du-

pero todo esto es indiferente. Dupin imprimia *con privilegio de S. M.*, y esto basta. El *rey*, ó por mejor decir el *soberano*, responde justamente de todo, porque lo sabe todo, no siendo todos sus agentes mas que otro él.

Pero cuando el soberano obra personalmente, ó alguno se dirige personalmente á él; la cuestion debe tratarse como otra cualquiera; y bajo este respeto puede preguntarse: ¿cómo rehusaba Luis XIV que se publicase *una obra emprendida por su orden*?

Sobre este punto no hay mas que una sola conjetura, y afortunadamente tiene aquel grado de probabilidad que se confunde con la verdad. Despues del primer fervor de la composicion, que experimentan todos los escritores, Bossuet cesó muy pronto de hallarse satisfecho de su obra. Es verdad que decia con plena conviccion: *Yo llevo esta causa con toda seguridad al tribunal del Salvador* (1); pero esta *seguridad* se convirtió á poco en sobresaltos á vista de las oposiciones que se manifestaban por todas partes, y de los numerosos escritos que combatian aquellas doctrinas que él creia ciertas: se asustó la reflexion, nacieron los escrúpulos, y en el alma pura de Bossuet bastaba el escrúpulo para enfriar la voluntad. Ya no le gustaba su obra, ni queria que saliese á luz. Luis XIV

pin, hombre de doctrina mas que sospechosa. Todos los escritores, mas ó menos anti-católicos ó anti-realistas, se han agarrado siempre á los cuatro artículos como á una doctrina fundamental. Si Bossuet, sobremanera disgustado de las opiniones atrevidas de Dupin, y que mas de una vez se las habia reprendido, hubiese podido prever que este teólogo seria el primer campeón de la declaracion, sin duda hubiera dicho: *non tali auxilio &c.*

(1) *Securus hanc causam ad Christi tribunal perfero.* (Obras de Bossuet en 4.^o tom. XX in coroll.)

por su parte, contento con la sumision de tan grande hombre, no se determinó jamás á afligirle durante su vida y aun supo respetar sus nobles escrúpulos despues de su muerte.

Figúrese cualquiera la situacion de Bossuèt: escribia para un clero cuyas opiniones eran menos moderadas que las suyas: escribia contra una doctrina recibida por la mayor parte de la iglesia católica: escribia en cierto modo en favor de un rey contra un papa con el deseo sincero de mostrarse obispo ortodoxo tanto como súbdito fiel: escribia con la íntima persuasion de que su libro seria un monumento dogmático: y no obstante cadá dia veia nacer nuevas objeciones contra la causa cuya defensa habia emprendido, y las dificultades que creia haber resuelto, aparecian otra vez bajo otras formas y con consecuencias que les daban nueva fuerza. Se le obligaba á registrar toda la tradicion, á consultar todos los concilios y á luchar con la autoridad de las cosas y de los hombres. A los tormentos de una conciencia delicada, añádase el temor de irritar mas los ánimos que estaban ya tan agriados, y el peligro conocido de faltar á alguna de las precauciones necesarias para la conservacion de la unidad. ¿Se necesitaba mas para que temblaran la religion y la probidad de Bossuet?

Ahora se concibe cómo Bossuet no presentó jamás á Luis XIV una obra, emprendida no obstante por orden expresa de este príncipe: concíbese cómo este último, detenido por los escrúpulos, y muy probablemente por las graves representaciones de aquel pre-

lado, se abstuvo siempre de mandar publicar su libro, y aun de pedirsele; y cómo en fin este libro llegó á ser un secreto de estado que nunca debia descubrirse al público. Ahora se comprende cómo un primer ministro hacia arrebatarse de oficio el manuscrito de la Defensa de casa del abad Fleury para que no se publicase; y cómo un canciller de Francia, y lo que es mas un D'Aguesseau, no se atrevia á pedir á los herederos del abad Fleury este manuscrito que él le habia legado en su testamento: ¡tan penetrado estaba de las intenciones y de los motivos del gobierno! Ahora se comprenden las escrupulosas medidas tomadas por el ministerio, para que este manuscrito depositado en la biblioteca del rey, como simple monumento de un grande hombre, no saliese nunca de allí para que corriera entre el público. Se comprende cómo el primer magistrado del reino temia que se hiciese una edicion en Holanda, *lo cual seria fatal* segun él: cómo el ministerio, inquieto aun cuatro años despues de haber fallecido el abad Fleury, y no sabiendo que el canciller no habia reclamado su legado, enviaba á su casa á un oficial de la biblioteca del rey, para pedirle que le comunicara el manuscrito (1) que se suponía conservaba en su poder en virtud del testamento del abad; y finalmente cómo parecia *tan importante recobrar* el ejemplar que se creia por equivocacion que habia sido presentado al rey (2).

(1) Se entiende para no volverle jamás.

(2) Documentos justific. de la *Historia de Bossuet*, *ibide.*, pág. 406.

Sucedió precisamente lo que D'Aguesseau miraba como funesto. La obra de Bossuet, de la primera revision, se imprimió furtivamente y con mucha aceleracion en Luxemburgo el año 1730 por una copia informe y sin ninguna especie de autorizacion (1). La misma obra de la segunda revision no se publicó hasta el año 1745, tambien sin autorizacion pública, y con la data de Amsterdam (2).

Este fue el honor que se tributó á la memoria de Bossuet cuarenta y un años despues de su muerte. Una obra póstuma de este grande hombre y sobre un asunto de la mayor importancia debia dedicarse al rey, y salir de las prensas del Louvre; y debia estar adornada con mas aprobaciones, por lo menos nacionales, que las que presenta en su frontis la *Exposicion de la fé católica*; pero no, habrá que contentarse con leer: *Amsterdam:—1745.*

El abate Bossuet nos ha manifestado ademas las intenciones expresas de su tio: «Sintiendo que se acababa su fin puso la obra en manos de su sobrino, mandándole expresamente que la guardase, y que no la entregase jamás en manos de nadie mas que en las apropias del rey, cuando S. M. lo juzgase conveniente (3).»

Despues de la muerte de Bossuet, su sobrino pre-

(1) Docum. justificat., pág. 413.

(2) *Ibid.*

(3) Este es el estilo del abate Bossuet, que escribia su lengua como un lacayo aleman que llevara seis meses de maestro. A cada línea excita la risa.

sentó una copia de la obra á Luis XIV, que no la quiso admitir; y solo á los *seis años de repetidas instancias y de humildísimas súplicas* (1) consintió el rey en recibir un ejemplar de la obra (ya se ve que no tenía prisa.) «Puse, *nos dice el abate Bossuet*, los cinco ó seis tomos de esta obra en una cajita en que yo los habia llevado; los cuales se han hallado en el mismo estado en que yo los habia dado, al fallecimiento de este gran príncipe (2).»

Siendo pues evidente la intencion de Bossuet, y declarándonos expresamente su sobrino *que no podria menos de mirar como una desgracia y como una cosa poco decorosa para la memoria del obispo de Meaux* (y podria añadir, para la misma Francia) *que la obra se publicase sin llevar el sello de la autoridad real* (3); ¿cómo se atrevia él á contradecir una intencion tan expresa y tan sagrada, haciendo imprimir la obra de su tío sin autorizacion pública, y no por el manuscrito entregado á Luis XIV, sino por una copia conservada contra todas las reglas de la buena fé? Porque en esta última época la losa sepulcral habia cubierto ya á Luis XIV, á sus ministros y las tradiciones de su

(1) Docum. justific. de la *Historia de Bossuet*, ubi supra pág. 408.

(2) Estas singulares expresiones quieren decir: «Volví á colocar los cinco ó seis volúmenes de esta obra en la misma cajita en que los habia traído, y despues del fallecimiento de este gran príncipe se hallaron en el mismo estado en que yo los habia presentado.» (*Ibid.* pág. 409.) Podia preguntarse: ¿qué sabe él, pues que la obra habia salido de las manos de Luis XIV?

(3) Docum. justific., pág. 410.

siglo; porque despues de la regencia, y enmedio del siglo de la enciclopedia, nadie se acordaba de nada, nada se respetaba, y todo se podia decir é imprimir impunemente; de manera que el sobrino de Bossuet, privado de todas las ideas de temor, de honor ó de delicadeza que hubieran podido detenerle medio siglo antes, no era mas, cuando se publicó la obra, que un sectario que especulaba con un libro.

Si yo creyese á una autoridad que estimo mucho; el abate Bossuet al publicar la Defensa pudo ceder al temor de ver comprometido el honor de su tio por la edicion de Luxemburgo, que hervia en faltas groserisimas. Pero me parece que las datas, que deciden tantas cosas, se oponen grandemente á esta explicacion; y en efecto habiendo precedido la primera edicion de la *Defensa*, publicada en Luxemburgo en 1730, quince años á la que dió en Amsterdam el abate Bossuet, habria que confesar que en la suposicion expresada la tierna delicadeza del sobrino se despertaba algo tarde.

Y aun cuando el motivo supuesto hubiese realmente tenido alguna parte en la determinacion del sobrino; siempre seria cierto que contra la intencion solemne de su tio y contra todas las leyes de la probidad habia hecho una edicion, que quince ó veinte años antes miraba como una especie de desgracia pública y como un borron para la memoria de su tio y aun para el honor de la Francia.

Ningun autor célebre ha sido mas desgraciado que Bossuet respecto de sus obras póstumas. El primer editor fue su miserable sobrino, y á este se siguieron

algunos monges fanáticos, que atrajeron contra su edicion la justa censura del clero de Francia (1).

¿Y cómo trataron semejantes editores las obras póstumas de aquel grande hombre? Ya se sabe en parte, y se sabrá completamente cuando todos los escritos que han servido para las diferentes ediciones de Bossuet, sean examinados cuidadosamente por algunos críticos de una especie cual se puede imaginar. Entretanto hay que oír con suma desconfianza todas las narraciones del sobrino relativas á la *Defensa* y á todo lo que pasó entre el rey y él; porque es claro que semejante hombre no ha dicho mas que lo que le convenia. Con este motivo haré una observacion, que la nota del doctor Traguy, que se halla entre los documentos justificativos del lib. VI de la Historia de Bossuet (tom. II. pág. 405), no puede conciliarse con la narracion del sobrino, que se lee en la pág. 409 del mismo libro.

En la nota cuenta D'Aguesseau al doctor Traguy «que el mismo Bossuet leyó en francés á Luis XIV la especie de peroracion que habia puesto al fin de su obra, y que S. M. se enterneció en tales términos que llegó á derramar lágrimas.» Pero en una carta posterior á esta nos dice el abate que él fue quien leyó aquella conclusion á Luis XIV; y no refiere palabra de las *lágrimas* de este gran príncipe.

(1) Acerca del abate Lequeux, uno de estos editores, puede leerse una anécdota muy curiosa en el *Diccionario histórico* de Feller, artículo *Lequeux*.

No hay medio de concordar estas dos narraciones, de las cuales una excluye necesariamente á la otra, tanto mas cuando el abate Bossuet, segun hemos visto ya, afirma solemnemente *que su tio jamás presentó su obra al rey.*

Por lo demas ignoro si el tierno Luis XIV lloró con la lectura de aquella peroracion; pero concibo muy bien que un teólogo sabio podria aun el dia de hoy *llorar leyendo la humilde protesta de Bossuet, de que si la santa sede, como juez equitativo é imparcial, interin recaia la decision de la iglesia, imponia silencio á las dos partes, prometia obedecer con alegria (1).*

Asi nos declara Bossuet en su testamento teológico, por decirlo así, « que el papa no tiene derecho de examinar y decidir las cuestiones teológicas que pueden suscitarse en la iglesia; y que toda su autoridad se reduce á imponer silencio á las partes litigantes, hasta que se celebre un concilio general. »

Jamás me determinaré á atribuir á un hombre, no menos célebre por sus virtudes que por su talento, estos criminales errores, desenterrados de no sé qué manuscrito cuarenta y un años despues de su muerte. Sobre este punto nada puede hacer vacilar mi creencia, y aun cuando se me enseñase la letra de Bossuet, diria que se habia fingido.

No escandalizaria menos (suponiendo siempre la verdad de la narracion) saber la verdadera razon que

(1) Docum. justific., pág. 425.

decidia á Bossuet á desear que su obra no se publicase, y que confió á su sobrino cuando vió cercana su muerte. «Expondria, dice, la corta reputacion que habia ganado con sus obras; pues aunque en esta sostenia la buena causa....., era de temer que la corte de Roma confundiese este libro con todo género de anatemas: que Roma no tardaria en olvidar todos sus afanes y servicios anteriores; y que su memoria no dejaria de ser combatida y tachada *cuanto pudiese serlo de parte de Roma* (1).»

Aquí me encuentro desembarazado, porque no habiéndosenos transmitido este famoso discurso sino por conducto del sobrino, basta decir *que miente*, y Bossuet queda absuelto. Cuatro años despues de la muerte de este prelado se niega el sobrino á publicar la *Defensa de los cuatro articulos*, precisamente por las mismas razones, pero sin decir una palabra de la última voluntad de su tio. «Hay que imprimir aun otras obras del señor obispo de Meaux que era preciso publicar antes, á fin de que mereciesen la aprobacion de todo el mundo y de Roma *misma* (2); en vez de que, añade, si se principia por una obra *odiosa* (3), se exasperará á Roma y á todos sus partidarios (4), y acaso se provo-

(1) Docum. justific. del libro VI, *ibid.*, pág. 418.

(2) Este partido dice siempre: *la misma Roma*, como si se dijera: *la misma Ginebra*.

(3) Esta sencillez no tiene precio: no sabe lo que dice.

(4) Así Roma no es mas que una faccion ó una sociedad que tiene sus partidarios.

»carán sus censuras, aunque injustas (1); lo que haría
»por lo menos sospechosas las obras del señor obispo de
»Meaux (2).»

Si no se quiere admitir la suposición de que mintió el sobrino, no hay medio; es preciso creer que Bossuet murió protestante, y la cuestión se reduce á averiguar de qué lado se encuentran las mayores probabilidades.

Desde luego se halla en este discurso *la corte de Roma*, en lugar de decir *la santa sede ó el papa*: aquella es una expresión clásica entre los protestantes. No es raro encontrar entre ellos ciertos teólogos que tienen la buena-fé de no negar á la silla de Roma cierta primacía: solo se quejan de *la corte de Roma*; y esta distinción es de una utilidad maravillosa; pues cuando el sumo pontífice condena los errores de otros, su decisión procede realmente de *la santa sede*, y nada hay más sagrado; pero si llega á condenar sus mismos errores, entonces las bulas solo proceden de *la corte de Roma*, y no pueden mirarse sino como intrigas de corte, que merecen el desprecio y nada más.

¿Y qué diremos de Bossuet á la hora de la muerte, previendo *toda especie de anatemas de la parte de Roma*, y declarando que su memoria podía ser manchada *cuanto pudiese serlo de la parte de Roma*, es decir, sin duda *muy poco*? Pero en este caso ¿á qué tanto miedo,

(1) Eso por supuesto. Las censuras de Roma nada son en sí mismas: es menester saber si son justas.

(2) Esta es una versión moderada de la otra expresión: *Roma las condenaría cuanto puede Roma condenar*.

y á qué decir antes que estos anatemas expondrían la corta reputacion que se habia adquirido?

Seria un espectáculo muy singular ver á un obispo moribundo, dando lecciones de desprecio y de rebelion contra la cabeza de la iglesia; suponiendo que la santa sede puede determinarse por motivos puramente humanos, dejarse llevar de todas las preocupaciones, y ceder á todas las debilidades de una autoridad temporal, condenar por capricho ó por venganza y en fin acerca de las cuestiones mas importantes y en las circunstancias mas solemnes fulminar decretos miserables dirigidos por el odio, y dañinos *cuanto pudiesen dañar*, como el arma de un asesino.

No permita Dios que yo crea, ni aun que suponga por un instante, que de la boca de Bossuet moribundo saliesen palabras culpables. Pero la relacion falsa que se nos ha hecho, me proporciona la ocasion de corregir un error ó una ridiculez que se halla con mucha frecuencia en los escritos de ciertos teólogos franceses; y es la perfecta igualdad que establecen entre la iglesia romana y la iglesia galicana. *Así se piensa*, dicen ellos, *en Roma; pero en Francia pensamos de otra manera*; sin suponer jamás que la autoridad de la santa sede añada algun peso á la balanza. Si se trata de un punto de doctrina que toca á esta misma autoridad; entonces triunfan, y deducen que el papa no tiene derecho para decidir en su propia causa, ó que nosotros le tenemos para desconfiar de él y resistirle, como si no hubiese superioridad gerárquica ni promesa divina en su favor; de donde resulta evidentemente que no hay orden, ni sobe-

ranza en la iglesia, porque es una máxima de derecho público universal, sin la cual no puede subsistir ninguna sociedad, que toda soberanía y aun toda jurisdicción legítima tiene derecho de conservarse, de rechazar las embestidas que se le dan, y de castigar los ultrajes que recibe. Un tribunal castiga á quien le falta al respeto: el soberano condena á muerte al que se ha conjurado contra él. ¿Se dirá por ventura que son sospechosos porque obran en su propia causa? En este caso no habria gobierno. ¿Por qué pues la autoridad ciertamente divina no habia de gozar de los derechos que nadie ha soñado siquiera disputar á la menor potestad temporal, sujeta á todos los errores, á todas las debilidades y vicios de nuestra infeliz naturaleza? No hay medio: es preciso negar el gobierno, ó someterse á él.

La historia de la *Declaracion*, llamada *del clero de Francia*, la de la *Defensa* de esta declaracion y todos los documentos relativos á estos dos objetos son indisputablemente lo mas fatal que ha podido imprimirse contra la memoria de Bossuet.

¡Oh! ¿por qué no ha de poder leerse en su testamento aquel pasaje con que termina el de su inmortal rival!

«Yo someto á la iglesia universal y á la sede apostólica todos mis escritos, y condeno cuanto pudiera haberseme escapado mas allá de los verdaderos límites; mas no debe atribuírseme ninguno de los escritos que puedan imprimirse en mi nombre. Yo no reconozco mas que los que se han impreso bajo mi direccion, y han sido reconocidos por mí en vida. Los demas po-

»drian no ser míos y atribuirseme sin fundamento, ó
»estar mezclados con otros extraños, ó ser alterados por
»los copiantes (1).»

La misma sabiduría ha dictado estas palabras, que convenian mucho mas á Bossuet, el cual dejaba á su muerte una obra que no queria publicar, y un sobrino á quien debia conocer. Pero por tributo á su extraordinario talento y á los inestimables servicios que prestó á la iglesia y á las letras, debemos nosotros suplir lo que no escribió en su testamento. A todo hombre recto é ilustrado toca condenar cuanto él condenó, y despreciar todo lo que despreció, aun cuando su caracter, del cual nadie prescinde enteramente, le hubiese impedido hablar con bastante claridad durante su vida. A nosotros sobre todo nos toca decir á cualquier editor indigno, sea el que quiera su nombre y su color: *Abi quò libuerit*, A ninguno de estos fanáticos oscuros corresponde mancillar la memoria de un grande hombre. Entre las obras que no publicó él por sí mismo, todo lo que no es digno de Bossuet, no es de Bossuet.

En resumen *los cuatro articulos* presentan sin contradiccion uno de los monumentos mas tristes de la historia eclesiástica. Fueron obra del orgullo, del resentimiento, del espíritu de partido y sobre todo de la debilidad, hablando con indulgencia. Son una piedra de escándalo echada al camino de los fieles dóciles y sencillos: no sirven mas que para hacer sospechoso el pastor á

(1) *Testamento de Fenelon*, en sus obras. París 1810, en 8.º, tom. 1, pág. 354 y 355.

sus ovejas, para sembrar la turbación y la división en la iglesia, para desencadenar el orgullo de los novadores, y hacer difícil ó imposible el gobierno de la iglesia: tan viciosos en el modo como en la sustancia no presentan mas que enigmas pérfidos, cada una de cuyas soluciones da materia á disensiones interminables y á explicaciones peligrosas: no hay rebelde que no los lleve en sus banderas. Para caracterizarlos de una vez basta recordar cuánto los estimaba el terrible usurpador, que no há mucho puso en peligro todas las libertades de la Europa, y que se distinguió sobre todo por su odio implacable á la gerarquía católica. *Con solo el segundo artículo*, decia (y es bien seguro), *puedo yo pasarme sin el papa*. No se engañaba, y aunque vituperemos su furor, es menester admirar su perspicacia. Esperemos, y aun creamos, que la venerable mano de un hijo de san Luis no firmará jamás estos mismos artículos, que parecieron fundamentales al destructor de la santa gerarquía y de la monarquía legítima, al enemigo mortal de la iglesia, al aborrecido carcelero del sumo pontífice. Si este espantoso fenómeno llegase á verificarse; seria una calamidad para la Europa. Mas no lo veremos jamás.

La Defensa de estos artículos no puede ser mejor que los mismos artículos. Que la *mandase hacer* un gran príncipe, como quien manda construir un coche ó un reloj, es una desgracia. Que un hombre famoso dijese: *Aquí estoy yo*, es otra desgracia mayor que la primera; mas todo importa poco para la verdad, que no reconoce soberano. Además esta Defensa es ajena de su autor, que la tuvo bajo llave veinte años sin determi-

narse á imprimirla: durante este tiempo la sujetó á mil transformaciones, y al fin murió cuando estaba preparando la última, que debia presentar una obra enteramente diferente: no faltaba mas que reunir los materiales ya dispuestos, cuando algunos depositarios infieles los hicieron desaparecer. Cercano ya á la muerte entrega la Defensa á su sobrino, declarándole del modo mas solemne que jamas debe tener otro editor, si es permitido expresarse así, que el rey, al cual solo debe entregarse. Pero este se obstina en no recibirla: al fin despues de seis años de *urgentes instancias y de humildísimas súplicas* Luis XIV recibe el manuscrito *velut aliud agens*,⁹ y á poco tiempo le deja salir de sus manos para pasar á una biblioteca extraña, de donde es rechazado á la del rey por manos revolucionarias que no saben lo que tocan, ni lo que hacen. Allí es donde se descubre al pie de la letra en 1812. Pero antes ya por copias sacadas contra todas las reglas de la delicadeza y aun de la probidad se habia publicado furtivamente la obra como una novela de Crebillon ó una disertacion de Freret, con desprecio del decoro, de la voluntad mas solemne del autor y de la del gobierno que habia dado existencia al libro. Yo no veo cosa tan nula como esta obra, y mirándola como tal, se tributa á la memoria de Bosuet todo el honor que merece.

CAPÍTULO X.

SOBRE UNA PREOCUPACION FRANCESA RELATIVA Á LA DEFENSA DE LA DECLARACION.

Es opinion bastante comun en Francia que *la Defensa de la declaracion* pasa por una obra sin réplica aun en Italia; y esta preocupacion ha producido en un libro que he citado ya, un capítulo tan extraño, que merece traerse á la memoria. Esto servirá de leccion á los que puedan creer que la preocupacion sabe leer, y que puede uno fiarse de ella, á lo menos para copiar un libro. En la obra del difunto arzobispo de Tours *sobre las libertades de la iglesia galicana* se lee lo siguiente:

«El cardenal Orsi, recomendable por la sencillez de sus costumbres (1) y por una sabia historia de los seis

(1) Este elogio, que podria convenir á una religiosa, no es propio tal vez de un hombre como el cardenal Orsi. A lo mas despues de haber alabado sus conocimientos y sus virtudes, podria haberse añadido *pro coronide*. Una suma sencillez de costumbres realzaba tanta ciencia y tanto mérito.

»primeros siglos de la iglesia, publicó en 1741 un tratado en favor de la infalibilidad del sumo pontífice (1). En el prólogo de esta obra confiesa que tanto en Roma como en otras ciudades de Italia muchas personas de ciencia y de probidad le habian declarado que la tesis de la infalibilidad del papa no podia ya defenderse por los teólogos romanos, y que debian abandonarla como una causa perdida y desesperada.... Seria de desear que los adversarios modernos de la doctrina del clero de Francia sobre la potestad eclesiástica hubiesen imitado el candor del cardenal Orsi, y conocido la confesion que creyó debia hacer en el principio de su obra.»

Es certísimo que el cardenal Orsi refiere *con candor*, y en los términos que se acaba de oír, que cuando á los treinta años de la muerte de Bossuet apareció de repente la *Defensa de la declaracion* sobre el horizonte de Italia, como un meteoro amenazador; la inmensa reputacion de Bossuet excitó desde luego una especie de espanto teológico; cosa la mas natural del mundo; pero véase lo que el mismo cardenal añade inmediatamente:

«Examiné pues la cuestion en silencio, porque no queria emprender una refutacion, sin cerciorarme antes.... Mas en fin, despues de haber pesado con suma atencion todo lo que se habia dicho por una y otra parte, hallé tanta fuerza en los numerosos argumentos que confirman la autoridad irreformable de las de-

(1) El señor arzobispo se olvida de decir que esta obra del cardenal es una refutacion de la obra de Bossuet línea por línea; pero consiste en que segun todas las apariencias no la habia leído.

»cisiones dogmáticas emanadas del sumo pontífice, y
»tanta debilidad por el contrario en las autoridades que
»nos oponen nuestros adversarios....; que los dogmas
»mas auténticos de nuestra fé no estan, en lo que yo
»soy capaz de juzgar, fundados en razones mas decisi-
»vas, ni sujetos á objeciones mas ligeras (1).»

No será tampoco inútil poner á la vista de los lectores algunos de los cumplimientos que el cardenal Orsi dirige á Bossuet, á medida que se le presenta la ocasion en el curso de su obra. «Para hacer ver en toda su «claridad lo *absurdo* de la proposicion asentada por Bossuet, voy á presentar otra &c. (2).»

«¿Quién podria dejar de despreciar la *nullidad* de este futil argumento (3)? ¿Y con tales argumentos os atreveis á probar &c. (4)? ¿Con qué cara reprende aquí

(1) «Rem ergo tacitus considerabam, nec enim animus erat imparatum rem tantam aggredi.... At postquam omnia quæ utrimque allata fuerant..... diligentissimè contulissèm..... tanta ad adstruendam romani pontificis in sanciendo fidei dogmatibus summam et ineluctabilem auctoritatem... mihi se obtulit gravissimorum argumentorum copia, contra verò ea quibus ab adversariis eadem sedis apostolicæ auctoritas impetebatur, speciatim collata cum nostris adeò levia visa sunt, ut quantum ego sentio, alia fidei nostræ certissima dogmata nec gravioribus niti momentis, nec levioribus premi difficultatibus videantur. (*Joan. Aug. Orsi ord. præd. De irreformabili romani pontificis in definiendis fidei controversiis judicio: Romæ, 1774, in 4.º tom. 1, præf. p. 5 y 6*)»

(2) «Ut verò illius (*thesis* absurditas magis comperta sit &c. Orsi, *ibid. lib. VI, cap. VI, pág. 54.*»

(3) Quis meritò non contemnat tam futilis argumenti vanitatem? Cap. VIII, art. II, pág. 45.

(4) «Hiene argumentis probare audes &c.? Ibid. cap. IX, art. I, pág. 55.

»Bossuet al papa Eugenio &c. (1)? ¿Y es lícito burlarse así de la sencillez de los lectores, ó abusar hasta este punto de su tiempo y su paciencia (2)? Basta de bur-las; pero aun vamos á oír otras fábulas (3). Preciso es »que unos varones tan graves se hallen muy escasos de »razones sólidas, cuando se ven obligados á recurrir á »semejantes ineptías y vaciedades (4). ¿No se aver-güenzan Bossuet y Natal Alejandro de presentarnos »como una prueba las escenas burlescas de Basilea &c. (5)?»

»Es preciso confesar que esta cuestion es muy in-digna del juicio y de la prudencia del obispo de Meaux; »¿y qué lector, despues de cuanto se ha dicho, podrá »dejar de reirse de un hombre que propone formalmen-te una proposicion verdaderamente risible &c. »&c. (6)?»

(1) «Quâ fronte Bossuetius Eugenium vellicat &c? Ibid., art. I, pág. 43.

(2) «Itane lectorum simplicitati illudendum est, aut eorum patientiâ et otio abutendum? Lib. VI, cap. IX, art. I, pág. 58.

(3) «Apage ludibris! Sed nondum commentorum finis. Ibid.»

(4) «Magna profectò esse oportet gravium argumentorum penuria, quando ad hæc tam inepta et inania viri gravissimi rediguntur. Ibid. pág. 59.

(5) «Hosne ludricos sanè et scenicos actus Bossuetius et Nat- Alexander proferre non pudet? Ibid. cap. XII, art. VI. pág. 95 y 96.

(6) «Indigna profectò per se Meldensis episcopi judicio et gravitate ejusmodi quæstio est quis enim postea quæ hactenus disseruimus non rideat hominem, seriò quæstionem hanc sanè ludicram proponentem? Ibid. cap. XIX, pág. 3.

Ahora ¿creeré yo que un obispo francés haya podido á sabiendas falsificar una cita? ¿que teniendo á la vista el pasaje del cardenal Orsi, haya copiado solo una parte, y omitido la otra, para hacerle decir todo lo contrario de lo que dijo? ¿que nos haya presentado contra su conciencia *el candor* con que refiere la primera sensacion causada por el libro de Bossuet, en vez del *candor* reflexivo con que se confiesa vencido &c.? Dios me libre de hacer una suposicion tan injuriosa á la memoria de un prelado, que se equivocó como otros muchos; pero cuyas intenciones eran puras, y que sembró en su libro verdades útiles (1). Pero vease cómo se lee y cómo se cita cuando la pasion sirve de lector ó de amanuense: á lo que se agrega que, hablando generalmente, se lee mal en nuestro siglo, ¿Cuántos hombres tienen ánimo en el dia para leer de seguida cuatro volúmenes en cuarto, y escritos en latin? Esto merece atencion. Se sabe bien el latin (¿quién lo duda?); pero acaso no se sabe tan bien como antes, y aun empieza ya á cansar un poco. Se abre un libro, se lee en las primeras páginas «que cuando apareció la obra de Bossuet, muchos hombres instruidos creyeron que los teólogos romanos habian sido derrotados irremediablemente.....» Seria inútil pasar adelante.....; ó tal vez un copiante subalterno llevará este texto y hará que se le paguen como un hallazgo, resultando de ahí lo que se acaba de leer. Otros escritores lo citarán lue-

(1) Se debe por ejemplo distinguir esta máxima: *La opinion de la infalibilidad del papa no trae ya peligro alguno, y la del juicio particular los tiene mil veces mas* (Ibid. pág. 59).

go (1), y será cosa decidida que el cardenal Orsi convino *candorosamente* que toda la teología romana enmudeció á vista de la *Defensa de la declaracion*; y pronto si Dios quiere se nos probará con textos de Zaccaría ó de los hermanos Ballerini que Belarmino murió calvinista. *Y nuestro candor lo creará.*

(1) Por ejemplo, se encuentra citado de la misma manera el cardenal Orsi en la obra moderna que ya hemos citado: *Exposition de la doctrine galicane &c. par Dumarsais, con un discurso preliminar por Mr. Clavier &c. Paris, 1817, en 8.º*

CAPITULO XI.

**SEPARACION INOPINADA DE LA ASAMBLEA
DE 1682. CAUSAS DE ESTA SEPARACION.**

**DIGRESION SOBRE LA ASAMBLEA DE
1700.**

Al fin se disolvió aquella tumultuosa asamblea. Luis XIV que tenia un tacto admirable, sentia el movimiento interior que es natural en todas estas reuniones, y no cesó de temerle. No perdía un instante de vista á la asamblea, y sobre todo no estaba dispuesto á permitirle que obrase por sí sola, ni que hiciese mas de lo que él queria. Esta prudencia le obligó á disolverla en el momento en que ella menos lo esperaba, y por razones que merecen explicarse.

La asamblea no habia sido convocada mas que para examinar la autoridad del papa. Sobre este punto todos los monumentos estan de acuerdo, y aun el sermón de apertura tan universalmente conocido y tan justamente admirado indica del modo mas claro aquel objeto: pero esta misma asamblea, despues de haber fallado so-

bre un dogma fundamental, se aprovechó de la ocasión para examinar también la moral, y censurar los errores que podían haberse introducido en la enseñanza de la primera de las ciencias, la teología moral. Este examen se encargó á una comisión, y naturalmente fue elegido Bossuet para presidirla.

Inmediatamente se dedicó este con su actividad y su facilidad ordinarias al trabajo que debía preparar las censuras: recogió todas las proposiciones reprensibles, y las arregló en el orden mas sistemático (1).

En el prólogo de este trabajo habia ensalzado hasta las nubes á la iglesia romana, y en particular á los papas Alejandro VII y á Inocencio XI, que ya habian pronunciado iguales censuras: por desgracia estos brillantes elogios encubrian unos actos, que sin grande injusticia hubieran podido mirarse en Roma como malos procederes respecto de la santa sede.

Los dos papas que se acaban de nombrar, habian condenado estas proposiciones escandalosas, y todo el mundo se habia sometido; y ciertamente no habia cosa mas inoportuna que volver á tratar sobre estas cuestiones y rehacer lo que el papa habia hecho, como si sus decretos hubieran sido imperfectos ó insuficientes.

Añádase que perteneciendo los autores censurados á diversas naciones, era mucho mas regular que fuesen condenados por el pastor universal, que por una asamblea de obispos, miembros de una iglesia particular, y completamente faltos de *la sollicitud universal*.

(1) Véase para todos estos pormenores la *Historia de Bossuet*, lib. VI, núm. 24.

Yo no digo que unos obispos, y aun unas simples academias de teología, no tengan derecho de condenar tal ó cual proposicion donde quiera que se halle; pero aqui se echan de ver un tono, una tendencia y una pretension extraordinarias, que aspiran á la generalidad y tienen traza de equipararse á la santa sede. Puedo sin duda equivocarme; pero si pueden citarse otros ejemplos de obispos particulares que hayan juzgado un sistema general de escritores de todas las naciones, no será á lo menos cuando el sumo pontífice *habia hablado ó iba á hablar*.

Leemos en una carta de Bossuet: « Nuestra intencion es preparar el camino para una decision que nos »dé *aquí* la paz, y que afirme enteramente la regla de »las costumbres (1).» Podria preguntarse: ¿ á qué venia el hablar de *paz* cuando no habia guerra? Parece que en Francia se disputaba sobre la moral, y que la regla de las costumbres estaba en peligro: sin embargo el hecho es que entonces se sabia en Francia acerca de la moral tanto como se sabe hoy allí y en todas partes, y que semejantes cuestiones no agitaban, ni podian agitar á la nacion.

Pero la asamblea tenia miras que importa aclarar. Segun la carta de Bossuet al Sr. Dirois, que acabo de citar, los prelados tenian dos intenciones subalternas: debían pedir al papa la confirmacion de sus propias decisiones, y ademas suplicar á su santidad que convir-

(1) *Historia de Bossuet*, tom II, lib. VI, núm 24, pág. 223. *Carta al Sr. Dirois*.

tiese en una bula los decretos de la inquisicion dados sobre las mismas proposiciones (1).

No obstante con esta hábil conducta hubiera obtenido la asamblea que el papa hubiese convertido en bula dogmática la censura que aquella preparaba, supuesto que no debía ser mas que la repeticion de los decretos de la inquisicion: se deja conocer que la santa sede no podia prestarse á este convenio.

Es digno tambien de notarse, y este es el punto principal, que las proposiciones denunciadas á la asamblea y sometidas á su censura se habian sacado en muy gran parte de obras de teólogos jesuitas; lo que merece tambien particular atencion.

El resultado pues de esta ruidosa censura hubiera sido el de conducir al clero de Francia á escribir una nueva *carta provincial*; pero Luis XIV., entonces bien aconsejado, juzgó que habia ya bastantes con diez y ocho. Por otra parte su embajador en Roma le manifestó todo lo que podia temerse de esta asamblea en aquel

(1) Bossuet ha notado mas de una vez en sus escritos sobre este negocio *que los decretos de la inquisicion no hacian ninguna fe en Francia; y no hay cosa mas cierta; de modo que nadie tiene derecho á criticarle sobre este punto.* No obstante en el fondo es preciso confesar que la pretension de los franceses de no reconocer ninguna de las congregaciones romanas era tambien una cosa muy extraña. Pues ¿no es dueño el papa de organizar sus tribunales como le parece? ¿Está obligado á expedir una bula contra cada proposicion indecente ó errónea, que la debilidad humana puede producir en el mundo? Y en fin la resistencia á reconocer el fallo de un tribunal romano ¿no equivalia á la que en Roma se hubiese hecho de reconocer los decretos de un parlamento francés?

momento de entusiasmo que siempre acompaña á toda acometida dada impunemente contra la autoridad legítima. Asi disolvió de repente la asamblea con tanta prudencia y tan á tiempo, que casi puede perdonársele haberla convocado.

De este modo terminó aquella famosa asamblea, que hubiera hecho á la iglesia una herida incurable, si la iglesia pudiera recibirlas de tal naturaleza. Por desgracia Luis XIV con despedir la asamblea no extinguió su espíritu; y como subsistia siempre el mismo proyecto, se reprodujo en el año 1700; y entonces fue engañado Luis XIV, como lo son siempre los buenos príncipes, de cuyas buenas cualidades se abusa. Mostráronle algunas proposiciones detestables, y dijo: *son detestables*; y como no hay cosa mas natural que condenar lo que merece condenarse, dejó obrar con libertad. Sin embargo toda aquella censura estribaba sobre un enorme sofisma. La asamblea partia del principio *que la iglesia se hallaba en peligro por los ataques de los dos partidos opuestos, el jansenismo y la moral laxa*, y que la equidad exigia una condenacion recíproca de los dos partidos; pero por el contrario no habia cosa mas injusta que esta proposicion.

El jansenismo era ciertamente *un partido, una secta* en todo el rigor de la palabra: sus dogmas eran tan conocidos como su resistencia á la autoridad, y estaba solemnemente condenado por la iglesia; pero *la moral laxa* de ningun modo era *un partido*, porque donde no hay hombres no hay *partido*: dar este nombre en las circunstancias de que hablo, á ciertos libros viejos

que nadie defendia, era una injusticia, una crueldad, un solecismo.

Ademas esta voz de *moral laxa*, gracias á los artificios de un partido poderoso y á la oposicion en que se le colocaba respecto de los jansenistas, no era para el público mas que una cifra que significaba *jesuita*.

Sé lo que nos dice Bossuet como intérprete de los sentimientos de la asamblea: «que si se hablaba contra »el jansenismo sin reprimir al mismo tiempo los errores del otro partido, la iniquidad manifesta de una »parcialidad tan visible haria despreciar el fallo y creer »que se habia querido disimular la mitad del mal (1).»

No me cansaré de repetirlo: Bossuet no tiene un admirador mas sincero que yo: conozco lo que se le debe; pero el respeto que he profesado á su brillante memoria, no quitará que yo convenga en que se equivocó aqui, y evidentemente.

La iniquidad manifesta se hallaba por el contrario en el sistema que suponía dos partidos, dos sectas en la iglesia, opuestos y correlativos, igualmente culpables é igualmente dignos de censura. ¿Cuál era en efecto *el partido* que se contraponía al jansenismo? La opinion no hubiera vacilado un momento: eran los jesuitas. En vano el hombre mas perspicaz nos dice en la página precedente para poner á cubierto las actas de la asamblea: «el mal es tanto mas peligroso, cuanto que sus »autores son sacerdotes y religiosos de todas las órdenes »y todos los hábitos.» A nadie engañará esta precau-

(1) *Historia de Bossuet*, tom. IV, lib. XI, núm. XI, pág. 4.
T. 7.

cion: Pascal no cita á franciscanos, ni capuchinos; apelo á la conciencia de todo hombre que la tenga: la expresion se dirige naturalmente contra los jesuitas, y es imposible suponer otra cosa. La voz sola de *parcialidad* no deja duda sobre este punto: ¿cómo puede el juez ser *parcial*, si no hay dos partes que litiguen?

Pues esta suposicion es la misma injusticia. *Cuando dos facciones dividen un imperio*, es preciso ver si alguna de ellas reconoce al *imperio*, si va con el *imperio*, si hace profesion de obedecerle; y entonces ya no puede confundirse con la otra, aunque el zelo mal entendido, ó el espíritu de cuerpo, ó cualquier otra enfermedad humana que se quiera imaginar, le haga incurrir en alguna falta; porque las faltas en casos de esta especie, como se han en siempre en los dos partidos, se anulan recíprocamente; y entonces ¿qué es lo que queda? De una parte el error, y la verdad de la otra. Ya sé que es muy frecuente decir: *yo no soy ni jansenista ni molinista* pero es lo mismo que si se dijera: *yo no soy ni calvinista, ni católico* (1).

¿Sostenian los jesuitas algun sistema con menosprecio de los anatemas fulminados por las dos potestades? ¿distinguián entre el *hecho* y el *derecho*? ¿se atrincheraban en el *silencio respetuoso*? ¿ponian en cuestion si la iglesia tiene derecho para juzgar de un libro? ¿de-

(1) Esto no significa de ningun modo que para ser católico haya de ser uno molinista, sino solamente que el jansenismo es una herejía, en vez de que el molinismo es un sistema católico, y por consiguiente que es ridículo é injusto contraponer las dos teorías como dos excesos igualmente apartados de la verdad.

cian como Pascal: *Lo que se ha condenado en Roma y en el consejo del rey, es aprobado en el cielo?* No, ninguna de las dos potestades los halló jamás inobedientes. Asi el paralelo solo de ellos con sus enemigos era una injusticia palpable; y este paralelo se habia hecho formalmente, pues que se presentaban libros de escritores jesuitas como un complejo, un partido, una secta que se ponía en equilibrio con la otra.

No solamente era inícuca esta censura simultánea, sino que ofendía la delicadeza que debia suponerse en una asamblea semejante; y no dudo que unos procedimientos tan crueles indignaran en aquel tiempo al episcopado frances en general (cuerpo el mas noble de la Europa).

Siempre se ha metido mucho ruido con la *moral laxa*; pero es preciso saber que las opiniones de este género que se atribuyen á los jesuitas, no son tanto suyas en general, como de los teólogos que les precedieron, ó de sus contemporáneos, cuyas huellas siguieron únicamente. Antes de los jesuitas, grandes teólogos de la orden de Santo Domingo, como Bartolomé de Medina, Pedro Gonzalez, comentador de Santo Tomas, Bañez, célebre español, confesor de Santa Teresa, habian enseñado ya el probabilismo, que se pinta como el padre de todas las opiniones laxas; y este sistema no tuvo enemigos mas decididos ni mas hábiles que Tirso Gonzalez y Comitolo, ambos jesuitas, y el primero general de su orden.

Mas ya que se ofrece la ocasion, añadiré sobre este punto algunas palabras que creo útiles. No hay ningun

carácter grande que no propenda á alguna exageracion. El hombre en extremo prudente será algunas veces débil y otras disimulado: el valor exaltado raya en la temeridad &c. Tal es la ley de nuestra flaca naturaleza, y es preciso saberla sufrir. Si alguna vez se hallan reunidas en un mismo sugeto cualidades sublimes y de un carácter opuesto en un perfecto equilibrio; es un prodigio, que de cuando en cuando viene á honrar á la humanidad; pero sin dar ninguna esperanza á la mayor parte.

Las naciones, que son corporaciones grandes, y las corporaciones, que son naciones pequeñas, estan sujetas á la misma ley. Es pues imposible que una sociedad tan numerosa, tan activa y de un carácter tan decidido como la de los jesuitas, ardiendo en fé, en zelo y en proselitismo, sin trabajar, ni pensar, ni existir sino para adquirir conquistas á la iglesia, atraerse todos los ánimos, obtener la confianza de todos, allanar todos los caminos, y apartar todos los obstáculos, respirando indulgencia, y llevando en sus banderas la divisa del apóstol: *Todo para todos* (1); es imposible, digo, que esta órden no haya producido de vez en cuando (lo creo sin haberlo comprobado) algunos hombres demasiado inclinados á someter la moral rígida é inflexible de suyo al soplo abrasador de una caridad ambiciosa, para doblegar la regla hasta cierto punto á los tiempos, á los lugares y á los caracteres, y ganar así hombres á toda costa; lo que no es lícito.

(1) *I. ad Cor. 9, 22.*

La prueba de que la órden entera no habia cesado jamas de profesar los verdaderos principios, es «que ninguna órden religiosa se hizo mas recomendable que la de los jesuitas, por la regularidad de sus costumbres y por la severidad de su régimen (1).» El mismo Pascal no pudo menos de tributar un homenaje forzado á la conducta de la compañía, aunque con mucha malicia procurase convertir su misma confesion en sátira (2). Federico II, cuando examinó á los jesuitas en su reino, no titubeó en decir: *Yo no conozco sacerdotes mejores* (3); y lo notable es que segun observacion de un juez bonísimo, hasta los casuistas de esta órden, notados todos individualmente por algunas proposiciones laxas, fueron «por confesion de sus enemigos hombres tan recomendables por la pureza de sus costumbres, como por una sincera piedad (4).»

Ahora cuando el cuerpo es tan estimable, si llega á faltar un individuo, ¿cuál es el deber de la autoridad? Amonestarle y corregirle. ¿Y cuál es el deber del cuerpo? Someterse sin defender nunca al individuo. Todo esto se habia hecho. El papa habia condenado las proposiciones laxas: los jesuitas se habian sometido religiosa-

(1) *Historia de Bossuet*, lib. VI, núm. 24, pág. 226.

(2) *Cartas provinciales*, carta VI.

(3) *Cartas de Federico II, rey de Prusia, á Voltaire*. En las obras de Volt., tom. 86, edic. de Kell, pág. 248 y pág. 286, *ibid.*

(4) *Historia de Bossuet*, tom. IV, lib. XI, pág. 30. Es sumamente chistoso oírnos á los mundanes declamar contra la moral laxa. No tardaria en variar de aspecto la sociedad si cada uno se sujetase á practicar solamente la moral de Escobar, sin propasarse nunca á cometer mas faltas que las que él excusa.

mente; y en cuanto la autoridad habló, jamás les aconteció defender ninguna de las proposiciones condenadas. ¿Qué significaba pues esta severidad *dura*, y casi diré *grosera*, que intentaba rehacer la obra del papa, sacar otra vez por fuerza á la escena á una órden respetable, y afligirla con la inútil censura de ciertas proposiciones asentadas por algunos individuos de aquella sociedad, que mucho tiempo hacia habian muerto en los brazos de la iglesia?

Luis XIV, á quien se manifestaron estas proposiciones sueltas y separadas de toda otra consideracion, se indignó con razon y dejó el campo libre á la asamblea. Mas si algun consejero prudente le hubiese dicho: «Señor, estas proposiciones perdidas en algunos libros viejos, cubiertos de polvo, que ni son de nuestro siglo, ni de la Francia, serian enteramente desconocidas, si no las hubiese desenterrado la malicia de un hombre, cuyo libro mandó el consejo de V. M. quemar por mano del verdugo en virtud de parecer de una junta de obispos y de arzobispos (1); mas hoy que se han publicado y son conocidas en todas partes, la santa sede las ha condenado, y los jesuitas se han sometido en un todo á estos decretos, señaladamente en cuanto á aquellas proposiciones que los escritores de su órden han asentado. Señor, es una máxima sagrada de la jurisprudencia criminal: *Non bis in idem*; lo que significa: *que no se trate*

(1) *Las cartas provinciales*. Bourdaloue en uno de sus sermones hizo una excelente crítica de este libro en estas breves palabras: *Lo que todos han dicho bien, ninguno lo ha dicho: lo que uno solo ha dicho mal, todos lo han dicho.*

»*jamás dos veces de una misma culpa.* Aun cuando la
 »justicia haya castigado débilmente, la misericordia le
 »prohibe corregirse. Por otra parte, si la cualidad de
 »las personas debe tomarse en consideracion cuando se
 »trata de castigar ó afligir, ¿hubiera V. M. castigado del
 »mismo modo un a indiscrecion del mariscal de Turena,
 »que la de un oficial jóven, sin mérito y sin nombre?
 »Los jesuitas gozan de vuestra confianza; ¡y por cuán-
 »tos afanes la han justificado! ¿qué no han empre-
 »dido en servicio de la religion y del estado? Mien-
 »tras yo estoy hablando, acaso algunos jesuitas son de-
 »vorados en los bosques de la América, ó arrojados en
 »el Japon en las espantosas fosas. ¿Por qué pues, se-
 »ñor, contristarlos con esta inútil censura, que la ma-
 »ledicencia hará ciertamente recaer sobre la sociedad
 »entera? Una secta que V. M. detesta justamente, se
 »consolará de vuestro odio, al ver que con la aproba-
 »cion real se ponen en parangon con ella unos hombres
 »apostólicos que gozan de vuestra estimacion; y se val-
 »drá de este odioso paralelo para hacer creer á la mul-
 »titud que nada distingue, que aqui se trata de dos sec-
 »tas igualmente odiosas á la iglesia galicana, cuyos
 »anatemas hieren al mismo tiempo á entrambas.»

¿Es creible que Luis XIV, ilustrado de esta mane-
 ra, hubiera dejado el campo libre á la asamblea, y que
 no hubiera sabido reprimirla, como lo hizo en 1682?
 (porque siempre era la misma.) Pero no habiéndole he-
 cho nadie estas reflexiones se dejó engañar de las apa-
 riencias: solo que como la prudencia no le abandonaba
 jamás del todo, mandó que no se nombrase á nadie.

En esta asamblea ocurrieron cosas que merecen revelarse.

1.º Bossuet propuso con la mayor formalidad que se condenasen las obras de dos cardenales (Sfondrati y Gabrielli), cuyo juez natural era el papa, y por cuya orden se estaban examinando á la sazón los libros (1). Es verdad que esta proposición fue desechada por la asamblea; pero al fin llegó á hacerse; y por este ejemplo puede inferirse qué idea tenía Bossuet, no digo de sí mismo, sino de la asamblea donde se encontraba.

2.º Habiendo llamado los obispos diputados á San German cierto número de doctores de teología, para que les sirviesen de consultores, Bossuet se dignó también de consultarlos; pero le incomodaron mucho con sus objeciones, porque solían no ser de su mismo parecer. « Como estos doctores persisten siempre en su opinión, nos dice el abate Ledieu, el obispo de Meaux »necesitó usar de toda su moderación para sufrir las »observaciones de aquellos, y escuchar sus advertencias (2).»

Sin embargo no fueron vanas todas estas representaciones. Entre las proposiciones jansenistas denunciadas á la asamblea había una cuya censura podía recaer de rechazo sobre la memoria de Arnaldo. Tres de aquellos doctores, todos jansenistas, intrigaron mucho con los obispos *para salvar aquella proposición*, sin disimular la causa, que era *su respeto á la memoria de Arnaldo* (3).

(1) *Historia de Bossuet*, tom. IV, lib. II, núm. 9, pág. 13.

(2) *Ibid.*, tom. IV, lib. XI, pág. 15.

(3) *Ibid. id.*, pág. 15 y 16.

Bossuet acababa de decir á la asamblea con motivo de las proposiciones laxas: « Si contra toda verosimilitud, y por consideraciones que ni quiero suponer, ni admitir, la asamblea se negase á pronunciar un juicio digno de la iglesia galicana; *yo sola* levantaria la voz en un peligro tan urgente: *yo solo* revelaria á toda la tierra una prevaricacion tan vergonzosa: *yo solo* publicaria la censura de tantos errores monstruosos (1). »

Al leer esta alocucion los mas de los lectores se inclinarán á creer que los tres doctores jansenistas van á ser anatematizados. No, Bossuet fue de parecer « que en las circunstancias podia no insistirse sobre la censura de aquella proposicion, y *consintió* en que se suprimiese (2). »

La desigualdad de los fallos y el imperio de las *circunstancias* asombran aquí á cualquier observador. ¿ Dónde puede hallarse una prueba mas decisiva de que allí se hablaba de los jansenistas *pro forma*, y nada mas, y que una fuerza oculta, mas fuerte que Bossuet y que la asamblea, dirigia todos los tiros contra otros hombres?....

3.º Entre las proposiciones sometidas á la censura de la asamblea habia cuatro denunciadas como semi-pelagianas y sostenidas por algunos jesuitas. Dos lo habian sido en su colegio de Clermont, en París, el año de 1685, y las otras dos el de 1699 en Roma en el colegio *Ludovisio*. La asamblea creyó dar un testimonio de consideracion y delicadeza á los jesuitas

(1) *Historia de Bossuet*, tom. IV, lib. XI, pág. 20.

(2) *Ibid.*, pág. 16.

franceses, pasando en silencio sus proposiciones; pero condenó las otras dos que se habian defendido en Roma hacia dos años á la vista del papa que no las habia condenado (1)....

Hombres muy respetables suscribieron esta censura, y hombres muy respetables no se han escandalizado de ello: no sé qué decir. Es preciso absolutamente en casos de esta especie admitir la existencia de algun error envejecido, de alguna preocupacion favorita, en una palabra de algun *cuerpo opaco*, que por un lado ó por otro intercepta los rayos de la verdad.

Me refiero al juicio de la conciencia universal debidamente informada, y dudo que deje de reconocer en estos hechos un rencor del año de 1682.

Si hay algo de inexplicable en la historia de aquellos tiempos y de aquellas cosas; es ciertamente la conducta de Bossuet con respecto al jansenismo. Si solo se examinan sus principios, nadie tiene el menor derecho á dudar de ellos, y aun me atreveria á decir que no se pueden poner en duda sin cometer una injusticia que podria llamarse *crimen*. No solamente convino, dijo y probó que las cinco famosísimas proposiciones se hallaban en el libro del obispo de Iprés, sino que añadió, como lo saben todos los teólogos, *que el libro entero no era mas que las cinco proposiciones*.

Cree uno estar oyendo á Bourdaloue cuando exclama aquel: « ¿En qué pais y en qué parte del universo »han sido recibidas con mas respeto (que en Francia) la

(1) *Historia de Bossuet*, tom. IV, lib. XI, núm. 9, pág. 22.

»bula de Inocencio X y las otras constituciones de los
»papas contra el jansenismo....? En vano los partidarios
»de Jansenio, ya secretos, ya declarados, interpondrían
»cien apelaciones al futuro concilio ecuménico &c. (1).»

En las conversaciones familiares habla lo mismo que
en sus libros. « Los jansenistas son, decía á su secreta-
»rio, los que han acostumbrado al mundo, y sobre todo
»á los doctores, á mirar con poco respeto las censuras
»de la iglesia, no solamente las de los obispos, sino
»hasta las de la misma Roma (2).»

Cuando la Francia vió aquella rebelión burlesca de
las religiosas de *Port-Royal*, que no creían que debían
en conciencia obedecer á la iglesia; Bossuet no se des-
deñó de tratar con ellas de igual á igual, por decirlo
así, y hablarles sobre el jansenismo como hubiera ha-
blado á la Sorbona, en sentido enteramente romano.
Mas cuando se trata de herir al enemigo, detiene visi-
blemente sus golpes, y como que teme tocarle.

A la vista del error *se enardece al punto; pero si ve
á uno de sus amigos inclinarse hácia la nueva opinion,
al instante afecta guardar silencio, y no quiere expli-
carse mas* (3).

Declara á un mariscal de Francia amigo suyo «que
»nada puede excusar el jansenismo; pero añade: «Pue-
»de V. sin dificultad decir mi modo de pensar á quien
»tenga por conveniente; mas con alguna reserva (4).»

(1) *Disert. prélim.*, cap. 78.

(2) *Diario del abate Ledieu* de 15 de enero de 1703.

(3) *Historia de Bossuet*, tom. IV, lib. XIII, núm. 2.

(4) *Ibid.*, tom. I, lib. II, núm. 48.

Los luteranos y los calvinistas no gustan, como ya hemos visto, de que se les llame con este nombre, sin embargo de ser incontestablemente el suyo propio, porque la conciencia les dire que *es falso todo sistema religioso que lleva el nombre de algun hombre*. Por la misma razon los jansenistas debian experimentar una aversion semejante, y Bossuet no rehusa prestarse hasta cierto punto á estas repugnancias del error. «No puede afirmarse, decia, que los que comunmente se llaman »jansenistas (1), sean herejes, pues que condenan las cinco proposiciones condenadas por la iglesia (2); mas hay prazon para echarles en cara que se muestran favorables á un cisma y á unos errores condenados: dos calificaciones que expresamente habia dado yo á su secta »en la última asamblea de 1700.»

(1) Esta expresion que se encuentra en algunos libros modernos, los llamados comunmente *jansenistas*, es muy notable: parece que se suscribe á las dos últimas cartas provinciales, y que se supone que no hay heregia en la iglesia, en virtud de la doctrina de Jansenio. Pero tal vez yo me equivoque.

(2) No puedo creer á pesar de todos mis esfuerzos que Bossuet, á quien justamente se podria llamar *inter acutissimos acutissimum*, haya podido creer por un instante en la buena fé de los jansenistas que condenaban las cinco proposiciones. Ademas esta distincion del libro y de las proposiciones no tiene sentido sino en la hipótesis jansenista, que niega á la iglesia el derecho de decidir dogmáticamente que tal proposicion está en tal libro. Mas despues que la iglesia ha decidido que tenia derecho de decidir, y que ha usado de este derecho de la manera mas expresa, viene á ser absolutamente lo mismo defender las cinco proposiciones; que defender el libro que las contiene; de modo que no sé qué se quiere decir cuando me dicen «que los »jansenistas condenan las cinco proposiciones condenadas por la »iglesia, negando no obstante que se hallen en el libro.»

Y no há mucho que le vimos perdonar una proposición jansenista, ó á lo menos pasarla en silencio, sólo por consideración á la memoria de Arnaldo, después de haber denunciado él mismo á la asamblea *los excesos extremados del jansenismo* (1).

A vista de tanta frialdad pregunta uno qué se ha hecho, cuando se trata del jansenismo, aquel valor grande é impetuoso que prometia poco há *hablar él solo á toda la tierra*. A la vista de uno de los mayores enemigos de la iglesia se busca á Bossuet y no se le halla. ¿Es este hombre el mismo que vimos arrojarle á los pies de Luis XIV para denunciar las *Máximas de los santos*, pidiendo perdon á S. M. de haberle dejado ignorar por tanto tiempo un escándalo tan grande; que deja escapar de sus labios los nombres de *Montano* y de *Priscila*; que habla del *fanatismo* de su colega y del peligro *del estado y de la iglesia*; y en fin que amenaza abiertamente al papa con un rompimiento si no se apresura á obedecer la voluntad de Luis XIV (2)?

¿Y por qué tanto estrépito? Por cosas infinitamente pequeñas que fatigaban los ojos de los examinadores

(1) «La asamblea ha atendido suficientemente á la seguridad de la doctrina contra los excesos extremados del jansenismo.» (*Discurs. de Bossuet, Hist., tom. IV, lib. XI, pág. 22.*)

(2) «Que si su santidad prolongaba este negocio por contemplaciones que no se alcanzan, el rey sabría lo que debía hacer; y espera que el papa no querrá reducirle á extremos tan desagradables» (*Palabras de la memoria dirigida al papa por Luis XIV en la causa de Fenelon, y redactada por Bossuet*). El papa, á quien se dirigió la *Memoria*, era, en dictámen del mismo Bossuet, un pontífice bueno y pacífico, *bonus et pacificus pontifex* (*Gallia orthodoxa, §. 10*).

romanos (1), y que apenas podian producir mas que algunas tesis *en la iglesia* y algunas canciones *en el estado*. Aun aquel á quien pareciese demasiado laical este dictámen (lo cual no vituperaria yo del todo), no podria á lo menos negarme, si es justo, que no habia proporcion ni comparacion alguna entre los errores que descubria el microscopio romano en el libro de las *Máximas* (2), y la herejía mas peligrosa que ha existido en la iglesia, precisamente porque es la única que ha discurrido negar que existe.

¿Qué motivo ó qué resorte secreto obraba en el espíritu del grande obispo de Meaux, y le privaba al parecer, de sus fuerzas á vista del jansenismo? Es muy difícil adivinarlo; pero el hecho es incontestable. Puede suceder que yo no recuerde distintamente, y tal vez que no haya leído todas sus obras una por una; no obstante no creo que contengan ninguna impugnacion vigorosa y solemne de los grandes atletas de la secta: ante ella siempre se le ve

.....*Parcentem viribus atque
Extenuantem illas consultò.....*

y los jansenistas, prevaleándose de esta moderacion, no han dejado de citar á este grande hombre como su orá-

(1) Sabido es que de los veinte examinadores delegados por el papa para el exámen del libro de las *Máximas*, diez le juzgaron ortodoxo.

(2) Errores no obstante muy reales y de que no se puede dudar. El gusanillo invisible que nada en una gota de ácido vegetal, es un animal como la ballena.

culo, y de alistarle en sus filas (1); pero sin fruto. Bossuet nunca fue suyo, y no se podría, sin faltar al respeto y aun á la justicia que se debe á la memoria de uno de los hombres mas grandes del gran siglo, alegar la menor duda sobre la sinceridad de sus sentimientos y de sus declaraciones (2).

Mas ¿por qué esos miramientos constantes con la serpiente, á quien podia tan fácilmente aniquilar con el peso de su talento, de su reputacion y de su influencia? No lo sé.

Lo que sé es que en el mundo moral hay afinidades entre los principios de esta clase, como los hay en el orden físico. En uno y en otro dos principios pueden amarse y buscarse sin ser los mismos; de lo contrario no serian dos diferentes. Trasladando esta teoria á la teología, donde es verdadera como en las demas cosas, no diré yo por ejemplo que un predeterminante rígido sea jansenista (y aun lo contrario está expresamente decidido); pero ninguna persona instruida puede negar

(1) Solamente le han echado en cara el sermón sobre la *unidad*, que les ha parecido escandaloso.

(2) Unicamente está uno tentado por hacer á Bossuet el cargo de que no conoció bien el jansenismo; lo que á primera vista parece una paradoja ridícula en extremo; pero sin embargo nada es mas cierto. Cuando discurre sobre esta secta, jamás habla sino de *las cinco proposiciones*, que no son ya mas que un pecadillo del jansenismo. Este debe ser examinado con especialidad por su caracter político; pero en la época de Bossuet no habia hecho aun todas sus pruebas; y ademas, la vista mas perspicaz no puede verlo todo, por la sencilla razon de que le falta tiempo para mirarlo todo.

que hay una grande afinidad entre las dos doctrinas; y es tal que el hombre mas sagaz no sabe distinguir los dos sistemas, si no está particularmente ejercitado en esta especie de estudios (1).

Para juzgar despues acerca de esta afinidad teológica entre las quatro proposiciones de 1682 y el jansenismo, basta observar que esta secta ha hecho de ellas su evangelio, y que se apresura (indudablemente sin razon) á inscribir en sus dípticas á todo defensor de los quatro artículos. Aun hay mas. Un teólogo defensor de los quatro artículos y predeterminante como le suponía yo poco hace, podrá muy bien anatematizar el jansenismo, sin perder su confianza, porque el hombre, solo ó asociado, no se decide en sus afectos tanto por las declaraciones y protestas, aunque sean las mas sinceras, como por las afinidades interiores, siempre manifestas á la conciencia.

Recíprocamente un agustiniano ó tomista rígido podrá muy bien condenar el jansenismo; pero no aborrecerle. Una vez que le ha declarado *extraño*, ya cree que obra en regla; pero nunca le perseguirá como *enemigo*.

(1) Inténtese solamente hacer entender á uno que no esté versado en estas terribles sutilezas, qué es *el sentido compuesto y el sentido diviso*, y no se conseguirá.

CAPÍTULO XII.

INFLUENCIA DEL CARÁCTER DE BOSSUET SOBRE EL BUEN SUCESO DE LOS CUATRO AR- TÍCULOS. REFLEXIONES ACERCA DEL CARÁCTER DE FENELON.

«Bossuet, dice el autor del *Cuadro de la literatura francesa en el siglo XVIII*, había hecho resonar en la cátedra de la verdad todas las máximas que establecen el poder absoluto de los reyes y de los ministros de la religion: miraba con desprecio las opiniones y la voluntad de los hombres, y había querido someterlas enteramente al yugo (1).»

Quizá parezca demasiado cargada esta pintura de color moderno; pero quitándole quedará una grande verdad; y es *que la autoridad no tuvo jamás un defensor mas grande, ni mas íntegro sobre todo que Bossuet.*

(1) Página 18.

T. 7.

La corte era para él un verdadero santuario, donde no veía mas que el poder divino en la persona del rey. La gloria de Luis XIV y su absoluta autoridad arrebatában á aquel prelado, como si le perteneciesen á él en propiedad. Cuando alaba al monarca, deja muy atrás á todos los adoradores de este príncipe, que no buscaban mas que su favor; y tendría poco discernimiento el que le juzgase adulador. Bossuet alaba porque admira; y sus alabanzas son siempre completamente sinceras. Nacen de cierta *fe* monárquica, que se siente mejor que se define, y su admiración es comunicativa; porque nada hay que persuada mejor que la propia persuasión. Hay que añadir que la sumisión de Bossuet no envilece en nada, porque es puramente cristiana; y así como la obediencia que predica al pueblo es una obediencia de amor, que no abate al hombre; la libertad que usaba con el soberano era también una libertad cristiana que no disgustaba. El fue el único hombre de su siglo (acaso con Montausier) que tuvo derecho de decir la verdad á Luis XIV sin ofenderle. Cuando clamaba desde el púlpito: *Señor, para V. M. no hay mas que un enemigo temible; y ese es V. M. mismo* &c. (1); este príncipe lo oía como hubiera oído á David cuando decía en los Salmos: *No os fieis de los príncipes, cerca de los cuales no se halla la salvación*. El hombre no tenía parte alguna en la libertad de que usaba Bossuet, y el hombre solo es el que ofende al hombre. El punto está en saberle

(1) Véase en los sermones escogidos de Bossuet el de la *Resurrección*.

anonadar. Boileau decia á un cortesano de los mas hábiles de su siglo:

Espíritu nacido para la corte, y maestro en el arte de agradar, que sabe igualmente hablar y callar.

Este mismo elogio conviene absolutamente á Bossuet. Nadie fue mas dueño de sí mismo, ni supo mejor decir lo que convenia, cómo y cuando convenia. Si era llamado para desaprobar un escándalo público, jamás faltaba á su deber; pero cuando habia dicho: *No os es lícito tenerlo*, sabia contenerse, y no tenia ya nada que entender con la autoridad. Los trabajos del pueblo, los errores del gobierno, los peligros del estado, la publicidad de los desórdenes no le arrancaron jamás un solo grito. Siempre semejante á sí mismo, siempre sacerdote, y nada mas que sacerdote, podia causar la desesperacion de una favorita, sin disgustar al augusto amante (1).

Si hay alguna cosa interesante á los ojos de un observador, es poner al lado de este carácter el de Feneion, que levanta la cabeza por entre favoritos y concubinas con desembarazo en la corte, como si estuviese en su casa, libre de toda especie de ilusiones; súbdito sumiso y fidelísimo; pero que necesitaba una fortaleza, un ascendiente, una independencia extraordinaria para obrar el milagro que se le habia encargado.

(1) Bossuet llevó á Madama de Montespan la orden para que saliese de la corte. *Ella le llenó de injurias*, dice el señor Lediou en su diario, *y le dijo que su orgullo le habia movido á hacerla desterrar &c.* Esta cólera honra mucho al grande hombre sobre quien recaia.

¿Se halla en la historia el ejemplo de otro taumaturgo que haya formado de un príncipe otro príncipe, obligando á retroceder á la mas terrible naturaleza? Creo que no. Voltaire dijo: *El águila de Meaux, el cisne de Cambray*: es dudoso que la expresion sea exacta respecto del segundo, que tenia una alma menos flexible, menos condescendiente y mas severa que el primero.

Las circunstancias pusieron á estos dos grandes personajes frente á frente y despues por desgracia en oposicion. Ambos son honor eterno de su siglo y del sacerdocio francés: la imaginacion no puede separarlos, y se ha hecho ya imposible pensar en ellos sin compararlos (1).

El privilegio de los grandes siglos es legar á la posteridad sus pasiones y dar á sus grandes hombres no sé qué segunda vida, que nos causa ilusion y los tiene como presentes á nuestra memoria. ¿Quién no ha oido hablar de las disputas en pro y en contra de Madama de Maitenon, sostenidas con un calor verdaderamente contemporáneo? Bossuet y Fenelon presentan el mismo fenómeno. Al cabo de un siglo todavía tienen amigos y enemigos en toda la extension de la palabra, y su influencia se conoce aun de un modo muy notable.

(1) Hay que agregarles á Huet, para tener un triunvirato, tal como nunca le ha poseido acaso el episcopado de la iglesia católica. Huet es menos conocido que los otros dos á causa de su vida retirada, y porque casi todo lo escribió en latin; pero su mérito fue inmenso. Geómetra, físico, anticuario, versado en el hebreo, hebreísta de primer orden, excelente latino, poeta en fin, nada le falta. Yo suscribo de buen grado á cuanto de él se dice en su artículo del Diccionario histórico de Feller á la conclusion.

Fenelon veia lo que nadie podia menos de ver: pueblos oprimidos con el peso de los impuestos, guerras interminables, la locura del orgullo, el delirio del gobierno, las leyes fundamentales de la monarquía puestas á los pies del libertinaje casi coronado: la descendencia de *la altiva Vasti* llevada en triunfo en medio de un pueblo insentato que aplaudia *al linaje* de sus soberanos (1), y que ignoraba su lengua hasta el extremo de no saber lo que era *el linaje* y esta descendencia en fin, presentada al areopago desfavorido, que la declaraba legítima, estremeciéndose al aspecto de una fuerza militar.

Entonces apenas podia contenerse el zelo que devoraba al grande arzobispo. Oprimido de dolor, y no viendo ya remedio para los contemporáneos, corria al socorro de la posteridad, y reanimaba los muertos: tomaba el misterioso velo de la alegoria y las felices ficciones de la mitologia: agotaba todos los recursos del talento para instruir á la soberanía futura, sin ofender á la que tiernamente amaba vertiendo lágrimas por ella. Alguna vez pudiera haber dicho tambien como el amigo de Job: *lleno estoy de palabras: hablaré y respiraré un poco* (2). Semejante al vapor encerrado en la caldera, la virtud que hervia en aquel corazon virginal, buscaba para consolarse una salida á los oidos de la amistad: allí depositaba este lamentable secreto: *No tiene ni la*

(1) Véase en las memorias de aquel tiempo la descripcion del viaje de *Barege*.

(2) *Plenus sum sermanibus.... loquar, et respiro paululum.* Job, 32, 18, 20.

menor idea de sus deberes (1); y si hay alguna cosa cierta, es que no podia dirigir esta expresion sino á la que la creia del todo verdadera. No habia pues inconveniente alguno en que Fenelon exhalase un gemido cerca de aquella mujer célebre, *que despues..... pero entonces era amiga suya.*

Sin embargo ¿qué sucedió? Aquel ingenio grande y amable está pagando aun en el dia los esfuerzos que hizo mas de un siglo há por la felicidad de los reyes, todavía mas que por la de los pueblos. El oido orgulloso de la autoridad teme aun la dulzura penetrante de las verdades que pronunció aquella Minerva disfrazada bajo la figura de Mentor, y falta poco para que Fenelon pase en las cortes por un republicano. En vano se lisonjearía uno: en ellas no se sabrá distinguir jamás la voz del respeto que gime, de la de la audacia que blasfema.

Bossuet por el contrario inspira una confianza ilimitada, porque fue mas dueño de su zelo, y sobre todo, porque nunca le permitió manifestarse bajo formas humanas. Ha llegado á ser el hombre de los reyes. La magestad se mira y se admira en la impresion que hace sobre aquel grande hombre, y este favor de Bossuet ha reflejado sobre los cuatro artículos, que ha habido una complacencia en considerar como obra suya, porque los escribió materialmente; y los cuatro artículos, que los facciosos presentan á la autoridad groseramente engañada como el paladion de la soberanía, reflejan sucesiva-

(2) Estas palabras se leen en una carta confidencial de Fenelon á Madama de Maitenon.

mente sobre el obispo de Meaux el falso brillo que una quimérica razón de estado les presta.

¿Quién sabe si Bossuet y Fenelon no tuvieron la desgracia de incurrir precisamente en las mismas faltas uno respecto de la potestad pontificia, y otro respecto de la potestad temporal? Este es el parecer de un hombre de talento, cuya persona y opiniones aprecio igualmente; y aun llega á creer «que en las obras de Fenelon »y en el tono familiar que toma para instruir á los re- »yes, se hallan muchas pruebas de que en una asamblea »política hubiera formado de buena gana cuatro artículos sobre la potestad temporal.»

Sin creerlo así, yo lo dejaría creer, y tal vez sin reclamar si no me demostrasen lo contrario los papeles reservados de Fenelon, publicados entre los documentos justificativos de su historia. Allí se ve que en los planes de reforma que trazaba á sus solas, todo era estrictamente conforme á las leyes de la monarquía francesa, sin un átomo de acritud y sin sombra de un deseo nuevo. Ni siquiera se tropieza en ninguna teoría: su razón es práctica.

Hay que confesar que Fenelon es el ídolo de los filósofos: pero esta ¿es una acusación contra su memoria? La respuesta depende de la que se haya dado poco hace al problema propuesto sobre el amor de los jansenistas á Bossuet, y que trataba yo de resolver por la ley universal de las afinidades.

Además Fenelon pudiera defenderse diciendo: «Yo »nunca he sido tan severo para con mi siglo como Massillon, cuando exclamaba en el púlpito pronunciando la »oración fúnebre de Luis XIV: «¡O siglo tan pondera-

»dol ¡con que tu ignorancia se ha aumentado á la par
»de tu glorial»

Pero dejemos á Fenelon y sus faltas, si las tuvo, para volver á hablar del inmenso favor de Bossuet, cuyo origen he indicado. No puede dudarse un instante que su autoridad, como hombre favorable y grato al poder, comenzó á poner en boga los cuatro artículos. Los parlamentos de Francia, y sobre todo el de París, aprovechándose de la facilidad que les daba un nuevo siglo frívolo y perverso, se atrevieron á convertir en ley del estado unas proposiciones teológicas, que habian sido condenadas por los sumos pontífices, por el clero francés contemporáneo, por un gran rey desengañado y sobre todo por la razon. El gobierno débil, corrompido y desaplicado, á quien no se mostraba mas que un aumento de poder, sostuvo ó dejó obrar á unos magistrados, que en la realidad trabajaban únicamente en beneficio suyo. El clero, debilitado por estos artículos mismos, juró sostenerlos (es decir, creerlos) precisamente porque le habian privado de la fuerza necesaria para resistir. Ya lo he dicho, y no hay cosa mas cierta: cuando un hombre, ó un cuerpo distinguido presta juramento al error, al dia siguiente le llama *verdad*. Por esta funesta condescendencia el clero se halló esclavo del poder temporal, en proporcion precisa de la independencia que adquiria respecto de su soberano legítimo; y en vez de conocer esta humillacion la llamó *libertad*.

De este conjunto de errores, de sofismas, de observaciones falsas, de debilidades y pretensiones ridículas ó culpables, poderosamente estrechado por la costum-

bre y el orgullo, ha resultado un todo, un compuesto formidable, una preocupacion nacional inmensa, formada de todas las preocupaciones reunidas, y tan fuerte, compacta y sólida, que no responderia yo de que cediese á los anatemas reunidos de la lógica y de la religion.

El clero de Francia debe dar el primer paso para volver á la verdad: debe reconocer noblemente su antiguo error, y prestar á la iglesia católica un servicio inapreciable, apartando por fin la piedra de escándalo que tanto ofendia á *la unidad*. Debe ademas emplear todas las fuerzas que le quedan en este momento, para desatar el nudo mágico que por un espíritu de obcecacion política une desgraciadamente la idea de los cuatro artículos al interés de la soberanía, cuando esta debe por el contrario temerlo todo de esas máximas sediciosas.

Finalmente es menester tener valor de reconocer una verdad atestiguada por la historia. En la vida de una multitud de hombres grandes hay un punto fatal, en que declinan y aparecen abandonados mas ó menos de aquella fuerza oculta que los conducia visiblemente por la mano de victoria en victoria, de triunfo en triunfo: la vida que despues les queda, es por lo menos inútil á su renombre. Bossuet hubiera debido morirse despues de pronunciar el sermon de la *Unidad*, asi como Escipion el Africano despues de la batalla de Zama. Desde la época de 1682 el obispo de Meaux va decayendo de aquel punto de elevacion en que le habian colocado tantas tareas extraordinarias. El ingenio se humanó, y ya no es un oráculo.

Voy á concluir con este gran personaje de un modo

que espero no disguste á ningun hombre recto que busque la verdad de buena fé: hé aqui lo que tengo aun que decir:

¿No dijo el mismo Bossuet en su sermón de la *Unidad*: «La cátedra eterna, fijada y establecida por San Pedro en Roma, no se ha manchado jamás con ninguna herejía? La iglesia romana es siempre virgen: la fé romana es siempre la fé de la iglesia: Pedro es siempre en sus sucesores el fundamento de todos los fieles. Jesucristo lo ha dicho, y el cielo y la tierra pasarán antes que una sola de sus palabras. San Pedro está siempre vivo en su silla. Si contra la costumbre de todos sus predecesores (1) uno ó dos sumos pontífices (2), sea por violencia ó por sorpresa (3), no sostuvieron constantemente (4) ó no explicaron plenamente (5) la doctrina de la fé; si consultados de toda la

(1) Obsérvese la confesion expresa de la totalidad de los romanos pontífices.

(2) Nótese tambien este uno ó dos, es decir, *Liberio* y *Honorio*; pero como Bossuet se desdice expresamente respecto de *Liberio*, queda solo *Honorio* entre doscientos y ochenta papas y diez y ocho siglos; y su error no ha podido ser notado sino por el *extremado rigor*, mas no por la justicia.

(3) Téngase presente que la violencia y la sorpresa excluyen directamente el error, porque quien responde sobre una cuestion que no ha comprendido, no puede tener ni dejar de tener razon, como que habla de otra cosa: este fue el caso de *Honorio*.

(4) Obsérvese tambien: *debilidad* y no *error*. El papa que no ha tenido valor para sostener constantemente la verdad, será débil, y aun tan culpable como se quiera; mas de ningún modo hereje.

(5) Errores de lenguaje. Traed los diccionarios: ya no se trata del Evangelio.

»tierra y respondiendo durante tantos siglos á toda especie de cuestiones sobre doctrina, disciplina y ceremonias, una sola de sus respuestas es notada por el »extremado rigor de un concilio ecuménico; estas faltas »particulares no han podido hacer impresion alguna en »la cátedra de San Pedro. Un navío que surca las aguas, »no deja menos huellas de haber pasado..... Todo está »sometido á las llaves de Pedro; reyes y pueblos, pastores y rebaños.»

¿No añade el mismo Bossuet en el *tercer aviso á los protestantes* (número 17). «Debemos reconocer en la »santa sede una autoridad eminente é inviolable, incompatible con *todos* los errores, *todos* los cuales han »sido condenados por esta elevada silla?»

Bossuet indudablemente escribió estas líneas, *y el cielo y la tierra pasarán* antes que puedan borrarse.

Ahora pregunto yo: ¿es este mismo Bossuet el que ha tejido en la *Defensa de la Declaracion* el largo catálogo de los errores de los papas con el zelo y la erudicion de un *centuriador de Magdeburgo* (1)?

¿Es este mismo Bossuet el que ha dicho en la misma *Defensa* «que las definiciones de los concilios »generales tienen fuerza de ley en cuanto se publican, »antes que el papa haya dado su decreto para confirmarlas; y que esta verdad está probada por las mismas actas de los concilios (2)?»

(1) *Defensa de la declaracion*, parte III, libro IX, capítulo XXXIII y siguientes.

(2) *Ibid.* lib. VIII, cap. IX. Obsérvese que en el libro siguiente declara Bossuet «que no tiene dificultad en admitir que no

¿Es este mismo Bossuet el que ha dicho tambien en la referida *Defensa* «que la confirmacion de los concilios por el papa no es mas que un simple consentimiento (1)?»

¿Es este mismo Bossuet el que habiendo de citar una acta solemne del clero de Francia, en vez de copiar el texto tal como era, es decir: «A fin de que la bula *fuese recibida* en la asamblea de los obispos; escribe con grande asombro nuestro: «á fin de que la bula *fuese recibida y confirmada* (2)?»

¿Es este mismo Bossuet el que se atormenta en un capítulo entero (3) para oscurecer los textos fundamentales del Evangelio, demasiado claros en favor de la supremacía romana; el que nos explica cómo el papa *es Pedro por deber*; mas *no en si mismo*: que es menester distinguir entre *el papado* que es *el fundamento general*, y *el papa* que es *el fundamento parcial*

«se pueden celebrar concilios sin el romano pontífice», supuesto «que las iglesias no deben unirse ni congregarse sino bajo la direccion del que es su jefe.» (Parte III. lib. IX, cap. XXXII.)

(1) *En quid sit confirmatio: consensus ipse.* Ibid. lib. X, cap. XVII.

(2) Se trataba de la bula de Inocencio X de 31 de mayo de 1653 contra el jansenismo. En una relacion impresa de orden del clero se dice: *Ut ipsa constitutio facto Episcoporum coetu reciperetur.*» Bossuet escribe: *reciperetur* atque firmaretur. (Ibid. lib. X, cap. XVII). El editor dice en una nota: «La palabra *atque firmaretur* no se halla precisamente en este lugar en la relacion: *fue añadida por el ilustre autor*: mas con todo no se aparta del objeto que se habian propuesto los autores de esta relacion.» (Obras de Bossuet en 8.º, Lieja, 1768, tom. XXI, pág. 274, lín. 34.)

(3) *Defensa de la declaracion*, parte III, lib. X, cap. XXXIV.

que la promesa. *Yo estoy con vosotros*, se hizo únicamente á la universalidad de los papas (de modo que todos los papas podrian ser herejes individualmente, y católicos en masa): en fin que muchos teólogos (á quienes de ningun modo condena), no entienden que esta palabra *Pedro* signifique el papa, sino *cada cristiano ortodoxo* &c. &c.? ¿Ha dicho Bossuet todo esto? Si ó no.

Si se me responde que no; si se conviene en que la *Defensa* no expresa los sentimientos verdaderos y constantes de Bossuet, sino que al contrario debe considerarse como una obra, arrancada á la obediencia, condenada por su autor, y que nadie tiene derecho de atribuirle no solamente *sin* su voluntad, sino *contra* ella; se acabó la disputa, estamos de acuerdo, y la *Defensa* se irá con los cuatro artículos *quò libuerit*.

Mas si se me responde afirmativamente, es decir si se sostiene «que la *Defensa de la Declaracion* pertenece tan legítimamente á Bossuet, como todas sus demas obras: que la compuso con igual y entera libertad moral en virtud de una determinacion del todo espontánea de su voluntad, en manera alguna seducida, influida, ni anatematizada, y ademas de esto «con el designio determinado de que saliese á luz des-pues de su muerte, como un monumento sencillo y auténtico de su verdadera creencia;» entonces tendré yo otras cosas que reponer; mas no me determinaré jamás á hacerle, hasta que uno de esos hombres dignos de influir en la opinion general por su carácter y ciencia tenga la honrosa complacencia de decirme públicamente sus razones en pro de la afirmativa.

CAPITULO XIII.

DE LAS LIBERTADES DE LA IGLESIA GALICANA.

Pocas palabras hay que se pronuncien con mas frecuencia y que se entiendan menos que las de *Libertades de la iglesia galicana*. Voltaire decia: «Esta voz «*libertades* supone la sujecion. Las libertades, los privilegios son excepciones de la servidumbre general; debia decirse, los *derechos* y no *las libertades* de la iglesia galicana (1).»

Lo único que aquí se entiende claramente, es que Voltaire no se entendia á sí mismo: ¿por qué la excepcion de una servidumbre general no se ha de llamar *libertad*? Pero Voltaire tiene razon en decir que *esta palabra supone una sujecion*. Todo hombre sensato que

(1) *Siglo de Luis XIV*, tomo III, cap. XXXV.

oye hablar de *las libertades de la iglesia galicana*, y no está versado en estas materias, creará siempre que se trata de alguna obligacion onerosa, impuesta á las demás iglesias, y de que está exenta la de Francia.

Pero cuando se examinan profundamente las cosas; se halla que esta idea tan natural, y que ocurre la primera, es del todo falsa, y que estas famosas libertades no son mas que un acuerdo fatal firmado por la iglesia de Francia, en virtud del cual se sometia á recibir los ultrajes del parlamento, con la condicion de ser declarada libre para devolvérselos al sumo pontífice.

Desde la época de 1682 la iglesia galicana no ha hecho mas que decaer, y esto era muy justo. La potestad temporal la ha tratado como ella consentia en serlo. Esta iglesia, por otra parte tan respetable, daba tanto mas motivo á la censura, cuanto que teniendo todos los medios de defenderse con ventaja contra la ejecucion de los cuatro artículos, no rehusaba sin embargo disculpar un juramento inexcusable, en vez de rechazarle como hubiera podido hacerlo.

Reconozca pues que si desde aquella desgraciada época la han hollado indignamente los tribunales supremos, ha sido por su culpa: el que voluntariamente se hace hoy esclavo, si mañana es ultrajado, quejese de sí mismo.

La iglesia galicana en los últimos tiempos miraba como una distincion religiosa y gerárquica la alta opinion de que gozaba universalmente como asociacion política y como el primer orden del estado. No era posible equivocarse mas torpemente. Los obispos france-

ses eran todos de la nobleza, y la mayor parte de ellos de la alta nobleza del reino. Habia sin duda algunas excepciones en esta parte; pero ordinariamente eran en favor de algunos hombres superiores, que honran mas sin comparacion al cuerpo que los adopta, que este á ellos admitiéndolos. Si á esta distincion se añaden las que resultaban de la riqueza, de la ciencia y de una conducta generalmente irreprochable; es evidente que el episcopado debia gozar de una inmensa consideracion, que hacia refluir en gran parte sobre los eclesiásticos de la segunda clase (1). Mas si se considera al sacerdocio francés en su carácter principal de orden eclesiástico; desaparece toda su gloria, y ya no se ve en esta respetable asociacion sino la última de las iglesias católicas, sin fuerza, sin libertad y sin jurisdiccion. Los parlamentos la habian envuelto insensiblemente en una red, que estrechándose todos los dias, al mismo tiempo que se hacia mas fuerte, no le dejaba casi ningun movimiento libre.

Queda uno suspenso entre la risa y la desaprobacion, cuando lee en los nuevos opúsculos de Fleury el pormenor de las supuestas libertades de la iglesia galicana.

(1) Los curas revolucionarios que trabajaron con tanto zelo en la asamblea constituyente para deprimir el cuerpo episcopal, eran como unos planetas que se afanaban para extinguir la luz del sol. De hecho aspiraban á no ser percibidos en el espacio. Pocos hombres ha habido mas ciegos, mas ridículos ni mas intolerables.

«Nosotros no recibimos, dice, las dispensas que «fuesen contra el derecho *divino* (1).»

¿Es esto una chanza? ¿De cuándo acá han pretendido los papas dispensar del derecho *divino*, y qué iglesia toleraria estas dispensas? Me atrevo á decir que la sola suposicion de estas dispensas es una falta grave (2).

«Nosotros no reconocemos el derecho de asilo (3).»

No quiero examinar si habiendose admitido en todas las naciones del universo y en todos tiempos el derecho de *asilo* diferentemente modificado, no hay tal vez algun inconveniente en abolirle sin ninguna especie de restriccion. Solo recordaré que Luis XIV se atribuia este mismo derecho, no en su reino, sino en los otros: que le pedia no para un santuario, sino para los patios, para el vestíbulo de un palacio de embajada y para todo el espacio que su embajador podia ver desde los balcones; no por honor de la religion y para consagrar el sentimiento natural de todos los pueblos, en virtud del cual se reputa siempre el sacerdocio implorando gracia, sino para sostener una prerogativa gigantesca. y satisfacer un orgullo desmedido: finalmente que

(1) *Nuevos opúsculos de Fleury*, pág. 99.

(2) «Certum est quod legibus naturalibus et evangelicis romani pontifices, perinde atque alii homines et Christi fideles tenentur. Eadem ratio est de canonibus seu legibus ecclesiasticis, quæ naturali aut divino jure nituntur.» (Carden, Orsi *de Rom. Pont. auctor.*, lib. VII, cap. VI, tom. IV, in 4.º Romæ, 1722, pág. 172.)

(3) *Nuevos opúsculos*, *ibid.*, pág. 99.

mandaba insultar al papa del modo mas duro y ruidoso en sus estados y en su misma capital, por la conservacion ilegítima de este mismo derecho de asilo, cuya abolicion en su ejercicio mas moderado se ponía en Francia en el catálogo de sus libertades (1). Y para colmo de desvarío se llama *libertad de la iglesia* la abolicion de un derecho, justo ó injusto como se quiera; pero ciertamente uno de los mas brillantes de la iglesia.

« Nosotros no hemos admitido el tribunal de la inquisicion establecido en otros paises para conocer del crimen de herejía y de otros semejantes. Bajo este respecto hemos permanecido en el derecho comun, que da el conocimiento de aquellas causas á los ordinarios.»

Es preciso confesar que los franceses han hecho buenas cosas con sus *ordinarios*; y sobre todo que han sabido bien reprimir los atentados de la herejía. Hace dos siglos que Malherbe exclamaba en medio de las ruinas:

¿ Por quién sino por esos furiosos se ven hoy tantas ciudades desiertas, tantos palacios convertidos en ruinas y los campos cubiertos de cardos? Para ellos los tronos no tienen privilegios: los mismos inmortales son perseguidos por ellos: y en los mas santos lugares es donde sus manos sacrílegas cometen mas impiedades. Marcha, vé á destruirlos, extingue su semilla (2).

(1) Por lo demas, me complazco en recordar que Luis XIV renunció al cabo las franquicias el año 1689.

(2) Par qui sont aujourdhui tant de cités désertes,
Tant de grands batiments en masures échangés,
Et de tant de chardons les campagnes couvertes
Que par ces enragés?

Sí, sin duda era preciso que el rey de Francia, animado por uno de los mayores ingenios que han velado jamás al lado de un trono, se decidiese al cabo á marchar para ser soberano en su propio reino; pero cuando se le dijo: *«Marcha, ya cien diciembres han yermado las llanuras, y cien abriles las han pintado de flores, desde que su culpable furor no hace mas que arrancarnos lágrimas (1).»*

Y se vieron todos los horrores de la guerra civil coronados con el asesinato de dos reyes y con la jornada de *San Bartolomé*.

Cuando se han dado al mundo semejantes espectáculos, no debe uno burlarse de las naciones, que vertiendo algunas gotas de una sangre vil y culpable han sabido preservarse de estas desgracias y pasar en medio de una paz profunda épocas en que no se puede pensar sin estremecerse.

Además ¿qué hay de comun entre la inquisicion y las libertades de la iglesia galicana? Supongámosla tan mala como se quiera. ¿Será la iglesia mas libre porque no ejerce una jurisdiccion de que está revestida en otros paises? Nunca se ha discurrido que la privacion de un derecho sea una libertad (2).

Les sceptres devant eux n'ont point de privilèges:

Les immortels eux-mêmes en sont persécutés,

Et c'est aux plus saints lieux que leurs mains sacrilèges

Font plus d'impiétés.

Marche, va les détruire, étendis-en la semence.

(1) Malherbe, *Oda á Luis XIII* cuando iba al sitio de la Rochela en 1625.

(2) Se dirá acaso que la inquisicion establece una servidam-

«Nosotros no reconocemos congregacion alguna de cardenales, la de ritos, la propaganda &c. (1).»

Tal vez habria que decir: *tanto peor para la iglesia galicana*; mas no quiero insistir sobre un objeto de poca importancia: solo diré que ninguna soberanía puede gobernar sin consejos. Los jurisconsultos franceses miraban como abusiva hasta la cláusula *motu proprio*. Sin embargo es muy necesario que el hombre que debe tender la vista por todo el globo, añada alguna fuerza á la suya propia.

Las máximas sobre las *annatas*, sobre los *meses*, sobre las *alternativas* &c. (2) tienen menos solidez todavía. No puede formarse idea de una soberanía sin impuestos: nada importa que estos se llamen *annatas* ó

bre respecto de los obispos, á quienes despoja de sus privilegios, pero este es un error, porque los obispos franceses no ejercen de ningún modo la autoridad atribuida á la inquisición, y son absolutamente nulos en todo lo que respecta á la policía religiosa y moral. En Inglaterra un obispo tendria facultad de impedir una representacion teatral, un baile ó un concierto que se diese en domingo: en Francia se podrian cantar públicamente el día de Pascua las coplas de Figaro al lado del palacio del obispo sin que este pudiese imponer silencio á los farsantes, porque fuera de las paredes de su iglesia no es mas que un simple ciudadano como cualquiera. Conviene añadir (sin tomar ningún partido acerca de la inquisición) que habiendo sido acusado el tribunal de la inquisición en las últimas cortes de España de que menoscababa la jurisdicción de los obispos, el cuerpo episcopal repelió esta asercion, y declaró que habia hallado siempre en los inquisidores cooperadores fieles, nunca rivales.

(1) *Nuevos opúsculos*, pág 65.

(2) *Ibid.* pág. 69 y sig.

de otro modo. Las misiones, la propaganda y lo que pudiera llamarse en general *obras católicas*, requieren dispendios inmensos; y los que rehusan sujetarse á los *gastos* del imperio, son poco dignos de ser miembros suyos. Además ¿qué eran esas *annatas* de que se ha hablado tanto? La Francia pagaba por este objeto cuarenta mil escudos romanos (unos 750,000 rs. vl.). El desgraciado Luis XVI, cuando se vió obligado á ceder sobre este punto al fanatismo de la asamblea nacional, prometió al papa que sustituiría otra á esta imperceptible contribucion *luego que el orden se restableciese*. ¡Qué poco preveía los horrores que amenazaban á toda prisa! Mas ¿quién podrá oír hablar con seriedad de semejante mezquindad, sin sentir un movimiento de impaciencia y hasta de indignacion, cuando se sabe además con qué religiosa puntualidad se aplicaban esta clase de rentas á los santos fines que las hacen indispensables? ¡Cuántas personas sencillas creerán aun en nuestros días que se invierten en gastos civiles é inútiles! Mientras Leon X estaba edificando la *catedral de la Europa* é imploraba para esta grande obra los socorros de todo el catolicismo; un fanático llamado *Ulrico Hutten* escribía para divertir á la canalla de Alemania: «que la supuesta iglesia de S. Pedro no era mas que una comedia forjada por el papa »para sacar el dinero, y que ni siquiera pensaba en »levantar aquel edificio.» «Lo que afirmo, decia este »hombre de bien, es la misma verdad. El papa pide fondos á todo el universo para acabar su iglesia de S. Pedro, mientras que solo trabajan en

»ella dos obreros, y aun uno de ellos es cojo.»

Si en nuestra época se antojase á algun *Ulrico Hut-*
ten escribir que el papa emplea el dinero de *las anna-*
tas, de *las dispensas* &c. en sus trenes ó en sus mu-
seos; ¿quién sabe si hallaria aun lectores?

CAPITULO XIV.

A QUÉ SE REDUCEN LAS LIBERTADES DE LA IGLESIA GALICANA.

Creo inútil detenerme más en estos ridículos por-
menores: vale más asentar sin demora la proposición
decisiva é incontrastable de *que no hay libertades de la
iglesia galicana*, y que todo lo que se oculta bajo este
falso nombre, no es más que una conjuración de la au-
toridad temporal para despojar á la santa sede de sus
derechos legítimos, y separarla de hecho de la iglesia
de Francia, al mismo tiempo que se elogia su autori-
dad. ¡Por cierto son singulares *libertades* de la iglesia
aquellas de que la iglesia no ha cesado de quejarse!

Como á fines del siglo XVI publicó Pedro Pithou,
semi-protestante, su gran tratado *de las libertades de
la iglesia galicana*; y á principios del siglo siguiente
sacó á luz Pedro Dupuis las *Pruebas* de estas libertades.
Estas dos obras se hallan reunidas en cuatro tomos en
folio, y esta compilación absolutamente condenable es

no obstante el grande arsenal de donde se han provisto siempre de armas todos los sucesores de Pithou y de Dupuis.

Veinte y dos obispos que examinaron este libro en 1639, le denunciaron á todos sus cohermanos en una carta encíclica «como una obra detestable, llena de »proposiciones las mas venenosas, y que encubria herejías formales bajo el falso nombre de *libertades* (1).»

Pero ¿qué importan á los jurisconsultos franceses los anatemas de la iglesia galicana? Todas sus obras sobre esta materia no son mas que comentarios de Pithou y de Dupuis, y estas obras son los oráculos de los tribunales. Se deja conocer que los parlamentos no han cesado de prevalerse de unas máximas que despojaban á la iglesia en provecho suyo. Conviene oir sobre este punto á la conciencia póstuma de Fleury. «Los parlamentos, dice, no se oponen á la novedad, sino cuando es favorable á los papas ó á los eclesiásticos..... Hay »motivo para sospechar que su respeto al rey solo nace »de una adulacion interesada ó de un temor servil..... »En los autores forenses se encuentra mucha pasion é »injusticia, poca sinceridad y equidad, y todavia menos

(1) Nusquam fidei christianæ, ecclesiæ catholicæ, ecclesiasticæ disciplinæ, regis ac regni salutis nocentioribus dogmatibus quicquam adversatus est quàm iis quæ istis voluminibus sub tam leni titulo recluduntur..... Compiler ille multis pessimis bonarumque immiscuit (*esta es una táctica conocida*), et inter falsas et hæreticas quas detestamur, ecclesiæ gallicanæ adscriptas servitutes potiùs quàm libertates, vera quædam..... exposuit. (Véase el tomo III de las actas del clero, docum. justificat. núm. 1)

»caridad y humildad. El concilio de Trento quitó mucha parte de los abusos, contra los que aquellos clamaban; *pero quitó mas de lo que se queria en Francia* (1).»

Así pues las libertades de la iglesia galicana son mas que la licencia de los parlamentos respecto de la iglesia, que aceptaba insensiblemente la esclavitud con el permiso de llamarla *libertad*. Fleury que ha corregido muy bien sus obras en sus opúsculos, reconoce esta verdad en toda su extension. «La grande *esclavitud* de la iglesia galicana, dice, es la excesiva amplitud de la jurisdiccion temporal. Podria formarse un tratado de las *servidumbres de la iglesia galicana*, como se ha hecho de sus libertades, y no faltarian pruebas.... Los recursos de fuerza han acabado de arruinar la jurisdiccion eclesiástica (2).»

¿Quién puede comprender que se ose hablar de las *libertades* de una iglesia, cuyas *servidumbres* pudieran suministrar materia para un libro? Sin embargo tal es la verdad reconocida por un hombre nada sospechoso. Se podria preguntar á Fleury sin desazonarse, por qué la verdad fue para él como el oro para los avaros, que le encierran durante su vida, y no le sueltan hasta despues de muertos. Pero no seamos demasiado descontentadizos admirando las *retractaciones* francas, prudentes y leales de S. Agustin, recibamos á cualquier hombre que sepa imitarle, aunque sea á medias.

(1) *Opúscul.*, pág. 110 á 113.

(2) *Ibid.* pág. 89, 95 y 97.

Fenelon pintó con su acostumbrada verdad el estado real de la iglesia galicana en unas sucintas notas que se encontraron entre sus papeles, y que nos ha regalado su ilustre historiador.

«El rey en la práctica es mas jefe de la iglesia en
»Francia que el papa. Libertades *respecto del papa*,
»servidumbre respecto del rey. Autoridad del rey sobre
»la iglesia, devuelta á los jueces laicos. Los legos domi-
»nan á los obispos. Abusos enormes del recurso de
»fuerza. Casos reales que reformar. Abuso de querer
»que unos legos examinen las bulas sobre la fé. Antes
»la iglesia só pretexto del juramento impuesto en los
»contratos juzgaba de todo: hoy los legos con pretexto
»del *posesorio* de todo juzgan &c. (1).»

Hé aquí la verdad en toda su plenitud y esplendor; aquí no hay frases ni rodeos: los que temen la luz, no tienen mas que cerrar los ojos.

Despues de Fenelon oiremos á Bossuet; pero no es enteramente lo mismo. Su proceder es menos directo, y su expresion menos terminante. Veia sin duda el aniquilamiento de la jurisdiccion eclesiástica con las supuestas libertades; pero no queria comprometerse con la autoridad real, ni aun con los magistrados supremos. En una oracion fúnebre (la del canciller Le Tellier) es donde se le oye preguntar de paso: «Si se puede al fin esperar que los émulos de la Francia no tengan que echarle eternamente en cara las *liberta-*

(1) *Mem. de Fenelon en su Hist.* tom. III, docum. justificat. del lib. VII, pág. 482.

des de la iglesia, empleadas siempre contra ella misma.»

En una carta confidencial al cardenal D'Estrées nos ha dicho Bossuet su modo de pensar sobre las libertades: «Yo las he explicado, dice, del modo que las entienden los obispos, y no como las entienden nuestros magistrados (1).»

Finalmente en una obra que no quería publicar durante su vida, añade: «Los prelados franceses nunca han aprobado lo que hay de reprehensible en Fevret y en Pedro Dupuis, ni lo que sus predecesores (de los prelados) condenaron tantas veces (2).»

Aunque Bossuet huye de explicarse claramente, sabemos por lo menos que en su dictámen, cuando los obispos ó los magistrados hablaban de *las libertades de la iglesia galicana*, hablaban de dos cosas diferentes. Es lástima que este grande hombre no nos haya explicado circunstanciadamente las dos maneras de entender una misma palabra. En un pasaje de sus obras, que conservo bien en la memoria, aunque no me acuerdo el lugar donde se encuentra, dice Bossuet que las libertades de la iglesia galicana no son otra cosa que *el derecho que tiene de ser protegida por el rey*. Es preciso confesar que esta definicion nada explica, porque no hay iglesia que no tenga el derecho de ser protegida por el rey; y si por casualidad Bossuet añadía en su

(1) *Carta de Bossuet al cardenal D'Estrées*, Hist. de Bossuet, lib IV, núm. 5, pág. 120. — *Correcciones y adiciones para los nuevos opúsculos de Fleury*, pág. 68.

(2) *Defensa de la declaracion*, lib. II, cap. XX.

interior: *contra los atentados del papa*, sin querer expresarlo (lo que sería bastante en su reserva), no por eso adquiriría la explicación mayor claridad, pues que todos los príncipes católicos creen que tienen del mismo modo este derecho de velar sobre los *atentados de los papas*. Un gran número de franceses tienen sobre este punto una preocupación muy curiosa: creen que todas las iglesias del mundo católico, excepto la de Francia, son esclavas del Vaticano, cuando no hay una que no tenga sus derechos, sus privilegios y su modo de examinar los rescriptos de Roma &c. Sobre todo en el último siglo apenas se encuentra un gobierno católico que no haya disputado algo á Roma: algunos han traspasado todos los límites, y á fuerza de *proteger por una parte*, han insultado y destruido por la otra: así que no hay cosa menos clara, ni mas insuficiente que la corta definición de las libertades que se acaba de leer.

Mas habiendo arrastrado, por decirlo así, las circunstancias á Bossuet hasta un estrecho que debió ser penosísimo para él, y en que fue absolutamente preciso que dijese su parecer sobre las *libertades de la iglesia galicana*; su talento le inspiró un trozo bastante largo que puede mirarse como una obra maestra de habilidad.

Era en el *sermon sobre la unidad*, y no había medio de callar en aquella ocasión. El rey mandaba á los obispos congregados que examinasen la autoridad del papa. Estando notoriamente irritados contra el pontífice los prelados mas influentes, Bossuet temia cualquiera cosa de semejante asamblea; mas ¿cómo habiendo

de hablar á su presencia podia omitir el recordar y aun consagrar el antiguo ídolo de las libertades (1)?

Precisamente trae á la memoria las palabras de San Luis que publicó la pragmática para mantener en su reino «el derecho común y la autoridad de los ordinarios, según los concilios generales y las instituciones de los santos padres (2)»; y sobre este texto continúa así:

«No preguntéis ya qué son las libertades de la iglesia galicana (3): vedlas todas en estas preciosas palabras de la ordenanza de San Luis. Nosotros no queremos nunca conocer otras. Ciframos nuestra libertad en estar sujetos á los cánones, y ¡ojalá que su ejecución fuese tan efectiva en la práctica, cómo es magnífica esta profesion en nuestros libros! Como quiera que sea, esta es nuestra ley. Hacemos consistir nuestra libertad en regirnos en cuanto es posible por *el derecho común*, que es el principio ó mas bien el fundamento de todo el buen orden de la iglesia, *bajo la potestad canónica de los ordinarios, según los concilios generales y las instituciones de los santos padres*: estado muy diferente de aquel á que nos ha traído la dureza de nuestros corazones, mas bien que la indulgencia de los supremos dispensadores, en que los pri-

(1) «Estoy indispensablemente obligado á hablar de las libertades de la iglesia galicana.» *Carta de Bossuet al cardenal D'Estrées*, escrita poco antes de la muerte de Le-Tellier.

(2) *Sermon sobre la unidad*, parte II.

(3) Al contrario ahora lo preguntarán mas que nunca, pues que un hombre grande como Bossuet no ha sabido definirlas.

«vilegios oprimen á las leyes, y las gracias parece que
«quieren ocupar el lugar del derecho comun; tanto es lo
«que se multiplican cuando las reglas no subsisten ya sino
«en la formalidad que es preciso observar para pedir la
«dispensa de ellas; y ¡ojalá que estas fórmulas conser-
«vasen al menos con la memoria de los cánones la es-
«peranza de restablecerlos! Esta es ciertamente la in-
«tencion de la santa sede, y este es su espíritu; pero
«si es preciso en cuanto se pueda procurar la reno-
«vacion de los antiguos cánones, ¡cuán religiosamente
«debe conservarse lo que queda de ellos, y sobre todo
«lo que es el fundamento de la disciplina! Si veis pues
«á vuestros obispos pedir humildemente al papa la con-
«servacion de estos cánones y de la potestad ordinaria
«en todos sus grados.....; no es separarnos de la santa
«sede (no lo quiera Dios); por el contrario &c. (1).»

A vista de esta fuerza, de esta viveza y este tor-
rente de palabras llenas de unción sacerdotal ¿no di-
ria cualquiera que se trata de alguna cosa? No obstan-
te no se trata de nada, ó se trata de otra cosa que
las *libertades*. No hay dos palabras que mas visiblemente
se excluyan y contradigan, que las de *libertad* y *de-
recho comun*; porque si uno pide vivir como viven los
otros, no quiere *libertades*; y al contrario si las pide, ex-
cluye abiertamente el *derecho comun*. La palabra *liber-
tad* en todos sus sentidos nunca será mas que una ex-
presion negativa, que significa *carencia de obstáculo*.
Así es imposible concebir la idea de esta palabra sepa-

(1) *Sermon sobre la unidad, parte II.*

rada de la de una sujecion, de un impedimento cualquiera, ya en el mismo sugeto, ya en otros con los que aquel se compara, y cuya ausencia se supone por la idea de la libertad.

Los metafísicos se han descarriado cuando han mirado *la libertad* como una facultad separada, en lugar de no ver en ella mas que *la voluntad no impedida*. Lo mismo sucede en el asunto de que se trata, con las modificaciones que exige la naturaleza de las cosas. Si un individuo ó un cuerpo reclama ó pondera sobre todo su *libertad*; es menester que nos indique el yugo que le oprimia á él ó á otros, y del cual se ha librado. Si pide que se le deje *libre* para vivir como los otros; se le dirá al punto: «¿Con que no eres libre supuesto que «solicitas serlo? De consiguiente no puedes sino una ridiculez extremada jactarte de unas *libertades* de que «no gozas.» Luego tendrá que indicar los derechos que reivindica, y el poder que se opone á que los disfrute.

Pero esta última suposicion no puede aplicarse á los franceses, que hablan constantemente de sus *libertades* como de una cosa positiva, que se glorian de ellas altamente, y no hablan mas que de *defenderlas*. Estan pues obligados á decirnos qué *servidumbres* religiosas gravitaban sobre ellos, ó grávitán sobre los demas, y de que se ven exentos en virtud de sus libertades. Y cuando Bossuet no supo responder, creo que nadie podia decir cosa razonable. Todo lo que dice de un estado de perfeccion del cual ha decaído uno, y hácia el que es preciso volver, es completamente cierto y magnífico; pero la exhortacion entera se desvía de la

question. Que las costumbres y la disciplina se relajen: que parece mas cómodo dispensarse de la ley, que cumplirla; no es mas cierto en Francia que en otros países: esto se ve en todas partes, y en todas partes se dice, aunque por desgracia muy inutilmente; pero no tiene la menor conexión con las libertades de la iglesia galicana, porque si esta quiere perfeccionarse y acercarse al espíritu de los primeros siglos, seguramente es *libre* ó á lo menos no se lo impedirá el papa. Siempre voy buscando *libertades*, y no las hallo.

El derecho canónico anda impreso con el derecho civil, y está á disposicion de todo el mundo. ¿Se quiere atenerse á este *derecho comun*? El papa no apetecerá otra cosa. Continuo buscando *libertades*, y no las encuentro.

Bossuet que se veia continuamente entorpecido en el ejercicio de sus funciones episcopales, ensancha aquí su corazon y nos manifiesta lo mucho que desearia ser *libre*. Pide pues *la conservacion inviolable de la autoridad ordinaria en todos sus grados*; pero sin advertirlo (ó acaso á sabiendas) muda otra vez de tema, y en vez de hablar de *las libertades*, habla de *las servidumbres* de la iglesia galicana: habla de los abusos y de los males de la iglesia, y de lo que le falta para ostar gobernada segun las reglas antiguas. Yo busco siempre *libertades*, y no las hallo.

En vez de pedir *humildemente* al papa la conservacion de la autoridad episcopal (1) era menester pedir-

(1) Δοξιστος δ' αὖ ἐνώριστο γέλωσ' μακάρεσσι θεοῖσιν.

sela enérgicamente á los reyes y á los parlamentos, que se burlaban de dicha autoridad. Bossuet que insiste sobre *todos los grados* de la jurisdiccion de los ordinarios, sin duda no habia olvidado que á la faz de toda la Francia un tribunal supremo acababa de condenar á un eclesiástico respetable á la pena de muerte *por orden del rey*, y de ejecutarla en estatua sin la menor reclamacion, por el crimen de haber querido observar *aquellos grados*. ¿Era el papa el que tenia la culpa en esta ocasion? Yo busco libertades y no las hallo.

Despues de haber hablado así de *las libertades de la iglesia galicana* hácia el medio de la segunda parte, vuelve á tratar de ellas al fin de la tercera y nos dice:

«La iglesia de Francia es zelosa de sus libertades, y »tiene razon, supuesto que el concilio general de Efeso »nos enseña que estas libertades particulares de las iglesias son uno de los frutos de la Redencion, por la cual »Jesucristo nos ha libertado, y es cierto que en materia de religion y de conciencia algunas libertades »moderadas sostienen el orden de la iglesia, y afirman »la paz de la misma.»

No tengo nada que decir acerca del concilio de Efeso, y menos aun acerca de la redencion humana, de la cual son fruto incontestable las libertades de la iglesia galicana. Estos conceptos elevados, estas analogías sublimes se ocultan á mi inteligencia, y aun pudieran turbarla. Diré solo lo que no admite objecion alguna, y es que despues de haber hablado de las *servidumbres* de la iglesia galicana en vez de sus *libertades*, Bossuet en este último texto habla de *privilegios* en vez de *liber-*

tades. Todas las iglesias tienen sus derechos y sus privilegios que sin duda es preciso conservar; mas supuesto que esta ley es general, pertenece á la iglesia galicana como á las otras y nada mas. En la cuestion presente las máximas generales nada significan, y *en cuanto á estas libertades moderadas, útiles en materia de religion y de conciencia para conservar el orden y la paz*, yo me formo una idea bastante clara de ellas en materia de teología y de moral; pero tratándose de *las libertades de la iglesia galicana*, no entiendo lo que quiere decir. En todo caso seria tambien una máxima general que se dirige á toda la tierra. Busco siempre *libertades* y no las veo.

¿Y por qué no se ha de decir con una penosa franqueza? Estas interminables apelaciones á *los cánones* en general impacientarian á la misma paciencia. Nada es tan contrario á la buena lógica como el uso de estas voces vagas que no ofrecen ninguna idea circunscrita. Separemos desde luego los cánones dogmáticos, pues que sobre este punto todos estamos de acuerdo, y los de Nicea son para nosotros tan nuevos como los de Trento: la cuestion pues no puede versar sino sobre los cánones de disciplina, y esta palabra tomada en su generalidad abraza todos *los cánones de disciplina general y particular que se han hecho en la iglesia desde los apóstoles hasta nosotros*. Mas ¿qué se pretende cuando se nos vuelve á las *reglas antiguas*? Creo que no se querrá hacernos comulgar despues de la cena, ni darnos la Eucaristía en la mano, ni restablecer los *agapés*, ni las *diakonisas*, ni los cánones penitenciales, ni las penitencias

públicas &c. Pues ¿de qué se trata? De resucitar «en cuanto la prudencia y la fuerza de las cosas lo permitan, aquellas reglas antiguas que no estan del todo olvidadas, y que no se han abolido sino por un abuso evidente.» El hombre sensato no dirá nunca mas ni menos (1), y á esto se reduce el gran misterio de *los cánones* y de *las libertades*, á una verdad trivial que comprende todo el mundo, y sobre la cual nadie ha disputado jamás.

Despues de haber oido á Bossuet, á Fenelon y á Fleury, seria inutil oir á otros. Los tres convienen, cada uno á su modo y segun el giro peculiar de su entendimiento, en que las libertades de la iglesia galicana son una quimera, y no sé si Bossuet, dando vueltas al rededor de la verdad, y mirándola de todas partes, convence aun mas que los otros.

(1) Y jamás perderá de vista la observacion de Pascal que he referido mas arriba; á saber, *que el medio infalible de destruirlo todo es querer restituir las cosas al estado antiguo.*

CAPITULO XV.

ACERCA DE LA ESPECIE DE DIVISION QUE LAS SUPUESTAS LIBERTADES HAN CAUSADO.

Mas hay un punto de vista bajo el cual *las libertades* son por desgracia demasiado verdaderas. Fenelon descifró el enigma: *libertades respecto del papa, servidumbres respecto del rey*. Es cierto que respecto del sumo pontífice la iglesia de Francia era del todo libre; mas esto era para ella una gran calamidad. Los cuatro artículos y todo lo que han producido ocasionaban una verdadera division entre la iglesia de Francia y la santa sede, que no se diferenciaba de la de Inglaterra sino en que de una parte era declarada, y de la otra no; y que en Francia se relusaba sacar las consecuencias de los principios que se habian sentado; estado de cosas que se repite en muchísimas ocasiones diversas.

No hay cosa mas extraña; pero tampoco mas cierta:

el principio de division está asentado y explanado por la misma mano del gran obispo de Meaux. «Segun nuestras máximas, dice, una decision del papa en materia de fé no debe publicarse en Francia hasta que la hayan aceptado solemnemente y en forma canónica los arzobispos y obispos del reino : una de las condiciones esenciales á esta aceptacion es que sea enteramente libre (1).»

¿Quién no se admirará desde luego de la expresion *nuestras máximas*? ¿Acaso en el sistema católico puede tener una iglesia particular *máximas en materia de fé* que no pertenezcan á todas las iglesias? No se puede menos de importunar con ruegos á los franceses para que abran al fin los ojos respecto de ese intolerable extravío. Basta reflexionar un instante : basta sentarse. El francés una vez sentado se equivoca pocas veces; lo que le descarria es juzgar en pie.

Si la decision doctrinal del papa no puede publicarse en Francia hasta que la haya aceptado libremente la iglesia galicana; se sigue evidentemente que esta tiene derecho de desecharla, porque el juez que no puede decir *sí* y *no*, deja de ser juez; y como toda iglesia particular tiene el mismo derecho, desaparece la iglesia católica. Es ya una proposicion insostenible y contraria á toda idea de gobierno, cualquiera que sea, que fuera del caso de un cisma puede haber un concilio sin papa, y que aun este concilio pueda ejercer otra funcion legiti-

(1) *Palabras de Bossuet en una Memoria dirigida á Luis XIV. (Hist. de Bossuet, tomo III, lib. X, núm 22, pág. 346)*

ma que la de mostrar al papa legítimo. Supongamos sin embargo por un instante lo contrario: ¿á quien han atribuido ciertos teólogos ardientes una superioridad quimérica? á la universalidad de los obispos, es decir, á la iglesia universal representada en cuanto puede estarlo con independencia del sumo pontífice; pero ninguno de ellos, ni aun el mas exaltado, ha pensado jamás en poner en parangon la decision de una iglesia particular con la decision doctrinal de la santa sede, y mucho menos en hacerla superior. Asi pues no se comprende *esa aceptacion solemne hecha segun las formas canónicas*. Si se trata solo de reconocer la autenticidad de los rescriptos, es inútil hablar de *nuestras máximas*, porque son *máximas* vulgares, universales é indispensables á todo gobierno imaginable, en donde los edictos de la autoridad suprema siempre son reconocidos y aceptados por las autoridades inferiores que los hacen cumplir. Si se trata de un juicio propiamente dicho; entonces pudiendo el juicio de una iglesia particular anular el decreto del sumo pontífice, desaparece el catolicismo.

Lo extraño es que segun la doctrina galicana, la *acceptacion solemne* no debe hacerse por *los arzobispos y obispos* reunidos en cuerpo, sino por cada distrito metropolitano; de modo que no ya la iglesia galicana en cuerpo, sino cada junta metropolitana tiene *el veto* sobre el papa, supuesto que no debe aceptar sus decisiones doctrinales sino *por via de juicio y de aceptacion* (1). Y aun cada obispo, segun se vió en la causa de Fenelon, *debe publi-*

(1) *Historia de Bossuet*, tom. III, lib. X, número 21, pág. 344.

car para su diócesis particular un edicto conforme á las decisiones tomadas en la asamblea metropolitana (1). Hasta entonces la decision de la santa sede queda ignorada y como si no existiese para los fieles.

Hay mas. Hallándose la iglesia de Francia justamente oprimida y abatida en su mismo pais en proporcion exacta de la *libertad* que ha querido arrogarse respecto de la santa sede (2); así como ella se atreve á juzgar las decisiones del papa, las suyas son juzgadas sucesivamente por la potestad secular. «Las bulas de Roma »no pueden publicarse ni ejecutarse en Francia sino en »virtud de una cédula real, despues de haber sido examinadas en el parlamento (3).»

Asi supongamos que el papa haya decidido un punto de fé, y la iglesia católica, excepto la Francia, haya adherido á su decision: esta adhesion desde luego es nula para la Francia en virtud de la suposicion tácita admitida en este pais, «de que no hay en el mundo »mas que la iglesia galicana, y que las demas no figuran para nada (4).» Luego que ella ha adherido á la decision, la potestad secular le paga el ultraje que no reparó en hacer al sumo pontífice. Ella juzgó al papa;

(1) *Historia de Bossuet*, *ibid.*

(2) Fleury, *Discurso sobre las libertudes de la iglesia galicana*. Nuevos Opúsc., pág. 63.

(3) *Ibid.* id. id.

(4) Era frequentísimo en los escritores franceses tratar la geografia eclesiástica como los chinos tratan la geografia física. Estos llenan casi del todo sus mapas con el imperio de la China; y despues en las orillas y alrededor, como por apéndice ó adorno, indican cortesmente las otras partes del mundo, de las cuales tienen alguna idea, aunque confusa.

los magistrados la juzgan á ella. La aceptacion de la iglesia galicana no tiene fuerza hasta que la bula haya sido no solo *registrada*, sino *examinada por el parlamento*. En vano dirá Fenelon: *abuso de querer que los lejos examinen las bulas sobre la fé* (1); le dejarán decir, y mientras no recaiga la aprobacion de los magistrados, los franceses podrán creer lo que quieran, á pesar del consentimiento de toda la iglesia católica y el de la iglesia galicana en particular, que se reputa por de ningun valor hasta que hable la autoridad civil.

Asi en la citada causa de Fenelon, *cuando todas las juntas metropolitanas de la iglesia galicana hubieron adherido unánimemente al fallo del papa, el rey expidió su cédula para que se registrase en el parlamento el breve de Inocencio XII; y no habiendo encontrado el parlamento nada de reprehensible en el fallo del papa ni en el de la iglesia galicana, se tuvo por cierto que el libro de Fenelon era condenable.*

¡Hé aqui las *libertades* de la iglesia galicana! Es *libre* de no ser católica.

¿Quién conocia y deploraba la degradacion del episcopado mejor que el ilustre Bossuet? En una oracion fúnebre se quejaba, como he dicho antes, de «que no »se empleaban las libertades de la iglesia galicana sino »contra ella misma.» En realidad esto era quejarse de la naturaleza de las cosas, pues una vez firmado el fatal tratado, las consecuencias eran inevitables.

Cuando el jefe de la magistratura llegó hasta el extremo de nombrar un censor de las obras de Bossuet

(1) *Vide supra.*

que queria imprimirlas, y aun de negarle la licencia á menos que no se pusiese al frente del libro el parecer del censor; entonces el ilustre prelado dió rienda suelta á su dolor. «Es cosa muy extraordinaria, decia, que » para ejercer nuestro ministerio nos sea preciso recibir » órdenes del señor canceller y acabar de poner la iglesia » bajo el yugo. Por mi parte yo pondria la cabeza (1). » Se quiere poner á todos los obispos bajo el yugo en » el punto que mas les interesa, en lo esencial de su » ministerio, que es la fé (2).»

Mas para aliviar por un instante este yugo cruel, ¿qué potestad podia invocar cuando la iglesia ya no lo era? En esta situacion apurada no quedaba á Bossuet mas que una señora á quien se dirige indirectamente. Escribe á un cardenal: «Yo imploro el auxilio de ma- » dama de Maintenon, á quien no me atrevo á escribir... » Vuestra Eminencia hará lo que es menester. Dios nos » la conserve. Al fin se nos creerá, y el tiempo descu- » brirá la verdad; pero es de temer que sea demasiado » tarde, y cuando el mal haya hecho demasiados pro- » gresos: este temor traspasa mi corazon (3).»

Que los obispos franceses, privados de todos sus apoyos naturales, se dirijan á las señoras en las extremas necesidades de la iglesia, enhorabuena: es una *libertad* de

(1) *Carta de 31 de octubre de 1702 en la Historia de Bossuet, lib. XII, núm. XXIV, pág. 290, tom. IV. — No se sabe á quién se dirigia esta carta.*

(2) *Carta escrita al cardenal de Noailles. Historia de Bossuet, lib. XII, núm. XXIV, pág. 289, tom. IV.*

(3) *Carta al mismo cardenal de Noailles de 5 de octubre de 1708. Historia de Bossuet, id id. id. id.*

la iglesia galicana, y la única que concibo claramente: por desgracia las Maintenon son una especie de metéoros raros y pasajeros, y es mucho mas fácil encontrar Pompadours y Dubarrys, bajo cuya influencia compadezco á la iglesia.

Entretanto es de ver al gran obispo de Meaux oprimido personalmente con el peso de la supremacía secular, y deplorando la nulidad sacerdotal: *tum veræ voces*; mas se consolaba de tantas amarguras triunfando de la santa sede. «LOS ROMANOS, decia, saben muy bien que no nos harán abandonar la doctrina común » de Francia (1).»

¡ Los romanos ! Aquí se manifiesta valiente y aun algo despreciador. Por lo demas los galos fueron sin contradicción los que causaron mas inquietud á los romanos; pero al fin entraron en el imperio universal; y desde entonces no dió Roma ningun combate sin tener galos bajo sus estandartes.

Las dudas solas que agitaban á Bossuet cuando llegó el breve que condenaba el libro de Fenelon, prueban que la iglesia de Francia se hallaba absolutamente fuera de la gerarquía. ¿ *Qué tiene él que temer*, le decian (si rehusa someterse)? « ¿ Pueden deponerle? ¿ Quién le » depondrá? Este es el apuro. En Francia no se consentia que el papa pronunciase contra él una sentencia » de deposición: por su parte el papa, que ha entendido » en la causa y la ha juzgado, no dejará imperfecta su » sentencia &c.» Se miraban como posibles *causas infinitas que podian tener consecuencias desastrosas*, in-

(1) *Historia de Bossuet*, lib. XI, núm. XXI.

troduciendo la division entre el sacerdocio y el imperio (1).

Aquí se ve la demostracion de lo que se dijo mas arriba, segun Fleury: «el resultado de las máximas francesas es que los obispos franceses ya no tendrán ningun juez.» En efecto, estando rota la cadena gerárquica, ya no le tienen. *¿Los juzgará el concilio provincial? Se opondrá el papa; y en esta suposicion ¿cuántas dificultades no se encontrarian (2)!*

Aquí tambien puede hallar el clero de Francia otra prueba de lo que se le ha dicho tantas veces, y es «que toda emancipacion respecto de la santa sede se convierte para el sacerdocio francés en sujecion á la potestad temporal.» Acabamos de verlo: «no se consentiria en Francia que un obispo fuese juzgado por el papa en una de las causas mayores.» Pues bien si el primer hombre del primer orden del estado se ve por casualidad enredado en el collar de una grande intriga, será preso, difamado en los tribunales civiles, y juzgado como un cualquiera. Nada mas justo: esta es una de las libertades de la iglesia galicana.

Cuando se le proponian á Bossuet las cuestiones que acabo de referir para el caso en que Fenelon no quisiese someterse; respondia aquel prelado: «No he dejado de pensar en los medios de hacerle obedecer ó de proceder contra él.» Pero ¿cuáles eran estos medios? «Acerca de esto, nos dice su secretario íntimo, nin-

(1) *Historia de Bossuet*, lib. X, núm. XIX.

(2) *Ibid.*, lib. X, núm. XXI.

«ninguno de cuantos le escuchaban, se atrevió á pedirle mas explicacion (1).»

Por fortuna para la iglesia jamás se ha conocido este misterio, que segun todas las apariencias se hubiera parecido al misterio de los cuatro artículos: en efecto este medio, cualquiera que fuese, debia ser independiente del jefe de la iglesia, pues en la hipótesis contraria no habia dificultad (2).

En la historia eclesiástica del presbítero frances Be-rault-Bercastel, que creo es el historiador mas moderno, se halla una confesion explícita de la independendencia teó-ricamente profesada respecto de la santa sede.

«Es una máxima constante, dice, entre los católi-cos, confesada hasta por los partidarios mas acérrimos de Jansenio, que una bula dogmática emanada de la

(1) *Historia de Bossuet*, lib. X, núm. XIX, pág. 338.

(2) El Sr. de Bausset ha procurado con mucho talento y oportu-nidad descubrir en este pensamiento secreto de Bossuet una ex-cusa probable de las terribles palabras empleadas por este en la Memoria enviada á Roma en nombre de Luis XIV para determi-nar al papa á la condenacion de Fenelon. (*Hist. lib. VI, núm. 1X.*) Quiere que las *resoluciones convenientes* de la Memoria no fue-sen mas que un sinónimo del medio oculto, sobre el cual no se explicaba Bossuet. Pero en el primer caso se trataba de obligar al papa á condenar á Fenelon, y en el segundo de obligar á este á que obedeciese el decreto; y no es posible que para dos casos tan diferentes hubiese discurrido Bossuet el mismo medio. Ademas aun cuando estuviésemos seguros de la identidad del medio, solo se seguiria, en cuanto yo puedo juzgar con la reflexion mas atenta, que este medio era tan malo en el primer caso como en el se-gundo. Es imposible borrar de la memoria unas expresiones de-masiado inexcusables. Cubramos con un velo esta desgraciada épo-ca de la vida de un grande hombre: siento no poder adoptar las ingeniosas conjeturas de su excelente historiador.

»santa sede, ó enviada á todas las iglesias, Y ACEPTA-
»DA DE UNA MANERA EXPRESA EN LOS LUGARES DON-
»DE NACIÓ EL ERROR, sin que las otras iglesias recla-
»men; debe pasar por una decision de la iglesia uni-
»versal, y de consiguiente por una decision infalible é
»irreformable.»

Aquí no hay anfibología: el decreto del papa en que se condena una herejía, trae toda su fuerza del consentimiento de la iglesia particular del país donde nació la herejía, y aun es preciso que el decreto se haya dirigido á todas las iglesias del mundo sin exceptuar ninguna; y si de parte de ellas hay algunas reclamaciones (no dice cuántas; pero sin duda dos ó tres bastan), el decreto queda como si no existiese.

No sé con qué palabras mas claras podría declararse una separacion completa.

¿Quién no conoce los abusos enormes del recurso de fuerza? Inventado en un principio, habrá como dos siglos, para reprimir *los abusos notorios*, no tardó en extenderse á todos los casos imaginables, y por fin llegó á sostener un jurisconsulto frances «que se podría introducir recurso de fuerza por una revocacion de licencias de confesar (1).»

¿Y por qué no? Cuando el obispo revoca estas licencias, ¿no toca á la reputacion del confesor? Luego habia *opresion de un súbdito de S. M.*, y era un caso de corte.

Los jueces seculares, en virtud del recurso de fuerza, retenian el conocimiento de lo sustancial de la cau-

(1) *Nuevo coment. sobre la edicion de 1695*, pág. 66.

sa; lo cual solo hubiera bastado para despojar á la iglesia de una gran parte de su jurisdiccion; pero el posesorio y la cuestion hipotecaria acabaron de aniquilarla.

Por medio de estas sutilezas los parlamentos juzgaban de todo, aun de las cuestiones que mas clara y exclusivamente dependian de la jurisdiccion eclesiástica; y en cuanto á las causas criminales, *el caso privilegiado* y el de *corte* no la habian restringido menos.

Bossuet, como antes se ha visto, protesta confidencialmente « que los prelados franceses no entienden las « libertades de la iglesia galicana como las entienden los » magistrados; » pero los magistrados respondian de hecho, « que no las entendian como los prelados. » En vano dice Bossuet: « Nosotros no aprobamos lo que hay « de reprehensible en Pedro Dupuis, en Fevret &c. » ¿qué importa? Dupuis, Fevret y todos los jurisconsultos de esta ralea no habian dejado de ser, como lo son todavía, los oráculos de todos los tribunales franceses; de modo que los magistrados han ejercido constantemente las libertades de la iglesia galicana de una manera reprobada por esta misma iglesia.

Bossuet nos hubiera hecho un servicio si hubiese escrito contra estos hombres, *que no empleaban las libertades de la iglesia galicana mas que para hacer daño á la iglesia* (1).

Ya en 1603 suplicaba el clero frances al rey que *hiciese arreglar lo que se llamaba libertades de la iglesia galicana*, y los estados generales dirigieron la misma súplica á S. M. en 1614; *pero estas aclaraciones*, dice

(1). *Oracion fúnebre del canceller Le-Tallier.*

Fleury , *no se hicieron jamás* (1). Y ¿ cómo se habían de hacer , si siempre ha sido imposible fijar á la palabra *libertades* un sentido determinado y legítimo , supuesto que en la boca de los magistrados significaba una cosa , y otra en la de los prelados ; es decir , por un lado un mal y por otro nada ?

(1) *Correcciones y adiciones &c.*, pág. 68.

CAPITULO XVI.

RAZONES QUE HAN MANTENIDO A LA IGLESIA GALICANA EN LA DEPENDENCIA DE LA SANTA SEDE.

Acerca de toda esta materia puede presentarse una cuestion muy fundada; á saber : « ¿ cómo la iglesia galicana con sus pretensiones exageradas y sus máximas »(llámense como se quiera) no ha quedado al fin , por »sola la fuerza de las cosas, emancipada de la obediencia á la santa sede?»

Tres razones lo han impedido , y en primer lugar la moderacion de la santa sede. Si los papas se apresurasen á censurar , á condenar , á anatematizar ; si en Roma se hiciesen calaveradas semejantes á las que se han visto en otros paises ; hace mucho tiempo que la Francia se hubiese separado. Mas los papas proceden con una circunspeccion escrupulosa , y no condenan sino en el último extremo. No hay máxima mas falsa que la de condenar todo lo que es condenable : mas de un teólogo francés ha notado con toda seriedad *que el papa no se ha atrevido nunca á condenar la Defensa de*

de los cuatro artículos. ¡Qué ignorancia de Roma y de sus máximas! Los papas no desean otra cosa que no condenar; y ¿cómo habian de ensañarse con un hombre como Bossuet, por un libro publicado cuarenta años despues de su muerte, y que no solo no habia reconocido él, sino que le habia proscrito claramente? Los sumos pontífices saben sin duda el concepto en que deben tener los cuatro artículos y la Defensa de ellos que se ha publicado; pero saben tambien lo que debe la iglesia al ilustre Bossuet; y aun cuando no estuviese demostrado que no debe ser reputado ni tratado como autor de la miserable Defensa, nunca se determinarían á remover sus venerables cenizas (1).

Esta consideracion (obsérvese de paso) manifiesta á las claras la inexcusable violencia que se cometió contra el papa Inocencio XII en la condenacion de Fenelon. Acaso no se ha cometido nunca en el mundo mayor delito contra la delicadeza (y consiento en dejar aparte las consideraciones de un orden superior). ¿Qué derecho tenia Luis XIV para mandar al papa, y para arrancarle una condenacion que no queria pronunciar? ¿Se ha visto un abuso mas escandaloso de la fuerza, un ejemplo mas peligroso dado á los soberanos? No hay duda que el libro de las *máximas* contenia errores, aunque de una clase bastante disculpable; pero ¿á qué venia esta solemnidad respecto de uno de los hombres mas grandes que han ilustrado la Francia y la iglesia? La re-

(1) Los pápas además han hablado con bastante claridad sobre la Declaracion de 1682, que ha sido condenada tres veces, como hemos visto mas arriba, con la circunspeccion conveniente. Mas solemnidad hubiera supuesto menos prudencia.

pugnancia del papa era visible , y para vencerla había que amenazarle con grandes desgracias. Entonces , como en el fondo no se trataba mas que de censurar errores verdaderos , debió la santa sede ceder á la tempestad; la misma víctima se lo hubiera pedido. El papa pues cedió á una tiranía desenfrenada , que violaba á un mismo tiempo los derechos de la religion y los de la soberanía en la persona del sumo pontífice ; pero al ceder dejó traslucir bastante su indignacion.

Asi no se arguya del silencio de Roma para afirmar que la santa sede nada ve de reprehensible en tal hombre ó en tal libro. El jefe de la religion debe ser sumamente reservado en esta especie de condenaciones que pueden tener tan funestas resultas. Sobre todo siempre tiene presente aquella máxima paternal: *No condenes jamás el error que se condena á sí mismo.* Nunca debe descargar sus anatemas sino en el último extremo , y aun entonces debe medir sus golpes. Los depositarios de la fuerza no pueden emplearla de una manera mas vituperable que violentándole en este punto.

A esta moderacion esencial á la santa sede debe en parte la Francia la inestimable dicha de ser aun católica; pero la debe tambien á una segunda causa , demasiado grande y preciosa para pasarla en silencio: es el espíritu verdaderamente real de la augusta casa que gobierna la Francia. Este espíritu puede debilitarse , variar ; adormecerse alguna vez , pues que está revestido de formas humanas ; no obstante siempre es el mismo. Esta casa pertenece á la Europa , cuyos votos deben ser por que no fenezcan jamás los dias de este trono.

Una impía conjuración acababa de arrancar de cuajo este árbol antiguo, que hacia mil años cubria á tantos reinos con su sombra: en un instante el vacío inmenso que dejaba al desaparecer, se llenó de sangre humana, que no ha cesado de correr de de Calcuta á Torneo hasta el momento en que por un milagro, que ni aun el deseo juzgaba posible, la dinastía augusta ha vuelto á ocupar su asiento. ¡Ojalá eche nuevas raíces en esta tierra privilegiada, única en Europa donde la soberanía es indígena! Pronto podrán sus amigos juzgar sus propias esperanzas. Desde el origen se delegó una vocación sublime á esta grande dinastía, que no puede subsistir mas que para cumplirla. Ya hemos visto todo lo que debe la unidad católica á la casa de Francia: hemos visto á sus príncipes mas absolutos, aun en los momentos de arrebató ó de irritación, inevitables de cuando en cuando, y en medio del torbellino de los negocios y de las pasiones, mostrarse mas prudentes que sus tribunales y aun algunas veces mas que el sacerdocio; y cuando han sido engañados, siempre se ha podido señalar á su lado el hombre que los engañaba. Hoy mismo (en 1817) vemos al soberano de la Francia, combatido por un mar embravecido y contrariado por oposiciones formidables; colocar al frente de sus mas sagrados deberes la restauración de la iglesia. Ha dirigido al santo padre palabras de paz y de consuelo, y ya las dos potestades han firmado un tratado memorable; honor eterno del gran príncipe que le ha concebido con una sabiduría, cuya gloria extenderá justamente la opinión hasta el hombre eminente que ha grabado su nombre al pie de

este monumento de política religiosa (1). ¿Por qué resistir á la esperanza? Yo prefiero dejarme arrebatar de ella mientras tenga fuerzas para llevarme.

Pero voy á exponer (con muy particular satisfaccion) la tercera causa que ha sostenido constantemente á la iglesia de Francia impelida á veces hasta el borde del precipicio. Esta causa es el carácter recto y noble, la conciencia sabia y el tacto seguro y delicado del sacerdocio francés. Sus virtudes y su inteligencia se han mostrado invariablemente mas fuertes que sus preocupaciones. Examinense con atencion las pugnas de la santa sede y del episcopado francés: si alguna vez las comenzó la debilidad humana, nunca dejó de terminarlas la conciencia. En 1682 se cometió sin duda una enorme falta; pero pronto fue reconocida y reparada. Si el *gran rey* presumió demasiado de los menores actos de su voluntad en aquella ocasion; y si unos parlamentos filósofos ó medio protestantes, aprovechándose sobre todo de un reinado deplorable, consiguieron convertir en ley una página insensata escrita en un momento de efervescencia; es preciso alabar tambien al clero francés, que constantemente rehusó sacar las consecuencias de los principios que habia adoptado, y no puede echársele en cara mas que una falta de resistencia, que siempre hay tiempo de reparar.

No olvidemos ademas una observacion importante. A pesar del imperio usurpado por los cuatro artículos,

(1) En el momento que se escribia esto, se publicó el concordato de 1817.

siempre ha sucedido en Francia precisamente lo contrario de lo que Bossuet afirmaba como una verdad cierta. « Hemos visto, decia, que por mas que se enseñe especulativamente, siempre será preciso en la práctica venir á parar al consentimiento de la iglesia universal (1) »

Al contrario la teoría es la que diserta á su placer sobre la falsa quimera de la aceptacion universal; pero en la *práctica*; y sobre todo en los tiempos de peligro que requieren una *práctica* segura, el clero francés se ha conducido *siempre* segun las máximas santas y generales de la iglesia católica. Lo vimos así en la cuestion del *juramento cívico* suscitada en los primeros dias de la revolucion, y lo hemos visto de un modo mucho mas luminoso en la célebre disputa que siguió al primer concordato. Todo el fuego de la polémica teórica estalló en los escritos que salieron de Inglaterra; pero la profunda prudencia práctica apagó el incendio.

Lo que ha sucedido en estas diferentes ocasiones, sucederá siempre. El hombre por fortuna de la humanidad casi nunca se conduce enteramente segun las teorías mas ó menos vituperables de que puede estar imbuido: la misma observacion se verifica respecto de los escritos. Mil veces se ha observado, y nada hay mas cierto, que no siempre es justo, y muchas veces es en extremo injusto suponer que un autor profesa todas las consecuencias de los principios que ha asentado. Si algun punto espinoso de subordinacion gerárquica pusiese

(1) Obras de Bossuet en 8 °, tom. IV, carta 103.

perplejo á mi entendimiento; tal vez no buscaria la verdad en los escritos de tal ó cual obispo francés; pero si alguna circunstancia particular me condujese á sus pies para consultarle como sacerdote y como moralista sobre la misma cuestion, estoy seguro de que seria bien aconsejado.

Mas de una vez he citado la obra nueva del difunto arzobispo de Tours; que ciertamente se muestra uno de los partidarios mas ardientes del sistema galicano; y sin embargo su libro presenta el mismo fenómeno que acabo de indicar; por una parte todos los errores de 1682, y por otra opiniones exactas que excluyen aquellos mismos errores.

¿Quién por ejemplo no le agradecería estas preciosas líneas que borran toda su obra; pero que valen mucho mas que un libro? « La opinion de la infalibilidad de los papas no tiene ya peligro: la del juicio individual tiene mil veces mas (1). »

La recta razon universal le gritará de todas partes: *Pues ¿ por qué escribes? ¿ A qué viene gastar talento y erudicion para destruir la opinion mas inocente, y asentar otra que tú mismo juzgas infinitamente peligrosa? Ut quid perditio hæc?*

El Sr. de Barral ha dicho la verdad: *La opinion de la infalibilidad no tiene ya peligro*: solo que debió añadir que tampoco le ha tenido nunca. Todos los temores que se han querido excitar, y todas las palabrotas que se han dicho sobre esta terrible infalibilidad, no son mas

(1) *Defensa de las libertades &c*, pág. 59.

que un vano espantajo. Esta prerogativa no encierra precisamente mas que la idea de la soberanía tal como se presenta en todas partes: no reivindica privilegio alguno, ni distincion alguna particular: pide solamente ser en Roma lo que es en otros paises; y las razones mas poderosas prueban que si no se halla en Roma no existe en ninguna parte.

Otros pasajes hay de la obra del Sr. de Barral, en que se hallan tambien en oposicion el sistema y el ins-tinto galicano. Léase lo que dice, segun Bercastel (1), acerca de la autoridad de los obispos en el exámen de las decisiones doctrinales del papa; y cualquiera creerá que está leyendo una traduccion de las Actas de Focio pero si se vuelven solamente dos hojas, no podrá leerse sin placer y sin admiracion la protesta siguiente:

«Lejos de todo obispo y de toda junta de obispos el »pensamiento presuntuoso de hacerse jueces del papa y »de sus decretos, y de erigirse en tribunal superior al »tribunal augusto del sucesor de san Pedro. *Non nos- »trum est*, exclama la iglesia galicana con Ivo de Char- »tres, *judicare de summo pontifice.* — *Prima sedes non »judicatur à quoquam*, exclamó toda la antigüedad (2).»

Tal es el espíritu de este clero; y este espíritu le ha salvado constantemente de todos los peligros de las teorías.

(1) Núm. XXXI, pag. 305.

(2) *Ibid.*, pag. 303.

CAPITULO XVII.

ALOCUCION AL CLERO FRANCÉS, Y DECLARACION DEL AUTOR.

Creo haber indicado suficientemente las honrosas razones que han moderado la influencia de una doctrina falsa y perniciosa en sí misma. El clero no hallará ocasion mas feliz, ni mas solemne para abdicar estas doctrinas odiosas, que la de su dichosa restauracion. Esta es una nueva era que debe señalarse con mejores pensamientos. Entre los inmensos bienes que ha producido la *Ejira* del clero francés, y que no tardarán en descubrirse, hay que contar el debilitamiento de las preocupaciones entre los hombres de este mismo orden.. Ya el jansenismo se ha quejado en alta voz de que «los eclesiásticos franceses que han vivido en Italia, «habian adoptado las preocupaciones de aquel pais; y «que las conciencias flexibles aceptaban un sistema «nuevo respecto de los cuatro artículos, que consiste en

«mirarlos como puras opiniones que pueden libremente admitirse ó desecharse, mientras que nadie puede ser buen francés si no los mira como verdades reveladas de la misma boca de aquel que dijo: *Mi reino no es de este mundo* (1).»

Esta cólera del jansenismo es un presagio brillante para la iglesia católica; y es un suceso de los mas felices el que la revolucion haya confrontado, por decirlo así, á los dos cleros. El de Francia ha visto infaliblemente que las preocupaciones ultramontanas, con que tanto ruido se metia en Francia, no eran en sustancia mas que un vano espantajo: que seria absolutamente injusto hablar de las preocupaciones ultramontanas, sin cotejarlas con las preocupaciones galicanas: que nada hay tan fácil como ponerse de acuerdo; y que el interes comun lo exige ahora mas que nunca (2).

(1) *Del restablecimiento de los jesuitas en Francia*, en 8.º, París 1816, pág. 80.—Es muy esencial observar cuanto apreciaban los jansenistas los cuatro artículos. El clero de Francia y el gobierno serian muy desgraciados y mal aconsejados si esta sola circunstancia no los separase de aquellos: *Temed todo lo que ellos aman, y amad todo lo que ellos temen*. Con esta máxima no se equivocarán. Por lo demas este libro y otros que no podría citar, prueban el caso que debe hacerse de las aserciones tantas veces repetidas: *Que ya no hay jansenismo: que ha perecido con sus enemigos: que la filosofía le ha destruido* &c; al contrario nunca ha estado mas vivo, mas organizado y mas lleno de esperanzas. *Videant consules ne respublica detrimentum capiat*.

(2) Espero que los franceses, que permiten se les diga la verdad, consentirán que yo censure aquí con franqueza una ridiculez galicana que salta á los ojos; la de poner constantemente

El clero de Francia, que durante la tempestad revolucionaria ha dado al mundo un espectáculo tan admirable, no puede aumentar su gloria, sino renunciando altamente los errores fatales que le habian hecho tan inferior á sí mismo. Dispersado á resultas de una tormenta espantosa por todos los puntos del globo, en todas partes se ha ganado la estimacion, y muchas veces la admiracion de los pueblos. Ninguna gloria le ha faltado, ni aun la palma de los mártires. La historia de la iglesia no presenta una cosa tan magnífica como la matanza del Cármen: ¡y cuántas otras víctimas se han colocado al lado de las de aquel día horriblemente

en oposicion el protestantismo y el ultramontanismo, como si fuesen dos sistemas igualmente apartados de la verdad. La *verdad católica*, dice el autor de la *Exposicion de la doctrina galicana* (pág. 123), *se halla entre la herejia de los protestantes y el error de los ultramontanos*. Otro autor lo hace mejor: coloca la verdad entre el ultramontanismo y la incredulidad. *Para evitar*, dice, *los dos escollos, es preciso pasar entre las ideas de los filósofos incrédulos y las de los ultramontanos* (*Cartas relativas á la historia*, tom. II, carta 40, pág. 429). Por manera que Belarmino, por ejemplo, está tan apartado de la verdad como Voltaire. No me admiro ni me ofendo de nada; pero sin embargo es cierto que este paralogismo es contrario no solamente á la lógica y á la justicia, sino tambien á la delicadeza y á la buena educacion, porque las naciones no deben faltarse así al respeto debido. Si los franceses quieren leer alguna vez con atencion los controversistas italianos: la primera cosa que echarán de ver, será la leal y completa justicia que se hace en Italia á los ultramontanos, la fidelidad con que los citan, y la atencion, la ciencia y moderacion que emplean para combatirlos. Antes he apuntado una verdad capital: *el insulto es la señal mas clara del error*.

famoso! Este clero, superior á los insultos, á la pobreza, al destierro, á los tormentos y á los cadalsos, corrió el último peligro, cuando bajo la mano del mas hábil perseguidor se vió *expuesto á las antesalas*; suplicio casi semejante á aquel con que los bárbaros prócsules desde sus tribunales amenazaban á veces á las vírgenes cristianas. Mas entonces se nos apareció Dios, y le salvó.

¿Qué falta pues á tanta gloria? Vencer la preocupacion. Esta es la única victoria que le falta. Por mucho tiempo quizá se vea privado el clero francés de aquel brillo exterior que debia á algunas circunstancias felices, y que le engañaban acerca de su situacion. Hoy solo puede mantener su categoría con la pureza y austeridad de sus máximas. Mientras que subsista en la iglesia la gran piedra de escándalo, nada habrá hecho, y en breve conocerá que el jugo nutricio del tronco no llega ya del tronco hasta él. Si alguna autoridad, ciega heredera de una ceguedad antigua, se atreviese aun á pedirle un juramento tan ridículo como culpable; responda con aquellas palabras que le dictaba Bossuet cuando vivia: *Non possumus: non possumus* (1). Y el clero puede estar seguro que á la vista de su intrépida actitud nadie se atreverá á apurarle.

Entonces nuevos rayos de luz adornarán su frente, y la grande obra principiará por él.

Pero mientras escribo estas líneas me atormenta

(1) *Sermon sobre la unidad*, primer punto hácia el fin. ()

una idea importuna. Leo en la *Historia de Bossuet* estas palabras:

«La asamblea de 1682 es la época mas memorable de la historia de la iglesia galicana y la en que ha «despedido mayor esplendor: los principios que consagró pusieron el sello á la larga série de servicios que «la iglesia de Francia ha hecho á la Francia (1).»

Y esta misma época es á mis ojos el grande anatema que pesaba sobre el sacerdocio francés, el acto mas culpable despues del cisma formal, la fuente fecunda de los mayores males de la iglesia, la causa del decaimiento visible y gradual de este gran cuerpo, una mezcla fatal y acaso única de orgullo y de inconsideracion, de audacia y de debilidad, en fin el ejemplo mas funesto que se ha dado en el mundo católico á los pueblos y á los reyes.

¡O Dios! ¿Qué es el hombre, y de qué lado está la ceguedad?

¿Dónde podria hallarse mas candor, mas amor á la verdad, mas instruccion y talento, mas rasgos sobresalientes del sello antiguo, que en el ilustre prelado que acabo de citar, á quien profeso tanta veneracion, y cuya estimacion tengo en tanto?

Mas yo tambien creo tener algun derecho para formar mi opinion sobre esta cuestion importante. Podré sin duda equivocarme, y nadie está mas convencido de ello que yo; pero tambien es cierto que ningun hombre se ha hallado por lo que se llama *la casualidad* en cir-

(1) *Historia de Bossuet*, lib. VI, num. 4.

cunstancias mas felices para no equivocarse: por cuya razon soy indisculpable si me he dejado prevenir.

¡ Ah ! No quiero ocuparme mas en tan tristes pensamientos. Prefiero dirigirme á tí, prudente lector, que me has escuchado atentamente hasta este lugar penoso de mi larga carrera. Ya ves lo que puede suceder á los hombres mas propios para ponerse de acuerdo. No sea inútil para tí este espectáculo. Si la ardiente profesion de los mismos principios , si unas intenciones puras, un trabajo tenaz , una larga experiencia, el amor á las mismas cosas, el respeto á las mismas personas, en fin si todo lo que puede reunir las opiniones , no basta á impedir que se separen hasta lo infinito ; ve por lo menos en esta calamidad la prueba evidente de *la necesidad* , es decir , de *la existencia* de un poder supremo , único, indefectible, establecido por *aquel* que nada nos hubiera enseñado si nos hubiera dejado la duda ; establecido, digo , para dirigir los entendimientos en todo lo que tiene relacion á su ley , para tenerlos invariablemente unidos en una misma línea , y para excusar en fin á los hijos de la verdad la desgracia y la vergüenza de divagar como el error.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

DONDE SE TRATA DEL ESPÍRITU DE OPOSICION AI IMEX-
TADO EN FRANCIA CONTRA LA SANTA SEDE , Y DE
SUS CAUSAS.

CAPÍTULO I.== <i>Observaciones preliminares. .</i>	pág. 7
CAP. II.== <i>Del calvinismo y de los parlamentos. .</i>	10
CAP. III.== <i>Del jansenismo.==Retrato de esta secta..</i>	21
CAP. IV.== <i>Analogía de Hobbes y de Jansenio. . .</i>	29
CAP. V.== <i>Port-Royal.</i>	34
CAP. VI.== <i>Causa de la reputacion usurpada de que ha gozado Port-Royal.</i>	45
CAP. VII.== <i>Perpetuidad de la fé.==Lógica y gra- mática de Port-Royal.</i>	50
CAP. VIII.== <i>Pasage de La Harpe, y digresion sc- bre el mérito comparado de los jesuitas.</i>	55
CAP. IX.== <i>Pascal considerado bajo los tres res- petos de la ciencia , del mérito literario y de la religion.</i>	61
CAP. X.== <i>Religiosas de Port-Royal.</i>	82
CAP. XI.== <i>De la virtud fuera de la iglesia. . . .</i>	85
CAP. XII.== <i>Conclusion.</i>	88

LIBRO SEGUNDO.

SISTEMA GALICANO.—DECLARACION DE 1682.

CAP. I.— <i>Reflexiones preliminares sobre el carácter de Luis XIV.</i>	95
CAP. II.— <i>Cuestion del patronato real.—Historia y explicacion de este derecho.</i>	100
CAP. III.— <i>Continuacion de la misma cuestion. Asamblea y declaracion de 1682. Espiritu y composicion de la asamblea.</i>	108
CAP. IV.— <i>Reflexiones sobre la declaracion de 1682.</i>	112
CAP. V.— <i>Efectos y consecuencias de la declaracion.</i>	128
CAP. VI.— <i>Revocacion de la declaracion pronunciada por el rey.</i>	135
CAP. VII.— <i>La declaracion de 1682 condenada dos veces por sus mismos autores.</i>	145
CAP. VIII.— <i>Qué debe pensarse de la autoridad de Bossuet, invocada en favor de los cuatro artículos.</i>	157
CAP. IX.— <i>Continuacion del mismo asunto.—Defensa de los cuatro artículos publicada con el nombre de Bossuet despues de su muerte.</i>	176
CAP. X.— <i>Sobre una preocupacion francesa relativa á la Defensa de la declaracion.</i>	198
CAP. XI.— <i>Separacion inopinada de la asamblea</i>	

de 1682. — <i>Causas de esta separacion y digresion sobre la asamblea de 1700.</i>	204
CAP. XII. — <i>Influencia del carácter de Bossuet en el triunfo de los cuatro artículos. — Reflexiones sobre el carácter de Fenelon.</i>	225
CAP. XIII. — <i>De las libertades de la iglesia galicana.</i>	238
CAP. XIV. — <i>A qué se reducen las libertades de la iglesia galicana.</i>	247
CAP. XV. — <i>Sobre la especie de disension producida por las supuestas libertades.</i>	260
CAP. XVI. — <i>Razones que han mantenido á la iglesia galicana en la dependencia de la santa sede.</i>	272
CAP. XVII. — <i>Alocucion al clero francés, y declaracion del autor.</i>	280



Biblioteca
de Catalunya

C-Tus

Adq. 1001155749

CB.

Top. Tus - 8
9620

BIBLIOTECA



1001155

Digitized by Google



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

